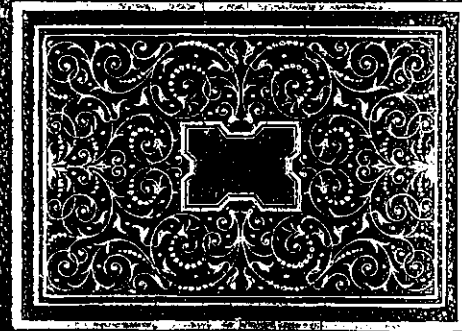
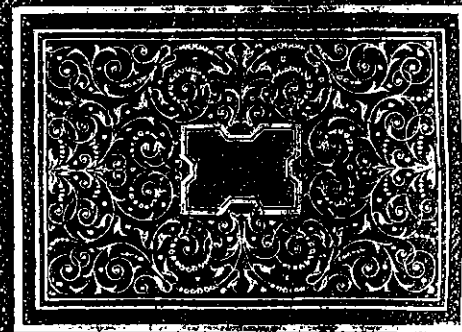


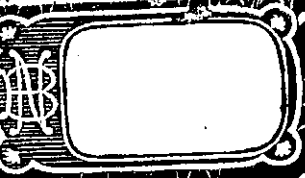


BIBLIOTECA
DE
ESCRITORES VENEZOLANOS
CONTEMPORÁNEOS

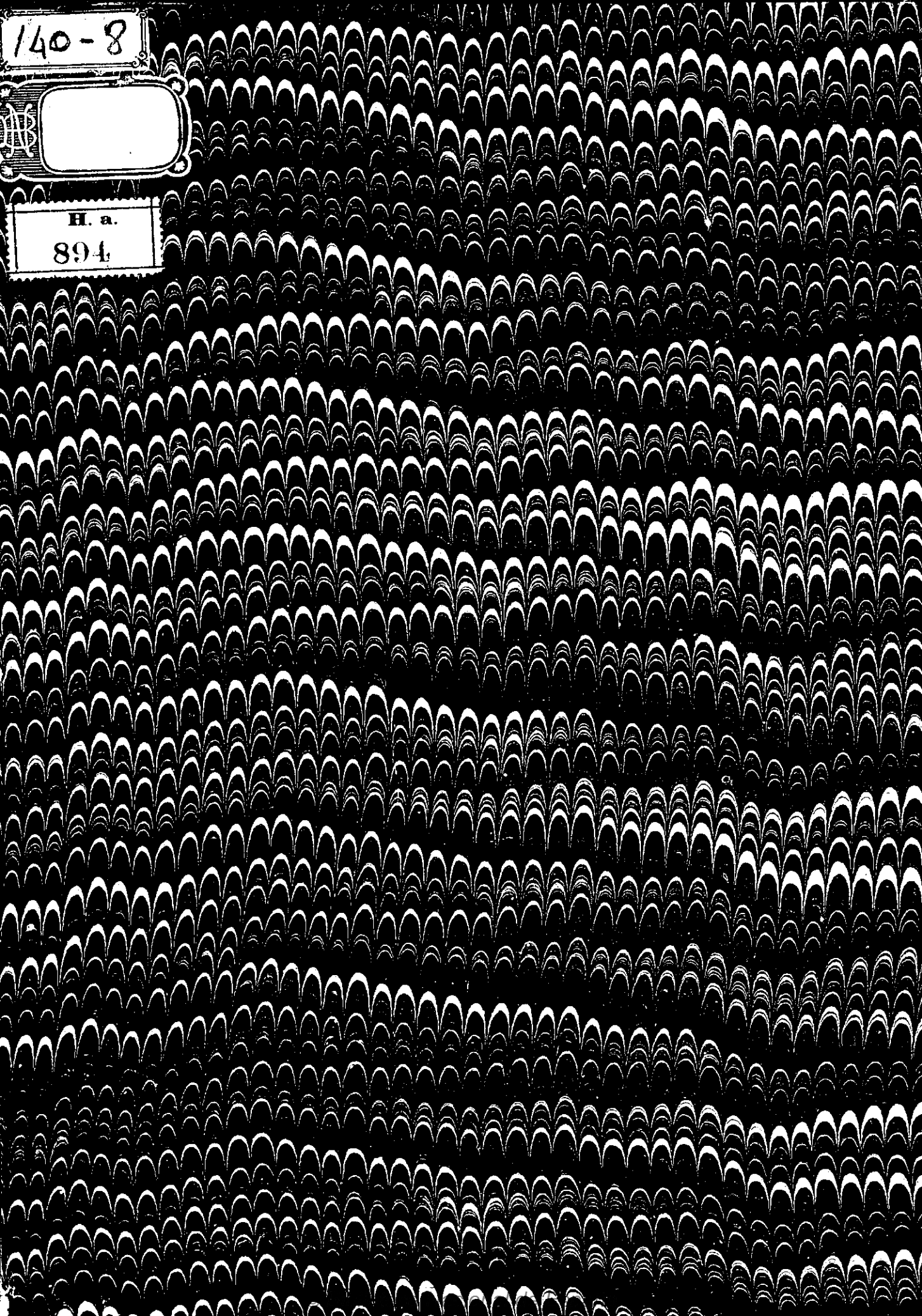


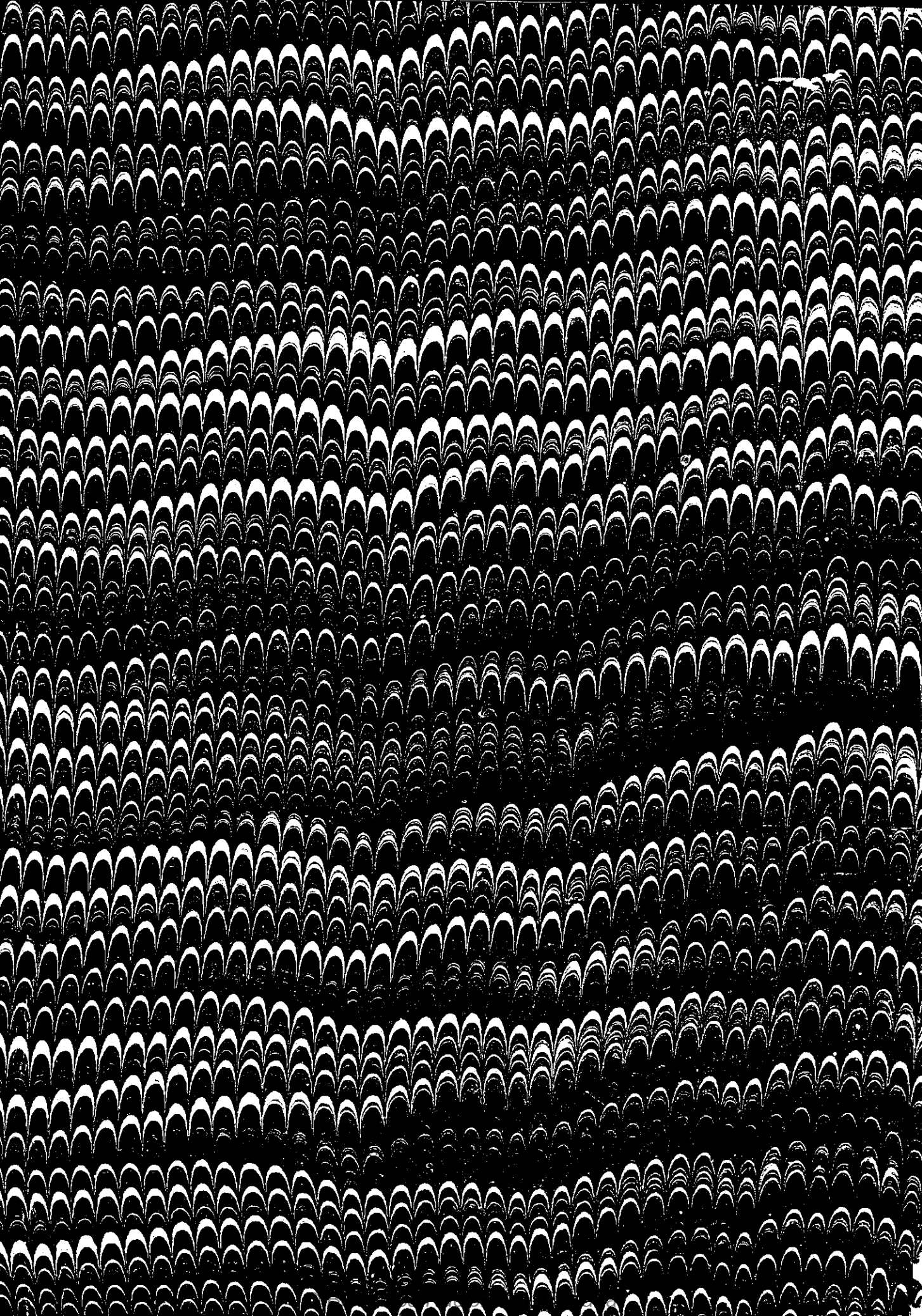
11
296

140-8



H. a.
894





R.

BIBLIOTECA
DE
ESCRITORES VENEZOLANOS

BIBLIOTECA
DE
ESCRITORES VENEZOLANOS
CONTEMPORÁNEOS

ORDENADA CON NOTICIAS BIOGRÁFICAS

POR

JOSÉ M. RÓJAS

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE VENEZUELA EN ESPAÑA



CARÁCAS
RÓJAS HERMANOS, EDITORES
106, CALLE DEL COMERCIO, 106

PARIS
JOUBY ET ROGER, ÉDITEURS
7, RUE DES GRANDS-AUGUSTINS, 7

1875

DEDICATORIA

Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EXCELENTÍSIMO SR. D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Al publicar hoy este libro, que contiene un resúmen de los principales trabajos literarios ejecutados en Venezuela, durante los últimos cuarenta años, ardientemente deseo dedicarlo á la Real Academia Española, corporacion digna de ser reverenciada de todos los pueblos, que en ámbos hemisférios hablan la hermosa lengua de Castilla, tanto por la sabiduria de las personas que la componen, como por los servicios de grande importancia que desde su origen viene prestando á la noble causa de las letras.

Y puesto que es U., miembro de corporacion tan docta al par que ilustre y fué tan benévolo que me honró con su fina amistad, durante mi residencia en Madrid, habrá de dispensarme hoy, que me sirva de su valiosa mediacion para suplicar á la Real Academia, se digné aceptar la dedicatoria que de este libro tengo la honra de hacerle, en nombre de las letras Venezolanas.

Justo es, al mismo tiempo que razonable, que Venezuela, en otro tiempo Colonia de España, al recopilar los frutos de sus principales ingenios, recuerde á su antigua augusta madre, á quien debe el germen de civilizacion y cultura que hoy florece en su suelo, y dedique esos frutos, por insignificantes que parezcan, á la primera corporacion literaria de España, para que se sazonen, bajo su benéfica influencia.

Y para que tan encendido deseo quede cumplido, sin que nada falte á hacerlo del todo agradable, me valgo de la mediacion de U., que ocupa puesto tan alto como bien merecido en la historia de las letras, y á quien todos admiramos del otro lado de los mares, EN LA POSTRERA HIJA DEL OCEANO, segun la expresion de Bello, como uno de los mas vigorosos y fecundos ingenios de este siglo, y uno de los escritores mas originales y filosóficos de que puede alabarse la literatura moderna.

Dígnese U. aceptar la expresion de los sentimientos de consideracion y estima con que soy su atento amigo y servidor Q. B. S. M.

JOSÉ M. RÓJAS.

Paris, 25 de Marzo de 1875.

INTRODUCCION

La historia de la literatura venezolana está unida tan íntimamente con la historia política del país, que fué en un tiempo colonia española y mas tarde nacion soberana é independiente, que no es posible escribirla sin dar ántes una idea, siquiera breve, de la situacion que la colonia tenia á principios de este siglo y de la que ha tenido la República, desde que se organizó hasta los actuales dias.

Árduo y delicado seria el empeño, si nuestro carácter de simples cronistas y el amor que á la tierra de nuestros padres profesamos, no facilitasen nuestro camino, hasta el punto de permitirnos recordar los sucesos de aquella luctuosa época, no ya para hacer acriminaciones intempestivas, sino ántes al contrario, para derivar útiles enseñanzas; no ya para revivir odios, apagados ó extinguidos, sino ántes al contrario para despertar el sentimiento de amor que debe unir á ambos pueblos; ni para mostrarnos incrédulos é intolerantes cuando estudiemos la época de la República, sino para lamentar sus extravios, condolernos de sus desgracias, y desear que ocupe un dia puesto muy alto en la historia de las naciones y de las letras. Es grata así la tarea, porque no se nutre el corazon con odios, y la pluma se desliza fácilmente en la narracion de hechos que alguna vez tuvieron por excusa el comun error y por expiacion un mútuo remordimiento.

Hémos hablado del amor que profesamos á España y deseamos ántes que todo explicar este concepto. Dos clases de hombres existen en América con tendencias y sentimientos diametralmente opuestos respecto de España: unos que abominan á la antigua metrópoli, motejan sus hombres y de su suerte y sus cosas se burlan; — otros, que se glorían de ser sus descendientes y de sus infortunios se compadecen. Á esta última clase, que es felizmente la mas numerosa y civilizada, tenemos la honra de pertenecer, así por

afeccion como por convicciones. Si un bardo peruano ha dicho en un raptó de despecho, en los últimos versos de un soneto :

Y si es verdad que tengo sangre goda,
Por no tenerla, la vertiera toda.

nosotros no odiamos nuestra sangre ni deseamos verterla inútilmente. Antes al contrario, unidos á España por la identidad del idioma, de la religion y de las costumbres, nos complacemos en pertenecer á una raza, que sin desdoro de las demas, es en sentir nuestro, una de las mas espirituales de la tierra : nos complacemos en descender de un pueblo que fué el primero en la historia del mundo, y no renegamos de un origen que está adherido á tantos recuerdos de grandeza, de esplendor y de gloria.

¿Cuál era la situacion política de Venezuela el 19 de Abril de 1810, dia en que dió su primer grito de independencía? Es esta una pregunta que necesariamente nos lleva á decir lo que era entónces la colonia española.

Preciso es confesar que de todas las naciones europeas que tienen colonias en el Nuevo Mundo, es España la única que ha perseverado, cosa al parecer increíble, en el sistema de gobierno que estableció desde un principio, que ya le dió por resultado la pérdida de todas las que tenia en el continente americano y que le hará perder irremisiblemente, si de sistema no cambia, las que posee aún en las Antillas. Entónces, como ahora, ha consistido su sistema de gobierno en considerar á sus colonos indignos de disfrutar de las regalías y privilegios que tan ámpliamente concede á sus naturales y en creer que las colonias son simples lugares de granjería que la Providencia le ha dado para llenar sus necesidades. Su sistema se reduce en consecuencia á gobernar la colonia por medio de un Virey ó Capitan General, que es simplemente un Dictador absoluto é irresponsable, investido por tanto de facultades discrecionales é ilimitadas ; — á mantener en ella un ejército puramente español, cuyo sostenimiento debe salir de las arcas de la colonia ; — á enviar de España todos los empleados que necesita la colonia en el órden político, civil, militar, judicial y eclesiástico, dispensando simplemente á los nativos el honor de desempeñar destinos secundarios, cuando los exiguos sueldos no permiten que vaya de España el propietario ; — á gravar al colono con contribuciones exorbitantes é inicuas, no para que se cubra el presupuesto ordinario de la colonia, sino para que se cubran tambien grandes expensas de la metrópoli ó quede en las arcas, al finalizar el ejercicio de cada año, un sobrante que pueda ser trasportado á la madre-patria ; — á restringir la enseñaanza pública por todos los medios imaginables ; — á negar al colono el goce de la libertad en sus múltiples formas de pensamiento y de accion, prohibiéndole el uso de la prensa sin previa censura ó sin previa advertencia de lo que le será lícito decir ; — negándole la libertad de reu-

nion y de asociacion, sin permiso expreso de la autoridad, permiso que se requiere hasta para las reuniones mas inocentes ; — negándole la libertad de tránsito para salir de la colonia, ó de un pueblo á otro, de un caserío á otro, sin someterlo á la vejacion de un pasaporte ; — negándole la libertad de industria, so pretexto de monopolio oficial ó por cualquier motivo ; — negándole la libertad de peticion, so pena de graves consecuencias si se hace infractor ; — negándole finalmente la libertad religiosa, porque solo es permitido al colono ser católico, apostólico, romano, cualesquiera que sus creencias sean.

Demas de esto, no garantiza la metrópoli al colono la inviolabilidad de la vida, puesto que tolera que se le someta á tribunales desaforados y extraordinarios y aún se le ejecute sin fórmula de juicio ; — no le garantiza la propiedad, porque tolera el despojo ó los embargos arbitrarios, sin la posibilidad de un juicio contencioso ; — no le garantiza el secreto de la correspondencia, porque esta es violada cada vez que la autoridad lo dispone ; — ni le garantiza la tranquilidad del hogar porque este puede ser allanado sin fórmula alguna bajo el pretexto del orden público ; — ni le garantiza la seguridad individual, porque el colono por idéntico pretexto puede ser arrestado, preso ó desterrado, á cualquiera hora del día ó de la noche, sin apelacion alguna.

Este sistema de gobierno llena de amargura la existencia del colono, el cual vive atormentado por el anhelo, vano por cierto, de gozar de las garantías que España concede á sus demas hijos y que á él por ausente se le niegan, y por el terror que la autoridad metropolitana, armada de la omnipotencia dictatorial, le infunde. Esto hace que el arribo á la colonia de cada nuevo Virey ó Capitan General sea para los colonos asunto de gran momento y de general consternacion, porque ninguno sabe como obrará el recién llegado, ni si trae el ramo de olivas en el pecho ó la espada vengadora desenvainada.

En tal estado de cosas, los colonos que han deseollado en las ciencias ó en la literatura, ora por haberse educado fuera, ó por haberse formado á esfuerzos propios, procurándose libros á hurtadillas, son los que corren el mayor peligro, pues la autoridad los mira con rezelo, y á poco andar, para no ser víctimas de la dictadura, véncese obligados á emigrar á España ó á extranjeras tierras, ó á prostituir el carácter, poniéndose al servicio de la tiranía, en cambio de una salvacion momentánea, pues de poco vale el aislamiento y el desamparo si hasta ellos alcanzan la persecucion y la muerte.

Esta era la situacion gráfica de la colonia venezolana en 1810 y esto explica por qué la revolucion fué promovida y acaudillada por los hombres más notables que aquella tenia en ilustracion, riqueza y títulos nobiliarios, que se lanzaron á la guerra, buscando de esta suerte una como reivindicacion de la dignidad personal, tan ignominiosamente ultrajada por las autoridades coloniales durante una dilatada serie de años. Nada habría sido, empero, más fácil para España, entónces como hoy, que dispensar á sus colonos, del modo que lo hacen las demas naciones civilizadas y cristianas de la tierra, las mismas

garantías que tiene acordadas á sus naturales, evitando así el espíritu de reaccion, que es un nobilísimo espíritu á los ojos de Dios y de la historia, cuando se inspira en la defensa de los más imprescriptibles y sagrados derechos del hombre, la honra, la libertad y la patria.

Veamos ahora qué grado de ilustracion tenia la colonia venezolana en la época á que acabamos de aludir. Ya hemos dicho que en el sistema por España adoptado para regir sus posesiones en el Nuevo Mundo se hacia indispensable mantener á los colonos en la más completa ignorancia. Ora porque Venezuela careciese de las riquezas que tenían Méjico y el Perú, países mineros; ora porque su situacion geográfica sobre el Atlántico pudiese despertar la codicia de otras naciones, es lo cierto que España envió á Venezuela magistrados inferiores á los que fueron á otras partes, incapaces por tanto de promover el adelantamiento intelectual de la colonia. Rubor nos causa decir, que no solo era allí estorbada la enseñanza pública, mas prohibida á veces formalmente. Ahí está la real cédula del buen rey Cárlos IV que prohíbe la creacion de la Universidad de Mérida, y en la que sin embozo alguno declaran los ministros, que S. M. no creia conveniente se propagase la ilustracion en América. No parece sino que se estimaba la ignorancia de los colonos como un elemento conservador de su fidelidad á la corona de España.

« Así (refiere esto nuestro hermano el doctor Arístides Rójas, en uno de sus ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE VENEZUELA), durante la gobernacion del Capitan General D. Manuel González en 1785, propuso el padre Andújar, capuchino aragones de extensos conocimientos, se le permitiese regentar gratis una cátedra de matemáticas con el único objeto de aclimatar en el pais este ramo de los conocimientos humanos. Accedió momentáneamente el Gobernador, pero con la reserva de que fuese apoyado por la Corte de España, cuando á poco andar llegó la real cédula de Cárlos IV negando la licencia. *No conviene que se illustre á los Americanos*, decia el Monarca y la cátedra fué eliminada. Cuando á principios de 1817, las flecheras españolas entraron al pueblo de Parapara en el Estado Guayana, el padre Andújar, establecido allí como misionero, acababa de morir. Su hermosa librería y sus instrumentos de física fueron lanzados á la calle y destruidos por la soldadesca invasora, alegando esta que aquella casa habia sido visitada dias ántes y con veneracion por el estado mayor del insurgente General Piar. »

Es cierto que por entónces existia ya el Seminario Tridentino, erigido en 1673 y la Universidad real y pontificia creada por la real cédula de Felipe V en 1721, pero en uno y otro instituto no se enseñaba sino cánones y teología, el latin con preferencia al castellano, y algunos rudimentos indigestos de física y filosofía peripatética. Eran ámbos planteles más adecuados para formar teólogos y canonistas que literatos. Prohibido el estudio de la literatura y de las ciencias políticas y encomendada la instruccion exclusivamente

al clero, el trabajo intelectual de los colonos se reducía á Pláticas y Opciones de escaso mérito literario, en alabanza y enaltecimiento de los reyes de España y de sus delegados en la asendereada colonia. Aquella almáciga de clérigos debía ser más adelante perjudicial á la causa de los patriotas, atento que de ella debían salir los que abusasen de la augusta cátedra del Espíritu Santo para condenar la noble insurrección, y los que profanasen la santidad del confesonario para delatarlos.

La imprenta, esta potencia civilizadora, que España había llevado en épocas más remotas á varias de sus colonias; que funcionaba en Méjico desde 1566, en Cuba desde 1787, en el Rio de la Plata desde 1789 no fué conocida en Venezuela sino en 1808, año en que plugo á la autoridad colonial hacerse de una que al acaso existía en la vecina isla de Trinidad y que era la misma que el ilustre General Miranda (patriota predestinado á la muerte en el arsenal de la Carraca, en Cádiz) había llevado consigo cuando invadió en 1806 la provincia de Coro y tuvo que retirarse por falta de la cooperación ofrecida.

Tal era el estado de la instruccion pública, cuando la colonia lanzó al mundo su primer grito de independéncia el 19 de Abril de 1810, desconociendo y deportando al Capitan General Amparan y á las demas autoridades españolas existentes. La guerra que despues sobrevino; los triunfos y reveses de ámbos contendores; las proezas y heroicidades de uno y otro ejército; la sangre que á torrentes se derramó, inundando campos y ciudades; las hecatombes de víctimas inmoladas al fanatismo político; y el triunfo definitivo de las armas republicanas, despues de trece años de continuo batallar; cosas son estas que solo la Musa de la Historia tiene el poder de reanimar. Cuanto á nosotros bastará á nuestro propósito indicar cual fué la instruccion de la colonia durante la guerra.

Hable por nosotros el General Morillo, jefe de la expedicion que en 1815 salió de Cádiz contra Venezuela, compuesta de quince mil hombres, el gran navío San Pedro, y sesenta y cinco buques de tripulacion. Dos años más tarde, Morillo había recorrido los territorios de Venezuela y Nueva Granada, y convencido tal vez de su próxima y final derrota escribe á su teniente el coronel Ceruti, Gobernador de Guayana, la siguiente carta interceptada despues de la batalla de San Félix: « Haga U. en esa lo que yo he hecho en Nueva Granada; cortar la cabeza á todo el que sepa leer y escribir, y así se logrará la pacificacion de América. » Era esta la preocupacion dominante entónces en la Península y no debémos extrañar que su Generalísimo la pusiese por obra. Lo que nos sorprende y contrista es que haya pasado mas de media centuria y la misma preocupacion atormente todavía al Gobierno español. Véase si nó lo que pasa en sus más preciadas colonias de hoy, Puerto Rico y Cuba, en donde los hombres que han sobresalido en las letras han sido todos, ó con rarísimas excepciones, víctimas de tan sistemática persecucion.

Ahí está Puerto Rico, isla preciosa, que semeja un jardín, un pequeño paraíso sembrado en los mares. Allí hemos pasado algunos meses y estudiado en calma y sin preven-

cion sus costumbres y sus hombres. Los que un dia brillaron en las letras, ó no existen ya, ó han emigrado á España y al extranjero, ó si residen todavía viven en el desamparo, en incesante inquietud de espíritu, esperando á cada hora del dia una injusta persecucion. Y, sin embargo, sabemos que los talentos de Puerto Rico, si no más reflexivos, ménos ardientes que los de Cuba, solo han aspirado en todo tiempo á gozar de las libertades públicas, bajo la gloriosa bandera de España.

Ahí está Cuba, la perla de las Antillas, llorando con su infortunio político el de las letras. El hacha del verdugo tronchó allí las cabezas de dos ilustres bardos, José de la Concepcion Valdez, conocido bajo el nombre de PLÁCIDO y Juan Clemente Zenea; de ese Plácido, que en la última hora de la capilla, despedido ya del mundo y de cuanto en él dejaba, eleva al cielo sus ojos, inspirase en la inmortalidad y dirige una sublime plegaria á Dios que termina con la siguiente estrofa :

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia!....
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio.

¿Dónde está el ilustre Heredia, el sublime cantor del Niágara, que bebió sus primeras inspiraciones en las aguas de nuestro cristalino Anáuco? Expatriado murió en extranjera tierra, sin poder acariciar en su última hora la dulce imágen de la patria y de la familia. Pérdida muy grande fué para las bellas letras la de este simpático cantor, que alejándose de la patria, al ver por última vez su cielo y sus montañas, escribe el famoso HIMNO DEL DESTERRADO, en que leemos esta estrofa :

Dulce Cuba! en tu seno se miran
En el grado más alto y profundo,
La belleza del fisico mundo,
Los horrores del mundo moral.

Alusion evidente al sistema de gobierno colonial.

¿Dónde está el distinguido literato Domingo del Monte, escritor elegante en verso y en prosa? Desterrado, fué su destino cerrar los ojos á la luz en extranjeras playas. ¿Y Porfirio Valiente? Sentenciado á muerte, si no la tuvo en el patíbulo el afamado escritor, hallóla en el extranjero, lo mismo que el inspirado poeta Miguel Teurbe Tolon,

Y fuera de la patria, dispersos aquí y allá, y muchos de ellos desposeidos de sus bienes, se encuentran hombres de la importancia de José Antonio Saco, sabio publicista de universal renombre; el Conde de Pozos Dulces, el primer diarista de Cuba, agrónomo y literato distinguido; los excelentes poetas Mendire y Fornaris; el notable filósofo é historiador Antonio Bachiller y Morales; los sabios jurisconsultos José Silverio Jorriñ y José Valdez Fauli; los ilustrados Palma y Costales y nuestro conocido escritor José Antonio Echeverría. Y más allá todavía, en la patria de las almas, duermen el último sueño el gran filósofo José de la Luz y Caballero, el delicado escritor de costumbres Betancourt y Cisneros, y muchos más, después de haber saboreado el amargo pan de la persecución colonial.

Pero reanudemos el hilo de nuestra interrumpida narración, para decir que los trece años que la colonia venezolana empleó en la lucha contra su metrópoli no podían ser propicios al desarrollo ni al progreso de la literatura. El genio no florece en medio de la servidumbre, ni da tampoco frutos de bendición en el estruendo de las batallas. Así que bien podemos decir que la literatura venezolana nació con los primeros albores de la República y siguió desde entonces la marcha acelerada de la sociedad política, rescatada ya con la sangre de millares de víctimas ilustres.

Era natural esperarlo. Las revoluciones que cambian la faz de los Estados y se inspiran en las ideas de la civilización y del cristianismo, regeneran las sociedades, fecundan los talentos, desarrollan las inteligencias, estimulan el genio. Parece que el espíritu necesita para crear de la excitación dramática que procura el espectáculo de la lucha y que la sociedad busca al mismo tiempo que la solución de una fórmula política su expresión literaria. Así HUGO FÓSCOLO y PINDEMONTE nacen de la república Cisalpina: la época de GÖTTE y SCHILLER coincide con las transformaciones violentas de la antigua Constitución Germánica; BYRON y WALTER SCOTT son contemporáneos de las grandes luchas de la Gran Bretaña contra Napoleón: CHATEAUBRIAND, este gigante de la literatura moderna, escribió siempre en medio de las tempestades de su patria; y nunca ostentó la Francia más lujo literario que durante la revolución de 1830. En cuanto á España, país trabajado por la revolución, su maravillosa actividad literaria de ciertas épocas solo puede encontrar explicación en las ideas que quedan apuntadas. Debía esperarse que iguales efectos se sintiesen en Venezuela, país que acababa de pasar de la servidumbre más estrecha á una libertad política ilimitada. Cuánto alborozo, cuánta expansión en los ánimos! La imprenta, que solo se había conocido en 1808, comenzó á crujir en todas partes. No era ya el cañón de las batallas el que tronaba en los espacios, ni el dios Marte quien inflamaba los espíritus; eran las prensas, los periódicos, los folletos, las hojas volantes y las publicaciones de todo género que llenaban el ámbito de Colombia, esa gran república, que según la hiperbólica imagen de uno de sus más espectables fundadores, el

Doctor Zea, era un gigante con un pié en el Atlántico, otro en el Pacífico y la cabeza más arriba de la region atmosférica respirable !

Fué entónces que Bolívar, ángel tutelar de la victoria, dejando á un lado los arreos del guerrero, pensó en la ilustracion de su patria y dió á la Universidad de Carácas una nueva organizacion, creó rentas para su sostenimiento, dotóla de nuevas cátedras y trazó el camino que en lo adelante debian seguir los estudios en aquel plantel. De esa Universidad han salido sucesivamente todos los hombres que han figurado más tarde en la magistratura, en el foro, en la literatura, en la filosofía, en la prensa y en la medicina.

Cuando esto sucedia en la patria, Bello, á quien podemos considerar el decano de nuestra literatura, habia fundado ya dos revistas literarias en Lóndres, asociado al ilustrado neo-granadino García del Rio, y publicaba en ámbas sus brillantes inspiraciones poéticas y otros escritos literarios de la mayor importancia. Muchas veces se nos ha preguntado, por qué Bello, que amó tanto á su patria, en vez de regresar á ella en 1829, se fué á Chile, á los confines de la América; y con dolor tenemos que decirlo. Uno de los primeros pasos que dió la Junta Suprema establecida en Carácas en 1810, fué el envio á Lóndres de una comision ó embajada compuesta de Bolívar y del Doctor Luis Lopez Méndez. Bello, que por esa fecha era uno de los jóvenes más ilustrados que la colonia tenia, fué nombrado secretario de aquella comision. Como sucedé siempre en las revueltas, figuran tambien en ellas actores indignos y uno de estos censuró el nombramiento de Bello, llevando su impudencia hasta el punto de llamarlo delator. Torpe, torpísima era la calumnia, pero produjo su efecto, porque el ilustre patricio, el profundo filólogo, el príncipe de nuestros escritores, decidió no regresar á su patria. Sirvióla en Lóndres cuanto pudo y recordóla siempre con amor desde Chile, pero á ella no volvió. Cuando Bello publicó más tarde su brillantísima traduccion de la ORACION POR TODOS de Víctor Hugo, en las estrofas en que pide á la hija, que reze y ruegue, introdujo la siguiente que no existe en el original :

Por el que en mirar se goza
 Su puñal de sangre rojo
 Buscando el rico despojo
 Ó la venganza cruel;
 Y por el que en vil libelo
 Destroza una fama pura
 Y en la leve mordedura
 Escupe asquerosa hiel.

Aludia indudablemente al miserable libelista, pero, alma grande y generosa, demandaba el perdon para su calumniador.

Colombia se disolvió en 1830 y los tres países que la formaban se constituyeron en naciones soberanas é independientes. Grande fué desde esa fecha el desarrollo de las inteligencias en Venezuela. ¡ Cuántos hombres distinguidos en las letras, cuántos pensadores profundos en el Consejo, cuántos genios creadores ! La purificación del sistema político, la libertad de las instituciones, la estrecha relación con el extranjero, de donde solo podía venir apropiado alimento para los ingenios nacientes, las asociaciones políticas y literarias fecundaron el suelo de la patria de un modo maravilloso.

No estamos preocupados. Las obras políticas y literarias de todos aquellos varones espectables que ayudaron á construir la sociedad venezolana ; los trabajos científicos de nuestros profesores ; la poesía inimitable de nuestros bardos ; las numerosas obras de imaginación y ensayos literarios de la nueva generación ; todos estos escritos, decimos, forman una gran masa de trabajo, más ó ménos conocido, más ó ménos apreciado, que constituye propiamente los fundamentos de nuestra historia literaria.

Para no ser prolijos en la historia del periodismo, que desde 1830 influyó tan poderosamente en la propagación de los estudios literarios, diremos simplemente que corresponde la iniciativa de tan noble propósito al célebre humanista José Luis Ramos, quien fundó en 1836 la primera revista literaria que salió de nuestras prensas, con el auxilio y concurso de otros ilustrados compatriotas. De allí en adelante veremos á ámbos García (Julian y José Hermenegildo), á Juan Bautista Calcaño, al ilustre patricio Domingo de Briceño, á Cagigal, á Toro, á Manuel Antonio Carreño y á otros distinguidos escritores ocupar por una serie de años el estadio de la prensa y desempeñar nobilísimamente una misión civilizadora. Y como aquellos tiempos discurrían felices para la sociedad venezolana, porque tenía entónces culto la ley, recompensa la virtud, el crimen castigo y estímulo las letras, llegaremos muy pronto al año de 1844 en que solo figuraban en la arena pública, con el carácter de permanentes, dos grandes periódicos, uno fundado desde 1841 por el célebre y fecundo escritor Antonio L. Guzman, y otro redactado desde la misma fecha por nuestro finado padre. Sea permitido al amor filial, amor simpático para las almas puras, decir, que tanto el señor Guzman, como nuestro amado padre, contribuyeron muy notablemente en aquella época al desarrollo de las inteligencias y al cultivo de las letras y agreguemos, en honra de la civilización de aquellos días, que ámbos periodistas, con programas, si nó antagónicos, bastante diverjentes, lucharon como dos paladines con dignidad y bizarría, sin descender jamás al fango de la diatriba y de las personalidades. Días felices aquellos, que pasaron tal vez para no volver !

Comenzó en 1846, con la violación de los sufragios públicos nuestra decadencia literaria, política y moral y la República vióse muy luego empapada otra vez en sangre. La guerra civil que desde entónces surgió y que con intervalos, más ó ménos largos, tuvo al país en continua agitación hasta 1870, puede ser considerada como la gestación neces-

ria, lenta y dolorosa de la República, y si de ella debemos ocuparnos, solo será para desear que las conquistas de la civilización moderna, á tan alto precio alcanzadas, se afirmen en nuestra patria y la den en retribucion de tantos sacrificios, largos años de paz y fama entre las naciones. Hemos proclamado ya en nuestros códigos todas las libertades públicas; hemos excedido quizá en adelanto moral á los pueblos más civilizados de la tierra; solo falta que seamos perseverantes en la práctica de los principios para que podamos recibir en galardón las bendiciones de la historia. Y no extraviemos el criterio al dirigir una mirada retrospectiva y llena de compasión á ese pasado de veinticinco años, en que la guerra fratricida destruyó la riqueza pública y privada; porque nada sucede en el mundo físico, como en el mundo moral, que no haya sido preordenado por la Providencia, y la guerra civil, azote que han sufrido casi todos los pueblos de la tierra, en Venezuela ha hecho felizmente menores estragos que en otras naciones mucho más civilizadas. Ni se tome esta declaratoria como una apología de la guerra, que es la más bárbara y la más abominable de las tiranías, sino como una defensa de nuestro carácter nacional, tan tristemente calumniado en el extranjero. Testigos, pero no actores, de ese drama sangriento que ha durado veinticinco años, en los cuales hemos visto pasar estérilmente nuestra juventud, hallamos hoy cierta satisfaccion en declarar que no se han cometido en nuestro país los hechos de inaudita crueldad y barbarie que manchan las recientes efemérides de Francia, España y otros pueblos de la cristiana y civilizada Europa.

En ese crudo invierno de la guerra, según lo hemos dicho, desfalleció nuestra literatura para reaparecer como los árboles, más vigorosa en la primavera de la paz, y desde 1870 ha sido incesante la actividad de las inteligencias en Venezuela. — Gobernada esta por el General Antonio Guzmán Blanco, á quien el Congreso de su patria ha discernido con sobra de merecimientos el título de ILUSTRE AMERICANO, porque ha sabido enfrenar la anaquía, restablecer el prestigio de la autoridad, evitar los estragos de la demagogia, y conducir al país por el camino, ántes no trillado, de su adelantamiento moral y material, no se hicieron esperar sus felices disposiciones en favor de las letras, y con placer podemos registrar hoy dos de las más importantes. Fué la primera la ley de 27 de Junio de 1870, que hizo obligatoria la instruccion primaria en la República y creó al efecto numerosas escuelas oficiales, con cuantiosas rentas para su sostenimiento, medida esta que está dando los más cumplidos resultados. Fué la segunda, la completa reorganizacion de la Universidad de Carácas llevada á feliz remate en la reconstruccion de su antiguo edificio, la creacion y aumento de sus rentas, la dotacion de nuevas cátedras de griego, historia y ciencias naturales, la fundacion de un museo nacional, y el establecimiento de una gran biblioteca, en la cual se han refundido las que ántes existian dispersas. La Univeridad es hoy un gran centro de instruccion superior gratuita, Además de

esto, el Gobierno actual ha protegido la impresion de todas las obras sobre ciencias y bellas letras en que se ha solicitado su cooperacion.

Pero nuestros literatos no deben esperar todo del Gobierno, porque ellos, soberanos de la inteligencia se parecen á los Dictadores, soberanos de la fuerza, en que no son hechura de Gobiernos ni de pueblos, sino que se hacen por sí mismos. No es la accion benéfica de la Autoridad lo que hoy les falta, sino la acertada combinacion de sus propias fuerzas, la constancia en los estudios, y el olvido absoluto de la política, quisicosa esta que pierde á los literatos y hace de ellos muy pequeños hombres de Estado. Muchas corporaciones literarias han existido entre nosotros desde 1842, en que se fundó la primera, EL LICEO; pero casi todas han durado lo que las rosas, el espacio de una mañana. Procurémos crear una que no tenga en su organismo el germen de la muerte; establézcase un tribunal de crítica; fúndese un periódico literario, que sea el órgano oficial de la Corporacion, y el éxito más brillante no se dejará esperar. Como base para una buena literatura posee nuestro pais la más esencial, la perfeccion con que la gran mayoría escribe el idioma castellano. Bello, cuya autoridad nadie puede disputar, opinaba en 1847 (carta dirigida entónces á nuestro padre) que la juventud ilustrada de Carácas era la primera que tenia América y que los tres paises sur-americanos en que mejor se escribia la lengua castellana eran Venezuela, Nueva Granada y Chile. El célebre historiador D. José de Oviedo y Baños en el primer tomo de su interesante HISTORIA DE LA CONQUISTA DE VENEZUELA, publicada en 1723, hablando de los nativos de Carácas, dice estas palabras: « Los criollos son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos; hablan la lengua castellana con perfeccion, sin aquellos resabios con que la vician en los mas puertos de las Indias (Parte I, Lib. V, Cap. VII). » Y ya que á Oviedo hemos nombrado, digamos de paso que la segunda parte de su historia que algunos suponen en el Archivo de Simancas ó en el de Sevilla, ó en las bibliotecas de los anticuarios es, ó nos parece á lo menos, un verdadero mito. En extremo favorables á lo que íbamos diciendo son las opiniones de muchos literatos españoles y sin hacer esfuerzos podemos aquí copiar las galantes frases de la ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de Madrid, de 5 de Diciembre de 1871, escritas al pié de un artículo en elogio de nuestro gran poeta José Antonio Calcaño. « A la República de Venezuela (dice el notable periódico á que aludimos) cabe la gloria de haber producido en este siglo ingenios que son tal vez los que mejor han conservado en sus obras la pureza del habla nativa, que llevamos á aquellas regiones con la luz de la civilizacion cristiana y en que tanto y tan gloriosamente han sobresalido un Andrés Bello, un Baralt, y algunos otros esclarecidos hijos de aquella fecunda tierra. » La misma opinion ha emitido un juez mucho mas competente todavía, el afamado académico español, Excmo Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, en carta que en 3 de Agosto último, dirigió á un amigo suyo, en los siguientes conceptos:

« He recibido y leído con sumo gusto los RECUERDOS DE HUMBOLDT del Sr. D. Aristides Rójas, con que U. se sirve favorecerme y que yo le agradezco en el alma. Más de una vez me asalta y entristece la idea de si habrá llegado la hora de que muera la lengua de Cervantes para la infeliz Península ibérica, y siempre derrama sobre mi corazón un bálsamo de esperanza el considerar que han de salvarla con toda su pureza en los libros, nuestros hermanos de América, por más que se muestren sañudos contra su antigua y benéfica madre. » Y si juicios tan competentes no bastasen, ahí está la docta Academia Española que dió en su seno un asiento á nuestro distinguido y desgraciado Baralt, nada ménos que en recemplazo del ilustre Marqués de Valdegámas y que ha honrado posteriormente con el diploma de socios correspondientes á nuestros compatriotas Bello, Guzman (padre é hijo), Calcaño, Camacho, Acosta, Seijas, Blanco y á Pedro José Rojas, nuestro desgraciado amigo y homónimo, escritor tan elegante, orador tan elocuente !

Coleccionar las obras dispersas de los escritores venezolanos, ordenarlas cuidadosamente en un cuerpo, ilustrarlas con noticias biográficas de cada uno de los escritores, tal ha sido el objeto que nos hemos propuesto. Esta obra es un resumen del trabajo intelectual en Venezuela en los últimos cuarenta años, es el tesoro de nuestros escritores, es la reunion en un cuerpo de multitud de trabajos importantes, muchos de ellos poco conocidos y otros inéditos ó de difícil adquisicion. Publicados todos aquellos artículos preciosos en periódicos de corta vida, en folletos de escaso prestigio, en hojas volantes y en épocas de agitacion política, reunirlos hoy es salvar del naufragio una parte importante de nuestra literatura, es vestirla y ataviarla con elegancia, poniendo á un lado cuanto pudiera dañarla en lo futuro, es guardarla en arca imperecedera (los libros no perecen), para que algun día pueda decirse : « Aquí están los títulos de Venezuela como nacion inteligente. »

Para llevar á cabo esta obra ha sido grande el auxilio que nos ha dado nuestro querido hermano, el Dr. Aristides Rójas. Ha sido él quien, procurándose las obras ya olvidadas del uno, las de aquel otro que abandonó hace años la patria, las de este que no llegó á publicar sino una parte de sus importantes trabajos, las del otro que se valió para sus publicaciones literarias de periódicos de rareza extraordinaria en nuestros días, nos ha proporcionado grandes y variadas colecciones, de las cuales hemos tomado los pocos escritos que de cada autor hemos insertado, sintiendo en muchas ocasiones haber archivado, por demasiado extensos, los mejores por falta de espacio para colocarlos. Y hemos tenido que lamentar al propio tiempo la supresion de varios escritores, algunos muy notables, por no haber recibido en la deseada oportunidad sus interesantes escritos. No debemos ocultar el trabajo que nos ha causado en muchos de los casos el uso de los seudónimos, tan acariciado hasta hoy por los escritores venezolanos, y esperamos que la publicacion de este libro estirpará de raiz un mal tan grave como inveterado. La pseudo-

nimia es una triste invencion del miedo, de la mediocridad, ó de la falsa modestia y en todo caso indigna de las letras.

La juventud venezolana, juventud inteligente y conraida con provecho á los estudios literarios reportará grandes ventajas de este libro, que contribuirá á purificar el mal gusto que muchas veces daña el talento y destruye la mas decidida vocacion literaria. Es preciso decirlo. — La escuela de Zorrilla y de los dramaturgos llamados románticos, encontró en los jóvenes venezolanos fervorosos sectarios; y en estos últimos años muchos jóvenes de verdadero talento han rendido culto desatentado á aquellas falsas deidades, desconociendo la noble mision del poeta americano y olvidando quizá que en su propia patria contaban modelos mucho mas dignos de ser imitados en aquella seccion de los estudios literarios que llama Bello AROMA DE LA LITERATURA.

Por lo demas, si este libro contribuyere á encender en la juventud de nuestro país el amor á los estudios; si él marcare una época en la historia de nuestras letras, ó fijare un punto de partida al espíritu literario, quedarán correspondidos los únicos deseos que hemos tenido al publicarlo.

JOSÉ M. RÓJAS.

París, 25 de Marzo de 1875.

ANDRÉS BELLO

Andrés Bello, príncipe de los poetas y escritores del Nuevo Mundo, nació en Carácas el 30 de Noviembre de 1780. En desempeño de una comision patriótica, trasladóse en 1810 á Lóndres, donde permaneció diez y nueve años, y en 1829 á Santiago de Chile, donde residió hasta el día de su muerte, acaecida al promediar Octubre de 1865.

En cumplimiento de un decreto del Congreso de Chile, el Gobierno de dicha República hace imprimir actualmente las obras de Bello, que formarán 12 volúmenes.

Tanto por la exactitud de las noticias biográficas que contiene, como por la respetable autoridad del escritor, insertamos á continuacion el juicio crítico de Bello, publicado en 1863 por el ilustre literato español D. Manuel Cañete, en LA AMÉRICA de Madrid, revista política y literaria fundada por nuestro querido amigo, el distinguido poeta D. Eduardo Asquerino.

Al propio tiempo nos es grato insertar aqui, en elogio de Bello, el juicio de otro escritor ilustre de la Península, nuestro respetable amigo el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, miembro de la Academia de la historia. « Bello, uno de los más grandes poetas que hayan pulsado la lira castellana, es tambien de los mayores maestros de lengua y estilo que podamos señalar en la antigua y moderna literatura española. »



LIGEROS APUNTES ACERCA DEL INSIGNE VENEZOLANO

ANDRÉS BELLO

I

En las breves páginas que hace algun tiempo escribí para que sirviesen de prólogo á las composiciones en verso del jóven escritor y poeta cubano D. Rafael Mendive, dije que los delicados acordes de la lira americana resuenan dulcemente en mi corazon español; y añadí: « cada vez que un nuevo ingenio de aquellos climas hace oír sus inspirados acen-

tos en la hermosa lengua de Cervántes y de Leon, de Granada y de Rioja, lo saludo cariñosamente desde el fondo de mi alma y se me ensancha el corazon ante el espectáculo de sus aciertos. Por regla general, estos son frutos de sus naturales facultades: los extravíos en que incurren, hijos de la mala direccion de sus estudios. ¡Cuántos versificadores hispano-americanos que bien dirigidos habrian llegado á merecer el dictado de poetas, no se han

malogrado para siempre por separarse de la senda del buen gusto! ¡Cuántos no han cortado el vuelo á su propio ingenio por empeñarse en imitar á escritores famosos de la metrópoli que no merecian ser imitados! »

Comprueban esta verdad los versos de casi todos los poetas cubanos ó de la América del Sur que han escrito de treinta años á esta parte. Herida su imaginacion por el brillo de las poesías (no exentas de extravagancias) de Victor Hugo y Lamartine, y sobre todo por la pompa de Zorrilla, en quien hay sin duda facultades que salen de lo comun, pero mal equilibradas y peor dirigidas por falta de saber y gusto, diéronse á imitarlo y á seguir ejemplos que los habian de apartar necesariamente del buen camino, viciándolos y corrompiéndolos hasta el punto de anular aun las más felices disposiciones. Da pena ver los estragos del *zorrillismo* en ingenios templados para brillar con luz propia y ostentar en sus inspiraciones poéticas la originalidad, la magestad y grandeza de que ha de sentirse capaz el alma cuando contemple el espectáculo de aquel hemisferio poblado de bosques vírgenes, cuyos rios son casi mares, y cuyos montes se esconden entre las nubes coronados de nieves perpétuas ó de brillantes plumeros de fuego y humo.

La originalidad, el ingenio, todo aparece allí sofocado ó malogrado por el temerario empeño de sacrificar la propia individualidad ante un ídolo engañoso y deslumbrador. La imitacion de buenos modelos, cuando no renuncia el que imita á su carácter intelectual ni tiene por supremo esfuerzo del númen identificarse servilmente con el imitado, es perenne manantial de aciertos y, por consiguiente, de bellezas y perfecciones. La que sigue diverso rumbo, aunque el modelo sea mejor y ménos ocasionado que las amaneradas obras de los corruptores, léjos de ser un bien, es un mal; de suerte, que casi es preferible la desordenada espontaneidad del ignorante al apocamiento y servilismo del imitador rutinario.

Andrés Bello no es lo uno ni lo otro. Formado con el estudio de los más altos modelos de nuestra lengua y poesía castellana; profundo conocedor de sus misterios; enriquecido con gran caudal de varios y bien dirigidos conocimientos, y dotado de la sensibilidad y gusto sin los que no hay poeta verdadero ni creacion de la fantasía que logre sobrevivir al autor, raya á veces en una altura á que han llegado muy pocos y en que ninguno le excede. Ni en nuestro siglo ni en los anteriores hallo poeta castellano que le supere en el arte de retratar las maravillas de la naturaleza y los prodigios de la agricultura. Maestro en el manejo del idioma y de la dición poética, escribe con tal propiedad y elegancia y en tan pintoresco estilo, que para encontrarle semejante hay que remontarse á los siglos XVI y XVII y evocar los nombres de Garcilaso, Leon, Rioja, Pedro de Espinosa y otros de la misma índole.

Andrés Bello nació en Carácas por los años de 1780. Consagrado al estudio desde su temprana edad y educado en las buenas máximas religiosas y literarias que la calumniada España llevó á sus antiguas colonias del Nuevo Mundo, entró muy jóven á servir al Estado, encontrándole ya de oficial mayor en la secretaría de la capitania general el primer paso que dió Venezuela para emanciparse de la metrópoli el 19 de Abril de 1810. Llamado á servir á la Junta suprema gubernativa, tambien como oficial de su secretaría, tuvo ocasion harta de demostrar su capacidad y aptitud, anunciando en el desempeño de las diversas tareas que le encomendaron el importante papel que andando el tiempo habia de representar en su patria. Entre los trabajos fiados entónces á la inteligencia de Bello merece particular mencion la *Nota* con que la Junta suprema contestó á la *Circular* en que la regencia anunciaba su instalacion.

Más tarde, conociendo sin duda el nuevo gobierno de Venezuela toda la gravedad de los pasos dados para emanciparse de España, y

temeroso de las consecuencias, comprendió que la cooperación y amistad política de Inglaterra podría servirle de mucho para el logro de sus planes. Esta creencia le indujo á nombrar una comisión (que partió á Londres en Junio de 1810), compuesta de Simón Bolívar (coronel en aquella fecha), Luis López Méndez y Andrés Bello. Entónces fué cuando el héroe venezolano y el gran cantor de *La Agricultura de la zona tórrida* estrecharon el lazo de una amistad que solo pudo romper la muerte, y que proporcionó á nuestro anciano poeta, cuya vida quiera prolongar el cielo por largos años, distinciones muy honoríficas de parte de su ilustre amigo el caudillo de la independencia.

En los diez y nueve años consecutivos que Bello permaneció en Inglaterra sin apartarse de allí más que para hacer alguna breve excursión á Francia, dió nuevas pruebas de aplicación é incansable laboriosidad, no solo prestando eminentes servicios á las legaciones de Colombia y Chile, sino publicando algunas de las obras que le han granjeado lugar (como observa oportunamente un biógrafo) entre los primeros literatos y publicistas de la América española.

Durante su estancia en Londres contribuyó á la fundación y redacción de dos publicaciones periódicas, la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, que empezaron á salir á luz, una en 16 de Abril de 1823 y otra en Octubre de 1826. Tiraban estas publicaciones principalmente (según el biógrafo citado) á « desvanecer errores que sobre cosas americanas tenían cabida aun entre los sábios y estudiosos de Europa. » Los artículos que en esos periódicos llevan al pié las iniciales A. B. son originales, extractados ó traducidos por Bello, y en todos se advierten, sea cualquiera la materia de que traten, dotes de saber y talento nada comunes.

Bello casó en Londres con una señora inglesa. Allí perfeccionó sus estudios y adquirió una copiosa y escogida biblioteca. En 1828 ó

29 fué llamado á Chile por el presidente de aquella república D. Francisco Antonio Pinto, quien le confió la dirección de una Caja de amortización recién fundada para extinguir los créditos del ejército. Cayó Pinto, y el gobierno que le sucedió nombró á Bello oficial mayor de la secretaría de Estado y director del periódico oficial *El Araucano*, que ha tenido á su cargo por espacio de mucho tiempo y en el que ha publicado excelentes artículos de literatura y ciencias. Poco después fundó el colegio de Santiago, que se convirtió en la actual universidad de Chile, también fundada y organizada por él bajo un plan mucho mejor, en concepto de personas inteligentísimas, que el que rije actualmente en España. Bello desempeña hoy día el cargo de rector de dicho establecimiento, y ha sido y es, además, redactor de toda la correspondencia diplomática y de todos los documentos importantes que emanan de aquel gobierno.

Desde su vuelta á Chile, por los ya citados años de 1828 ó 29, ha publicado Bello las siguientes obras: — *Principios de derecho internacional*, segunda edición corregida y aumentada (1844). Esta obra se ha reimpresso muchas veces allí y en Caracas, porque, amén de su relevante mérito, reúne las doctrinas más modernas sobre la materia. — *Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana* (1835). — *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* (1841), obra perfecta en su género, llena de novedad y erudición. — *Teoría del entendimiento* (1843 y 44). — *Proyecto de código civil*. — *Discurso en el acto de la instalación de la Universidad de Chile* (17 de Setiembre de 1843). — *Poesías*, reunidas por primera vez en un cuerpo é impresas en Valparaíso (1846) en la apreciable y ya rara *Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo*, titulada *América poética*. — *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, cuya primera edición salió á luz en Santiago de Chile (1847), y que

reimprimió en Madrid (1853) con notas é ilustraciones D. Francisco Merino Ballesteros, inspector general de instruccion primaria.

Para terminar esta indicacion de las obras de Bello que han llegado á mi noticia añadiré que la *Teoría del entendimiento* se imprimió en *El Crepúsculo*, periódico de Santiago (desde el núm. 1 al 12 del tomo 1^o), donde se publicaron tambien (tomo 2^o) dos artículos del mismo Bello bajo el epígrafe *Historia literaria*, el primero sobre el *Origen del romance caballeresco*, y el segundo sobre la *Influencia de la poesia germánica en el romance*. El *Proyecto de código civil* vió luz pública en el mencionado *Arnucano*(1). Ahora tiene preparado para la estampa uno de los primitivos y más preciosos monumentos de la musa castellana, el *Poema del Cid*, cuyo texto ha estudiado prolijamente durante largos años esforzándose por depurarlo con selecta erudicion, y al que acompañarán notas y extensas ilustraciones filológicas, críticas, históricas y literarias, que no podrán menos de llamar la atencion de los estudiosos y contribuir á esclarecer convenientemente quizá el más difícil y oscuro período de la historia de nuestra poesia. El gobierno de Chile, justo apreciador del mérito del insigne vate americano, trata de imprimir esta nueva obra de Bello y de regalarle la edicion.

Nuestro poeta ha ocupado con universal aplauso de sus compatriotas las más altas posiciones políticas y literarias de su país. Miembro del senado de Chile y rector de su universidad, ha logrado por sus altas prendas intelectuales y morales, más todavía que por sus honores y distinciones, la consideracion de propios y extraños y el aplauso de los doctos. Académico *honorario* de la Real Española

(1) Tomo gran parte de estas noticias de los apuntes biográficos de Andrés Bello publicados en la *América poética*. Otras me han sido comunicadas por mi anciano amigo y compañero el Ilmo. Sr. D. José Joaquín de Mora, cuya profunda erudicion y vario saber es tan conocido en Europa y América.

desde hace tiempo, ha sido elevado ha poco á la categoría de *correspondiente* de la primera corporacion literaria de España, habiendo tenido yo satisfaccion indecible en suscribir la propuesta para que se otorgase al ilustre anciano distincion tan merecida. ¡Quiera Dios que la disfrute por muchos años!

Hechas estas sumarias indicaciones acerca de la vida y escritos de Bello, entremos á examinar la índole y carácter de sus composiciones poéticas.

Pero este asunto requiere mayor espacio y detenimiento y merece, por lo tanto, artículo aparte. Se lo consagraremos en el próximo número de LA AMÉRICA, con la imparcialidad de quien solo conoce al poeta por sus obras, y con la estimacion y simpatía que despierta el mérito verdadero en quien tiene la felicidad de no conocer la envidia :

« Gozar con el bien ageno
Es ser partícipe dél,
Piedra de toque fiel
En que se conoce el bueno. »

II

Si no abrigase tan arraigada opinion de que la poesia es ante todo verdad, y de que allí donde no la hay no existe ni puede existir verdadera poesia, las composiciones de Andrés Bello bastarian para fortalecer mi creencia. « Reflexivo como Pindemonte, filosófico por carácter y por la fuerza de su razon, dotado de conocimientos vastos y profundos, inspirado del cielo para comunicar á sus lectores una centella del fuego divino, ora cante Bello los gloriosos hechos y los claros adalides de nuestra revolucion, despertando recuerdos que agitan y exaltan el alma; ora pinte la majestuosa naturaleza, las bellas escenas y las ricas producciones de las regiones tropicales, entregándose á las inspiraciones del entusias-

mo; ora nos exhorte á la práctica de la virtud y al amor de la patria, encontraremos siempre en sus composiciones elegancia é independencia, sentimientos puros, moralidad, elevados y nobles pensamientos, y una ardiente pasión á la libertad racional y á la paz. » Tal decía hará más de quince años el ilustre americano D. Juan García del Rio, autor de las *Delicias y ventajas del estudio*, y este juicio viene implícitamente á corroborar mi opinión.

Bello conmueve y seduce, ahora cante las hazañas y los héroes de su país natal, ya retrate el magnífico aspecto de la portentosa naturaleza de los trópicos, ora el espectáculo que admira le lleve á meditar sobre los vicios y virtudes del hombre y sobre las vicisitudes de naciones é imperios, porque en todos esos casos canta inspirado por la verdad, y ha experimentado antes su alma el sentimiento que procura despertar y que tiene el envidiable privilegio de transmitir.

. *Si vis me flere, dolendum est
Primum ipsi tibi.*

Y no se crea que al buscar en la verdad la primitiva fuente de la poesía trato de limitar sus dominios. ¿Los tuvo nunca la mentira tan dilatados, tan floridos, tan ricos en frutos sanos, sabrosos y deleitables? El hombre incapaz de apasionarse de nada realmente delicado, el que considera indigno de su despreocupada ilustración creer en Dios, en la virtud, en el patriotismo, en el amor, en cuanto comunica al espíritu jugo, elevación y grandeza (aunque crea ciegamente en su propia vanidad y en las repugnantes negaciones que abaten y degradan la especie humana), es el único para quien esta doctrina puede aparecer con carácter distinto del suyo propio.

Como *verdad* y *afirmación* vienen á ser una misma cosa, no es raro que desconozca y repugne sus atractivos quien se alimenta de dudas y juzga don supremo de belleza huir la sincera expresión de los sentimientos humanos

para dar sér á extrañas y anti-naturales invenciones de la fantasía. Siempre ha sucedido lo mismo: el que más blasona de despreocupado y mira con cierto compasivo desden á los que abrigan fé en el alma, es también el que antes se deja avasallar por la mentira y paga en el terreno del arte mayor tributo á lo feo.

Uno de nuestros más insignes dramáticos contemporáneos (el primero acaso por la elevación y sana tendencia moral de sus creaciones) ha desentrañado sagazmente en su notable *discurso* de recepción en la Real Academia Española la diferencia que existe entre la verdad *real* y la *poética*, que tanto admira y cautiva en Andrés Bello. « Al hablar de la realidad (dice el jóven autor de *Virginia* y de *La locura de amor*, D. Manuel Tamayo y Baus, en quien la nobleza y rectitud del carácter se hermanan con gran saber y exquisito gusto literario), considero comprendidos juntamente en ella la materia y el espíritu, lo visible y lo invisible; apreciándola, no como esos seres degenerados hasta el punto de parecer criaturas intermedias del hombre y el bruto, sino tal como se muestra á los ojos del hombre en quien el bruto no haya dominado al ángel. » Y más adelante añade: « El arte debe elegir con detenido exámen, de entre los elementos que juntos y mezclados aparecen en la realidad, tan solo aquellos que sean dignos de figurar en él; elementos cuya forma visible despojará de rasgos imperfectos é inútiles, y de cuya invisible esencia reproducirá únicamente lo íntimo y precioso, á fin de que resplandezca á través de aquella forma, como luz atizada á través de fanal sin mancha ninguna. Crisol ha de ser en que el oro quede exento de escoria, abeja que extraiga la miel de las flores, cristal en cuyo foco reconcentrados abrasen los rayos del sol. Consistirá su mayor gloria en hacer ver la naturaleza por su lado más espiritual y significativo; en ofrecer al alma un espectáculo siempre sublime de sí misma, en imágenes siempre claras y vigorosas, condensando y depurando la realidad, sin alterarla ni desfi-

gurarla, amalgamando lo bello con lo verdadero. »

Tal es la universal y fecunda doctrina que en sus mejores poesías ha puesto en práctica el admirable cantor de la América del Sur.

Para apreciar bien hasta qué punto se aleja de la verdadera poética quien antes que en las obras de Dios y en el fondo de su alma procura inspirarse, ó en los delirios de una fantasía extraviada, ó en determinadas composiciones de otros ingenios, obsérvese cuánto difieren los versos que Bello escribió animado de sentimientos patrióticos ó del entusiasmo y admiración que no pueden ménos de causar las maravillas de aquella espléndida naturaleza, de los que hizo imitando obras extrañas. En los unos todo es natural, rico, espontáneo. En los otros el poeta decae mucho de su propio ser, y suele hasta perderse en un amaneramiento prosáico apenas concebible en quien posee tantos medios de volar con impulso propio á las más altas esferas.

Diez son las composiciones de Bello reunidas en la AMÉRICA POÉTICA: — *Alocucion á la poesia* (1), silva americana que sigue inmediatamente al *Prólogo de los editores*. — *La Agricultura de la Zona tórrida*. — *Fragmentos de una traduccion del poema Los Jardines, de Delille*. — *El incendio de la Compañía*, canto elegíaco. — *El diez y ocho de Setiembre*, oda. — *A Olimpio*, imitacion de Victor Hugo. — *Las Fantomas*, imitacion de una de las *Orientales* del mismo Hugo. — *La oracion por todos*, imitacion del mismo. — *Moisés salvado de las aguas*, idem. — *Los Duendes*, tambien imitacion de Hugo.

De estas diez composiciones, únicas que conozco de Bello, cuatro son hijas de la propia inspiracion del poeta; cinco imitadas del caudillo del romanticismo frances; y la última, version de un poeta popularísimo en Francia á principios de este siglo, y hoy punto ménos

que olvidado ó tratado con desden por criticos eminentes (1).

Compárense unas con otras estas composiciones originales é imitadas, y se verá qué inmensa distancia las separa. Como que en unas habla el poeta dejándose llevar del sentimiento que lo conmueve y arrebatá, y en otras es solo reflejo de emocion agena. Sin embargo, una dote sobresale de igual manera en las poesías imitadas que en las originales de Bello: el profundo conocimiento y discreta aplicacion del lenguaje y de la diction poética. En este particular es Bello uno de los más felices y hermosos modelos de la poesia castellana.

Ni podía ser de otro modo. El hombre que á grandes facultades poéticas reúne profundos conocimientos filológicos y gramaticales naturalmente ha de alcanzar la belleza de forma que admira en ciertas poesías de Bello, y sobre todo en la *silva americana* titulada *La Agricultura de la Zona tórrida*.

¡ Raro y fecundo privilegio de quien consiguere en estas materias hermanar el precepto con el ejemplo !

La independencia intelectual de Bello no ha perjudicado á la pureza de su diction, aun habiendo pasado nuestro poeta largos años en países extranjeros y cobrado afición á los productos de una revolucion literaria que extremó el uso de la libertad hasta convertirla en licencia. Léjos de eso, Bello ha sido el más firme baluarte de la lengua castellana en la América del Sur, y su *Gramática* es tal vez la mejor de cuantas se han compuesto modernamente, sin exceptuar la misma de la Real Academia Española.

No será fuera de propósito recordar aquí algo de lo mucho bueno que estampa en el *Prólogo* de tan importante obra. De este modo se comprobará fácilmente la exactitud de mi indicacion.

(1) Publicada por primera vez en Londres en el mes de Abril de 1823.

(1) Véase la opinion de Nisard á propósito de la índole y mérito de Delille.

« Juzgo importante (dice) la conservacion de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicacion y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo á recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las artes, el progreso de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada dia nuevos signos para expresar ideas nuevas; y la introduccion de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifestamente innecesaria, ó cuando no descubre la afectacion y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben. Hay otro vicio peor, que es el de prestar acepciones nuevas á las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que por la variedad de significados de cada palabra adolecen mas ó ménos las lenguas todas, y acaso en mayor proporcion las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas á que es necesario acomodar un número necesariamente limitado de signos. Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va á privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje comun, es la avenida de neologismos de construccion que muda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma tiende á convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros que durante una larga elaboracion reproducirían en América lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupcion del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico hablarían cada uno su lengua, ó por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan tres idiomas provinciales, pero viven á su lado otros varios, oponiendo estorbos á la difusion de las luces, á la ejecucion de las leyes, á la administracion del Estado, á la uni-

dad nacional. Una lengua es como un cuerpo viviente : su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que estos ejercen, y de que procede la forma y la índole que distinguen al todo. »

Bello ha sido en sus obras consecuente con su doctrina. Ha gastado como dueño del antiguo caudal de Castilla; pero no se ha encerrado en el rigorismo intransigente en que se parapetan perezosos y rutinarios para disimular su abandono, á título de conservadores de la pureza del idioma.

Nadie mejor ni con mayor claridad que Bello encarece las ventajas de la prudente libertad que las lenguas necesitan para seguir la marcha progresiva de la civilizacion y no convertirse en viviente anacronismo. Pero nadie tampoco ha señalado con mayor exactitud y acierto los vicios que afean y corrompen la hermosa lengua de Cervántes en España y América.

Decir que uno de los peores vicios nacidos del mal gusto y de la ignorancia consiste en *prestar acepciones nuevas á palabras y frases conocidas*, multiplicando las anfibologías; condenar enérgicamente los *neologismos de construccion* que usan y propagan á cada paso la prensa periódica y los documentos oficiales en las naciones de ambos hemisférios que hablan lengua castellana, es poner el dedo en la llaga y abrir camino al remedio de una enfermedad contagiosa y mortal. Recuértese con cuánta frecuencia incurren en esos vicios capitales Zorrilla y sus imitadores de la Península y del otro lado del Atlántico, y se comprenderá el inmenso beneficio que puede prestar á la juventud americana la excelente doctrina y docto ejemplo del anciano poeta y sábio rector de la Universidad de Chile.

Pero estas consideraciones, apartándome insensiblemente del principal objeto del presente artículo (bien que sean eficaces para ilustrarlo), me obligan á suspender aquí la tarea.

Lo contrario valdria tanto como abusar de la benévola atencion del lector.

III

Las poesías originales de Bello y las que imita de otros autores difieren en importancia, pues no siempre se suele hallar en estas la espontaneidad, riqueza y brío que resplandece en las otras. Nótanse en todas, sin embargo, aciertos propios de quien es maestro en el manejo del idioma y de la dición poética y se halla dotado de aquella misteriosa virtud, de aquel indefinible poder y estro divino que hacia exclamar á Parini :

*È spirito? È materia? È Dio che scende
L'una e l'altro agitando oltre l'usato?*

Por punto general, la inspiracion propia debe preferirse al reflejo de la agena; pero á veces hay en la imitacion algo que revela eficazmente la individualidad del imitador y que se puede confundir y confunde con la originalidad. Dígalo el maestro Leon en sus admirables imitaciones de Horacio. Hable San Juan de la Cruz en las delicadas y suavísimas del *Cantar de los Cantares*. Esta imitacion fecunda, que convierte en caudal propio el ageno, aunque comunmente parezca inferior á la verdadera originalidad, no es ni será nunca patrimonio de ingenios mediocres. Con razon ha dicho un preceptista frances que lo que hace de los imitadores un rebaño de esclavos, *servum pecus*, es su inercia espiritual, la baja timidez que no sabe sino obedecer y seguir. En efecto, imitar no es acomodar á un argumento diferente del que se imita trozos tomados y copiados con algunos cambios de palabras, sino traducir libremente de una lengua á otra; apoderarse de una obra antigua ó moderna, extranjera ó nacional, y reproducirla en forma distinta, ó en la misma suya

engalanada con nuevos primores; trasladar de extraños idiomas bellezas con las cuales se enriquezca la lengua propia y se facilite el conocimiento de las producciones literarias de otros países. Tal ha hecho Bello, con rara felicidad, en algunas de sus imitaciones de Victor Hugo, y muy señaladamente en la titulada *A Olimpico* (1).

Es esta composicion una de aquellas que están más en armonía con la verdadera índole de la poesía romántica, y en que mejor se refleja el carácter moral y filosófico de la inspiracion moderna. Expresion de un arte nuevo, así participa del vuelo y arrebató de la oda, como del aire melancólico y sentimental de la elegía y del tono sentencioso y á veces austero de la sátira horaciana, sin que en rigor pertenezca decididamente á ninguno de estos diversos ramos de la antigua poética, ni se le puedan aplicar con exactitud tales denominaciones. ¿Qué composicion más digna de ser imitada por un hombre como Bello? ¿Cuál otra por su especial carácter podia consonar mejor con el recto corazón y elevada inteligencia del poeta repúblico y estadista?

Olimpio (así nos lo dice Bello en la breve nota que pone al pié de su atinada *imitacion*) es un patriota eminente denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia en las meditaciones solitarias de una filosofía indulgente y magnánima. El imitador ignora quién fuese el personaje que Victor Hugo se propuso representar con tal nombre; pero dice que no han faltado Olimprios en las revoluciones americanas. Esta indicacion basta para comprender la facilidad con que el insigne poeta venezolano ha sabido hacer suya la inspiracion del gran lírico frances. Quizá en ninguna de sus imitaciones ha tenido Bello tanto acierto para colocarse en la situacion del poeta original y cantar animado del mismo espíritu: prueba evidente de la fecunda huella

(1) Señalada con el número treinta en la coleccion nominada *Les voix intérieures*.

que deja en el alma el estudio de la naturaleza, de lo que puede la contemplacion de la verdad que directamente nos conmueve y atrae.

Como las poesías de Bello apenas son conocidas en nuestra península (si se exceptúa *La Agricultura de la Zona tórrida* que he tenido el gusto de reimprimir en distintos periódicos), no estará demas citar trozos de ellas en el curso de este bosquejo de exámen crítico. Así se podrá valuar mejor su mérito y apreciar con mayor exactitud la de mis observaciones, prestando al mismo tiempo halago y amenidad al discurso. Estas citas, útiles siempre y necesarias para explicar ó autorizar los fallos del crítico, lo son todavía más cuando la obra que se examina tiene verdadero mérito y hacen caso omiso de ella los que discurren sobre otras del mismo autor menos bellas é importantes. Tal sucede con la composicion titulada *A Olimpío*, no mencionada siquiera por el señor Torres Caicedo, encargado de negocios de Venezuela cerca de los gobiernos de Francia y de los Países Bajos, en las doce hojas y media que consagra á Bello en el primer tomo de sus *Ensayos biográficos y de critica literaria sobre los principales poetas y literatos latino-americanos* (1).

A muchos de los que esto lean y no hayan tenido hasta ahora ni siquiera noticia de la imitacion debida á la pluma del vate americano, les será familiar sin duda el original de Hugo. No hay, pues, á qué detenerse en darles idea de lo que conocen. Para los demas diré solo que es muy sencillo el plan de la composicion, y que en ella intervienen dos personajes: el poeta, que empieza recordando los dias en que Olimpío solo tenia un amigo constante que le prodigase consuelos, y Olimpío á quien el poeta se dirige trayendo á su memoria las palabras que dijo en respuesta á las de su amigo. Como Bello no se propone traducir, en el sentido estricto de la palabra, sino imitar

ó parafrasear, no hay que pedirle un traslado exacto del original que imita, ni mucho ménos que procure reproducir con minuciosa fidelidad su forma y hasta el metro en que fué escrito. Dueño del pensamiento ó de la imágen que brillan en la poesía de Hugo, vístelos á la española con tal naturalidad y tanto dominio del arte, que no solo fueran tomados sin dificultad por espontáneamente nacidos en nuestro suelo, sino por fruto de la rica vena, maravillosa fantasía y estilo gallardo y varonil de algun insigne romancero de los siglos XVI ó XVII.

Véase de qué modo lamenta el amigo de Olimpío la iniquidad de que le hace blanco la calumnia:

« La detraccion en tu vida
Clavó á sus garras impuras:
Es texto á malignas glosas
Tu reputacion difunta.

Y como helado cadáver,
Desfigurada, insepulta,
Sabandijas asquerosas
Por todas partes la surcan.

Revelada por la llama
Que á tu memoria circunda,
Tu existencia es un terrero
Que cuantos pasan insultan;

Y cien silbadoras flechas,
Vienen á herirla una á una,
Que en tu corazon inerme
Hondas encarnan la punta.

Y con festivos aplausos
Cuenta el vulgo las agudas
Heridas, y los dolores,
Y las ansias moribundas,

Como suelen bandoleros,
Al ver la presa segura,
Contar monedas y joyas
Que reciente sangre enturbia.

(1) Paris, Guillaumin y compañía, editores: 1863.

Nadie te llora, tu suerte
Ningun corazon enluta;
Tu nombre es un epitafio
De desmoronada tumba.

Y el que con dolor fingido
Alguna vez lo pronuncia,
Es como el que muestra escombros
De aruinada arquitectura

Que un tiempo adornaron jaspes,
Y sustentaron columnas,
Y ya malezas la cubren
Y vientos y aguas la injurian. »

Las estrofas de Victor Hugo de que son imitacion estos versos dicen así :

» Les méchants, accourus pour déchirer ta vie,
L'ont prise entre leurs dents,
Et les hommes alors se sont avec envie
Penchés pour voir dedans!

Avec des cris de joie ils ont compté tes plaies,
Et compté tes douleurs,
Comme sur une pierre on compte des monnaies
Dans l'autre des voleurs.

Ta chaste renommée, aux exemples utiles,
N'a plus rien qui reluit,
Sillonnée en tous sens par les hideux reptiles
Qui viennent dans la nuit.

Éclairée à la flamme, à toute heure visible,
De ton nom rayonnant,
Au bord du grand chemin ta vie est une cible
Offerte à tout venant,

Où cent flèches, toujours sifflant dans la nuit noire,
S'enfoncent tour à tour,
Chacun cherchant ton cœur, l'un visant à ta gloire,
Et l'autre à ton amour!

Ta réputation, dont souvent nous nous sommes
Écriés en rêvant,
Se disperse et s'en va dans les discours des hommes,
Comme un feuillage au vent!

Nul ne te défend plus. On se fait une fête
De tes maux aggravés.
On ne parle de toi qu'en secouant la tête,
Et l'on dit : Vous savez!

Hélas! pour te hair tous les cœurs se rencontrent,
Tous t'ont abandonné;
Et tes amis pensifs sont comme ceux qui montrent
Un palais ruiné. »

Obsérvese la distinta gradacion en que ha colocado el imitador los pensamientos é imágenes de la poesía original; repárese en la mayor rapidez, energía y flexibilidad del metro escogido, tan armonioso y sonoro, aun despojado del atractivo de la rima entera; nótese bien las felices expresiones con que á veces esmalta lo que encuentra en la composicion que imita, y se comprenderá los puntos que calza como poeta y versificador, y cuán alto raya por su maestría en el conocimiento y empleo de las riquezas que atesora el idioma castellano. A cualquier traductor ó imitador vulgar le habria ocurrido seguir paso á paso los del modelo y copiar servilmente su forma, aunque la poesía hubiese de perder en esta elaboracion mecánica toda su interna hermosura. Bello ha huido de tan peligroso escollo, poniendo discreto empeño en conservar en su imitacion el espíritu y carácter de la composicion francesa. ¡Y con qué feliz desahogo ha logrado vencer las dificultades! Dice Hugo que los malos cuentan con trasportes de júbilo las llagas y dolores de Olimpio, como se cuentan monedas sobre una piedra en las cuevas de ladrones: nuestro esclarecido venezolano mejor y enriquece el símil exclamando:

« Como suelen bandoleros,
Al ver la presa segura,
Contar monedas y joyas
Que reciente sangre enturbia. »

Al detalle un si es no es material y trivial de que en las cuevas de ladrones se cuentan monedas sobre una piedra, ha sustituido Bello la idea mucho más poética de la tranquilidad con que el bandolero se pone á contar el fruto de sus rapiñas *al ver la presa segura*, dándole todavía mayor importancia y más imponente belleza cuando dice que *reciente sangre enturbia* las joyas que cuentan

indiferentes los hijos del crimen en la oscuridad de sus cavernas.

Imitar así vale tanto como ser original.

Pero oigamos de nuevo al poeta, que sigue hablando por boca del amigo de Olimpio :

« Los que observaron de cerca
La lucha, vuelven y dicen
Que inclinándose á la márgen
Vieron tremenda caribdis ;

Mas puede ser que la vista,
Calando ese abismo horrible,
La perla de la inocencia
En lo más hondo divise. »

Victor Hugo habia formulado de este modo su pensamiento :

« Mais peut-être, à travers l'eau de ce gouffre immense
Et de ce cœur profond,
On verrait cette perle appelée innocence
En regardant au fond ! »

Me parece que la idea está expresada más poéticamente en castellano.

Y continúa Bello :

« ¿ La certidumbre ?... ; Insensatos,
Que imagináis tierra firme
La que celajes vistosos
En vuestro discurso finjen !

¿ Es día ? ¿ Es noche ? Los ojos
Nada absoluto distinguen :
Toda raíz lleva fruto,
Y todo fruto raíces.

Un objeto mismo á visos
Diferentes hora y ríe :
Por un lado, terso lustre ;
Por el otro, oscuro tizne.

La nube en que el marinero
Vé rota nave irse á pique,

Para el colono es un campo
Que doradas mieses rinde. »

Y en otro romance de la misma composición :

« Herido león, huiste
A la selva solitaria,
Y allí memorias acerbas
Te hacen más honda la llaga.

¡ Dichoso, cuando á la sombra
En que tu pecho descansa ;
La sombra, de los que piensan
Favorecida morada !

Desde el alba hasta el ocaso,
Desde el ocaso hasta el alba,
Contemplando las facciones
Del valle y de la montaña ;

Atento el tapiz musgoso
Que las rosas engalana,
Al sosiego de los campos
O al tumulto de las aguas ;

O á la mar, do las antorchas
Del mundo su curso acaban,
Que como un pecho viviente
Respirando sube y baja ;

O siguiendo con los ojos
Desde la arenosa playa
Al ligero esquife, alegre
Depósito de esperanzas,

Que las velas tiende y huye,
Huye, y rompe la delgada
Hebra que ata el duro pecho
Del marinero á la patria ;

Sobre el risco donde tantos
Dispersos rumores vagan ;
Bajo la espesura umbrosa,
Donde ni el silencio calla,

A los ecos das un eco, etc. »

¡Qué animación, qué variedad en las pinturas, que modos de decir tan elegantes y bellos! Aquella sombra, *morada favorecida de los que piensan*; aquel *tumulto de las aguas*; aquel ligero esquife, *alegre depósito de esperanzas*, todos los rasgos felicísimos de esta especie que no se encuentran en el original imitado, manifiestan que el imitador puede hombrearse dignamente con su modelo.

Pero oigámosle en el romance V: seguro estoy de que el lector ha de agradecer que altamente su buen gusto con algunos extractos más de composición tan bien pensada y sentida.

« En vano tus enemigos,
De la sátira mordaz
Contra tu pecho inocente
Aguzaron el puñal,

Y divulgaron secretos
Fiados á la amistad,
Como quien derrama el agua
Sobre el camino real.

Te detestarán, sin duda,
Con el rencor infernal
Que alimenta contra el cielo
El pecho de Satanás.

Mira entre tanto con ojos
De generosa piedad
A los que de un bajo instinto
Arrastra el poder fatal;

A los que en densa ignorancia
Sumidos no ven rayar
Celeste albor que ilumine
Su mísera ceguera,

Que llaman luz á la sombra,
Y bonanza al huracan,

Y andan á tientas, sin rumbo,
Sin ley, sin fé y sin altar;

A la mujer seductora,
Desamorada beldad,
A quien la sonrisa, estudio;
A quien es arte el mirar;

Al ambicioso que trepa
Sobre el ambicioso, á par
De la yedra, que á sí misma
Entretejiéndose va;

Y á declamadores vanos,
Que hacen ruido, y no más;
Oráculos que atestiguan
La insensatez general.

¿Qué son contigo esos hombres
De un día, enjambre fugaz
De insectos que vió la aurora
Y la tarde no verá?

Ellos son viles, tú grande;
Es el interés su imán,
La gloria el tuyo: la guerra
Apetecen, tú la paz.

Nada hay comun á la suya
Y á tu carrera inmortal,
Ni se puede su alegría
A tu dolor igualar;

Y alejando al genio el cebo
De lo vano y lo falaz,
Lo labra con el arado
Que se llama adversidad.»

Estas muestras son de tal naturaleza que ofendería la ilustración del lector si me detuviese más á encarecerlas. Para encontrar en nuestra poesía imitaciones de esta índole, es necesario remontarse á los siglos de oro de la musa castellana, ó buscarlas en maestros tales como Gallego, Quintana, Lista y el duque

de Frias. La soltura con que Bello maneja el romance en la composicion *A Olimpico* recuerda los buenos tiempos de Lope de Vega, de Góngora y de Salinas. Su interpretacion de pensamientos nacidos en extraño idioma y el aire castizo que sabe comunicarles, son testimonio elocuente de que solo un verdadero poeta puede apoderarse con buen éxito de la inspiracion de otro poeta digno de tal nombre para hacerla suya y darle vida y perpetuidad en su propia lengua.

IV

La circunstancia de no haber citado siquiera el Sr. Torres Caicedo en sus *Ensayos biográficos* la hermosa composicion *A Olimpico*, en que tan notablemente descubre Bello sus altas dotes y demuestra la facilidad con que el verdadero poeta logra poner en las obras que imita su sello individual, me llevó en el anterior artículo á discurrir sobre aquella hermosa poesía con más detenimiento del que consiente la índole de este ligero bosquejo de juicio crítico.

Y, sin embargo, la composicion *A Olimpico* no es la única imitacion digna de aprecio. También merecen detenido exámen *Las fantasmas*, *Los duendes*, *Moisés salvado de las aguas*, y hasta *La oracion por todos*, quizá la ménos feliz de las cinco.

¡Cosa admirable! Bello que no ha empezado á cultivar las musas hasta muy entrado en años, y cuya educacion literaria y gusto clásico parecian poco á propósito para amoldarse á interpretar cierta clase de composiciones, no solo ha sabido hacer suyas las de Victor Hugo, penetrándose bien de su espíritu y carácter, sino les ha conservado su misma índole, su originalidad y frescura, ajustándose en alguna hasta á la rara, caprichosa y extravagante combinacion métrica del poema original. Esto, que á primera vista parece cosa

de poco momento, es de suyo tan dificultoso que solo un maestro consumado, como Bello, hubiera podido salir airoso en tan árdua empresa.

Falto de espacio para entrar en extensas consideraciones sobre cada una de las varias piezas citadas, y persuadido de que las personas de gusto han de saborear con más placer que mis desaliñados conceptos los primores que abundan en tan bellas poesías, doy á continuacion algunos de sus mejores trozos. Seguro estoy de que me lo han de agradecer los lectores de LA AMÉRICA, y muy principalmente aquellos que miran con cariñosa predileccion á los hombres eminentes que al otro lado del Océano mantienen la integridad y pureza de la lengua castellana, oponiendo el ejemplo de sus castizas y elegantes obras literarias al desbordado torrente de neologismos que allí la vicia y corrompe, lo mismo en el lenguaje familiar que en el periodístico, que en el oficial, que en todo.

De esta suerte se expresa Bello en *Las Fantasmas*, titulada en frances *Fantômes* y consagrada á lamentar la temprana muerte de una jóven española amatísima de la danza (1) :

! Ah, qué de marchitas rosas
En su primera mañana !

(1) Para que se pueda formar idea de la libertad y acierto con que Bello hace suyos los pensamientos é imágenes del original que imita, no desvirtuándolos, sino añadiéndoles nuevos encantos y perfecciones, traslado aquí algunas estrofas de la poesía francesa. Fijese bien el lector en la mayor belleza y armonía del metro que emplea el poeta americano. Dice así Victor Hugo :

* * * * *

Que j'en ai vu mourir! — L'une était rose et blanche ;
L'autre semblait ouïr de célestes accords ;
L'autre, faible, appuyait d'un bras son front qui penche,
Et, comme en s'évolant l'oiseau courbe la branche,
Son âme avait brisé son corps.

Une, pâle, égarée, en proie au noir délire ;
Disait tout bas un nom dont nul ne se souvient ;
Une s'évanouit, comme un chant sur la lyre ;
Une autre en expirant avait le doux sourire
D'un jeune ange qui s'en revient. »

! Ah, qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Murieron, murieron mil!
La rosada y la morena;
La de la forma gentil;
La de la voz de siréna;
La que ufana brilló; la que otro ornato
No usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
En la macilenta palma,
Mira al suelo tristemente;
Y al fin rompe al cuerpo el alma
Como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
Quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra en un nombre querido
Con loca fiebre delira:
Otra acaba cual gemido
Lánguido de eólia lira
Que el viento pulsa, ó plácida fallece
Cual sonriendo un niño se adormece.

Todas nacidas apenas,
Y ya cadáveres fríos!... »

Esta contemplación de la facilidad con que se ceba la muerte en la juventud llena de vida y lozanía lo mismo que en la desengañada y caduca vejez, hace exclamar al poeta:

« ¿ Y nada dejó la huesa?
¿ Ni una voz? ¿ Ni una mirada?
¿ Tanta llama, hecha pavesa?
¿ Y tanta flor, deshojada? »

¿ No es verdad que al leer estos preciosos y sentimentales versos cree uno saborear los delicados manjares que á vueltas de censurables rarezas y extravagancias brindaban con frecuencia al delicado paladar de los hombres

de gusto un Lope de Vega, un Tellez, un Ruiz de Alarcón, ó un Calderón de la Barca?

Pues veamos de qué modo pinta á la tierna jóven, víctima de su amor al baile:

« Albo seno, que palpita
Con inocentes suspiros;
Ojos que el júbilo ajita,
Azules como zafiros,
Y la celeste diáfana auréola
Que en sus quince á las niñas arrebola.

Nunca en tu pecho el ardor

Todavía, cuando pasa
Sobre su sepulcro alguna
Nube de cándida gasa
Que hace fiestas á la luna,
O el mirto que lo cubre el viento mece,
Rebulle su ceniza y se estremece. »

Y más adelante, apacentándose en los dulces recuerdos de la angelical criatura que ha dejado de existir, se expresa de esta manera:

« Un vaso de flores lleno
Guarda la escojida flor
Que prendida llevó al seno,
Y aun conserva su color.
Cojióla en el jardín su mano hermosa,
Y se marchitará sobre su losa.

¿ Qué sencillez, qué naturalidad, y al mismo tiempo qué sentimiento tan verdadero, qué dulce tristeza! Lástima grande que á veces, aunque pocas, decaiga la entonación hasta el punto de dar en expresiones más que naturales, triviales, como por ejemplo:

« Lola en el umbral aguarda
Por la *capa de satin*;
Y bajo la delgada mantellina
Cuela alevosa el aura matutina; »

ó bien en cacofonías como esta:

« Saltando entre las tumbas *coro aërio*,
A la pálida luz del cementerio. »

En *La oracion por todos*, pensamiento profundamente cristiano, y por lo tanto bellissimo, consolador y fecundo, pero composicion desigual y en que se advierten, por lo comun, cierto prosáico amaneramiento y versos ménos elegantes y numerosos que en las demás imitaciones, encontramos los siguientes preciosos rasgos.

Encareciendo las ventajas y encantos de la noche, que sucede serena y plácida al afanar y los trabajos del día, convidando á la oracion y á la paz, exclama el poeta :

Como para dormirse bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adorrece su mente virginal.

¡ Oh dulce devocion que reza y rie !
¡ De natural piedad primer aviso !
¡ Fragancia de la flor del paraíso !
¡ Preludio del concierto celestial ! »

Cuando la poesía se consagra á encarecer virtudes cristianas, siempre halla nuevos acen- tos é imágenes, expresiones felices y delicadas. Recomendar la oracion, la oracion *por todos*, lo mismo por el amigo, que por el enemigo, por el bueno que por el malo, por el que nos daña que por quien nos favorece, es una de las más fragantes flores nacidas en el huerto de la amorosa religion del crucificado, única religion verdadera. Ella nos ofrece en esperanza seguro y saludable fruto. Ella derrama bálsamo consolador en el corazon atribulado y sediento, y lo conforta y regenera. « Al paso que anda la oracion (dice el venerable maestro Fray Luis de Granada), á este mismo anda la vida ; y de la manera que andan los ejercicios espirituales, así anda la vida espiritual que de ellos procede. De manera que así como dicen que la mar sigue el movimiento de la luna, y

que pende tanto de la virtud de este planeta, que cuando él cresce, cresce ella, y cuando él mengua, mengua ella, y en todo finalmente sigue el movimiento dél, como el caballo el de las riendas que lo gobiernan : así han visto que la perfeccion de la vida cristiana depende tanto de la virtud de la oracion, que cuando ella anda concertada, la vida anda concertada ; y cuando ella se desconcierta, todo lo demás se desconcierta ; y finalmente conforme á la creciente y menguante della, así cresce y mengua el espíritu y concierto de nuestra vida. »

Pero volvamos á la poesia de Bello :

« La tentacion seduce ; el juicio engaña ;
En los zarzales del camino deja.
Alguna cosa cada cual ; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud. »

Para huir de estos peligrosos zarzales, para contrarrestar los efectos de esa tentadora seduccion y de ese engañoso juicio, no hay, en efecto, más seguro recurso que la oracion. ¿ Por qué ? El poeta nos lo explica de esta manera :

« Todo tiende á su fin : á la luz pura
Del sol, la planta ; el cervatillo atado,
A la libre montaña ; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma ;
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser. »

No cabe explicacion más verdadera en el fondo ni más bella en la forma. Con razon ha dicho una eminente escritora que cuando levantamos los ojos al cielo nuestros pensamientos se ennoblecen.

El poeta recomienda á su hija, que pues *la oracion es infinita*, pues *nada agota su caudal*, ruegue por el hombre

« Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdon ;

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel ;

Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel ;

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena,
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor ;

Por la razon que leyendo
En el gran libro, vigila ;
Por la razon que vacila ;
Por la que abraza el error. »

Hoy más que nunca es de inestimable precio el consejo. Hoy más que nunca debemos todos orar por el que vacila ó sigue las corrientes del error ; pues si gracias á Dios hay todavía espíritus vigilantes, hombres de razon firme que se fortalecen y aseguran leyendo en el gran libro de las eternas verdades, son muchos los que dudan, muchos los soberbios que envueltos en densas tinieblas llegan orgullosos ó indiferentes al límite de la vida : como si este maravilloso conjunto de cuerpo y alma que constituye el ser humano hubiese de acabar para siempre al caer la miserable vestidura mortal en el

« Abismo en que se mezcla polvo á polvo
Y pueblo á pueblo. »

¡ A cuántos infelices no deberíamos dirigir ahora estos versos de Victor Hugo en su oda á Lamartine :

*Secouez le sommeil de votre âme engourdie,
Et réveillez-vous pour mourir !*

En *Moisés salvado de las aguas*, imitacion de la preciosa oda *Moïse sur le Nil*, de la primera época del poeta frances, ha empleado Bello un metro tan adecuado al movimiento y arrebató lírico, como á propósito para narrar y describir. A ello se debe en gran parte la mayor variedad de entonacion y de giros que se advierte en la obra de nuestro venezolano. Basada en el contexto de algunos versículos del capítulo segundo del *Exodo* (bien que en la poesía francesa y en la castellana se dé el nombre de *Ifsa* á la hija de Faraon, que segun el testimonio de Josefo se llamaba *Thermutis*), esta oda, de plan sencilló y poéticos pormenores, merecía pasar á nuestra lengua conducida por mano tan diestra como la de Bello. Trascríbola en parte á continuacion, sin comentarios de ninguna especie.

« Compañeras, al baño ! Alumbra el día
La cúpula lejana ;
Duerme en su choza el segador ; y enfria
Las ondas la mañana.

¿ Veis cuál se pinta en la corriente clara
El puro azul del cielo ?
¡ El cinto desatadme, y la tiara,
Y el importuno velo !
¿ Veis en aquel remanso trasparente
Zambullirse la garza ?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
El cabello se esparza.

¡ Ea ! trisquememos en el fresco baño
Alzando blanca espuma....
Mas ¿ qué objeto descubre tan extraño
La fugitiva bruma ?
Mirad : enfrente al sicamor sombrío
Que verdes arcos tiende
Sobre la playa, un bulto por el rio
Lentamente descende.

No temais; de una palma el tronco anciano
Que en demanda navega
De las altas pirámides, liviano
Sobre las ondas juega.
Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese á la retama
De su silvestre orilla.

¡ Qué de peligros corre á un tiempo mismo !
¿ Cuál puerto de salud
Le aguarda ? Mece el proceloso abismo
Su cuna ó su ataud ?
Los ojos abre, hijas de Menfis ! llora...
¿ Pudo una madre, ¡ oh cielo !
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo ?

La hija de Faraon, arrebatado ya á las olas
el *pequeño navío*,

« Palpita con la carga que suspende,
Alegre y orgullosa ;
Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.
Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama ;

Mas ¡ oh tú, que de léjos á tu hijo
Por la playa desierta
Segniste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta !
Llega : el hinchado seno dá al infante :
Tu llanto ni su risa
Revelarán en tí la madre amante,
Pues aun no es madre Ifisa.

¡ Qué hermoso rasgo, y qué dichosamente
expresado !

Al ver ya en salvo á Moises, el coro de án-
geles, velada la faz con sus alas, prorumpie

en estos acentos, diciendo á Jacob que se
alegre :

El Jordan á sus campos te convida :
Te oyó el señor : Egipto
Marchar verá á la tierra prometida
Tu linaje proscripto.
Ese niño que vírgen inocente
Salvó de olas y vientos,
Es el profeta del Horeb ardiente,
Rey de los elementos.

Humillaos, mortales insensatos,
Que al Eterno hacéis guerra :
Hé ahí el legislador que sus mandatos
Promulgará á la tierra.
Cuna humilde, baldon de la fortuna,
Juguete del profundo,
Ha salvado á Israel : humilde cuna
Ha de salvar al mundo (1). »

Llegamos ya á la última de las cinco imita-
ciones de Hugo, á la singular composicion
titulada en frances *Les Djinnns* (entre los árabes,
demonios, ángeles maléficos) y en español *Los
duendes*.

Les Djinnns es una de las *Orientales* que
más llamaron la atencion desde luego. En ella
procuró sin duda el gran lírico mostrar la
flexibilidad de su idioma patrio, tachado de
rebelde á las combinaciones métricas á que
tan dócilmente se brindan las lenguas italiana

(1) De este modo termina el original :

« Sous les traits d'un enfant délaissé sur les flots,
C'est Pélu du Sina, c'est le roi des Fléaux,
Qu'une vierge sauve de l'onde.
Mortels, vous dont l'orgueil méconnaît l'Éternel,
Fléchissez : un berceau va sauver Israël,
Un berceau doit sauver le monde. »

¿ Por qué no tendremos en España imitadores que
sepan reproducir lo que imitan como ha interpretado
Bello esta estrofa ? ¿ No sería mejor (dado que es bas-
tante más difícil) imitar de este modo, que hostezar
originales como muchos que ven la luz pública en
nuestros días, celebrados y encomiados por los perió-
dicos ?

y española, y hacer ver que se presta á todo cuando lo manejan manos diestras como las suyas. Este alarde un tanto pueril, y no de gusto muy selecto, pero disculpable en el presente caso (atendida la fantástica vaguedad y especial carácter del asunto) hirió por su extraña novedad la imaginación de los jóvenes poetas de nuestra patria. Apresuráronse muchos á hacer composiciones de la misma clase, devanándose los sesos por salvar los inconvenientes nacidos del escribir metros en forma de escalerilla, esto es, empezando por versos de dos ó tres sílabas, ascendiendo de una en una hasta llegar á los endecasílabos, de arte mayor, ó alejandrinos, y volviendo á descender por grados á las mismas sílabas del principio. Tanto deslumbró esta moda, que ingenios tan célebres como Zorrilla y la Avellaneda sacrificaron en su altar, aunque no con la maestría y dominio del lenguaje que se observan en la *imitación* debida á nuestro elegante y correcto venezolano. Desde que el poderoso núnen de Byron y la musa brillante y pomposa de Moore, cada cual en su tono y por diverso estilo, se dieron á cantar los recuerdos gloriosos, las bellezas naturales, las tradiciones y costumbres, y hasta las supersticiones y consejas de los pueblos del Oriente, todas las miradas se volvieron á aquellas regiones; y muchos poetas de fama, ya por propia inclinación, ya por rendir tributo á la moda y captarse la benevolencia de sus idólatras, se creyeron obligados á fantasear escenas cuyos héroes fuesen griegos ó turcos, ó que de algun modo satisficiesen el prurito de *orientatear*, tan comun y tan en boga hace veinte y cinco ó treinta años. Victor Hugo fué tal vez quien por entónces llevó en Francia más léjos esta manía del orientalismo, y á su imitador Zorrilla siguieron entre nosotros mil y mil cantores de *harenes* y de *sultanas*, de *piratas* y *nazarenas*, que así conocian la historia y costumbres del Oriente y el carácter distintivo de su poesía, como por los cerros de Ubeda. En *Les Djinns* vemos el supersticioso temor de

un mahometano que en el silencio de la noche oye á lo léjos el rumor que causa la turba de espíritus maléficos; presenciarnos la viva y creciente zozobra que experimenta á medida que el ruido se aproxima, y nos agrada observar cómo recobra la tranquilidad perdida cuando los siente alejarse. Bello, que solo ha tomado de la composición francesa la idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, ha prescindido en la suya del soñado orientalismo de Hugo, trasladándose á su país natal, no invocando á Mahoma, sino á la Virgen, y añadiendo pormenores cuya verdad avalora mucho lo fantástico del asunto.

Véanse al pié de estas líneas algunos pasajes de tan extraña composición. Así empieza :

« No bulle
La selva :
El campo
No alienta.
Las luces
Postreras
Despiden
Apenas
Destellos
Que tiemblan.
La choza
Plebeya
Que horcones
Sustentan ;
La alcoba,
Que arcean
Cristales
Y sedas,
Al sueño
Se entregan. »

II

.....
 « Los cipreses
 Colosales
 Cabezean
 En el valle :
 Y en menuda
 Nieve caen
 Deshojados
 Azahares.
 ¿ Es el soplo
 De los Andes,
 Atizando
 Los volcanes ?

III

.....
 Si trotan unos (1),
 Otros galopan
 De la cascada
 Sobre las ondas.
 Cuál se columpia,
 Cuál cabriola.
 Y un duende enano
 De copa en copa
 Va dando brinco
 Y no las dobla.

IV

.....
 Así van y vienen,
 Y silban y zumban,
 Y gritan que aturden :
 El cielo se nubla,
 El aire se llena,
 De sombras que asustan.

(1) Los duendes.

V

.....
 A casa me reúno :
 Echemos el cerrojo.
 ¡ Qué triste y amarilla
 Arde mi lamparilla !
 ¡ O Virgen del Carmelo !
 Aleja, aleja el vuelo
 De estos desoladores
 Angeles enemigos,
 Que no talen mis flores,
 Ni atizonen mis trigos.

En los siguientes números asciende el metro hasta el endecasílabo : en el X empieza el descenso, y concluye :

¡ Oh fuente
 Querida !
 Ya turbia,
 Ya limpia ;
 Ya en calles
 Que lilas
 Y adelfas
 Tapizan ;
 Ya en zarzas
 Y espinas :
 Tal corre
 La vida (1).

¿ Por qué un poeta tan claro y terso como Bello habrá pagado tributo en esta poesía al romanticismo bastardo y amanerado (muerto ya, por fortuna), y dado alguna vez en gongórico hasta el punto de llamar á la neblina *rizada melena de los montes* ?

(1) Así concluye la de Victor Hugo :

« Tout fuit
 Tout passe ;
 L'espace
 Efface
 Le bruit. »

Hasta aquí las *imitaciones* de nuestro autor.

Si el tiempo de que dispongo no fuese tan breve; si pudiera con ménos congoja dilatar este bosquejo, no perdonaría ninguna de las observaciones que me ocurren acerca de las composiciones originales de Bello. Mas como mi objeto principal consiste en que sean conocidas, y es tal su mérito que no necesita abogado para obtener fallo favorable en el tribunal de las personas de gusto, me habré de limitar, por ahora, á indicaciones que faciliten la comprensión de sus trozos escogidos.

Pero ántes, y ya que hemos apreciado á Bello como imitador, conozcámosle como traductor. Se trata solo de un *fragmento* del poema de Delille titulado : *Los jardines, ó el arte de embellecer los paisajes*.

Nada tan opuesto á la índole peculiar de las poesías de Victor Hugo imitadas por Bello, como los poemas del abate Delille. Aquel, jefe de la revolucion romántica, es espontáneo y libre en los movimientos y arranques de su inspiracion, hasta rayar en exajerado y agreste. En cambio el autor de *Los jardines*, degenerado sacerdote de un arte moribundo, es tan acompasadamente clásico, y su musa débil y fría (1) tan amanerada y vulgar, que apenas se comprende cómo ha podido Bello interpretar con igual felicidad que las poesías de Hugo, versos del famoso y un tiempo aplaudidísimo *dupeur d'oreilles*, de quien dice con razon un excelenté crítico de su pais que nunca tuvo arte ni estilo poético. Por eso precisamente, y porque Bello (sin separarse del estilo propio de un poema didáctico, y traduciendo con fidelidad) ha sabido comunicar á sus versos una variedad y un vigor que no se hallan en los que traduce, he creído conveniente hacer mencion de este *fragmento*, y reproducir

(1) De esta suerte la califica Rivarol, en el mismo poema en que dice hablando de Delille :

*Son style citadin peint en beau les campagnes;
Sur un papier chinois il a eu les montagnes, etc.*

aquí los que basten para demostrar la exactitud de la observacion.

Encareciendo el arte de embellecer los jardines, exclama el poeta :

« Valles y montes,
Sombras y léjos al papel traslada ;
Obstáculos prevé, medios escoge :
De la dificultad nace el milagro,
Y dá belleza el arte á lo disforme.
¿ Cuál tan áspero suelo y tan esquivo
Su divino poder no reconoce ?
¿ Desnudo está ? Frondosos bosques cubrirán
Su desnudez. ¿ Tupido acaso ? Dome
La inútil pompa de la tierra el hacha.
¿ Húmedo ? En vasto lago se transformen,
O en limpio estanque las impuras ondas,
O el campo bulliciosas alborocen.
¿ Arido, en fin ? Explora, tienta, escava.
No desesperes : ya el cristal que esconden
Secretas venas, va á brotar. Al modo
Que cuando á largo afan mi ingenio pobre
Se rinde exausto, y la difícil rima
Fatiga en balde ingratos pormenores,
Brilla un feliz concepto de improviso
Y numeroso el verso y fácil corre (1). »

De este modo concluye el fragmento traducido :

. En tus obras
Lo bello hechice y lo sublime asombre :

(1) Así Delille :

« Là, le crayon en main,
Dessinez ces aspects, ces côteaux, ce lointain ;
Devinez les moyens, pressentez les obstacles :
C'est des difficultés que naissent les miracles.
Le sol le plus ingrat connoitra la beauté.
Est-il nu ? que des bois parent sa nudité :
Couvert ? portez la hache en ces forêts profondes :
Humide ? en lacs pompeux, en rivières fécondes
Changez cette onde impure ; et, par d'heureux travaux,
Corrigez à la fois l'air, la terre et les eaux :
Aride enfin ? cherchez, sondez, fouillez encore :
L'eau, lente à se trahir, peut-être est près d'éclorre.
Ainsi d'un long effort moi-même rebuté,
Quand j'ai d'un froid détail maudit l'aridité,
Soudain un trait heureux jaillit d'un fond stérile,
Et mon vers ranimé coule enfin plus facile. »

Pasa de lo risueño á lo severo ;
 Muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,
 Triste y alegre ; y variado el tono
 Al variar del gusto se acomode.
 Haz que vaya el pintor á su paleta
 Bajo tus mirtos á buscar colores :
 Allí, de sacra inspiracion turbado
 Cante el poeta, el sabio filosofe,
 Y en sus dulces memorias el dichoso,
 Y en su llorar el infeliz se goce . »

¡ Qué diferencia tan grande entre la monotonía del original, y la amena variedad y animado corte de la traducción ! Esto se llama traducir.

Conocidas ya las composiciones imitadas y traducidas, vengamos á las que han brotado espontáneamente en el alma del poeta. La demasiada extensión del presente artículo me obliga á descartar de este imperfecto juicio *La agricultura de la Zona Tórrida*, oda cuyo extraordinario mérito exige artículo aparte, y que ha visto ya la luz pública en las columnas de LA AMÉRICA. Réstame, pues, dar idea de *El incendio de la Compañía*, canto elegiaco ; de *El diez y ocho de Setiembre*, oda, y de la *Alocucion á la poesia*, silva destinada á formar parte de un poema que el autor no ha publicado aun, y que Dios sabe si se llegará á publicar.

La primera de estas tres composiciones se reduce á describir con vivos colores en numerosas quintillas el incendio que abrasó la iglesia de los jesuitas en Santiago de Chile, y á llorar sobre sus humeantes ruinas. El plan es claro y sencillo, verdadero el dolor que prorrumpe en acentos dignos de un corazón iluminado por la fé, y rico y armonioso el concierto de castizas palabras y frases con que lamenta pérdida tan lastimosa. ¿ Lo poneis en duda ? Pues leed atentamente los versos que siguen, y con facilidad podreis resolver el problema por vosotros mismos :

« Jamas con furor tan ciego
 Prendió escondida centella :
 Vióse breve lumbre ; y luego
 A grande altura descuella
 Una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja,
 Que aglomera nube á nube
 De humareda parda y roja,
 Y ya hasta los cielos sube,
 Y encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
 Descuidada presa hambriento,
 Tal encrespado se eriza,
 Tal ruga el fiero elemento
 Que te reduce á ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
 A socorrerte anhelante,
 Rápido el incendio cunde,
 Y hasta el cerro más distante
 Terrífica luz difunde.

Derretida á impulsos del voraz incendio la campana que hora á hora habia contado á la ciudad un siglo entero, figúrase el poeta escucharla todavía, y oírle decir :

« Ví sobre el pendon hispano
 Alzarse el de tres colores ;
 Suceder á un yermo un llano
 Rico de frutos y flores ;
 Y al esclavo el ciudadano.

Santiago, adios ! ya no más
 El aviso diligente
 De tu heraldo fiel oirás,
 Que los sordos pasos cuente
 Que hácia tu sepulcro das . »

Embebido en profundas meditaciones á vista de tanto estrago ; absorta el alma en una idea, y aflojando momentáneamente los lazos que la atan á la tierra, la fantasía, como

libre garza, vuela por espacios ilimitados. Entónces

» Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las arcas sepulcrales
Difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
El silencio secular
De ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
Las heladas osamentas :
De los nichos en que moran
Bajan sombras macilentas :
Negras ropas las decoran.

.

El brazo airado deten,
Muestra benigno el semblante,
¡ Sumo Autor de todo bien !
Para que otra vez levante
Sus auros Jerusalem.

En *El diez y ocho de Setiembre*, oda conmemorativa de la independencia de Chile, se leen estas bellas estrofas:

« Desde el desierto en que animal ni planta
Viven, y solo suena
La voz del viento, que silbando empuja
Vastas olas de arena;
Hasta donde la espuma austral tachonan
Islas mil, de la dura
Humana ley exentas, paraísos
De virginal verdura; »

.

« No más, *digiste*, un generoso pueblo
Dormite en ócio muelle;

Ser libre jure; y con su sangre el voto,
Si es necesario, selle.

Bramarán los tiranos; guerra y luto
Decretarán traeros,
Y convertir en servidumbre eterna
Los recobrados fueros.

Pero ¿cuándo en las lides la victoria
No ha coronado al fuerte,

Que á la ignominia de servil cadena
Antepuso la muerte? »

Este noble pensamiento le arrebató á personificar el glorioso día aniversario de la independencia, á preguntarle qué hechos de sereno arrojo, de amor pátrio y de constante virtud guardaba en su seno; y contesta:

« De dos pueblos nacientes, ya en el brio
Y en la esperanza grandes,
Al choque impetuoso quebrantada
La valla de los Andes;
Los campales trofeos, que decoran
Allá el monte, acá el llano,
Y los que hendido de chilenas quillas
Vió absorto el Oceano. »

Espectáculo que le hace exclamar de lo más íntimo de su alma:

« Crece así tú, ¡ querida patria! crece,
Y tu cabeza altiva
Levanta, ornada de laurel guerrero,
Y fructuosa oliva.
Y florezca á tu sombra la fé santa
De tus padres; y eterna
La libertad prospere; y se afiance
La dulce Paz Fraternal;

.

Pero del rumbo en que te engolfas mira
Los alevés bajíos
Que infaman los despojos miserables
Ay! de tantos navíos.

Aquella que de lejos verde orilla
 A la vista parece,
 Es edificio aéreo de celajes,
 Que un soplo desvanece.
 Oye el bramido de alterados vientos
 Y de la mar, que un blanco
 Monte levanta de rizada espuma
 Sobre el oculto banco ;

Y de las naves, las amigas naves,
 Que soltaron á una
 Contigo al viento las flamantes velas,
 Contempla la fortuna.
 ¿Las ves, arrebatadas de las olas,
 Al caso extremo y triste
 Aperebirse ya?... Tú misma, cerca
 De zozobrar te viste. »

Compruébase aquí nuevamente cuán simpática y hermosa es la inspiración del poeta de corazón sano, cuando la religión y el patriotismo iluminan su entendimiento,

Después de *La Agricultura de la Zona Tórrida*, la *Allocución á la poesía* es la más importante de las originales de Bello. Vaciada en cuanto á la forma en la admirable turquesa de nuestros grandes poetas de los siglos de oro, vive animada del espíritu del autor, sellada con el sello de sus creencias é ideas, no imagen de otros tiempos y costumbres, no pálido reflejo de ajenos afectos, no juego artificioso de palabras diestramente concertadas, no poesía arqueológica, sino expresión calorosa de sentimientos verdaderos, como debe ser toda poesía que aspire á merecer tal nombre. El autor la invita á que deje la culta Europa que desama su rustiquez nativa, y tienda el vuelo al mundo de Colón que le ofrece tantos y tan peregrinos encantos. Para persuadirla á ello se expresa de esta manera :

« ¿Qué á tí, silvestre ninfa, con las pompas
 De dorados alcázares reales?
 ¿A tributar también irás en ellos
 En medio de la turba cortesana

El torpe incienso de servil lisonja?
 No tal te vieron tus mas bellos días
 Cuando en la infancia de la gente humana,
 Maestra de los pueblos y los reyes,
 Cantaste al mundo las primeras leyes.
 No te detenga, oh Diosa,
 Esta región de luz y de miseria,
 En donde tu ambiciosa
 Rival Filosofía,
 Que la virtud á cálculo somete,
 De los mortales te ha usurpado el culto ;
 Donde la coronada hidra amenaza
 Traer de nuevo al pensamiento esclavo
 La antigua noche de bárbarie y crimen :
 Donde la libertad, vano delirio,
 Fió la servilidad, grandeza el fasto,
 La corrupción cultura se apellida :
 Descuelga de la encina carecomida
 Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
 Los prados y las flores, el susurro
 De la floresta opaca, el apacible
 Murmurar del arroyo trasparente,
 Las gracias atractivas
 De natura inocente
 A los hombres cantaste embelesados ;
 Y sobre el vasto Atlántico tendiendo
 Las vagarosas alas, á otro cielo,
 A otro mundo, á otras gentes te encamina,
 Do viste aun su primitivo traje
 La tierra, al hombre sometida apenas :
 Y las riquezas de los climas todos
 América, del sol jóven esposa,
 Del antiguo Oceano hija postrera,
 En su seno feraz cria y esmera.
 ¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,
 Qué prado ameno, qué repuesto bosque
 Harás tu domicilio? ¿En qué felice
 Playa estampada tu sandalia de oro
 Será primero? ¿Donde el claro río
 Que de Albion los héroes vió humillados,
 Los azules pendones reverbera
 De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
 De cien potentes aguas los tributos
 Al atónito mar? ¿O donde emboza
 Su doble cima el Avila entre nubes,

Y la ciudad renace de Losada? (1)
 ¿O más te sonreirán, Musa, los valles
 De Chile afortunado, que enriquecen
 Rubias cosechas, y süaves frutos ;

.

¿O la elevada Quito
 Harás tu albergue, que entre canas cumbres
 Sentada, oye bramar las tempestades
 Bajo sus piés, y etéreas áuras bebe
 A tu celeste inspiracion propicias?

.

Aun no aguzado la ambicion habia
 El hierro atroz; aun no degenerado
 Buscaba el hombre bajo oscuros techos
 El albergue que grutas y florestas
 Saludable le daban y seguro,
 Sin que señor la tierra conociese,
 Los campos valla, ni los pueblos muro.
 La libertad sin leyes florecia,
 Todo era paz, contento y alegría ;
 Cuando de dichas tantas envidiosa
 Huitaca bella (2), de las aguas diosa,
 Hinchando el Bogotá, sumerje el valle.
 De la gente infeliz parte pequeña
 Asilo halló en los montes :
 El abismo voraz sepulta el resto.
 Tú cantarás como indignó el funesto
 Estrago de su casi extinta raza
 A Nenqueteva, hijo del Sol; que rompe
 Con su cetro divino la enriscada
 Montaña, y á las ondas abre calle.
 El Bogotá, que inmenso lago un día
 De cumbre á cumbre dilató su imperio,
 De las ya estrechas márgenes, que asalta
 Con vana furia, la prision desdeña,
 Y por la brecha hirviendo se despeña.

.

(1) Fundador de Carácas. (El A.)

(2) Huitaca, muger de Nenqueteva ó Bochica, legislador de los Muiscas. — V. Humboldt, *Vues des Cor-dillières*, t. I. (El A.)

Ve, pues, ve á célebrar las maravillas
 Del Ecuador : canta el vistoso cielo
 Que de los astros todos los hermosos
 Coros alegran ; donde á un tiempo el vasto
 Dragon del Norte su dorada espira
 Desvuelve en torno al luminar inmóvil
 Que el rumbo al marinero audaz señala,
 Y la paloma cándida de Arauco
 En las australes ondas moja el ala. »

Arrebatado en las de su fantasía, el poeta
 sueña recorrer, ya las orillas del Cáuca, ya las
 márgenes del Aragua, ó bien se extasía ante el
 espectáculo de aquella espléndida zona en que
 naturaleza pródiga vertió sus más admirables
 dones :

« En densa muchedumbre
 Ceibas, acacias, mirtos se entretegen,
 Vejucos, vides, gramas :
 Las ramas á las ramas,
 Pugnando por gozar de las felices
 Auras y de la luz, perpétua guerra
 Hacen, y á las raices
 Angosto viene el seno de la tierra. »

En los períodos que siguen hay más de un
 pasaje que describe los mismos objetos, de
 igual manera y casi con las mismas palabras,
 que *La agricultura de la Zona Tórrida*.

Recuerda luego los títulos y excelencia que
 tienen á sus ojos las ciudades que más se han
 distinguido en la guerra de la independencia,
 y añade :

« Diosa de la memoria, himnos te pide
 El imperio tambien de Motezuma,
 Que, rota la coyunda de Iturbide,
 Entre los pueblos libres se numera.
 Mucho, nacion bizarra mejicana,
 De tu poder y de tu ejemplo espera
 La libertad; ni su esperanza es vana,
 Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
 Y no en un mar te engolfas que sembrado
 De los fragmentos ves de tanta nave. »

Por desgracia, Méjico no escarmentó en cabeza ajena : ántes bien ha ido rodando cada vez más de abismo en abismo, hasta parar en el desdichado trance en que lo vemos. Terrible, pero elocuente leccion para los pueblos que cifran el blanco de sus deseos en una libertad extremada, careciendo de la preparacion que se necesita para practicarla dignamente.

Una observacion y concluyo, más por falta de espacio que de materia. Quien estudie atentamente las poesias de Bello y conozca nuestro moderno Parnaso, no podrá ménos de convenir en que son pocos los poetas españoles contemporáneos que como aquel tienen el don de acertar lo mismo en lo clásico que en lo ro-

mántico : pocos los que sobresalen de igual suerte por el misterioso poder de la fantasia que por la solidez y rectitud del pensar; pocos, en fin, los que reunen, como el ilustre venezolano, la sinceridad del sentimiento con la virilidad, riqueza y propiedad del lenguaje. De Bello puede decirse sin lisonja lo que de la musa de Píndaro decia Olmedo en el *Canto á Bolívar* :

« Y desatando armónicos raudales,
Pide, disputa, gana,
O arrebatata la palma á sus rivales. »

MANUEL CAÑETE.

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO A MÉRICA

PRIMERA PARTE

Divina Poesía,
Tú de la soledad habitadora,
A consultar tus cantos enseñada
Con el silencio de la selva umbría,
Tú á quien la verde gruta fué morada,
Y el eco de los montes compañía :
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rusticidad desama,
Y dirijas el vuelo adonde te abre
El mundo de Colon su grande escena.
Tambien propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
Con que al valor coronas :
Tambien allí la florecida vega,
El bosque enmarañado, el sesgo rio,

Colores mil á tus pinceles brindan ;
Y céfiro revuela entre las rosas ;
Y fúljidas estrellas
Tachonan la carroza de la noche ;
Y el Rei del cielo entre cortinas bellas
De nacaradas nubes se levanta ;
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿ Qué á tí, silvestre ninfa, con las pompas
De dorados alcázares reales ?
¿ A tributar tambien irás en ellos
En medio de la turba cortesana
El torpe incienso de servil lisonja ?
No tal te vieron tus mas bellos dias
Cuando en la infancia de la jente humana,
Maestra de los pueblos y los reyes

Cantaste al mundo las primeras leyes.
 No te detenga, oh Dios,
 Esta rejion de luz y de miseria,
 En donde tu ambiciosa
 Rival Filosofía,
 Que la virtud á cálculo somete,
 De los mortales te ha usurpado el culto;
 Donde la coronada hidra amenaza
 Traer de nuevo al pensamiento esclavo
 La antigua noche de barbárie y crimen :
 Donde la libertad vano delirio,
 Fc la servilidad, grandeza el fasto,
 La corrupcion cultura se apellida :
 Deseuelga de la encina careomida
 Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
 Los prados y las flores, el susurro
 De la floresta opaca, el apacible
 Murmurar del arroyo trasparente,
 Las gracias atractivas
 De natura inocente
 A los hombres cantaste embelesados;
 Y sobre el vasto Atlántico tendiendo
 Las vagarosas alas, á otro cielo,
 A otro mundo, á otras jentes te encamina,
 Do viste aun su primitivo traje
 La tierra, al hombre sometida apenas;
 Y las riquezas de los climas todos
 América, del sol jóven esposa,
 Del antiguo Oceano hija postrera,
 En su seno feraz cria y esmera.

¿ Qué morada te aguarda ? ¿ Qué alta cumbre,
 Qué prado ameno, qué repuesto bosque
 Harás tu domicilio ? ¿ En qué felice
 Playa estampada tu sandalia de oro
 Será primero ? ¿ Donde el claro rio
 Que de Albion los héroes vió humillados,
 Los azules pendones reverbera
 De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
 De cien potentes aguas los tributos
 Al atónito mar ? ¿ O donde emboza
 Su doble cima el Avila entre nubes,
 Y la ciudad renace de Losada (1) ?

(1) Fundador de Carácas. (El A.)

¿ O más te sonreirán, Musa, los valles
 De Chile afortunado, que enriquecen
 Rubias cosechas, y süaves frutos ;
 Do la inocencia y el candor ingénuo
 Y la hospitalidad del mundo antiguo
 Con el valor y el patriotismo habitan ?
 ¿ O la ciudad (1) que el águila posada
 Sobre el nopal mostró al azteca errante,
 Y el suelo de inexhaustas venas rico,
 Que casi hartaron la avarienta Europa ?
 Ya de la mar del Sur la bella reina,
 A cuyas hijas dió la gracia en dote
 Naturaleza, habitacion te brinda
 Bajo su blando cielo, que no turban
 Lluvias jamas ni embravecidos vientos.
 ¿ O la elevada Quito
 Harás tu albergue, que entre canas cumbres
 Sentada, oye bramar las tempestades
 Bajo sus piés, y etéreas áuras bebe
 A tu celeste inspiracion propicias ?
 Mas oye do tronando se abre paso
 Entre murallas de peinada roca,
 Y envuelto en blanca nube de vapores,
 De vacilantes iris matizada,
 Los valles va á buscar del Magdalena
 Con salto audaz el Bogotá espumoso.
 Allí memorias de tempranos dias
 Tu lira aguardan ; cuando, en ocio dulce
 Y nativa inocencia venturosos,
 Sustento fácil dió á sus moradores,
 Primera prole de su fértil seno,
 Cundinamarca ; ántes que el corvo arado
 Violase el suelo, ni estranjera nave
 Las apartadas costas visitara.
 Aun no aguzado la ambicion habia
 El hierro atroz ; aun no degenerado
 Buscaba el hombre bajo oscuros techos
 El albergue, que grutas y florestas
 Saludable le daban y seguro,
 Sin que señor la tierra conociese,
 Los campos valla, ni los pueblos muro.
 La libertad sin leyes florecia,
 Todo era paz, contento y alegría ;

(1) Méjico. (El A.)

Cuando de dichas tantas envidiosa
 Huítaca bella (1), de las aguas diosa,
 Hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
 De la gente infeliz parte pequeña
 Asilo halló en los montes :
 El abismo voraz sepulta el resto.
 Tú cantarás cómo indignó el funesto
 Estrago de su casi extinta raza
 A Nenqueteva, hijo del Sol; que rompe
 Con su cetro divino la enriscada
 Montaña, y á las ondas abre calle.
 El Bogotá, que inmenso lago un día
 De cumbre á cumbre dilató su imperio,
 De las ya estrechas márgenes, que asalta
 Con vana furia, la prision desdeña,
 Y por la brecha hirviendo se despeña.
 Tú cantarás cómo á las nuevas gentes
 Nenqueteva piadoso leyes y artes
 Y culto dió; despues que á la maligna
 Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
 Y de la luna por la vez primera
 Sarcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve á celebrar las maravillas
 Del Ecuador : canta el vistoso cielo
 Que de los astros todos los hermosos
 Coros alegran; donde á un tiempo el vasto
 Dragon del Norte su dorada espira
 Desvuelve en torno al luminar inmóvil
 Que el rumbo al marinero audaz señala,
 Y la paloma cándida de Arauco
 En las australes ondas moja el ala.
 Si tus colores los mas ricos mueles
 Y tomas el mejor de tus pinceles,
 Podrás los climas retratar, que entero
 El vigor guardan genital primero
 Con que la voz omnipotente, oida
 Del hondo caos, hinchó la tierra, apenas
 Sobre su informe faz aparecida,
 Y de verdura la cubrió y de vida.
 Selvas eternas, ¿ quién al vulgo inmenso

Que vuestros verdes laberintos puebla,
 Y en varias formas y estatura y galas
 Hacer parece alaude de sí mismo,
 Poner presumirá nombre ó guarismo?
 En densa muchedumbre
 Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
 Vejucos, vides, gramas :
 Las ramas á las ramas,
 Pugnando por gozar de las felices
 Auras y de la luz, perpétua guerra
 Hacen, y á las raíces
 Angosto viene el seno de la tierra.
 ¡ Oh quién contigo, amable Poesía,
 Del Cáuca á las orillas me llevara,
 Y el blando aliento respirar me diera
 De la siempre lozana primavera
 Que allí su reino estableció y su córte !
 ¡ Oh si ya de cuidados enojosos
 Exento, por las márgenes amenas
 Del Aragua moviese
 El tardo incierto paso,
 O reelinado acaso
 Bajo una fresca palma en la llanura,
 Viese arder en la bóveda azulada
 Tus cuatro lumbres bellas,
 Oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
 Mides al caminante
 Por la espaciosa soledad errante ;
 O del cueuti las luminosas huellas
 Viese cortar el aire tenebroso,
 Y del lejano tambo á mis oídos
 Viniera el son del yaraví amoroso?

Tiempo vendrá cuando de tí inspirado
 Algun Maron americano, ; oh diosa !
 Tambien las mieses, los rebaños cante,
 El rico suelo al hombre avasallado,
 Y las dádivas mil con que la zona
 De Febo amada al labrador corona :
 Donde cándida miel llevan las cañas,
 Y animado carmin la tuna cria,
 Donde tremola el algodón su nieve,
 Y el ananas sazona su ambrosía :
 De sus racimos la variada copia
 Rinde el palmar, da azucarados globos

(1) Huítaca, muger de Nenqueteva ó Bochica, legislador de los Muisecas. — V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I. (El A.)

El zapotillo, su manteca ofrece
 La verde palta, da el añil su tinta,
 Bajo su dulce carga desfallece
 El banano, el café el aroma acendra
 De sus albos jazmines, y el cacao
 Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

¡Mas ah! ¿prefieres de la guerra impía
 Los horrores decir, y al son del parche
 Que los maternos pechos estremece,
 Pintar las huestes que furiosas corren
 A destruccion y el suelo hinchen de luto?
 ¡Oh si ofrecieses ménos fértil tema
 A bélicos cantares, patria mia!
 ¿Qué ciudad, que campiña no ha inundado
 La sangre de tus hijos y la ibera?
 ¿Qué páramo no dió en humanos miembros
 Pasto al condor? ¿qué rústicos hogares
 Salvar su oscuridad pudo á las furias
 De la civil discordia embravecida?
 Pero no en Roma obró prodigio tanto
 El amor de la patria, no en la austera
 Esparta, no en Numancia generosa;
 Ni de la historia da página alguna,
 Musa, más altos hechos á tu canto.
 ¿A qué provincia el premio de alabanza,
 O á qué varon tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero
 Que, vencedor de cien sangrientas lides,
 Muriendo el suelo consagró de Talca;
 Y la memoria eternizar desea
 De aquellos granaderos de á caballo
 Que mandó en Chacabuco Necochea.
 ¿Pero de Maipo la campiña sola
 Cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
 Para que en tus cantares se repita,
 De campeones cuya frente adorna
 El verde honor que nunca se marchita?
 Donde ganó tan claro nombre Bueras,
 Que con sus caballeros denodados
 Rompió del enemigo las hiteras;
 Y donde el regimiento de Coquimbo
 Tantos héroes contó como soldados.

¿De Buenos Aires la gallarda gente
 No ves, que el premio del valor te pide?
 Casteli osado, que las fuerzas mide
 Con aquel mónstruo que la cara esconde
 Sobre las nubes y á los hombres huella;
 Moreno, que abrogó con digno acento
 De los opresos pueblos la querella;
 Y tú que de Suipacha en las llanuras
 Distes á tu causa agüero de venturas,
 Balcarce; y tú Belgrano, y otros ciento
 Que la tierra natal de glorias rica
 Hicisteis con la espada ó con la pluma,
 Si el justo galardón se os adjudica,
 No temereis que el tiempo le consuma.

Ni sepultada quedará en olvido
 La paz que tantos claros hijos llora,
 Ni Santacruz, ni ménos Chuquisaca,
 Ni Cochabamba, que de patrio celo
 Ejemplos memorables atesora,
 Ni Potosí de minas no tan rico
 Como de nobles pechos, ni Aréquipa
 Que de Vizcardo con razon se alaba,
 Ni á la que el Rimac las murallas lava,
 Que *de los Reyes* fué, ya de sí propia,
 Ni la ciudad que dió á los Incas cuna,
 Leyes al Sur, y que si aun jime esclava,
 Virtud no le faltó, sino fortuna.
 Pero la libertad, bajo los golpes
 Que la ensangrientan cada vez más brava,
 Más indomable, nuevos cuellos hiergue,
 Que al despotismo harán soltar la clava.
 No largo tiempo usurpará el imperio
 Del Sol la hispana gente advenediza,
 Ni al ver su trono en tanto vituperio
 De Manco Cápac jemirán los manes.
 De Angulo y Pumacagua la ceniza
 Nuevos y mas felices capitanes
 Vengarán, y á los hados de su pueblo
 Abrirán, vencedores, el camino.
 Huid, dias de afan, dias de luto,
 Y acelerad los tiempos que adivino.

Diosa de la memoria, himnos te pide

El imperio tambien de Motezuma,
 Que, rota la coyunda de Iturbide,
 Entre los pueblos libres se numera.
 Mucho, nacion bizarra mejicana,
 De tu poder y de tu ejemplo espera
 La libertad; ni su esperanza es vana,
 Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
 Y no en un mar te engolfas que sembrado
 De los fragmentos ves de tanta nave.
 Llegada al puerto venturoso, un dia
 Los héroes contarás á que se debe
 Del arresto primero la osadía;
 Que á veteranas filas rostro hicieron
 Con pobre, inculta, desarmada plebe,
 Escepto de valor, de todo escasa;
 Y el coloso de bronce sacudieron,
 A que tres siglos daban firme basa.
 Si á brazo más feliz, no más robusto,
 Poderlo derrocar dieron los cielos,
 De Hidalgo no por eso y de Morelos
 Eclipsará la gloria olvido ingrato.
 Ni el nombre callarán de Guanajuato
 Los claros fastos de tu heróica lucha,
 Ni de tanta ciudad, que reducida
 A triste yermo, á un enemigo infama
 Que, vencedor, sus pactos solo olvida;
 Que hace esterminio, y sumision lo llama.

 Despierte (oh musa, tiempo es ya), despierte
 Algun sublime ingenio, que levante
 El vuelo á tan espléndido sugeto,
 Y que de Popayan los hechos cante
 Y de la no inferior Barquisimeto,
 Y del pueblo (1) tambien, cuyos hogares
 A sus orillas mira el Manzanares;
 No el de ondas pobre y de verdura exhausto,
 Que de la régia córte sufre el fausto,
 Y de su servidumbre está orgulloso,
 Mas el que de aguas bellas abundoso,
 Como su gente lo es de bellas almas,
 Del ciclo, en su cristal sereno, pinta
 El puro azul, corriendo entre las palmas
 De esta y aquella deliciosa quinta :

(1) Cumaná. (El A.)

Que de Angostura las proezas cante,
 De libertad inexpugnable asilo,
 Donde la tempestad desoladora
 Vino á estrellarse; y con suave estilo
 De Bogotá los timbres diga al mundo,
 De Guayaquil, de Maracaibo (ahora
 Agoviada de bárbara cadenà)
 Y de cuantas provincias Cáuca baña,
 Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
 Y cuantas bajo el nombre Colombiano
 Con fraternal union se dan la mano.

.
 Mira donde contrasta sin murallas
 Mil porfiados ataques Barcelona.
 Es un convento el último refugio
 De la arrestada, aunque pequeña tropa,
 Que la defiende : en torno el enemigo,
 Cuantos conoce el fiero Marte, acopia
 Medios de destruccion; ya por cien partes
 Cede al batir de las tonantes bocas
 El débil muro, y superior en armas
 A cada brecha una legion se agolpa.
 Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
 El patriotismo y el valor agotan;
 Mas ¡ ay! sin fruto. Tú de aquella escena
 Pintarás el horror, tú que á las sombras
 Belleza das, y al cuadro de la muerte
 Sabes encadenar la mente absorta.
 Tú pintarás al vencedor furioso
 Que ni al anciano trémulo perdona,
 Ni á la inocente edad, y en el regazo
 De la insultada madre al hijo inmola.
 Pocos reserva á vil suplicio el hierro :
 Su rabia insana en los demás desfoga
 Un enemigo que hacer siempre supo,
 Más que la lid, sangrienta la victoria.
 Tú pintarás de Chamberlen el triste,
 Pero glorioso fin. La tierna esposa
 Herido va á buscar; el débil cuerpo
 Sobre el acero ensangrentado apoya :
 Estréchala á su seno. « Libertarme
 De un cadalso afrentoso puede sola
 La muerte (dice) : este postrero abrazo
 Me la hará dulce : ¡ adios ! « Cuando con pronta
 Herida va á matarse, ella atajando

El brazo, alzado ya, « ¿tú á la deshonra,
Tú á ignominiosa servidumbre, á insultos
Más que la muerte horribles me abandonas?
Para sufrir la afrenta falta (dice)
Valor en mí : para imitarte, sobra.
¡Muramos ambos! » Hieren
A un tiempo dos aceros
Entrambos pechos, abrazados mueren.

.....
¿ Pero al de Margarita qué otro nombre
Destucirá ? donde hasta el sexo blando
Con los peligros de la guerra parte :
Donde á los defensores de la patria
Forzoso fué, para lidiar, las armas
Al enemigo arrebatár lidiando :
Donde el caudillo, á quien armó Fernando
De su poder y de sus fuerzas todas
Para que de venganzas le saciara,
Al inesperto campesino vulgo
Que sus falanjes denodado acosa,
El campo deja en fuga ignominiosa.

.....
Ni menor prez los tiempos venideros
A la virtud darán de Cartajena.
No la domó el valor : no al hambre cede
Que sus guerreros ciento á ciento siega.
Nadie á partidos viles presta oídos :
Cuantos un resto de vigor conservan,
Lánzanse al mar, y la enemiga flota
En mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
Ni á la desgracia la cerviz doblegan ;
Y si una orilla dejan, que profana
La usurpacion, y las venganzas yerman,
Ya á verla volverán bajo estandartes
Que á coronar el patriotismo fuerzan
A la fortuna, y les darán los cielos
A indignas manos arrancar la presa.
En tanto por las calles silenciosas
Acaudillando armada soldadesca,
Entre infectos cadáveres, y vivos
En que la estampa de la parca impresa
Se mira ya, su abominable triunfo
La restaurada inquisicion pasea ;
Con sacrilegos himnos los altares

Haciendo resonar, á su honda cueva
Desciende enhambrecida, y en las ansias
De atormentados mártires se ceba.

.....
¿ Y qué diré de la ciudad que ha dado
A la sagrada lid tanto caudillo ?
¡ Ah, que entre escombros olvidar pareces,
Tuñbio Catuche, tu camino usado !
¿ Por qué en tu márgen el rumor festivo
Calló ? ¿ do está la torre bulliciosa
Que pregonar solia,
De antorchas coronada,
La pompa augusta del solemne día ?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del herial su infausta espiga.
Pero mas bella y grande resplandeces
En tu desolacion, ¡ oh patria de héroes !
Tú que lidiando alliva en la vanguardia
De la familia de Colon, la diste
De fé constante no escudido ejemplo ;
Y si en tu suelo desgarrado al choque
De destructivos terremotos, pudo
Tremolarse algun tiempo la bandera
De los tiranos, en tus nobles hijos
Viviste inespugnable, de los hombres
Y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora :
Floreecerán la paz y la abundancia
En tus talados campos : las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
Y cubrirán de rosas tus ruinas.

SEGUNDA PARTE

.....
¡ Colombia ! ¡ qué montaña, qué ribera,
Qué playa inhospital, donde ántes solo
Por el furor se vió de la pantera
O del caíman el suelo en sangre tinto :

Cuál selva tan oscura, en tu recinto,
 Cuál queda ya tan solitaria cima,
 Que horror no ponga y grima
 De humanas osamentas hoy sembrada,
 Feo padron del sanguinario instinto
 Que tambien contra el hombre al hombre anima!
 Tu libertad, ¡ cuán caro
 Compraste! ¡ cuánta tierra devastada!
 ¡ Cuánta familia en triste desamparo!
 Mas el bien adquirido al precio escede.
 ¿ Y cuánto nombre claro
 No das tambien al templo de memoria?

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte
 Vivirá, miéntras hagan el humano
 Pecho latir la libertad, la gloria.
 Vióle en sangrientas lides el Aragua
 Dar á su patria lustre, á España miedo :
 El despotismo sus falanjes dobla,
 Y aun no sucumbe al número el desnudo.
 A sorprender se acerca una columna
 El almacen que con Ricaurte guarda
 Escasa tropa : él, dando de los suyos
 A la salud lo que á la propia niega,
 Aléjalos de sí : con ledo rostro
 Su intento oculta : y ya de espeso polvo
 Se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
 Del hueco bronce, entre dolientes ayes
 De inerte vulgo, que á los golpes cae
 Del vencedor : mas no, no inopunemente ;
 Ricaurte aguarda de una antorcha armado ;
 Y cuando el puesto que defiende mira
 De la contraria hueste rodeado
 Que ébria de sangre á fácil presa avanza ;
 Cuando el punto fatal, no á la venganza
 (Que indigna juzga), al alto sacrificio
 Con que llenar el cargo honroso anhela,
 Llegado ve, ¡ Viva la patria ! clama,
 La antorcha aplica, el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,
 A quien vió victorioso Niquitao,
 Horcones, Ocumare, Vijirima,
 Y dejando otros nombres, que no ménos
 Dignos de loa Venezuela estima,

Urica, que ilustrarle pudo sola,
 Donde de heróica lanza atravesado
 Mordió la tierra el sanguinario Bóves,
 Mónstruo de atrocidad más que española.
 ¿ Qué, si de Ribas á los altos hechos
 Dió la fortuna injusto premio al cabo ?
 ¿ Qué, si cautivo el Español le insulta ?
 ¿ Si perecer en el suplicio le hace
 A vista de los suyos ? ¿ si su yerta
 Cabeza pone en afrentoso palo ?
 Dispensa á su placer la Tiranía
 La muerte, no la gloria, que acompaña
 Al héroe de la patria en sus cadenas,
 Y su cadalso en luz divina baña.

Así espiró tambien de honor cubierto
 Entre víctimas mil Baraya, á manos
 De tus viles satélites, Morillo,
 Ni el duro fallo á mitigar fué parte
 De la mísera hermana el desamparo,
 Que lutos arrastrando, acompañada
 De cien matronas, tu clemencia implora.
 « ¡ Muera (respondes) el traidor Baraya,
 Y que á destierro su familia vaya ! »
 Baraya muere, mas su ejemplo vive.
 ¿ Piensas que apagarás con sangre el fuego
 De libertad en tantas almas grandes ?
 Del Cotopaxi vé á extinguir la hoguera
 Que cecan las entrañas de los Andes.
 Mira correr la sangre de Rovira,
 A quien lamentan Mérida y Pamplona ;
 Y la de Freites derramada mira,
 El constante adalid de Barcelona :
 Ortiz, García de Toledo espira ;
 Granados, Amador, Castillo muere ;
 Yace Payal, de Popayan llorado,
 Llorado de las ciencias ; fiera bala
 El pecho de Cauilo Torres hiere ;
 Gutiérrez el postrero aliento exhala ;
 Perece Pombo, que en el banco infausto
 El porvenir glorioso de su patria
 Con profético acento te revela ;
 No la íntegra virtud salva á Torices ;
 No la modestia, no el ingenio á Caldas ;
 De luto está cubierta Venezuela,

Cundinamarca desolada jime,
 Quito sus hijos más ilustres llora.
 ¿ Pero cuál es de tu crueldad el fruto?
 ¿ A Colombia otra vez Fernando oprime?
 ¿ Méjico á su visir postrada adora?
 ¿ El antiguo tributo
 De un hemisferio esclavo á España llevas?
 ¿ Puebla la inquisicion sus calabozos
 De americanos; ó españolas córtés
 Dan á la servidumbre formas nuevas?
 ¿ De la sustancia de cien pueblos, graves
 La avara Cádiz ve volver sus naves?
 Colombia vence : libertad los vanos
 Cálculos de los déspotas engaña :
 Y fecundos tus triunfos, inhumanos,
 Más que á tí de oro, son de oprobio á España.
 Pudo á un Cortés, pudo á un Pizarro el mundo
 La sangre perdonar que derramaron :
 Imperios con la espada conquistaron ;
 Mas á tí ni aun la vana, la ilusoria
 Sombra, que llama gloria
 El vulgo adorador de la fortuna,
 Adorna : aquella efímera victoria
 Que de inermes provincias te hizo dueño,
 Como la aérea fábrica de un sueño
 Desvaneciósese, y nada deja, nada
 A tu nacion, excepto la vergüenza
 De los delitos con que fué comprada.
 Quien te pone con Alba en paralelo,
 ¡ Oh cuánto yerra ! En sangre bañó el suelo
 De Batavia el ministro de Felipe ;
 Pero si fué cruel y sanguinario,
 Bajo no fué ; no acomodando al vario
 Semblante de los tiempos su semblante,
 Ya desertor del uno,
 Ya del otro partido,
 Solo el de su interés siguió constante ;
 No alternativamente
 Fué soldado feroz, patriota falso :
 No dió á la Inquisicion su espada un día,
 Y por la libertad lidió el siguiente ;
 Ni traficante infame del cadalso,
 Hizo de los indultos granjería.
 Musa, cuando las artes españolas

A los futuros tiempos recordares,
 Víctimas inmolidas á millares ;
 Pueblos en soledades convertidos ;
 La hospitalaria mesa, los altares
 Con sangre fraternal enrojecidos ;
 De exánimes cabezas decoradas
 Las plazas, aun las tumbas ultrajadas ;
 Do quiera que se envainan las espadas
 Entronizado el tribunal de espanto,
 Que llama á cuentas el silencio, el llanto,
 Y el pensamiento á su presencia cita,
 Que premia al delator con la sustancia
 De la familia mísera proscrita ;
 Y á precio de oro, en nombre de Fernando,
 Vende el permiso de vivir temblando ;
 Puede ser que parezcan tus verdades
 Delirios de estragada fantasía
 Que se deleita en figurar horrores.
 Mas ¡ oh de Quito ensangrentadas paces !
 ¡ Oh de Valencia abominable jura !
 ¿ Será jamás que lleguen tus colores,
 Oh Musa, á realidad tan espantosa?
 A la hostia consagrada, en religiosa
 Solemnidad espuesta, hace testigo
 Del alevoso pacto el jefe ibero ;
 Y entre devotas preces que dirige
 Al cielo, autor de la concordia, el clero,
 En nombre del presente Dios, en nombre
 De su monarca y de su honor, á vista
 De entrambos bandos y del pueblo entero,
 A los que tiene puestos ya en la lista
 De proscripcion, fraternidad promete.
 Celébrase en espléndido banquete
 La paz ; los brindis con risueña
 Cara recibe... y ya en silencio se prepara
 El desenlace de este drama infando :
 El mismo sol que vió jurar las paces,
 Colombia, á tus patriotas vió espirando.
 A tí tambien, Javier Ustáriz, cupo
 Mísero fin ; atravesado fuiste
 De hierro atroz á vista de tu esposa
 Que con su llanto enternecer no pudo
 A tu verdugo de piedad desnudo :
 En la tuya y la sangre de sus hijos

A un tiempo la infeliz se vió bañada.
 ¡ Oh Maturin ! ¡ oh lúgubre jornada !
 ¡ Oh dia de afficcion á Venezuela,
 Que aun hoy, de tanta pérdida preciosa,
 Apenas con sus glorias se consuela !
 Tú en tanto en la morada de los justos
 Sin duda el premio, amable Uztáriz, gozas
 Debido á tus fatigas, á tu celo
 De bajos intereses desprendido ;
 Alma incontaminada, noble, pura,
 De elevados espíritus modelo,
 Aun en la edad oscura
 En que el premio de honor se dispensaba
 Solo al que á precio vil su honor vendia,
 Y en que el rubor de la virtud, altivo
 Desden y rebelion se interpretaba.

¿ La música, la dulce poesía
 Son tu delicia ahora como un dia ?
 ¿ O á mas altos objetos das la mente
 Y con los héroes, con las almas bellas
 De la pasada edad y la presente
 Conversas, y el gran libro desarrollas
 De los destinos del linaje humano,
 Y los futuros casos de la grande
 Lucha de libertad, que empieza, lees,
 Y su triunfo universal, lejano ?
 De mártires que dieron por la patria
 La vida, el santo coro te rodea :
 Régulo, Trásea, Marco Bruto, Décio,
 Cuantos immortaliza Alénas libre,
 Cuantos Esparta y el romano Tibre ;
 Los que el Bátavo suelo y el Helvecio
 Muriendo consagraron y el Britano :
 Padilla, honor del nombre castellano ;
 Caupolican y Guaicaipuro altivo,
 Y España osado : con risueña frente
 Guatimozin te muestra el lecho ardiente ;
 Muéstrate Gual la copa del veneno,
 Y Luisa el cruento azote ;
 Y tú en el blanco seno
 Las rojas muestras de homicidas balas,
 Heróica Policarpa, le señalas ;
 Tú que viste espirar al caro amante
 Con firme pecho, y por ajenas vidas

Diste la tuya, en el albor temprano
 De juventud, á un bárbaro tirano.
 ¡ Miranda ! de tu nombre se gloria
 Tambien Colombia : defensor constante
 De sus derechos, de las santas leyes,
 De la severa disciplina amante.
 Con reverencia ofrezco á tu ceniza
 Este humilde tributo, y la sagrada
 Rama á tu efigie venerable ciño.
 Patriota ilustre, que proscrito, errante,
 No olvidaste el cariño
 Del dulce hogar que vió mecer tu cuna ;
 Y ora blanco á las iras de fortuna,
 Ora de sus favores halagado,
 La libertad americana hiciste
 Tu primer voto y tu primer cuidado.
 Osaste, solo, declarar la guerra
 A los tiranos de tu tierra amada,
 Y desde las orillas de Inglaterra
 Diste aliento al clarín, que el largo sueño
 Disipó de la América, arrullada
 Por la supersticion. Al noble empeño
 De sus patricios no faltó tu espada ;
 Y si, de contratiempos asaltado
 Que á humanos medios resistir no es dado,
 Te fué el ceder forzoso, y en cadenas
 A manos perecer de una perfidia,
 Tu espíritu no ha muerto, no ; resuena,
 Resuena aun el eco de aquel grito
 Con que á lidiar llamaste ; la gran lidia
 De que desarrollaste el estandarte,
 Triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.
 Tu nombre, Girardot, tambien la fama
 Hará sonar con inmortales cantos,
 Que del Santo Domingo en las orillas
 Dejas de tu valor indicios tantos.
 ¿ Por qué con fin temprano el curso alegre
 Cortó de tus hazañas la fortuna ?
 Caiste, si ; mas vencedor caiste,
 Y de la patria el pabellon triunfante
 Sombra te dió al morir, enarbolado
 Sobre las conquistadas baterías,
 De los usurpadores sepultura.

Puerto Cabello vió acabar tus días,
 Mas tu memoria no, que eterna dura.
 Ni ménos estimada la de Roscio
 Será en la más remota edad futura :
 Sabio legislador le vió el Senado,
 El pueblo, incorruptible magistrado,
 Honesto ciudadano, amante esposo,
 Amigo fiel, y de las prendas todas
 Que honran la humanidad, cabal dechado.
 Entre las olas de civil borrasca
 El alma supo mantener serena ;
 Con rostro igual vió la sonrisa aleve
 De la fortuna, y arrastró cadena ;
 Y cuando del baldon la copa amarga
 El canario soez pérfidamente
 Le hizo agotar, la dignidad modesta
 De la virtud no abandonó su frente.
 Si de aquel ramo que Gradivo empapa
 De sangre y llanto, está su sien desnuda,
 ¡ Cuál otro honor habrá que no le cuadre !
 De la naciente libertad no solo
 Fué defensor, sino maestro y padre.
 No negará su voz divina Apolo
 A tu virtud, ¡ oh Piar ! su voz divina,
 Que la memoria de alentados hechos
 Redime al tiempo, y á la parca avara.
 Bien tus proezas Maturin declara,
 Y Cumaná con Güiría y Barcelona,
 Y del Juncal el memorable día,
 Y el campo de San Félix las pregona
 En donde con denuedo y bizarría
 Las enemigas filas disputaron,
 Pues aun postradas por la muerte guardan
 El órden triple en que á la lid marcharon :
 ¡ Dichoso, si fortuna tu carrera
 Cortado hubiera allí, si tanta gloria
 Algun fatal desliz no oscureciera !
 ¿ Pero adónde la vista se dirige
 Que monumentos no halle de heroísmo ?
 ¿ La retirada que Mac-Gregor rige
 Diré, y aquel puñado de valientes,
 Que rompe osado por el centro mismo
 Del poder español, y á cada huella
 Deja un trofeo ? ¿ Contaré las glorias

Que Anzoátegui lidiando gana en ella,
 O la que de Carúpano en los valles,
 O en las campañas del Apure, han dado
 Tanto lustre á su nombre, ó como esperto
 Caudillo, ó como intrépido soldado ?
 ¿ El batallon diré que en la reñida
 Funcion del Bomboná las bayonetas
 En los pendientes precipicios clava,
 Osa escalar por ellas la alta cima,
 Y de la fortaleza se hace dueño
 Que á las armas patricias desafiaba ?
 ¿ Diré de Vargas el combate insigne,
 En que Rondon, de bocas mil que muerte
 Vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
 El puente fuerza, sus guerreros guia
 Sobre erizados riscos que aquel día
 Oyeron de hombres la primer pisada,
 Y al español sorprende, ataca, postra ?
 ¿ O citaré la célebre jornada
 En que miró á Cedeño el anchuroso
 Caura, y á sus bizarros compañeros,
 Llevados los caballos de la rienda,
 Fiados á la boca los aceros,
 Su honda corriente atravesar á nado,
 Y de las contrapuestas baterías
 Hacer huir al español pasmado ?

Como en aquel jardín que han adornado
 Naturaleza y arte á competencia,
 Con vago revolar la abeja activa
 La mas sutil y delicada esencia
 De las mas olorosas flores liba ;
 La demás turba deja, aunque de galas
 Brillante, y de suave aroma llena,
 Y torna, fatigadas ya las alas,
 De la dulce tarea á la colmena ;
 Así el que osare con tan rico asunto
 Medir las fuerzas, dudará qué nombre
 Cante primero, qué virtud, qué hazaña ;
 Y á quien la lira en él y la voz pruebe,
 Solo dado será dejar vencida
 De tanto empeño alguna parte breve.
 ¿ Pues qué, si á los que vivos todavía
 La patria goza (¡ y plegue á Dios que el día
 En que los lllore viuda, tarde sea !)

No se arredrare de elevar la idea?
 ¿ Si audaz cantare al que la helada cima
 Superó de los Andes, y de Chile
 Despedazó los hierros y de Lima?

¿ O al que de Cartagena el gran baluarte,
 Hizo que de Colombia otra vez fuera?
 ¿ O al que en funciones mil pavor y espanto
 Puso con su marcial legion llanera
 Al español, y á Marte lo pusiera?
 ¿ O al héroe ilustre, que de lauro tanto
 Su frente adorna, ántes de tiempo cana,
 Que en Cúcuta domó, y en San Mateo,
 Y en el Araure la soberbia hispana;
 A quien los campos que el Arauca riega
 Nombre darán, que para siempre dura,
 Y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;
 Que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
 Y en Boyacá, donde un imperio entero
 Fué arrebatado al despotismo ibero?
 Mas no á mi débil voz la larga suma
 De sus victorias numerar compete:
 A ingenio más feliz, más docta pluma
 Su grata patria encargo tal comete:
 Pues como aquel samán que siglos cuenta
 De las vecinas gentes venerado,
 Que vió en torno á su basa corpulenta
 El bosque muchas veces renovado,
 Y vasto espacio cubre con la hojosa
 Copa, de mil inviernos victoriosa;
 Así tu gloria al cielo se sublima,
 Libertador del pueblo colombiano,
 Digna de que la lleven dulce rina
 Y culta historia al tiempo mas lejano.

SILVA

A LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

¡ Salve, fecunda zona,
 Que al sol enamorado circunscribes
 El vago curso, y cuanto ser se anima
 En cada vario clima,
 Acariciada de su luz, concibes!

Tú tejes al verano su guirnalda
 De granadas espigas; tú la uva
 Das á la herviente cuba;
 No de purpúrea fruta ó roja ó gualda
 A tus florestas bellas
 Falta matiz alguno; y bebe en ellas
 Aromas mil él viento;
 Y greyes van sin cuento
 Paciendo tu verdura, desde el llano
 Que tiene por lindero el horizonte,
 Hasta el erguido monte
 De inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
 De do la miel se acendra
 Por quien desdeña el mundo los panales;
 Tú en urnas de coral cuajas la almendra
 Que en la espumante jícara rebosa:
 Bulle carmin viviente en tus nopales,
 Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
 Y de tu añil la tinta generosa
 Émula es de la lumbre del zafiro.
 El vino es tuyo, que la herida agave (1)
 Para los hijos vierte
 Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
 Que cuando de suave
 Humo en espiras vagarosas huya,
 Solazará el fastidio al ocio inerte.
 Tú vistes de jazmines
 El arbusto sabeo (2),
 Y el perfume le das, que en los festines
 La fiebre insana templará á Lico.
 Para tus hijos la prócera palua (3)
 Su vario feudo eria,
 Y el ananá sazona su ambrosía,
 Su blanco pan la yuca (4),

(1) Magueli ó pita (*Agave americana* L.) que da el pulque.

(2) El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavia de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

(3) Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pau, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

(4) No se debe confundir (como se ha hecho en un

Sus rubias pomas la patata educa,
 Y el algodón despliega al aura leve
 Las rosas de oro y el vellon de nieve.
 Tendida para tí la fresca parcha (1)
 En enramadas de verdor lozano,
 Cuelga de sus sarmientos trepadores
 Nectáreos globos y franjadas flores ;
 Y para tí el maiz, jefe altanero
 De la espigada tribu, hincha su grano ;
 Y para tí el banano (2)
 Desmaya al peso de su dulce carga,
 El banano, primero
 De cuantos concedió bellos presentes
 Providencia á las gentes
 Del Ecuador feliz con mano larga.
 No ya de humanas artes obligado
 El premio rinde opimo :
 No es á la podadera, no al arado
 Deudor de su racimo :
 Escasa industria bástale, cual puede
 Hurtar á sus fatigas mano esclava ;
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡ oh! si cual no cede
 El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
 Y como de natura esmero ha sido,
 De tu indolente habitador lo fuera ;
 ¡ Oh! si al falaz ruido
 La dicha al fin supiese verdadera
 Anteponer, que del umbral le llama

diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raiz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manihot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*) con la *Yucca* de los botánicos.

(1) Este nombre se da en Venezuela á las *Pasifloras* ó *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

(2) El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas, y de que sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no solo da, á proporcion del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios este es el que pide ménos trabajo y ménos cuidado.

Del labrador sencillo,
 Léjos del necio y vano
 Fasto, el mentido brillo,
 El ocio pestilente ciudadano !
 ¿ Por qué ilusion funesta
 Aquellos que fortuna hizo señores
 De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
 Al cuidado abandonan
 Y á la fé mercenaria
 Las patrias heredades,
 Y en el ciego tumulto se aprisionan
 De miseras ciudades,
 Do la ambicion proterva
 Sopla la llama de civiles bandos,
 O al patriotismo la desidia enerva ;
 Do el lujo las costumbres atosiga,
 Y combaten los vicios
 La incauta edad en poderosa liga ?
 No allí con varoniles ejercicios
 Se endurece el mancebo á la fatiga ;
 Mas la salud estraga en el abrazo
 De pérvida hermosura
 Que pone en almoneda los favores ;
 Mas pasatiempo estima
 Prender aleve en casto seno el fuego
 De ilícitos amores ;
 O embebecido le hallará la aurora
 En mesa infame de ruinoso juego.
 En tanto á la lisonja seductora
 Del asídúo amator fácil oído
 Da la consorte : crece
 En la materna escuela
 De la disipacion y el galanteo
 La tierna vírgen, y al delito espuela
 Es ántes el ejemplo que el desco.
 ¿ Y será que se formen de ese modo
 Los ánimos heroicos denodados
 Que fundan sustentan los Estados?
 ¿ De la algazara del festin beodo,
 O de los coros de liviana danza,
 La dura juventud saldrá, modesta,
 Orgullo de la patria, y esperanza ?
 ¿ Sabrá con firme pulso
 De la severa ley regir el freno ;
 Brillar en torno aceros homicidas

En la dudosa lid verá sereno ;
 O animoso hará frente al genio altivo
 Del engreído mando en la tribuna,
 Aquel que ya en la cuna
 Durmió al arrullo del cantar lascivo,
 Que riza el pelo, y se unje, y se atavía
 Con femenil esmero,
 Y en indolente ociosidad el día
 O en criminal lujuria pasa entero ?
 No así trató la triunfadora Roma
 Las artes de la paz y de la guerra ;
 Antes fió las riendas del Estado
 A la mano robusta
 Que tostó el sol y encalleció el arado ;
 Y bajo el techo humoso campesino
 Los hijos educó, que el conjurado
 Mando allanaron al valor latino.

¡ Oh ! los que afortunados poseedores
 Habeis nacido de la tierra hermosa
 En que reseña hacer de sus favores,
 Como para ganáros y atraeros,
 Quiso naturaleza bondadosa !
 Romped el duro encanto
 Que os tiene entre murallas prisioneros.
 El vulgo de las artes laborioso,
 El mercader que, necesario al lujo,
 Al lujo necesita,
 Los que anhelando van tras el señuelo
 Del alto cargo y del honor ruidoso,
 La grey de aduladores parasita,
 Gustosos pueblen ese infecto caos :
 El campo es vuestra herencia : en él gozaos.
 ¿ Amáis la libertad ? el campo habita,
 No allá donde el magnate
 Entre armados satélites se mueve,
 Y de la moda, universal señora,
 Va la razón al triunfal carro atada,
 Y á la fortuna la insensata plebe,
 Y el noble el aura popular adora.
 ¿ O la virtud amáis ? ¡ ah ! que el retiro,
 La solitaria calma
 En que, juez de sí misma, pasa el alma
 A las acciones muestra,
 Es de la vida la mejor maestra !

¿ Buscáis durables goces,
 Felicidad, cuanta es al hombre dada
 Y á su terreno asiento, en que vecina
 Está la risa al llanto, y siempre, ¡ ah ! siempre
 Donde halaga la flor, punza la espina ?
 Id á gozar la suerte campesina :
 La regalada paz, que ni rencores
 Al labrador, ni envidias acibaran ;
 La cama que mullida le preparan
 El contento, el trabajo, el aire puro ;
 Y el sabor de los fáciles manjares
 Que dispendiosa gula no le aceda ;
 Y el asilo seguro
 De sus patrios hogares
 Que á la salud y al regocijo hospeda.
 El aura respirad de la montaña,
 Que vuelve al cuerpo laso
 El perdido vigor, que á la enojosa
 Vejez retarda el paso,
 Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
 ¿ Es allí ménos blanda por ventura
 De amor la llama, que templó el recato ?
 ¿ O ménos aficiona la hermosura
 Que de extranjero ornato
 Y afeites impostores no se cura ?
 ¿ O el corazón escucha indiferente
 El lenguaje inocente
 Que los afectos sin disfraz espresa
 Y á la intención ajusta la promesa ?
 No del espejo al importuno ensayo
 La risa se compone, el paso, el gesto,
 Ni falta allí carmin al rostro honesto
 Que la modestia y la salud colora,
 Ni la mirada que lanzó al soslayo
 Tímido amor, la senda al alma ignora
 ¿ Esperareis que forme
 Más venturosos lazos himeneo,
 Do el interés barata,
 Tirano del deseo,
 Ajena mano y fé por nombre ó plata,
 Que de conforme gusto, edad conforme,
 Y elección libre, y mútuo ardor los ata ?

Allí también deberes
 Hay que llenar : cerrad, cerrad las hondas

Heridas de la guerra : el fértil suelo,
 Aspero ahora y bravo,
 Al desacostumbrado yugo torne
 Del arte humana, y le tribute esclavo.
 Del obstruido estanque y del molino
 Recuerden ya las aguas el camino :
 El intrincado bosque el hacha rompa,
 Consuma el fuego : abrid en luengas calles
 La oscuridad de su infructuosa pompa.
 Abrigo den los valles
 A la sedienta caña :
 La manzana y la pera
 En la fresca montaña
 El cielo olviden de su madre España :
 Adorne la ladera
 El cafetal : ampare
 A la tierna teobroma en la ribera
 La sombra maternal de su bucare (1) :
 Aquí el verjel, allá la huerta ría...
 ¿ Es ciego error de ilusa fantasía ?
 Ya dócil á tu voz, agricultura,
 Nodriz de las gentes, la caterva
 Servil armada va de corvas hoces ;
 Mírola ya que invade la espesura
 De la floresta opaca ; oigo las voces,
 Siento el rumor confuso ; el hierro suena,
 Los golpes el lejano
 Eco redobla : jime el ceibo anciano,
 Que á numerosa tropa
 Largo tiempo fatiga :
 Batido de cien hachas se estremece,
 Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
 Huyó la fiera ; deja el caro nido,
 Deja la prole implume
 El ave, y otro bosque no sabido
 De los humanos va á buscar doliente...
 ¿ Qué niro ? alto torrente
 De sonora llama
 Corre y sobre las áridas ruinas
 De la postrada selva se derrama.
 El raudó incendio á gran distancia brama,
 Y el humo en negro remolino sube,

(1) El cacao (*Theobroma cacao*, L.) suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

Aglomerando nube sobre nube.
 Ya de lo que ántes era
 Verdor hermoso y fresca lozanía,
 Solo cenizas quedan, monumento
 De la dicha mortal, burla del viento.
 Mas al vulgo bravío
 De las tupidas plantas montarazas
 Sucede ya el fructífero plantío
 En muestra ufana de ordenadas haces.
 Ya ramo á ramo alcanza,
 Y á los rollizos tallos hurta el día ;
 Ya la primera flor desvuelve el seno,
 Bello á la vista, alegre á la esperanza ;
 A la esperanza, que riendo enjuga
 Del fatigado agricultor la frente,
 Y allá á lo léjos el opimo fruto,
 Y la cosecha apañadora pinta,
 Que lleva de los campos el tributo,
 Colmado el cesto, y con la falda en cinta,
 Y bajo el peso de los largos bienes
 Con que al colono acude,
 Hace crujir los vastos almacenes.

¡ Buen Dios ! no en vano sude,
 Mas á merced y á compasion te mueva
 La gente agricultora
 Del Ecuador, que del desmayo triste
 Con renovado aliento vuelve ahora,
 Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
 Tantos años de fiera
 Devastacion y militar insulto,
 Aun más que tu clemencia antigua implora.
 Su rústica piedad, pero sincera,
 Halle á tus ojos gracia : no el risueño
 Porvenir que las penas le alijera,
 Cual de dorado sueño
 Vision falaz, desvanecido llore :
 Intempestiva lluvia no maltrate
 El delicado embrion : el diente impío
 De insecto roedor no lo devore :
 Sañudo vendaval no lo arrebate,
 Ni agote al árbol el materno jugo
 La calorosa sed de largo estío.
 Y pues al fin te plugo,
 Arbitro de la suerte soberano,

Que suelto el cuello de extranjero yugo
 Erguiese al cielo el hombre americano,
 Bendecida de tí arraigue y medre
 Su libertad; en el más hondo encierra
 De los abismos la malvada guerra,
 Y el miedo de la espada asoladora
 Al suspicaz cultivador no arredre
 Del arte bienhechora,
 Que las familias nutre y los estados;
 La azorada inquietud deje las almas,
 Deje la triste herrumbre los arados.
 Asaz de nuestros padres malladados
 Espiamos la bárbara conquista.
 ¿ Cuántos doquier la vista
 No asombran erizadas soledades,
 Do cultos campos fueron, do ciudades?
 De muertes, proscripciones,
 Suplicios, orfandades
 ¿ Quién contará la pavorosa suma?
 Saciadas duermen ya de sangre ibera
 Las sombras de Atahualpa y Motezuma.
 ¡ Ah! desde el alto asiento,
 En que escabel te son alados coros
 Que velan en pasmado acatamiento
 La faz ante la lumbre de tu frente
 (Si merece por dicha una mirada
 Tuya la sin ventura humana gente)
 El ángel nos envía,
 El ángel de la paz, que al crudo ibero
 Haga olvidar la antigua tiranía,
 Y acatar reverente el que á los hombres
 Sagrado diste, imprescriptible fuero;
 Que alargar le haga al injuriado hermano
 (¡ Ensangrentóla asaz!) la diestra inerte;
 Y si la innata mansedumbre duerme,
 La despierte en el pecho americano.
 El corazón lozano
 Que una feliz oscuridad desdeña,
 Que en el azar sangriento del combate
 Alborozado late
 Y, codicioso de poder ó fama,
 Nobles peligros ama,

Baldon estime solo y vituperio
 El prez que de la patria no reciba,
 Y séale más dulce que el imperio
 La libertad, y que el laurel la oliva.
 Ciudadano el soldado,
 Deponga de la guerra la librea:
 El ramo de victoria
 Colgado al ara de la Patria sea,
 Y sola adorne al mérito la gloria.
 De su triunfo entónces, patria mía,
 Verá la paz el suspirado día;
 La paz, á cuya vista el mundo llena
 Alma, serenidad y regocijo,
 Vuelve alentado el hombre á la faena,
 Alza el ancla la nave, á las amigas
 Auras encomendándose animosa,
 Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
 Y no basta la hoz á las espigas.

¡ Oh! jóvenes naciones, que ceñida
 Alzais sobre el atónito occidente
 De tempranos laureles la cabeza!
 Honrad el campo, honrad la simple vida
 Del labrador, y su frugal llaneza,
 Así tendrán en vos perpétuamente
 La libertad morada,
 Y freno la ambición, y la ley templo.
 Las gentes á la senda
 De la inmortalidad, árdua y fragosa,
 Se animarán, citando vuestro ejemplo.
 Lo emulará zelosa
 Vuestra posteridad, y nuevos nombres
 Añadiendo la fama
 A los que ahora aclama,
 « Hijos son estos, hijos
 (Pregonará á los hombres)
 De los que vencedores superaron
 De los Andes la cima:
 De los que en Boyacá, los que en la arena
 De Maipo, y en Junín, y en la campaña
 Gloriosa de Apurima
 Postrar supieron al León de España. »

LA ORACION POR TARDE

I

Ve á rezar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellon.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

Mira, su ruedo de cambiante nácar
El occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa guarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.

LA PRIÈRE POUR TOUS

I

Ma fille! va prier. — Vois, la nuit est venue.
Une planète d'or là-bas perce la nue;
La brume des coteaux fait trembler le contour;
A peine un char lointain glisse dans l'ombre... Écoute!
Tout rentre et se repose; et l'arbre de la route
Secoue au vent du soir la poussière du jour!

El día es para el mal y los afanes:
¡ Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oracion y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los piés desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre su cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virginal.
¡ Oh dulce devocion, que reza y ríe!
¡ De natural piedad primer aviso!
¡ Fragancia de la flor del paraíso!
¡ Preludio del concierto celestial!

II

Ve á rezar, hija mia. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, y la mitad mas bella

Le crépuscule, ouvrant la nuit qui les recèle,
Fait jaillir chaque étoile en ardente étincelle;
L'occident amincit sa frange de carmin;
La nuit de l'eau dans l'ombre argente la surface;
Sillons, sentiers, buissons, tout se mêle et s'efface;
Le passant inquiet doute de son chemin.

Le jour est pour le mal, la fatigue et la haine.
Prions: voici la nuit! la nuit grave et sereine!
Le vieux père, le vent aux brèches de la tour,
Les étangs, les troupeaux, avec leur voix cassée,

De su existencia ha vinculado en él ;
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una llama celeste desprendida ;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acibar y te dió la miel.

Ruega despues por mí. Más que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, á nadie envidia,
La ví tener en mi fortuna escasa :
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean
A tí jamás !... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez ;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuenta,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía ;
Y tal vez de mi boca oirás un dia
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.

Tout souffre et tout se plaint. La nature lassée
A besoin de sommeil, de prière et d'amour !

C'est l'heure où les enfants parlent avec les anges,
Tandis que nous courons à nos plaisirs étranges ;
Tous les petits enfants, les yeux levés au ciel,
Mains jointes et pieds nus, à genoux sur la pierre,
Disant à la même heure une même prière,
Demandent pour nous grâce au père universel !

Et puis ils dormiront. — Alors, épars dans l'ombre,
Les rêves d'or, essaim tumultueux, sans nombre,

La tentacion seduce; el juicio engaña ;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual ; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mia, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste :
« Piedad, Señor, al hombre que criaste ;
Eres Grandeza ; eres Bondad : ¡ perdon ! »
Y Dios te oirá ; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende á su fin : á la luz pura
Del sol la planta ; el cervatillo atado,
A la libre montaña ; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer ;
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma ;
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz,
Y pura, finalmente, como el mármol

Qui naît aux derniers bruits du jour à son déclin,
Voyant de loin leur souffle et leurs bouches vermilles,
Comme volent aux fleurs de joyeuses abeilles,
Viendront s'abattre en foule à leurs rideaux de lin !

O sommeil du berceau ! prière de l'enfance !
Voix qui toujours caresse et qui jamais n'offense !
Douce religion, qui s'égayé et qui rit !
Prélude du concert de la nuit solennelle !
Ainsi que l'oiseau met sa tête sous son aile,
L'enfant dans la prière endort son jeune esprit,

Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron
Y un mismo seno esprimieron
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores :
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Fundá insensata altivez ;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez ;

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturno bacanal ;
Y por la velada vírgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepuleral ;

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la afliccion,
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdon ;

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo
O la venganza cruel ;
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,

II

Ma fille, va prier ! — D'abord, surtout, pour celle
Qui berça tant de nuits ta couche qui chancelle,
Pour celle qui te prit jeune âme dans le ciel,
Et qui te mit au monde, et depuis, tendre mère,
Faisant pour toi deux parts dans cette vie agère,
Toujours a bu l'absinthe et t'a laissé le miel !

Puis ensuite pour moi ! j'en ai plus besoin qu'elle !
Elle est ainsi que toi bonne, simple et fidèle.
Elle a le cœur limpide et le front satisfait.
Beaucoup ont sa pitié ; nul ne lui fait envie ;
Sage et douce, elle prend patiemment la vie ;
Elle souffre le mal sans savoir qui le fait.

Tout en cueillant des fleurs, jamais sa main novice
N'a touché seulement à l'écorce du vice ;
Nul piège ne l'attire à son riant tableau ;
Elle est pleine d'oubli pour les choses passées ;
Elle ne connaît pas les mauvaises pensées
Qui passent dans l'esprit comme une ombre sur l'eau.

Elle ignore — à jamais ignore-les comme elle ! —
Ces misères du monde où notre âme se mêle,
Faux plaisirs, vanités, remords, soncis rougeurs,
Passions sur le cœur flottant comme une écume,
Intimes souvenirs de honte et d'amertume
Qui font monter au front de subites rougeurs !

Moi, je sais mieux la vie, et je pourrai te dire,
Quand tu seras plus grande et qu'il faudra t'instruire,
Que poursuivre l'empire, et la fortune et l'art,
C'est folie et néant ; que l'urne aléatoire
Nous jette bien souvent la honte pour la gloire,
Et que l'on perd son âme à ce jeu de hasard !

L'âme en vivant s'altère ; et quoi qu'en toute chose
La fin soit transparente et laisse voir la cause,
On vieillit sous le vice et l'erreur abattu ;
A force de marcher l'homme erre, l'esprit doute.
Tous laissent quelque chose aux buissons de la route,
Les troupeaux leur toison et l'homme sa vertu !

Va donc prier pour moi ! — Dis pour toute prière :
« Seigneur, Seigneur mon Dieu, vous êtes notre père,
Grâce, vous êtes bon ! grâce, vous êtes grand ! »
Laisse aller ta parole où ton âme l'envoie ;
Ne t'inquiète pas, toute chose a sa voie,
Ne t'inquiète pas du chemin qu'elle prend !

Il n'est rien ici-bas qui ne trouve sa pente :
Le fleuve jusqu'aux mers dans les plaines serpente,
L'abeille sait la fleur qui recèle le miel.
Toute aile vers son but incessamment retombe :
L'aigle vole au soleil, le vautour à la tombe,
L'hirondelle au printemps, et la prière au ciel !

Lorsque pour moi vers Dieu ta voix s'est envolée,
Je suis comme l'esclave, assis dans la vallée,

Y en la leve mordedura
Escupe asquerosa hiel ;

Por el que surca animoso
La mar de peligros llena ;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor ;
Por la razon que leyendo
En el gran libro, vigila ;
Por la razon que vacila ;
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan ;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita :
La oracion es infinita ;
Nada agota su caudal.

Qui dépose sa charge aux bornes du chemin ;
Je me sens plus léger ; car ce fardeau de peine,
De fautes et d'erreurs qu'en gémissant je traîne,
Ta prière en chantant l'emporte dans sa main !

Va prier pour ton père ! — Afin que je sois digne
De voir passer en rêve un ange au vol de cygne,
Pour que mon âme brûle avec les encensoirs !
Efface mes péchés sous ton souffle candide,
Afin que mon cœur soit innocent et splendide
Comme un pavé d'autel qu'on lave tous les soirs !

III

Prie encor pour tous ceux qui passent
Sur cette terre des vivants !
Pour ceux dont les sentiers s'effacent
A tous les flots, à tous les vents !
Pour l'insensé qui met sa joie
Dans l'éclat d'un manteau de soie,
Dans la vitesse d'un cheval !
Pour quiconque souffre et travaille,
Qu'il s'en revienne ou qu'il s'en aille,
Qu'il fasse le bien ou le mal !

Pour celui que le plaisir souille
D'embrassements jusqu'au matin,
Qui prend l'heure où l'on s'agenouille
Pour sa danse et pour son festin,
Qui fait hurler l'orgie infâme
Au même instant du soir où l'âme
Répète son hymne assidu,
Et, quand la prière est éteinte,
Poursuit, comme s'il avait crainte
Que Dieu ne l'ait pas entendu !

IV

Hija, reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil,
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo ; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque Abril despoja,
Mezclar la suya otro y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola ;
Do helado duerme cuanto fué mortal ;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Enfant ! pour les vierges voilées !
Pour le prisonnier dans sa tour !
Pour les femmes déchevelées
Qui veulent le doux nom d'amour !
Pour l'esprit qui rêve et médite !
Pour l'impie à la voix maudite
Qui blasphème la sainte loi ! —
Car la prière est infinie !
Car tu crois pour celui qui nie !
Car l'enfance tient lieu de foi !

Prie aussi pour ceux que recouvre
La pierre du tombeau dormant,
Noir précipice qui s'entr'ouvre
Sous notre foule à tout moment !
Toutes ces âmes en disgrâce
Ont besoin qu'on les débarrasse
De la vieille rouille du corps.
Souffrent-elles moins pour se taire ?
Enfant ! regardons sous la terre !
Il faut avoir pitié des morts !

IV

A genoux, à genoux, à genoux sur la terre
Où ton père a son père, ou ta mère a sa mère,
Où tout ce qui vécut dort d'un sommeil profond !
Abîme où la poussière est mêlée aux poussières,
Où sous son père encore on retrouve des pères,
Comme l'onde sous l'onde en une mer sans fond !

Enfant ! quand tu t'endors, tu ris ! L'essaim des songes
Tourbillonne, joyeux, dans l'ombre où tu te plonges,
S'effarouche à ton souffle, et puis revient encor ;
Et tu rouvres enfin les yeux divins que j'aime,

¡Hija! cuando tú duermes, te sonríes,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas,
Travieso enjambre, alegre, volador,
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre tambien sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras
Qué sueño duermen!... su almohada es fria,
Duro su lecho; angélica armonía
No regocija nunca su prision.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hai albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire y el agua y la arboleda
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves, que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí :

En même temps que l'aube, œil céleste elle-même,
Entr'ouvre à l'horizon sa paupière aux cils d'or!

Mais eux, si tu savais de quel sommeil ils dorment!
Leurs lits sont froids et lourds à leurs os qu'ils déforment.
Les anges autour d'eux ne chantent pas en chœur.
De tout ce qu'ils ont fait le rêve les accable.
Pas d'aube pour leur nuit; le remords implacable
S'est fait ver du sépulchre et leur rouge le cœur.

Tu peux avec un mot, tu peux d'une parole
Faire que le remords prenne une aile et s'envole;
Qu'une douce chaleur réjouisse leurs os;
Qu'un rayon touche encor leur paupière ravie,
Et qu'il leur vienne un bruit de lumière et de vie,
Quelque chose des vents, des forêts et des eaux!

Oh! dis-moi, quand tu vas, jeune et déjà pensive,
Être au bord d'un flot qui se plaint sur sa rive,

¿En las quejas del anra y de la fuente
No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice : « Niña,
Cuando tú rezes, ¿rezarás por mí? »

Es la voz de las almas. A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
¡Mas ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpétuo horror, yerbas estrañas
Ciegan su sepultura, á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,
Que á mi largo penar consuelo dé;
Y dulce entónces me será que vengas
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

Sous des arbres dont l'ombre emplît l'âme d'effroi,
Parfois, dans les soupirs de l'onde et de la brise,
N'entends-tu pas de souffle et de voix qui te dise :
« Enfant! quand vous priez, priez-vous pas pour moi? »

C'est la plainte des morts! — Les morts pour qui l'on prie
Ont sur leur lit de terre une herbe plus fleurie.
Nul démon ne leur jette un sourire moqueur.
Ceux qu'on oublie, hélas! — leur nuit est froide et sombre,
Toujours quelque arbre affreux, qui les tient sous son ombre,
Leur plonge sans pitié des racines au cœur!

Prie! afin que le père et l'oncle et les aïeules,
Qui ne demandent plus que nos prières seules,
Tressaillent dans leur tombe en s'entendant nommer,
Sachent que sur la terre on se souvient encore,
Et, comme le sillon qui sent la fleur éclore,
Sentent dans leur œil vide une larme germer!

EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA

I

Santa Casa de oracion,
Templo de la Compañía,
Que á plegaria y á sermon
Llamas de noche y de dia
La devota poblacion :

¿ Qué esplendor, qué luz es esta
Que sobre tí se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
Es devastadora llama;
Es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
El que por los aires corre :
Ayes son esos que envía
Envuelta en humo tu torre :
Son jemidos de agonía (1).

Jamás con furor tan ciego,
Prendió escondida centella :
Vióse breve lumbre : y luego
A grande altura descuella
Una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja,
Que aglomera nube á nube
De humareda parda y roja,
Y ya hasta los cielos sube,
Y encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
Descuidada presa hambriento,
Tal, encrespado se heriza,
Tal ruje el fiero elemento,
Que te reduce á ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
A socorrerte anhelante,
Rápido el incendio cunde,

Y hasta el cerro mas distante
Terrífica luz difunde ;

Y en cuanto la vista abraza,
Tiñen medrosos reflejos
Toda calle y toda plaza,
Y aun contemplados de léjos
Espanto son y amenaza.

Una vision gigantea
Que negras alas ajita,
En lo alto revolotea :
Soplando, el incendio irrita ;
Y sacude humosa tea.

¿ Será aquel ángel, al pozo
De perdicion derrocado,
A quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado
Vistumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
De fuego, lluvia descende
Ardiente, que alumbra y quema
La vasta nave, y se extiende
Con voracidad extrema.

¡ Virgen ! si compadecida
Te halló siempre el ruego humano,
Deten la fiera avenida :
Tiende el manto soberano
Sobre tu mansion querida ;

Sobre tu bella morada,
Donde con ardientes votos
Has sido siempre invocada ;
Donde mil labios devotos
Te llamaron abogada.

Y tú, ¿ puedes tolerar
Que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcángel titular (1)?
¿ Se cebarán en tu imágen?
¿ Harán pavesas tu altar ?

Nada aplaca su furor :
La destruccion es completa :

(1) Et toque á fuego en las campanas de la iglesia incendiada.

(1) La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcángel.

Arde todo en derredor :
Aun á su Dios no respeta
El fuego consumidor.

II

Y á ti tambien te devora,
Centinela vocinglero,
Atalaya veladora,
Que has contado un siglo entero
A la ciudad, hora á hora.

Diste las nueve, y prendida
Estabas viendo la hoguera
En que iba á espirar tu vida :
Fué aquella tu voz postrera,
Y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
Ese fatídico acento,
¿ Quién imaginó perderte,
Y que en las alas del viento
Iba la voz de la muerte ?

Paréceme que decías :
« ¡ Adios, patria ! el cielo ordena
Que no más las notas mías
Desenvuelvan la cadena
De tus horas y tus días.

Mil y mil formas miré
Nacer al aura del mundo,
Y florecer á mi pié,
Y descender al profundo
Abismo de lo que fué.

Yo te ví en tu edad primera
Dormida esclava, Santiago,
Sin que en tu pecho latiera
Un sentimiento presago
De tu suerte venidera.

Y te ví del largo sueño
Despertar altiva, ardiente,
Y oponer al torvo ceño
De los tiranos la frente
De quien no conoce dueño.

Ví sobre el pendon hispano
Alzarse el de tres colores,
Suceder á un yermo un llano
Rico de frutos y flores,
Y al esclavo el ciudadano.

¡ Santiago, adios ! ya no más
El aviso diligente
De tu heraldo fiel oirás,
Que los sordos pasos cuente
Que hácia tu sepulcro das.

¡ Adios ! llegó mi hora aciaga,
Como llegará la tuya.
No hai cosa que no deshaga
El tiempo, y no la destruya :
Aun á los imperios traga. »

III

El ángel que guarda y vela
A nuestra patria naciente,
Ya que el incendio encarcela,
Mustio, la mano en la frente,
Al empireo coro vuela.

Sacióse en el templo santo
El fuego : cesó el bullicio :
Duerme la ciudad, y en tanto
En torno al trunco edificio
Reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
Lumbre el horror y el asombro :
Frio norte el humo ondea :
Algun denegrido escombros
Acá y allá centellea.

Entre la vasta ruina
Tal vez despierta y se encumbra
Llamarada repentina,
Que fantástica relumbra,
Y todo el templo ilumina ;

Mas otra vez se adormece ;
Y solamente la luna,
Cuando entre nubes parece,

Sobre el arco y la colona
Luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor
Reciben nave y capilla
Este tan nuevo esplendor —
Lámpara sola que brilla
Ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
De infelice ave nocturna
Que busca en vano su nido,
O del aura taciturna
Algun lánguido gemido,

O las alertas vecinas,
O anunciadora campana
De las preces matutinas,
O la lluvia que profana
Las venerables ruinas,

Y bate la alta muralla,
Y los sacros pavimentos,
Triste campo de batalla
De encontrados elementos :
Todo duerme, todo calla.

IV

Cuando, á vista de un estrago,
Dolorido el pecho vibra,
¿ Hai un sentimiento vago
Que nos alienta ; una fibra
Que halla en el dolor halago ?

¿ Es un instinto divino,
Que cuando rompe y cancela
La fortuna un peregrino
Monumento, nos revela
Más elevado destino ?

¿ O con no usada energía
Despierta en tu seno el alma
Y bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
Solemne Melancolía ?

Yo no sé en verdad qué sea
Lo que entónces la trasporta :

Absorbida en una idea,
Los terrenos lazos corta
Y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
Bosquejo lo que elabora,
Que al pensamiento embebido
El *antes* se vuelve *ahora*,
Y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las areas sepulcrales
Difuntas generaciones.

¿ Qué nuevo rumor se advierte ?
¿ Qué insólito murmurar ?
¿ Qué vos turba de esta suerte
El silencio secular
De ese asilo de la muerte ?

En sus lechos se incorporan
Las heladas osamentas ;
De los nichos en que moran
Bajan sombras macilentas ;
Negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
La procesion, que la grada
Monta del hondo retiro,
Y en dos filas ordenada
Hace en torno un lento giro.

Va á su cabeza un anciano (1) —
Una blanca mitra deja
Asomar su pelo cano —
Cantan, y el canto semeja
Sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y despues
Desmayados ecos gimen :
La luna pasa al través
De sus cuerpos ; y no imprimen
Huella en el polvo sus piés.

(1) El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.

No, no es cosa de este mundo,
Ni es lustre de ojos humanos,
El de aquel mirar profundo :
Sendas hachas en sus manos
Dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
A lo que en el aire zumba
Y en tristes cadencias muere,
Se oye el cantar de la tumba,
El lúgubre Miserere.

« El brazo airado deten,
Muestra benigno el semblante,
¡ Sumo Autor de todo bien !
Para que otra vez levante
Sus muros Jerusalem (1). »

V

Pero ya rayó la aurora,
Y á su luz, cada vez más
La vision se descolora,
Y al fin, como un leve gas,
Por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera
Sube el primer sol de junio,
Y apresura (cual si huyera
De ver tamaño infortunio)
Entre nubes su carrera.

¡ Ah! lo que ayer parecía
Fábrica eterna, ¿ quién pudo
Adivinar que hoy sería
Tostados leños, desnudo
Paredon, ceniza fria?

Entre el pavor y el respeto
Contempla el vulgo curioso
(¡ Horrible y mísero objeto !)
De lo que fué templo hermoso
El mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara ;
No arde el incienso suave ;

(1) *Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut edificentur muri Jerusalem. Psalm. 50, v. 19.*

Polvo inmundó afea el ara...
¿ Mas por qué en lo ménos grave
El pensamiento se para ?

El Tabernáculo Santo...
Tu rostro en la tierra humilla,
¡ Jerusalem! rasga el manto ;
Por tu pálida megilla
Hilo á hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana
El Señor, y dió al olvido
La fiesta de la semana,
Y su tienda ha demolido,
Y desechó su peana (1).

Callan, ¡ ay! eternamente
La iglesia, la torre, el coro ;
Calló el rezo penitente ;
Calló el repique sonoro ;
Calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado ;
Duelo cubre y confusion
Al Sagrario desolado ;
Y la hija de Sion
Es un cadáver tiznado.

A LA NAVE

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO

O NAVIS, REFERENT, ETC. (2)

¿ Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan ? Torna,

(1) *Non est recordatus scabelli pedum suorum in die furoris sui.*

Succendit in Jacob quasi ignem flammæ devorantis in gyro.

Demolitus est tabernaculum suum : oblivioni tradidit Dominus festivitatem et sabbatum.

Jerem. Thren. II, 1, 3, 6.

(2) Hay de esta oda la traducción en verso castellano de don Juan de Almeida, la del maestro Francisco Sanchez de las Brozas, la de don Alonso de Espinosa, la del maestro Fray Luis de Leon, la de don Estéban Manuel de Villegas y la de don Javier de Burgos.

Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias
¿Y ya á correr fortuna
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Alevos tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡ Ah ! vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿ Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

ODE XIV

O navis! referent in mare te novi
Fluctus! ó quid agis? fortiter occupa
Portum. Nonne vides ut
Nudum remigio latus,
Et malus celeri saucius Africo,
Antennæque gemant, ac sine funibus
Vix durare carinæ
Possint imperiosius
Æquor? Non tibi sunt integra liatea;
Non Di, quos iterum pressa voces malo.
Quamvis Pontica pinus,
Silvæ filia nobilis,
Jactes et genus et nomen inutile:
Nil pietis timidus navita puppibus
Fidit. Tu, nisi ventis
Debes ludibrium, cave.
Nuper sollicitum quæ mihi tedium,
Nunc desiderium, curaque non levis,
Interfusa nitentes
Vites æquora Cycladas.

¿ Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;

Y ya, padron infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

¡ Qué! ¿ no me oyes? ¿ el rumbo
No tuercas? ¿ orgullosa
Descojes nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?

¿ No ves, ¡ oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

¿ No ves la espuma cana,
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta,
Que silba en las maromas?

Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

A LA VICTORIA DE BAILEN

Rompe el Leon soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena
Y á los rugidos que indignado envía
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.

El Leon despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
No insulteis al monarca de las fieras.

DIÁLOGO

TIRSI.

Quisiera amarte, pero.....

CLORI.

¿ Pero qué ?

TIRSI.

¿ Quieres que te lo diga ?

CLORI.

¿ Por qué no ?

TIRSI.

¿ Y si te enojas ?

CLORI.

No me enojaré.

TIRSI.

Pues bien, te lo diré.

CLORI.

Acaba, dímelo.

TIRSI.

Quisiera amarte, Clori, pero sé.....

CLORI.

¿ Qué sabes, Tirsi ?

TIRSI.

Que á otro enamorado

El domingo pasado

Juráste eterna fe.

CLORI.

No importa; á tí también la juraré.

MISERERE

¡ Piedad, piedad, Dios mio!
¡ Que tu misericordia me socorra!
Segun la muchedumbre
De tus clemencias mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame más y más; mi depravado
Corazon quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
Y mi conciencia propia
Me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra tí solo;
A tu vista obré el mal; para que brille
Tu justicia, y vencido
El que te juzgue tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades maucillado,
Y en el materno seno
Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
Y para más rubor y afrenta mía,
Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
Me rociarás, y ni una mancha leve
Tendré ya : lavarásme,
Y quedaré mas blanco que la nieve.

SALMO 50

Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.

Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.

Amplius lava me ab iniquitate mea : et a peccato meo munda me.

Quoniam iniquitatem meam ego cognosco : et peccatum meum contra me est semper.

Sonarán tus acentos
De consuelo y de paz en mis oídos,
Y celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz, ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
Y en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cria
Un corazón que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida y contento;
Y al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
De su razón conozca el extravío :
Le mostraré tu senda,
Y á tu ley santa volverá el impío.

Tibi soli peccavi et malum coram te feci : ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas, cum judicaris.

Ece enim in iniquitatibus conceptus sum : et in peccatis concepit me mater mea.

Ece enim veritatem dilexisti : incerta et occulta sapientiæ tuæ manifestasti mihi.

Asperges me hyssopo, et mundabor : lavabis me, et super nivem dealbabor.

Auditui meo dabis gaudium et lætitiám : et exultabunt ossa humiliata.

Averte faciem tuam a peccatis meis : et omnes iniquitates meas dele.

Cor mundum crea in me, Deus : et spiritum rectum innova in visceribus meis.

Ne projicias me a facie tua : et Spiritum Sanctum tuum ne auferas a me.

Redde mihi lætitiám salutaris tui : et spiritu principali confirma me.

Mas líbrame de sangre,
¡Mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
De piedad! Y mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza;
Y gozosa á las gentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
Gratas á tí, las inmolará luego;
Pero no es sacrificio
Que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente
Es la expiación que á tu justicia agrada :
La víctima que aceptas
Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sion tu benigno
Rostro primero y tu piedad amante,
Y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, y propicio
Recibirás un día
El grande inmaculado sacrificio.

Doccho iniquos vias tuas : et impii ad te convertentur.

Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ : et exultabit lingua mea justitiam tuam.

Domine, labia mea aperies : et os meum annuntiabit laudem tuam.

Quoniam si voluisses sacrificium, dedissem utique : holocaustis non delectaberis.

Sacrificium Deo spiritus contribulatus : cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.

Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion : ut ædificentur muri Jerusalem.

Tunc acceptabis sacrificium justitiæ, oblationes, et holocausta : tunc imponent super altare tuum vitulos.

Gloria.

LAS FANTASMAS

IMITACION DE UNA DE
LAS ORIENTALES DE VÍCTOR HUGO

I

¡ Ah, qué de marchitas rosas
En 'su primera mañana!
¡ Ah, qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
Rinda su alegre esperanza
A la hoz del segador;
Es forzoso que la danza
En el gozo fugaz de los festines
Huelle los azahares y jazmines;

Que huyendo de valle en valle
Sus ondas la fuente apure;
Y que el relámpago estalle
Y un solo momento dure;
Y el vendaval que perdonó á la zarza
La fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
La aurora anuncia el ocaso.
En torno á espléndida mesa,
Jovial turba empina el vaso;
Unos apenas gustan, y ya salen;
Pocos hay que en el postre se regalen.

FANTÔMES

I

Hélas! que j'en ai vu mourir de jeunes filles!
C'est le destin. Il faut une proie au trépas.
Il faut que l'herbe tombe au tranchant des faucilles;
Il faut que dans le bal les folâtres quadrilles
Foulent des roses sous leurs pas.

Il faut que l'eau s'épuise à courir les vallées;
Il faut que l'éclair brille, et brille peu d'instant;
Il faut qu'avril jaloux brûle de ses gelées
Le beau pommier, trop fier de ses fleurs étoilées,
Neige odorante du printemps.

II

¡ Murieron, murieron mil!
La rosada, y la morena;
La de la forma gentil;
La de la voz de sirena;
La que ufana brilló; la que otro ornato
No usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
En la macilenta palma,
Mira al suelo tristemente;
Y al fin rompe al cuerpo el alma,
Como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
Quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra en un nombre querido
Con loca fiebre delira:
Otra acaba, cual gemido
Lánguido de colia lira,
Que el viento pulsa; ó plácida fallece,
Cual sonriendo un niño se adormece.

¡ Todas nacidas apenas,
Y ya cadáveres frios!...
Palomas, de mimos llenas,
Y de hechiceros desvíos;
Primavera del mundo, apetecida
Gala de amor, encanto de la vida.

¿ Y nada dejó la huesa?
¿ Ni una voz? ¿ ni una mirada?
¿ Tanta llama, hecha pavesa?
? Y tanta flor, deshojada?
¡ Adios! huyamos á la amiga sombra
De anciano bosque; pisaré la alfombra

Où, c'est la vie: après le jour, la nuit livide;
Après tout, le réveil, infernal ou divin.
Autour du grand banquet siège une foule avide;
Mais bien des conviés laissent leur place vide,
Et se lèvent avant la fin.

II

Que j'en ai vu mourir! — L'une était rose et blanche
L'autre semblait oûir de célestes accords;
L'autre, faible, appuyait d'un bras son front qui penche,
Et, comme en s'envolant l'oiseau courbe la branche,
Son âme avait brisé son corps.

De secas hojas, que crujan
 Bajo mi pié vagaroso...
 Fantasmas se me dibujan
 Entre el ramaje frondoso;
 A incierta luz siguiendo voy su huella,
 Y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
 Y mi sombra despertó?
 ¿Como ellas estoy yo muerto?
 ¿O ellas vivas como yo?

Yo la mano les doy entre las ralas
 Calles del bosque, ellas á mí sus alas;

Y á su forma vaga, etérea
 Mi pensamiento se amolda...
 A do, meciendo funérea
 Colgadura el sáuce entolda
 Un blanco mármol, de tropel se lanzan;
 Y en baja voz me dicen : ¡ Ven!... y danzan.

Vanse luego paso á paso
 Por la selva, y de repente
 Desparecen... Yo repaso
 La vision acá en mi mente,
 Y lo que entre los hombres ver solía,
 Reproduce otra vez la fantasía..

III

¡ Una entre todas!... tan clara
 La bella efigie, el semblante

Une, pâle, égarée, en proie au noir délire,
 Disait tout bas un nom dont nul ne se souvient;
 Une s'évanouit, comme un chant sur la lyre;
 Une autre en expirant avait le doux sourire
 D'un jeune ange qui s'en revient.

Toutes fragiles fleurs, sitôt mortes que nées !
 Aleyons engloutis avec leurs nids flottants !
 Colombes, que le ciel au monde avait données !
 Qui, de grâce, et d'enfance, et d'amour couronnées,
 Comptaient leurs ans par les printemps.

Quoi, mortes! quoi, déjà, sous la pierre couchées !
 Quoi! tant d'êtres charmants sans regard et sans voix !
 Tant de flambeaux éteints! tant de fleurs arrachées!...
 Oh! laissez-moi fouler les feuilles desséchées,
 Et m'égarer au fond des bois!

Doux fantômes! c'est là, quand je rêve dans l'ombre,
 Qu'ils viennent tour à tour m'entendre et me parler.
 Un jour douteux me montre et me cache leur nombre.

Me recuerdo, que jurara
 Estarla viendo delante :
 Crespas madejas de oro su cabello ;
 Rosada faz : alabastrino cuello ;

Albo seno, que palpita
 Con inocentes suspiros ;
 Ojos que el júbilo agita,
 Azules como zafiros,
 Y la celeste diáfana aureola
 Que en sus quince á las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
 De un liviano afecto cupo ;
 No supo jamás de amor,
 Aunque inspirarlo sí supo.
 Y si cuantos la ven, la llaman bella,
 Nadie al oído se lo dice á ella.

El baile fué su pasión,
 Y costóle caro asaz :
 Deslumbradora ilusión,
 Que pasatiempo y solaz
 A todo pecho juvenil ofrece ;
 Pero al de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
 Sobre su sepulcro alguna
 Nube de cándida gasa,
 Que hace fiestas á la luna,
 O el mirto que lo cubre el viento mece,
 Rebulle su ceniza y se estremece.

A travers les rameaux et le feuillage sombre,
 Je vois leurs yeux étinceler.

Mon âme est une sœur pour ces ombres si belles.
 La vie et le tombeau pour nous n'ont plus de loi.
 Tantôt j'aide leurs pas, tantôt je prends leurs ailes,
 Vision ineffable où je suis mort comme elles,
 Elles, vivantes comme moi!

Elles prêtent leur forme á toutes mes pensées.
 Je les vois! je les vois! Elles me disent : « Viens! »
 Puis autour d'un tombeau dansent entrelacées;
 Puis s'en vont lentement, par degrés éclipées:
 Alors je songe et me souviens...

III

Une surtout : — un ange, une jeune Espagnole!
 Blanches mains, sein gonflé de soupirs innocents,
 Un œil noir, où luisaient des regards de créole,

La circular se le envía,
Que para el baile la empeña;
Y si piensa en él de día,
En él á la noche sueña;
Vuélanle en derredor regocijadas
Visiones de danzantes, sílfios y hadas;
Y la cercan plumas, blondas,
Canastillas y bandejas,
Mué de caprichosas ondas,
Crespon, de que las abejas
Pudieran hacerse alas; cintas, flores,
Tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega... los elegantes
Le hacen rueda : luce el rico

Et ce charme inconnu, cette fraîche auréole
Qui couronne un front de quinze ans !
Non, ce n'est point d'amour qu'elle est morte : pour elle,
L'amour n'avait encor ni plaisirs ni combats ;
Rien ne faisait encor battre son cœur rebelle ;
Quand tous en la voyant s'écriaient : « Qu'elle est belle ! »
Nul ne le lui disait tout bas.
Elle aimait trop le bal, c'est ce qui l'a tuée.
Le bal éblouissant ! le bal délicieux !
Sa cendre encore frémit, doucement remuée,
Quand, dans la nuit sereine, une blanche nuée
Danse autour du croissant des cieux.
Elle aimait trop le bal. — Quand venait une fête,
Elle y pensait trois jours, trois nuits elle en rêvait,
Et femmes, musiciens, danseurs que rien n'arrête,
Venaient dans son sommeil, troublant sa jeune tête,
Rire et bruire à son chevet.
Puis c'étaient des bijoux, des colliers, des merveilles !
Des ceintures de moire aux ondoyants reflets ;
Des tissus plus légers que des ailes d'abeilles ;
Des festons, des rubans, à remplir des corbeilles ;
Des fleurs, à payer un palais !
La fête commencée, avec ses sœurs rieuses
Elle accourait, froissant l'éventail sous ses doigts,
Puis s'asseyait parmi les écharpes soyeuses,
Et son cœur éclatait en fanfares joyeuses,
Avec l'orchestre aux mille voix.
C'était plaisir de voir danser la jeune fille !
Sa basquine agitait ses paillettes d'azur ;
Ses grands yeux noirs brillaient sous la noire mantille :
Telle une double étoile au front des nuits scintille
Sous les plis d'un nuage obscur.
Tout en elle était danse, et rire, et folle joie.
Enfant ! — Nous l'admirions dans nos tristes loisirs,

Bordado ; en los albos guantes
Se abre y cierra el abanico.
Ya da principio lá anhelada fiesta :
Y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡ Qué ágil salta ó se desliza !
¡ Qué movimiento agraciado !
Sus ojos, bajo la riza
Crencha del pelo dorado,
Brillan, como dos astros en la ceja
De luz, que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
Juego, donaire, alegría,
Inocencia... En una oscura,
Solitaria galería
Yo, que los grupos móviles miraba,
A Lola pensativo contemplaba...

Car ce n'est point au bal que le cœur se déploie :
La cendre y vole autour des tuniques de soie,
L'ennui sombre autour des plaisirs.

Mais elle, par la valse ou la ronde emportée,
Volait, et revenait, et ne respirait pas,
Et s'enivrait des sons de la flûte vantée,
Des fleurs, des lustres d'or, de la fête enchantée,
Du bruit des voix, du bruit des pas.

Quel bonheur de bondir, éperdue, en la foule,
De sentir par le bal ses sens multipliés,
Et de ne pas savoir si dans la nue on roule,
Si l'on chasse en fuyant la terre, ou si l'on foule
Un flot tournoyant sous ses pieds !

Mais hélas ! il fallait, quand l'aube était venue,
Partir, attendre au seuil le manteau de satin.
C'est alors que souvent la danseuse ingénue
Sentit en frissonnant sur son épaule nue
Glisser le souffle du matin.

Quels tristes lendemains laisse le bal folâtre !
Adieu, parure, et danse, et rires enfantins !
Aux chansons succédait la toux opiniâtre,
Au plaisir rose et frais la fièvre au teint bleuâtre,
Aux yeux brillants les yeux éteints.

IV

Elle est morte. — A quinze ans, belle, heureuse, adorée !
Morte, au sortir d'un bal qui nous mit tous en deuil,
Morte hélas ! et des bras d'une mère égarée
La mort aux froides mains la prit toute parée,
Pour l'endormir dans le cercueil.

Pour danser d'autres bals elle était encor prête,
Tant la mort fut pressée á prendre un corps si beau !

Pensativo... caviloso...
Y triste no sé si diga :
En el baile bullicioso
El loco placer hostiga ;
Enturbia el tedio la delicia, y rueda
Impuro polvo en túnicas de seda.

Lola en la festiva tropa
Va, viene, revuelve, gira :
¡Valse! ¡cuadrilla! ¡galopa!
No descansa, no respira;
Seguir no es dado el fugitivo vuelo
Del lindo pié, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,
Alegre canto, reflejos
De arañas y de blandones
De lámparas y de espejos,
Flóres, perfumes, joyas, tules, rasos,
Grato rumor de voces y de pasos,

Todo la exalta ; la sala
Multiplica los sentidos.
No sabe el pié si resbala
Sobre cristales pulidos,
O sobre nube rápida se empine,
O en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda
La hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
Por la capa de satin ;
Y bajo la delgada mantellina
Cuela alevosa el aura matutina.

Et ces roses d'un jour qui couronnaient sa tête,
Qui s'épanouissaient la veille en une fête,
Se fanèrent dans un tombeau.

V

Sa pauvre mère, hélas! de son sort ignorante,
Avoir mis tant d'amour sur ce frêle roseau,
Et si longtemps veillé son enfance souffrante,
Et passé tant de nuits à l'endormir pleurante
Toute petite en son berceau!

A quoi bon? — Maintenant la jeune trépassée,
Sous le plomb du cercueil, livide, en proie au ver,
Dort; et si, dans la tombe où nous l'avons laissée,

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
¡Risas, placeres, adios!
¡Adios, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
Al baile, ardor febril que la desvela,
Dolor que punza, y respirar que anhela,

Y á la fresca tez rosada
La cárdena sigue luego,
Y la pupila empañada
A la pupila de fuego.
Murió... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!
¡La amada!... el baile abrió su sepultura.

Murió... la muerte la arranca
Del abrazo maternal —
Ultimo abrazo — y la blanca
Vestidura funeral
Le pone, en vez del traje de la fiesta,
Y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
Guarda la escojida flor,
Que prendida llevó al seno ;
Y aun conserva su color ;
Cogióla en el jardín su mano hermosa,
Y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡qué distante
De adivinar su fortuna,
Cuando la arrullaba infante,
Cuando la meció en la cuna,
Y con solicitud, con ansia tanta
Miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?... Su amor, su Lola,
Cebo del gusano inmundo,

Quelque fête des morts la réveille glacée,
Par une belle nuit d'hiver,

Un spectre au rire affreux à sa morne toilette
Préside au lieu de mère, et lui dit : « Il est temps! »
Et, glaçant d'un baiser sa lèvre violette,
Passe les doigts noueux de sa main de squelette
Sous ces cheveux longs et flottants.

Puis, tremblante, il la mène à la danse fatale,
Au chœur aérien dans l'ombre voltigeant ;
Et sur l'horizon gris la lune est large et pâle,
Et l'arc-en-ciel des nuits teint d'un reflet d'opale
Le nuage aux franges d'argent.

Amarilla, muda, sola,
 En un retrete profundo
 Duerme; y si en clara noche del invierno
 Interrumpe la luna el sueño eterno,

Y á solemnizar la queda
 Los difuntos se levantan,
 Y en la apartada arboleda
 Fúnebres endechas cantan;
 En vez de madre, un descarnado y triste
 Espectro al tocador de Lola asiste.

« Hora es, » dice : « ¡ date prisa ! »
 Y abriendo los pavorosos
 Labios con yerta sonrisa,
 Pasa los dedos nudosos
 De la descomunal mano de hielo
 Sobre las ondas del dorado pelo;

Y luego la besa ufano,
 Y de mustia adormidera
 La enguinalda, y de la mano
 La conduce á do la espera
 Saltando entre las tumbas coro aério,
 A la pálida luz del cementerio.

Y tras un alto laurel
 La luna su faz recata,
 Sirviéndole de dosel
 Nubes con franjas de plata,
 Que el iris de la noche en torno eñie,
 Y de colores opalinos tiñe.

VI

¡ Niñas ! no el placer os tienta
 Que víctima tanta inmola :

VI

Vous toutes qu'à ses jeux le bal riant convie,
 Pensez à l'Espagnole éteinte sans retour,
 Jeunes filles ! Joyeuse, et d'une main ravie,
 Elle allait moissonnant les roses de la vie :
 Beauté, plaisir, jeunesse, amour !
 La pauvre enfant, de fête en fête promenée,
 De ce bouquet charmant arrangeait les couleurs ;
 Mais qu'elle a passé vite, hélas ! l'infortunée !
 Ainsi qu'Ophélie par le fleuve entraînée,
 Elle est morte en cueillant des fleurs !

Mas tened, tened presente
 A la malograda Lola ;
 La compañera hermosa, amable, honesta,
 Arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
 Gracia, beldad, lozania,
 Y de todas estas flores
 Una guirnalda tejia,
 Y cuando en matizarla se divierte,
 A esta dulce labor da fin la Muerte.

MOISES

SALVADO DE LAS AGUAS

IMITACION DE VICTOR HUGO

« ¡ Compañeras, al baño ! alumbra el día
 La cúpula lejana ;
 Duerme en su choza el segador, y enfria
 Las ondas la mañana.

« Méfis apenas bulle ; hospedadora
 Nos da la selva abrigo :
 Y tendremos, amigas, á la aurora
 Por único testigo.

« De Faraon, mi padre, el jaspeado
 Palacio al mundo asombra ;
 A mí del bosque el pabellon, del prado
 Me agrada más la alfombra.

« ¿ Qué son las fuentes en que el oro brilla,
 Y el mármol de colores,

MOÏSE SUR LE NIL

« Mes sœurs, l'onde est plus fraîche aux premiers feux du jour !
 Venez : le moissonneur repose en son séjour ;
 La rive est solitaire encore ;
 Memphis élève à peine un murmure confus ;
 Et nos chastes plaisirs, sous ces bosquets touffus,
 N'ont d'autre témoin que l'aurore.

« Au palais de mon père on voit briller les arts ;
 Mais ces bords pleins de fleurs charment plus mes regards
 Qu'un bassin d'or ou de porphyre ;

A par del Nilo y de esta verde orilla
Esmaltada de flores ?

« No es tan grato el incienso que consume
En el altar la llama,
Como entre los aromas el perfume
Que el zéfiro derrama.

« Ni en el festin real me gozo tanto,
Como en oír la orquesta
Alada, que esparciendo dulce canto
Anima la floresta.

« ¿ Veis cuál se pinta en la corriente clara
El puro azul del cielo ?
El cinto desatadme, y la tiara,
Y el importuno velo.

« ¿ Veis en aquel remanso transparente
Zabullirse la garza ?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
El cabello se esparza.

« ¡ Ea ! trisquemos en el fresco baño,
Alzando blanca espuma...
Mas ¿ qué objeto descubre tan extraño
La fujitiva bruma ?

« Mirad : enfrente al sicamor sombrío
Que verdes arcos tiende
Sobre la playa, un bulto por el río
Lentamente descende.

« No temais : de una palma el tronco anciano
Que en demanda navega
De las altas Pirámides, liviano
Sobre las ondas juega.

« ¿ O es de Hérmes por ventura el carro leve ?
¿ O es la concha divina
De Isis, que con suave aliento mueve
La brisa matutina ?

« ¿ Qué digo ? es tierno niño, que en ligera
Barca duerme al sereno
Arrullo de las olas, cual pudiera
En el materno seno.

« Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese á la retama
De su silvestre orilla.

« ¡ Qué de peligros corre á un tiempo mismo !
¿Cuál puerto de salud
Le aguarda ? ¿ Mece el proceloso abismo
Su cuna ó su ataud ?

« ¡ Los ojos abre, hijas de Ménfis ! llora...
¿ Pudo una madre ; oh cielo !
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo ?

« Tiende los brazos, ¡ ay ! cual si supiera
Su malhadada suerte ;
Y son frágiles cañas la barrera
Que presenta á la muerte.

« Es de la raza de Israel, sin duda,
Que mi padre sentencia
A proscripción... pero ¿ qué ley sañuda
Proscribe á la inocencia ?

« ¡ Pobre niño ! su llanto me conduce :
A su madre afligida

Ces chants aériens sont mes concerts chéris ;
Je préfère aux parfums qu'on brûle en nos lambris
Le souffle embaumé du zéphyre !

« Venez : l'onde est si calme et le ciel est si pur !
Laissez sur ces huissons flotter les plis d'azur
De vos ceintures transparentes ;
Détachez ma couronne et ces voiles jaloux ;
Car je veux aujourd'hui folâtrer avec vous,
Au sein des vagues murmurantes.

« Hâtons-nous... Mais parmi les brouillards du matin,
Que vois-je ? — Regardez à l'horizon lointain...
Ne craignez rien, filles timides !

C'est sans doute, par l'onde entraîné vers les mers,
Le tronc d'un vieux palmier qui, du fond des déserts,
Vient visiter les Pyramides.

« Que dis-je ! si j'en crois mes regards indécis,
C'est la barque d'Hermès ou la conque d'Isis,
Que pousse une brise légère.
Mais non : c'est un esquif où, dans un doux repos,
J'aperçois un enfant qui dort au sein des flots,
Comme on dort au sein de sa mère !

« Il sommeille ; et, de loin, à voir son lit flottant,
On croirait voir voguer sur le fleuve inconstant
Le nid d'une blanche colombe.

Sucedará otra madre : salvaréle :
Me deberá la vida. »

Ifisa hablaba así, jóven princesa ;
Y dócil al consejo
De la piedad, acometió la empresa ;
Y el juvenil cortejo

A la vírgen, que presta se adelanta,
De confianza llena,
Sigue, estampando con ligera planta
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas
Madejas por el hombro alabastrino,
La Hija de las Ondas.

El blanco pié con círculos de plata
El espumoso río
Le ciñe ; y ya á las olas arrebatada
El pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,
Alegre y orgullosa ;

Y en sus megillas el color se enciende
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama ;

Y del recién nacido alegremente
Cercan todas la cuna,
Y sonriendo, la asustada frente
Le besan una á una.

Mas ¡ oh tú, que de léjos á tu hijo
Por la playa desierta
Seguiste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta !

Llega : el hinchado seno da al infante :
Tu llanto ni su risa
Revelarán en tí la madre amante,
Pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
Con lágrimas de duelo

Dans sa couche enfantine il erre au gré du vent ;
L'eau le balance, il dort, et le gouffre mouvant
Semble le bercer dans sa tombe !

« Il s'éveille : accourez, ô vierges de Memphis !
Il crie... Ah ! quelle mère a pu livrer son fils
Au caprice des flots mobiles ?

Il tend les bras ; les eaux grondent de toute part.
Hélas ! contre la mort il n'a d'autre rempart
Qu'un berceau de roseaux fragiles.

« Sauvons-le... C'est peut-être un enfant d'Israël.
Mon père les proscrit : mon père est bien cruel
De proscrire ainsi l'innocence !

Faible enfant ! ses malheurs ont ému mon amour,
Je veux être sa mère : il me devra le jour,
S'il ne me doit pas la naissance. »

Ainsi parlait Iphis, l'espoir d'un roi puissant,
Alors qu'aux bords du Nil son cortége innocent
Suivait sa course vagabonde ;

Et ces jeunes beautés qu'elle effaçait encor.
Quand la Fille des Rois quittait ses voiles d'or,
Croyaient voir la Fille de l'Onde.

Sous ses pieds délicats déjà le flot frémit.
Tremblante, la pitié vers l'enfant qui gémit
La guide en sa marche craintive ;
Elle a saisi l'esquif ! fier de ce doux poids,
L'orgueil sur son beau front, pour la première fois,
Se mêle à la pudeur naïve.

Bientôt divisant l'onde et brisant les roseaux,
Elle apporte à pas lents l'enfant sauvé des eaux
Sur le bord de l'arène humide ;
Et ses sœurs tour à tour au front du nouveau-né,
Offrant leur doux sourire à son œil étonné,
Déposaient un baiser timide !

Accours, toi qui, de loin, dans un doute cruel,
Suivais des yeux ton fils sur qui veillait le ciel ;
Viens ici comme une étrangère ;
Ne crains rien : en pressant Moïse entre les bras,
Tes pleurs et tes transports ne te trahiront pas,
Car Iphis n'est pas encore mère !

Alors, tandis qu'heureuse et d'un pas triomphant,
La vierge au roi farouche amenait l'humble enfant,
Baigné de larmes maternelles,
On entendait en chœur, dans les cieux étoilés,
Des anges, devant Dieu de leurs ailes voilés,
Chanter les lyres éternelles :

« Ne gémis plus, Jacob, sur la terre d'exil ;
Ne mêle plus tes pleurs aux flots impurs du Nil :
Le Jourdain va t'ouvrir ses rives.
Le jour enfin approche où vers les champs promis
Gessen verra s'enfuir, malgré leurs ennemis,
Les tribus si longtemps captives.

« Sous les traits d'un enfant délaissé sur les flots,
C'est l'Élu du Sina, c'est le roi des Fléaux,
Qu'une vierge sauva de l'onde.

Y de gozo á la par, dulce cuidado
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moises iba seguro :
De Faraon cruel
Hospeda el regio alcázar al futuro
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
Con las alas, el coro
Que ve á sus piés la bóveda estrellada,
Pulsaba liras de oro.

« Alégrate, Jacob, en el asilo
De tu destierro, » (el canto
Así sonaba), « y no al impuro Nilo
Se mezele más tu llanto.

« El Jordan á sus campos te convida ;
Te oyó el Señor : Egipto
Marchar verá á la tierra prometida
Tu linaje proscripto.

« Ese niño que virgen inocente
Salvó de olas y vientos,
Es el Profeta del Horeb ardiente,
Rey de los elementos.

« Humillaos, mortales insensatos,
Que al Eterno haccis guerra :
Hé ahí el Legislador, que sus mandatos
Promulgará á la tierra.

« Cuna humilde, baldon de la fortuna,
Juguete del profundo,
Ha salvado á Israel : humilde cuna
Ha de salvar al mundo. »

Mortels, vous dont l'orgueil méconnaît l'Éternel,
Fléchissez : un berceau va sauver Israël,
Un berceau doit sauver le monde ! »

LOS DUENDES

IMITACION DE VÍCTOR HUGO (1)

I

No bulle
La selva ;
El campo
No alienta ;
Las luces
Postreras
Despiden
Apenas
Destellos
Que tiemblan.
La choza
Plebeya,
Que horcones
Sustentan ;
La alcoba,
Que arrean
Cristales
Y sedas,
Al sueño
Se entregan.
Ya es todo
Tinieblas.
; Oh noche
Serena !
; Oh vida
Suspensa !
La muerte
Remedas.

II

¿ Qué ruido
Sordo nace ?
Los cipreses
Colosales

(1) La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Djinns*. (El A.)

Cabezean
 En el valle :
 Y en menuda
 Nieve caen
 Deshojados
 Azahares.
 ¿ Es el soplo
 De los Andes,
 Atizando
 Los volcanes ?
 ¿ Es la tierra
 Que en sus bases
 De granito
 Da balancees ?
 No es la tierra ;
 No es el aire ;
 Son los duendes
 Que ya salen.

III

Por allá vienen ;
 ; Qué batahola !
 Ora se apiñan
 En densa tropa,
 Que hiende rápida
 La parda atmósfera ;
 Y ora se esparcen,
 Como las hojas
 Ante la ráfaga
 Devastadora.
 Si chillan estos,

LES DJINNS

Murs, ville,
 Et port,
 Asile
 De mort,
 Mer grise
 Où brise
 La brise,
 Tout dort,
 Dans la plaine
 Nait un bruit :
 C'est l'haleine
 De la nuit.
 Elle brame

Aquellos roznan.
 Si trotan unos,
 Otros galopan.
 De la cascada
 Sobre las ondas,
 Cuál se columpia,
 Cuál cabriola.
 Y un duende enano
 De copa en copa,
 Va dando brincos,
 Y no las dobla.

IV

¿ Fantasmas acaso
 La vista figura ?
 Como hinchadas olas
 Que en roca desnuda
 Se estrellan sonantes,
 Y luego reculan
 Con ronco murmullo,
 Y otra vez insultan
 Al risco, lanzando
 Bramadora espuma :
 Así van y vienen,
 Y silban y zumban,
 Y gritan que aturden ;
 El cielo se nubla ;
 El aire se llena
 De sombras que asustan ;
 El viento retíñe ;
 Los montes retumban.

Comme une âme
 Qu'une flamme
 Toujours suit.

La voix plus haute
 Semble un grelot.
 D'un nain qui saute
 C'est le galop ;
 Il fuit, s'élançe,
 Puis en cadence
 Sur un pied danse
 Au bout d'un flot.

La rumeur approche ;
 L'écho la redit.
 C'est comme la cloche
 D'un couvent maudit,

V

A casa me recojo ;
 Echemos el cerrojo.
 ¡ Qué triste y amarilla
 Arde mi lamparilla !
 ¡ Oh Virgen del Carmelo !
 Aleja, aleja el vuelo
 De estos desoladores
 Angeles enemigos,
 Que no talen mis flores,
 Ni atizonen mis trigos.
 Ahuyenta, Madre, ahuyenta
 La chusma turbulenta ;
 Y te pondré en la falda
 Olorosa guirnalda
 De rosa, nardo y lirio,
 Y haré que tu sagrario
 Alumbre un blanco cirio
 Por todo un octavario.

VI

¡ Cielos ! ¿ lo que cruje el techo !
 ¡ Y lo que silba la puerta !
 Es un turbion deshecho.
 De léjos oigo estallar
 Los árboles de la huerta,
 Como el pino en el hogar.
 Si dura más el tropel,
 No amanecerá mañana
 Un cristal en la ventana
 Ni una hoja en el verjel.

Comme un bruit de foule,
 Qui tonne et qui roule,
 Et tantôt s'écroute
 Et tantôt grandit.
 Dieu ! la voix sépulcrale
 Des Djinns ! — Quel bruit ifs font !
 Fuyons sous la spirale
 De l'escalier profond !
 Déjà s'éteint ma lampe ;
 Et l'ombre de la rampe,
 Qui le long du mur rampe,
 Monte jusqu'au plafond.
 C'est l'essaim des Djinns qui passe,
 Et tourbillonne en sifflant.

VII

San Anton, no soi tu devoto,
 Si no le pones luego coto
 A este diabólico alboroto.
 ¡ Motin semeja, ó terremoto,
 O hinchado torrente que ha roto
 Los diques y todo lo inunda !
 ¡ Jesus ! ¡ Jesus ! ¡ qué baraunda !
 ¿ Qué significa, raza inmundada,
 Esa aldabada furibunda ?
 El rayo del cielo os confunda,
 Y otra vez os pele y os tunda,
 Y en la caverna más profunda
 Del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por esas. Parece que arroja
 El infierno otro denso nublado,
 O que el diablo al oirme se enoja,
 Y empujando el ejército alado
 El asalto acrecienta y aviva.
 El tejado va á ser una criba ;
 Cada envion que recibe mi choza,
 Yo no sé como no la destroza :
 A tamaña batalla no es mucho
 Que retiemble y que toda se cimbre,
 Cual si fuese de lienzo ó de mimbre...
 ¿ Es el miedo ? ¿ ó quién anda en la sala ?...
 ¡ *Vade retro*, perverso avechuchucho !...
 ¡ Ay ! matóme la luz con el ala...

Les ifs, que leur vol fracasse,
 Craquent comme un pin brûlant.
 Leur troupeau lourd et rapide,
 Volant dans l'espace vide,
 Semble un nuage livide
 Qui porte un éclair au flanc.

Ils sont tout près ! — Tenons fermée
 Cette salle où nous les narguons.
 Quel bruit dehors ! hideuse armée
 De vampires et de dragons !
 La poutre du toit descellée
 Piole ainsi qu'une herbe mouillée,
 Et la vieille porte rouillée
 Tremble à déraciner ses gonds !

IX

¡ Funesta sombra ! ¡ tenebroso espanto !...
 Amedrentado el corazón palpita...
 Y la legión de Lucifer en tanto,
 Reforzando la trápala y la bulla,
 A un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
 Bufo, relincha, ronca, ladra, aulla ;
 Y asorda estrepitosa los oídos
 Mezclando carcajadas y alaridos,
 Voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
 ¡ Qué fiero son de trompas y cornetas !
 ¡ Qué arrastrar de cadenas por el suelo !
 ¡ Qué destemplado chirrió de carretas !...
 ¡ Ya escampa ! hasta la tierra se estremece,
 Y según es el huracán, parece
 Que á la casa y á mí, nos lleva al vuelo...
 Perdido soy... ¡ misericordia, cielo !

X

¡ Ah ! por fin en la iglesia vecina
 A sonar comenzó la campana...
 Al furor, á la loca jarana
 Turbación sucedió repentina.
 El tañido de aquella campana
 A la hueste infernal amohina,
 Sobrecoje, atolondra, amilana.
 Como en pecho abrumado de pena
 Una luz de esperanza divina ;
 Como el sol en la densa neblina,

De los montes rizada melena ;
 El tañido de aquella campana,
 Que tan alto y sonoro domina,
 Y se pierde en la selva lejana,
 El tumulto en el aire serena.

XI

¡ Partieron ! la sonante nota
 A la hueste infernal derrota.
 Uno á otro apresura, escita,
 Estrecha, empuja, precipita.
 Huyó la fementida tropa :
 No trota ya, sino galopa,
 No galopa ya, sino vuela.
 Por donde pasa la bandada,
 Una sombra más atezada
 Los montes y los valles vela,
 Y el luto de la noche enluta
 Como de leña mal enjuta,
 Que en el hogar chisporrotea ;
 De mil pupilas culebrea
 Rojiza luz intermitente,
 Que va señalando la ruta
 De Satanás y de su gente.

XII

Cesó, cesó la zozobra.
 A escape va la pandilla :
 Y la tierra se recobra
 De la grave pesadilla

Cris de l'enfer ! voix qui hurle et qui pleure !
 L'horrible essaim, poussé par l'aiglon,
 Sans doute, ô ciel ! s'abat sur ma demeure.
 Le mur fléchit sous le noir bataillon.
 La maison crie et chancelle penchée,
 Et l'on dirait que, du sol arrachée,
 Ainsi qu'il chasse une feuille séchée,
 Le vent la roule avec leur tourbillon !

Prophète ! si ta main me sauve
 De ces impurs démons des soirs,
 J'irai prosterner mon front chauve
 Devant tes sacrés encensoirs !
 Fais que sur ces portes livides
 Meure leur souffle d'étincelles,
 Et qu'en vain l'ongle de leurs ailes
 Grince et crie à ces vitraux noirs !

Ils sont passés ! — Leur cohorte
 S'envole et fuit, et leurs pieds
 Cessent de battre ma porte
 De leurs coups multipliés.
 L'air est plein d'un bruit de chaînes,
 Et dans les forêts prochaines
 Frissonnent tous les grands chênes,
 Sous leur vol de feu pliés !

De leurs ailes lointaines
 Le battement décroît,
 Si confus dans les plaines,
 Si faible, que l'on croit
 Oïr la sauterelle
 Crier d'une voix grêle,
 Ou pétiller la grêle
 Sur le plomb d'un vieux toit.

De esta visita importuna ;
 Y la perezosa luna
 Sale al fin, y el campo alegre.
 Allá va la sombra negra ;
 Distante suena la grita
 De la canalla maldita ;
 Como cuando ciñe un monte
 De nubes el horizonte
 Y desde su oscuro seno
 Rezonga lejano trueno ;
 Como cuando Primavera
 Tus nieves ha derretido,
 Gigantesca cordillera,
 Y á los lejos se oye el ruido
 De impetuosa corriente
 Que arrastra una selva entera,
 Cubre el llano y corta el puente.

XIII

Mas á tí, ¿ qué fortuna,
 Huerta mía, te cabe ?
 ¿ Respiras ya del grave
 Afán ? ¿ Injuria alguna
 Sufriste ?... ¡ Cuánta asoma,
 Entreabierta á la luna,
 Nueva flor ! ¡ Cuánto aroma
 De rosas y alelíes
 El ambiente embalsama !
 No hai una mustia rama ;
 No hai un doblado arbusto.
 Parece que te ries
 De tu pasado susto.

D'étranges syllabes
 Nous viennent encor ;
 Ainsi, des Arabes
 Quand somme le cor,
 Un chant sur la grève
 Par instant s'élève,
 Et l'enfant qui rêve
 Fait des rêves d'or !

Les Djims funèbres,
 Fils du trépas,
 Dans les ténébres
 Pressent leurs pas

XIV

Sobre aquellos boldos
 Que á un pelado risco
 Guarnecen la falda,
 Al amortecido
 Rayo de la luna
 Van haciendo giros,
 Enjambre parecen
 De avispas, que el nido
 Materno abandona,
 Despojo de niños
 Traviosos, y vuela
 Errante y proscrito.

XV

¡ Desventurados !
 Del patrio albergue
 Tambien vosotros
 Gemís ausentes :
 Vagar proscritos
 Os cupo en suerte...
 ¡ Terrible fallo !...
 ¡ Y eterno !... ¡ Pesen
 Mis maldiciones,
 Blandas y leves,
 Sobre vosotros,
 Míscros duendes !

XVI

Hacia el cerro
 Que distingue

Leur essaim gronde.
 Ainsi, profonde,
 Murmure une onde
 Qu'on ne voit pas.

Ce bruit vague
 Qui s'endort,
 C'est la vague
 Sur le bord ;
 C'est la plainte
 Presque éteinte
 D'une sainte
 Pour un mort.

Lo sombrío
 De su tizne—
 Padron negro
 De hechos tristes—
 Vagarosas
 Ondas finje,
 Parda nube,
 Con matices
 Colorados,
 Como el tinte
 Que á la luna
 Da el eclipse ;
 Y en la espira
 Que describe,
 Ra-tros deja
 Carmesíes...
 ¿ En qué abismos,
 Infelice
 Nubecilla,
 Vas á hundirte ?..
 Ya los ojos
 No la siguen ;
 Ya es un punto :
 Ya no existe.

XVII

; Qué calma
 Tranquila !
 Tras leve
 Cortina
 De gasa
 Pajiza,
 La luna
 Dormita.
 Al sueño
 Rendidas,

On doute
 La nuit...
 J'écoute : —
 Tout fuit,
 Tout passe ;
 L'espace
 Efface
 Le bruit.

Las flores
 Se inclinan.
 El viento
 No silba,
 Ni el aura
 Suspira.
 Tú sola
 Vigilas ;
 Tú siempre
 Caminas,
 Y al centro
 Gravitas,
 ¡ Oh fuente
 Querida !
 Ya turbia ;
 Ya limpia ;
 Ya en calles
 Que lilas
 Y adelfas
 Tapizan ;
 Ya en zarzas
 Y espinas :
 Tal corre
 La vida !

JUICIO CRÍTICO

DE

DON JOSÉ GÓMEZ HERMOSILLA

I

SONETOS DE MORATIN

Han llegado hace tiempo á esta ciudad algunos ejemplares del *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, obra póstuma de Don José Gómez Hermosilla, publicada en París en años pasados por Don Vicente Salvá. Los aficionados á la literatura hallarán en esta obra muy atinadas y juiciosas observaciones sobre el uso propio de varias

voces y frases castellanas, y algunas tambien que tocan al buen gusto en las formas y estilo de las composiciones poéticas, si bien es preciso confesar que el *Juicio Crítico* está empapado, no ménos que el *Arte de Hablar*, en el rigorismo clásico de la escuela á que perteneció Hermosilla, como ya lo reconoce su ilustrado editor.

En literatura los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato á emancipar el ingenio de trabas inútiles y por lo mismo perniciosas, confunden á veces la libertad con la más desenfadada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado que la secta legitimista las varias gerarquías sociales : la gravedad aristocrática de su tragedia y su oda no consiente el más ligero roce de lo plebeyo, familiar ó doméstico. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones : lo cómico y lo trágico se tocan, ó más bien, se penetran íntimamente en sus heterogéneos dramas ; el interes de los espectadores se reparte entre el bufon y el monarca, entre la prostituta y la princesa ; y el esplendor de las cortes contrasta con el sordido egoismo de los sentimientos que encubre y que se hace estudio de poner á la vista con recargados colores. Pudiera llevarse mucho más allá este paralelo y acaso nos presentaria afinidades y analogías curiosas. Pero lo más notable es la natural alianza del legitimismo literario con el político. La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el Gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia en los pueblos del mediodía de Europa, y los mismos escritores que han lidiado contra el *progreso* en materias de le-

gislacion y gobierno, han sustentado no pocas veces la lucha contra la nueva revolucion literaria, defendiendo á todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores : los códigos poéticos de Aténas y Roma y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en Don José Gómez Hermosilla, ultra-monarquista en política y ultra-clásico en literatura.

Mas aun fuera de los puntos de divergencia entre las dos escuelas, son muchas las opiniones de este célebre literato, de que nos sentimos inclinados á disentir. Si se presta alguna atencion á las observaciones que vamos á someter al juicio de nuestros lectores, acaso se hallará que las aserciones de Hermosilla son á veces precipitadas y sus fallos erróneos ; que su censura es tan exagerada como su alabanza ; que tiene una venda en los ojos para percibir los defectos de su autor favorito, al mismo tiempo que escudriña con una perspicacia microscópica las imperfecciones y deslices de los otros. Si así fuese, las notas ó apuntes que siguen, escritos á la ligera en los momentos que hemos podido hurtar á ocupaciones más serias, no serian del todo inútiles para los jóvenes que cultivan la literatura, cuyo número (como lo hemos dicho otras veces y nos felicitamos de ver cada dia nuevos motivos de repetirlo) se aumenta rápidamente entre nosotros. La materia es larga y esto nos impone la obligacion de ceñirnos á la menor extension posible.

El autor principia por Don Leandro Fernández de Moratín, uno de los escritores más puros y castigados que tenemos en nuestra lengua castellana. No convenimos ni con los que niegan á Moratín las dotes del ingenio poético, ni con los que le consideran exclusiva ó principalmente como poeta dramático. Algunas de sus composiciones líricas nos parecen de un órden mui elevado, á que no llegan sus mejores comedias. Mas no por eso estamos dispuestos á suscribir á los entusiásticos elogios de Hermosilla, que le mira como un mo-

delo acabado de todas las perfecciones en todos los géneros. En la primera línea del primero de sus sonetos nos encontramos ya con aquella trasposicion favorita, que da cierto resabio de amaneramiento á su estilo :

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa, etc.

Los que huyeron á prisa
Crespos cabellos que en mi frente ví.

. Los que al mundo
Naturaleza dió, males crueles.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos.

Ese que duermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante.

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral leccion.

Esta que ves llegar máquina lenta.
. La de cisnes cándidos tirada
Coneha de Vénus.
Etc., etc.

Que esta trasposicion no solo es permitida, sino elegante, es indisputable. Rioja principia con ella su incomparable cancion *A las ruinas de Itálica* :

Estos, Fabio, ai dolor ! que ves ahora,
Campos de soledad.

Pero es necesario economizarla. En su frecuente uso (como en otras cosas) imitó Moratin el estilo, quizá demasiado artificial, de los líricos italianos, cuya lengua, por otra parte, se presta más que la nuestra á las inversiones, aun en prosa. Se cree que con semejantes artificios se ennoblece el estilo : lo que se logra las más veces es alejarlo del idioma natural y sencillo en que los hombres expresan ordinariamente sus pensamientos y afectos.

Otra cosa que notamos en las obras líricas de Moratin y de los demás clasicistas es el prurito continuo de emplear las imágenes de

la mitología gentilica, de que no se han abstenido ni aun en sus composiciones sagradas. Nos choca la palabra *Averno* en asuntos tan eminentemente cristianos como el del soneto *A la capilla del Pilar de Zaragoza* y el del *Cántico de los Padres del Limbo*. Lo mismo decimos del *Olimpo* en la oda *Con motivo de la Fiesta Secular de Lendinara*. En el soneto *A Don Juan Bautista Conti : Febo desde la tierna infancia* de Moratin quiso que pulsara el plectro de márfil y gozara los verdes bosques y la fuente fria del *Heli-cona*. Más adelante el coro de las *Musas oye suspenso el canto* de Moratin. En el soneto *A Flérida, poetisa, una ninfa del rio Turia pulsa en el castalio coro la cítara griega y latina*. Mas, para qué citar ejemplos? Rarísimo será el soneto, oda, cántico, silva, romance, en que no haya más ó ménos de esta fantasmagoría mitológica. Da lástima ver ensartadas en un estilo y versificacion tan hermosos unas flores tan ajadas y marchitas.

Notarémos tambien como peculiar del estilo clásico el abuso de la amplificacion, la manía de sustituir á un nombre propio una definicion poética del objeto. Se busca la sublimidad y nobleza desliendo las ideas en estudiadas y ambiciosas perifrasis y se disfraza no pocas veces con estos artificiales atavíos la pobreza real de los pensamientos é imágenes. Ni aun la voz *Pilar* se encuentra en el primero de los sonetos de Moratin poco ha citados ; que si no fuera por el epígrafe, seria quizás un verdadero enigma para el mayor número de los lectores.

Soneto *Las Musas*. Sus oficios no nos parecen tan bien declarados como dice Hermosilla. Polimnia (*la de muchos himnos*, que eso significa su nombre) era, segun algunos, la diosa del canto y de la retórica. No sabemos con qué fundamento la haga presidir Moratin á la poesía didáctica :

Sabía Polimnia, en razonar sonoro,
Verdades dicta, disipando errores.

De Urania dice que

Mide..... los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro,

expresión que no nos parece ni exacta ni clara. *Los cercos superiores de los planetas* no pueden ser otra cosa que las órbitas del Sol, Marte, Júpiter y Saturno, de manera que la Luna, Mercurio y Venus quedan excluidos, sin motivo alguno, de la jurisdicción de esta Musa. Ni acertamos á determinar la idea precisa significada por el *luciente coro*. Si lo forman todos los astros, como debiera ser, la mención especial de los planetas superiores es una redundancia; si solamente las estrellas fijas, no vemos razón para que no concurren á él las más movibles y espléndidas de las antorchas celestes, como lo son á nuestra vista los planetas.

Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz bañada en llanto.

Rigores despues de *mudanzas de la suerte* es rípió. *Feroz* y *bañada en llanto* son dos epítetos que no pueden convenir simultáneamente á una misma persona.

Pinta vicios ridículos Talía
En fábulas que anima deleitosas;
Y esta le inspira al español Inarco.

Este *le* pleonástico, introducido solamente para llenar el verso, hace floja y desgraciada la conclusión. El soneto no es digno de Moratin.

Junio Bruto. No tan perfecto como juzga Hermsilla. El Senado no tenía que hacer en los juicios; ni se quemaba incienso á los dioses en las ejecuciones sangrientas; ni los *altares de oro* convienen á la sencillez y pobreza de la infancia de Roma republicana, que bien merecía alguna pincelada en el cuadro: *Famam sequere*.

Valerio alza la diestra: en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor y las cabezas toma.

Obsérvese lo que una frase supérflua introducida únicamente para proporcionar una rima puede perjudicar á la exactitud de las ideas y á la verdad de la descripción. La inútil inserción de *en ese instante* nos obliga á mirar como simultáneos los dos golpes sucesivos del hacha sobre los cuellos de los dos jóvenes, y lo que es más, como simultáneo con ambos golpes el acto de tomar las cabezas; lo que da al ministerio terrible del verdugo la celeridad intempestiva y algo ridícula de un juego de manos. Además no se alcanza para qué *toma* el lictor las cabezas, si no es para dar un consonante á *Roma*. Si se dijese que las *alza* ó *levanta*, entenderíamos que las muestra al pueblo; pero *tomar* no sugiere esa idea.

Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.

Conclusión sublime y verdaderamente romana: pero es justo observar que Moratin la sacó *totidem verbis* del final de una tragedia francesa, que tiene el mismo asunto que su soneto:

Rome est libre, il suffit: rendons grâces aux dieux.

Permítasenos detenernos en una cuestión puramente gramatical. Moratin ha dicho en este soneto *las haces*, conformándose sin duda con el Diccionario de la Academia Española. A pesar de nuestro respeto á la autoridad de este sabio cuerpo, no podemos convenir en el género femenino de *haces*. *Estas haces* eran *unos haces* de varas: la palabra no significa otra cosa. Esa misma era la significación del latino *fascēs*, masculino. Esa misma es la del francés *faisceaux*, masculino. Valbuena, en su Diccionario latino-español (cuarta edición), exponiendo la palabra *FASCIS*, dice: — « *FASCIS*, haz, manojó. *FASCES*, *los haces* de varas, atados con una hacha en medio, que llevaban delante los lictores por insignia de los pretores provinciales, procónsules, pretores urbanos, cónsules y dictadores. *Summittere fascēs*, bajar *los haces*: cortesía que usaban los magistrados menores cuando se

encontraban con los mayores. » — Casi otro tanto repite en su Diccionario español-latino (véase HAZ). El punto, en nuestro concepto, no admite duda.

Otra cuestion : ¿ es anticuado *haces* en el sentido de que se trata, como enseña la Academia? (Nos referimos á la séptima edición del Diccionario.) Pero si *haces* significando manojos no es anticuado, ¿por qué ha de serlo significando los manojos de varas de que iban armados los liectores? Sobre todo, ahí está Moratin, que, pudiendo haber preferido la forma recomendada por la Academia, se abstuvo de hacerlo, y no era él hombre que anduviese á caza de palabritas anticuadas para embutirlas en sus versos.

Tercera cuestion. ¿Es *fascas* femenino, como pretende la Academia? La voz es enteramente latina, y esto basta para decidir la cuestion. Si el Diccionario latino de Valbuena le da ese género, ha sido probablemente descuido del impresor; y no está de más notarlo porque lo vemos copiado inadvertidamente en la edición de Don Vicente Salvá.

Rodrigo. Excelente soneto. Sin embargo de lo que dice Hermosilla, no nos parece que sean dignos de señalarse como particularmente felices los epítetos *ronco estruendo*, *ignorada senda*, *estrago horrendo*, *sombra fría*, *herido y débil*, y *raudal ondoso*, que se encuentran, en los más adocenados poetas, aplicados á los mismos objetos en circunstancias análogas. — En cuanto á *militar porfía*, que, segun Hermosilla, no es una buena perífrasis para significar un combate obstinado, porque *porfía* es contienda ó disputa de palabras, nos apartamos tambien de su dictámen y lo hacemos ahora con más confianza, porque tenemos á nuestro favor el sufragio de la Academia, que da á *porfía* secundariamente la acepcion general de continuacion ó repeticion de una cosa muchas veces con ahinco y teson. Moratin ha dicho *sangrienta militar porfía*, y ese epíteto hace todavía más clara y determinada la frase. — El segundo terceto, en que

se pinta la muerte de Rodrigo en el Guadelete, es bellissimo :

Surca las aguas : cede al poderoso
Impetu : espira el infeliz; y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

Cuentas de Eliodora Saltatriz. En las

. . . hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,

Hermosilla nota con alguna razon, que tal como está la palabra, parece que el *platero* se hace pagar no solo sus *hechuras* sino sus *puntadas*, como si fuera sastre ó modista. Además *puntadas* se incluye en *hechuras* y es ripio.

La noche de Montiel. El rei de Castilla Don Pedro el Cruel, estrechamente bloqueado en Montiel por su hermano el Infante D. Enrique de Trastamara, trató de corromper la fidelidad del condestable Beltran Duguesclin, que con una compañía de franceses ayudaba al Infante. Beltran no hizo escrúpulo de engañar al rei y le convidó á una entrevista nocturna, en que Pedro se encontró inopinadamente con su rival. Trabada entre ellos la lucha, como la describe Moratin, Beltran intervino, favoreciendo al infante, que se hallaba á punto de perder la vida. El fatal efecto de esta alevosa intervencion es lo que se indica en los versos :

Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Pero la expresion es oscura é impropia. Lo que trueca Beltran á los hados no es el instante de la muerte, sino la víctima. — El epíteto de *lucha vacilante* merecia notarse como más nuevo y pintoresco que todos los del soneto de *Rodrigo*.

A Clori histrionisa! Viejo cuadro de mitología griega, pero bien barnizado. El *vinoso auriga* es del vocabulario culterano de los discípulos de Góngora.

No va ménos dichosa y opulenta
Que la de cisnes cándidos tirada

Concha de Vénus, cuando en la morada
Celeste ufana al padre se presenta.

El tercer verso de este cuarteto es lánguido. Pero el epíteto *opulenta*, con perdón del señor Hermosilla, es propio y oportuno. Decir que el coche simon que conduce á la bella comedianta, no va ménos dichoso y rico, que la concha en que Vénus se presenta ufana á su padre, no es decir que el coche simon sea rico de suyo. El carruaje más desastrado puede ir opulento por la carga que lleva.

A Clori declamando en fábula trágica. —

¿Qué acento de dolor el alma vino
A herir? ¿Qué funeral adorno es este?
¿Qué hai en el orbe que á tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?
¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Así ofender su espíritu celeste?
¿O es todo engaño, y quiere Amor que preste
A su labio y su acción poder divino?

Algo violenta es esta transición de la segunda persona á la tercera en el sexto verso. Lo mismo decimos de la de un sugeto á otro en el undécimo. El amor, dice el poeta, quiere que Clori, exenta de los sentimientos que ella inspira,

«Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y lllore.»

La construcción pide que el *se angustie y lllore* se refiera á Clori, y la intención del poeta es que se refiera al *vulgo*.

Para el retrato de Felipe Blanco. Uno de los mejores sonetos de Moratin y de la lengua castellana.

A la memoria de Don Juan Meléndez Valdes. Bellísimo, no obstante los resabios de mitología.

El de *La Despedida* es también de un mérito sobresaliente.

A la exposicion de los productos de las artes en el Louvre. Tenemos el *mientras* por errata. Moratin no gustaba de arcaísmos y

nunca los empleó sino cuando le fueron absolutamente necesarios para el ritmo, y aun eso con suma moderación.

A la muerte de Maiquez. Excelente.

A un cuadro de Guérin. Llorar Héctor sin vida y Hécuba doliente, siendo Héctor y Hécuba los objetos Horados, no lo consiente nuestra lengua. El acusativo de nombre propio sin artículo debe ir precedido de la preposición *á*. Hermosilla no suele ser el severo y delicado Hermosilla, cuando toma á Moratin en la mano.

Al Autor de las Geórgicas portuguesas. La levisima dureza de *inextinguible gloria* solo consiste, si no nos engañamos, en la proximidad de *ble glo*, articulaciones heridas ambas por la líquida *l*. La sustitución del epíteto *interminable*, ó *inmarcesible*, sugerida por Hermosilla, dejaría subsistir el defecto.

A una bailarina de Burdeos.

O en breve sueño su inquietud reposa,
O el aire hiende, la prisión burlada,
Dulces afectos inspirar la agrada.

El sentido es, ya *repose* dormida, ya *hienda* el aire. El uso de los indicativos *reposa*, *hiende*, es un solecismo, en que Moratin no habria incurrido sino por la violencia que hace á veces la rima á los más esmerados poetas.

II

CÁNTICOS Y ODAS DE MORATIN

Cántico La Anunciacion. — Bastante bueno, pero no tanto que justifique los inmoderados elogios de Hermosilla, que pasa aquí la raya de una excusable parcialidad. — “Nótese todo él, dice, porque todo es lo mejor que pudo hacerse, dado el asunto.”

Cántico A nombre de unas niñas españolas de una familia refugiada en Francia. — El coro es de lo más débil que salió de la pluma de Moratin :

Si la que fiel se ajusta
A tu lei soberana,
En leve sombra y vana
Se debe disipar,

Antes la Parca adusta,
Que la amenaza fiera,
De crímenes pudiera
La tierra libertar.

Todo esto se reduce á decirnos que, debiendo morir una tan buena señora, la muerte pudiera acabar primero con los malvados : pensamiento que seguramente no tiene nada que lo recomiende. El segundo verso carece de la cadencia rítmica necesaria para el canto. *Parca* es una diosa gentilica, cuyo nombre no suena bien en una poesía devota. *Adusta* y *fiera* son dos epítetos que ofrecen aquí sustancialmente una misma idea, en una misma oración, que califican á un mismo objeto y riman y llenan el verso, y nada más : con uno de ellos sobraba. Pero lo peor de todo, en nuestro juicio, es la idea expresada por los versos tercero y cuarto. ¿Cómo podían figurarse unas niñas cristianas que todo lo que había de quedar de su bienhechora despues de la muerte, era una *sombra leve y vana*? ¿Podían olvidar la recompensa prometida á la virtud en una existencia mui diferente de la de las sombras ó manes gentilicos? — Algunas de estas faltas pasarán por pecadillos veniales ; pero tantas, acumuladas en ocho renglonecitos heptasilabos, hubieran parecido á Hermosilla más que lo bastante para llamarlos *flojillos*, si los hubiera encontrado en Noroña ó Cienfuegos.

Oda A *Jovellános*. —

Id, en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
A donde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mántua excelsa.

Heramosilla dice que este metro era desconocido en el Parnaso castellano ántes de Moratin.

Pero propiamente el verso es pentasilabo, conocido y usado de largo tiempo atras :

Id, en las alas
Del raudo céfiro,
Humildes versos,
De las floridas
Vegas que diáfano, &c.

No consiste la unidad del verso en que el autor haya querido escribirlo en una sola línea, sino en no poderse dividir constantemente en dos ó más miembros de determinado número de sílabas y separarlos uno de otro de manera, que entre la sílaba final del primero y la inicial del segundo no haya nunca sinalefa, y en que cualquiera de los miembros tenga una sílaba ménos, si es agudo, y una más, si es esdrújulo. Ahora bien, la oda A *Jovellános* no tiene sinalefa alguna en el paraje indicado y presenta el aumento de sílaba en todos los finales esdrújulos, á cualquiera miembro que pertenezcan.

Oda A *Nisida*. — La idea principal y muchos de los pormenores son de Horacio. Y luego *Gradivo*, *cuerdas de oro*, *plectro*, *la madre de los amores* y *arus cubiertas de mirto y flores*, ¿á qué hombre verdaderamente enamorado se le ocurren jamas tales ideas? ¿Qué amante se encomienda hoy á Vénus, para que ablande el corazon de su amada? *Rien n'est beau que le vrai*. — Heramosilla no hubiera tal vez perdonado á otro poeta el penúltimo verso, que sobre no ser mui decente es algo prosáico.

Oda A *la muerte de Conde*. — Mui bella ; y mejor sería, si no se encontrasen en ella, como de costumbre, *las nueve de Helicon* con su *lira de márfil*, y *el Pindo*, y *la caña pastoril de Teócrito*, y *la Parca* y *Febo*. Qué prurito de gentilizar ! — No nos agrada *el Númen* para significar el verdadero Dios : —

Y el cántico festivo
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo

Al Númer dirijja,
 Cuando el feroz ejército
 Hundió en su centro el mar.

Parece que se tratara de una divinidad mitológica. — *Bélica* no era ciertamente la armonía de los cantares que entonaban los israelitas celebrando el poder de Jehová, que habia destruido á su enemigo. — Ni el ejército de Faraon fué hundido en el *centro* del mar, sino en una de sus extremidades. — A pesar de estos pequeños lunares, que resaltan más en un estilo tan habitualmente esmerado y correcto, convendremos en que la composicion, aunque no corresponda á todas las alabanzas de *Hermosilla*, es una de las mejores de *Inarco Celenio*.

Oda *A Rosina histrionisa*. — No sabemos por qué razon el elegio extendido de una actriz debiera escribirse, como pretende *Hermosilla*, en un romance octosilábico, y no en versos anacreónticos. Los de esta poesia no lo son realmente, sino estrofas heptasilabas de cuatro versos, que es cosa diversa, como más adelante veremos. Ella es una verdadera y hermosa oda en el tono de la *Quis multa gracilis te puer in rosa* de Horacio. Notaremos (además del abuso perpétuo de la mitología) el *le* pleonástico de

El tiro que destinas
 Al flechero le vuelves;

el epíteto de *cítara* en la estrofa :

Por mí sus alabanzas
 Serán cantadas siempre
 En acentos suaves
 De cítara *doliente*.

¿Por qué habia de ser *doliente* una cítara que se empleaba en cantar alabanzas? Solo porque era necesario para el asonante.

Oda *Los dias*. — Cuestion entre *Hermosilla* y *Tineo* sobre si es anacreóntica ó no es anacreóntica. Qué importa el nombre? Lo que se podrá dudar es si el metro es ó no adecuado á la materia, y si el poeta ha sabido desempe-

ñarla. En realidad de verdad la composicion es una sátira, y tan sátira como cualquiera de las de Horacio, la *Ibam fortè via sacra*, por ejemplo.

Oda *A la memoria de Don Nicolas Fernández de Moratin*. — Diga lo que quiera *Hermosilla*, no es anacreóntica, sino verdadera oda elegiaca, como la *Quis desiderio sit pudor aut modus*, de Horacio. Ni podemos tampoco persuadirnos á que, siendo elegiaca, no debió componerse en el romancillo heptasilabo. Por qué hemos de creer que este verso no sirva más que para retozos y brándis? Nuestro crítico olvidó que las odas y endechas heptasilabas se componian siempre en estrofillas de á cuatro, como las de esta composicion; lo que no suele hacerse en la verdadera anacreóntica, que es libre y desembarazada en su marcha. En la métrica castellana se llamaron *endechas* las estrofas de esa clase, y *enderchas reales* las que constaban de tres heptasilabos y un endecasílabo; y es bien sabido que á las canciones lúgubres se daba el nombre de *endechas*, lo que indica que se miraba la estrofa heptasilaba como apropiada á lo triste y lamentable: la denominacion de la materia se trasladó á la forma. Pero no disputemos sobre nombres. ¿Es ó no á propósito el romance heptasilabo en estrofas regulares para los asuntos suaves, tiernos y tristes? He ahí la verdadera cuestion; y para decidirla en el sentido de Moratin y el nuestro, basta citar *Las Barquillas* de Lope.

No se puede negar que hai mucha suavidad y elegancia en esta composicion de Moratin. Diremos con todo que la *corva aljaba* nos parece algo impropia: cómo pudieran guardarse las flechas en una aljaba corva? Pero lo peor de todo es que no vemos en estas endechas, como debia esperarse, un hijo que riega con sus lágrimas el sepulcro de su padre, sino un pastor de Arcadia que llora á un pastor del Termodonte, cuya alma habita, por supuesto, no el cielo de los cristianos, sino los campos elisios, y sobre cuya tumba se reclina Erato,

miéntras que Cupido huye del seno de su madre, se esconde, rompe el arco y la venda, quema la aljaba, etc. Y tras todo esto, la *Parca*, las *Ninfas*, *Dione*, el *Aqueronte*, *Clio*, y las *aves de Vénus*.

Si se quiere oír el genuino lenguaje del amor filial y de la verdadera ternura, léase el siguiente romance del habanero Heredia, arrebatado demasiado temprano á la poesía y á la América : —

A MI PADRE EN SUS DIAS

Ya tu familia gozosa
Se prepara, amado padre,
A solemnizar la fiesta
De tus felices natales.

Yo el primero de tus hijos,
Tambien primero en lo amante,
Hoi lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.

Oh! cuán gozoso confieso
Que tú de todos los padres
Has sido para conmigo
El modelo inimitable!

Tomastes á cargo tuyo
El cuidado de educarme,
Y nunca á manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.

Amor á todos los hombres,
Temor á Dios me inspiraste,
Odio á la atroz tiranía,
Y á las intrigas infames.

Oye, pues, los tiernos votos
Que por tí Fileno hace,
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.

Por largos años el cielo
Para la dicha te guarde
De la esposa que te adora
Y de tus hijos amantes.

Puedas mirar tus biznietos
Poco á poco levantarse,
Como los bellos retoños

En que un viejo árbol renace,
Cuando al impulso del tiempo
La frente orgullosa abate.

Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y que entre amor y respeto
Dudosos y vacilantes,
Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.

Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Da á la virtud más realce.

En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles oscuros,
Sedientos de oro y de sangre.

Hombres odiosos!... Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.

A mis ojos te engrandecen
Esos honrosos pesares,
Y si fueras mas dichoso,
Me fueras ménos amable.

De la mísera Carácas
Mira al pueblo cuál te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.

Vive, pues, en paz serena;
Jamás la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor el brillo empañe.

Déte en medio de sus hijos
Salud su bálsamo suave,
Y bríndete amor risueño
Las caricias conyugales.

Hermosilla censuraria justamente algunas repeticiones, rechazaria algunas palabras y frases ménos castizas, y diria que este ó aquel verso es prosáico y flojillo. Y nosotros le responderíamos con el Alcéstor de Molière :

Mais ne voyez-vous pas que cela vaut bien mieux,
Que ces colifichets dont le bon sens murmure,
Et que la passion parle là toute pure?

III

TRADUCCIONES, CUENTO, SILVAS Y OTRAS
POESÍAS DE MORATIN

Sobre las traducciones de Horacio no podemos pasar tan de ligero como lo hace Hermosilla, ni conformarnos con su dictámen de que el texto latino ha sido perfectamente entendido y expresado.

La que principia *Deja tu Chipre amada*, tomo 3º, página 284, de la edicion de Paris, no es gran cosa. — *Invocar con humos* no es invocar con incienso, *vocantis thure te multo*.

La que principia *No pretendas saber*, página 289, pudo tambien haberse omitido en la coleccion de las obras de Moratin, sin el menor detrimento de la fama de este gran poeta. — El verso suelto no es á propósito para la oda, que pide estrofas.

. No, que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir.

Y quién gozando de una dulce paz, se quejará de la fortuna? Lo que dice Horacio es que no debemos afanarnos para adivinar lo futuro, y que es mucho mejor gozar lo presente, y resignarnos á lo que ha de venir, sea lo que fuere.

. La edad nuestra,
Mientras hablamos, envidiosa corre.

El *fugerit aetas* de Horacio es optativo en el sentido de concesion: huya, desaparezca enhorabuena la edad envidiosa.

La que empieza *Que al fin las riquezas*, página 302, es elegante y poética, aunque algo descolorida por la falta de rimas y de estrofas.

¿Cuál en regio alcázar
Llenará tus copas,

Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebó ministro?

En regio alcázar desfigura el original *ex aulá*. No es la habitacion futura de Iccio la que se designa con esta expresion. Iccio parte á la guerra, y Horacio se figura que un mancebo de noble estirpe, educado en un palacio, hecho prisionero y esclavo por las armas romanas, será algun dia su copero.

Rumbo mejor, Licino; página 339.

Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

Serenamente no es el *nimum secundus* de Horacio, ni hai para qué coger la vela si el viento no hace más que soplar sereno. — *Sopla tu nave* es mala sintáxis; acaso hai errata, y deberá leerse *á tu nave*. — Nótese tambien el *to tu*, que es de las cacofonías que Hermosilla no consiente á otros poetas, aunque en realidad sea poco ménos que imposible evitarlas absolutamente, sin el sacrificio de consideraciones más importantes que esa melindrosa delicadeza del oido.

De cuál varon ó semidios; página 434. Hermosilla no está bien con la silva para la oda, y creemos que tiene razon.

Las haces *justicieras* de Tarquino.

No es la mente de Horacio: debia decir *cruces, tiránicas*: *superbos Tarquinii fasces*. Creyó tal vez Moratin con algunos intérpretes, que Horacio hablaba del primero de los Tarquinos, porque no era natural que en un himno en que se celebraban los héroes y grandes hombres de Roma, se hiciese memoria de Tarquino *el soberbio*. Pero *superbos* determina con la mayor individualidad al segundo; y recordando su tiránico imperio, alude el poeta indirectamente á los que le destronaron, y fundaron la república romana; hecho demasiado importante y glorioso para que se pasase en silencio. Un cortesano de Augusto podia tener

sus razones para no hacer una mención expresa de Bruto.

O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma sobre Anibal obtenida.

Esto es aun más contrario al texto original, *superante Pæno*, y á la voz irrefragable de la historia, que testimonia la victoria de Anibal sobre el cónsul Emilio Paulo en la batalla de Cannas, una de las más desastrosas que eclipsaron la gloria de las armas romanas. ¿Cómo pudo Moratin desfigurar de esta manera un pasaje tan claro y un suceso tan universalmente conocido?

. . . . Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto :
Así la fama crece de Marcelo.

Sobre estar algo descosidas las dos frases, no exprimen la idea de Horacio. Crece la fama de Marcelo, dice Horacio, como se desarrolla el árbol animado de una oculta vida, esto es, de una vida nativa, propia, que no se debe al cultivo.

Llevando por el mar el fementido; página 444. *Idalias naves* no significa naves fabricadas con la madera del monte Ida, que es el sentido de Horacio. *Idalio* es lo que pertenece al monte Idalo de la isla de Chipre, que jamas estuvo comprendido en los dominios de los reyes de Troya, como lo estuvieron las faldas del Ida. — *El égida sonante*: por qué no *la*? El hiato no tendria aquí nada de ofensivo al oído; y sobre todo, no es lícito sacrificar la gramática á la armonía. — *Acorde lira* no exprime el *imbellis cithara* del original, tan oportuno, hablando de París: la idea sugerida por *imbellis* es blanda, muelle, mal avenida con la guerra.

El *Coche en venta* es un cuento, y bastante gracioso. Si á pesar de los cuentos de La Fontaine y de otros se opone que en el mapa de la poesía clásica no hai ningun país de este nombre, decimos que el *Coche en venta* es

una sátira por el estilo de la ya citada *Ibam fortè* de Horacio, á la que se asemeja tambien por el asunto; y si todavía se objeta el verso, preguntaremos, cuál lei en el código de la razon y del buen gusto ó, si se quiere, en los de Aristóteles, Horacio y Boileau prohibe escribir sátiras en verso pentasilabo. De *Epistola*, como lo llamó el autor, no tiene más que el epígrafe; y de *Létrilla*, como lo bautizó el anotador, nada tiene. La letrilla se distingue de todas las otras composiciones por sus estrofas y su estribillo.

Silvas: *A Goya, Sobre el nuevo plantío de Valencia*, y *A la marquesa de Villafranca*.

A la muerte quitándola trofeos.

El *la* enclítico es puro ripio.

La mansion del Olimpo y sus centellas.

Estas *centellas* están aquí solamente para rimar con *bellas*.

La última de estas silvas es magnífica, y nos parecería perfecta, si no fuese por la inoportunidad de la perdurable mitología. ¿Qué hace el Olimpo en el bello cuadro de la gloria celestial, con que termina esta composición? ¿No era mucho más propio, y no es igualmente poético el *Empireo*?

Romances y Epigramas. Buenos, aunque (en nuestra humilde opinion) no tanto, ni con mucho, como pondera Hermosilla. Nótese, en el de *El niño sollozando*, el mismo *vehemente* trisilabo, reprobado por Hermosilla en aquel verso anacrónico de Meléndez:

Ora vehementes truenen.

Diálogo traducido del italiano. Lleno de ternura y de gracia. El verso es pentasilabo, pues cada línea es de dos partes iguales, entre las cuales nunca hai sinalefa, y por consiguiente puede haber hiato, como lo hai efectivamente en

Tambien con ella
Iba un pastor,

Idilio : *La Ausencia*. Bellísimo ; pero (con perdón del señor Hermosilla) no mejor que cuanto se ha escrito de este género en nuestra lengua ; porque, prescindiendo de la primera égloga de Garcilaso, jamás excedida ni igualada en castellano, nos parece superior el *Tirsis* de Figueroa, que, por estar en el mismo metro, puede más fácilmente compararse con el presente idilio.

En la poesía bucólica de los castellanos ha sido siempre obligada, por decirlo así, la mitología ; como si se tratase, no de imitar la naturaleza, sino de imitar á Virgilio ; ó como si las églogas ó idilios de un siglo y pueblo debieran ser otra cosa que cuadros y escenas de la vida campestre en el mismo siglo y pueblo, hermoçada en horabuena, pero animada siempre de pasiones é ideas que no desdigan de los actuales habitantes del campo. Ni aun á fines del siglo XVIII ha podido escribirse una égloga, sin forzar á los lectores, no á que se trasladen á la edad del paganismo (como es necesario hacerlo, cuando leemos las obras de la antigüedad pagana), sino á que trasladen el paganismo á la suya. ¡ Pastores de nuestros días hablando de las *Hamadriades* y de la *alma Cítères* !

La oncosa trenza deslazada al viento.

« No hai bastante propiedad. *Ondoso* ó *ondoso* se dice del mar y del viento, y significa que ambos flúidos están agitados y forman lo que llamamos *ondas* ; pero á la culebra, que es un cuerpo sólido, no puede convenir aquel epíteto, sino por una muy estudiada y aun alambicada metáfora, para dar á entender que, levantando, al moverse, una parte de su cuerpo y bajando otra, forma una como sinuosidad parecida á la que forman las ondas de los cuerpos flúidos. Pero en este caso ; cuán débil y traída de léjos sería la semejanza ! » Todo esto es de Hermosilla, censurando, no á Moratín, sino al pobre Meléndez. Si no se puede decir que una culebra es oncosa, tampoco se puede

decir que lo es una trenza de pelo, porque entre las dos cosas la semejanza, en cuanto á las *como sinuosidades*, es perfecta y completa. Pero la observacion en sí misma nos parece infundada. La Academia (véase *ondear*) dice : « formar ondas los dobleces que se hacen en alguna cosa como el pelo, vestido, ropa, etc. » Y desde que el pelo rizo hace ondas y puede por consiguiente llamarse *ondoso*, por qué no la culebra ? Lo que hallamos de alambicado en esta materia es la censura del señor Hermosilla.

Epístola moral á Don Simon Rodriguez Laso. Modelo de epístolas morales y de la elegante facilidad con que debe escribirse el verso suelto. Quién al leer tan admirable poesía echa ménos la rima ? El asunto á la verdad es algo comun ; pero la ejecucion es acabada, y el pincel, virgiliano.

Epístola moral á Don Gaspar de Jovelinos. Casi tan buena como la anterior. Estas dos epístolas y el *Cántico de Lendinara* bastarian para probar que la corona dramática no es la más brillante de las que ciñen la frente de Inarco Celenio.

Y la que osada desde el Nilo al Bétis
Sus águilas llevó.

No dice bastante. Las águilas romanas dilataron su vuelo mucho más allá, por el Oriente y Occidente.

A un Ministro sobre la utilidad de la Historia. Magnífica amplificacion de lugares comunes. — El epíteto de *númen* dado á un rei nos parece algo semejante á la apoteosis de los emperadores romanos.

Dedicatoria de *La Mogigata* al Príncipe de la Paz. Las dotes ordinarias de Moratín : elegancia sostenida y armonía perfecta. No hallamos fundamento para los encarecimientos de la fecundidad poética con que dice Hermosilla que su poeta favorito ha hermoçada un asunto estéril : *mutatis mutandis* vemos aquí la oda de Horacio *Scriberis Vario*.

IV

CONCLUSION

No seguiremos discutiendo los fallos de Don José Gómez Hermosilla sobre las obras de Moratín y sobre los rasgos particulares á que contrae su atencion en ellas. Su juicio acerca de la *Epistola á Andres* (1) nos dará ocasion para examinar algunas de sus reglas generales relativas á ciertas modificaciones del pensamiento y de la expresion poética.

A los que juzguen solo por autoridades parecemos sin duda presuntuosos, oponiendo nuestro modo de pensar al de un literato tan respetable por sus conocimientos filológicos, y que juntaba á este mérito el de manejar la lengua castellana con incomparable maestría. Pero los que sean capaces de juzgar por sí, digan, despues de leído este artículo, si es injusticia ó temeridad afirmar que Hermosilla sentó algunas veces, como inconcusos, hechos falsísimos, que, rectificadlos, dejan á descubierto la falacia de las doctrinas que pretendió apoyar en ellos.

Con motivo de la *Epistola á Andres* se propone probar que el estilo poético no consta de otros elementos que el de los escritores en prosa, y alega en primer lugar el ejemplo de los griegos y latinos. Sus aserciones nos parecen en parte dudosas, en parte erróneas. "Homero, dice, jamas se permitió quebrantar las reglas gramaticales que el uso tenia ya sancionadas. ., ¿Cómo puede nadie saberlo en el día? ¿Tenemos medios para comparar el lenguaje de Homero con el de la edad y el pais en que salieron á luz sus poemas? Todo lo que sabemos de la lengua en que Homero poetizó, se reduce á las observaciones que filólogos de tiempos muy posteriores han hecho sobre las mismas obras que se le atribuyen. Se da por supuesto que en él todo es correcto y perfecto :

(1) Obras de Moratín, tomo III, página 408, edicion de Paris.

se juzga de lo que pudo y debió decir por lo que dijo; y aplicando á las voces y frases de la *Iliada* y la *Odisea* los cánones gramaticales deducidos del lenguaje de la *Iliada* y de la *Odisea*, es imposible que no las hallemos gramaticalmente correctas. Pero prescindiendo de la oscuridad en que se hallan envueltas muchas cuestiones relativas á la edad de Homero, á su patria, á lo genuino de sus obras, y aun á su misma personalidad; admitiendo que este personaje, quizá no ménos mitológico que Anfitión y Orfeo, haya realmente existido, y no sea la personificación de toda una escuela poética; admitiendo, en fin, que Homero no haya empleado en sus cantos un lenguaje particular, sino el mismo que se hablaba en la Jonia en su tiempo, ¿podrá decirse de los otros poetas de la Grecia lo que al señor Hermosilla le plugo decir de Homero? ¿Han escrito todos ellos en el idioma que bebieron con la leche, sin mezclarlo con ciertas fórmulas, sin darle ciertas desinencias que constituian una especie de dialecto exclusivamente rapsódico ó poético? ¿No es sabido (limitándonos á un solo ejemplo) que en los coros de las tragedias atenienses se hace uso de voces, frases y terminaciones que no eran del pueblo ateniense, ni se empleaban jamas en el diálogo de aquellas mismas tragedias? No nos pasa por el pensamiento recomendar esta práctica; pero sea buena ó mala, el señor Hermosilla, alegando el ejemplo de los griegos para fundar su doctrina, se acoge á una autoridad que más bien podria citarse para defender la fraseología de Meléndez y Cienfuegos, á lo ménos en parte.

Pasemos á los latinos. Los arcaismos de Virgilio y Horacio son algunos más de los que indica el señor Hermosilla. No nos metemos en si contribuyen ó no á la belleza y magestad del estilo : que los latinos lo creian así, no admite duda. « La antigüedad, dice Quintiliano, da cierta dignidad á las palabras propias; las voces que no son del uso comun hacen más venerable y magestuosa la expresion; y Virgilio, poeta de severísimo gusto, empleó

con mucho primor esta especie de ornato (1). » « Algunas locuciones antiguas, dice algo más adelante, por su misma ancianidad nos agradan. » He aquí, pues, que los latinos empleaban los arcaísmos para adornar sus versos, y que el mismo Quintiliano, uno de los oráculos de la escuela clásica, recomienda su uso. Lo que hai de reprehensible en esta materia, según los latinos, es la inoportunidad y la afectación, vicios de que ciertamente no puede disculparse á Meléndez y á sus deslumbrados imitadores.

Palabras rigorosamente nuevas. — « No hai una en los dos poetas (Horacio y Virgilio) que no se usase en su siglo. » Pero sobre esta materia no puede haber mejor autoridad que la del mismo Horacio :

Y si expresar acaso te es forzoso
Cosas ántes tal vez no conocidas,
Con prudente mesura inventa voces
Del rudo antiguo Lacio no escuchadas...
Pues qué ! ¿ á Virgilio negará y á Vario
Lo que á Cecilio y Plauto otorgó Roma ?
¿ O mirará con ceño que yo propio
Con mi humilde caudal, si alguno junto,
Aumente el comun fondo ? ¿ Y no lo hicieron
Ennio y Caton, con peregrinas voces
La patria lengua enriqueciendo un dia ?
Siempre licito fué, lo será siempre,
Con el sello corriente acuñar voces.
Como, al girar el círculo del año,
Sacude el bosque sus antiguas hojas
Y con suave verdura se engalana,
Así por su vejez mueren las voces
Y nacen otras, viven y campean
Con vigor juvenil.

(Traducción de Martínez de la Rosa.)

Así se defiende Horacio á sí mismo y á Virgilio contra los Hermosillas de su tiempo, que les echaban en cara el uso de sus voces y frases nuevas. Don José Gómez Hermosilla censura con merecida severidad las extrava-

gancias del estilo galo-salmantino; pero si su crítica es casi siempre justa, los principios en que la funda son exagerados y aun falsos; y sobre todo, no hallamos que señalen de un modo preciso los límites entre lo licito y lo que no lo es en materia de innovaciones de lenguaje.

Entre estas da Hermosilla un grado especial de criminalidad á la conversión de los verbos neutros ó intransitivos en activos, como si no fuera esa una tendencia natural de las lenguas, y como si no se encontrasen de esas conversiones en los escritores más correctos, ó no fuesen más bien un mérito las osadías de esa clase, cuando son suaves, cuando están preparadas, cuando no hai el prurito de emplearlas á cada paso. Virgilio y todos los buenos poetas las usaron. Ahí está, sin pasar de la égloga segunda, *el ardebat Alexin*. Ahí está el *insanit amores* de Propercio, que es como si dijéramos *loquear amores*. Ahí está el verso de Juvenal :

Qui Curios simulant et Bacchanalia vivunt,

verso, que peca dos veces mortalmente contra los mandamientos de Hermosilla, dando á *simulant* un acusativo de persona, como si dijésemos *simular Catones* en vez de *simular las virtudes de los Catones*, y haciendo á *vivunt* transitivo, como si en castellano se dijese *vivir bacanales*. Ahí está el *sulcos et vineta crepa mera* de Horacio, el *garrire libellos* del mismo, etc., etc. El curioso puede consultar el capítulo *sobre los verbos neutros ó falsamente llamados así* de la *Minerva* del Brocense, en que este ingenioso y erudito filólogo aglomera innumerables ejemplos de la misma especie, no solo de poetas, sino de oradores é historiadores, y saca por conclusion que no existe verbo alguno de los llamados *neutros* que no sea susceptible de usarse como transitivo, y que en realidad no hai una diferencia esencial entre lo uno y lo otro. Es inconcebible la precipitación con que Hermosilla afirma que « no se hallarán cierta-

(1) Inst. Orat., libro VIII, capítulo 3.

mente en ninguno de los dos poetas (Virgilio y Horacio), ni en ningun otro clásico latino, con acusativo de persona que padece, como dicen los gramáticos, los verbos *gemo* y sus compuestos, » sin acordarse del

. *gemens ignominiam plagasque superbi*
Victoris.

(*Georg. III, 226.*)

Nunc Amyei casum gemit et crudelia secum
Fata Lyei, fortemque Gyan, fortemque Cloanthum.
(*Æn. I, 221.*)

ni del *ingemuisse leones interitum* de la égloga quinta; ni del *Ilyn flebiliter gemens* de Horacio; ni de varios pasajes de Ovidio, en que *gemo* se usa con el acusativo de que habla Hermosilla, ó en que tenemos la forma pasiva *vita gemenda, fortuna gemenda*, que lo suponen. Verdaderamente anduvo desgraciado nuestro crítico en tomar para muestra de su asercion un verbo de cuyo uso transitivo hai tantos ejemplos aun en la prosa latina.

De que un verbo se haya usado hasta ahora como intransitivo no se sigue que haya en su significado algo que rechace absolutamente el uso contrario, de mane:a que no sea capaz de acomodarse á él en situacion alguna. Regístrese el Diccionario de la Academia, y se encontrará multitud de verbos, que pasaban ántes por neutros y se emplean ya corrientemente como activos. *Quebrar*, por ejemplo, significa estallar, romperse, y en este sentido se dice todavía: “La verdad adelgaza, pero no quiebra.” Tan neutro era *llorar* como *gemir*; y si el primero pudo dejar de serlo, por qué no el segundo? *Anhelar* es respirar con dificultad, y como, corriendo ansioso tras un objeto, se hace difícil la respiracion, *anhelo* vino á ser *deseo vehemente*, y se dijo *anhelar honores, empleos, riquezas*. *Suspirar* es dar suspiros, acepcion naturalmente intransitiva; y nadie por eso se atreverá á reprobar aquella lindísima cuarteta de Lope de Vega:

Pasaron ya los tiempos
En que lamiendo rósas

El Zéfiro bullia
Y suspiraba aromas.

La conversion del neutro en activo puede ser viciosa, y puede ser, no solo permitida, sino elegante y enérgica: todo depende de la oportunidad, de la preparacion, de los adjuntos; y en la destreza y tino para sacar partido de estos adminículos es en lo que consiste el primor del estilo. Succede con esta clase de expresiones figuradas lo que con todas las galas de la elocucion: la oportunidad les da esplendor; la afectacion las aja.

Otro grave delito, segun nuestro crítico, es el uso del nombre abstracto por el concreto. — “No se verá que Virgilio y Horacio dijese *silvosam solitudinem* por *silvam solitariam*, como lo hizo en castellano Cienfuegos.” — A nosotros no nos parece mui oportuno este ejemplo. *Soledad* tiene entre otras acepciones la de *lugar desierto y selvoso* es lo que abunda de selva; con que no hai que hacerse mucha violencia para concebir que las dos palabras unidas signifiquen un lugar solitario cubierto de selvas. No hai aquí en rigor una conversion de lo concreto en abstracto; no hai tropo ni figura alguna; las palabras están tomadas en sentido propio.

Contraigámonos al caso en que hai una verdadera conversion de lo concreto en abstracto. Esta es una manera de locucion que, como todas las otras, puede ser buena y puede ser mala, segun su oportunidad y los adjuntos que la acompañen. Virgilio y Horacio y todos los poetas del mundo la han empleado, porque esa transformacion es uno de los recursos del arte para ennoblecer las frases vulgares, agrandar y herosear los objetos. Pudiéramos comprobarlo con muchos ejemplos; mas para no cansar á nuestros lectores, nos limitaremos á aquel admirado pasaje del libro segundo de la Enéida, en que Virgilio describe la marcha de las falanges griegas *per amica silentia lune*, por entre el propicio silencio de la luna, como si fuesen

atravesando, no un espacio silencioso, iluminado por el astro de la noche, sino el silencio mismo. Esta conversión de lo abstracto en concreto es, como la de lo neutro en activo, un instinto natural de las lenguas : especie de tropo que, aceptado por el uso, llega por fin á emplearse corrientemente, y deja de serlo. Así *la Divinidad* es Dios; y *una beldad* es una mujer bella; y *un guardia* es un soldado; y *vanidades* son los objetos materiales que sirven de pábulo á la vanidad. Abrase cualquier Diccionario, y se verán mil ejemplos de esa propension de las lenguas. El señor Hermosilla hubiera querido que no se alterase

nunca en lo más mínimo el significado de las expresiones recibidas, cuando cabalmente en esas transiciones, en ese empleo de una idea como signo de otra, es en lo que se lucen la imaginación y el ingenio de los más favorecidos escritores. No vemos tanta severidad de principios ni en los modelos que reverencia, ni en sus propios escritos, ni en la doctrina de los antiguos. *Audendum est*, diremos nosotros á los jóvenes con Quintiliano; pero léa repetiremos con este mismo legislador de la escuela clásica : — *Sed ita demum, si non appareat affectatio.*

JOSÉ ANTONIO MAITIN

Los célebres literatos chilenos Miguel y Gregorio Amunátegui escribieron en 1859 el juicio crítico de las Poesías de Maitin, publicadas por nosotros en Carácas en 1851. Insertamos en seguida el interesante escrito de los eruditos chilenos, al cual adherimos, no solo por el caudal de buena doctrina literaria que contiene, sino tambien por la imparcialidad y, á nuestro modo de ver, el feliz acierto con que ha sido juzgado el vate venezolano. Hélo aquí :

DON JOSÉ ANTONIO MAITIN

Existe en el canton de Maracai, república de Venezuela,

Un valle delicioso,
Feliz, aunque apartado,
Hermoso, aunque olvidado,

que tiene un lindísimo nombre, *Choroní*, y que forma un paisaje más lindo todavía que su nombre. Ese valle afortunado ha sacado su denominacion de un riachuelo cristalino que se desliza mansa y apaciblemente al pié de un cerro cubierto de lujosa vejetación y al traves de un campo de verdura y flores.

Allí no hai bellos palacios,
Ni dorados artesones,
Ni estátuas en los salones
Sobre rico pedestal,
Ni músicas esquisitas,
Ni bulliciosos placeres,
Ni artificio en las mujeres,
Ni en los hombres vanidad.

Pero hai árboles copados
Que se mecen blandamente,
Y un arroyo trasparente
Con sus ondas de cristal,

Y una tórtola amorosa
Oculta en la selva umbría,
Que exhala al nacer el día
Su arrullo sentimental.

Ese lugarejo ameno y frondoso, que el sol parece matizar con empeño y la luna alumbrar con amor; que la naturaleza ha decorado con corpulentos bucares de dimension colosal y con odoríferos claveles, incensarios de donde continuamente se desprenden los más esquisitos perfumes; al cual el hombre no ha dado más monumento que una iglesia de sencillo campanario, era en 1851, es todavía, segun tenemos entendido, el Tibur del poeta venezolano más popular entre sus compatriotas, de uno de los poetas más sobresalientes de la

América española, don José Antonio Maitin (1).

Este hijo querido de las Musas, que ha hecho del paraíso de Choroni la mansion de su afecto, ha encontrado el solaz de su vida en la contemplacion de la naturaleza espléndida que le rodea. Durante el dia, ó bien armado de su caña se entretiene en pescar los peces del diáfano riachuelo, ó bien sentado en la deliciosa márjen, á la sombra de un javillo, cuyas ramas le sirven de dosel contra los ardores del sol, se pone á leer arrobado los cantos del divino Lamartine. Durante la tarde, medita en medio del silencio de los campos admirando las magníficas y cambiantes luces del ocaso. Durante la noche, como el Endimion de la fábula, ama con pasion á esa luna que, rodeada del cortejo de resplandecientes estrellas, derrama sobre el mundo tan apacible claridad. Allí, en ese retiro ameno, Maitin deja trascurrir su existencia siguiendo con su meditabunda mirada el curso luminoso de los astros en el firmamento, las aguas del arroyo que se deslizan por entre la yerba, los movimientos de la brisa que juguetea en las ramas del bosque, deleitando el olfato con el aroma de las flores, encantando el oido con las armonías de las aves.

Sin embargo, ese poeta no es feliz; no tiene el ánimo satisfecho ni el espíritu tranquilo. La fisonomía del retrato, colocado al frente de la edicion de sus obras, lleva la marca de una profunda melancolía. La vida del campo no ha dado á Maitin ni la moderacion de afectos del epicúreo Horacio, ni el contentamiento de alma del cristiano frai Luis de Leon. La contemplacion de ese valle engalanado con todos los esplendores de la naturaleza, la vista de ese cielo surcado por un enjambre de mundos, cuyo número no puede ser expresado en la tierra por ningun guarismo, en vez de la calma, le traen la turbacion, la inquietud.

(1) Este artículo fué escrito ántes de que llegara á Chile la noticia de la muerte de Maitin, acaecida en Choroni en 1874 y profundamente sentida por toda la sociedad venezolana.

Procuremos indagar el orijen del hastío, del disgusto que caracteriza todas las composiciones del cantor del Choroni.

La vida de don José Antonio Maitin es una de esas tantas vidas que, como dice el poeta español Zorrilla, pasan desapercibidas,

Sin aventuras intrincadas, corta,
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Seria una vida insignificante, que no tendria por qué llamar la atencion de nadie, si no fuera la vida de uno de los poetas más notables que pueda citar la América española.

Don José Antonio Maitin ha nacido en Puerto Cabello, algunos años ántes de que estallara la revolucion de la independencia. Las vicisitudes de la guerra le hicieron emigrar en 1812 á la isla de Cuba. En 1824 regresó á su patria y en 1826 la dejó por segunda vez para pasar á Lóndres como adicto á la legacion que ese año fué encomendada á don Santos Michelena, plenipotenciario de la república de Colombia en la corte de Inglaterra.

Á la vuelta de este viaje diplomático, dió á la prensa dos obras dramáticas en el jénero clásico y compuso varias líricas, que siempre ha guardado en su cartera. Habiendo venido á sus manos en 1841 las primeras publicaciones poéticas de Zorrilla, se sintió tan inspirado con ellas, que desde entónces comenzó á trabajar y á insertar sucesivamente en los periódicos de Carácas las diversas composiciones que despues han formado la coleccion de sus poesías (1).

Estos son los hechos externos que han llenado la existencia de Maitin. En cuanto á su existencia interna, él mismo ha cuidado de decirnos que entró al mundo halagado por ilusiones risueñas,

Más lindas que el cielo del plácido abril.

(1) Esta coleccion ha sido dada á luz con el siguiente título: «Obras poéticas de José A. Maitin. Comprende esta edicion las obras publicadas por el autor en diversas épocas y algunas otras piezas inéditas. — Carácas. 1851.»

Rindió culto al amor, á la amistad, á la gloria, pero al poco tiempo vió caer derribados junto con sus aras todos esos ídolos que habia tomado por verdaderos dioses. Halló que las mujeres eran falsas, los hombres impostores, la gloria un triunfo insulso. A las risueñas ilusiones sucedió el más amargo desencanto. El mundo perdió para él todo su prestigio, la sociedad todo su atractivo.

Ese desengaño á lo Byron ¿ es una verdad? ó bien ¿ no es más que una invencion de poeta romántico, uno de los tintes obligados del colorido que exige la escuela á que pertenece el señor Maitin? Cuestion es esta que únicamente podrán resolver los confidentes del autor, el cual solo se ha limitado á consignar en sus obras la impresion que las ilusiones perdidas han dejado en su alma, sin revelar las circunstancias que le han arrebatado la fé. El público carece de datos para juzgar, si el señor Maitin es desgraciado en la realidad ó solo, como tantos otros, en las páginas de su libro.

Pero sea de esto lo que se quiera, hastiado de los hombres, se retiró á la soledad del Choroní para pedir á la naturaleza el consuelo de sus penas, la quietud del ánimo que habia sentido alterarse en las ciudades, el remedio de la tisis moral que le aquejaba. Desde luego las bellezas del campo le sumerjieron en un éxtasis que embelesó todo su ser. El espectáculo, que el cielo y la tierra le ofrecian, embargó todos sus sentidos. El sol brilló para él; la luna despidió para él su dulce resplandor; para él ostentó el campo todos sus primores; la ondulante espiga sostuvo para él el nutrido grano; las aves elevaron sus cantos para que él los escuchase; las flores desplegaron sus bellos matices para que él los admirase; la brisa le refrescó con su soplo; el arroyo le entretuvo con sus jiros caprichosos; la ramosa ceiba le dió sombra; la mullida grama una alfombra de verde terciopelo donde pudiera reposar su fatigado cuerpo.

Maitin, en el colmo de la admiracion, se

puso á maldecir el tiempo que habia pasado en el mundo y á envidiar la suerte de los pájaros, su vivir sencillo, sus colinas, sus bosques, sus flores. Apostrofó al ave de la floresta, á la cual no turba un solo cuidado, para manifestarle, cuánto sentia no poder gozar una existencia tan tranquila.

Tú elijes á tu gusto tus amores,
Sin que te paren importunas leyes;
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas, ni reyes,

Ni palacios, ni templos, ni mezquita,
Ni senado, ni bei, ni capitolio,
Ni mandatario altivo que dormita
En alta silla ó encumbrado solio;

Ni hai banderas vistosas y lúcidas
Que flotan á merced del aire vago;
Ni conoces las lanzas homicidas,
Ni de la guerra el destructor amago;

Y en sangre del hermano desgraciado
No vas tus plumas á manchar bermejas
Y cada al corazon golpe asestado
Un triunfo no es que vencedor festejas.

Como se vé, Maitin estaba tan entusiasmado por la vida de los pájaros, que solo vió el lado bello del objeto de su admiracion. Olvidó que los habitantes del aire tienen tambien como los hombres instintos sanguinarios, guerras crueles; olvidó que hai tambien entre ellos tiranos, corsarios, bandidos; olvidó que existian el carnicero buitre, la implacable águila, el halcon, ese condottiere alado que se emplea en la destruccion de sus semejantes. No atendió á nada, fijo solo en soborear la mejoría que el alejamiento de la sociedad traía á su alma enferma.

¡ Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores,
¡ Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus prados y tus flores!

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

Desgraciadamente para Maitin, la felicidad de la vida del campo no fué para él mas duradera que las otras felicidades de que habia gustado en la tierra. Pasado el primer asombro, el espectáculo de la naturaleza le anonadó. Á fuerza de contemplar la inmensidad de la creacion, percibió que él, polvo de un dia, ocupaba en ella un invisible punto. Esa idea aniquiló los bríos que comenzaba á adquirir. La comparacion de la brevedad de los dias concedidos al hombre con la larga série de años, de siglos, que habian de durar esos árboles, ese rio, ese cerro, ese firmamento, le hizo notar en toda su desnudez la fragilidad humana. Semejante reflexion le dejó agobiado. ¿Para qué sirve, se dijo, esta vida de un minuto, que no parece más que un sueño? ¿Para qué sirve el pensamiento, si ha de ser tan débil, tan precario, si ha de extinguirse al impulso fugaz del viento?

Desde entónces ya no pudo volver sus ojos sin una pena acerba al delicioso valle del Choróní. Él debía morir y morir pronto. Desde que estuviera en la tumba, todas aquellas bellezas, todas aquellas maravillas serian perdidas para él. ¡Adios, brillantes matices de las flores! ¡Adios, espléndida luz del sol! ¡Adios, suave claridad de la luna! ¡Adios, verdes praderas, susurro del agua, murmullo de la brisa, canto de las aves!

¿Qué nos importa vivir,
Si, aunque cien años contemos,
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?

¿De qué vale un año más
De existencia pasajera,
Si es la vida una carrera
Más inquieta que fugaz?

¿De qué sirve que el espacio
Eterno corras, ¡oh sol!
Y tiñas con tu arrebol
Esos techos de topacio?

¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre,
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?

Porque habremos de llegar
Á nuestro término impío,
Como las ondas de un rio
Á los abismos del mar.

Vendrá el dia en que renuncie
Á esta gran naturaleza,
Á su pompa, á su belleza
Y mi último adios pronuncie.

Llegará la hora en que todo
Lo mire desaparecer,
Cuando se borre mi ser
Entre gusanos y lodo.

Llegará la hora en que otro hombre
Me cave en la tierra dura
Una estrecha sepultura
Y ponga en ella mi nombre.

En vano entónces la tierra
Brotará plantas y flores :
No más veré los primores
Que ella en sus senos encierra.

En vano soberbio el mar
Ostentará su presencia :
No más desde una eminencia
Yo lo podré contemplar.

En vano el ambiente aquí
Embriagará con su aliento,
En vano, sí, porque el viento
No soplará para mí.

En vano levantará
Su blande arrullo la fuente,
Que su murmurio inocente
Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oído,
Ni para el pecho habrá amores,
Para la vista colores,
Ni un placer para el sentido.

Entonces, luna, del cielo
Emperatriz y señora,
Benigna dispensadora
De la calma y del consuelo,

Entonces tú seguirás
En tu marcha misteriosa
Y mi tumba silenciosa,
Blanca luna, alumbrarás.

Tu correrás el espacio,
Para no acabar tal vez,
Del firmamento al traves,
Que te sirve de palacio,

Y tu lánguida lumbrera
De la noche en el misterio
Alumbrará un cementerio
Y una seca calavera.

El poeta Maitin estaba condenado á hallar la desgracia en todas partes. La maldad de los hombres le habia hecho perder en el mundo sus ilusiones, sus sueños de arriño. El contraste de la fragilidad humana con el lujo de vida y con la duracion, que resaltan en el resto de la creacion, debia en seguida arrebatarle el consuelo, que desde luego le habia proporcionado el espectáculo de la naturaleza.

Despues de tales contratiempos, la amargura llegó á ser crónica en el alma de Maitin. Sintió entonces, segun él mismo lo dice, tener una inteligencia que pensase. Como ántes habia envidiado la condicion de los pájaros, envidia ahora la del pobre campesino, que, con el hacha en la robusta mano, puede, en los momentos en que interrumpe su tarea, contemplar sin turbacion el cielo, porque no piensa.

Pero á pesar de estas maldiciones contra la actividad de su espíritu, Maitin no solo continuó pensando, sino que se tomó el trabajo de

espresar sus melancólicas ideas en versos sonoros, perfectamente rimados, claros sin ser prosáicos, poéticos sin ser amanerados ó alisonantes.

Hizo más todavía : en vez de guardarlos en su carpeta, como lo habia hecho con los que compuso ántes de 1841, los remitió á los periódicos de Carácas para que viesen la luz en sus columnas.

La materia de estas diversas obras eran los afectos que, segun hemos referido, animaron sucesivamente el alma del poeta, en particular la admiracion, que le fué inspirada por el espectáculo de la naturaleza, y el abatimiento de ánimo, en que fué sumerjido al considerar la pequeñez del individuo. La poesía de Maitin se ocupa mucho de la creacion, mui poco del hombre. Canta los rios y los campos, los árboles y las aves; toma por argumento de sus himnos la luna y el mar, el tiempo, que tanto se hace sentir en la soledad, y el reloj, ese instrumento, que sirve para medirlo. No pretendemos, que el hombre esté completamente escluido de la poesía de Maitin, pero decimos, que ocupa en ella un lugar secundario.

Los caraqueños recibieron con el mayor entusiasmo las producciones del vate del Choroni. Los periódicos de la capital de Venezuela eran continuamente instados, para que amenizasen su lectura con la insercion de nuevas poesias escritas por el mismo autor. La claridad y elegancia de las frases, la sonoridad del metro, la conveniencia en los adornos del estilo, la emocion, que se dejaba sentir en muchas de las estrofas, justificaban bastante ese coro de estrepitosos aplausos.

En cuanto á las bellezas de la forma, adherimos con gusto al juicio de sus compatriotas; pero en cuanto á la materia del fondo, creemos, que el asunto da lugar á una discusion literaria, á nuestro parecer, sumamente interesante.

¿ El poeta debe abandonar al hombre y buscar sus inspiraciones en el espectáculo de la naturaleza? ó bien ¿ debe mezclarse al mo-

vimiento de la vida y tratar de imprimir con sus cantos una direccion á la existencia de sus semejantes? ¿La poesía debe ser contemplativa ó activa?

Maitin ha adoptado el primero de esos sistemas. Se ha alejado del mundo. Se ha retirado á la soledad para solicitar en el silencio los favores de su musa. Sintiendo sofocado en las ciudades, ha pedido al campo aire puro, descanso para admirar á sus anchas el espectáculo de la creacion. Ese soliloquio á la vista de la naturaleza le ha llevado primero al éxtasis, despues al más profundo abatimiento. La conclusion de sus meditaciones ha sido, que el hombre, débil caña, debía quedar anonadado en presencia de la grandiosidad del universo.

¿Es esa la grande y verdadera poesía? sobre todo ¿es esa la poesía, con que debe alimentarse el pueblo hispano-americano, pueblo jóven, al cual conviene buscar el móvil de su vida, no en un misticismo aniquilador, sino en una enerjía vigorosa?

« Preguntais, dice el ilustre poeta norteamericano Enrique Longfellow, ¿dónde debe vivir el pensador? ¿si en la soledad ó en el mundo? ¿si en medio del verde silencio de los campos, donde puede oír latir el corazon de la naturaleza, ó en la sombría ciudad, donde sentirá latir el corazon del hombre? — Yo os responderé sin vacilacion: *en la ciudad*. Aquellos que se imaginan, que la poesía de las ciudades está solo en las estrellas, se engañan mucho, como se engañan tambien en querer relegar los pensadores y los poetas al desierto ó á la sombra de los bosques. Nadie piensa en negar la belleza de las formas de la naturaleza; reconocemos todo el encanto de las florestas y de las olas, de los campos de trigo y de las montañas; pero en lo sustancial, ¿qué son todos esos objetos, sino las decoraciones del teatro? Sublime es en efecto el mundo, de que Dios nos ha rodeado, pero; cuánto más sublime es todavía ese mundo, que ha puesto dentro de nosotros!... Hé ahí el verdadero

país de la musa; hé ahí la verdadera patria del poeta. Ese torrente de la vida; que se precipita en los grandes centros del movimiento jeneral y que arrastra existencias despedazadas á manera de esas producciones marinas, que el océano arroja á la playa, ... tantas familias, que dan vuelta en torno de su hogar, como un mundo en torno del sol, ... tantos aspectos diversos de gozo y sufrimiento encerrados en un estrecho espacio: hé ahí el centro del poeta. Mezclarse á todo eso, ser una porcion activa de ello: hé ahí su destino. Debe obrar, pensar, alegrarse y aflijirse con sus semejantes y no aislarse lejos de ellos. Para pintar á los hombres, es preciso vivir con los hombres. »

« No es únicamente en la soledad, ha dicho todavía otro poeta norteamericano no ménos ilustre que el anterior, Mr. Bryant, donde el hombre puede entrar en comunicacion con el cielo; no es únicamente en el bosque salvaje ó en el valle alumbrado por el sol donde Dios está presente; yo no oigo su voz solo allí, donde los vientos murmuran y donde las olas se regocijan: aquí mismo reconozco, oh Todopoderoso, la huella de tus pasos; aquí, en medio de esa multitud, que rueda al traves de la gran ciudad, con ese grave murmullo, que retumba eternamente, llenando las calles, que serpentean al traves de los edificios, orgullosas obras del hombre.

» Tu sol brilla para tus hijos desde lo alto del cielo; su claridad descansa sobre sus mansiones é ilumina sus hogares. Tú derramas el aire, que respiran en los vastos espacios. Tú les das los tesoros del océano, las mieses de los campos.

» Tu espíritu los envuelve animando esa masa, que marcha sin descanso; tanto el ruido sin fin de las voces y de los pasos de la innumerable multitud, como el resonante mar y la tempestad hablan de tí.

» Y cuando llega la hora del reposo, como una calma sobreviene en plena mar y apacigua las olas, el momento de ese reposo es todavía obra tuya. Ese reposo tambien proclama á

aquel, que guarda esa inmensa ciudad, mientras que ella duerme. »

Longfellow, fiel á estas teorías, ha escrito un canto, que ha llamado la atención, no solo de su patria, sino de Inglaterra misma, en el cual ha dado un modelo de esa poesía varonil y nutrida, tan propia de un pueblo, que tiene porvenir. Ese canto se llama el *Salmo de la vida* y es una respuesta á las palabras del Eclesiástico : *Todo es vanidad*. Queremos citar lo para dar una muestra de esa inspiración robusta, que tanto contrasta con la enervante y afeminada de los poetas contemplativos.

« No me digas, salmista, en tus versículos melancólicos : la vida es un vano sueño, porque para el alma el sueño es la muerte y las cosas no son lo que parecen.

» La vida es real, la vida es seria; la tumba no es el fin. « Eres polvo y al polvo has de volver, » eso no fué dicho del alma.

» No es el gozo, no es la tristeza lo que constituye nuestro fin, nuestro destino, nuestra senda; es la acción para que cada día siguiente nos encuentre más avanzados que la víspera. En el campo de batalla del mundo, en el vivac de la vida, no seas como el rebaño mudo, que el pastor arrea delante de sí : sé un héroe en el combate.

» No te confíes al porvenir, cualesquiera que sean sus encantos. Que el pasado entierre sus muertos. Obra, obra en el presente que vive, tu corazón en el pecho y Dios sobre tu cabeza.

» Las vidas de los grandes hombres nos manifiestan todas, que podemos hacer sublime nuestra vida y, al partir, dejar en pos de nosotros la huella de nuestros pasos en las arenas del tiempo.

» Quizá otro navegante del mar solemne de la vida, un hermano extraviado y naufrago, viendo esa huella, recobrará su valor.

» En pie, pues, y obremos, el corazón pronto á todo acontecimiento, dando fin á nuestros

trabajos y volviendo siempre á comenzar otros; sepamos trabajar y aguardar (1). »

Este ejemplo basta para evidenciar la inmensa ventaja de esa poesía activa, que da calor á nuestro corazón y estímulo á nuestra voluntad, sobre esa poesía llorona, que abate y enerva. La una impulsa al trabajo, hace que el hombre ponga en ejercicio todas sus facultades; la otra lleva al fastidio, á la pereza, á la apatía. Es bello que el poeta sea un Tirteo, no de las batallas, como en la antigüedad, sino de la ciencia, de la industria. No nos gusta que sea una especie de cartujo panteísta, que renuncie á toda iniciativa, á toda espontaneidad para pasar su vida entera en una contemplación infecunda y en un abatimiento mortal.

El mismo Maitín ha mostrado el buen sentido de reconocer el defecto, que podría criticarse á sus composiciones por lo demás tan bien trabajadas. En una carta dirigida á uno de sus amigos é insertada al frente de su colección, se leen las siguientes palabras : « Temo que algunos de mis versos, en los que el descontento, la vaga melancolía del ánimo se ha deslizado á pesar mío, sean recibidos con disgusto, porque yo mismo, al espresarlos, los he condenado y me he visto tentado á suprimirlos. Se han salvado sin embargo, pero lo deben á la circunstancia de no haber yo tenido otra cosa algo mejor con que reemplazarlos. Ellos me han causado á veces el mismo hastío, que la poesía de una gran parte de los escritores de la época, esa poesía de jemido, que, á pesar de la afectación de las ideas, de la desesperación de las palabras, no produce una emoción siquiera, no encuentra ni un solo eco, ni una sola simpatía en el corazón de los lectores. »

Pensamos, que ningún individuo razonable de los que se ocupan de amena literatura, se

(1) El distinguido poeta chileno don Martín José Lira ha publicado una traducción en verso de esta magnífica composición en la Revista del Pacífico, tom. I, entrega 3ª, pág. 180.

avanzará á negarnos la verdad de las anteriores observaciones; pero tememos, que haya quienes traten de negarnos el derecho de dirijirlas á los poetas. En este siglo XIX, que ha visto caer tantos privilejios, que ha visto desconocer tantas prerrogativas, los poetas han manifestado á cara descubierta pretensiones á la inviolabilidad; cuando más han concedido, que la crítica se ocupara de la forma de sus producciones, pero no del fondo.

Víctor Hugo, en el prefacio de las *Orientales*, ha formulado la carta de estos fueros de la poesía. Todo puede ser materia del arte, ha dicho, todo tiene derecho de ciudadanía en sus dominios. En el jardin de la imaginacion no hai fruto prohibido. Hasta ahora no se han levantado mapas del arte con las fronteras de lo posible y de lo imposible señaladas por medio de tintas azules ó rojas. Un crítico puede discutir sobre si un libro está bien ó mal escrito, pero no debe pedir cuenta al autor sobre la eleccion del argumento.

Si alguien viniera á preguntarme, continúa el mismo Víctor Hugo, por qué se me habia antojado escribir las *Orientales*, contestaria, que no lo sabía, que esa idea me habia venido cierta tarde que me paseaba contemplando el ocaso del sol. Examinad, cómo está trabajado mi libro, pero no la materia de que trata ó el orijen de donde viene.

Esta teoría importa la exigencia de que cada vez, que un poeta hable, el público se descubra la cabeza, ponga en tierra la rodilla y tome el incensario en la mano para rendir homenaje á un enviado de Dios.

Sin duda, el poeta tiene el derecho de pasearse por el universo entero, por la tierra y por el cielo; pero el público tiene tambien el derecho de rechazar aquellos cantos, que pueden perjudicar á la felicidad del individuo ó al progreso del jénero humano; tiene el derecho de negar sus aplausos á la poesía egoista de esos Narcisos, que juzgan asunto interesante para todos aun sus amoríos más insípidos, aun sus dolores más vulgares; tiene el dere-

cho de decretar las recompensas de la gloria conforme á los méritos de cada uno, pudiendo para eso analizar en todos sus aspectos las diferentes obras. El deber de la crítica es contribuir á la ilustracion de los juicios de ese público.

Pero se nos dirá: ¿Cómo quereis que estimule á la accion el poeta, que lleva la duda en su intelijencia y el desaliento en su corazon? ¿cómo entonará himnos de triunfo el que se siente agobiado por la desesperacion más amarga? ¿cómo exigir, que espresese ideas ó emociones contrarias á las suyas?

Nosotros no pretendemos semejante cosa; no queremos erijir un absurdo en regla. Lo que decimos es que el público debe condenar con una repulsa enérgica la espresion de ciertos afectos enervantes, de ciertas ideas nocivas. Estamos seguros de que esa reprobacion bastará para que la mayor parte de los poetas principien á sentir de otro modo y á sacar, por consiguiente, de su lira sonidos mui diferentes de los lamentos y maldiciones. El dia que no haya coronas para los que lloran por males desconocidos, por desgracias imaginarias, por dolores vagos, el número de los llorones de profesion disminuirá considerablemente.

Debeis saber que muchos de esos Jeremías escépticos comen con apetito, duermen como bienaventurados, andan lozanos y robustos, viven libres de cuidados y molestias. Cuando se ponen á escribir, encuentran las desesperaciones y los tormentos morales, no en el fondo de su alma, sino en el de su tintero. Haced que la moda deje de acariciarlos, y los vereis cambiar esa afectacion de amargura por tonos más verdaderos.

En cuanto á los que sufren en realidad, esos estarán próximos á ser curados el dia que la complicidad de los lectores no haga á los escritores recrearse en las enfermedades de su corazon ó de su espíritu. No hai cosa peor para las pasiones ó inquietudes del alma, que el complacerse en ellas.

Por lo dicho se vé que, todo bien meditado, el público ilustrado puede influir en gran manera sobre la inspiracion tanto del poeta como de otro pensador cualquiera.

Aun cuando así no fuese, siempre estaria obligado á cuidar de que las enfermedades del ánimo no se conviertan en epidémicas. Es preciso evitar, que las dolencias de los individuos lleguen á ser jenerales. El cordon sanitario, que puede preservar á la sociedad del contagio de esos afectos enervantes, de ese éxtasis perezoso, es la indiferencia, ó mejor, si es posible, la reprobacion formal para los que malgastan en poetizarlos las dotes de su talento.

Esta precaucion debe tomarse, sobre todo, cuando se trata de un ingenio como el de don José Antonio Maitin, capaz de dar á sus obras todos los atractivos de la fantasía y todo el calor de la sensibilidad. El mal ejemplo es en tal caso estremadamente temible, porque aparece rodeado de un prestigio, que fascina, y porque, haciendo difícil el análisis, impide percibir el áspid oculto entre las flores.

Después de haber manifestado el carácter jeneral, que resalta en las producciones de Maitin, vamos, para acabar de dar á conocer á este poeta, á examinar con alguna mayor minuciosidad sus composiciones de más largo aliento.

El *Canto fúnebre* á la memoria de su esposa es una obra, que habria hecho honor á cualquiera de los poetas españoles. Basta leerlo para convencerse de que el señor Maitin llora de veras y no por metáfora. Sus lágrimas son una realidad y no una figura. El individuo, que recorre esa composicion, adquiere la evidencia de que el autor sufría efectivamente al escribirla. Aun más : por poco sensible que sea, no puede ménos de acompañar al poeta en un dolor, que le ha arrancado acentos tan tiernos, lamentos tan conmovedores.

La esposa del señor Maitin murió inesperada y repentinamente, sin haber podido dirigir una sola palabra de adios al hombre, que tanto la amaba, sin haber tenido para él más

que una mirada de despedida. Cuando todo hubo concluido, Maitin se desesperó pensando, que en su turbacion no habia examinado bastante aquella mirada para comprender lo que pedia, lo que significaba. Jamas habia llegado á ocurrírsele, que aquello no habia de durar más que un minuto. Así no puede conformarse con que hubiera sido tan improvisa su separacion de una persona tan querida.

¡ Te fuiste sin saber que te sentia !
 ¡ Te fuiste sin saber que te lloraba !
 No pude darte esta alegría,
 Y tú ni este consuelo
 Le pudiste dejar al que te amaba !

En seguida espresa admirablemente esa tristeza de los recuerdos, con que nos empeñamos en vano por llenar el vacío inmenso, que deja en nuestra vida la ausencia eterna de una persona amada. Habla de la senda, que recorrió en compañía de su esposa, del sitio donde descansaron juntos, del mendigo á quien ella socorria, del huerto que cultivaba, de la planta, recién brotada de la tierra, que ella habia sembrado por sus manos.

En la enumeracion de estos objetos hai una novedad, que merece ser notada. Los poetas de la antigua escuela, en un caso semejante, no habrian vacilado en hacer mencion de las cosas anteriores. Una senda, un sitio ameno, un mendigo, una huerta, una flor, que nace, cuando ya no existe el que arrojó en el surco la semilla, eran objetos, que ellos, como todo el mundo, reputaban poéticos. Pero Maitin, arrastrado por su dolor, ha hablado al mismo tiempo de las sillas, que han quedado desarregladas en el aposento mortuorio, del lecho todavía revuelto, de la colcha aun desacomodada, de la costura á medio hilvanar dejada sobre una mesa, de la aguja, que permanece clavada en el lienzo, como si esperase, que se llevara á término el movimiento comenzado por la ágil mano de su esposa y suspendido por la muerte.

Hermosilla, que no tolera en verso la palabra *almohada*, se habría indignado hasta el colmo por la admisión de tanta voz prosáica en el lenguaje sagrado de la poesía; pero Maitin, que no quiere sacudir de los muebles el polvo, que *ella* no pudo limpiar, porque ese polvo es una memoria viva de la que llora, no ha tenido ningún escrúpulo en hacer alusión á cosas, que han llegado á ser para él dignas de todo su respeto. Debemos decir, con nuestra franqueza de críticos, que Maitin habría hecho muy mal en seguir los preceptos de Hermosilla. Su composición habría perdido una gran parte de la naturalidad y de la emoción que la hacen tan sentida y verdadera. No sabemos que ningún otro escritor, ántes que Maitin, haya dado en castellano una muestra de esa poesía *doméstica*, que no retrocede delante de las imágenes caseras y de los accidentes vulgares y comunes de la vida, poesía que con tanto acierto ha introducido Sainte-Beuve en la literatura francesa.

El último cuadro del *Canto fúnebre* es la visita del esposo desolado al cementerio, donde yace el cadáver de su *Luisa*. Al retirarse de aquel lugar, el poeta pronuncia esta despedida, que forma el final de la composición :

Adios, adios! Que el viento de la noche,
De frescura y de olores impregnado,
Sobre tu blanco túmulo de piedra
Deje al pasar su beso perfumado.

Que te aromen las flores, que aquí dejo ;
Que tu cama de tierra halles liviana ;
Sombra querida y santa, yo me alejo ;
Descansa en paz.... Yo volveré mañana.

El lector queda con la certidumbre de que el señor Maitin ha de haber vuelto, no solo una, sino muchísimas veces.

Precisamente á continuación de la anterior, viene otra composición, titulada *Paralelos*, que parece haber sido colocada en aquel sitio para formar contraste con la primera. El *Canto fúnebre* es la expresión del dolor sin-

cero de un marido, que realmente llora á la mujer que amó; está lleno de verdad, de sentimiento, de delicadeza. Los *Paralelos* son la obra de un retórico, que á sangre fría se ha propuesto trabajar sobre tal tema, elejido entre varios otros, simplemente para componer versos.

Esta producción es un canto á Bolívar. El poeta deprime á Alejandro, á César y á Napoleón I, para elevar á su héroe.

Como se vé, el plan no es ni nuevo, ni injenioso. Esa comparación forzada entre individuos de siglos y civilizaciones diversas, que no tienen el menor punto de analogía, ha sido sumamente traqueada desde la independencia acá.

Maitin, como los demás que han explotado el mismo tema, se ha visto obligado á falsear la historia para ejecutarlo.

Creemos innecesario entrar en una disertación histórica con el objeto de demostrarle que las victorias de Alejandro no han sido completamente estériles para la humanidad, como él lo supone.

Es cierto que César no rindió culto á la libertad, cuyos altares destruyó en Roma; pero Bolívar ¿fué un adorador muy devoto de esa divinidad? Es preciso no confundir las cosas. La independencia de América debe mucho á Bolívar; mas ¿podría decirse otro tanto de la libertad? Nos parece que sin mucha sutileza podría descubrirse alguna semejanza entre César el dictador y Bolívar el presidente vitalicio.

El poeta echa en cara á Napoleón lo efímero de su obra, destruida en breve tiempo, y el abandono de sus últimos momentos.

Nosotros querríamos que el señor Maitin nos respondiera, dónde está Colombia, y si hai mucha diferencia de Santa Helena á Santa Marta.

Después de estas comparaciones que, como es de presumirse, redundan todas en honra de Bolívar, el autor hace que la musa le conduzca á la tumba del héroe venezolano. Du-

rante el caudillo, trata de pintarse ajitado de la más extraordinaria conmoción; pero es evidente, que esa conmoción está en las palabras y no en su alma. La agitación del ánimo no se remeda acumulando exclamaciones y aspavientos. Es preciso hacer sentir, que uno está conmovido, y no limitarse á decirlo.

Esta pieza hueca y exajerada termina con un discurso de fátuo, que el poeta pone en boca de la sombra veneranda de Bolívar. El caudillo independiente dice en él, que no quiere por ofrendas ni flores ni arcos triunfales, sino virtudes y ciencias y que, cuando Venezuela llegue á poseerlas, él, Bolívar,

..... ciñendo por corona
La rutilante bóveda del cielo,
Á echar una ojeada por el suelo,
Mirará las naciones á sus piés.

Este ejemplo puede dar una idea de la hinchazón y del falso tono, que se observa en los *Paralelos*.

Entre las obras poéticas de Maitín se hallan dos romances, titulados : el uno el *Máscara*, y el otro el *Sereno*, de los cuales vamos á hacer también un rápido análisis.

El *Máscara* es un cuento, que sería capaz de hacer dormir de pié al lector más paciente, tan insulso y trivial lo encontramos. No sobresale ni por la pintura de los caracteres, ni por lo dramático del argumento. No es un estudio del corazón humano, ni la narración de una intriga curiosa y divertida. No hai en él ni lances que nos entretengan, ni afectos que nos conmuevan. El romance, de que hablamos, es insípido y chabacano desde el principio hasta el fin.

Los personajes, que en esta malhadada composición figuran, son de una vulgaridad desesperante, á saber : una madre, que por dinero quiere casar á su hija contra su voluntad ; una niña, que por obediencia se resigna á este sacrificio ; un ladrón estúpido, que se deja enganar por una mujer ; y un jóven amartelado

tan bobo, que no acierta á tomar la menor providencia para que no le arrebatén su querida.

Nos parece difícil concebir entes más cuidados é imposible hacer con ellos algo que tuviera siquiera algun mediano interes. Efectivamente, la fábula imaginada para hacer obrar á semejantes individuos es digna de ellos por la pobreza de la invención y la futilidad de sus incidentes. El argumento del *Máscara* vendría más bien en una *Gaceta de los Tribunales* que entre los versos de un poeta, pero no entre las causas célebres, sino entre los delitos comunes y ordinarios.

El lector va á juzgar de la exactitud de nuestra crítica.

Existía en Carácas una viuda acaudalada, llamada doña Anastasia, no sabemos de qué, porque el autor no ha cuidado de decirlo y nosotros no hemos procurado averiguarlo, aunque el hecho tenga ribetes de histórico, madre de una niña encantadora, que tenía por nombre Enriqueta. Con decir que Enriqueta era mujer y tenía quince años, ya se deja presumir, que estaba enamorada ; y con agregar que era tan hermosa como rica, escusado nos parece advertir, que no le faltaban adoradores. Efectivamente, Enriqueta amaba á Claudio y Claudio amaba á Enriqueta con una de esas pasiones, que solo se experimentan en la juventud.

Antes de proseguir, diremos de paso, por si se nos pregunta, que nada sabemos sobre el carácter, costumbres y condición del referido Claudio, pues la historia nada espresa acerca de este particular. Los únicos datos, que sobre su persona poseemos, son : que era rubio, que tenía el rostro bello, que cantaba pasablemente bien, que era sensible y tenía los bolsillos mui poco provistos.

La madre no se opuso al principio al mútuo afecto de ambos jóvenes, sino que por el contrario lo vió crecer con secreto interes ; pero el desmedido cariño, que profesaba á su hija, le hizo cambiar al poco tiempo de dictámen.

Habiéndose presentado entre los solicitantes á la mano de Enriqueta un caballero de muchas campanillas, llamado don Juan, que pasaba por ser estremadamente rico, doña Anastásia perdió la chabeta, accedió con gusto á la solitud del nuevo pretendiente y despidió de la casa á Claudio á causa de su pobreza, ese crimen, que no está escrito en ningun código, pero que sin embargo recibe siempre los castigos más tremendos.

Probablemente no habia llegado á los oídos de la buena señora, cuando á tanto se avanzó, la detestable fama del tal don Juan, el cual, segun se susurraba en la ciudad, era un hombre de conducta tenebrosa y de perversas intenciones, que pasaba sus noches en el juego, cuando no en hacer cosas peores. No tenia ningun oficio lucrativo, ni se sabia, de dónde sacaba el oro, que repletaba sus cofres. Á veces se ausentaba de repente, sin que nadie supiera á dónde, y reaparecia despues lleno de contento y magníficamente ataviado. Otras veces se le veia con los vestidos pobres y desaliñados, recrecido el bigote y la inquietud en las facciones. Habia quien aseguraba, que le habia visto en medio de las tinieblas evocando las visiones infernales, que los espíritus respondian á su horrible llamamiento y que su cuarto se llenaba de espectros y apariciones. Otros decian, que vagaba á deshoras por los cementerios y que, entrada la noche, acosado tal vez de sus remordimientos ó de sus temores, se dirigia hácia la iglesia, cuyas puertas se cerraban con estrépito á su aproximacion, resonando al mismo tiempo las campanas en la torre.

Diremos, entre paréntesis, que estrañamos mucho la existencia de un ente tan misterioso en medio de nuestras prosáicas ciudades y que doña Anastásia fuera tan remisa en tomar informes sobre el novio de su hija, al cual se atribuian hasta robos y asesinatos, aunque bien puede suponerse, para explicar nuestras dudas, que las costumbres de Venezuela sean diferentes de las de Chile y que la señora ignorase los rumores, que corrian acerca de su

futuro yerno; pues aunque todos ellos eran mui válidos en el pueblo, nadie se atrevia á propalarlos en público, por temor al oro ó al poder sobrenatural de ese ente indefinible, medio trasgo y medio hombre. Haciendo esta suposicion, no divisamos ningun inconveniente para que las cosas hayan sucedido del modo que el poeta las relata: lo inverosímil no siempre es falso, como lo verosímil no siempre es verdadero.

Sea de esto lo que fuere, ajustado el matrimonio, Enriqueta, que era un dechado de obediencia y un modelo de humildad, se aprestó con resignacion al sacrificio. Claudio habria buscado en la muerte un remedio á sus tormentos, á no haber esperado, que el tiempo trajera alguna mudanza favorable para su amor. Los resultados probaron, que habria cometido el más solemne de los disparates, si lo contrario hubiera hecho.

Una noche que se daba una tertulia en casa de doña Anastásia, don Juan, que habia estado cortesano como nunca, en vez de retirarse con los demás convidados, se ocultó en un corredor y cuando todos los dueños de la casa estuvieron recojidos, cubierto el rostro con una máscara y armado de un puñal, se dirigió al aposento, donde reposaba doña Anastásia, y con voz de trueno intimó á esta, que en el acto le entregase todas sus alhajas y dinero. Los gritos y las súplicas de la pobre mujer de nada le sirvieron y fuerza fué obedecer.

Cuando el ladron hubo saciado su codicia, amenazó de nuevo, para que se le diera la llave de la puerta de la calle, á fin de poner en salvo su persona y su tesoro. Doña Anastásia, previsora esta vez, presentó una llave cualquiera y miéntras el encubierto se lanzaba precipitado para escapar, la dama, quitándose los zapatos y conteniendo el aliento, le siguió de cerca. Cuando notó, que el ladron estaba afanándose por introducir en la puerta la falsa llave, le dejó aprisionado en el zaguan corriendo los cerrojos del entreportón, que comunicaba á este con el patio de la casa.

Apenas le tuvo bien asegurado, fué á las ventanas, desde donde se puso á llamar jente, que rodease al prisionero, el cual, viéndose cercado, no tuvo otro partido que arrancarse la máscara, bajo la que se ocultaba para ejecutar sus latrocinios, manifestando á la vista de todos los asistentes, que era don Juan. La policía le condujo de allí á la cárcel, donde de buena gana le habríamos mandado dar cien azotes, para que en otra ocasión no volviera á cometer la torpeza de robar á su futura suegra lo que á poco debía recibir como dote de su novia.

No concluiremos sin decir que Enriqueta y Claudio se casaron.

Basta la simple esposicion del argumento para que se conozca, que es imposible hacer con semejantes datos algo, que merezca la pena de que se lea. Los alquimistas no han encontrado todavía el secreto de convertir el barro en oro. El literato más ingenioso no habría logrado poetizar un argumento tan mezquino, como el operario más prolijo sería incapaz de trabajar un bordado delicado en una tela grosera.

El *Sereno* es aun peor concebido y ejecutado que el *Máscara*, lo que es mucho decir.

Un desconocido encapado abre la escena saliendo á la calle para contar en alta voz á las estrellas y al viento los remordimientos que le acosan. El sereno del puesto, que le escuchaba, le llena de improperios, sin provocacion y sin haber para qué, y en seguida, sin invitacion ni motivo, se pone á referirle su historia.

Era el caso, que este sereno se había desposado con una mujer, á quien amaba; pero la noche misma de la boda, ántes de ser feliz, la había perdido, como Orfeo á Eurídice. Estaban los novios en sus dulces coloquios, cuando oyeron á la puerta de su casa el ruido de una riña y despues el ¡ai! de un moribundo. Habiendo salido apresuradamente el marido, se encuentra con dos hombres, uno tendido en tierra, que se revuelca en su sangre, y el otro

de pié junto al primero, en el colmo de la desesperacion. Impulsado por un movimiento compasivo, trasporta al herido á su propio lecho y corre con el amigo en busca de un médico. Durante el camino nota con sorpresa, que se halla solo, habiendo desaparecido de repente el individuo, que le acompañaba. Vuelve á su casa con un fatal presentimiento. No encuentra en ella ni al herido, ni á su novia, ni á nadie. Una carta dejada sobre la mesa le esplica el misterio: un amante ignorado de su mujer se ha valido de aquella estratagemas para robarle la prenda de su amor. El desgraciado se vuelve loco. Al cabo de mucho tiempo, habiendo recobrado la razon, asienta plaza de sereno, seguramente para poder filosofar durante la noche.

El desconocido encapado, cuando oye la relacion anterior, no puede ocultar su turbacion. El sereno le invita entónces á dar un paseo por la silenciosa ciudad, á fin de que sea testigo

De cien escenas nocturnas.

Al poco andar escuchan las quejas de un amante desdeñado, que llora inútilmente al pié de la ventana de su querida. El infeliz le avisa, sin ablandarla, que parte á la guerra para buscar un término á sus males.

El desconocido encapado, que parece ser estremadamente sensible, procura alejarse pronto, porque el dolor de aquel desdichado le parte el corazon.

Un poco más allá, encuentran á un ciego mendigo. Un amo desapiadado había condenado á aquel adicto y fiel servidor á la indigencia, cuando la voz del anciano se había alzado para reprimir las pasiones de su jóven señor y cuando sus servicios habían llegado á ser inútiles.

El desconocido encapado no puede tampoco soportar semejante espectáculo. Arroja una bolsa de limosna al pordiosero y se aleja seguido siempre por el sereno.

Hé aquí ahora que llega su turno á una pobre loca cubierta de andrajos. Había sido en otro tiempo bella, rica, considerada, feliz. Un malvado seductor le habia arrebatado con la honra todos aquellos bienes. Abandonada por su pérfido amante, habia dado la muerte, en un raptó de locura, al niño, que habia sido fruto de su liviandad. Desde entónces, estra-
viada la razon,

Busca con afán prolijo
Mansa y cariñosa al hijo
Y vengativa al amante.

Habiendo entrado la loca en conversacion con los dos paseantes, reconoce en el desconocido encapado al seductor, por quien ha sido engañada, y pierde el sentido desmayándose en tierra.

El encapado no puede sufrir más las emociones de aquella noche terrible, saca un puñal y ruega al sereno, que le quite la vida. Él es quien ha arrebatado el cariño de su querida al amante desdeñado; él es quien ha

privado de asilo y de esperanza al viejo y fiel servidor; él es quien ha perdido á la mujer, que yace á sus piés; él es, en fin, quien ha robado á la novia del sereno. Este, en su primer movimiento de rabia, quiere despedazar á su interlocutor, pero calmándose concluye por perdonarle y por pedir al cielo, que haga otro tanto.

Todo es absurdo y descosido en esta composicion : el monólogo, con que principia la historia del sereno; los incidentes, que siguen; el desenlace, que pone fin á la pieza. Seria hacer un insulto á la sensatez de los lectores el perder tiempo en criticar semejante conjunto de disparates mal eslabonados.

El *Máscara* y el *Sereno* manifiestan, que el señor Maitin, distinguido poeta lírico, no tiene una sola dote de poeta narrativo. En sus composiciones sueltas ha cometido algunos pecados veniales, que pueden ser perdonados; mas los dos romances, á que nos referimos, son dos pecados mortales, que no merecen absolucion.

Á ZORRILLA

I

Ya escuché tu dulce canto
¡ Oh poeta ! y tus lamentos,
Tu tristísimo quebranto,
Que arranca á los ojos llanto
Y al corazon sentimientos.

Te escuché hablar con los muertos,
Entre ruinas solitarias,
Entre sepuleros desiertos,
Á los reflejos inciertos
De lámparas funerarias.

Escuché ya los cantares
De tu dulce inspiracion

Y á la voz de tus pesares
Las lágrimas á millares
Abortaba el corazon ;

Y tus versos peregrinos
Y tu expresion celestial
Más tiernos son que los trinos,
Que los cánticos divinos
De vírgen angelical.

Dar vida sabes al viento,
Al campo, al agua, á la flor,
Vida al vasto firmamento,
Á los céfiros aliento,
Á la fuentecilla amor.

A la tarde das colores,
 A la mañana arrebol,
 Matiz á los ruiseñores,
 Que celebran sus amores
 Saltando de flor en flor ;

Y sus copas elevadas
 Meecen los olmos silvestres,
 Lánguidamente agitadas
 Por las brisas perfumadas
 De soledades campestres,

Y blandamente ilumina
 El soto umbroso y ameno
 Del sol la luz peregrina
 Y el aura fresca y divina
 Riza su enramado seno,

Y la aurora en el oriente
 Nevada sale, tocadas
 Su cabellera y su frente
 Con el velo transparente
 De nubes arreboladas.

A la noche silenciosa
 Das flotantes vestiduras,
 Que recoge majestuosa,
 Cuando la aurora pomposa
 Se eleva por las alturas.

Ora ese campo de estrellas,
 Libre de nube importuna,
 Es un coro de doncellas,
 Que va siguiendo las huellas
 De su señora la luna.

Ya la luna silenciosa
 No tiene tocas ni velo,
 Que es la lámpara dudosa,
 Que la noche misteriosa
 Cuelga en los altos del cielo.

Ya la luna transparente,
 Matrona de las alturas,
 Camina lánguidamente
 Arrastrando en occidente
 Azules sus vestiduras.

Ora es el cielo azulado
 Un pabellon de reposo,
 Bajo el cual, aletargado,
 Dormita el mundo, velado
 De cortinaje pomposo.

Entónces callan los vientos,
 Inmóvil duerme la flor,
 Y hallas tú dulces acentos,
 Un campo de sentimientos
 Y un mundo de inspiracion.

Las Náyades han perdido
 En tí su mejor cantor
 Y las Gracias y Cupido
 Y la belleza de Gnido
 Su ya caduco esplendor ;

Que esas bellezas gastadas,
 Que esas graciosas ficciones
 Son ninfas abandonadas,
 Que por el tiempo ultrajadas
 No rinden los corazones.

¡ Ah! permite que te admice,
 Que pruebe tu inspiracion,
 Que, si deliras, delire,
 Con tus suspiros suspire
 Y lllore con tu dolor.

11

Esa religion que cantas,
 Consoladora en tu boca,
 El alma estéril provoca
 A piedad y contricion ;
 Dulce parece á tu acento
 Nuestra religion elemente,
 Dulce la llama inocente
 De la fé del corazon.

¿ Qué otro pintor pintar sabe,
 Mejor que tú, de la vida
 El sendero, en que perdida
 Lucha el ánima infeliz ?

¿El llanto, que oculta en vano
El oropel y la seda,
Y en que al hombre no le queda
Más consuelo que morir?

Al escuchar de la vida
La historia imperfecta y vana
La torpe ilusion mundana
Se borra del corazón;
El hombre entonces levanta
Su vista abatida al cielo
Y lo que pierde en el suelo,
Lo halla en el seno de Dios.

Entonces nos estremece
El ruido de los festines,
Las danzas de los jardines,
De la orgía loca el rumor,
De su báquica algazara
Nos sobrecoje el exceso
Y de torpe amor el beso
Cruje con horrible son.

Entonces tu voz resuena
En la soledad mundana
Como lóbrega campana
Anunciando un funeral,
Cual llanamiento, que aterra,
Solemne, triste, profundo,
Al pecador moribundo,
Que parte á la eternidad.

Entonces de los sepulcros
Las figuras descarnadas
Se levantan, asombradas,
Al llanamiento de Dios
Y el relámpago amarillo
Cruza el negro firmamento,
Para alumbrar un momento
Tan horrible aparicion,

Y el rayo suena espantoso
Y las tempestades bramán
Y las sombras se derraman
Y desaparece la luz
Y se abre en grietas la tierra
Y se oye la voz del juicio

Y tiembla aterrado el vicio
Y se asusta la virtud.

Entonces la vil caterva
De fieros conquistadores,
De la tierra los señores,
Son esclavos á su vez
Y á la virtud, que vejaron,
Al infeliz, que oprinieron,
Al triste, que persiguieron,
Besan los desnudos piés.

Entonces la cortesana,
Que en blando lecho de flores
Alquilaba sus favores
Sin amor y sin placer,
Por ocultar se desvela
Su esqueleto carcomido
Y de su ser corrompido
La espantosa desnudez.

Entonces el avariento,
Que riquezas atesora
Y al pobre hambriento que llora
Jamás la mano alargó,
Escucha allí los gemidos
De la gente desgraciada,
Que del hambre atormentada
Á su presencia murió.

Allí se vé del ingrato
Vagar la sombra execrable,
La mirada inevitable
Huyendo del bienhechor,
Esa mirada, que en vano
Huye la espantada sombra,
Que la acosa, que la asombra
Cual fantasma aterrador.

Del mal hijo la congoja,
Los gemidos del perjurio
En aquel cóncavo oscuro
Mezclan su confuso son,
Y el estampido del rayo
Y el hondo silbo del viento
Y el temor y el desaliento
El mundo llenan de horror.

Tales son las impresiones,
Que con versos celestiales
En tus cuadros inmortales
Nos produces sin cesar,
Y en tropel nos amontonas
Imágenes gratas, nuevas,
Con que nuestras almas llevas
A un mundo de idealidad.

Perdona, que yo te cante
Con mi lira destemplada :
Ella ha sonado agitada
De tu dulce inspiración;
Que admirar sabe ¡ oh poeta !
La gente venezolana
De tu pluma sobrehumana
La sublime creación.

UN ADIOS

Á CATUCHE

¡ Oh cómo me interesa,
Catuche silencioso,
Tu bosque misterioso
De lirio y de jazmin
Y tus frondosos techos,
Que aparan, solitarios,
Los rayos incendiarios,
Que bajan del zénit !

Y el diáfano rocío,
Que en la hoja se menea
Y el vienteillo orea
Alígero y sutil,
Y del copei altivo
La verde, la ancha copa
Y la pintada tropa
De mariposas mil.

¡ Oh cómo me deleitan
Tus palmas y tus flores
Y alados los cantores,
Que beben tu cristal,

Y el colibrí pintado,
Que gira en vuelo incierto,
Y el plácido desierto,
Que fecundando vas !

Tú, arroyo, me recuerdas,
Con esa tu verdura,
Tu pompa y tu frescura
Y con tus flores mil,
El valle delicioso,
Feliz, aunque apartado,
Hermoso, aunque olvidado,
Del blando Choroni.

¿ Acaso algún mancebo
De la ciudad vecina,
Catuche, no encamina
Sus pasos hacia tí ?
¿ Acaso no hai un triste,
De tu silencio amigo,
Que venga sin testigo
A suspirar aquí ?

¿ No vienen á quejarse
Al son de ese tu arrullo,
Al lánguido murmullo
De aquesta soledad,
La soledad, que vierte
Suspiros misteriosos
Y sonos armoniosos,
Calmantes del pesar ?

¿ No vienen á tu orilla
Los dulces trovadores ?
¿ No cantan sus amores
Al son de tu compas ?
¿ No buscan en tu seno
Las bellas creaciones,
Que den á sus canciones
Dulzura celestial ?

¡ Catuche ¡ pues me inspiras
Un solo sentimiento,
No esperes, que un momento
Me olvide yo de tí.
No esperes, pues te debo
Una ilusión siquiera,

Que tu memoria muera
Quimérica y gentil ;

Y cuando yo retorne
Al sitio que he dejado,
Al valle afortunado
Del blando Choroní,
Al recorrer gozoso
Los bosques y las breñas,
Las fuentes y las peñas,
Me acordaré de tí.

¿ No hai quien venga, claro arroyo,
A suspirar en tu seno,
Bajo el enramado ameno,
Con que te engalanas tú ?
¿ No hai un mísero que pruebe,
En esa ciudad gigante,
En su vida un solo instante
De indefinible inquietud ?

Solo yo busco ¡ oh torrente !
La paz de tu blando arrullo,
En tanto que tu murmullo
Los demás huyen tal vez ;
Que el enfado que me abruma
Otro encanto no resiste,
Y el alma no encuentra ¡ ai, triste !
Ilusion en el placer ;

Y es por eso que sentado
Mis horas paso en tu orilla,
Una mano en la mejilla
Y en fantástica inaccion,
Con un suspiro en los labios
Y la vista en tu corriente,
Un pensamiento en la frente
Y un ¡ ai ! en el corazon.

Por eso es que solitario
Con la vista voi siguiendo
Tus aguas, que transcurriendo
Hácia la represa van
Y acercándose al conducto
Van su perfil estrechando
Y á la reja murmurando
Entran con gracioso afán

Y su ignorado camino
Siguen tristes y calladas,
Hasta que al aire lanzadas
Dejan luego su prision,
Cual virgen, que se sepulta
Entre una cárcel y un velo
Y de allí se eleva al cielo
En pos de un mundo mejor.

Tal vez tus limpios cristales
Irán de alguna hermosura
A lavar la frente pura
Ó los delicados piés
Y en el pintado lebrillo
A reflejar de sus ojos
Ya el amor, ya los enojos,
Las angustias ó el placer.

¿ Y qué será, cuando corras
Por el cútis reluciente
De un brazo torneado, ardiente,
De hermosura angelical ?
¿ Qué será, cuando humedezcas
El abundante cabello
Y descieras por el cuello
Transparente y virginal ?

¿ No encontrarás en tal punto
Una vista que perciba,
Un corazon que conciba
Tu felicidad sin fin ?
¿ No sentirás á tu modo
Cierta delirante anhelo ?
¿ No perderás ese hielo,
Con que vas corriendo aquí ?

¡ Cuántas habrá, blanco arroyo,
Que en el secreto del baño
Lamenten ya un desengaño,
Ya de un desden el rigor
Y con llanto apasionado
Sus pesares acaricien
Y en los misterios te inicien,
Que encierra su corazon !

Catuche, cuando en tus ondas
Se mire alguna hermosura

Y en tu fondo su figura
 Le reflejes celestial,
 Le dirás, que en estos sitios,
 En estos mismos lugares
 Un trovador sus pesares
 Y su amor vino á cantar.

Le dirás, si algun gemido
 Del pecho lanza amorosa,
 Que en tu márgen silenciosa
 Un bardo tambien gimió;
 Y le dirás, si entonare
 Patética una letrilla,
 Que en tu deliciosa orilla
 Tambien un bardo cantó.

Catuche, con Dios te queda,
 Adios bosques, adios flores,
 Adios alados cantores
 Que más, tal vez, no veré;
 Mas cuando en mis soledades
 Recorra el bosque y las breñas,
 Los torrentes y las peñas,
 En vosotros pensaré.

AL AVILA

¡ Oh coloso, en cuya cima
 Se encienden las tempestades
 Y á cuyos piés las ciudades
 Cual una mancha se ven,
 Cómo sorprenden mis ojos
 Tus peñascos imponentes,
 Tus cumbres y esos torrentes,
 Que se estrellan á tus piés !

¡ Oh ! parece que se arrastra
 Esa ciudad por el suelo,
 Mientras que sube hasta el cielo
 Ese monte colosal,
 Esa rama de los Andes,
 Que se levanta orgullosa;
 Esa mole ponderosa,
 Que ante mis ojos está.

El templo altivo y suntuoso,
 El palacio artesonado

Son juguetes á tu lado,
 Estupenda creacion ;
 Ni es extraño, que á tu vista
 Su pequeñez no me asombre :
 Aquella es la obra del hombre
 Y tú cres la obra de un Dios.

Cuando te miro tan grande,
 Tan estupenda y sublime,
 Débilmente el labio esprime
 Su profunda admiracion ;
 Y un fin no temo, que debe,
 Segun mis luces escasas,
 Incorporarme á esas masas,
 Maravillas del Criador.

Á LA CIUDAD

Ciudad, desde esta eminencia,
 De la tarde al sol rojizo ,
 Esas cúpulas diviso,
 Con que coronas tu sien,
 Y tus blancos edificios,
 Tu catedral con su torre
 Y el Guaire veloz, que corre
 Entre calles de cipres.

¡ Las cinco !.... cuando resuene
 Esta hora otra vez mañana,
 Los ecos de esa campana
 Escuchar no podré yo,
 Ni admirar desde esta altura
 El sol, que baja á Occidente
 Por ese rastro esplendente
 De grana y de tornasol ;

Que otra fila de peñascos
 Y otras cumbres y otro monte
 Del apartado horizonte
 Los confines cerrarán ;
 Y cuando ansiosos te busquen
 En la llanura mis ojos,
 ¡ Oh ciudad ! troncos, abrojos
 Y desiertos hallarán.

¡ Ciudad ! desde aquí descubro
 Tu catedral con su torre
 Y el Guaire veloz, que corre
 Entre calles de ciprés :
 Tal vez en esta eminencia
 Hago mi último paseo ;
 Tal vez, ciudad, yo te veo
 Por la postrimera vez.

LA FUENTECILLA

Fuentecilla solitaria
 De aqueste bosque sombrío,
 ¿ Si vas á morir al río,
 Para qué corres así ?
 ? Á quien el presente llevas
 De esas perlas que derramas ?
 Fuentecilla, si no amas,
 ¿ Á dónde las llevas, di ?

Entre sus pliegues undosos
 Recoge ambicioso el viento
 El embalsamado aliento
 De la flor matutinal
 Y, al escuchar el concierto
 De tu inocente murmullo,
 Lo aspira con un arrullo
 Sobre tu onda de cristal.

Tu corriente cristalina
 El campo fecunda hermoso
 Y tu giro caprichoso
 Placer á la vista da ;
 Tu linfa clara y serena
 Sirve á las aves de espejo,
 Que se miran al reflejo
 De tu luminosa faz.

Si tus cristales recoges
 Al abrigo de un remanso
 Para dar algun descanso
 Á tu curso triunfador,
 Allí te halaga amorosa
 La vaga, la blanda brisa

Y tu faz tranquila riza
 Con sus suspiros de amor.

Así corres, fuente clara,
 Entre auríferas arenas,
 De tus márgenes amenas
 Delicia á la vez y honor.
 Mas ¡ ay del bien que disfrutas !
 ¡ Ay de tu correr sereno !
 Si llega á agitar tu seno
 Un pensamiento de amor.

Tu corriente retozona
 Pasa libre entre las flores
 Y desdeña los amores
 De campos, aves y flor ;
 Mas ¡ ay de tu curso grato !
 Que el bien se torna en fatiga ;
 Cuando en el seno se abriga
 Un pensamiento de amor.

Cerca de mi ingrata ¡ oh fuente !
 Al pasar tus ondas bellas,
 No la retrates en ellas
 Para no mirarla yo,
 Porque si distante lloro,
 Si léjos de ella suspiro,
 ¿ Qué haré, si en tu fondo miro
 Su retrato encantador ?

Muerte es para mí la noche,
 Muerte para mí el día claro
 Y muerte es el desanparo,
 En que me tiene mi bien.
 Turbio me parece el cielo ;
 Turbia tu onda me parece ;
 Turbio el césped, que florece
 Bajo mi lánguido pié.

Ay! del triste, que olvidado
 Por una ingrata suspira
 Y por sus ojos delira
 Y por su cuerpo gentil,
 Miétras ella indiferente
 De su pena no se cura,
 Ni de su horrible amargura,
 Ni de su dolor sin fin.

Maldicion en la mujer,
Que turba nuestro sosiego
Con su mirada de fuego,
Con su sonrisa de amor
Y despues alegre rie,
Miéntras el amante llora,
Miéntras el pecho devora
En silencio su dolor.

¡Oh fuente! si no has amado,
Huye de amor el veneno :
Triste de tí, si en el seno
Fácil cabida le das ;
Que, si encuentras por acaso
Quien á tu amor no responda,
Más vale, que turbe tu onda
El cierzo y el vendaval.

EL RELÓ DE CATEDRAL

Reló mudo, misterioso,
Que sobre muros gigantes
Descantando los instantes
De nuestra existencia estás,
Fantasma, que en el espacio
Elevas la altiva frente,
¡Cómo desmaya la mente,
Que te viene á contemplar!

Á tu pié la muchedumbre
Hierva, se estrecha, se agita,
Se agolpa y se precipita
Como las olas del mar ;
Y tú, cual genio del tiempo,
Desde el trono, en que te asientas,
Los instantes le descuentas
De su existencia fugaz.

Cuando en medio de la noche
La luna lánguida y grata
Derrama su luz de plata
Del mundo en la soledad,
Tú, reló, desde tu altura
Ves la ciudad dormitando

Y las horas, que rodando
Sobre su cabeza van.

Rompe entónces el silencio
El clamor de tu campana
Y nos anuncia lejana
Que una hora ha pasado ya ;
Y sus ecos se consumen
En la atmósfera extendida,
Cual se consume la vida
Del tiempo en la inmensidad.

Sí, tu círculo trazado
En esa torre empinada
El emblema es de la nada
De nuestra vida infeliz ;
Es la mirada del tiempo,
Muda, tétrica, sombría,
Que ve en la noche vacía
Del oscuro porvenir.

El sonido lamentable,
Que de tu garganta sale,
Á una sentencia equivale,
Que nos condena á morir ;
Sí, la voz de tu campana
Es la voz de un anatema,
Diabólico, horrible tema,
Que nos persigue sin fin.

¡Ah! mira, cómo se agita,
De novedades ansiosa,
La multitud bulliciosa
De la plaza hasta el confin
Y se siente de las auras
Con los retozonesuelos
El oscilar de los velos,
De las sedas el crujir.

Mira el sol, cómo ilumina
Al traves de ancho celaje
Los rasos y el fino encaje,
Que ostenta el sexo gentil,
Y pálido se relleja
Multiplicando sus luces
En los broches y en las cruces
De diamante y de rubí.

¡Ah! mira, cómo se embriaga
Esa turba sin camino,
Desorientada sin tino,
Con su vanidad pueril,
Mientras que de tu garganta
Se desprende un anatema,
Diabólico, horrible tema,
Que la persigue sin fin.

¡Oh! cuántos, muestra inflexible,
Tus horas habrán contado
Y al abismo se han lanzado
De la oscura eternidad!
¡Ah! cuántos de los, que escuchan
Hoi tu fúnebre campana,
Cuando salga el sol mañana,
No la podrán escuchar!

Todo el tiempo lo destruye;
Todo lo muda en el suelo;
Él arrebató en su vuelo
Montes, torrente y ciudad;
Todo lo borra y consume
En su marcha destructora,
Y lo que un pueblo es ahora,
Un cementerio será.

Tú mismo, reló gigante,
Descenderás de tu asiento
Y tu ruinoso cimiento
Te sepultará tal vez.
Sí, tú sentirás del tiempo
Las iras devastadoras
Y, si cuentas nuestras horas,
Las tuyas cuentas también.

Tu serás, genio del tiempo,
Por el tiempo al fin vencido,
En tu base conmovido,
Roto y deshecho después.
¡Hoi vives!... habrá un mañana
Y otro mundo y otra historia,
Que borre hasta la memoria
De lo que fuistes ayer.

¡Reló! las cuatro señala
Tu puntero misterioso.

Ayer también silencioso
Que las apuntaba ví.
¡Reló! tu mismo puntero
Las señalará mañana,
¿Mas sabes, si tu campana
Resonará para mí?

RECUERDOS Á LOS LUGARES

DE LA INFANCIA

Lugares gratos, risueños
De mi juventud primera,
De mi dulce primavera
Pasé entre plácidos sueños;

Palmas bellas, bosque umbrío,
Fuentecilla, aves canoras,
Que llenábais, seductoras,
De embriaguez el pecho mío,

Me encantó vuestra presencia,
Cuando el alma no gemía,
Cuando el corazón dormía
El sueño de la inocencia,

Quando la vida á mis ojos
Era espléndido un jardín,
Un horizonte sin fin,
Sin espina y sin abrojos.

Ahora ese vasto horizonte,
Ese jardín de ventura
Es cual honda sepultura
Al pié de un áspero monte.

Ahora es la vida un letargo,
Que solo finge á la mente
El cuadro oscuro y doliente
De nuestro sufrir amargo.

Es como nave ligera,
Que impelida por el viento
Sobre un lago turbulento
Va á estrellarse en la ribera;



Y no pudiendo evitar
El náufrago la tormenta,
Tranquilo á mirar se sienta
El escollo, en que ha de dar.

Es fatídica una llama,
Que sin alumbrar devora,
Que sobre el pecho, traidora,
Su incendio voraz derrama ;

Y si en el alma nos queda
Oculta alguna pasion,
Es lava de destruccion,
Que, quemando el pecho, rueda.

¡ Oh ! ¿ por qué corren los años
De la niñez inocente,
La niñez, en cuya frente
No se sientan los engaños ?

Veloz el tiempo y sutil
Prendidas lleva en sus alas
Las visiones y las galas
De la juventud gentil.

Por eso es dulce el placer
De recordar lo pasado
De ese tiempo afortunado,
Que jamas ha de volver.

Por eso, si recordamos
Un bien, que ya no tenemos,
Que nos alejamos creemos
Del mal, que experimentamos.

Que la desventura misma,
Solo por haber pasado,
La mira el pecho encantado
Al traves de lindo prisma.

¡ Oh sitios blandos, risueños
De mi juventud primera,
Do mi dulce primavera
Pasé entre plácidos sueños !

Aun os quedan esas flores,
Que en mi niñez conocí ;
Os queda el bosque, que ví
Rico en matiz y en olores.

Aquí todo entre ilusion
Sigue su marcha invariable ;
Aquí todo es inmutable,
Excepto mi corazon.

Ese lago, en cuya hondura
Brilla la luna argentada,
Sigue en paz sin perder nada
De su transparencia pura.

À ese bello firmamento
Le queda su fondo azul,
Le queda el flotante tul
De nubes, que lleva el viento.

Ellas se disuelven hoi
Para aparecer mañana,
Sirviendo al alba temprana
De cortejo y de convoi.

Le queda al limpio horizonte
Su tarde y su blanca aurora,
Le queda ese sol, que dora
El verde y distante monte,

Y esos celajes risueños,
Que hacen su lujo y su gloria,
Pero á mí... solo la historia
De mis pasados ensueños.

¿ Á dónde voló el encanto
De la inocencia pasada ?
¡ Nuestra ventura es soñada
Y despertamos al llanto !

En esa edad de ventura
El mundo y su falso aliño
Deslumbra y ciega de un niño
El alma cándida y pura.

Yo creia ver en mi anhelo
Un Dios en cada mujer,
En cada objeto un placer
Y en cada placer un cielo.

Yo entónces no sospechaba,
Que hubiese hombre engañador ;
Yo creia en el amor,
Porque entónces deliraba.

Yo pensaba en mi contento,
Que el labio jamas mentia
Y que el tiempo sucumbia
Á la fé de un juramento.

Yo miraba á la mujer
Linda como errante estrella
Y creí, al verla tan bella,
Que era eterna en su querer.

Ahora busco en mi fatiga
Una ilusion hechicera,
Alguna blanda quimera,
Alguna esperanza amiga

Y solo hallo en mi ansiedad
Orgullo, mentira, nada....
Y la imágen descarnada
De la estéril realidad.

Sí, volaron las visiones
De la cándida inocencia
Y en hiel trocó la experiencia
Mis ántes blandas canciones.

En tanto la tierra rueda
Entre un mundo de ilusion :
¡ Solo al seco corazon
Una sola no le queda !

Y yo correré anhelante
De la vida en el sendero,
En pos de un bien, que no espero
Y que toco á cada instante,

Y en este vivir ansiando
Y en este morir viviendo
Vase el tiempo transcurriendo
Y nuestra vida menguando.

¿ Qué nos importa vivir,
Si, aunque cien años contemos,
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir ?

¿ De qué vale un año más
De existencia pasajera,
Si es la vida una carrera
Más inquieta que fugaz ?

¿ De qué sirve, que el espacio
Eterno corras ¡ oh sol !
Y tiñas con tu arrebol
Esos techos de topacio ?

¿ De qué vale, que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre,
Si al fin es fuerza, que alumbre
Un sepulcro y una cruz ?

Porque habremos de llegar
Á nuestro término impío,
Como las ondas de un rio
Á los abismos del mar.

Vendrá el día, en que renuncie
Á esta gran naturaleza,
Á su pompa, á su belleza
Y mi último adios pronuncie.

Llegará la hora, en que todo
Lo mire desaparecer,
Cuando se borre mi ser
Entre gusanos y lodo.

Llegará la hora, en que otro hombre
Me cave en la tierra dura
Una estrecha sepultura
Y ponga en ella mi nombre.

En vano entónces la tierra,
Brotará plantas y flores :
No más verá los primores,
Que ella en sus senos encierra.

En vano soberbio el mar
Ostentará su presencia :
No más desde una eminencia
Yo lo podré contemplar.

En vano el ambiente aquí
Embriagará con su aliento,
En vano, sí, porque el viento
No soplará para mí.

En vano levantará
Su blando arrullo la fuente,
Que su murmurio inocente
Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oído,
Ni para el pecho habrá amores,
Para la vista colores,
Ni un placer para el sentido.

Entonces, luna, del cielo
Emperatriz y señora,
Benigna dispensadora
De la calma y del consuelo,

Entonces tú seguirás
En tu marcha misteriosa
Y mi tumba silenciosa,
Blanca luna, alumbrarás.

Tú correrás el espacio
Para no acabar tal vez,
Del firmamento al traves,
Que te sirve de palacio,

Y tu lánguida humbrera
De la noche en el misterio
Alumbrará un cementerio
Y una seca calavera.

EL TIEMPO

Entra el hombre á la escena de la vida,
Al desgarrar los velos de la nada,
Noble la frente, altiva la mirada,
La mente libre, erguida la cerviz,
Extiende en derredor la vista ansiosa
Y se lanza al placer entusiasmado :
Aun no brama para él el cierzo helado ;
Todo es ventura en su ilusion feliz.

De luz avaro, henchido de existencia,
Es á su corazon estrecho el suelo
Y hácia el espacio remontando el vuelo
Juzga suya la inmensa creacion.
Para él los orbes son, que en el espacio
Girando van en eternal concierto ;
Para él las luces, el vibrar incierto
Y el fulgurar de los cometas son.

Para él se agolpa en la eminencia calva
Ese tropel confuso de vapores,
De donde vé bajar murmuradores
Limpios arroyos entre flores mil ;
Para él descienden ellos destrenzados,
Levantando sus toldos campesinos,
Por do quiera que tienden cristalinos
El susurrante y desigual perfil.

Para él derrama su esplendor el día,
Su luz la luna en la serena noche ;
Para él despliega el nacarado broche
La vírgen flor, señora del vergel ;
Y los vistosos pasajeros bandos
De los sueltos y libres ruseñores
Guardan su melodía, sus colores
Y sus ricos matices para él.

Para él ostenta el lujo sus primores ;
Para él se elevan templos y palacios ;
Para él enaja la tierra sus topacios,
Su esmeralda, su diáfano cristal ;
Para él hai cincelados artesones,
Plumas, sedas y gasas y perfume
Y el pebete, para él, que se consume
Entre preciadas copas de metal.

Juzga suyo, en su sueño mentiroso,
Cuanta pompa y primor ostenta el suelo,
El de la blanca aurora ténue velo,
El del cielo magnífico dosel ;
Y es la vida, para él, lago, que ondula,
Cercado en torno de eternal verdura,
Y cuya linfa transparente y pura
Surca, adormido, en plácido bajel.

¿ Mas qué vapor en el confin del cielo
Cual fatídico espectro se levanta
Y en confusion medrosa se adelanta,
Espanto y sombras arrastrando en pos ?
¿ Qué dicen esos densos torbellinos,
Que torvos ruedan por el aire vago ?
¿ Quién nos dará favor contra el estrago,
Que sorda anuncia su gigante voz ?

Crece la confusion, crece el nublado ;
Medroso apaga su fanal el día ;

Brama tenaz la tempestad bravía
Entre círculos densos de vapor ;
Por entre los grotescos precipicios
Impetuoso el torrente se derrumba
Y por los aires cóncavos retumba
Ronco y violento el rayo abrasador.

Ya no derrama su esplendor el día ;
Perdió su luna la serena noche ;
Ya no despliega el nacarado broche
La virgen flor, señora del vergel ;
Y los vistosos pasajeros bandos
De los sueltos y libres ruisenores
Perdieron su armonía y los colores,
Que juzgó el hombre creados para él.

Pasó la tempestad. En la llanura
El grito se oye retumbar de guerra
Y hace gemir y estremecer la tierra
Con su estrépito lúgubre el cañon.
La sangre hermana viértese á torrentes
Y el hombre iluso, con mejor aviso,
Vé que lo que él juzgaba un paraíso,
Es un ancho, sangriento panteon.

Cesó la guerra un punto, y detras viene
Disfrazada la muerte en el contagio,
Que es la guerra frenética el presagio
De hambres, miseria y de viudez fatal.
Perdió el hombre dorados sus palacios,
Sus plumas, sedas, gasas y perfume ;
Ya el pebete para él no se consume
Entre preciadas copas de metal.

¿ De qué te vale á tí, rei ó vasallo,
Que gimes lioi entre mortal dolencia,
Haber vivido ayer en la opulencia
Con mullidas alfombras á tus piés ?
Si eres conquistador, ¿ de qué te sirve
La humillacion del pueblo conquistado,
Si al contagio sucumbes olvidado
De tu caduco orgullo y altivez ?

Si llevaste, monarca victorioso,
El yugo por do quier con tu bandera
¿ Por qué la frente inclinas altanera
En débil gesto y en doliente faz ?

Ahora tu mano descarnada y seca
Suelta impotente la imperial corona,
Y la marchita sien solo ambiciona
De quieta tumba la solemne paz.

¿ Y eres tú el hombre altivo, presuntuoso,
Para quien fulguraban las estrellas ?
¿ No ostentaba la luna en medio de ellas
Sus luces argentadas para tí ?
¿ Quién robó tus alcázares soberbios ?
¿ Quién rompió del festin las copas de oro
Y de tu gloria el cántico sonoro,
Para ponerte con ludibrio aquí ?

Ya no es tuyo, en tu sueño mentiroso,
Cuanta pompa y primor ostenta el suelo ;
No es tuyo ya del efulgente cielo
El inmenso, magnífico dosel ;
Ni es para tí la vida undoso lago,
Cercado en torno de eternal verdura,
Y cuya linfa transparente y pura
Surcas, dormido, en plácido bajel.

Cesó el festin, la danza voluptuosa ;
Volaron de la vida los engaños
Y el abrumante peso de los años
Seca y arruga la pulida tez.
Si no, ¿ quién deslustró, misero anciano,
La vívida expresion de tu mirada ?
¿ Quién á tu honda megilla descarnada
Arrebató su antigua esplendidez ?

¿ Quién arrancó la blonda cabellera,
Que ese desnudo cráneo engalanaba,
Que en bella profusion se derramaba
Por la anchurosa espalda varonil ?
¿ Quién marchitó las rosas de tu rostro
Y derribó con inclemencia dura
De esa caduca boca, honda y oscura
La enana dentadura de márfil ?

¡ El Tiempo, el Tiempo!... Lento, silencioso,
Eterno, como Dios, é incorruptible,
Es, como Dios, tremendo, incomprensible,
Sin principio, sin medio, sin un fin.
Él lleva entre los pliegues de su manto,
No las venganzas de un poder divino,

Los ocultos decretos del destino
De los mundos al último confin.

Él con la clara luz de lo pasado
Al hombre instruye y por igual enseña
Al que agreste se oculta entre la breña
Y al culto habitador de la ciudad;
Y llevando en sus manos descarnadas
Encendido el fanal de la experiencia,
Si nos alumbra el libro de la ciencia,
Nos desnuda la estéril realidad.

Él despoja con su ala destructora
Al lirio virginal de su blancura,
Al cándido azahar de su frescura,
De su lustre y colores al clavel.
Él arranca la venda fabulosa,
Al traves de la cual el hombre iluso
Vé entre un brillante porvenir confuso
Mil placeres, mil glorias para él.

Él se lleva tras sí nuestros contentos
Con nuestras ántes dulces esperanzas;
Muerte y dolor arrastra en sus mudanzas
Y con cien penas un placer fugaz;
Y cada nuevo sol, que alumbra hermoso
Al estrechar los lindes de la vida,
Arranca al alma una ilusion querida,
Deja en el pecho un desengaño más.

¡El Tiempo, el Tiempo!. Á su fatal contacto
Se desquician las cúpulas doradas
Y las altas techumbres desplomadas
Á la tierra descenden con fragor.
Todo es frágil para él y el hombre vano,
Que de la tierra emperador se llama,
Arista, que en los aires desparrama
Un débil soplo suyo abrasador.

Solo los orbes, que el espacio pueblan,
Sobre sus ejes giran inmortales,
Sin que aniquile el tiempo esos fanales,
Que allí por siempre colocó el Criador.
Él respeta en su marcha silenciosa
La eterna majestad de las estrellas,
Sin que el rastro ominoso de sus huellas
Su claridad empañe y su esplendor.

« Aquí, les dijo Dios, eternamente
Giraréis en magnífica armonía. »
Y luego al hombre : « Vivirás un día
Para en mis obras adorarme á mí.
Para mis mundos son esos espacios,
Do colocarlos plugo al poder mio ;
La gloria para mí y el poderío ;
La miseria y la muerte para tí. »

Muramos, pues, pero gocemos ántes,
Si tanta juventud ha de perderse,
Si nacer á la luz y disolverse
Es la lei de los seres eternal.
Cedamos, pues, al tiempo, cual le ceden
Su luz el dia, la noche su fragancia,
Y su brillo, su aroma y su arrogancia
El pez, la planta, el águila imperial.

Á mí ¡infeliz! me abrumará su peso ;
Habré tambien ¡oh vida! de perderte
Y el yermador aliento de la muerte
Del corazon la llama extinguirá.
Entónces yo desde la nada oscura
No más veré del sol el rayo hermoso,
Ni de la luna el carro silencioso,
Cuando el éter azul cruzando va.

No oiré los sonos lúgubres, que arranca
Al arpa de márfil mi plectro de oro,
Ni de la fuente el murmurar sonoro,
Ni de las aves la gentil cancion.
No más veré los ángulos salientes
De esas enormes rocas desprendidas,
Bajo cuyas terríficas guaridas
Iba á buscar la bella inspiracion.

Feliz mi sombra entónces, si algun bardo
De la risueña y vírgen Venezuela
Viene á entonar su blanda cantinela
Al pié de mi pacífico ataud ;
Si una corona en mi sepulcro deja
Y, al débil resplandor del sol que espira,
Con los acentos turba de su lira
De mi tumba la fúnebre quietud.

EL HOGAR CAMPESTRE

A la falda de aquel cerro,
Que el sol temprano matiza,
Un arroyo se desliza
Entre violas y azahar :
Allí tengo mis amigos,
Allí tengo mis amores,
Allí mis dulces dolores
Y mis placeres están.

Allí al lado se levantan
De peñascos cenicientos
Los bucares corpulentos
De dimension colosal
Y allí el ánima se olvida,
En su embeleso profundo,
Del laberinto del mundo,
Del ruido de la ciudad.

No hai allí suntuosos templos,
Cuya gótica techumbre
Con su mole y pesadumbre
Piensa la tierra oprimir,
Donde en los rostros se nota
Del concurso cortesano,
Que un pensamiento mundano
Lo va persiguiendo allí ;

Pero hai sencilla una iglesia
Con su campanario y torre,
A donde el creyente corre
De la campana al clamor ;
Allí sus cantos entona,
Postrado, humilde, en el suelo,
Y su oracion sube al cielo
Hasta el trono del Señor.

No hai un órgano en el coro,
Que despide noche y dia
A torrentes la armonía
De los tubos de metal
Y en el aire se derrama,
Bajo del cóncavo techo,

Y baja á oprimir el pecho
Con su encanto celestial ;

Pero se oye del Ministro
La voz trémula y doliente,
Que del cristiano la frente
A la tierra hace inclinar,
En tanto que del incienso
La pura, la blanca nube
A besar la planta sube
De Dios, que está en el altar.

Allí no hai bellos palacios,
Ni dorados artesones,
Ni estatuas en los salones
Sobre rico pedestal,
Ni músicas exquisitas,
Ni bulliciosos placeres,
Ni artificio en las mujeres,
Ni en los hombres vanidad ;

Pero hai árboles copados,
Que se mecen blandamente,
Y un arroyo transparente
Con sus ondas de cristal
Y una tórtola amorosa,
Oculta en la selva umbría,
Que exhala, al nacer el dia,
Su arrullo sentimental.

No alumbra la alegre fiesta
Clara, elegante bugía,
Que se pueda con el dia
Comparar en esplendor,
Ni exquisitos los pebetes
Aromáticos olores
Difunden en corredores
Y del baile en el salon ;

Mas hai lánguida una luna,
Que sirve de antorcha al cielo
Y que refleja en el suelo
Su melancólica faz ;
Y hai claveles entreabiertos
En las colinas cercanas,
Donde sus alas livianas
Va la brisa á perfumar.

Ni de la doncella hermosa
 Cubre el cuello delicado
 El magnífico tocado
 De fino encaje ó tisú;
 Ni lleva sobre los hombros
 O revuelto sobre el pelo
 De seda el flotante velo
 Ó de transparente tul;

Pero sin esos primores
 Es la honesta campesina
 Por sí sola peregrina
 Y por sí sola gentil;
 Y, en vez de rica diadema
 Ó de artificioso adorno,
 Se vé de su frente en torno
 Brillar cándido jazmin.

¡Oh valle ameno y frondoso,
 Que el sol temprano matiza,
 Cuyo arroyo se desliza
 Entre violas y azahar!
 Contigo están mis amigos,
 Contigo están mis amores,
 En tí mis dulces dolores
 Y mis placeres están.

Ameno el campo ostenta su opulencia
 En su espléndido manto de verdura
 Y regala el olfato con su esencia
 La flor, que crece oculta en la espesura.

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
 Ir por el valle susurrando amores
 Y salpicar las hojas purpurinas,
 Con sus blancas espumas, de las flores!

Y ver cómo, sin tregua y sin descanso,
 Con giros mil la retozona brisa
 En ondulantes pliegues del remanso
 La transparente faz arruga y riza;

Y cuando tarde el sol y esplendoroso
 Su lumbré cuelga en la mitad del cielo
 Y con su rayo ardiente y caloroso
 Deslumbra y quema el fatigado suelo,

¡Crán dulce es reposar bajo la sombra
 De la ceiba ramosa y extendida
 Y entre la yerba ver, que el suelo alfombra,
 Correr la fuente, que á beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
 Manto oriental de púrpura y de grana,
 Que el sol tiende en la bóveda azulada
 Al ocultar su lumbré soberana;

Y cuando al aclarar, en Occidente,
 Su luz sepulta al fin la última estrella,
 ¡Cuán grato es ver en el opuesto Oriente
 La aurora despuntar, cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
 Que la noche al pasar dejó prendidas
 Sobre la abierta flor, colgando en ondas
 Al borde de las hojas suspendidas,

Y entóncees escuchar, en la espesura,
 De la paloma la sentida queja,
 Que más que la expresion de su ternura
 Un lamento tristísimo semeja,

Y al jilguero cantor, que se estremece
 Al desatarse en dulce melodía
 Y que desde la rama, en que se mece,
 Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo,
 Que vagas libre en pos de tus amores!
 ¡Ah! cuánto envidia tu vivir sencillo,
 Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado,
 Con que su amor tu compañera llora,
 El gorjeo sentido y delicado
 Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores,
 Sin que te paren importunas leyes,
 Que del aire los plácidos cantores
 No han menester repúblicas ni reyes,

Ni palacios, ni templos, ni mezquita,
 Ni Senado, ni Bei, ni Capitolio,
 Ni mandatario altivo, que dormita
 En alta silla ó encumbrado solio;

Ni hai banderas vistosas y lúcidas,
Que flotan á merced del aire vago ;
Ni conoces las lanzas homicidas,
Ni de la guerra el destructor amago.

No os dice un rei : SOLDADOS, Á LA GLORIA
LA PATRIA OS LLAMA ; Á LA BATALLA, OS DIGO.
BUSCAD LA MUERTE Ó TRAEDEME LA VICTORIA,
QUE LA PATRIA SOI YO. VENID CONMIGO.

Y en sangre del hermano desgraciado
No vas tus plumas á manchar bermejas
Y cada al corazon golpe asestado
Un triunfo no es, que vencedor festejas.

No os dice un mirlo de golilla y toga :
ESTA ES LA LEI ; Á MUERTE TE CONDENA ;
Y al cuello te echan la infamante sogá
Ó arrastras, infeliz, dura cadena ;

Ni al dintel del alcázar opulento
Vas á llevar tu palidez sombría
Para mezclar con tu apagado acento
Las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para tí su gala ostenta
Y el grano encierra la ondulante espiga
Y el sabroso manjar, que te sustenta,
En cada flor encuentras sin fatiga.

Que para tí desde ese monte cano
Se despeñan las aguas destrenzadas
Ó mansamente corren por el llano
En bella confusion desparramadas,

Y su cándida faz esplendorosa
La aurora asoma en el nevado Oriente,
Para teñir de púrpura y de rosa
Tu plumaje riquísimo y luciente.

Que para darte abrigo regalado,
La enredadera y el jazmin silvestre
En el aire suspenden, festonado,
Su misterioso pabellon campestre.

¡ Oh descuidado y bello pajarillo,
Que vagas libre en pos de tus amores,
¡ Ah ! cuánto envidia tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus prados y tus flores !

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

PARA UN ALBUM

Fué un tiempo, Señora, (aun era yo niño)
En que era mi vida risueño un pensil,
En que eran mis sueños más blancos que armiño,
Más lindos que el cielo del plácido Abril.

Do quiera que atentos vagaban los ojos,
Hallaban, felices, un blando placer.
Jamás los enfados, jamás los enojos
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de cándidas rosas
Pasaba mis días en dulce embriaguez ;
Aun no amenazaban entónces furiosas
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Más vino del tiempo la mano inclemente ;
(Yo, niño y dormido, llegar no la ví)
Los dedos helados me puso en la frente
Y al frígido tacto los ojos abrí.

Sentí de repente funestos temores ;
Revuelta, deshecha mi cuna encontré,
Marchitas las rosas, ajadas las flores,
Y yermas llanuras hollaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento ;
En hondos desiertos mi voz espiró.
Canté, mas mi canto perdióse en el viento
Y solo un gemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz, ni armonía,
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,
Sin fuente sonora, perdido, sin guía,
Busqué entre los hombres un mundo mejor.

Y el mundo engañóme. Oh, cómo á mis ojos
Brilló la hechicera liviana mujer !
Yo triste, á sus plantas cayendo de hinojos,
Rendíle, cautivo, mi vida y mi ser.

Busqué el blando halago de aquellas sonrisas,
Que en labios de rosas vagaba sutil,
Y nunca más dulce me fueron las brisas,
Que un tiempo aromaban mi edad infantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje;
Voraz un incendio mi pecho abrasó;
Mi vida, mi todo rendí en vasallaje
Al ser prepotente, que mi alma humilló.

Mas pronto las gratas ficciones huyeron;
El Dios, que adoraba, marchóse veloz;
El ídolo, el ara, deshechos cayeron
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.

Los ojos llorosos, el alma turbada,
Consuelo á mi pena busqué en la amistad;
Lancéme á su seno. Mi mente encantada
Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡ Error !... de sus labios salió la impostura;
Brillando sus ojos con blando interes,
Su voz resonando simpática y pura
En lo hondo albergaba mentira y doblez.

« PUES BIEN, Á LA GLORIA, » grité entusiasmado
Y al nombre de gloria vibró el corazón :
Pulsé yo mi lira, sentíme inspirado
Y súbito al viento lancé mi canción.

Mas ¡ ah ! que en lugar de los himnos triunfantes,
Que yo en mi delirio pensaba entonar,
Del arpa se oyeron salir espirantes
Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apenas de la amplia corona de gloria
Un ramo tan solo tocaba mi sien,
Que ya me pesaba la insulsa victoria
Y el ramo, hostigado, rompí con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,
El alma desierta, los ojos sin luz,
Cual yerto cadáver, que en tumba sombría
Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegásteis, Señora,
La frente encendida de casto rubor,
É, incierta, turbada, á mi arpa sonora
Pedísteis un canto de angustia ó de amor.

Entonces las selvas oyeron mi acento;
En hondos desiertos mi voz no espiró;
Mis cantos vibraron en alas del viento
Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas, que cuentan mi historia,
Con sones dolientes, al punto entoné;
Si quedan grabadas en vuestra memoria,
La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva
Me exalta, me llena de noble ambicion;
Mi angustia pasada, mi enfado se lleva
Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡ Oh ! gracias, Señora, me habeis inspirado.
¿ Mi gloria presente con qué os pagaré ?
Mis cantos y mi arpa no más me han quedado :
Y mi arpa y mis cantos en pago os daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera,
Que vuelve á mis ojos la luz que perdí,
¡ Oh ! quieran los cielos, que sea duradera,
¡ Oh ! nunca su magia se aparte de mí !

Á MI AMIGO

TEÓFILO E. RÓJAS

¿ Te quejas de que yo, sin ilusiones,
Dada á la ociosidad mi estéril vida,
El arpa rota ya, la voz perdida,
No alegre el valle más con mis canciones?
¿ Quieres que yo también, ciego, en mal hora,
Por la ciudad el campo abandonando,
Abjure la quietud y el ocio blando
De esta mi soledad encantadora ?

De la ciudad habitador dichoso,
Si tú hallas el contento
En ese lago inquieto y engañoso,
Sin temor al relámpago ni al viento;
Si cual marino intrépido te lanzas
Con alma sosegada
En medio de esa mar revuelta, airada

De odios, de celos, vanidad é insidia,
 Tu vida alborotada
 Mi suerte quieta y plácida no envidia.

Aquí, donde se goza
 Debajo de los árboles umbrosos
 La calma suave de la paz sabrosa;
 Aquí, donde la mente,
 Libre de las pasiones tumultuosas,
 Que la ambicion produce, alegremente
 Al traves de las selvas silenciosas
 Vaga libre, feliz é independiente;
 Aquí, donde el contento
 Las aromadas flores de los campos
 Al pecho nos transmiten con su aliento;
 Aquí, sin más testigo
 Que la naturaleza bienhechora,
 Es que solo se vive, dulce amigo.

¿ Quién los campos risueños abandona
 Por la insulsa mansion de las ciudades?
 ¿ Quién las agrestes grutas, que festona
 La yedra enredadora,
 Deja de las tranquilas soledades?
 Feliz aquel que mora,
 De pretensiones ambiciosas libre,
 Con la naturaleza encantadora.
 Feliz el que suspira,
 Bajo el pajizo techo,
 Por la sencilla aldeana,
 Conquistadora humilde de su pecho.
 ¿ É iré yo torpemente,
 Dejando mis pacíficas mansiones,
 Á buscar de los hombres en el trato
 Misericia, orgullo, vanidad, pasiones?
 ¿ Abjuraré por siempre
 Las dulces pequeneces, en que abundo,
 Y las mil ilusiones,
 En que loco y fantástico me inundo?
 ¿ Qué, dejaré mi curso vagabundo
 Por los riscos, los prados y los montes
 Y mi florido suelo
 En cambio de otro cielo
 Y por otros revueltos horizontes?
 ¿ Iré á las capitales
 Á disfrazar mis actos, á medirme,

Á decir francamente lo que hoi siento,
 Para mañana ó luego arrepentirme?
 No : yo detesto sujecion tamaña
 Y tanta esclavitud. Ser libre quiero.
 No quiero ver escenas irritantes,
 Pues con tanto disgusto considero
 Al demagogo, que al trastorno aspira,
 Como el sordo egoismo del logrero.
 Quiero pulsar las cuerdas de mi lira
 Bajo la fresca sombra,
 Que canciones patéticas me inspira.
 Quiero vivir tranquilo
 En dulce somnolencia,
 Gozando de mi grata,
 Meridional, apática indolencia.

¿ No es mi suerte más dulce y lisonjera
 Que la del hombre vano,
 Que su vida fugaz y pasajera
 Por adquirir poder consume insano?
 Decidlo, campos bellos,
 Vestidos de esmeralda;
 Decidlo, montes altos,
 En cuya verde falda
 Su seno abre la flor purpúrea ó gualda;
 Decidlo, blandos sitios,
 Grutas silvestres y árboles sombríos;
 Decidlo, fuentes claras
 Y aguas sonoras de los limpios rios.

Aquí mi afan primero
 Se reduce á buscar de peña en peña
 El animal lijero,
 Que se oculta sagaz entre la breña.
 Á veces en la rama
 Del árbol centenario busco un nido
 De algun paují, que llama
 Á su esposa en idioma no aprendido,
 Y por el campo plácido y florido,
 De regocijo ciego,
 Corro, cual niño, si á encontrarlo llevo.
 ¿ Qué falta al corazon en este sitio,
 Que á cuadro tan feliz y lisonjero,
 Que á situacion tan bella corresponda?
 Un alma, que me entienda y me responda;
 Un amigo cual tú y un compañero.

ABIGAIL LOZANO

Como poeta lírico, Abigail Lozano fué mui popular en Venezuela y sus versos se recitaban por todas partes. Escribió sus primeros ensayos en 1843. Tres años más tarde habia ya escrito lo suficiente para publicar un volúmen, intitulado *TRISTEZAS DEL ALMA*. Posteriormente vieron la luz sus *HORAS DE MARTIRIO* y en 1865 se hizo en esta ciudad (París) la edicion completa de sus obras.

Nuestro distinguido amigo, el célebre literato colombiano J. M. Tórres Caicedo ha publicado en sus brillantes *ENSAYOS BIOGRÁFICOS Y DE CRÍTICA LITERARIA* una lijera biografía de Lozano, que con placer insertamos en seguida, suprimiendo las poesias parcialmente mencionadas por el escritor colombiano, para reproducirlas íntegras en el cuerpo de la obra.

Lozano murió en la ciudad de Nueva York en Julio de 1866.

DON ABIGAIL LOZANO

Vamos hoy, más que á hacer la biografía del jóven poeta, cuyo nombre encabeza este artículo, á trascribir algunas de las bellísimas estrofas, que tanto honor le han granjeado, aun en los círculos literarios de la Península.

En medio de las convulsiones, que agitan á la jóven América, y á pesar de la atraccion irresistible, con que las inteligencias privilegiadas de aquella region tienden á las discusiones ardientes y apasionadas de la política, es prodigioso ver el vuelo, que ha tomado la poesia, no obstante la carencia de cátedras de literatura y de los ningunos estímulos, que se ofrecen á los que consagran algunos de sus ocios al culto de las Musas.

Las principales carreras, que en la América española se abren delante de los jóvenes, que pueden dedicarse al estudio, son las de juris-

consultos, médicos, teólogos ó militares. El que nace con verdadera inspiracion y que, como Ovidio, promete en verso no volver á versificar, encuentra al principio á esos que Byron llamaba *porteros de la gloria*, que lo saludan con la crítica más injusta y apasionada, y obtiene luego cuando más el honor de ver sus poesias impresas en la hoja fugaz de algun periódico, leído por pocas personas. Y sin embargo de que no tenemos ni academias que premien, ni liceos que coronen, ni teatros en que se exhiba el autor en medio de una brillantísima ovacion, los jóvenes se dedican con empeño á las letras é impulsados por el númen, que los inspira, cantan y sus cantos tienen ora la dulzura del ruisseñor que enamora, ora la apacible serenidad del agua que murmura, ya la melancólica tristeza de la alondra que gime por la ausencia del sol, ya

la audacia é impetuosidad de la cascada que mugidora se despeña.

ABIGAIL LOZANO es uno de estos jóvenes llenos de inspiracion y de genio, que sintiendo mas que otros ese *demonio interior* de Séneca, de Sócrates y de Platon, no pueden vivir de esa vida comun y vulgar compuesta solo de goces materiales y de pensamientos terrenos y tienen que remontarse de las miserias humanas á las perfecciones celestes y desvelar un tanto ese mundo de idealismo, de encantos y de inefable dicha, que nunca llegan á columbrar los ojos de los profanos, de esos que mas tienen una alma sensitiva que racional.

Lozano nació en Valencia (República de Venezuela), por los años de 1823. Habiendo venido á ménos la hacienda de su familia, esta se vió sin medios para procurarle una educacion literaria. Lozano pasó bien niño á Puerto Cabello y aunque sin instruccion de ninguna especie, empezó á granjearse gran reputacion en el lugar donde vivia, por las sentidas notas que hacia producir á su lira. Una de sus primeras endechas fué enviada al redactor del *Venezolano*, Señor Leocadio Guzman, quien seducido por la armoniosa versificacion del bardo valenciano y mas que todo por la belleza de la forma y lo sublime del concepto publicóla en su periódico, que por aquel tiempo andaba en boga.

El Venezolano fué el escabel del jóven poeta. Al leer su bella poesia, los venezolanos le saludaron con entusiasmo y las hermosas hijas del Avila se apresuraron á regar flores sobre la senda que iba á atravesar el cisne del lago de Tacarigua.

El Sr. Guzman invitó á Lozano á que le ayudase en la parte literaria de su periódico, y este aceptó, habiéndose trasladado á Carácas con el auxilio que le prestó su amigo el Sr. Don F. V. Maitin. A poco tiempo, no aveniéndose las ideas políticas del poeta con las del redactor del *Venezolano*, dejó aquel de prestarle su colaboracion. Libre de todo compromiso, se asoció Lozano á otros jóvenes y em-

pezó la publicacion de un periódico literario titulado *El Album* y mas tarde la de otro que llevaba por nombre *Flores de Pascua*.

Los editores de *La América poética* no podian olvidar las bellas poesías de Lozano y adornaron con ellas muchas páginas de aquel interesante libro. Al tiempo que se hacia esa publicacion, Lozano daba á luz en Carácas un tomo de sus versos constando de cincuenta y dos composiciones y con el título de *Tristezas del alma*. Este libro extendió la fama del autor, llevando su nombre hasta la patria de Calderon y de Lope. En una coleccion de poesías selectas castellanas publicadas en Madrid en 1847 figura una composicion de Lozano á Bolívar, composicion que ha merecido justas y grandes alabanzas.

Á las *Tristezas del alma* siguieron las *Horas de martirio*, y su publicacion confirmó, cuán merecido era el título de poeta con que Venezuela apellidaba á Lozano.

El bardo resolvió dejar á Carácas : una historia de amor, de intenso amor, que él nos refiere en sus apasionadas estrofas de la *Nerèida del Anauco*, lo llevó léjos del teatro donde habia exhibido su brillante genio y donde tantos aplausos se le habian tributado. Lozano podia decir con Zorrilla :

Es una historia solamente mia,
Cual otras muchas que á la par se ignoran.

Y como es solamente de él, no seremos nosotros quienes vayamos á descorrer, sacrilegos, el velo de ningun corazon, y ménos del de un trovador.

Lozano se dirigió á San Felipe y al cabo de algun tiempo se casó allí. Los deberes de su nuevo estado no fueron parte á entibiar en él su amor por la poesia, á la cual ha continuado tributándole el culto mas ferviente. Un nuevo tomo de poesías titulado *Otras horas de martirio* vino á aumentar la celebridad del bardo valenciano.

Se le ha criticado á Lozano el que haga

vibrar mas la cuerda de su lira que produce sonidos de soledad y desconsuelo, que las que producen alegría, contento, entusiasmo. Pero ¿por ventura el hombre llora riendo y rie llorando? ¿llora y rie cuando quiere? Las penas han seguido á Lozano desde su cuna y por esto ha tenido que cantar como la alondra, porque el hombre no puede á su grado estar alegre cuando el corazon está anegado en el dolor; puede fingir ciertos sentimientos, pero el artificio se descubre pronto. Las poesías de Lozano son muy bellas, muy melancólicas, muy enternecedoras, para que ellas no sean el eco fiel de su alma saturada de pesar.

Es muy comun oír decir á ciertas *notabilidades* de la América: «¿Por qué nuestros poetas nos atormentan con tantos gemidos, remedos frios de la poesía del Viejo Mundo ó parodias de las desesperaciones rimadas de la escuela de Byron, cuyas tristuras y arrebatos ningun eco pueden tener en esta parte del mundo en que todo es nuevo, todo vigoroso y lleno de esperanzas? Canten ellos nuestras bellezas naturales, las tradiciones y los usos de nuestros pueblos y las hazañas de los héroes de nuestra independencía.»

¡Cantar tristemente en la América es una ridiculez, una impertinencia! ¡Alto ahí, señores! ¿Por ventura el bardo de la América española no está sujeto á las mismas penas y á los mismos dolores que los poetas de la vieja Europa? Quereis que los bardos americanos no entonen sino himnos y dulces idilios, y olvidais que ellos, nutridos con las ideas mas avanzadas de la civilizacion actual, viven en pueblos enclavados en medio de montañas elevadísimas, rodeados de espesísimos bosques, separados unos de otros por terrenos llenos de rocas y precipicios, cortados por rios inmensos en donde no hay sino piraguas, etc., etc.; olvidais que ellos gimen al ver á nuestros pueblos sencillos é inocentes ser el juguete y escabel de algunos intrigantes, que en vez de contribuir á civilizarnos y procurarles sacar todas las ventajas

de esos países ricos y llenos de porvenir, solo tienden á desmoralizarlos, á abusar de sus buenos sentimientos, á halagarlos con los dulces nombres de libertad y derechos, para conducirlos luego á los campos de batalla á que se despedacen con la lanza y el cañon. ¿Son estos cuadros los mas á propósito para inspirar dulces y alegres cantares?

Se quiere que nuestra poesía se reduzca á pintar, á describir nuestras costumbres: esta es, sin duda, una de las tareas de los poetas americanos, tarea que con éxito han emprendido Hidalgo, Ascasubi, Pardo y Aliaga, etc.; pero los poetas que se limitáran á describir los *gauchos* de las pampas en una parte, — los *léperos* en otra, — los *orejones* en esta, — los *llaneros* en aquella, etc., no harian sino ocuparse en un ramo especial de la poesía, que los editores del *Mercurio de Valparaiso* han llamado la *Égloga americana*; y ¡qué! ¿deberian los trovadores americanos desdeñar absolutamente los otros géneros de la poesía? Tambien nosotros hemos censurado á los poetas llorones, pero es á los que lloran por manía y cuya expresion de fingido dolor tiene el aire del gesto que hace ridícula á la persona, y no el del verdadero pesar que les atrae las simpatías. Lozano, en sus elegías, es digno y sublime, porque su dolor es real.

Sin embargo Lozano no se ha limitado á exhalar suspiros y á pintarnos en bellísimos versos las amarguras de su corazon: en sus obras poéticas se encuentran cantos valientes y patrióticos á Bolívar, á Ricaurte, á Girardot, á Villapol, á Páez, etc., así como poesías llenas de pensamientos delicadísimos, de imágenes atrevidas, de descripciones pintorescas y exactas; tales son, por ejemplo, aquellas á la *América*, á *Puerto Cabello*, á *la Flor de Mayo*, al pájaro que apellidan *Ya acabó*. Tambien en sus *Tristezas del alma*, como en sus *Horas de martirio*, se encuentran algunos cuadros dramáticos, que revelan las altas dotes que adornan al autor y su facilidad en todos los géneros de la poesía.

Las poesías de Lozano, hemos dicho, están impregnadas de una dulce melancolía y revelan un espíritu creyente, filosófico y contemplativo. Sus versos son fáciles, flúidos y armoniosos y su dición correcta y castiza. Lozano, como la mayor parte de los poetas americanos, á veces ha cometido faltas ligeras en el silabeo, lo cual disminuye la sonoridad del verso; en ocasiones tambien, á ejemplo de Espronceda, en una composicion toda de consonantes, se ha tomado la libertad de introducir asonantes. Estos defectos han desaparecido en sus últimos versos, que son mas correctos, mas armoniosos y variados.

Lozano ha permanecido siempre retirado de la política, aunque perteneciendo, como hombre de honor y de corazon, al partido que en su patria sostiene los principios salvadores de las sociedades. No obstante su aversion por las luchas políticas, tormentosas siempre é inútiles las mas de las veces, Lozano, indignado con las tropelías y escándalos cometidos por la bandería que algunos años tiranizó á Venezuela, no dudó en lanzarse con denuedo en la lid abierta por los buenos patriotas contra el absolutismo de los del 24 de enero. Figuró como secretario de la junta revolucionaria formada en Barquisimeto á mediados del año de 1854. Habiéndole acarreado mil persecuciones el funesto desenlace de aquella justa, pero malhadada revolucion, despues de algunos dias de habitar ya un bosque, luego un oscuro calabozo, Lozano fué puesto en libertad dándosele por cárcel la ciudad de Valencia. En esta ciudad empezó la redaccion de un periódico literario. En una hoja hebdomadaria de Carácas hemos leído una poesía de Lozano contra los Monágas, llena de brio y de fuego patriótico, digna en todo del feliz cantor de Bolívar y de Ricaurte.

En el mes de marzo de 1858, los Venezolanos no pudieron soportar por mas largo tiempo la bárbara y sangrienta opresion de la dinastía Monágas y los hijos de Bolívar, Sucre, Páez, Montilla, etc. asumieron una actitud

tan amenazadora, que el tirano no tuvo valor para afrontar la lucha y se refugió en una legacion, poniendo ántes á salvo los millones, fruto del mas escandaloso peculado.

Entónces Lozano figuró, en Yaracuy, con el carácter de primer comandante, jefe de estado mayor de una brigada.

Cuando triunfó la ley y fué rescatada la libertad, Lozano fué nombrado juez de primera instancia en el Yaracuy; pero no creyó conveniente aceptar esas funciones, como tampoco aceptó las de gobernador interino de esa importante provincia.

Desde mayo hasta agosto de 1858 desempeñó las funciones de secretario de la gobernacion de Valencia. Luego figuró como jefe de seccion en la secretaria de Relaciones Exteriores; mas tarde funcionó en calidad de secretario de la comision liquidadora de crédito público, destino que abandonó para ocupar una curul en la Cámara de Diputados, en 1860, como representante por la provincia de Yaracuy.

Renunció á poco el puesto de diputado. No hacia muchos dias que habia tomado posesion de un importante destino en el ministerio de Relaciones Exteriores, cuando en enero de 1861 recibió del gobierno del Perú el nombramiento de cónsul de la República peruana en San Tomas, en donde hoy se halla amado de todos y donde ejerce sus funciones á contentamiento de su gobierno. Hoy, al mismo tiempo que lima y adiciona sus numerosas composiciones líricas, preparando así una edicion completa de sus obras, se ocupa en estudios serios de diplomacia.

J. M. TÓRRES CAICEDO.

SUSPIROS DEL ARPA

Perezca el día en que nací, y la noche en que
se dijo : concebido ha sido un hombre !...

JOB

Genio de las tristezas !... dulce amigo,
Que en tu copa de negra adormidera
Recogiste la lágrima primera
Que convertida en sangre derramé,

Ven y llora conmigo ; ven y cubre
Con tus alas pacíficas mi frente...
¡ Oh ! por piedad ! perdon... si yo indolente
La lira que me distes olvidé...

Yo te adoraba como adora el niño
Su religion primera... ; mas el mundo
La voz ahogó de mi dolor profundo
Con el ronco estallido de su voz.

Yo te adoraba como adora el alma
Su amor primero, su ilusion primera ;
Como adoraba el mártir en la hoguera
La imagen invisible de su Dios.

Ven !... estoy triste... Tiéndeme los brazos
Y sosten mi cabeza enloquecida
Y el resto de la historia de mi vida,
Desde que á Dios te dije, lo sabrás.

Oye : ví una mujer cuyos hechizos
El mismo Dios alegre contemplaba ;
Ella como á ese Dios me idolatraba
Y yo la amé, cual no se amó jamas.

¡ Oh ! si la vieras tú !... Si aquella boca,
Urna en que un beso del amor no cabe,
Te perfumara con su aliento suave,
Esencia voluptuosa de su amor :

Tú mismo, loco, sonreido, alegre,
De tu negro pesar te olvidarías
Y en santas y celestes alegrías
Se cambiara tu lúgubre dolor.

Y esa mujer, ¿ lo escuchas ?... ya no es mia !
Su cadena de amor eran mis brazos ;

Pero el infierno destrozó los lazos
De aquella dulce dicha que envidió.

Maldicion !! Ya no es mia ! La he perdido !
Viudo mi corazon en vano llora...
Huyó con sus crepúsculos la aurora
Y todo en negra oscuridad quedó.

Al mar de luz en que nadaba el alma,
Sucede un mar de llantos y tiniebla
Y el cielo entero de mi amor lo puebla
Nube siniestra de infernal color.....

Ya no se escucha en mi encantada selva
De su paloma lánguida el arrullo..... ;
La brisa allí no tiene ya murmullo,
Ni suspiros las hojas, ni rumor.....

Genio de las tristezas !..... dulce amigo,
Que mi primer suspiro recibiste,
Ven y llora conmigo, que estoy triste,
Conmigo abandonado de mi Dios.....

Ven, dulce compañero, hermano mio,
Estréchame á tu seno cariñoso,
Confunde con el tuyo mi sollozo,
Confunde tus adioses con mi adios.....

Á Dios, hermosa ! religion querida,
Reliquia santa de mi amor profundo !
Si hoy nos separa enfurecido el mundo,
Mañana el cielo á unirnos volverá ;

Porque el amor que vive en nuestras almas
Es un gran eco del amor del cielo
Y ese gran eco emprenderá su vuelo
Y al gran concierto pronto se unirá.

Á Dios, hermosa !..... llena con tu llanto
De nuestros besos la desierta urna
Y en tu vigilia tétrica, nocturna,
Mezcla mi triste nombre á tu oracion.

Á Dios, hermosa !..... el arpa vacilante
Rueda á mis piés en lágrimas bañada ;
Y agonizante el alma, desolada,
Solo puede pedirte compasion.....

No me maldigas tú, mujer querida,
De mi amor y mis llantos heredera,
Y á quien doy en ofrenda postrimera
Un suspiro..... una lágrima..... un adios !

AMOR Y DESDICHA

Solitaria, sin ventura,
Fija en la onda la mirada,
Llena el alma de amargura,
Desgarrado el corazón,
Virgen triste, abandonada
Pide á Dios consolacion.

Aun divisa en lontananza
Del bajel la blanca estela ;
Imagina su esperanza
Que á su amante abraza ya ;
Si columbra alguna vela,
Hondo grito al aire da.

Hace un año que la hermosa,
Que suspira sin consuelo,
Angustiada, temblorosa,
Á su amante vió partir ;
Y enlutado vió del cielo
El purísimo zafir.

Cual fantasma de la ausencia
Navegando un mar de llanto,
Se alejó de su presencia
El bajel de su amador ;
Vió la tierra con espanto,
Vió la vida con horror.

En el cántico del ave
Predecir oyó su muerte.
¡ Ay ! la misera no sabe
Sino lágrimas verter ;
Que en herencia dió la suerte
Solo llanto á la mujer.

En la brisa oyó un gemido,
En las ondas un lamento,
Sintió el ánimo transido

De agudísimo pesar ;
Vió cual losa el firmamento
Suspendido sobre el mar.

Desde entónces cuando asoma
El lucero vespertino,
Laura, cándida paloma,
Su reclamo deja oír
Y oye al pájaro marino
Su querella repetir.

¡ Una vela !..... Es una nube :
No te engañes, pobre Laura ;
Mira, mira cómo sube !
Es un fúnebre cendal ;
Á su paso lanza el aura
Un gemido sepulcral.

Un sol muere y otro nace
Y la nave no parece ;
Laura en llanto se deshace ;
Su dolor no tiene fin.
De su tez desaparece
El purísimo carmin.

Llora, virgen dolorida,
Llora ! El llanto es el rocío
Que fecunda de la vida
El desierto abrasador ;
De las lágrimas el río
Va á los piés del Hacedor.

Reclinada en una peña
Vé morir ola tras ola ;
Con su antigua dicha sueña,
Como sueña una mujer.....
Amorosa barcarola
Hace á Laura estremecer.

Ya se acerca á la ribera
Un velero barquichuelo ;
Impaciente la que espera
Lanza un grito y dice : « Él es » !
— Sí, mi bella ! cese el duelo :
Tu amador está á tus piés.

— Tú, bien mio ! sollozando
Exclamó la virgen bella

Y á su amante contemplando
Muda en éxtasis quedó.
Del amor la hermosa estrella
Sus caricias envidió

En fantasma vaporoso
Convirtiósese el barquichuelo ;
Un gemido lastimoso
Escuchóse resonar
.
Un cadáver cubre el cielo
Á la orilla de la mar.

BOLÍVAR

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN VICENTE CAMACHO

I

Es Bolívar, el héroe de los héroes,
El patriarca inmortal de la victoria,
El sol de libertad, el sol de gloria,
Que las cumbres del Avila alumbró.
He escuchado en la noche unos sonidos
Que murmuran las selvas y los mares :
Son tal vez los magníficos cantares
Del ángel que á Bolívar custodió.

II

He visto por las tardes en Oriente
Dos hermosas estrellas enlazadas,
Y al lampo de sus luces arjentadas
La cifra de su nombre comprendí.
He buscado su sombra misteriosa
En el valle, en el monte, en las praderas ;
Solo en un viejo bosque de palmeras
Á la luz del crepúsculo la ví.

III

He creído mirarla tras la nube
Con que á veces el sol en Occidente
Nos oculta al morir su régia frente,
Cuando el ave le da su triste adios,

Y en la voz que se escapa del desierto,
Gigante, majestuosa y solitaria,
He escuchado el rumor de una plegaria
Que sube por Bolívar hácia Dios.

IV

Acaso la deidad de esas montañas
Que la América ostenta por do quiera,
En las ramas colgó de una palmera
Una inmensa campana de metal
Y al estridor de su primer tañido
Que vibró en las cavernas de los montes,
Fulgurante asomó en los horizontes
El astro de ese Génio celestial.

V

La nube al reventar le dió su rayo,
Su voz estruendorosa el torbellino,
Su magnífico lábaro el destino
Y su aliento de trueno el huracan.
La condor imperial de la victoria
Besó la altiva frente del guerrero
Y al relucir de su triunfante acero
Ella fué su deidad, su talisman.

VI

La Libertad en su radiante carro,
Tirado por el Dios de la batalla,
Apagó los volcanes de metralla
Que en torno vió del Adalid arder.....
Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria
No levanta sus nubes el olvido,
Que el laurel que á su márjen ha crecido,
Cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

VII

Porque es tu nombre un astro rutilante
Que brilla solitario en el espacio
Donde fulgura el inmortal palacio
Que en la América alzó la Libertad ;
Y las ígneas estrellas que coronan
Su inmenso disco de esplendente llama,
Sus satélites son que el mundo aclama,
Porque tu sol les dió su claridad.

VIII

El viento de la envidia tempestuoso
 Ronco ruyó sobre tu egrégia frente,
 Mas no pudo su soplo maldiciente
 Tu inmarcesible lauro desgajar.
 Cuando un siglo ya trémulo y caduco
 Vaya á exhalar su aliento postrimero,
 Dirá al que nace : — Guarda ese letrero,
 Santo nombre de un héroe tutelar.

IX

Y cuando todos ellos confundidos
 Rueden á sepultarse en el espacio,
 Entre nubes de incienso y de topacio,
 Le llevarán en triunfo hasta el Señor.
 Él grabará tu nombre en el gran libro
 Donde miran sus nombres los patriarcas,
 Y en sus excelsas, inmortales aras
 Escribirá también : LIBERTADOR.

X

Seco ya de la vida el ancho río,
 Vuelta la tierra al primitivo caos,
 Dirá una voz de trueno : ¡ LEVANTAOS !
 Y una palma en los mares se alzará ;
 Sobre su eterna y solitaria copa
 Una blanca paloma de los cielos
 De la tiniebla entre los negros velos
 Tu nombre y tus victorias cantará.

XI

Dios llamará á su arcángel favorito,
 Le enseñará una extraña melodía,
 Para que arrulle el sueño que te envía
 Con la nube que asombra su dosel.

 Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
 Las coronas de un Dios son tus coronas
 Y el inmenso raudal del Amazonas
 Las aguas que fecundan tu laurel.

Á LA NOCHE

El Ángel de la tarde en la pradera
 Con un beso de paz durmió las flores,
 Y del bosque los dulces trovadores
 Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz.... Las sílfides nocturnas
 Rápidas cruzan el dormido viento
 Y vierten sobre el mundo soñoliento
 El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas
 El Ángel de la noche se adelanta
 Y sobre el éter diáfano levanta
 Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
 La blanda brisa, el ronco torbellino,
 Cuando empiezas, ¡ oh, noche! tu camino,
 Á su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra
 Que se apaga el bullicio entre la sombra,
 Es porque, envuelto en su gigante alfombra,
 Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala
 La inercia nocturnal de los sentidos,
 Ese coro de mágicos sonidos
 Que en la callada atmósfera resbala,

Son un don celestial, un don querido,
 Que encontramos los hombres en la cuna
 Para endulzar las horas sin fortuna
 Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios
 Las almas de las vírgenes se mecen
 Y aspirando su aroma se adormecen
 En celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos
 El recuerdo del mundo las despierta
 Y oyen un Ángel que les dice : « ¡ Alerta ! »
 Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío
Que ornán del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez, al levantarse en el Oriente,
El alba, de su lecho de jazmines,
Alumbra de los blancos serafines
La fugitiva nube trasparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales,
Cuando el bando de génius inmortales
Á su mansion beatífica se avanza.

Yo sé tan solo, ¡ oh noche ! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa ;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama
La vieja céiba al despedir sus hojas,
El eco errante son de tus congojas
Que resbala fugaz de rama en rama ;

Y sé también que el pájaro salvaje,
La fresca brisa, el ronco torbellino,
Cuando emprendes tu lóbrego camino,
Á su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé... Tal vez mi canto
Interrumpió tu majestuosa calma...
¡ Noche !.... perdon, si en su delirio el alma
Profanó tu silencio augusto y santo.

NAPOLEON

AL SEÑOR DON FELIPE CORTEZ, EN PRUEBA
DE AMISTAD Y GRATITUD

Después de Satanas, ni hombre,
ni ángel, ni demonio han caído de
tan alto.

BYRON.

I.

¡ Águila del Desierto, cuyo nido
Mecióse entre las roncadas tempestades !

¡ Flamígero cometa, suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades !
Tú que en las mismas aguas del olvido
Has lanzado tus régias claridades,
Dios caído del trono de los dioses,
¿ Quién recibió tus últimos adioses ?

II

No en verdad las Pirámides que oyeron
Tus pasos de Titan y retemblaron ;
Ni el Nilo cuyas Náyades te vieron
Y asombradas tu nombre murmuraron ;
No las grandes ciudades que encendieron
Sus torres y en las noches te alumbraron.
¿ Quién fué ?... ¡ Silencio !... Trémula mi boca
Nombra apenas el mar... nombra una roca...

III

La tierra y el Océano orbe estrecho
Feran para tu anhelo de gigante ;
De tu imperial vivienda régio techo
El firmamento colosal, flotante ;
Diadema tuya el sol ;... tu postrer lecho....
.....
El Ponto lo dirá con voz tronante...
Tu lápida... ¿ Es verdad, Titan del Sena ?
El peñasco fatal de Santa Helena...

IV

Y así como retiembla la montaña
Al desprenderse el roble corpulento,
Se estremeció el palacio y la cabaña,
Cuando caíste mudo y sin aliento :
El mar que ese peñon siniestro baña,
Tronó, dicen, con tétrico lamento,
Y que nube de horror, nadando en nieblas,
Derramó en Waterloo densas tinieblas.

V

El alma de tu cuerpo desprendida
Surcó el éter con vuelo majestuoso
Y por tus viudas águilas seguida
Al alcázar llamó del Poderoso ;
Del pórtico al dintel fué detenida

Por un brazo invisible y vigoroso,
Porque el cielo temió, que en tu demencia
Fueses á conquistar la Omnipotencia.

VI

¡Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albion, del mar Señora!
¿Por qué?... Porque un pedazo de tu tierra
Fué á pedirte el coloso en mala hora...
¡Y le diste un peñasco!... En él se encierra
Tu mas horrenda página, ¡traidora!...
Allí arrastra un espectro sus crespones
Y te cubre de eternas maldiciones.

VII

¡Postrado ya el León, lo encadenaste!
Y de léjos oyendo su rugido,
¡Tú, del mar la Señora, tú... temblaste!!
Por el puñal de la traicion herido
Cayó á tus piés..... ¡Entonces respiraste,
Vencedora alevosa del rendido!....
El Océano mismo no podría
Borrar ese padron de cobardía.....

VIII

Tú no eres tan culpable.... ¿Dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
¿Por qué no le salvó?... Le contemplaba
Desde la alpina cumbre sonreida!...
¡Y ÉL que la hizo tan grande!... Ella danzaba
Sobre sus mil trofeos;... y la vida
Del héroe-dios, volcan ya moribundo,
Lenta espiraba allá en el mar profundo...

IX

¡Eso es la Gloria!... ¡Napoleon!... ¡Bolívar!
Genios resplandecientes cual cometas,
Una copa de flores y de almíbar
La Diosa os presentó, grandes atletas;
Pero en el fondo, emponzoñado acíbar
El Destino guardaba,... y anchas grietas

Abriendo en vuestro seno, los pesares
Os ahogaron á orillas de los mares.

X

¡Eso es la Gloria!... El Genio armipotente,
La homérica Deidad de las batallas,
Tú, Bonaparte, sol en Occidente,
Tumba entre rocas maldecidas hallas
En medio de los mares... Y esa frente
Que desafió mil nubes de metrallas,
Solo Bertrand, el bravo Granadero,
La sostuvo en el trance postrimero.

LA FLOR DE MAYO

Flor voluptuosa de la agreste selva,
Del verde mayo lúbrica sonrisa,
En cuyo seno la sonora brisa
El ámbar de otras flores va á guardar,
Cuando tu cáliz ví tan hechienco
Y tu vívida tinta encantadora,
Me pareciste de la vírgen Flora
La huella leve que dejó al pasar.

Bella cual la sonrisa de un arcángel,
Cual los sueños de América, inocente,
Mayo, para diadema de su frente,
En un jardin del cielo te escogió
Y tal vez de la noche en el silencio
El dios de la montaña te enamora
Y acaso junto á tí la roja aurora
Dulcemente dormido le encontró.

Á BARQUISIMETO ⁽¹⁾

AL DISTINGUIDO LITERATO

SEÑOR JUAN VICENTE GONZALEZ

EN PRUEBA DE AMISTAD Y DE SINCERA ESTIMACION

¿Cómo está sentada solitaria la ciudad
llena de pueblo?.....

La princesa de las provincias ha sido
hecha tributaria.

JEREMÍAS.

I

¡Virgen desamparada!
Reina del Occidente!
Alza la noble frente,
No te avergüences, nó!
Si el Dios de la victoria
No coronó tu intento,
Grande en tu vencimiento,
El mundo te admiró.

Al son de tus cañones
Colombia despertó.

II

¿Qué importa que tus hijos,
Terror de los perversos,

(1) Otro literato venezolano, el Sr. Gonzalez escribió lo siguiente con motivo de esta oda.

La poesía no muere. Hay siempre primaveras, generaciones que nacen, que se suceden y que llevan consigo sus flores, sus amores y sus cantos. Lo que hay de difícil es que el arte presida á estas sucesiones rápidas y dé á las producciones de una estacion verdadera juventud y duracion. Debieran contentarse los poetas de veinte años con cantar y complacerse entre sí, esperando para interesar al público á que sus juegos se convirtiesen en obras. Si se cultivase la poesía sin otro fin que ella misma, como se cultiva la música, el piano ó el canto, cuando viniere la veleidat de publicar algo, si no faltaba la ocasion, la modestia triunfaria y retendria el hábito de dominarse. La poesía cultivada así en secreto y por sí sola, en los intervalos de un trabajo penoso ó de una profesion ingrata, aprovecha á la moral interior y viene á ser una delicadeza del alma y una virtud.

Que el dia en que un gran poeta nazca, él sabrá anunciarse á sí mismo y hacerse oír. ¿Qué ganaria la crítica en ensayar y combinar hoy programas que crea útiles, en proponer sus planes de una literatura estu-

Errantes y dispersos,
Mendiguen pan y hogar?
¿Qué importa, si la Historia
Recogerá tu grito
Y en bronce y en granito
Tu nombre ha de grabar?
Laurel inmarcesible
Supiste conquistar.

III

Ceñido el casco fiero
Rompiste la coyunda;
Impávida, iracunda,
Volaste á combatir
Y en tu pendon la Sombra
Del héroe colombiano
Con invisible mano
Trazó: « ¡LIBRE Ó MORIR! »
Guay! rábida leona,
Si tornas á rugir!

IV

Recoje tus banderas,
Intrépida Amazona,
Recoje tu corona:
Tú siempre has de reinar.

diosa y reparadora? La imaginacion, la flor, la inspiracion de la pasion ó del sentimiento faltan, porque esto nace y comienza, cuando Dios quiere, y no se aconseja. En tanto, nosotros, experimentamos un sentimiento doloroso, al ver tantas penas, tantos cuidados y tiempo perdidos sobre estos versos tan arrullados, tan mimados y que acaban por caer del seno paternal en este mundo de indiferencia. Descamos, esperamos algo de nuestros compatriotas para calentarlo á nuestro corazon y esponerlo al público, diciéndole: Estos pensamientos son sencillos y naturales y como vecinos á la fuente; aquí hay ritmo, imágenes, un estilo propio con tonos diversos; estas son rimas de escultor y de pintor...

La suerte quiere que comencemos por una composicion patriótica, por una *Oda á Barquisimeto*, en un género distinto del que ha cultivado hasta aquí el Sr. Abigail Lozano. El romper osadamente las cadenas de la Musa erótica, cerrar el oído á la meliflua voz de su monótona dulzura, interrumpir el quejumbroso canto de cansados amores y respirar el aire libre, puro, fecundante de la oda bastaria para excitar nuestros aplausos. Acaba de hallar el camino del sentimiento,

Enjuga, con tu manto
De emperatriz, los ojos;
Olvida tus enojos;
Enseña á perdonar.
Mas, ah! tú viste inermes
Cien hijos inmolar...

V

Tus vírgenes suspiran
Y tus matronas lloran
Y el Dios que ellas imploran
No escucha su oracion:
Así tambien lloraron,
Del cielo abandonadas,
Ante el altar postradas,
Las hijas de Sion.
El que lloró en sus ruinas,
Hoy llora en mi cancion.

VI

Del Avila los cuervos
Rasgaron tus entrañas...
Talaron tus campanas...
Gozáronse en tu mal...
Tus calles veo desiertas,

Sin luz tus incensarios;
Los bárbaros sicarios
Mancharon tu cendal.
Rivales hubo Atila
Y su bridon, rival.

VII

Como los fuertes muros
De la ciudad impía,
Cacrá la tiranía
De tu trompeta al son
Y entónces la justicia,
Que huyó de nuestro suelo,
Descenderá del Cielo
Cual teucro paladion
Y aplaudirá la Sombra
Del immortal SÍMON.

VIII

Las leyes ultrajadas...
Envuelto en negro manto
El libro sacrosanto,
Conquista del valor...
Y qué! puede sin mengua
La colombiana gente,

de la poesía y de conversar familiarmente con una Musa.
¿Qué es la oda?

Es un canto destinado á traducir y expresar la embriaguez pública, la gloria de los vencedores y el duelo de los grandes funerales. Toda oda está destinada á cantarse por su naturaleza. Tales eran las de Píndaro, corona y gloria de los juegos de la Grecia. En Horacio la oda ha perdido su carácter primordial: algunas hay sobre los grandes asuntos romanos que han podido cantarse, pero la mayor parte no eran sino odas de gabinete, viniendo á ser este Horacio, modelo y tesoro de los talentos cultivados, un lírico ya ecléctico. En la edad media hubo un género lírico verdadero, natural, animado, que se halla en las obras de los Trovadores. La Iglesia tuvo tambien sus bellas odas sagradas, sus *prosas*, y ¿qué es el *dies iræ*, sino una oda terrible y sublime? Despues han venido odas artificiales, las de Ronsard, las de Malherbe mismo. Si Racine encontró para los coros de su *Esther* la verdadera lírica, natural, motivada, Juan Bautista Rousseau en su oda al conde Du Sac, tan celebrada por Laharpe, al traves de sus tonos brillantes, armoniosos, ha dejado percibir su falta de ideas y sentimientos, lo facticio de

su entusiasmo y su frialdad misma en medio del ardor de su estudiado delirio.

Lo que queremos inferir de todo esto es que, para ser verdaderamente viva, la oda política ó religiosa debe ser la voz armónica y vasta de un pueblo que se reconoce en ella, saluda en ella á su alma y se exalta escuchándola.

Muy pocas odas conocemos nosotros dignas de este nombre: las de *Manzoni*, alguna de Quintana, una de Dryden.... La oda ha venido á ser un compuesto convenido de énfasis, grandes palabras, imágenes fastuosas, exageracion oriental y por voz el *mujido lírico*, de que hablan los franceses. Es un género artificial.

Alégrese el Sr. Lozano de haber hallado el camino de la gloria; siga por él. Los años pasados son la edad media de Venezuela, que ofrecen cuadros atroces, sombríos, dignos de Sófocles y Tácito. Los versos que juzgamos revelan un alma varonil, un corazón templado al fuego de las grandes pasiones, y la versificación es fácil, animada, sonora. « Rompamos la lira, decia un antiguo, en que cantamos los devaneos de la mocedad; seamos la voz de la patria en el corazón de los pueblos. »

Rebaño vil, paciente,
 Sufrir un Dictador?
 Cien negras cabelleras
 Revuelve ya el furor.

IX

De tus valientes hijos
 La indómita bravura
 Terror, honda pavora
 De nuevo infundirá
 Y allá en su negro alcázar,
 De crímenes guarida,
 El Déspota homicida
 Cual liebre temblará.
 De espectros negra fila
 Su lecho cercará.

X

De Vásquez y Rodríguez
 Las sombras indignadas
 Al fin serán vengadas:
 Tiranos, guay! temblad!!
 Sobre las altas cumbres
 Del Ande gigantéo,
 El estandarte veo
 Que alzó la libertad.

Aurora de ese día
 De redencion, brillad !!!

XI

Las rígidas Matronas,
 Las púdicas Vestales
 Con arcos mil triunfales
 Tu albor saludarán
 Y trémulas de gozo,
 Doblada la rodilla,
 Al Dios que hoy nos humilla,
 Hosannah! cantarán.
 Los valles y montañas,
 Hosannah! volverán.

XII

Sí! sí! que hay almas libres
 Y de entusiasmo llenas,
 Que grillos y cadenas
 Sabrán al fin romper!
 Y en su festin sangriento
 Verá, verá el Tirano
 Trazar oculta mano:
 « Pasó ya tu poder. »
 Honor y patria y leyes
 Veremos renacer.

FRANCISCO ARANDA Y PONTE

No puede escribirse el nombre de Francisco Aranda y Ponte sin que en el orden cronológico quede escrito el de su ilustre padre, el Sr. Licenciado Francisco Aranda, que fué uno de los escritores políticos y uno de los publicistas más notables de Venezuela, — que desempeñó en ella altos y merecidos puestos públicos, — que brilló en el estadio de la prensa en los serenos días de la República — y que tuvo al fin la fortuna de morir en la edad senil, rodeado del respeto y del amor de sus compatriotas.

Francisco Aranda y Ponte recibió en Carácas una esmerada educación literaria y desde sus primeros años reveló que poseía junto con una clarísima inteligencia una vocación decidida por las letras. Lustre de ellas y de su patria habría sido, si la muerte no le hubiese sobrevenido en la flor de la vida, en momentos en que desempeñaba la Secretaría de la Legación Venezolana en Bogotá.

Su prematuro y triste fin no sorprendió á los que conocían su carácter y sus secretos domésticos. Aranda y Ponte adoraba á la Señorita Pilar Clemente, jóven esta que en la culta sociedad de Carácas brillaba por su extraordinaria belleza y su graciosa espiritualidad; habiase unido á ella por el vínculo del matrimonio y ambos esposos eran muy felices. No tardó la muerte en disolver aquella dichosa unión arrebatándole á Pilar. El poeta, herido en lo más íntimo de su corazón, no tiene fuerzas para sobrevivir á tan grande infortunio. Una fiebre cerebral le acomete y pone triste fin á sus días en cortas horas.

EL PRIMER SUSPIRO

Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.
CALDERON.

Inocente virgen, qué te aflige? ¿Por qué brilla una lágrima en tus ojos abatidos? — Ayer rizabas tu negra y reluciente cabellera, radiante la frente de esplendores y llenos los labios de sonrisas: ¿por qué inclinas ahora la cabeza, como si fuese un peso su hermosura, y descuidadas descienden por tu seno las trenzas de tus cabellos? — Las melodías de una música seductora animan las danzas en la sala del festín: ¿por qué tu corazón no palpita de entusiasmo y apartada de tus amigas, buscas la soledad? — Tú no lo sabes y al pregun-

társelo á tu alma se hace tu tristeza mas profunda y solo me respondes con un suspiro.....

* *

Alegres fiestas reclaman tu presencia : ¿ por qué has olvidado tus diamantes y adornos ? ¿ No amas ya tus collares ? ¿ Perdieron para tí su belleza las gasas de tus vestidos ? ¿ No es ya el wals ese placer inefable que ayer te transportaba impaciente hasta los mas agitados sueños del delirio ? — Tu planta lijera se desliza, como las brisas de la mañana, al compas de la armonía ; la gentileza de tu talle es la de las sí-fides, cuando te entregas á los torbellinos fantásticos de la danza : ¿ por qué falta tu figura en ella ? ¿ por qué se ausenta pensativa la reina descada del festin ? — Ay ! nada de eso halaga ya tu fantasía : ¿ qué cambio hace morir así tu animacion en un suspiro ?

* *

Alza á ese cielo la mirada : ¡ qué dulcemente alumbrá sus espacios la limpia luz de esa hermosa luna ! No es mas bella que esa apacible claridad de la esperanza, cuando se eleva á lo alto de nuestra existencia disipando las sombras de la melancolía. Mira esa cúpula sin término, en que rielan estrellas innumerables como las lámparas de una fiesta universal á que sirve de templo el firmamento. Levanta los hermosos ojos : un rayo del astro de la noche iluminará tu corazón como ilumina esa lágrima que corre por tu mejilla. — Así, así... ¿ no sientes que delante de ese espectáculo respira mejor tu pecho ? ¿ no te embriaga ese aire como un sueño de la fantasía adormecida ? — Para tan sublimes encantos no tienes una palabra de admiracion : ¡ la inmensidad de ese firmamento, que derrama á torrentes el deleite, no te envía á tí sino un suspiro !

* *

Escucha el murmullo de ese arroyo. Nace de entre el bosque inmediato para dilatarse

algunas horas en ese lago de aguas claras y serenas y perderse despues entre las flores. Ese raudal es una imágen tuya : las sombras del amor te protejieron en la infancia ; tu bella alma, como ese lago, refleja el cielo en su pureza y flores brotarán á tu paso y trazarán sobre la tierra tu camino. — Mi voz, demasiado áspera para tus oídos, no puede consolarte : háblente en su lenguaje misterioso las armonías interminables de esa alegre corriente. Oye ! ella se desliza entre saludos mil á sus orillas para detenerse extasiada y silenciosa reflejando en su seno las estrellas ; ella te promete una felicidad como la suya y te invita á continuar la vida sin que asome á tu frente la tristeza. — ¿ Tambien ese arroyo te hace mal ? ¿ vuelves el rostro ? ¿ suspiras ?...

* *

¿ Qué peso de dolor inexplicable opríme tu alma virginal ? La muerte no ha arrebatado de junto á tí ninguno de los que te aman ; la desgracia no ha pasado nunca los umbrales de tu hogar ; los días han espirado unos tras otros dejándote para adornar tu frente el mas puro de sus rayos ; tus recuerdos son bellos como esperanzas y tus esperanzas podrian formar un cielo á la mas aérea fantasía. Mira esos campos alumbrados por esa luz májica que sobre todo tiende sus velos de diafanidad encantadores ; los ángeles los aceptarían por patria ; eso es el mundo para tí. — No me oyes ; tu cabeza, un momento suspendida, vuelve á reclinarsse sobre tu mano de alabastro ; tu pecho, lleno de juventud, se abate ausente de su entusiasmo, como la vela abandonada por el viento, y parece haber exhalado toda su respiracion en un suspiro !

* *

¿ Eres un arcángel que sueñas acaso con tu cielo ? Arrebatado, en medio de tu vuelo, de las regiones de lo alto, pides á Dios tal vez que te devuelva tus alas ? — ¿ No sientes que es mas hermoso vivir entre las aflicciones de aquí aba-

jo, cuando una mision sagrada nos da el poder, que recibiste tú, de enjugar ardientes lágrimas y endulzar el dolor mismo? Eres mujer, tu corazon es una arca santa de ternura en que se encierra un toso de virtudes celestiales: alza la frente; el mundo es bello porque habitan en él seres divinos que se parecen á tí; la existencia, desde el nacimiento hasta la muerte, os debe sus dias de felicidad, la resignacion, la esperanza, el olvido del pesar. — ¿ Por qué abatirte, por qué buscar la soledad para derramar en ella, en suspiros que así te rinden, lo mas precioso de tu vida? — Hablas? Ya te escucho; comprendo ahora tus tristezas... ¿ *Lloras, porque amas demasiado todo lo que te rodea?...* ¿ *Llamas la soledad por compañera, porque, en medio de todos tus amores, aun se halla tu alma demasiado sola?*... Virgen encantadora, yo te prometo por existencia un paraiso en nombre de tu sensibilidad angelical y por premio de ese suspiro.

Como tú, se inclina tambien la rosa en su primer mañana bajo el peso del rocío, pero mira: hay siempre un rayo de sol que aspira amante sus lágrimas y que, realzando sus encantos, ilumina su hermosura y le devuelve su vigor; alguna nube fugaz puede empañar un instante la faz risueña de esa luna, pero qué importa, si basta el menor soplo del viento para disipar la negra sombra y restituirle su esplendor? Una hoja seca, desprendida de un árbol de sus orillas, ha borrado las estrellas en el cristal de esa fuente, pero no ves? Al tranquilizar su seno, brilla mas bello el firmamento en el fondo de sus aguas. — Seca ese llanto sin causa; serena, niña, tu hermosa alma: estrellas mil tiene tu vida y hay mas rayos de luz en tu mañana y auras de amor en tu cielo, que lágrimas pudieron inundar tu dulce rostro, al rendir el corazon en un suspiro.

TE AMO

Á PILAR CLEMENTE DE ARANDA

Mi amor hácia tí se compone de todos mis amores y es á un tiempo recuerdo, gratitud, deber y esperanza.

BARALT.

Que manque-t-il au cœur nourri de ces tendresses ?

Mon Dieu ! seul votre parole pour les redire ;

Vraiment, vos dons toujours dépassent vos promesses !

LAMARTINE.

¿ Te he dicho yo nunca que te amo?... Sí, lo sé: mil veces han salido esas palabras de mis labios articuladas desde el fondo de mi corazon; mil veces el éxtasis ó la melancolía, esas dos atmósferas divinas del sentimiento, en medio de las que siempre he pronunciado, ausente ó cerca de tí, esa voz en que se dilata mi ser mas allá de mi existencia, le han dado sus ecos de poesía, de adoracion y de misterio y ellos te la han llevado á tí ó á tu imágen que está constantemente delante de mis ojos, ó al cielo, hasta donde alcanza sin duda el ¡ ay ! ó la exclamacion mas secreta de mi amor! — Y sin embargo, ¿ he podido yo acaso expresar, con toda su energia, y en mi expresion exhalar, como lo anhelo, junto con mi alma toda, que quisiera darte á tí, el sentimiento ilimitado que me agita? — No, porque no tiene la poesía voz bastante profunda, imágenes bastante deleitosas ó tristes, lágrimas bastante tiernas, para decirte, amiga mia, lo que pasa en mi pecho, para hacerte visible todo lo que me inspiran tus miradas ó tus recuerdos, para repetirte lo que á los oidos del corazon me dice constantemente un ángel del Señor en una lengua no revelada al hombre, señalándose en tí un hermano suyo sobre la tierra.

Ay! Dios mio!.... Dios mio!.... ¿ Por qué haces inútiles todos mis esfuerzos para reducir á la expresion tanto sentimiento!?... Dame tu palabra, Señor, dándela un momento, porque la muerte está en las palpitations de mi sangre y es preciso que hable, es preciso que

Ella me oiga, que los aires se llenen de mi amor, que los senos de la naturaleza, sus abismos, sus montañas se estremezcan conmigo al escuchar mis cánticos y me los devuelvan en mil ecos....

Amiga mia!.... tú lo sabes! tú, que has visto mis ansiedades y agonías, tantas veces, con tus ojos cargados de lágrimas, abatidos bajo el peso de una compasion sublime, inmensa como tu amor inagotable : el sentimiento, que en mi espíritu encienden tus encantos, se levanta poderoso sobre mí y abate mis débiles fuerzas, lucha con mi pobre alma, como luchan las llamas del incendio con la paja seca de los campos, quisiera convertirse en un himno eterno de adoracion hácia tí y no encuentra sino mezquinas palabras, ayes de impotencia.

Mira!... — El mar no cabe en el inmenso lecho sobre que ruedan sus ondas, como no cabe mi amor aquí en la tierra. Es por eso, sin duda, que Dios permitió al Océano exhalar su eterna agitacion en voces repetidas sobre sus extensas playas por cada una de sus innumerables olas. La revelacion constante de su fuerza, sus cantos interminables, sus suspiros incesantes, sus prolongados gemidos calman así su inquietud y su impaciencia... ¡Quién pudiera cantar y gemir como el Océano!!....

Lo que es el Mar, vírgen mia, ante el cielo infinito que por todas partes le rodea, eso es mi corazon ante tí; lo que el Océano dice en todo instante á las regiones de la luz, que se ostentan magníficas sobre él, como la imágen de su esperanza, á los vientos que le acarician como si gustaran consolarle, á las riberas que tienen brazos y ensenadas deleitosas que ofrecer á su descanso, al astro de las noches que dulcifica sus furoros, como la mirada entristecida y profunda de una amante en medio del silencio : eso y mucho mas encierra mi alma para tu alma; eso, pero de modo que lo entendieran los vientos, las estrellas y los cielos, querria yo decirte á tí, luz de mis días, astro de mis noches, asilo de mis penas, fuego

sagrado de mi entusiasmo, centro y término, sol y espacio de mi universo!....

Yo te amo! compañera de mi vida; te amo mas allá de mis delirios, por sobre toda poesia.... te amo en el seno del *amor increado*, fuente de toda creacion, cuya menor palabra ha sido un mundo y torrentes de existencia el pensamiento! — Déjame repetirlo... repetirlo sin fin.... Solo así puede contentarse mi alma, que al no encontrar palabras de fuego que abrasen, como se abrasa ella en la pasion inextinguible que la posee, habria de morir ahogada en el exceso de sí misma, marchita y agostada, cual si hubiese respirado las ardientes esencias de que se forma el rayo.

Yo te amo!!... No te canses de oír esa palabra : no son mis labios sino mi ser entero quien la pronuncia. — Yo la digo embargado de admiracion y gratitud, lleno de un sentimiento mas que religioso, divino, como si viera aparecer en pos de tí y á tu alrededor todo lo bello, todo lo grande, todo lo noble y virtuoso, como si Dios mismo, visible á la luz de tu hermosura, viniera á presentarse á mí, trayéndote de la mano, para darme á la vez una esposa y una hermana, el resumen y la explicacion viviente de todas sus obras! — Esa palabra anuncia toda la poesia de mi corazon, toda esa poesia íntima que no nos es dado penetrar sino en alas del sentimiento religioso, al traves de los sueños mas puros de la fantasia; porque ella es la mas hermosa y la mas completa de las inspiraciones, la palabra viva de Dios, el cielo mismo poseido por dos almas, atmósfera de vida en que la meditacion se pierde confundida con el delirio y el pensamiento se contempla, asombrado, como una creacion mas vasta que la creacion visible. — Yo te amo! eso es cuanto podemos decirnos al encontrarnos, el uno frente al otro, en el centro de ese universo, para enmudecer despues y dejar hablar por nosotros la naturaleza entera, convertida por ese amor en un himno, transformada en un templo, que tiene montañas por altares, nubes

por incienso, por oración sus mil conciertos y por santuario el firmamento!

Esa palabra viene siempre á mi boca, aunque no siempre la pronuncie: ella se despierta en mi corazón á cada una de mis reflexiones hácia tí, — á cada recuerdo de tantos como haces brillar en mi fantasía, — á cada una de esas esperanzas, relámpagos pacíficos del cielo, revelaciones de otra existencia, que al contacto de tu alma brotan á iluminar las tinieblas de mi vida, á cada palabra, á cada acción, á cada mirada tuya!

Te amo con todos los afectos de la tierra, con todas las inspiraciones del cielo.....

Te amo, como ama el hermano á su hermana. — Cada latido de mi corazón me dice que nuestras almas vinieron juntas á la vida! nacieron el mismo día de un mismo pensamiento del Creador; juntas estuvieron en sus manos.

Te amo como ama el proscrito al proscrito, cuando ambos se encuentran en distantes regiones, desterrados de una misma patria. — Nuestra patria, amiga mía, está muy lejos del mundo; y aunque alrededor de nosotros existen corazones llenos de sentimiento, desgracias muchas, profundas aflicciones, nuestros dolores, sin embargo, se sentirían extranjeros del todo sobre la tierra y ni aun idioma encontrarían en que explicarse, porque nadie habría de entenderlos, si el uno no estuviera aquí al lado del otro, para cambiarse mutuamente las penas todas, aun aquellas que no tienen definición ni nombre. Necesidades íntimas, dolores ignorados, deseos, ayes casi mudos, misterios que la humanidad en su marcha y en su ruido no puede percibir y que el cielo solo conoce, existen en el corazón y constituyen el fondo de toda sensibilidad como la nuestra; la fuente de esa sensibilidad está en la fuente primitiva de donde emana todo espíritu; y en ella, que es sin duda alguna la parte mas querida de nosotros mismos, aunque nos haga derramar lágrimas secretas, y bien amargas!, está la esencia de

nuestro ser. Esas lágrimas, en que está compendiado un mundo entero de anhelos, esperanzas y afectos, vienen á revelarnos, en medio de esa tristeza profunda del espíritu, que es la mas vasta de las soledades, lo que en realidad somos ante nuestra conciencia y ante Dios, y piden, para consolar nuestra alma en su abandono, la compañía de un ángel tan bello como tú, palabras pronunciadas en su lengua natal, las intimidades de una confianza sin reserva, recuerdos idénticos, penas iguales.

Té amo, como ama el padre á su hija menor, bella, virtuosa, débil y desgraciada. — Muchas asperezas tienen las sendas de la vida; sembradas están de abrojos; un sol ardiente marchita todo lo bello, incendia y tuesta nuestro suelo y son de sangre las huellas que al andar dejan en él nuestros pies. Detrás de nosotros sigue la destrucción y la muerte; delante nos aguarda el desengaño!..... Hija del cielo! ¿por qué, con tus formas delicadas, con tu virtud é inocencia, con esa sonrisa de bondad, con esos ojos en que se refleja tan limpia la luz de las mas hermosas esperanzas, fuiste también lanzada aquí, donde el hombre, en pena de una culpa contra su Dios, sufre todos los rigores de un terrible castigo? !..... Lo sabes? : yo me olvidaría de mí, bendeciría todas mis desgracias, si á ellas quisiera el cielo añadir, atendiendo á mi incesante ruego, las que hubieran de afligirte á tí; si pudiera, por fin, impedir que tus plantas se manchasen con el polvo, que tu vista fuese empañada por el llanto ó sombreado tu rostro por el dolor.

¿Qué hermoso destino para un hombre poder proteger, en toda hora, la existencia de un ser tan bello como tú!!!... Velar día y noche cerca de tí; cuidar hasta de tu respiración; apartar de tu lado cuanto pudiera lastimarte ó causarte siquiera una inquietud; conservar tu corazón en la ignorancia de los dolores, abierto siempre, como está, á la piedad y á la confianza; distraer tus miradas,

durante la vida, con las perspectivas del cielo; y poner en manos de Dios, despues que la muerte hubiera cerrado suavemente tus ojos sin borrar la sonrisa de tus labios, esa bella alma que te anima y que nunca debió abandonar la morada del ángel: — eso es lo que mi corazon pide, con todas las ansiedades de un deseo irreprimible y vertiendo todas sus lágrimas, al que ha prometido auxilios y triunfos, aquí y mas allá del mundo, al llanto de la virtud.

Te amo, como ama sus inspiraciones el poeta, el compositor sus armonías, el pintor sus cuadros, el escultor la belleza del mármol que convirtió en imágenes del corazon ó del pensamiento. — ¿Qué son esas inspiraciones, esas armonías, esos cuadros y esas estatuas, sino la expresion de un amor inmenso que busca revelaciones en cien lenguajes diversos, ya que no hay uno en la tierra que haste á traducir todo lo que es capaz de encerrar la sensibilidad del hombre? ¿Qué satisfaccion solicitan para sus almas los seres privilegiados á quienes el cielo concedió uno de esos medios divinos de interpretar sus afectos y ensueños? Ellos quisieran reunir alrededor de sus obras maravillosas el sentimiento del mundo entero y juntarlo con el de la posteridad, para encontrar, á falta de un corazon bastante generoso y profundo que pueda asociarse al suyo, un confidente de sus pesares y de su entusiasmo en cuantas almas son capaces de elevarse con sus almas á la contemplacion de lo sublime y de lo bello; no hallando esos genios todo el amor que necesitan, piden á la admiracion consuelos para su tristeza, á la gloria el olvido de su soledad. Si cada uno de ellos hubiera tenido cerca de sí un corazon, como el que tú me has dado, vírgen mia, á él y solo á él habrian dirigido sus mas hermosas inspiraciones, desdeñando los aplausos; por una sola emocion, por una sonrisa, por una mirada tuya habrian despreciado los cien ecos de la fama, que no alcanzan á llenar, por mas que multipliquen la lisonja y el encomio, el vacío

del amor, de ese amor profundo, inmenso y santo, que tú has sabido sentir en toda su plenitud, como el anuncio en la tierra de destinos inmortales! ¿Qué importa que mi voz no tenga belleza, ni corra formulada en frases cadenciosas? : tú estás ahí delante de mí para interpretar mis palabras por el sentimiento que las dicta, convertir en himnos mis suspiros y traducir hasta mi silencio en odas, en cánticos, que mi corazon exhala hácia tí sin esfuerzo, como exhalan al viento las flores sus aromas, las olas sus gemidos, los bosques sus quejas armoniosas, su frescura las aguas... Amante de la música, la mejor melodía para mi oído es el timbre de tu voz; pintor ó escultor, yo moriria sobre el lienzo ó sobre el mármol, pidiendo á los colores me diesen viva tu mirada, ó á la piedra me revelase el secreto de tu alma. Mi amor de artista por tí es grande como todos los amores que á mi pecho has inspirado; yo te contemplo, á un tiempo mismo, como la fuente viva de mis impresiones, cual si fueras el resumen embellecido de las obras que imaginara crear, como la depositaria de la gloria, el eco vivo de los aplausos y la recompensa de los triunfos que ellas me alcanzaran. Delante de tí soy el mas entusiasta adorador de todo lo que es bello y hago mias, sintiéndolas contigo, las producciones del genio.

Te amo con el amor del desgraciado, abandonado de todos, hácia el generoso protector que no aguardaba.

¿Por qué he merecido tu amor? — ¿Cómo me amaste ántes y despues de conocer el mio?

Cuando tus ojos me encontraron por la vez primera, yo oí lo que tu corazon te dijo: — escúchalo ahora de mi boca. Todavía veo delante de mí tu hermosa figura radiante de inteligencia, llena de gracia y de distincion, tras las rejas de esa ventana de humilde apariencia, en uno de cuyos balaustres transversales apoyabas tu mano derecha en una mañana bien distante del momento en que escribo,

como si quisieras descansar en él, lijera-mente inclinada hácia adelante, para poder mirar en toda su extension la plaza de la aldea vecina. En esa hermosa mañana, tantas veces recordada en nuestras conversaciones, llamaba allí la atencion ú ocupaba la piedad de los concurrentes una fiesta religiosa. — Para nosotros duró el espectáculo de esa fiesta el tiempo que estuvimos distantes el uno del otro y nuestras miradas no se encontraron. Luego que la casualidad me hubo puesto frente á tí, sentí que todo habia desaparecido á mis ojos como por encanto : mi vida, la religion, el mundo, el cielo mismo habian tomado tus formas y encontrado en tí su personificacion; é indiferente á cuanto me rodeaba, mi alma por primera vez midió los años, miró en derredor de sí y se encontró sola. — Como se rinde el caminante del desierto, vencido por el deleite, á vista de la fuente y de la sombra, que prometen la saciedad á su sed y el descanso á sus fatigas, así delante de tu figura encantadora, mi corazon se sintió desfallecer, necesité apoyarme para sostenerme de pié y á poca distancia de tu reja, permanecí como abismado en mí mismo y absorto en tu contemplacion...! Yo no sé cuánto tiempo duraron estas impresiones, pero es lo cierto, que la eternidad no podría grabarlas mas profundamente en mi alma, ni tiene ella siglos bastantes para borrarlas de mi memoria. Sin tí, amiga mia, lo comprendí de una vez en toda su evidencia, la existencia habia sido un sueño difícil, el mundo un caos, las alegrías solo ruido; en adelante, si tu corazon no habia de ser mio (aun eran mas amargas mis reflexiones), mis horas serian contadas por mis agonías, la oscuridad reemplazaria la luz, la alegría de la tierra lastimaria mi alma. — Eso pasaba por mí, á tiempo que tu frente, mas séria, dejaba notar el cambio que tambien habian tenido tus pensamientos; la sonrisa dejó de vagar por tus labios, — tu oído atento, pero distraido de todo lo que sucedia á tus inmediaciones, parecia escuchar de léjos la

voz de una inspiracion, — algo de inexplicable y luminoso en tu rostro revelaba, realizando tu belleza, un anhelo secreto del corazon, — tus ojos, mas fijos, parecian haber reconcentrado todo el brillo de tu alma, uniendo á él, cual un nuevo prestigio del cielo, la sombra de una tristeza sublime. Tus miradas suspensas, que mas de una vez se detuvieron sobre mí, dijeron á mi corazon, con esa elocuencia muda de las santas revelaciones, mas poderosa que la de todo lenguaje, cuánto en aquel momento ocupaba tu espíritu : tú te decias, si es que lo que sentiste entónces puede traducirse por palabras : « Yo penetro en las agitaciones, leo fácilmente como leeria en mí misma, los dolores y pensamientos de ese jóven, cuya fisonomía conozco, sin embargo de no haberle visto nunca ántes. Á su aspecto, reviven en mi corazon todos los sueños que he tenido en mis horas de soledad. Su sensibilidad es profunda y sobre todo hermosa y llena de honradez : la conciencia, la certidumbre que tengo de ella, me prueban bastante que es hermana de la mia. Su alma está destinada á padecer mucho, porque vive de sentimiento, y el sentimiento, aunque sea un precioso privilegio, es tambien, y tal vez por eso mismo, una suprema desgracia : no es preciso haber vivido mucho para saber eso. Ay ! si yo pudiera, no obstante que él lo ignorara, hacerle fácil la vida y alcanzarle del cielo una suerte dichosa !..... » Su mirada, llena de tristeza, se ha fijado en mí algun tiempo; he creído sentir que algo me preguntaba : ¿ qué me ha pedido ?..... Cuánta felicidad seria para mí tener en mi mano el poder de satisfacer un solo deseo snyo !..... »

Pasaron esos momentos y despues has sabido hasta qué punto ha tenido mi alma sed de la tuya, cómo he necesitado de tu amor en medio de una existencia que, sin tí, era toda aislamiento y desesperacion, de qué modo has sido para mis ojos, que no se cansan de contemplarte nunca, una aparicion redentora,

una dádiva de Dios! — Al oírlo de mis labios, tú has enmudecido... luego has llorado; y nada has encontrado en la tierra mas dulce que las lágrimas que tu amor, elevado como tu corazón, te ha hecho derramar por mí. Fué que te sentiste entónces demasiado feliz, al hacer tuyas mis penas y alegrías, al reunir tu existencia con la mía y convertirte por una afección sublime, como tu naturaleza de mujer, en el ángel tutelar de mi destino; fué que encontraste allá en el fondo de tu corazón, en ese amor que me habías dado, ántes de pedirlo yo, y que hacía palpar mi sangre con las palpitaciones de la tuya, el bálsamo que anhelas para todas mis heridas; y pudiste decirte en medio de tu llanto: « Estas lágrimas que vierto por él no son inútiles: el Cielo me las ha dado para borrar de su corazón hasta las huellas de sus dolores, que son las que me las arrancan; al rodar ellas por mis mejillas, mi alma respira otro aire y el cielo se abre para mí; siento encenderse en mi espíritu la llama de una misión divina y la voz de una evidencia celestial me dice que por mis manos bajarán en adelante, desde Dios, paz y bendiciones para él!... »

Sí, amiga mía, yo me complazco en repetirte: la vida para mí debía ser una gran desgracia, la existencia una peregrinación sin objeto ni descanso, la creación un destierro, — y tú me has redimido de la vida, convirtiendo la luz del universo en la luz consoladora de una patria sin término y dándome en tí misma la compañera constante de mis días, como la hubiera formado mi fantasía en los sueños de la desgracia!...

Te amo, como se ama, en las amarguras del duelo, al noble amigo que gime con nuestros gemidos, estrecha entre las tuyas nuestras manos convulsas por la desesperación y reuniendo al nuestro su llanto generoso, nos da un asilo sagrado en su alma y al través de la desolación, que es un abismo de oscuridad y sin ecos entre el mundo y el dolor, hace lle-

gar á nuestros oídos palabras de resignación, de afecto y de consuelo.

Aun me contemplo en esa situación horrible á que una fatalidad me arrastró, hace tres años, tras un padre respetable, tierno y virtuoso, perseguido por inicuos odios y á quien en su desgracia no podía yo proteger!... En una cárcel arrojaron los hombres á aquel á quien mi corazón amaba como la imagen de Dios, y un calabozo vino á ser, durante días eternos, la habitación de una familia querida!!... Oh! cuánta desesperación hay en ver delante de sí, bárbaramente entregados al escarnio y á la infamia, al padre, en cuya vida hemos aprendido á respetar y adorar todo lo que es grande y elevado, — á jóvenes hermanas, amables recuerdos de una madre que dejó de existir, postradas en el dolor, y tal vez para siempre, en la edad hermosa en que el candor, la confianza y la ilusión dan á todos sus sonrisas, — á la esposa, joven también, que quiso asociar su suerte á la de ese padre infeliz, llorando, en unión de los hijos, porque sus amores juntos nada podían contra el rigor de la injusticia humana, é implorando del Cielo, contra las iniquidades de la tierra, su favor para la virtud, su protección para los mas acerbos sufrimientos, la restitución de la hermosa corona de la honradez, adorno de las canas, que manos impías habían arrebatado de una cabeza sagrada. — Mi desolación y mis agonías sumieron mi alma en las tinieblas, paralizaron las lágrimas en mis ojos y envenenaron mi sangre con la amarga hiel del desengaño; busqué en torno mio quien pudiera penetrar en mi dolor, y á mis ayes la amistad, llena de asombro, me volvió la espalda ó me preguntó quién era; solicité á los jueces y en sus semblantes helados, en que había muerto todo vestigio de generosidad, no encontré sino miradas acostumbradas al espectáculo del crimen, frentes cuyo pensamiento eterno había sido el castigo, sin la auréola majestuosa que da el amor de la humanidad y la paz de una conciencia recta; la sociedad á quien volví la

vista, demasiado ocupada de sí misma, demasiado celosa de sus placeres, cuidaba bien poco de las desgracias de un hombre, no tenía tiempo que dar á los llantos de una familia : — ¿ qué importa á los que, embriagados de felicidad, montan el carro del triunfo y de los placeres, que sus ruedas encuentren al paso un infeliz derribado en su camino de cansancio y desaliento ?...

Amiga mía, mis miradas entónces se dirijieron al cielo, solicitaron solo á Dios, pidiéndole desde la oscuridad, en que me envolvieron las desgracias, un rayo de su amor, que viniese á consolar mi corazón agonizante, y Dios oyó mi súplica, envió sobre la tierra, lleno de paternal bondad, ese rayo que imploraba ! Yo pude contemplarlo, extasiado y rendido de gratitud, donde únicamente debia brillar su luz divina ; — tus ojos tuvieron lágrimas para mí !... ¿ Qué puede mi lengua decirte nunca de esas lágrimas ? !... El cielo entero iluminó mi dolor desde tus ojos ; tus ojos me confortaron en mi fé, me devolvieron mi paz y abrieron de nuevo sobre el sentimiento religioso el infinito de la esperanza, que el alma necesita contemplar y respirar !... Pilar, — perdonar á mis enemigos era un sacrificio terrible, que mi sensibilidad se imponia : en nombre tuyo compadecerlos fué desde ese instante el mas sublime placer !...

Yo te amo aun, mujer divina, cuando fatigado de la vida y suspendiendo la vista de la tierra, busco lejos de todo lo perecedero una sombra del Creador en las profundidades de la inmensidad, para llevar á ella, con mi gratitud y mi admiracion, mis anhelos de inmortalidad y de infinito. Tu imagen no tiene nada de profano ante el santuario mismo de Dios ; y si la imaginacion necesita un velo con que cubrirse y santificarse, al aparecer delante de la Majestad Suprema, que los ángeles mismos no pueden ver de frente, ese velo seria sin duda para mí el que tus recuerdos celestiales dejan caer sobre mis meditaciones mas profundas : ellos envuelven, elevan y purifican

mi ser, cual la nube de esos sueños ingénuos, perfumes que se exhalan de un corazón virtuoso, al traves de la que el alma recibe de lo alto sus inspiraciones mas sublimes ! — Sin vista estaban mis ojos y al encontrarte, mis miradas alcanzaron mas allá de toda luz ; contemplándote, ellas aprendieron á admirar ; mi corazón dormia y tú le despertaste ; al beber en la fuente inagotable de tu amor, yo sentí la sed de un amor imperecedero, tuve necesidad de una vida mas allá de la vida, comprendí á Dios, oí sus promesas y palpé sus beneficios. Es así como has venido á resumir para mí el universo todo, que acá en mi alma no es sino el reflejo tuyo ; es así como entre mi pensamiento y el cielo, entre mi oracion y el Creador te ha colocado el misterio de esa afeccion profunda que me inspiras, como uno de esos ángeles, que en las edades primitivas de virtud y de candor llevaban á lo alto las súplicas de los hombres, como una de esas celestiales claridades que en los tiempos de pasiones y de tinieblas descendian desde el seno de Dios á dar algunos rayos de la luz eterna á las miradas del justo y del profeta.

Si busco una palabra, con que expresar de una vez toda mi admiracion, con que pedir todo lo que anhelo, con que significar á la eternidad que mi alma no cabe en las horas mezquinas de la vida y necesita volar sin obstáculos al traves de sus dominios, solo pronunciando tu nombre creo haberlo dicho todo. Tu nombre es una lengua completa para mi corazón. En el último momento de la vida, yo lo siento desde ahora, mi postrer aliento será el sonido querido de esa voz ; tras ella yo cerraré mis ojos en paz sobre la tierra y en sus ecos, dilatados como su sentido, mi espíritu regresará, libre y tranquilo, á prosternarse ante el Señor !

Virgen de mis sueños, sombra real y divina de mi alma, ántes de caer en este suelo, comprende mi amor en las lágrimas mas tiernas de tu corazón ; yo me fatigo en vano y mi sentimiento, despues de tantas líneas, aun no

ha encontrado una expresion que lo traduzca, ni una sola de las que ha ansiado dirigirte.... Amiga mia, tu silencio delante de mi silencio, la luz de tu mirada melancólica fija en mi mirada extasiada y suplicante, esa suspension eterna de nuestros pensamientos, incapaces de encontrar una palabra ante la afeccion que nos domina, afeccion, que es á su vista, rendida de deleite y de asombro, como un océano sin fondo y sin horizontes, ese es el único idioma entre los dos !.... Contemplar, eso es hablar : contéplate en mí, penetra con tu hermosa alma en las profundidades de mi amor ; yo quiero que la luz divina de tus ojos llegue y se mezcle á las fuentes íntimas de mi vida, de donde brotan para tí tantos afectos ; yo quiero que, frente á mí, pienses en cuanto yo pienso y es imposible á mi inteligencia medir ; yo lo quiero, porque así habré hallado, en la menor de tus respiraciones, cuanto descara aquí expresar y no es dado á mis torpes labios proferir.

No es mi amor el de los hombres : yo te amo, como debe amarse allá donde las potencias todas del espíritu se reúnen en un solo sentimiento de afeccion ; donde todos los amores se enlazan en uno solo, infinito, eterno, inflexible, que las creaciones se detienen á aplaudir, que el aire canta sin cesar, que la luz explica y que corona el mismo Dios !

Te amo con mi inteligencia, porque eres inteligente ; te amo con mi imaginacion, porque eres bella ; te amo con mi corazon, porque eres sensible y virtuosa ; te amo con mi memoria, porque tienes el poder de convertir mis años en un solo instante, en un solo recuerdo y revivir así mi pasado en cada hora del presente ; te amo, en fin, con mis esperanzas, porque tú encierras todo mi porvenir, porque eres un ángel de predestinacion, que el cielo ha hecho visible para dármele por amigo, cuya sonrisa, cuyas miradas y palabras hacen olvidar la vida y prometen en la eternidad misma un Paraíso.

Yo te amo á tí y amo tu sombra ; amo tu

aliento, las huellas que dejan tus piés, el aire que besa tu frente ; amo el ruido de tus vestidos ; amo los lugares que te han visto pasar ; amo hasta las rocas áridas, que repitieron alguna vez el eco de tu voz.

Yo te amo así y en nombre de ese amor, que más que una afeccion es una ley de mi alma y una bendicion del cielo, mi corazon osa darte tu verdadero nombre : yo te amo, esposa mia, y ese sentimiento es tan profundo y tan natural á mi espíritu que, al decirte lo, creo no hablar sino á mí mismo, porque de tal modo ha confundido Dios tu existencia con la mia que te siento vivir en el calor de mi sangre y encuentro que en tu pecho palpita todo mi ser.

Ay ! amiga mia, mi cabeza se inclina ya agobiada y pierde ante tu imagen la facultad de pensar ; este papel, en que escribo para tí, comprime entre su mezquina estrechez mi sensibilidad, que quisiera el cielo con su infinito y el universo con sus maravillas sin número, para hablarles de tus encantos ; esta pluma en mi mano nada sabe expresar y necesitaria un siglo para revelar, con sus letras descoloridas, muertas é interminables, una sola de las mil impresiones que cada palpitation del tiempo arranca ó comunica á mi corazon.... Ven tú misma, compañera de mis dolores, ven á sentarte aquí á mi lado ; libérame con los prestigios que te rodean y forman en torno tuyo una atmósfera de consuelos, de la agonía de un amor inmenso que ansia y no encuentra la revelacion de sus transportes : tú puedes calmar todas mis penas y convertirlas en placeres supremos, tú, que tienes mil infinitos que ofrecer á tantos anhelos de mi alma !.... Ven.... el cielo eres tú, el universo eres tú, mi corazon es el tuyo, tus miradas son mis palabras, tus suspiros ensanchan mi pecho, tus lágrimas de amor me dan la paz.... Ven ; sosten mi frente sobre tu seno.... sí ; yo te lo ruego como pide favor el que va á perecer en medio de las agonías de una muerte próxima : ven á mi lado ; yo quiero que rasgues con tus manos

este papel, que no ha sabido consolarme; quiero triunfar de mi impotencia y de mi pequeñez oyendo en las palpitaciones de tu sangre mi amor como mi corazón lo siente; quiero decirte, enajenado de gratitud y radiante de placer, con todo el entusiasmo que me inspiras:... « Mírate en mis miradas; la expresión de mi adoración y de mi amor eres tú misma !!!... »

POSTRER ADIOS DEL AMOR

TRADUCCION DE LORD BYRON

Alegren los jardines de la vida
Las rosas del amor, aunque á su lado
Yerbas crezcan de tallo envenenado,
Que allí destilan su letal licor ;

Alégranlos un día ; mas el tiempo
Tras su cuchilla despiadada tala
Ramas y plantas y florida gala,
Si Amor pronuncia su postrer adios!

En vano con promesas intentamos
En su tristeza acariciar el alma ;
En balde un mas allá de paz, de calma
Señala á nuestro afecto el corazón ;

Bien puede, en una hora de infortunio,
Ordenarnos partir la instable suerte ;
Mandarnos alejar puede la muerte
De nuestro amor tras el postrer adios !

Amable la Esperanza todavía,
Alzando nuestro aliento comprimido,
Inclínase á decirnos al oído :
« Aun puede renovarse nuestra union. »

Bajo ese sueño mentiroso al ménos
El pesar distraído se aletarga,
Ni apuramos de amor la copa amarga
Envenenada en el postrer adios !

Mirad, ay ! ese par que unió el afecto :
Crecieron uno y otro en dulce encanto ;

Crecieron... y sus flores, entre tanto,
Vertió sobre sus años el amor ;

Por breves días florecieron juntos
De la franqueza en la estación primera ;
Mas pronto terminó su primavera
Bajo el invierno del postrer adios !

¿ Por qué corre esa lágrima hasta el suelo
Y tu rosada tez así mancilla,
Surcando, vírgen bella, esa mejilla,
Hermana de tu seno en el color ?

Ocioso preguntar ! — Víctima fácil
Del intenso dolor que te enajena,
Sucumbió tu razón á la honda pena
Que hirió tu amor tras su postrer adios !

¿ Quién es aquel misántropo que huye
Del recinto y rumor de las ciudades? —
Luchando entre mortales ansiedades,
Sus antros pide al bosque por mansion ;

Presa allí del delirio que le mata,
Los vientos ensordece con sus ayes ;
Los ecos de los montes á los valles
De amor repiten su postrer adios !...

Agita el odio el corazón que un tiempo,
De amor aprisionado en dulces lazos,
Probaba, palpitante en sus abrazos,
Halagos y caricias de afección ;

Frenético despecho inflama ahora
La sangre de sus venas renegrida ;
Sombrió ante el desierto de su vida,
Mide el abismo del postrer adios !

Oh ! cuánta envidia al miserable tiene
De alma de acero, indiferente, duro,
Que si ignora el placer, de bronce un muro
Tiene en el corazón contra el dolor !

Ese con risa los tormentos burla,
Que su pecho jamás sentir podría,
Y no teme por cierto la agonía
Que Amor encierra en su postrer adios !

Huye la juventud, decae la vida,
Aun la misma esperanza se oscurece ;
El primer entusiasmo al fin perece
Y se apaga con él toda pasión !...

IMPRESIONES DEL CAMPO

FRAGMENTO DE UN LIBRO DE MEMORIAS

I

He pasado en el campo días de soledad y de paz que quisiera grabar en mi memoria. ¡ Cuántas impresiones inefables ha experimentado en ellos mi alma ! — Es preciso que escriba, ántes que me abandonen del todo, para que, confiadas al papel, pueda yo otra vez encontrarlas ; porque si es verdad que muy pronto ha de llegar para mí, como para todos llega y mucho ántes de que se le espere, el tiempo en que la vida no ha de ser sino recuerdos, este será uno de los mas dulces sobre que guste detenerse y reposar mi espíritu fatigado. Nada importa la rudeza del bosquejo : tracemos sin orden estas líneas, como traza ó anota para su cartera el transeunte, sin detenerse, los rasgos de un paisaje lleno de interés que la casualidad le hizo ver, el nombre de un bienhechor á quien debió hospitalidad, la fecha de un día feliz. Las imperfecciones y los errores tienen también su hermosura en la historia íntima del corazón.

.....

Las horas de solaz y de abandono que he vivido en compañía de los bosques y sus sombras, de las fuentes y las montañas, han aliviado mi alma del peso de sus dolores y han disipado ante mis ojos densas tinieblas de tristeza.

Claridades divinas de melancolía, diáfanos y vaporosos reflejos, crepúsculos del cielo han iluminado á mi alrededor y sobre mi cabeza

regiones vastas y sublimes. El velo de las pasiones mezquinas de la vida ha caído ante los espacios de la fantasía, ante los dominios ilimitados de esos sentimientos que nos arrebatan hácia lo alto, emanaciones de otro mundo, mas durables tal vez que la humanidad y que, sin duda, no perecen aquí con nosotros. Á mis meditaciones solitarias se han abierto por fin en toda su serenidad y magnificencia, despues de larga noche de amargura, esos horizontes dilatados, en que gustamos desaparecer llevados por el éxtasis, hácia los cuales vuela presuroso á confundirse con el Pensamiento Eterno nuestro espíritu embriagado, convertido en un himno mudo de admiración y amor.

Hay en el campo una poesía tierna y sublime, llena de paz, querida del corazón como el aliento maternal ; hay en él palabras consoladoras que oímos embelesados como las primeras conversaciones del hogar á vuelta del desierto. Dolor de muerte sería cada latido de nuestra sangre, si alguna vez no reposáramos sobre el seno de esa poesía, si alguna vez no bebiéramos en ella las bendiciones del cielo...

Yo he sentido la mirada de Dios dentro de mí mismo y la he encontrado presente por todas partes animando la creación. He creído respirar un aire nuevo que no era el mismo de la tierra ; ese aire de animación y pensamiento, que á veces viene á mezclarse con nuestra atmósfera y que es como la esencia de toda vida, que el poeta llama inspiración y los árboles saludan vistiéndose de flores, que el amor condensa en un suspiro, en una oración el sentimiento religioso y la caridad en una lágrima !

II

¡ Qué dulce es delirar ante las visiones que halagaron en el paraíso los sueños del primer hombre, reclinado sin inquietudes en el descanso de una de esas peñas que guardan el arroyo al nacer, como custodios atentos á los juegos de la infancia, ó debajo de esas grutas encantadoras, retretes de vagas meditaciones,

vestidas con el hermoso ropaje de verdura, que tejen para ellas las plantas y enredaderas primogénitas de las aguas!

¡Qué dulce es dejar correr el pensamiento de embeleso en embeleso, de imagen en imagen, de uno en otro ensueño, asociadas nuestras reflexiones, esperanzas, recuerdos ó deseos, en toda su espontaneidad, en todo lo vago del idealismo, á las armonías ruidosas de la cascada, á las melodías indefinibles de las montañas, y sentir allí, en medio de un mundo de ideas é impresiones que se suceden y enlazan, cómo nuestro espíritu, restituido á sus elementos, y cual si despertara en sus primitivos climas, crece y multiplica sus percepciones y se convierte en el eco de tantos ecos, inteligente, vario y prolongado, al cual van á reunirse los mil conciertos que la naturaleza exhala al viento á llenar el espacio, esos himnos interminables, que parecen la respiración musical y cadenciosa de la tierra animada en la plenitud de su alegría!

¿Qué son, entónces, esos cantos sino el lenguaje en que debieran exhalarse también hácia el seno del AMOR y del ALMA UNIVERSAL las impresiones íntimas y eternas que se apoderan de nosotros, impresiones que serán siempre un secreto sin revelación posible entre el hombre y el hombre, confidencias de nuestra alma con la creación y con el cielo, delante de las cuales no somos nosotros mismos sino mudos espectadores?

Ninguna poesía, escrita ó hablada, es más que pálido reflejo, copia truncada y muerta de esotra poesía viviente, que pasa y renace y se canta á sí misma sin cesar bajo todo bosque; poesía que tiene más solemnidad, sentidos más profundos, suavidad más llena de encantos, virginidad más seductora bajo los árboles gigantes y primitivos y al lado de las fuentes, con que la mano misma de Dios ha enriquecido el suelo de la América el mismo día en que creaba para el hombre, que no había de merecerlos, los jardines del Eden.

III

À veces viene estrecho todo espacio á las impresiones que dilatan nuestro ser, hay momentos en que ninguna compañía basta á nuestros dolores ó en que todo lo que nos rodea pone estorbos á los vuelos de nuestra alma. Entónces pedimos á la soledad lo que el mundo nos niega, — campo para nuestras meditaciones, consuelos para nuestras penas, y sentimos que solo la naturaleza puede recibir en su ancho seno y alimentar, con su aire siempre libre, siempre puro, el corazón agitado por las grandes pasiones. Las ciudades, en momentos tales, sufocan, su aire mata y delante de la naturaleza vemos bien que los hombres no valen los árboles, ni los palacios las montañas.

Y es por eso que el sentimiento ha consagrado al campo el culto de su ternura más profunda y ha llevado siempre á él sus últimos y más sublimes afectos. Es por eso, sin duda, que al morir pedimos un árbol para nuestro sepulcro y pensamos que bajo sus ramas, inclinadas sobre nuestros despojos, dormiremos mejor sobre el polvo el sueño de la nada.

Tenemos razón. El campo es el asilo de toda tristeza: él recoge nuestros suspiros y lágrimas más queridas; él tiene ecos y misteriosas simpatías para nuestras más altas inspiraciones; él ha presidido y solemnizado los primeros himnos que ha enviado el hombre hácia su Dios, y es también bajo sus bosques solitarios que la religión ha levantado más tarde templos, desde donde suben al cielo, como el perfume más puro de la tierra, las oraciones del desgraciado, para quien la vida no es sino amargura y proscrición. El árbol de la tumba representa así lo que hubo en nosotros de más íntimo; es como un amigo de quien no hemos querido despedirnos, cuando nos hemos despedido ya de todo, cuya sombra todavía necesitamos más allá de la existencia; interpuesta esa sombra entre nuestra memoria y la muerte,

creemos vivir en ella algunos días mas y retardar la hora del olvido, del mismo modo que, protegidos por sus influencias bienhechoras, al atravesar por las ingratas sendas del mundo, pudimos alzar del abatimiento nuestro espíritu y detener léjos de nosotros las desesperaciones del dolor!

IV

Feliz aquel que puede asociar á los campos su morada! En ellos corre la vida deleitosa y suave, como se desliza, ignorada, la corriente pura y cristalina bajo las sombras del bosque; respirase en ellos la inocencia y la libertad ingénuas de las primeras edades, en que el espíritu de Dios habitaba con los hombres, y con ellas se enaltecen y ensanchan los sentimientos generosos, los nobles instintos, las grandes concepciones.

Estos tesoros de virtud y de sensibilidad, alma de nuestra alma, luz divina que guía á los hombres en los senderos de la verdad hácia la conquista de su rehabilitacion, los habia perdido la humanidad, desde que olvidó demasiado la naturaleza para consagrarse á las ciudades, y ha sido la naturaleza quien ha podido restituirselos de nuevo, obedeciendo sin duda á una voz de la Providencia, vigilante siempre sobre su grande obra, el dia en que ella hizo brotar sobre la tierra, al paso de un peregrino del Océano, sus mas hermosos Edenos en el continente que pisamos; creacion abundante de toda savia, lozana y llena de riquezas, de perfumes y esplendores como un pensamiento del Eterno recién convertido en realidad; creacion virginal y magnífica, coronada con un cielo brillante, imágen de su porvenir, y cuyo destino ha sido el de derramar sobre el mundo su juventud á torrentes en los aires de sus montañas, que han de recorrerlo entero regenerándolo todo, cual auras, retardadas en su seno por algunos siglos, de aquel primer soplo de lo alto, que al principio de los tiempos encendió los soles en medio de los espacios!

Los que hemos nacido en el continente colombiano y vivimos bajo los rayos de su radiante sol, amamos los campos, los rios, las montañas, los bosques, como amamos la libertad que es hija suya, como ama la mañana todo lo que respira, como ama el condor los aires y las plantas el rocío. Afánense, en buen hora, en pedir asilo á las ciudades aquellos para quienes la existencia es ruido, aquellos á quienes nada dice la soledad y se duermen fastidiados delante de sí mismos; busquen ellos en el calor ajeno, como el enfermo cerca de un fuego artificial, la vida que les falta; la agitacion, la fiebre acaso puedan comunicar aun á sus cansados miembros y á sus corazones gastados la efímera llama y el vigor aparente de una vitalidad facticia. Mas los que sentimos un calor que nos pertenece, los que tenemos una vida, una alma que circula con nuestra sangre, los que dentro del pecho sentimos un corazon nuevo que palpita por algo y tiene sed de emociones y necesidad de espacio, bendigamos el campo, saludemos con todo nuestro amor ese templo que habita el mismo Dios y que ostenta en sus maravillas y encantos la majestad de su autor, palacio animado de la inspiracion, sobre el que los cielos derraman, en todo momento, raudales de nueva vida, sobre la luz que cruza sus esferas, sobre sus aguas y sus vientos.

V

Mucho debemos á su paz y á su belleza.

Cuando hay lágrimas en el corazon, ¡cuán dulcemente se derraman, si puede nuestra cabeza descansar sobre el tronco de un árbol en el seno del retiro! Si la tristeza eclipsa la esperanza y nos encierra en la lóbreguez de su noche fria, el murmurio de una fuente, que huye sin saber adonde, es tan grato, tan consolador, como es tierna y apacible la voz inteligente de una hermana, que comprende y divide nuestras penas.....

Cuando es amor toda nuestra alma, ¡qué de

deleites inexplicables no nos envían los bosques, á quienes llevamos nuestras confidencias! En ellos, ¡cuán fácil y voluptuosamente remontamos y nos perdemos, cual la nube desprendida de la tierra, en el cielo brillante de nuestras visiones y delirios!... Parece, entonces, que nuestro pensamiento, reunido en sus mas aéreas concepciones á lo que tiene de mas puro nuestra sensibilidad, se desata, como si fuera un eco de la palabra Omnipotente, en mil creaciones divinas; creemos ver la imaginación convertirse en un ángel de luz, tomar las formas de una virgen y atravesar con nosotros espacios ilimitados, inundados de los colores mas suaves y poblados de las revelaciones mas sublimes.

Un bello ideal misterioso puso Dios sobre la mente de todo hombre, sombra mentirosa pero brillante, que en medio del entusiasmo tomamos por la figura del Destino que nos guía, y cuyo objeto providencial ha sido, sin duda, alentarnos á seguir á pesar de los tropiezos de la marcha, haciéndonos olvidar con sus sonrisas de halago y sus promesas de triunfo las asperezas del árido terreno que pisamos. Esa hermosa fantasía que parece baja de lo alto para señalarnos desde léjos un camino sobre la tierra, retirándose cada vez mas de nosotros hasta quedar á la distancia infinita del cielo, cuando por fin tropezamos con el sepulcro, oh! cuán cercana, cuán fascinadora resplandece á nuestra vista embelesada en medio del silencio y de la soledad de las selvas!.... Como el iris, su imágen, cual ese bello arco de colores ilusorios que sobre nubes de tempestad viene á trazar, solo para nuestros ojos y á distancia, un camino entre la tierra y el cielo, aquella parece residir sobre la falda de las montañas ó sobre las urnas de los rios.

Si : todas nuestras reflexiones nos llevan al mismo sentimiento. La felicidad nos habla casi al oído y el pesar mismo tiene dulcísimos

arrobamientos, cuando léjos de todo vano rumor confundimos nuestro espíritu, en medio de la soledad de los campos, con la paz, la belleza, la armonía universal.

VI

Hay dos existencias en cada existencia humana. Por la una pertenecemos á la vida; por la otra nos asociamos á Dios. La una es del tiempo : busca lo que tiene límites; lleva consigo la conciencia anticipada de que en la muerte está su término, y podría decirse que esta idea que empaña su lustre y debilita su fuerza, la sigue como la amenaza constante de un enemigo invisible ó como la sombra permanente de un eclipse moral. Es la otra de la eternidad : tiene sed del infinito hácia el cual nos empuja con fuerzas irresistibles; ahonda el pensamiento, depura y sublima la sensibilidad, se corona con la fantasía, nos inspira indiferencia ó desden por la muerte y tras sus tinieblas nos señala brillantes los verdaderos dominios del porvenir, haciéndonos ver que no son sino una sombra suya sin cuerpo los que creemos divisar por entre nieblas ántes de llegar al término de la vida.

La tierra tiene dos teatros tambien para esas dos existencias : — LA SOCIEDAD; LA NATURALEZA. — La primera ha dado á la historia sus páginas llenas de las mil pasiones de un día, ininteligibles para el siguiente, de ruinas sucesivas, de lágrimas y de sangre; la poesía, inspirándose de la segunda, ha cantado lo que hay en el corazon de universal, de alto en el pensamiento, de inmortal en nuestras almas.

En la una encontramos la exposicion triste de nuestras debilidades y miserias, de nuestra vanidad y locura, hecha al traves de los siglos por el Genio de la fatalidad, ese viajero sombrío de las ruinas, miéntas en la otra nos sentimos vivir con la vida de los que pasaron, como si la humanidad entera no tuviera sino un solo corazon, como si la Providencia

amando las generaciones todas con el mismo amor, atando unos á otros todos los hombres como hermanos en un mismo destino supremo, quisiera recoger en las palabras y en el alma del último de nosotros, al espirar los tiempos, el sentimiento divino que ella puso como un rayo de su gloria en los instintos mas profundos de todas sus criaturas.

Ese rayo de gloria, bajo cuya influencia y calor germinan y fructifican las semillas del bien, y que para nuestras miradas interiores es una promesa, una revelacion luminosa de una existencia mejor, tiene irradiaciones y prestigios, profecías mas dilatadas, allí donde los hombres no hemos alcanzado á borrar las impresiones de la Mano Eterna, donde los ruidos de nuestra vanidad no han profanado y ahuyentado los espíritus del cielo, donde toda piedra, toda hoja de árbol, toda corriente, es un testigo de las magnificencias inagotables del que todo lo formó de sí mismo.

VII

Bendigamos el campo : busquemos siempre en su paz y en sus inspiraciones el vigor y las creencias, la vida, que el mundo nos arrebatara. Llegar hasta él es acercarse á la creacion, estrechar la distancia que nos separa de la patria primitiva del sentimiento.

Al partir de los hermosos lugares que esto nos hacen escribir, y ya que estas palabras nada dicen ni hay voz humana que pueda repetir lo que ellos inspiran, el corazon, por despedida, quisiera consagrarles los suspiros que mil impresiones divinas le han hecho exhalar en su seno. Mi alma gusta creerlo así : — esos suspiros no se han perdido en el vacío; son un pedazo suyo, sus últimas y mas expresivas palabras, que han volado á confundirse con el GRAN TODO. La naturaleza los recibe y los agradece; ellos son una gota del entusiasmo humano que ella mezcla en sus urnas con su propia vida, tributo que rara vez obtiene y que siempre aguarda, que en todo

instante está pidiendo al hombre indolente que pasa muchas veces sin verla ó le vuelve desdeñoso la espalda.

No olvidemos que le debemos consuelos, que en ella hemos aprendido verdades. Pensemos en que durante esas horas dulces de recojimiento, en que la imaginacion se complace en remontarse sobre sus propias creaciones para ver desde mas alto, el campo viene á ser para nuestro espíritu lo que es para el águila el cielo azul, infinito y sereno, sobre el cual avanza voluptuosamente y sin fatigar su vuelo las anchas y extendidas alas !.....

Á

PILAR CLEMENTE DE ARANDA

Si! el amor es una luz celeste; una chispa del fuego inmortal que compartimos con los ángeles y que nos concede el Creador para separar nuestros deseos de la tierra.

BYRON.

Oye otra vez, mujer encantadora, los delirios y sentimientos que tu amor inspira á mi alma; óyelos, porque soy muy feliz en este instante y toda mi felicidad se volveria contra mí y me ahogaria en la plenitud de mis fuerzas, si no estuvieras tú á mi lado para recibir y guardar entero mi entusiasmo, para apoyar sobre la tuya mi cabeza enloquecida y decirme, con las palpitations de tu corazon de ángel, con tus miradas de cielo, que no es una mentira lo que arrebatara así mi ser fuera de mí mismo y abre á mis ojos de hombre los horizontes de Dios.

Si : mi fantasía ha remontado muy léjos del mundo estrecho en que te hablo. — Con esa misma sed de eternidad, con que el mártir moribundo salva los términos pálidos de la vida en pos de un rayo purísimo de la esperanza divina, con esa misma impaciencia sublime ha volado la llama de mi corazon á los

campos del infinito y saludado creaciones nuevas y magníficas, guiada por tu imagen fujitiva y aérea, atraída por ese misterioso conjunto de amor y de luz, transfigurado en mujer y embellecido con tus formas, delante del que huyen las tinieblas todas devolviendo al universo su corona y su realidad á la poesía, — el cielo con todas sus magnificencias, esa patria de la vida y del sentimiento, que deja caer sonriente sus vestiduras de azul al contacto de tu mano.

Embriagado en tu amor, yo siento que mis sentidos y facultades se reúnen en una sola impresion, en una sola idea; las distancias han desaparecido para mí; el porvenir y lo pasado, el recuerdo y la esperanza, como el ocaso y el oriente, no son sino las dos mitades de un mismo cielo presente á mis miradas; sus colores se mezclan y confunden; palpo lo que aun no existe; siento vivir dentro de mi pecho lo que ha dejado de ser, y mi corazon, urna animada de mí mismo, llena de todas mis horas, inflama mis instantes con el fuego de una vida entera resumiendo mi existencia en cada palpitation.

Transportado á la mansion del ángel, yo oigo el grande himno que la Naturaleza exhala hácia el Creador; asociando á él los cantos de mis sentimientos, inmenso como el espectáculo que me rodea, yo oigo ese vasto concierto al que envian por todas partes sus notas, armonías y suspiros los mil mundos que pueblan el firmamento, cual la palabra renaciente del alma universal, que habla de sí misma á la eternidad desde el seno de las selvas, de la cumbre de las montañas, de entre las olas de mil marès, en el murmullo de las ciudades, de todo lo que tiene una voz ó un acento, sobre la mas lijera brisa, del fondo mismo de los desiertos! — Ante el extenso plan de la creacion, que gira y enlaza sus órbitas delante de mi espíritu, comprendo ya los éxtasis del profeta y vencido por una emocion suprema, exiraña á la humanidad, inclino la frente y reconcentro mis potencias todas para dejar pasar

raudales inagotables de vida, que vuelven á su fuente, y no morir al repetido impulso de una admiracion sin treguas, aniquiladas mis fuerzas por el choque magnético de sentimientos eternos y sin límites!

Qué hermoso es llegar á estas soledades, que se interponen entre los orbes y el trono de su autor, y contemplar al traves de su inmensidad la apartada mansion del hombre, cuando hemos partido acompañados por una de esas afecciones íntimas encontrada en el seno virginal de una mujer que, llena de idealidad, al revelarnos en secreto su corazon, nos ha dicho con lágrimas: « Yo soy un ángel sin patria; la tierra no es mi habitacion; triste y resignada sufro mil dolores sin nombre, que no me es dado traducir, porque faltan las palabras: ay!... Necesito un compañero de destierro para que lea en mi silencio esos dolores que matan y me dé los suyos en cambio; para hablar del cielo que he dejado y poder subir alguna vez á él, olvidándolo todo, en los ensueños de un recuerdo dividido, sobre las alas de una imaginacion hermosa! »

Ven, mujer divina y desgraciada como yo, ven, y aquí suspendida sobre el eterno espacio, superior á las regiones del dolor y de la muerte, bórrese esa sombra de agonía que me allije, de sobre tus facciones adorables, ilumínese tu rostro con las inspiraciones de tu cielo querido. Ven: yo tengo palabras de consuelo para tí, palabras (tú lo sabes) que son el eco de tu pensamiento y que se lanzan hácia tu corazon, porque de tu corazon me han venido, así como sube sin cesar á Dios ese canto del universo que ahora vivifica nuestra atmósfera, canto que al espirar á sus plantas parece el voto de una inmensa gratitud ó el delirio de triunfo de un amor sin quejas!

¿No es verdad que, reclinada sobre mi pecho, abandonándote en mis brazos, has encontrado tu libertad y tu gloria? — ¿No es verdad que basta el amor, como tú lo entiendes y lo sientes, para ponernos á distancia de los dolores de la

vida, y que dos almas, dos existencias, confundidas en una sola, como lo están las nubes, son fuertes para detener las iras del destino y pasar distraídas y soñando sobre las horas del tiempo, para crear en derredor suyo el universo á su imágen y reunidas en la misma esencia, elevadas al rango de un espíritu del cielo, visitar el lugar de su origen y convertir en bendiciones sus penas?... — ¿Comprendes ahora esa expresion breve y sublime del Dios del martirio y del amor, del que se abatió hasta el hombre y quiso apurar la copa de sus dolores ántes de darle, desde un patíbulo, preceptos de consuelo : — *En dos está mi palabra?* — Esa sentencia estaba grabada en mi corazon de niño como un geroglífico misterioso, cuyo sentido irritaba mi curiosidad sin revelarse del todo á mi entendimiento ; faltaba luz á mis ojos para deletrearla hasta el fin ; faltaba tu alma á la mia para que su oscuridad se convirtiese en evidencia y sus caracteres en caracteres de fuego. — Yo adoro esa sentencia como la proclama de mi amor grabada sobre las puertas del cielo, como una sonrisa, como una promesa de Dios.

Vuelve tus ojos distraídos y contempla desde aquí la tierra de donde venimos.

La claridad del sol, que tan pura se derrama sobre nosotros, no llega hasta ella sino al traves del humo de las nubes que la circundan ; en el seno de algunas de esas nubes, las mas negras que manchan el espacio, ¿no oyes hervir las tempestades iluminando sus horrores á la luz sangrienta del relámpago? — Así mismo el espíritu de Dios, esa otra luz eterna, que dilata en este instante nuestras almas, empalidece y se eclipsa ántes de llegar á los habitantes de esa tierra ; las pasiones bastardas, hijas de la materia, oscurecen nuestro cielo con sus vapores de cieno ; el genio del mal cruza victorioso nuestra atmósfera y ensordece tambien con el ruido de sus truenos nuestro reducido espacio, paseando voz de señor por sobre nuestras cabezas inclinadas. Nuestra esperanza no encuentra allí el infinito que

anhela ; el mas puro deseo, interrumpido por los relámpagos del presentimiento, se convierte en una lágrima y enfriado al nacer por el hielo del desengaño, rueda al corazon de donde partió, haciendo una tumba de su propia cuna ! Un suspiro, ese término preciso de nuestras mas bellas ilusiones, ese estallido triste y casi musical de una alma que se rompe al producir una armonía, viene siempre á advertirnos que todo pensamiento de felicidad es extraño á la naturaleza humana y que, *en balde*, alzamos miradas de ansiedad en busca del placer, porque la vision del placer no será jamas para nosotros sino el centinela, impalpable pero visible, de un paraíso prohibido, cuya entrada solo está abierta para nuestros ayes !...

Y es esa tierra, sin embargo, la morada en donde debemos contar uno tras otro, por latidos de dolor que lastiman el corazon, los instantes de una existencia, que el tiempo destroza y seca, en cambio de algunos años que nos da. Allí ha de correr nuestra vida contrariada siempre, porque, atado nuestro espíritu inmortal á la materia, nuestro mundo no es sino una prisión, un campo cerrado, donde, en todas partes, á toda hora, hay un combate para nosotros. Esforzados, llenos de aliento, no nos lanzamos con nuestros sueños hácia un porvenir ilimitado, sino para caer bien pronto sobre el polvo árido de un desierto y estrellarnos en el sepulcro, como el ave sedienta de luz y enamorada del viento, herida en mitad de su vuelo, á quien el dardo ha arrebatado el espectáculo de su libertad y que agonizante descende de sus alturas queridas á romper contra la dura peña el pecho ensangrentado, las alas convulsas y sin fuerzas, formadas, no obstante, para surcar los aires. Llamamos *ilusion* el sentimiento hermoso, *mentira* el pensamiento, *realidad* el desengaño y la nada ! Agitados por el deseo, cansados de nosotros mismos, pedimos al sueño no ya el descanso sino el olvido, y encontrando tambien sobre nuestra almohada el desaliento, la inquietud

y la fiebre, imploramos, por fin, de la tumba su paz y su silencio para nuestra cabeza atormentada. Combatientes desarmados en esa lucha á muerte contra poderes invisibles, vemos caer á nuestro lado y nos despedimos para siempre de cuanto nos ha acompañado!... y luego!... léjos de los nuestros, solos, extraños á lo que nos rodea, extranjeros al suelo mismo que guarda impresos nuestros mas queridos recuerdos, y sentados sobre un último escombros, vemos tal vez ponerse nuestro último sol en medio de mil ruinas.... nuestro adios supremo se pierde sin eco en el vacío ó espira mudo en nuestros labios!...

Ese cuadro te entristece : lo leo en esa ansiedad con que me miras. Yo oigo la pregunta que no te atreves á hacerme y que agita tu alma en el fondo de tu pecho. — Consuélate; alza tu hermosa frente y oye de mi boca lo que quieres saber. — Esas desgracias no son ya para mí : tu amor me redime de la vida y el cielo entero baja hasta mi corazón en una sola de tus miradas. Contigo la eternidad está en cada minuto de mi existencia y el mundo, que, despues de haber deslumbrado mi imaginación con su magnificencia, no hubiera sido á mi vista sino un enigma desolante, en tí me ha dado la explicación de sus arcanos. Su grandeza hubiera pesado sobre mi pequeñez, su hermosura hubiera contristado mi espíritu y su duración de siglos hubiera sido un sarcasmo bien amargo para mi vida de horas, si, en medio de mi admiración por su belleza, de mis anhelos por llevar á otra alma las agitaciones de la mía y de mi profundo dolor por el sentimiento intenso de mi soledad y de mi nada, no hubiese encontrado tu figura de ángel, esa creación de la piedad divina, cual la sombra embellecida de mí mismo, llena de mi pensamiento, preocupada de mi felicidad.

Como la primer mujer presentada por la mano de Dios al primer hombre para realzar las bellezas del Eden con la luz de sus encantos y para dar vida á la vida de aquel especta-

dor indiferente en su propia y soberbia habitación, tu aparición cerca de mí fué la realización instantánea y sublime de un sueño fascinador, incomprensible y fatigante. Desde entónces; vírgen misteriosa, dádiva de un Dios, yo no he cesado de contemplar en tí la personificación de mi universo entero, animado por las esencias de mi alma, presidido por la luz de mi imaginación. Perdona lo que tú llamarás, sin duda, exageraciones del delirio, pero óyelas. — Sobre tu cabeza yo he visto abrirse el cielo para darte una corona; al contacto de tus piés la tierra me ha parecido salir de las tinieblas á ostentar bellezas nuevas, herida por un rayo de la claridad divina; en torno tuyo he creído respirar las auras de inmortalidad que allá en las regiones de donde vienes son la atmósfera del ángel!.....

Junto á tí yo siento que mi corazón, sediento de emociones, no es ya el centro solamente de una existencia de hombre; hermano de todo lo que alcanza mi vista y aun de lo que el sentimiento entrevé fuera de los límites de lo creado, él se ha convertido en el centro de mil existencias y mas allá de mí mismo me ha hecho palpar un porvenir!.... En vano desfallecerán mis miembros y amagará mi cabeza el infortunio : mi corazón beberá en tí su juventud á toda hora; fortificado por tu amor, regenerado sin cesar, él será mi arca santa, mi asilo, en los naufragios de la desgracia, contra las persecuciones del dolor. En él estará mi ser entero y libre y triunfante, se lanzará á sus destinos superiores el día en que las tempestades del tiempo arrastren, por fin, á sus abismos mi cadáver.

Gracias, amiga mía, gracias! porque, al reunirte conmigo, adivinando lo que yo mismo no alcanzara á comprender, has derramado la luz en mi camino y alejado de mis días las sombras del desengaño. — Cuántas amarguras sin tí! cuánta poesía y encanto tiene la vida contigo! — Yo te adoro desde lo mas profundo de mi sensibilidad con esa emoción

indefinible que aspiramos con los perfumes del templo ante el silencio del santuario; mi pensamiento sube á tí y se dilata en la contemplacion de tu belleza ideal, como sube en espirales á perderse en el espacio el incienso sagrado, derretido por el fuego.

No es mi entusiasmo el que te lo dice: pregúntalo á todo desgraciado á quien te acercas. Sin saberlo, tal vez, tú has llevado á esa tierra una mision divina, que te llama á encender una esperanza en toda alma que se abate, á derramar el bálsamo de tus palabras simpáticas sobre toda herida, á dar el eco hermoso de tu grande alma á todo noble lamento, á mezclar una lágrima, un suspiro tuyo con las mas secretas lágrimas, con los suspiros mas íntimos. — Y si, en medio de los raros goces que es dado al hombre disfrutar un momento, pueden tus amigos oir tu voz y confundir sus impresiones con las tuyas, ¿no lo has visto? algo de inefable y delicioso, como los sueños primeros de la fantasía, viene de cada acento tuyo, de cada sonrisa de tus labios, á dar un prestijio, un sentido del cielo al placer mas fugitivo; tu presencia, como la claridad apacible de la luna sobre nuestros campos, embellece todas las escenas; como esos horizontes profundos, diáfanos y

coloridos, que busca el pintor para animar sus cuadros en los desiertos prolongados del Oriente, tu vista dilata hasta Dios las perspectivas del alma recorriendo el velo á sus misterios; como la luz poética de esas tardes serenas y tranquilas, en que nuestro corazon tiene un confidente en cada brisa y recibe una revelacion de amor en el menor ruido, en cada nuevo celaje, en cada rayo de sol que reverbera ó se extingue, tu bella imágen, á la que no falta ningun lenguaje de los que oye en silencio la inspiracion extasiada, ilumina un mundo de idealismo alrededor de los que te cercan. — El arco magnífico que de vez en cuando se dibuja sobre el aire transparente reuniendo el cielo á la tierra entre sus brazos formados por las esencias del color, vision divina, fantástica realidad que el hombre admira como la sombra de su felicidad futura suspendida por Dios sobre la tierra, símbolo esplendoroso de sus promesas de paz, ese milagro de belleza no es mas hermoso, mas adorable que tú, iris brillante y fijo en el cielo de mi corazon, promesa viva de paz para mi alma, celeste mensajera de consuelos para el hombre, secreto de amor entre tu Dios y yo!.....

JUAN VICENTE CAMACHO

Publicamos á continuacion los lijeros apuntes biográficos de Juan Vicente Camacho, que escribimos en Carácas en 1872, al recibirse la triste nueva de su fallecimiento. En la misma época hízose en Paris, donde murió el ilustre bardo, la edicion de su primer libro de poesías. Aun no han sido coleccionadas sus obras dramáticas, en las cuales algunas hay de un mérito sobresaliente.

RESEÑA HISTÓRICA

DE

JUAN VICENTE CAMACHO

Muchas veces nos hemos preguntado si la literatura nacional está en un período de progreso ó en su período de decadencia, y con dolor lo decimos, nos hemos contestado que acontece lo segundo. Ni podria ser de otro modo, si atendemos á que casi todos los hombres que formaban la principal constelacion literaria de la República han desaparecido, y si consideramos que aquellos que aun quedan y los que de la nueva generacion se han levantado, no han podido dedicarse fervorosamente al cultivo de las bellas letras, á causa de las continuas guerras civiles y agitaciones intestinas que en un cuarto de centuria han azotado al pais.

Duerme ya en la tumba el ilustre BELLO, á quien podriamos llamar padre de la literatura de la América latina. No existe ya BARALT que, á haber vivido algun tiempo mas, habria excedido á los primeros ingenios españoles. Ni existe Toro que deleitaba al mundo con su pa-

labra y con su pluma; ni GONZALEZ (Juan Vicente) que podia llamarse un arsenal literario, ni CAGIGAL, quien á un profundo estudio de las ciencias exactas unia dotes literarias sobremañera delicadas; ni MENDOZA (Daniel) que tan dignamente habria reemplazado al malogrado LARRA; ni BLANCO (Luis) que, si hubiese vivido en el siglo XVI, habria sido un noble rival de Fray Luis de Leon; ni ARANDA Y PONTE, alma de fuego, corazon de artista, arrebatado á la patria y á la gloria en edad tan temprana; ni existe LOZANO (Abigail), el poeta de las delicias y de los sentimientos dulces; ni GARCÍA DE QUEVEDO, llorado tambien por la literatura española; ni existen otros muchos que en este instante se escapan á nuestros recuerdos. Ciertó es que todavía quedan de la pléyade primitiva los hermanos CALCAÑO (José Antonio y Eduardo), gran poeta el primero y escritor elegante y muy erudito el segundo; ACOSTA (Cecilio), escritor profundo, formado en el

aprovechado estudio de la propia literatura y de las extranjeras; HERNANDEZ (Domingo), para cuyo preclaro ingenio es la patria pequeño teatro; ARVELO, NADAL, ESCOBAR, SISTIAGA, GUARDIA, YEPES, PARDO y otros escritores y bardos de indisputable valía; y cierto es también que entre los jóvenes de la nueva generación hay muchos como GUTIERREZ COLL, HERNANDEZ GUTIERREZ y los demás que acaban de instalar la nueva *Academia Venezolana de Literatura*, que han dado ya y darán más adelante hermosos y muy sazonados frutos; ¿pero cómo exigirles que se dediquen fervorosamente al cultivo de las bellas letras, si viven en un país que durante 25 años ha sido la víctima y el juguete de los espada-chines? Ocasiones habrá habido en que estos ingenios, al contemplar la triste imagen de la patria y la falta de todo estímulo en la carrera de las letras, habrán perdido la fé en el porvenir y en un instante de suprema angustia tal vez habrán exclamado como Larra :

Mal haya sea para siempre el torpe suelo
 Donde el pícaro sólo hace fortuna;
 Donde vive el honrado en desconsuelo;
 Donde es culpa el saber; donde importuna
 La ciencia y donde el genio perseguido
 Ahogados mueren en su propia cuna.

La literatura nacional acaba de sufrir una pérdida irreparable: un literato distinguido, JUAN VICENTE CAMACHO, ha muerto; y como la nueva generación apenas le conoce, porque hace 19 años que emigró, le hacemos hoy un presente, publicando esta ligera reseña de su vida y de sus escritos.

Nació CAMACHO en Carácas el 8 de julio de 1829. Fueron sus padres el señor GABRIEL CAMACHO y la señora Valentina Clemente, sobrina esta del Libertador y matrona muy respetable de esta ciudad. No es posible nombrar al Libertador de un mundo, sin rendir un tributo de amor y admiración al hombre más grande que ha producido la América y sin que al ins-

tante vengan á nuestros recuerdos las terribles profecías que hizo ántes de morir. No somos supersticiosos, ni mucho ménos dados á creer en vaticinios, y sin embargo cuando recordamos que Bolívar, que tanto habia estudiado estos países, escribió en 1828 estas sombrías palabras: — « No hay buena fé en América
 « ni entre los hombres ni entre las naciones.
 « Los tratados son papeles, las constituciones
 « libros, las elecciones combates, la libertad
 « anarquía y la vida un tormento », y recordamos lo que ha pasado de entónces á hoy en las diferentes naciones americanas, desde Centro América hasta el Rio de la Plata, un santo terror se apodera en seguida de nuestro espíritu; y cuando pensamos que el Grande Hombre, 38 días ántes de morir, dictó, con toda la solemnidad de un espíritu cristiano que se prepara á la eterna peregrinación, estas palabras: « La América es ingobernable.
 « Los que han servido á la revolución han
 « arado en el mar. La única cosa que se puede
 « hacer en América es emigrar. Estos países
 « caerán infaliblemente en manos de la mul-
 « titud desenfrenada, para pasar despues á las
 « de tiranelos, casi inapercptibles, de todos
 « colores y razas, devorados por todos los crí-
 « menes y extinguidos por la ferocidad. Si
 « fuera posible que una parte del mundo vol-
 « viera al caos primitivo, este seria el último
 « período de la América », ah! entónces se nos nubla el porvenir y un nervioso deseo de emigrar nos atormenta. Pero donde sobresale y brilla más la *presciencia* de Bolívar es en la carta que dirigió desde Jamáica á un amigo suyo en 1814, en la cual, hablando con admirable precisión de los destinos de la América, dice respecto de Chile lo siguiente:
 « El reino de Chile está llunado por la
 « naturaleza de su situación, por las costum-
 « bres inocentes y virtuosas de sus moradores
 « y por el ejemplo de sus vecinos, los fieros
 « republicanos del Arauco, á gozar de las ben-
 « diciones que derraman las justas y dulces
 « leyes de una República. Si alguna perma-

« nece largo tiempo en América, me inclino á
 « pensar que será la chilena. Jamas se ha
 « extinguido allí el espíritu de libertad; los
 « vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde
 « ó nunca á corromper las costumbres de
 « aquel extremo del Universo. Su territorio
 « es limitado; estará siempre fuera del con-
 « tacto inficionado del resto de los hombres ;
 « no alterará sus leyes, usos y prácticas ; pre-
 « servará su uniformidad en opiniones po-
 « líticas y religiosas ; en una palabra, Chile
 « puede ser libre. » Parece increíble que un
 simple mortal, derrotado entónces y guare-
 cido en aquella triste roca del Océano, haya
 podido predecir, como bajo la influencia de
 una intuicion divina, lo que debia, tan al pié
 de la letra, realizarse 50 años mas tarde en el
 extremo de la América meridional ! Hemos
 traído á cuento estas predicciones de Bolívar,
 porque ellas influyeron indudablemente en la
 suerte de CAMACHO, como se verá mas ade-
 lante.

Recibió este su primera educacion en el
Colegio de la Independencia y mas tarde en
 la Universidad Central de Carácas. Era aquel
 colegio un instituto fundado y dirigido por
 uno de los hombres mas inteligentes, labo-
 riosos y adecuados para tales empresas, que
 ha tenido este pais, — el señor Don Feliciano
 Montenegro Colon. Allí se daba una educacion
 tan esmerada y tan completa como la que,
 atendidas las épocas, puede darse hoy en los
 mejores colegios de Europa. En ese instituto
 se educaron los hombres que mas adelante
 debian figurar con buen éxito en el estadio de
 nuestra política, y si es cierto que aquel co-
 legio se cerró en 1844 y no ha sido reempla-
 zado en 28 años que van corridos hasta hoy,
 esto no podrá causar extrañeza alguna sino á
 los que no sepan que solo las instituciones
 nocivas perduran entre nosotros. Lo triste del
 caso es que el señor Montenegro fué el primer
 civilizador de la República en aquella época ;
 — que agotó su fortuna en la reconstruccion
 del antiguo convento de San Francisco, para

convertirlo en colegio ; — que en la hora de
 la crisis, causada por los empeños que con-
 trajo para llevar á feliz remate una empresa
 tan patriótica, nadie le extendió una mano
 amiga, — y que el colegio pereció y su fun-
 dador murió algunos años mas tarde, pobre y
 asendereado, sin que hasta hoy haya habido
 un corazón agradecido que haya consagrado
 siquiera unas líneas á su memoria. Razon te-
 nia Bolívar, cuando escribió en 11 de mayo
 de 1830 al señor GABRIEL CAMACHO, que es-
 taba decidido á no volver á Venezuela ni á
 servir otra vez á sus *ingratos compatriotas* !

La guerra civil que estalló en 1848 no per-
 mitió á CAMACHO continuar sus estudios cien-
 tíficos en la Universidad y se dedicó entónces
 al comercio como dependiente en la Guaira y
 en la costa de Choroni. El literato en ciernes
 no iba á ser feliz en su nueva carrera, porque
 rara vez se alian, á lo ménos con buen éxito,
 las letras humanas con las letras de cambio, y
 así fué que abandonó aquella profesion para
 procurarse otra que mejor sentase á su carác-
 ter. Y como la solicitase en su propia patria
 sin encontrarla, resolvió buscarla en tierra
 extranjera y emigrar. Recordó entónces las
 predicciones de Bolívar, que desde su niñez
 habia conocido. Contempló la situacion del
 pais que no era por cierto color de rosa, tem-
 bló ante el porvenir y emigró, aceptando
 como base de su nueva peregrinacion la se-
 cretaria de la Legacion de Venezuela al Perú
 en 1853.

Despidióse CAMACHO de su querida patria
 y abandonó, junto con su hogar,

La terra molle, lieta e diletta

de Carácas para trasladarse al antiguo Imperio
 del Sol ! Tal vez al divisar desde la cumbre de
 la montaña á Carácas, *la ciudad de los paisa-
 jes, la ciudad de las fuentes cristalinas,*
 como la llamó en otro tiempo el bardo zu-
 liano, recordó esta estrofa del caballeroso
 bardo escandinavo, de grata memoria para
 nosotros :

Adieu, Caracas adorable!
 Adieu, séjour de Phébus!
 Que le ciel vous soit favorable,
 Quand je ne vous verrai plus!

Á los seis meses de residencia en Lima renunció CAMACHO la secretaría de la Legacion de Venezuela y fundó con su compatriota y amigo el Dr. Hilarion Nadal un diario: — *El Heraldo de Lima*. Las empresas periodísticas en estos países de América que sufren periódicamente la fiebre revolucionaria, no son de ordinario base de fortuna, sino de desgracia á veces irreparable, porque sometidas como están al poderío de los gobiernos, cuando estos caen, sucumben los diaristas. Así sucedió que *El Heraldo de Lima* cesó al caer el Gobierno del general Echenique y no pudo reaparecer sino en 1855, bajo la direccion del eminente publicista y literato peruano, Don Toribio Pacheco, con la colaboracion de CAMACHO.

En 1857 fué nombrado cónsul de Venezuela en Lima. Cuando estos nombramientos no se hacen para los dos ó tres puertos en que el servicio consular produce una renta, son simples cargos de honor. Algun día se convencerá este país de la conveniencia de organizar sabiamente su sistema consular, de manera que estos destinos sean servidos á sueldo por jóvenes venezolanos, que ilustrándose en el extranjero sean mas tarde verdaderamente útiles á su patria.

En 1860 entró CAMACHO al servicio oficial del Gobierno del Perú como Intérprete en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Poseía con perfeccion tres ó cuatro idiomas extranjeros, de modo que esta circunstancia unida á sus estudios generales y á su claro talento debía dar al Intérprete un carácter mas elevado que el de simple traductor. Así sucedió, y en 1863 fué nombrado Secretario de las Conferencias que debían celebrarse con el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos para reanudar las relaciones entre ambos países. De la habilidad de CAMA-

CHO puede juzgarse por la nota que pasó el señor Robinson al célebre fiscal Dr. Don Gregorio Paz Soldan, entónces Ministro de Relaciones Exteriores, recomendando la conducta, inteligencia y cortesía del Secretario durante las conferencias, nota que por orden del Ministerio de Estado se publicó para satisfaccion de CAMACHO.

Después del bombardeo del Callao el 2 de mayo de 1866, fué nombrado Agente confidencial cerca del Gobierno de Venezuela para asuntos de guerra contra España. Regresó, pues, CAMACHO á su patria, después de trece años de ausencia, aunque por brevísimo tiempo. Pero no era ya el gallardo jóven de 1853. Una grave enfermedad, la dilatacion de los bronquios, de la cual estaba sufriendo hacia cinco años, le traía aniquilado. Y aquí se agravaron sus males físicos, porque en desempeño de su comision vióse obligado á trasladarse á caballo en tiempo de aguas hasta Araure, donde á la sazón se hallaba el Presidente Falcon. Ambos gobiernos han guardado reserva sobre la materia, pero consta que el éxito mas completo coronó los esfuerzos del negociador.

En cumplimiento de las órdenes de su gobierno tuvo CAMACHO que regresar al Perú por la vía de los Estados Unidos, donde debía desempeñar una comision importante. Vióse allí á las puertas del sepulcro en febrero de 1867.

En los últimos años emprendió desde Lima algunos viajes á Europa en comisiones muy delicadas de asociaciones mercantiles, que manejaban grandes intereses y de la plena confianza de las cuales disfrutaba CAMACHO.

En 1871, fué nombrado miembro correspondiente extranjero de la Real Academia Española.

En 1872, su enfermedad se había agravado de tal modo, que los mejores facultativos de Lima le aconsejaron su traslacion á Valencia de España, con el fin de procurarle, por la influencia del clima, un alivio á sus padeci-

mientos. CAMACHO se había casado desde 1857 con una distinguida señorita del Perú, y por único fruto de su matrimonio tenía aquella feliz pareja una linda niña cuidadosamente educada y á la cual idolatraban sus padres. Juntos emprenden la peregrinacion á España ; llegan á Paris ; prepáranse á seguir ; ¡ pero el hombre propone y Dios dispone todas las cosas de este mísero mundo ! La hora de la crisis se acerca para CAMACHO : parálizasele el corazon y muere sin agonía el 4 de agosto, en brazos de su adorada esposa y de su idolatrada hija ! Murió en la flor de la vida, como Schiller, y jóven tambien y ausente de la patria, como Byron. Sus restos reposan en el cementerio del Padre Lachaise en Paris, donde la mano amiga del opulento comerciante de Lima, D. Guillermo Schutte, anciano respetable que durante muchos años fué el paternal amigo de CAMACHO, le erige un monumento. — Allí, cerca de Casimir Delavigne y de tantos otros ingenios tronchados por la segur de la muerte, descansa de las fatigas de esta mísera vida el distinguido literato venezolano, que escribió en prosa y en verso, en serio y en bufo, cuentos, dramas, romances, biografías, artículos de costumbres, cartas turcas en estilo oriental, etc., etc.

No pretendemos hacer el exámen crítico de sus obras, ni seríamos para ello jueces competentes. Los principales escritos de CAMACHO aparecerán en la gran *Biblioteca de Escritores Venezolanos* que preparan los infatigables editores Rojas hermanos. Este gran libro será un verdadero monumento levantado á la gloria de la literatura nacional, y no vacilamos en decir que tal vez ningun país de la América latina podrá presentar otro igual.

Pero sí deseamos adornar con la insercion de algunas poesías de CAMACHO este pobre escrito que vé la luz pública, sin pretension de ningun linaje, tan solo en homenaje á su memoria. Ciertos estamos de que será leida con placer, á la vez que con sentimiento, su poesia titulada *Última Luz*, en que el autor

presiente su próximo fin y se despide de los objetos mas caros á su corazon y á su hogar con sencillez y ternura.

CAMACHO era poeta cristiano, y en todos sus escritos resplandece la fé. Ni habria podido pensar de otro modo un hombre de talento, porque á la altura á que ha llegado la ilustracion del siglo XIX, solamente los tontos tienen el derecho de hacer alarde de impiedad. Por eso vamos á insertar algunas estancias de su famoso diálogo entre un viajero y un fraile sobre la Confesion, tanto mas dignas de ser admiradas cuanto que su autor comprobó á la hora de la muerte la mas honrada sinceridad en sus creencias.

Rechazaba CAMACHO la afectacion en todas las cosas y gustaba de la sencillez de lenguaje en la expresion de los afectos. Por eso escribió una linda sátira contra los *Poetas llorones*, en que los pinta como se lo merecen. No podemos resistir á la tentacion de insertar la primera estrofa de esta sátira contra un vicio que tanto daño ha hecho al buen gusto literario :

Poetas que al escribir
Echais el llanto á rodar :
¿ No veis que tanto llorar
Al cabo da que reir ?

Once años de incesantes sufrimientos habian sembrado tanta tristeza en su alma que, sin quererlo tal vez, la exhalaba en casi todas sus poesías. En una de esas horas de triste melancolía fué cuando escribió *La causa de mi bronquitis*, poesia llena de ternura en que se leen estas tristes cuartetas :

¡ Ay ! si mi hora postrera
No fuera desesperada
Por una esposa adorada,
Por una hija hechicera,

Que en triste duelo profundo
Quedan sin pan, sin hogar,
Sufriendo en revuelto mar
Las tempestades del mundo,

¡ Cuántas veces con teson
 Pidiera á Dios mi plegaria
 Una tumba solitaria
 En olvidado rincon !

Esa tumba existe ya en el cementerio del
 Padre Lachaise. ¡ Salve Dios á la esposa y á la
 hija !

¡ AQUÍ ESTOY YO! ⁽¹⁾

Suenen clarines y cajas,
 Vengan todos á escuchar,
 Porque ha salido á jugar
 La mejor de las barajas.

Le va á Méjico un regalo
 Como llovido del cielo,
 Y ya se escucha en el suelo
 Sonar la pierna de palo.

Méjico al ruido despierta
 Y dice : « Por esta vez,
 Hermano, llame á otra puerta. »

Una, dos, tres,
 Cojo es.

« Mejicanos, se acabó
 El imperio maldecido !
 Vuestros lloros he sentido

(1) El general D. Antonio Lopez de Santa Anna se presentó en Méjico á ofrecer sus servicios al emperador Maximiliano, quien lo nombró Gran Mariscal del Imperio. Á pesar de esta muestra de distincion, el general Bazaine notificó á Santa Anna que abandonase el territorio en un plazo preciso. Volvió este, pues, á su retiro de Saint-Thomas, donde permaneció hasta junio de 1866 que se presentó en Nueva York con un gran estado mayor, en los momentos en que el partido nacional tenia á Maximiliano reducido á la capital. Santa Anna publicó un manifiesto ofreciendo sus servicios á los Mejicanos y haciendo profesion de fé de sus principios liberales. La antigua Alteza Serenísima se presentaba como especie de tercera entidad entre Maximiliano y Juarez. Es inútil decir que los Mejicanos no hicieron caso del manifiesto ni de las ofertas del viejo general, quien tuvo que pagar una suma muy redonda para que el *Herald* de Nueva York publicase un pequeño editorial en favor suyo.

Y ¡ adelante ! aquí estoy yo.

« Ya verán si soy buen taco,
 Y en el punto que me encarte,
 Con la música á otra parte
 Se va á pascar el austríaco. »

Méjico le vé la traza
 Al derecho y al revés
 Y le dice con cachaza :
 Una, dos, tres,
 Cojo es.

« Mejicanos, en mi nombre
 Comenzásteis á luchar,
 Y en todo tiempo y lugar
 Me he portado como un hombre.

« Nadie como yo gobierna,
 Y si provecho saqué,
 En gratitud os dejé,
 ¿ Qué mas queréis ? una pierna. »

Sepultado en su modorra,
 Méjico lo vé al traves
 Y le dice con pachorra :
 Una, dos, tres,
 Cojo es.

« ¡ Ingratos ! siempre os amé
 Como la abeja á las flores ;
 Si nunca me alcé á mayores,
 ¿ *Quare repulisti me?*
 ¿ Corona yo ? ¡ qué torpeza !
 Muchísimos pretendieron
 Hacerme rey y quisieron
 Serenarme con alteza. »

Méjico oye con cautela
 Y contesta al entremes :
 « Hermanito, esa no cuela. »
 Una, dos, tres,
 Cojo es.

« ¡ Venid á mí, Mejicanos !
 Os traigo la libertad,
 La paz, la felicidad,
 Con una pierna entre manos.
 Seré vuestro padre tierno ;
 Estoy lleno y nada saco ;
 Mandad al diablo al Austríaco

Y al tío Juárez al infierno. »

No comprende el nuevo engaste

Méjico, pero ello es

Que murmura : « Tarde piaste. »

Una, dos, tres,

Cojo es.

« Fuí con ánimo sincero

Y el corazón en la mano

À servirle de portero

Al pobre Maximiliano ;

Pero al verme por allá

Próximo á empezar el tute,

Me dijo el torpe franchute :

« *Compère, on ne passe pas.* »

Méjico se queja viendo

Al unípedo al revés

Y le repite sonriendo :

Una, dos, tres,

Cojo es.

« Llorando estoy por salir

À aliviar vuestro dolor :

El *Herald* de Nueva York

No me dejará mentir.

¡Ay! ya vereis qué gobierno,

Qué dulce paz octaviana!

Al lado de Anton Santa Anna

Se va Napoleón á un euerno! »

Méjico, escuchando el cuento,

Dice : « Hermano, cierto es ;

El que hace un sexto hace ciento. »

Y una, dos, tres,

Cojo es.

LA CAUSA DE MI BRONQUITIS

À MI AMIGO D. JUAN EZELA

Ando yo en abierta lítis
Con la salud : ¿qué he de hacer?
¿Y tú, Juan, quieres saber
La causa de mi bronquítis?

Como cañon de acañuz

Los pulmones tengo ya,

Y esto acabándome va

Desde la fecha á la cruz.

Dice el doctor, que bien haya,

Que debo dejar á Lima,

Y buscando mejor clima

À otras regiones me vaya.

Pero digo yo á mi vez :

¿Vale esta vida rastrea

Meterse en la Cordillera

Como en la redoma el pez?

Un instante que es la vida,

¿Merece sin horizontes

Pasarla entre niveos montes

Y entre peñas escondida?

Yo, Juan, no sé qué decir,

Pero te juro á fé mia,

Que muy feliz viviría,

Si me dejarán vivir.

Busco en mi cuerpo y no encuentro

Motivo á mi desventura ;

Pero otra causa hay segura

Que me carcome por dentro.

Si cierta cosa no hubiera

Que yo me sé y es muy cara,

Otro gallo me cantara

Y sin bronquítis viviera.

Pero á males sin remedio

No hay mas que ponerles, Juan,

Buena cara; este refran

De mi consuelo es el medio.

En tanto fuerza es que exista

Diciendo entre desengaños :

« No hay mal que dure cien años,

« Ni cuerpo que lo resista. »

Y cuando á fuerza de agravios

Temo que mi pecho estalle,

Me echo á pasear por la calle

Con la sonrisa en los labios ;

Y al dar nariz con nariz
Me dicen hombres de ingenio :
¡ Ay! ¡ quién tuviera tu genio!
¡ Ay! ¡ quién fuera tan feliz!

A fé que tienen razon,
Pues en lugar de ir llorando,
Me voy riendo y destilando
Lágrimas al corazon.

Si fuéramos á llorar
Nuestros duelos y agonías,
El siglo de Jeremías
Había de resucitar;

Y si en el mundo no hay modo
De reir ni de gozar...
Si de todo hay que llorar,
Vale mas reir de todo.

Inútil es que te diga
La razon de tanta litis,
¿ Y extrañas que haya bronquítis,
Asma, angustias y fatiga?

Que se viva, es mucha gracia,
Pues si el cuerpo se mantiene,
Para el alma nunca tiene
Medicinas la farmacia.

Feliz quien tiene la suerte
De caer en la batalla
Y al cabo descanso halla
En los brazos de la muerte.

Pues aunque mucho lo calles,
Confesar, Juan, nos conviene
Que la muerte sólo tiene
De espantoso los detalles.

Verse con la sangre viva,
Aunque débil el aliento,
Un cristiano macilento
En su lecho panza arriba;

Y el sacerdote que auxilia
Y santo consuelo da,
Mientras desolada está
Entre angustias la familia;

Y la mesa con la droga,
Y el cáustico, el vomitivo
Que al pobre que aun está vivo,
Antes que la muerte ahoga :

Esto es lo triste del caso ;
Pues si nada de halagüeño
Tiene la muerte, es un sueño,
Y el sueño es un breve paso,

Que á la pobre humanidad
Deja en la materia yerta
Y el alma en brazos despierta
De Dios en la eternidad.

Ah! si mi hora postrera
No fuera desesperada
Por una esposa adorada,
Por una hija hechicera,

Que en triste duelo profundo
Quedan sin pan, sin hogar
Sufriendo en revuelto mar
Las tempestades del mundo,

¡ Cuántas veces con teson
Pidiera á Dios mi plogaria
Una tumba solitaria
En olvidado rincon!

Mas, ¿ qué es esto? ¿ lloras, Juan?
Te veo pucheros haciendo ;
Que tienes estoy creyendo
El alma de mazapan.

Deja, deja esos agravios
De que burla haciendo voy
Y mírame á mí que estoy
Con la sonrisa en los labios.

Tienes alma de perdiz ;
No eres, Juan, hombre de ingenio ;
¡ Qué! ¿ no me envidias el genio?
¿ No eres como yo feliz?

LA CONFESION

UN FRAILE.

Viajero, cansado vas,
Apenas tienes aliento;
Ven, y reposa un momento.

EL VIAJERO.

Ay, padre, no puedo mas.

Espinas tiene el camino,
La senda fragosa y larga,
Pesadísima la carga
Y menguado mi destino.

— Ancha la senda se vé
De flores entapizada,
Pero llevas apagada
La lámpara de tu fé.

— ¿Y dónde, Dios de bondad,
Hallaré el fulgor divino
Que alumbre de mi camino
La profunda oscuridad?

— Reposa, viajero, en calma,
Que la luz no está perdida,
Y hay una chispa escondida
En lo profundo del alma.

Al fondo del corazon
Hay una voz que se esconde :
Llámalas, siempre responde
La voz de la religion.

Cuando en silencio profundo
En la nada estamos ya,
Su santa luz se alzará
Sobre las ruinas del mundo.

Dulce fé, divina unción,
Que en santo amor nos aniega,
Cuando la razon la niega,
La confiesa el corazon.

Surcando la inmensidad
De los siglos va esa nave

Sobre su corriente suave
Llevando la humanidad.

Pobre, olvidada barquilla,
Con mil tormentas luchó
Y nunca el rumbo perdió
Ni vino rota á la orilla.

En combate furibundo
Quedó triunfante en la brecha,
Y va marcando la fecha
De las edades del mundo.

El santo fulgor cristiano
Su divina luz asoma,
De las cavernas de Roma,
Del circo de Vespasiano.

¡ Dulce alivio del que gime,
Santo anhelo del que cree,
Infeliz del que no vé
Ese resplandor sublime!

Viajero, ¿ buscas consuelo
En tu senda abrumadora?
Hay un Padre del que llora;
Alza los ojos al cielo.

Llégate contrito allí
Á los piés del Sumo Bien...
— Señor, he pecado, ten
Misericordia de mí.

— Dios reanima la semilla
De tu adormecida fé.
¡ Bienaventurado el que
Ante sus plantas se humilla !

Y te humillas, porque crees,
Y con devoción sincera
Descubres el alma entera
De un pobre fraile á los piés.

— Gaje de santa humildad,
Del dolor dulce consuelo,
Que abre las puertas del cielo
Á la voz de la piedad;

Baño de divina luz
Que del pecho el duelo calma

Y por fin enseña al alma
A llevar en paz su cruz.

Y esa humilde bendición
Del que contrito á tí clama,
Santo bálsamo derrama
Al duelo del corazón.

Feliz el que ruega y cree
Y en el negro torbellino
Le va alumbrando el camino
La lámpara de su fé.

Feliz yo que puedo aquí,
A los piés del Sumo Bien,
Decir: He pecado, ten
Misericordia de mí.

Que el duelo y triste agonía
Que atosiga el corazón,
Convierte en divina unción
El pan de la Eucaristía.

— Conserva el fuego divino
Que te dió su santa luz.
Toma, viajero, tu cruz
Y sigue en paz tu camino.

Á TÍ

A Jeanne la grenadine
Qui toujours chante et badine,
Sultan Achmet dit un jour:
— Je donnerais sans retour
Mon royaume pour Médine,
Médine pour ton amour.

VICTOR HUGO.

A Juana la granadina,
Que era moza muy ladina,
Dijo el sultan su señor:
Yo diera, mi linda flor,
Mi corona por Medina,
Y Medina por tu amor.

Yo no tengo, vida mía,
Coronas de argentería
Con diamantes y rubí;

Pero si yo las tuviera,
Todas las coronas diera
Y los diamantes por tí.

Si de tierra poderosa
Una nación valerosa
Me llamara emperador,
Fuera tú, divina flor,
En mis jardines la rosa,
Emperatriz de mi amor.

Si fuera el ave canora
Que te despierta á la aurora
Con dulce trino de amor,
Cantara al pié de tu reja,
Mi amante, sentida queja
Con la voz del ruiseñor.

Si fuera manso arroyuelo
Que refleja el puro cielo
En su nítido cristal,
Murmurara dulcemente
Al copiar en la corriente
Esa boca angelical.

Si fuera flor hechicera
Que engalana la pradera
Con brillante rosicler,
Me prendería en tu seno
De amor y de encanto lleno,
Espirando de placer.

Si fuese abeja perdida
Que en pos de esencia escogida
Circula de flor en flor,
Ante esas pupilas bellas
Todos los perfumes de ellas
Te ofreciera por tu amor.

Si en el cielo placentero
Fuera brillante lucero,
Luminaria de dolor,
Te diera en la noche oscura
Luz melancólica y pura
Que fuera luz de mi amor.

Si fuera gran caballero
Y llevase del guerrero
Una espada con honor,

Mi espada desnudaría
 Por tu sonrisa, alma mía,
 Por tu sonrisa de amor.

Si te tomara en mis brazos,
 Yo te diera mil abrazos
 Como á los niños se dan,
 Y te besara en la frente
 Con ese beso inocente
 Que expresa el materno afán.

Interesante criatura,
 Consérvate siempre pura,
 Que es un tesoro el candor!
 Bendita flor de inocencia,
 No pierdas tu pura esencia
 En las borrascas de amor.

AMOR DE VIUDO

Á LORENZO

— ¿Con que murió tu mujer?
 — Murió! — Dios la tenga en gloria
 Y que su grata memoria
 Nos quede. ¿Cómo ha de ser?

Dios la da, Dios nos la quita.
 No hay mas que tener paciencia.
 ¿Y sucumbió á qué dolencia?
 — Á unas fiebres. — Pobrecita!

En fin paciencia, humildad,
 Y decir para consuelo:
 Padre, que estás en el cielo,
 Hágase tu voluntad.

— Me moriré de dolor!
 — Nada, si el dolor no mata.
 — ¿Quién me hará la vida grata,
 Cuando me falta su amor?

— He visto por las gacetas
 Tu dolor y desconsuelo,
 Y eso es proclamar el duelo
 Con clarines y cornetas.

Han contribuido las artes
 Con pompa al lujo mortuorio
 Y misas de San Gregorio
 Se dicen por todas partes.

¿Á qué tanta algarabía,
 Como si muriera el rey?
 El dolor de buena ley
 Huye de la luz del día.

Pues si tanto se deslie,
 Va diciendo á toda hora:
 Viudo con un ojo llora,
 Pero con el otro ríe.

El tálamo nueva adjunta
 Mañana quizá te alumbré,
 Por calmar la pesadumbre
 Que tienes por la difunta;

Y tendrás ante ojos vivos
 Que ocultar tus misereres,
 Porque tienen las mujeres
 Sus celos retrospectivos.

De lo dicho en argumento
 Y del consejo en honor
 Como la prueba mayor
 Te voy á contar un cuento.

En un pueblo de Inglaterra
 Falleció un marido honrado
 Que fué marido llorado
 Como ninguno en la tierra.

¡Qué transporte! ¡Qué delirio!
 ¡Qué llantos! ¡Qué desaliento!
 Oh! qué vida de tormento!
 ¡Qué recuerdos de mártirio!

La viuda que era una perla
 Íbase á la pena dando,
 Siempre gimiendo y llorando
 Que daba lástima verla.

El vicario de aquel punto
 Mil consuelos le ofrecía
 Y lo mejor que podía
 Le hablaba de su difunto.

Pero ella llora que llora,
Ningun consuelo le vale,
Y se está dale que dale
Desde la tarde á la aurora.

El vicario ya sin tino,
Viendo inútil su porfía,
Que la hiciera compañía
Suplicóle á un su sobrino;

Y despues de una semana
Fuése á ver si tal ayuda
Había calmado á la viuda
Su negra pena tirana.

Hallóla por esta vez
En el patio del molino
Jugando con el sobrino
Un partido de ajedrez.

— Ola! le dijo el vicario
Tomando asiento en el césped :
Con el consuelo del huésped
Es el mio innecesario.

La viudita contestó :
— Al partido ya jugado
He mi dolor apostado
Y el señor me lo ganó.

— Corriente; y así se absuelven
Varias dudas en un punto,
Sin contar con el difunto,
Pues los que se van no vuelven.

No censuro al jugador,
Méno crítico á la bella,
Que al fin juntos él y ella
Sopla el diablo y nace amor.

Mas no es bueno hacer alarde
Del dolor que nos agobia;
Pueden la viuda y la novia
Refundirse en una tarde.

Sigue tu nuevo debate
Y Dios te bendiga, amen;
Mas cuenta que no te den
Sobrinito, jaque mate.

ÚLTIMA LUZ

Poco me resta de vida!
Las fuerzas van decayendo
Y el alma va presintiendo
La funesta despedida.

En mitad de mi carrera
Llegando al limite voy!
La luz que mirando estoy
Es quizá mi luz postrera.

Rolos del cuerpo los lazos,
Por las ondas remecido,
Me voy á quedar dormido
Cual de una madre en los brazos.

Al frente mi esposa está :
Pobre niña, alma sencilla!
Lágrimas de su megilla
Ocultándomelas va.

Llora,, infeliz! tu quebranto
No será el postrero, no :
Si llego á faltarte yo,
Amargo será tu llanto.

Si la vida transitoria
Se va cual al mar un rio,
Quita por piedad, Dios mio,
Á mi mente la memoria!

No asalte mi pensamiento
¡ Ay! la imágen de mi hija ;
Mi hora postrera no aflija,
Santo Dios, esc tormento!

Niña que al mundo despierta
Y que á la vida se lanza
Hallando de la esperanza
Cerrada, al salir, la puerta.

¿ Á dónde, á dónde las dos
Irán en duelo profundo
Sin mas amparo en el mundo
Que la voluntad de Dios?

Tú á quien los buenos adoran,
Ten piedad de mi dolor,
Tú que eres padre, Señor,
El padre de los que lloran.

Yo sufro en paz mi destino,
Héme humilde y resignado
Como el viajero cansado
En la mitad del camino.

Jamas odio ni rencor
En mi pecho formó nido.
Mucho sufrí; estoy rendido
Bajo el peso del dolor.

Constante mi pena fué
Y á la tumba va conmigo,
Como el perro del mendigo
Que muere del dueño al pié.

Hijita del alma mia,
Tu memoria placentera
Vaga por mi cabecera
En mi lecho de agonía.

Para mí no tuvo gloria
La vida, fulgor de un día,
Mañana sin mediodía
Y recuerdo sin memoria.

Ay! si mañana mi prenda
Sedienta á una puerta toca,
Calmad la sed de su boca
De mi memoria en ofrenda;

Y si el viento del destino
Contra mi hija se levanta,
Ay! arracad de su planta
Las espinas del camino.

Allá en orilla lejana
Con alma pura de niño
Me guarda tierno cariño
Una santa y noble anciana:

Es mi madre; ella tambien
Por el hijo ausente llora,
Porque la pobre me adora
Como á su perdido bien.

No le digais, por piedad,
Que su hijo ya no existe,
Pues la infeliz no resiste
Pesar tan grande á su edad.

Madre, esposa, hija del alma,
Pedazos del corazon,
Rezad por mí; la oracion
La angustia del pecho calma.

Al abandonar la vida
Pienso en Dios y en ellas pienso,
Pues es mi amor tan inmenso
Cual triste mi despedida.

Llevo en paciencia mi cruz,
Oh! Dios, que mi última hora
Bañe tu luz bienhechora,
Pues mira mi última luz.

JOSÉ H. GARCÍA DE QUEVEDO

La biografía de José Heriberto García de Quevedo publicada por el distinguido escritor Torres Caicedo es una obra de incuestionable mérito literario, é integra la reproduciríamos aquí, si los límites que esta publicación tiene no nos obligasen á copiar solamente la parte que conduce á nuestro propósito, que es dar una lijera noticia de la vida y de los escritos de cada autor. Tales condiciones reúne el fragmento que ahora insertamos y solo nos falta llenar el triste deber de referir los pormenores del trágico fin del ilustre poeta.

García de Quevedo residió en París durante el sitio de los alemanes y movido, ora por el intenso amor que profesaba á la Francia, ora por su carácter caballeresco y amigo de los peligros, combatió en varias salidas que hizo el Ejército sitiado, como el último soldado frances. Al proclamarse la infernal *Commune*, salió de París y se dirigió á Berek, cerca de Boulogne-sur-Mer, con el ánimo de pasar algunos días en compañía de los venezolanos que estaban allí reunidos, esperando que se abriesen las puertas de París para volver á sus hogares.

La impaciencia ó la fatalidad le hicieron regresar á París, imperando aun los comunistas, y la indiscrecion ó una noble curiosidad le llevaron un dia ; triste dia, ! el 18 de mayo de 1871, á visitar el Hôtel de la Reina de España, situado en la Avenida del Rey de Roma, así como las casas de sus amigos de Berek, situadas en el mismo barrio, para conocer los estragos que en ellas hubiesen causado las balas francesas ó enemigas. Visita primero el Hôtel de la Reina y despues entra á la calle de Presbourg, describe el semicírculo que forma dicha calle y pretende pasar á la Avenida de la Grande Armée.

Los comunistas que custodian la barricada allí erigida le permiten el tránsito, pero apenas habia avanzado García de Quevedo treinta pasos, cuando los infames le disparan un tiro, que mal dirigido cae sobre la pared, hiere de rebote en la cara á un muchacho que pasaba y en la mano izquierda á García de Quevedo.

La bala fué estraída oportunamente y por el momento la herida se tuvo por leve ; pero desgraciadamente un gran número de los heridos por arma de fuego en aquella época moria á consecuencia de la pyoemia ó fiebre septicémica, enfermedad mortal en la generalidad de los casos, y García de Quevedo tuvo la desgracia de pertenecer á este número y sucumbir el 6 de Junio de 1871. « No hay duda, nos dice uno de sus íntimos amigos,

que su muerte fué originada por la condecoracion de la Legion de honor, que García de Quevedo usaba siempre que residia en Francia y que le señaló como caballero á aquella turba de asesinos. »

Hijo de Venezuela por la cuna y de España por el amor, la muerte de José Heriberto García de Quevedo ha sido para la literatura de ambos países una pérdida mui dolorosa. Demos, como nos la pide en sus últimos versos, una lágrima tierna á su memoria !

D. JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

Es otro poeta el que hoy va á figurar en las columnas de este periódico. ¡ Otro poeta ! ¿ Y de qué sirven los poetas ? ¿ Y para qué sirve la poesía ? ¿ La poesía enseña el modo de ahorrar las fuerzas humanas, ó mejor dicho, de centuplicarlas, — revelando al hombre los medios de sustituir á sus esfuerzos los de la naturaleza, — revelándole el precioso secreto de la elasticidad del vapor, — el inmenso poder de la transmision de la electricidad, etc., etc. ? ¿ Es ella la que ha enseñado al hombre la manera de cultivar la tierra con mas fruto, de trasmitir el pensamiento por millares de voces y en diversidad de tonos, por medio de la imprenta ? ¿ Es ella la que ha hecho conocer al hombre los elementos primeros de la naturaleza, el medio de combinarlos y de sacar el mejor partido posible de esas combinaciones ? ¿ Es ella, en una palabra, la que ha dotado al mundo con los maravillosos descubrimientos que demuestran la doctrina de la perfectibilidad humana, perfectibilidad *indefinida*, pero jamas *infinita*, — y que dan á conocer á las claras que la palabra divina se cumple — viniendo el hombre á ser el rey de la creacion ? Si la poesía no ha enseñado eso, ni puede enseñar cosas parecidas, ¿ cuáles son sus títulos á la consideracion y estima de la humanidad ?

Si ; es cierto, la poesía no ha enseñado todas esas cosas ; pero es que todas ellas son poesía en sí mismas. La poesía es la expresion de la verdad ; y la ciencias y las artes, necesitando para ser ciencias y artes el estar fundadas en la verdad, al momento de existir existen poéticamente, porque existen fundadas en la verdad, que es la esencia de la poesía.

La poesía no es solo un verso cadencioso, una estrofa llena y completa, un poema acabado ; no : un buque de vapor surcando los mares, desafiando los elementos y conduciendo los hombres, sus ideas y sus productos á millares de leguas de distancia, haciendo rápida la difusion de las luces y de los descubrimientos, acercando unos pueblos á otros, etc., etc., es un verdadero poema flotante.

Un bello y grandioso edificio, en el cual se hayan consultado las proporciones del arte y el gusto de las decoraciones, es un poema de mármol ó de granito : de esta clase de poemas son el Partenon, el Capitolio, San Pedro, etc.

Un telégrafo eléctrico, poniendo en contacto rápido y maravilloso á millares de inteligencias separadas por inmensas distancias, es una creacion de las mas poéticas que pueden concebirse.

El hombre arrancando el rayo á los cielos

y describiendo con certeza la marcha de los planetas es mas poeta que haciendo resonar la lira de oro de Homero.

Ademas, todos esos inventos, que hoy nos asombran y hacen la gloria y el bien de la humanidad, han sido soñados por algun poeta. En prueba de ello, ahí están las fábulas mitológicas y las ricas fantasías de las *Mil y una Noches*. Aun el mismo descubrimiento del Nuevo Mundo habia sido predicho por varios, entre otros por Séneca en el acto segundo de su *Medea*.

Pero no es esto solo. El hombre no vive únicamente de goces materiales. Su espíritu tiende á remontarse á otras esferas superiores; su alma necesita nutrirse de grandes ideas. De nuestras miserias nos es preciso remontarnos á las perfecciones infinitas. Y todo esto lo realiza el poeta. El poeta, al expresar en dulces versos ó correcta y bien cortada prosa sus sentimientos de dolor y de angustia, — es el eco de la humanidad doliente, que siente solaz al oír la expresion de sus propias penas.

El poeta llora en los infortunios de la patria; canta en los días de gloria de esta; truena contra los tiranos; sublima las grandes virtudes; se extasia ante las bellezas de la naturaleza; tiene voces y suspiros, cual ninguno, cuando ama, lágrimas purísimas cuando compecede, acentos dulces y tiernos cuando le anima la santa amistad; — y sea que llore, que cante, que excrete, que anime, que se extasie, que ame, que se enternezca, — siempre tiende á una region superior, — á otro mundo y otra patria: al mundo y á la patria de las almas.

La poesía es eminentemente moralizadora y religiosa: en nuestras tristezas nos consuela con la idea de la brevedad de nuestros días y nos recuerda que, al engolfarnos en el océano de la eternidad, nuestra alma se refundirá en los rayos de luz del Sol de la Verdad y gozará de perenne ventura. En nuestros goces nos hace elevar el corazón al cielo y pensar que

es *allá*, y no en la tierra, donde la dicha perfecta puede hallarse. Cuando el mal momentáneamente vence al bien en cierto país ó en determinado período de tiempo, la poesía nos asegura que el bien, siendo necesario, habrá de triunfar del mal, que es contingente y pasajero. La virtud oprimida encuentra en la poesía alas con que volar hasta el centro de toda virtud y conformándose con el hoy triste y lleno de penas, espera ese mañana de cumplida paz.

Por eso el poeta, el verdadero poeta, es filósofo en alto grado. Muchas veces han sido los poetas quienes han hecho revivir el sentimiento religioso en las sociedades desfallecientes, porque habian sido lanzadas en todos los extravíos del materialismo mas grosero.... ¿Quiénes fueron, sino poetas, los que en este siglo iniciaron en Francia la reaccion de la escuela espiritualista, que se hallaba postrada á consecuencia de la lucha vigorosa emprendida contra ella por los filósofos materialistas del siglo XVIII? Ahí están los bellos escritos y las sublimes poesías de Châteaubriand y de Lamartine, que hablan mas alto que nuestras débiles palabras.

Los poetas han sido siempre queridos, y en casi todo tiempo y por todas partes se les ha considerado como á semidioses. Desde Homero hasta Lamartine, sus cantos ya tristes, ya alegres, — ya desfallecientes, ya entusiasmadores, — ora apacibles y serenos, ora atrevidos é impetuosos, — ora profanos, ora religiosos sea, — que se constituyan en ecos de los sentimientos de los pueblos ó de la humanidad: — esos acentos y esas notas han encontrado admiradores fervientes y decididos. Celebrando las delicias de la paz ó enardeciendo el valor de los guerreros, los bardos siempre están en primera línea; y al escuchar sus notas, todos los corazones palpitan. Los poetas desempeñan un verdadero sacerdocio, respetado por las tribus bárbaras como por las naciones mas civilizadas. Es muy frecuente hallar que las mas bellas páginas de la historia de

un pueblo están escritas en verso, así como lo están las mas sublimes lecciones de moral y los mas tiernos coloquios del hombre con su Dios. Los pueblos han oido con la misma indiferencia las burlas que Pascal hace á los poetas, que las hechas por Voltaire á los matemáticos.

Acerca de lo que debe ser un poeta, traduciremos algunas líneas de las bellisimas que consagra M. de Lamartine al hablar de Homero. Dice así :

« El gran poeta no debe estar solamente dotado de una memoria vasta, de una rica imaginacion, de una viva sensibilidad, de un juicio seguro, de una expresion fuerte, de un sentido musical tan armonioso como lleno de cadencia : es preciso que sea un supremo filósofo, porque la cordura es el alma y la base de los cantos; es preciso que sea legislador, porque él debe comprender las leyes que reglan las relaciones de los hombres entre sí, leyes que son á las sociedades humanas y á las naciones lo que es el cimento á los edificios; debe ser guerrero, porque él canta con frecuencia las batallas organizadas, la toma de ciudades, la invasion ó la defensa de los territorios por los ejércitos; debe tener el corazon de un héroe, porque celebra las grandes hazañas y la abnegacion del heroismo; debe ser historiador, porque sus cantos son narraciones; debe ser elocuente, porque hace discutir y arengar á sus personajes; debe ser viajero, porque describe la tierra, el mar, las montañas, las producciones, los monumentos, las costumbres de los diferentes pueblos; debe conocer la naturaleza animada é inanimada, la geografia, la astronomía, la navegacion, la agricultura, las artes y aun los oficios mas vulgares de su tiempo; porque en sus cantos recorre el cielo, la tierra, el océano y toma sus comparaciones, sus cuadros, sus imágenes, de la marcha de los astros, de la maniobra de los buques, de las formas y de las habitudes de los animales mas dulces como de los mas feroces; debe ser marinero con los marineros, pastor con los pastores, leñatero con los leña-

teros, tejedor con los que hilan los vellones de las ovejas ó que tejen las telas, mendigo con los mendigos á las puertas de las cabañas ó de los palacios. Debe tener el alma ingénuo, sencilla como la de los niños, tierna, compasiva, llena de piedad como la de las mujeres, firme é impassible como la de los jueces y los ancianos, porque él recita los juegos, la inocencia, el candor de la infancia, los amores de los jóvenes y de las vírgenes bellas, los afectos y laceraciones del corazon, la ternura y la compasion por las miserias de la suerte; el poeta escribe con lágrimas y su obra maestra es hacerlas brotar. Debe inspirar á los hombres la piedad, la mas bella de las simpatías humanas, porque es la mas desinteresada. En fin, debe ser un hombre piadoso y henchido de la presencia y del culto de la Providencia, porque él habla tanto del cielo como de la tierra. Su mision es la de hacer aspirar los hombres al mundo invisible y superior, la de hacer preferir el Nombre Supremo sobre todas las cosas y de impregnar todas las impresiones que lleva al espíritu ó al corazon, de yo no sé qué presentimiento inmortal é infinito, que es la atmósfera y como el elemento invisible de la Divinidad. »

Todo esto es un bello arranque, una tempestad de elocuencia, como dice Pelletan al hablar del mismo M. de Lamartine, que se ha propuesto últimamente combatir la doctrina de la perfectibilidad humana; pero no pasa de ahí. Si para ser poeta se necesitara ser todo lo que requiere el dulcísimo autor de las *Meditaciones*, no habria habido uno solo en el mundo, ni habria probabilidad de que existiera en lo sucesivo. Sin embargo, M. de Lamartine cree que Homero reunió todas esas cualidades.

Suponiendo que así fuese, despues de Homero serian mas ó ménos buenos poetas todos aquellos que mas ó ménos se allegasen á ese tipo tan cabal.

El deseo de alabar á todos los ingenios de la América no nos hará caer en el ridiculo

de decir que el sugeto de quien vamos á hablar haya reunido las cualidades exigidas por el eminente escritor frances; pero sí diremos, que entre los modernos poetas españoles GARCÍA DE QUEVEDO ha conquistado por sus talentos y sus luces uno de los puestos mas distinguidos. La España ha sabido honrar sus ricas dotes intelectuales y morales, y en mas de una ocasion los mas eminentes literatos de la Península le han dado públicos y espléndidos testimonios de lo mucho en que estiman sus obras. El autor de que hablamos ha escrito odas llenas de elevacion y sublimidad, brillantes poemas religiosos y profanos, interesantes novelas y dramas de reconocido mérito. Conoce varios idiomas, se ha distinguido como periodista y ha sostenido con la espada lo que ha expresado con la pluma. Pero la relacion de todo esto vendrá á su debido tiempo y lugar: no alteremos el órden lógico de este escrito y empecemos cual se debe.

JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO nació, en marzo de 1819, en la importante ciudad de Coro, perteneciente á la República de Venezuela, y descendiendo del mismo tronco que el célebre don Francisco de Quevedo y Villégas, como bastaria á probarlo la sencilla enumeracion de algunos de sus próximos abuelos paternos. Para nosotros no hay mas aristocracia legítima que la de la inteligencia y la virtud: á ella pertenecieron los padres de nuestro poeta y tambien á la de nacimiento.

Por parte materna, algo de sangre francesa tiene el Sr. García de Quevedo, pues su madre, doña Josefa María, tuvo por padres á D. Víctor Druin de la Bourdonnare, oriundo de Bretaña y caballero de San Luis, y á doña Ángela Rita Fernández de Peralta, hija de padres españoles.

Don Pedro Tomas, padre de nuestro poeta, no quiso seguir la bandera de los patriotas que proclamaban la libertad é independencia de Venezuela, y á consecuencia de esto, se vió precisado á emigrar á la isla de Puerto Rico,

cuando las armas españolas sufrieron el último reves en el territorio venezolano. Su esposa y su hijo fueron á reunírsele en 1825. Así, fué en aquella isla donde García de Quevedo recibió su primera educacion, manifestando desde entónces que la enseñanza habia de ser para él como semilla arrojada en tierra fecundísima.

Mas tarde sus padres le enviaron á Francia á continuar sus estudios, y despues á España, donde cursó algunos años de derecho, bien que sin aspirar á entrar en el cuerpo de abogados. Sus profesores le contaron siempre en el número de sus mas aventajados discípulos.

Despues de haber adquirido todos aquellos conocimientos generales que se adquieren en los colegios, García de Quevedo se propuso recorrer el mundo y, en efecto, viajó por Europa y América, visitó una gran parte del Asia Menor é hizo algunas excursiones al África, sirviéndole tan dilatadas correrías para desarrollar su bella inteligencia y para aumentar el caudal de sus conocimientos.

Versado en la lengua helénica y en la latina, bastante conocedor de la francesa, de la italiana, de la inglesa y de la alemana, estudioso y aficionado desde temprano al culto de las letras, ha podido familiarizarse con las obras clásicas de la literatura de los pueblos mas adelantados. Sus largas correrías no han sido parte á que deje de ejercitar su ingenio en varios de los mas difíciles ramos de la poesía. Las muchas obras que en pocos años ha dado á luz, prueban bien su rica vena y dan razon para colocarle entre los mas fecundos poetas de nuestro tiempo.

Fué en 1846, cuando los periódicos de Madrid empezaron á engalanarse con las bellas producciones de García de Quevedo. Desde su aparicion en el mundo de las letras, este dulce poeta obtuvo la aprobacion de jueces severos y competentes. *El Tiempo* fué el periódico que le sirvió de escabel, por decirlo así. Aceptadas sus producciones con aprecio, el nuevo poeta siguió infatigable en su tarea, aumentando el tesoro de las poesías líricas españolas con in-

numerables composiciones, entre las cuales hay algunas como los cantos épicos *Á la fe cristiana* y *Á Colon*, las odas *Á la Libertad*, *Á Italia*, *Á Pio IX*, etc., en que lo armonioso de la yersificacion y lo elevado del estilo resaltan al par de la inspiracion y del entusiasmo del poeta. Tambien son del mismo autor algunas bellas y fieles traducciones de las odas de Manzoni.

Los críticos mas severos de la España saludaron con palabras corteses y cumplidos elogios al nuevo poeta americano; y este, teniendo conciencia de su gënio y animado por sus primeros triunfos, lanzóse con decision en la carrera literaria, preparó el plan de obras de *grande aliento*; las poesías fugitivas habian servido para sus primeros ensayos: érale preciso avanzar; el poema, el drama, la novela solicitaban la consagracion de sus talentos y nuestro poeta se dedicó con ardor á tan árduas tareas.

En 1849 escribió, juntamente con el dulcísimo Zorrilla, los bellos poemas que llevan por título *Maria*, — *Un cuento de amores* — y *Pentápolis* siendo de advertir que en este último, todo es obra de García de Quevedo, ménos el canto primero y el tercero que pertenecen á Zorrilla.

El autor continuó con perseverancia y dió á luz otros nuevos poemas titulados *Delirium*, — *La segunda vida* — y *El proscrito*, notables todos así por lo interesante del asunto como por la dulzura y variedad de sus metros, lo elegante y correcto del estilo y lo original y filosófico de los pensamientos.

García de Quevedo ha sido tan feliz en la composicion de sus obras dramáticas como en la de sus poemas; con grande aplauso se han representado en los teatros de Madrid los dramas siguientes de aquel autor: *Nobleza contra nobleza*, — *Un paje y un caballero*, — *Don Bernardo de Cabreras*, — *El Juicio público*, — *Contrastes* (1).

(1) Otro de sus dramas, el último de que tenemos

Bien conocidas son las dos preciosas novelas de Quevedo que corren con el nombre de *El amor de una niña* y *Dos duelos á 18 años de distancia*. Sabemos que el autor se ocupa en limar algunos otros dramas y una novela; pronto dará á la estampa estas nuevas producciones, con las cuales acrecentará su fama.

Hace poco mas de diez años que García de Quevedo (si no nos equivocamos) figuraba en la legacion de Venezuela en España; el eminente Sr. D. Fermin Toro, jefe de esa legacion, dispensó á Quevedo una cordial amistad y le hizo grandes distinciones debidas á sus talentos é ilustracion. La carrera diplomática del poeta quedó cortada al empezarla apenas: no ha vuelto á figurar en ella. Esto no es de extrañar, porque en la mayor parte de las repúblicas de América no se puede decir que haya carrera diplomática, ni política, ni aun judicial. El que hoy no ha empezado siquiera, mañana es nombrado ministro de Estado, recibe una mision diplomática, ó se vé elevado á los primeros puestos en la administracion de la justicia; y, al contrario, hoy se encuentra cesante, en el vigor de la edad y de la fuerza de sus talentos, el que ayer desempeñaba los mas altos cargos del Estado. Si esto es bueno ó si es malo, no nos atañe decirlo: solamente hacemos constancia de un hecho.

En la política española, García de Quevedo ha tomado poca parte; pero una vez que las circunstancias le arrastraron á las agitaciones de la vida pública, se portó como hombre de corazon y convicciones. Lo que vamos á referir, es porque nos cumple en nuestra calidad de biógrafos; los lectores aprobarán ó impro-

conocimiento, es el titulado *Isabel de Médicis*, bella pieza acerca de la cual diremos algo mas adelante. Ese drama no fué admitido en los teatros de Madrid, segun nos lo cuenta el mismo autor en una nota puesta en la primera página de la obra impresa. De la injusticia con que en esta ocasion se trató al Sr. García de Quevedo, él ha apelado ante el público ilustrado. Una decepcion parecida á la del Sr. de Quevedo sufrió la señora de Avellaneda con su bello drama titulado *La Hija de las flores*.

barán el hecho según sus respectivas creencias políticas.

Quevedo llegó á Madrid, en 1854, de regreso de un viaje á América. Agitada, mas que nunca, estaba por aquel entonces la sociedad española. Había caído el ministerio que presidía el conde de San Luis, y algunos de los individuos que figuraban en el partido triunfante emitieron ideas que la mayoría de los vencedores no aceptaban; pero no solamente se emitieron ideas mas ó ménos radicales sobre la organizacion del Estado y de la sociedad; no solamente se dirigieron violentos ataques contra el trono y la dinastía reinante, sino que se atacó á la reina como á reina y como á señora; los hombres mas distinguidos é influyentes del partido liberal rechazaron tan indigna manera de sostener la causa que acababa de triunfar; pero, sin embargo, la prensa enmudecía, y los que en privado censuraban la conducta de aquellos escritores, no se atrevían á saltar á la liza y combatir. Fué García de Quevedo quien entonces apareció, y tomando ora la pluma, ora la espada, como decia de sí el autor de *La Araucana*, redujo al silencio á los escritores mas atrevidos é ineultos. Los principales artículos de Quevedo aparecieron en *La Época*; todas sus producciones iban bajo su firma y mas de una vez se vió obligado á sostener en el campo del honor lo que habia expresado en las columnas de los periódicos, y á firmar con sangre lo que habia escrito con tinta.

Por aquella misma época, el aventajado escritor y distinguido publicista D. Rafael M. Baralt fundó en Madrid un periódico de los mas notables que se han publicado en España, y que llevaba por título *El Siglo XIX*. La direccion de este periódico, órgano de los intereses liberales, pasó á pocos dias de fundado á manos de García de Quevedo, quien siguió durante algunos meses su tarea de sostener el orden público y el buen nombre de la reina.

La conducta de Quevedo fué muy aplaudida en España y algunos periódicos franceses, entre otros el *Journal des Débats*, le tribu-

taron grandes elogios. La reina ha dado á su defensor muchas pruebas de la estima en que le tiene, y Quevedo ha recibido honores y condecoraciones, lo que, si no es un mérito, sí es una ventaja. García de Quevedo es liberal, al ménos así nos lo enseñan bien sus valientes odas á la Libertad y á Italia, en las cuales hay estrofas dignas de Byron, cuando tronaba contra los tiranos y clamaba por la independencia de las naciones y la libertad de los pueblos. Pero el poeta no ha olvidado que en todo tiempo y en todo lugar el orden es la mas urgente de las necesidades sociales, porque él forma la primera de las leyes del mundo físico como del mundo moral (1).

García de Quevedo es uno de los mas bellos ingenios que ha producido Venezuela. Escritor castizo y elegante, posee además una elocucion fácil, copiosa, enérgica y expresiva. Como poeta se distingue por su espontaneidad, vigor, variedad y armonía; su forma, sin ser amaneradamente clásica, es limpia y correcta, y por lo que toca á la elevacion y novedad de los pensamientos, á la profundidad de los conceptos, al nervio y alcance de la intencion, muy pocos de los vates americanos pueden colocarse aiosamente á su lado. Con el tiempo, que todo lo madura y perfecciona, Quevedo, cuya vocacion poética es inalterable, como la de todos los *ingenios legitimos*, será sin duda uno de los mas altos nombres de la literatura española moderna.

J. M. TÓRRES CAICEDO.

(1) Trazábamos estas líneas cuando hemos sabido la crisis ministerial que ha acaecido en España. El mariscal O'Donnell ha quedado dueño del campo, pero sin resistencia de alguna fraccion del partido liberal. García de Quevedo vió el orden turbado y ocupó uno de los primeros puestos, de los mas peligrosos, entre las filas de los sostenedores de la reina; á los primeros tiros cambiados, García de Quevedo quedó gravemente herido.

Mas tarde ha llegado á nuestra noticia, que nuestro poeta estaba perfectamente restablecido y que el gobierno de la reina lo habia nombrado para que lo representara cerca del de la república de Venezuela.

Á ITALIA!

ODA

Como en la azul atmósfera,
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto océano
Y el mundo vé á sus piés;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta,
Herida el ave ciérnese
Y luego en la alta cresta
Ya moribunda abátese,
Rendida su altivez :

Así caiste, ¡ oh mísera !
De la sublime cumbre ;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La ántes soberbia faz ;
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,
Sin que haya un ser magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡ Ni un campeón intrépido
Que ose por tí lidiar !

¡ Qué ! ¿ solo esclavos tímidos
Se nutren en tu seno ?
¿ La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detras de sí ?
Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones ;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿ No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí ?

¡ Cuánta en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto !

¡ Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto
Dolor infunde al férvido,
Ansioso corazón !
¿ Y á quién no mueve á lástima,
¡ Oh Italia ! tu amargura ?
¡ Ai ! tus arroyos lípidos,
Tus campos de verdura,
¿ Mas qué ?... ¡ tus mismas lágrimas
Libres tampoco son !

Raza de esclavos trémulos,
Nación degenerada,
De tus abuelos ínclitos
Osa empuñar la espada ! —
— ¿ Qué esperas ya ? — ¡ Levántate !
¡ No mas esclavitud !
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola ! —
— ¿ Hai en tus campos fértiles,
Hai una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud ?

¡ Sus ! ¡ Al combate ! — el ánimo
No os faltará, guerreros !
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros !
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañon !
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo
Y á la árdua lid arrójense,
Con brío sin segundo,
Mil y mil dignos émulos
De Bruto y de Caton !

Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla ;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla : —
Supremo Dios ! ayúdalas
En la revuelta lid !
¡ Sus ! mis valientes italos,
Ilustres ciudadanos !
La Italia sus Termópilas

Tendrá y sus Espartanos!
— Ya so la regia púrpura
Tiembra el tirano vil!

Y si al romper impávidos
Vuestra servil coyunda
Morís, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad!
Sabed nuevos Leónidas
Morir con frente altiva!
¡ Dará á los sacros tûmulos
Honor la siempreviva
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!

Mas ¡ ai! el estro olímpico,
El fuego sacrosanto
Del genio sumo fáltame
Á tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es.....
¿ Qué importa? — El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara,
Indigna de memoria,
Mejor entonc el épico
Cantar de la victoria.
¡ Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria effmera
Con el cantar parece
¿ Qué importa? — Al vate bástale,
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.

¡ Sus! mis valientes ítalos,
¡ Sus! al feroz combate!
Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,

Responda el grito altisono
De libertad y honor!
Y cuando la vorágine
Del tiempo en lo futuro
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro,
Solo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

Á PIO IX

(Fiat lux.....)

Del mas excelso trono
Que leyes dicta á la asombrada tierra,
De allí, donde sin iras, sin encono,
Lanzaste el grito de la santa guerra
Contra abusos tiránicos
Que el tiempo sancionó cual sábias leyes,
Ejemplo dando, altísimo,
Á los pueblos á un tiempo y á los reyes.

Desde el sublime asiento,
Á do el Cielo ensalzó tu mansedumbre,
Do de saber y de virtud portento
Te admira la extasiada muchedumbre,
Oye, Señor, el cántico
Que por mi voz eleva hasta tu alteza
El entusiasmo férvido
De un pueblo admirador de tu grandeza.

Que en tí, Señor, reside
De Dios el almo espíritu fecundo
Que en el Cielo del sol la lumbre mide
Y agita el mar y fertiliza el mundo;
Cuya mirada fúlgida
Abarca el orbe y la estrellada esfera
Y traza en órden rápido
Su suerte al hombre, al astro su carrera.

Hízote el Poderoso,
Como al Profeta Rei, prudente y sabio;
Como al suyo á tu acento sonoro
Dióle la uncion divina de su labio;

Nuevo Moises, del Sínai
 Celestial remontándote á la altura,
 Distes á tu pueblo un código
 De amor y de esperanza y de ventura !

Hablaste. — Tus acentos
 Despertaron á un pueblo adormecido
 Y en las alas llevados de los vientos
 Recorrieron el orbe estremecido.

Bajo el dosel espléndido
 Los déspotas tambien los escucharon
 Y envueltos en su púrpura
 Con el frio del miedo tiritaron.

Hablaste..... y al sonido
 De tu inspirada voz se estremecieron
 Los restos entregados al olvido
 De los fuertes varones que vivieron ;
 En sus modestos túmulos
 Gimieron de placer los Escipiones
 Y en eco respondiéronles
 Las cenizas de cien generaciones.

La sangre esclarecida
 Hirvió de los egregios genitores
 Y en las venas corrió con nueva vida
 De los degenerados sucesores,
 É interminables vítores
 Saludaron al nuevo soberano
 Del Tíbre al Volga gélido,
 De Europa hasta el confin americano.

Cual de la excelsa cumbre
 Lenta descende la gigante roca,
 Mas luego, por su misma pesadumbre,
 Ya corre, ya hácia el llano se deshoca
 Y en su carrera rápida,
 Detras de sí dejando inmensa calle,
 Trueca en desnudo páramo
 El bosque hasta llegar al hondo valle :

Tal contra el soberano
 Impulso, que en tu amor al pueblo diste,
 El mundo entero se opusiera en vano,
 Que es mision que del Cielo recibiste.
 ¡ Sigue, Señor, impávido,
 No te arredre la lid, sigue adelante !

¿ Qué temes á los déspotas,
 Si pugna en tu favor el sumo Atlante ?

De estragos y rencores
 El tiempo fué. — La lucha encarnizada
 Del pueblo y sus cobardes opresores
 Finará maldecida y execrada ;

En vez del casco férreo
 De los Julios, tu frente encanecida
 Defienda el Santo lábaro,
 Signo de redencion y eterna vida !

Que el Salvador divino,
 De luto y sangre y de rencor y guerra
 No infausto nuncio al universo vino,
 Sino de amor y paz nuncio á la tierra
 Y cuando allá del Gólgota
 Le vió espirar la maldecida cumbre,
 Rindió el divino espíritu
 Entre acentos de amor y mansedumbre !

Hombres de entrambos mundos,
 ¡ Ved cuán fuerte y lozana se levanta
 Y rica en bienes de virtud fecundos
 De la alma libertad la egregia planta !
 ¡ Ved cuál ocultan trémulos
 Los tiranos la torva faz impía
 Al ver el astro présago
 De la union y la paz y la alegría !

Y tú, Príncipe augusto,
 Padre del pueblo, sacerdote santo,
 Tú, que la gloria cifras en ser justo
 Y enjugar de tus súbditos el llanto :
 ¿ Al corazon magnánimo
 Ya qué le falta para ser dichoso ?
 Ver en su amor al ítalo
 Libre y feliz y grande y poderoso !

Y lo será. — Ya leo
 Del hondo porvenir en los arcanos ;
 En solo un pueblo ante mis ojos veo
 Los numerosos pueblos italianos
 Unido al de Parténope
 El romano y lombardo y el de Etruria
 Y el piemontes intrépido
 Y el navegante audaz de la Liguria !

De bárbaros confines
 Veo acudir millares de paganos,
 Acatando de Dios los altos fines,
 Á abjurar sus errores en tus manos.
 « ¡ Aqueste es el Pontífice
 Del verdadero Dios! — su fe es la santa ! »
 En inefable júbilo
 Postrados clamarán ante tu planta.

¿ Y á cuál mas pura gloria
 Pudo aspirar en su ambición el hombre ?
 En el inmenso libro de la historia,
 ¿ Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre ?
 La gloria, cual relámpago,
 Caer del tiempo en el bátraco profundo ;
 Pero tu fama altísima
 Vivirá tantos siglos como el mundo !!!

Á ITALIA ⁽¹⁾

..... Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine :
 dextera tua, Domine, percussit inimicum.....

Cánt. de Moises. (Exod. XV, 1.)

La hora sonó. — Del fúlgido
 Alcázar soberano
 Tronó tu voz terrífica,
 Se alzó tu eterna mano ;
 Y al escuchar el mundo
 Tu acento tremebundo,
 De susto y gozo trémulo,
 Postróse y te adoró !

¿ Qué haceis, valientes italos,
 Que aun os sufrís esclavos ?
 Pueblo fecundo en héroes,
 Ora ¿ dó están tus bravos ?
 ¿ Dó están tus Escipiones,
 Tus Brutos, tus Catones,
 Del Alpe al Etna turbido,
 Del sacro Tibre al Po ?

(1) Despues de la victoria de los milaneses y vene-
 cianos, etc.

Ya se alzan, ya — ¡ Qué espléndidas
 Falanges vencedoras !
 Ved cuál se agitan pálidas
 Las huestes opresoras.....
 — ¡ Sus ! ¿ qué esperais ? — Los grillos
 Romped, fuertes caudillos !
 ¡ Suene la trompa bélica
 Del uno al otro mar !

¡ Oid !..... piadosos cánticos
 Al Cielo azul se elevan ;
 Á la árdua lid los mártires
 Mil hecatombes llevan —
 ¡ Espléndido holocausto !
 ¡ Dia por siempre fausto !
 — ¡ La libertad por ídolo,
 La patria por altar !

Ya marchan,..... ya el relámpago
 Se vé de los aceros ;
 Conturba ya la atmósfera
 La voz de los guerreros ;
 Con lúgubre estampido
 Brama el cañon temido
 Y el humo y sangre mézclanse
 Al polvo de la lid !

Y á debelar las hórridas
 Falanges del tirano,
 ¿ Dónde el caudillo intrépido ?
 ¡ Miradle ! — ¡ Es un anciano !
 Ardiendo en santo brio
 Álzase el Nono Pio.....
 — ¿ Quién contra Italia incrédulo,
 Si Dios es su adalid ?

Dios que, en su santa cólera
 Contra el poder injusto,
 Puso en la mano trémula
 Del sacerdote justo
 Los rayos de su diestra
 Y en la mortal palestra
 Nuevo David revístete
 De fuerza y juventud.

Al viento dando el lábaro
 De libertad, del Tibre

Con voz clamó estentórea :
 « Viva la Italia libre ! »
 — ¡ Y á obedecer sus leyes,
 Los pueblos y los reyes
 Cabe su trono agólpanse
 Que es faro de salud !

¡ Huid vosotros, déspotas,
 De ese fecundo suelo ;
 Huid, vencidas águilas
 Del Norte, en rauda vuelo !
 ¡ Huid ! huid ! — ¡ Ya dora
 De libertad la aurora
 El llano y la alta cúspide
 Del ítalo confin !

Buscad asilo rápidas
 En vuestras hondas nieblas ;
 Que ya del sucio ítálico
 Huyeron las tinieblas ;
 En polvo el yugo impío
 De vuestro poderío
 Cayó. — ¡ No ya mas lágrimas,
 Que el duelo tuvo fin !

Huid, funestas águilas ;
 Que basta á vuestra gloria
 De tanto mal la fúnebre,
 Interminable historia.
 ¿ Mas dónde ? — En vuestro abrigo
 Aguárdaos el castigo ;
 Que ya en el Norte gélido
 Se alzó la libertad.

¡ Prez á vosotros, ítalos,
 Heróicos vencedores !
 Ya en vuestro suelo indómito
 No hai siervos ni señores ; —
 Trocóse la esperanza
 En gloria y bienandanza.....
 ¡ Cantemos del Altísimo
 La eterna majestad !!!

LOS BRUTOS

Del borde de una tumba el fiero Bruto
 Se alza blandiendo la sangrienta espada ;
 Derriba un trono y á la patria amada
 Da de sangre filial amplio tributo :

Llenando á Roma de pavor y luto,
 La mano en sangre paternal bañada,
 Marco cabe otra tumba ensangrentada
 Coge de su venganza amargo fruto.

— ¡ Destino singular ! — Bruto el primero,
 Ilustre ciudadano y parricida,
 Liberta á Roma de la grei tirana :

Con su virtuoso crimen el postrero
 Solo alcanza á morir, y con su vida
 Fina tambien la libertad romana !

OB ICH DICH LIEBE⁽¹⁾

Á M.....

Pregunta al triste preso encadenado
 De un calabozo en la tiniebla oscura,
 Si ansía aspirar del florecido prado
 Al alba matinal el aura pura
 Y la múltiple oír, vaga armonía
 Que alza la creación al rei del día ;

Pregunta al extraviado caminante
 De Sahara en el piélagos arenoso,
 Al hambre y sed rendido, palpitante,
 Si desea el oásis delicioso,
 Cuando al caer del sol, con agonía,
 Mira ante sí la inmensidad vacía ;

Y al náufrago infeliz que á un remo asido
 Sobre los montes líquidos resbala
 Y, á la fatiga y al pavor rendido,

(1) *Si yo te amo*. Título de una melodía alemana.

Casi el suspiro postrimero exhala,
Si vé surgir la playa apetecida,
Pregúntale si torna á amar la vida!

Y á esa jóven, en fin, que abraza á un niño,
Ansiado fruto de su amor primero,
Pregúntala si es santo su cariño
Y puro y generoso y verdadero !....
¡ Mas el fuego sintiendo en que me inflamo,
No preguntes, ingrata, si te amo!

MADRIGAL ITALIANO

ANÓNIMO

Lo pasado no existe — en lontananza
Lo pinta la memoria ;
Tampoco lo futuro — la esperanza
Traza falaz su historia.
Cierto es solo el presente — y en un lampo
Cae de la nada en el revuelto campo.
— ¡ La vida es, en conjunto,
Una memoria — una esperanza — un punto !

DANS LA NAISSANCE

DU

PRINCE IMPÉRIAL ⁽¹⁾

Lorsque le Tout-puissant dirige sur la terre
Son regard éternel irrité contre nous,
Dans l'univers ému tout respire la guerre,
Tout répond ici-bas à son divin courroux.

Alors les fortes voix qui les peuples régissent
S'élèvent dans les airs, magnétique clairon,
Et à leurs mâles accents qui de loin retentissent
Tout citoyen devient un lion.

(1) Los hombres rara vez pueden dominar un idioma extranjero hasta el punto de escribir en él como en el patrio, y esto es aun mas árduo cuando se trata de poesia. — Alerta á los críticos!

Ainsi, Napoléon, à ta voix généreuse,
Pleine de noble ardeur l'Europe se leva
Et d'une nation vaincue et malheureuse
A soutenir les droits vola.

Et le monde tremblant suivit dans la Crimée
Vos exploits immortels d'un indécis regard ;
La lutte des Titans encor renouvelée,
Qui ne craignait pas le hasard ?

Mais de brillants succès couronnèrent les armes
De ces nouveaux croisés que le monde admira ;
Dans tous les nobles cœurs cessèrent les alarmes ;
Ta belle France respira.

Quel digne prix donner au bienfaiteur du monde,
Ou quel laurier de plus au héros triomphant ?
— Dans son amour le Ciel fit ta couche féconde —
Tu eus, la France eut un enfant !

La France eut un enfant, et l'Europe réclame
Et sa part dans les soins et sa part dans l'amour.
Sous lui, les trois couleurs et la blanche oriflamme
Se refondront peut-être un jour !

Il doit régner un jour : qu'alors sa loi suprême
Soit donner à chacun ce qu'il ait mérité ;
Pour tout juste pouvoir il n'y a d'autre système :
La justice est la liberté !

Royal avant-coureur de la paix de la terre,
Dans un jour de bonheur son destin fut écrit ;
Plus heureux que les siens il ne fera la guerre
Que pour la paix de son pays.

D'une race héritier qu'enfanta la victoire,
Prince, ton nom sera de tous le plus aimé ;
Sur ton oncle immortel tu as de plus une gloire,
Et c'est d'être par nous chanté.

Par nous, race déchuë, mais encor toute fière
De nos braves aïeux, de nos anciens exploits ;
Par nous qui haïssons toute chose étrangère
Et ne flattons même nos rois !

Mais tu nous appartiens : ta mère est espagnole ;
Dans ton berceau gardé par ce peuple géant,
L'Espagne te voit ceint de la blanche auréole
Du sang illustre des Guzman.

Et vous, soldats français, que mon âme agitée
Suivait d'un œil inquiet dans ces lointains climats,
Une page de plus ajouta la Crimée
A l'épopée de vos combats.

Lorsque des gens du Nord vous domptiez l'arrogance,
Et d'orgueil et de joie mon âme tressaillait ;
Mon cœur palpite aussi pour votre noble France :
Ma mère est fille d'un Français !

Gardez ce noble enfant, espoir de la patrie,
Serrez vos rangs, guerriers, autour de son berceau;
La paix d'un monde entier repose dans sa vie,
Et c'est un bien sacré dépôt!

Gardez-le, vétérans : de sa frêle existence
Dépend votre bonheur et le bonheur d'autrui;
La gloire, la grandeur, le bien-être de France
Ne sont-ils par hasard ceux du monde aujourd'hui ?

LA MITAD DE LA VIDA

À M.

My days are in the yellow sea;
The flowers and fruits of love are gone;
The worm, the canker and the grief
Are mine alone.

BYRON, *Missolonghi*, 1824.

Bella, olorosa, espléndida se mece
La flor, de los pensiles soberana,
Y la rosada faz amante ofrece
Al céfiro gentil de la mañana;
El sol sobre su cáliz resplandece
En cambiantes de luz y de oro y grana,
Y la fragante flor envanecida
Bebe á mares el fuego de la vida.

Y en él se embriaga y á su ardor creciente
Sus tesoros más castos abandona,
Sin ver, la triste, que la fiebre ardiente,
Que con lazos de fuego la aprisiona,
Agostará mui presto su fulgente
De pétalos sin fin régia corona,
Y que en breve, marchita, deshojada,
No alcanzará tal vez ni una mirada.

¡ Así la juventud ! — Tascando el freno
Que la austera razón dió á los humanos,
El fuerte corazón de susto ajeno,
Empuña alegre con entrambas manos
La copa del vivir, — letal veneno
Tal vez apura y, suponiendo vanos
Los peligros y azares de este mundo,
Se lanza sin temor al mar profundo,

¡ Ai ! ¡ Cuánto de temor y de fátiga,
Cuánto de padecer crudo y punzante,
Cuánto engañoso bien guarda enemiga
Fortuna, al inexperto navegante !
En vano implorará por mano amiga,
Cuando, en medio al abismo rebramante,
Cansado y solo y náufrago se mire
Y por el patrio hogar tarde suspire !

¡ Tal mi destino fué ! — Cuán orgulloso
Entré á lidiar en la mundana arena !
¡ Cuánto en mí confiaba presuntuoso !
¡ Cuánto ¡ ai ! iluso, en la virtud ajena !
Y ardiendo el alma en fuego generoso,
Que aun ahora la inflama y enagena,
Inerme se lanzó, cuánto atrevida,
Al revuelto palenque de la vida !

Oh ! cuánta esplendidez, cuánta hermosura
En aquellas primeras emociones !
¡ Cuánto amigo leal y cuánta pura
Mujer, cuántos altivos corazones !
Mas disipada la tiniebla oscura —
¿ Qué miré en derredor ? — Negras traiciones,
Bajas envidias, interes mezquino
Agitarse en confuso torbellino.

¡ Cuánta deidad del pedestal, que un día
Le erigió mi ilusión, rodó hasta el suelo !
¡ Cuánto hediondo esqueleto se encubría
Bajo un hermoso y transparente velo !
Trocóse mi placer en agonía,
Mi confianza en tímido recelo
Y en mi camino, en vez de dicha y flores,
Espinas solo hallé, luto y dolores !

Un bien, tan solo un bien, en lo profundo
Del corazón conserva el alma mía,
Fragante flor que el ábrego iracundo
Dejó en su esplendidez y lozanía,
Ángel perdido en este mar del mundo,
Entre tanto pesar dulce alegría,
Tabla que coje con incierta mano
El náufrago allá en medio al océano,

Imágen casta y pura, blando ensueño,
De mas dichosa edad tierna memoria,

Único bien que respetara el ceño
Del destino envidioso de mi gloria,
Vergel olorosísimo y risueño
Que en el desnudo campo de mi historia
Brinda al alma en confusa lontananza
Un recuerdo de amor, una esperanza !

Y fijos ambos los cansados ojos
En su lozana y perennal verdura,
Doi acaso al olvido los enojos
De tanto padecer, tanta amargura ;
Y acaso al contemplarlo allá entre abrojos,
Ostentando tan célica hermosura,
En el incierto porvenir confío
Y al traves de mis lágrimas sonrío.

Mas, ¡ai! que, nuevo Tántalo en la tierra,
Miro brotar la fuente cristalina
Y, al quererla tocar, cruda me cierra
El paso una muralla diamantina
Como el viandante que, en helada sierra
De extranjera region, solo camina,
Y sorprendido allí de noche oscura
Errando va, el mezquino, á la ventura :

Tal yo por el sendero de la vida,
Privado de su luz pura y radiante,
La ántes soberbia frente ora abatida,
Errando voi con paso vacilante,
Y en vano intenta el ánima afligida
Hallar dentro de sí fuerza bastante
Á tan tremenda lucha y desespera
Y cae mortal en medio á la carrera.

Así tal vez sediento peregrino
De Sahara en el piélagos arenoso,
Á la mitad del áspero camino
Desfallece y se postra silencioso,
Y en vano en coruscante torbellino
Se alza el *Simón* rugiente y polvoroso :
Él de su fiel bridon se tiende al lado
Y aguarda allí la muerte resignado.

Del tiempo que pasó la remembranza
Me abrumba, — me desgarrá lo presente,
Y el porvenir oscuro en lontananza
Hiela mi corazón, — turba mi mente.

¿ Qué mucho que sin fe, sin esperanza
Hunda en el polvo la abatida frente ?
¿ Qué mucho, en fin, que en nada ya confíe
Y la paz del sepulcro solo ansíe ?

Perdon ¡ oh madre ! si á tan árdua lucha
Se rinde el corazón enflaquecido :
Pocas mis fuerzas son y la ira mucha
Con que me acosa el hado enfurecido ;
Si favor pido al mundo, no me escucha, —
¿ Y qué le importa al mundo un afligido ?
¿ No es cierto, madre, que á tamaño duelo
Solo se encuentra alivio allá en el cielo ?

Mas ¿ dónde está tu fe, vil criatura ?
Cobarde corazón, — ¿ dónde tu brio ?
¿ Porque te cerque un poco de amargura,
Desesperas del sumo poderío ?
¿ Por una hora no mas de desventura
Osaste blasfemar, mortal impío ?
¡ Orgullosa reptil, gusano inmundo
Es el que se soñó señor del mundo !

Débil, quiere subir á la alta cumbre
De la inmortalidad, pese al destino ;
Ciego, ansia mirar la eterna lumbre
Que constituye el ser del Ser divino ;
Esclavo, osa negar su servidumbre,
Y en su insensato y loco desatino
Quiere que todo un Dios desde su esfera
Le siga siempre en su fugaz carrera.

Vuelve en tí, vuelve en tí, númen caído ;
Baja, mezquino Dios, desde tu altura ! —
— ¿ Qué eres en suma ? — Un átomo perdido
Del mundo en la vastísima estructura.
Porque alumbre un destello oscurecido
De la lumbre eternal tu noche oscura,
¿ Te juzgas ya de ciencia un hondo abismo,
Cuando te desconoces á tí mismo ?

Vuelve en tí, vuelve en tí, lucha esforzado,
Y aunque amenace el porvenir oscuro,
Al creciente rencor opon del hado
De tu fe santa el diamantino muro !
En vano el aquilon conturbe airado
Cuanto ves en redor : firme y seguro

Sigue tu marcha sin temer su embate,
Que es mayor prez la del mayor combate.

— ¡ Fe de mi corazón, luz de mi mente,
Único amor de mi cansada vida,
Ángel á cuya faz resplandeciente
Renace mi esperanza ya perdida,
Alejad de mi labio esta inclemente
Copa de hiel y de pesar henchida,
Y del mísero al ruego que os implora,
De un día mas feliz luzca la aurora !

Á CRISTÓBAL COLON

CANTO ÉPICO

Blanca paviota, osada aventurera
Que, en ola azul al céfiro mecida,
La dulce deja atrás, patria ribera
Por la inconstante mar desconocida
Y acaso, en la mitad de su carrera,
Por deshecha borrasca sorprendida,
Al primer rayo que hórrido retumba
Hallar en medio del mar líquida tumba :

Tal del inmenso piélago salado
En medio al rebramante remolino,
Brevisimo bajel va denodado
Por do ningún mortal halló camino,
Y así como divide el viento airado
Fugaz un fuerte pájaro marino,
No corta el mar, sino en sus ondas vuela
Veloz la empavesada carabela.

De pié un varón sobre el movable puente
Se mira en ademán meditabundo :
¿ Qué pensamiento audaz traza en su frente
Ese surco de arrugas tan profundo ?
Débil mortal, en su ambiciosa mente,
Como si fuera un Dios, sueña otro mundo
Y aquel su sueño á realizar, gigante,
Osado busca el fin del mar de Atlante !

¿ Quién es el noble espíritu alentado ?
— Colon, el genoves esclarecido ;
Aquel que el mundo aclamará asombrado
Por el mayor de cuantos han vivido ;
Él, de un siglo ignorante calumniado,
De contraria fortuna perseguido,
Ora al través de las bramantes olas
Conduce las enseñas españolas.

Por él la Europa entera fué testigo
De á dó pueden llegar en ser humano
El infortunio y el saber : amigo
Un suelo no encontró, ni amiga mano
En su ímprobo penar ; como un mendigo
Halló el confín inglés y el lusitano,
¡ Y al ofrecerles su inmortal presente,
Huso le llamaron y demente !

Doblado so la inmensa pesadumbre
De un pensamiento colosal, inclina
Aquella noble frente que la lumbre
Del genio con sus rayos ilumina ;
Al través de la ignara muchedumbre
Solo con su valor, recto camina,
Y ni el peligro el pié veloz retarda,
Ni el sarcasmo del vulgo le acobarda.

Con fe tan pura, en anteriores días,
Cuando á vencer al tártaro profundo
Murió sobre una cruz el rei Mesías,
Sumo holocausto al universo mundo ,
Sobre naciones cultas y bravías
Desde la cima del collado inmundo
Los apóstoles fuertes se lanzaron
Y su inmortal doctrina predicaron.

— En tanto el inspirado peregrino,
Cuyo valor ningún peligro aterra,
Va recorriendo en áspero camino
Los mas grandes imperios de la tierra :
Ya en Portugal, al reino mas vecino,
Aunque agitado de intestina guerra,
Como un viandante se dirige, oscuro,
Con firme corazón y pié seguro.

Que ciñen de Castilla la corona
Dos héroes que la luz de Dios inflama ;

El moro por invictos los pregona,
 El mundo por heróicos los aclama;
 Sus altos hechos de una en otra zona
 Publican las cien lenguas de la fama,
 Y el católico mundo ama y venera
 Su triunfante, católica bandera.

Mas la cárdena envidia le combate
 Allí tambien y la ignorancia fiera;
 Y á la fatiga del mortal embate,
 En la dura, asperísima carrera,
 El fuerte corazon duda y se abate
 Y acaso ya del triunfo desespera,
 Cuando del alto solio castellano
 Tendió Isabel su prepotente mano.

Isabel! Isabel! — Nombre querido,
 Princesa digna de inmortal memoria,
 Timbre español el mas enaltecido,
 Claro blason de nuestra patria historia!
 De cuantas glorias en el mundo han sido
 ¿Cuál mas pura y mas santa que tu gloria?
 ¿Qué reina de sus pueblos mas amada?
 ¿Qué fama de los siglos tan alzada?

Ella tendió su mano al extranjero,
 Acorrió al capitan menesteroso,
 Y al resonar suavísimo y severo
 En el mundo su acento poderoso,
 Brio infundió al cobarde caballero,
 Largueza al traficante codicioso;
 Calló la envidia y de su vil jactancia
 Se avergonzó la estúpida ignorancia.

Mui pobre de tesoros mundanales,
 Si tan rica en virtudes y laureles,
 Sus vestiduras despojó, rëales,
 De preciados adornos y joyeles,
 Abrió á Colon sus puertos y arsenales,
 Y armas y oro y marinos y bajeles
 Y aun mas le dió que su poder alcanza,
 Pues que le devolvió fe y esperanza!

Y el viajero partió de gozo lleno
 Dejando atras sus adoptivos lares,
 De amargas dudas y temor ajeno,
 Anhelando surcar ignotos mares;

Mas, ¡ cuánto sinsabor, cuánto veneno
 Y fatigas y turbidos azares
 Reservaba maléfico el destino
 Al intrépido nauta en su camino!

Serena está la mar. — Blandas flamean
 Al dulce soplo de espirante brisa
 Las lonas y los astros centellean
 Sobre las olas de la mar sumisa;
 Las naos suavemente se menean,
 Su marcha prosiguiendo ya indecisa,
 Cuando, de estrago présagos y horrores,
 Llegan hasta Colon roncós clamores.

El rumbo á proseguir que mira incierto
 Se resiste la chusma amotinada,
 Volver ansiando al conocido puerto,
 Al seno dulce de la patria amada;
 Dudoso el triunfo, y el peligro cierto,
 Á la razon apela de la espada
 Y ya en abierta rebelion vocea
 Con amenazas de mortal pelea.

Que en el piélagó azul, inmensurable,
 Donde bogando van dia tras dia,
 Á cada nuevo sol, una, inmutable,
 Ven ante sí la inmensidad vacía!
 Y en vano sopla el viento favorable
 Sobre el dormido mar, que á la agonía
 Poco son, de temores impacientes
 Viento feliz ni plácidas corrientes.

Impávido Colon, con faz serena,
 Cercado de la turba enfurecida,
 Alza la fuerte voz de imperio llena
 Que á los mas furibundos intimida;
 Á este persuade amigo, á aquel refrena,
 Y á todos por igual sabio convida
 Á prolongar un tanto su esperanza,
 Ofreciéndoles pronta bienandanza.

Mas de nuevo se oyó sordo ruído,
 No ya de los soldados turbulentos,
 Sino el confuso, atronador rugido
 De recios mares y encontrados vientos;
 Truena del rayo el lúgubre estampido,
 Braman los desbocados elementos,

Y encubre en derredor tiniebla oscura
Los ciclos y la líquida llanura.

Arrojan los iberos temerosos
Las inútiles armas homicidas
Y á la maniobra acuden presurosos,
Única salvacion de tantas vidas ;
Mas los mástiles ceden ponderosos,
Quebrántanse las jarcias sacudidas,
Y ofrece por doquier la cruda suerte
Lenta, espantosa, inevitable muerte.

Sepáranse las ondas espumantes,
Y al bátraco descenden sumergidos ;
Ya del cielo se ven ménos distantes
Sobre diáfanos montes suspendidos ;
Roncos rugen los truenos rebramantes
Entre lampos de sangre enrojecidos,
Y ayes de horror y gritos de amargura
Redoblan el conflicto y la pavora.

Mas de pronto, en sus iras fatigada,
Calla la ronca voz de la tormenta,
Y de la gente ibera acongojada
El desmayado corazon alienta ;
La opaca lóbreguez ya disipada,
De nuevo el cielo azul la faz ostenta,
Y ya en Oriente el mar y el cielo dora
Entre nubes de púrpura la aurora.

Y ven allá do el horizonte cierra
Densas fajas de niebla blanquecina
Cual suelen elevarse de alta sierra
Á la ribera de la mar vecina :
Y al alegre clamor de *Tierra! Tierra!*
La aguda prora en rumbo ya encamina
El sabio timonel, de gozo henchido,
En derecho al puerto apetecido.

Y entre vítores altos de alegría
Como al punto navegan mas cercanos,
Cernerse ven en la region vacía
Pardos picos de montes soberanos,
Y á la fulgente luz del rei del día,
Como brotó de las eternas manos
La créacion, del mar, en pompa gaya,
Con lenta majestad surge la playa!

Y árboles mil de espléndida verdura
En espesa, amenísima enramada,
Ante la cual son árida tristura
Los cármenes felices de Granada,
Y cerca una feraz, amplia llanura
Por lejano horizonte limitada,
Do compiten las yerbas y las flores
En color y balsámicos olores.

Y entre el ramaje de la selva umbría,
Semivelada aun de pardas brumas,
Y en el valle feliz que alumbra el día,
Y del mar en las cándidas espumas
Pueblan el aire en múltiple armonía
Canoras aves de variadas plumas
Do juntas brillan la amarilla gualda,
La púrpura, el zafiro y la esmeralda.

Y á dar vida á los mágicos vergeles
Que el Atlántico mar sumiso baña,
Entre rosas y mirtos y claveles,
Los fuertes hijos de la heróica España
Ven brutos mil de tachonadas pieles,
De grandor desigual y forma extraña,
Leves triscando en la florida alfombra,
Ó de un árbol tendidos á la sombra,

Miéntras del márgen en la blanca arena,
El húmedo dejando, caro asilo,
Con paso semejante al de la hiena
Resbala el verdinegro cocodrilo,
Y el cielo, el mar y la campiña amena,
Do alienta solo el céfiro tranquilo,
En silencio dormitan y bonanza,
Plácidos cual la luz de la esperanza.

Mas súbito lanzó la hispana gente
Grito de admiracion : — apresurados
Se encaminan del mar á la vertiente
Espesos grupos de indios colorados,
Varones y mujeres, igualmente
De prolijos cabellos adornados,
De recios miembros y de rostros crudos,
Altos, fuertes, esbeltos y desnudos.

Prosiguen los iberos bordéando
En sus frágiles vasos por la costa,

Puerto seguro á su valor buscando,
Por no arriesgar lo hallado á tanta costa,
Y al fin entre mil riesgos, enfilando
Tortuosa vereda cuanto angosta,
Hallan ledo remanso de agua pura
Ornado en torno de inmortal verdura.

Mas con fiero ademán á la ribera
Los indios, de aquel mundo habitadores,
Al son de ruda cántiga guerrera
Se acercan en tropel; los viajeros
Que no domó el terror ni el riesgo altera,
Al aire los pedreros bramadores
Disparan, y al insólito rüido
Huye el pueblo feroz despavorido.

Y apenas fija en la menuda arena
El inmortal Colon el pié seguro,
Unánime cantar los aires llena
De ardiente gratitud y gozo puro,
Y allí brillando en majestad serena,
Signo de rebelion al suelo impuro,
La multitud saluda arrodillada
La cruz que fué en el Gólgota ensalzada.

¡ Y en aquellas vastísimas regiones,
Del hondo valle á la empinada cumbre,
Sobre una y diez y cien generaciones
De la fiera, pagana muchedumbre,
Inflamará los rudos corazones
De nuestra santa fe la pura lumbre,
Y en cuanto ciñen dos gigantes mares,
Se elevarán de Cristo los altares!

¡ Salve, varón ilustre y generoso,
En valor y constancia sin segundo,
Á cuyo pensamiento poderoso
Surgió entero del mar un nuevo mundo!
Si el cielo por arcano misterioso
Permitió que un viandante vagabundo
Después de tí su nombre audaz legara
Al triunfo que tu fe solo alcanzara :

¡ Paz á tus sacros manes, sombra altiva!
En el eterno libro de la historia
Página alguna que mortal escriba
Eclipsará el recuerdo de tu gloria;

Vencedora tu fama siempre viva
Cruza al través del tiempo y la memoria,
Y ardiente late el corazón del hombre
De amor y orgullo al escuchar tu nombre!!

Á CARÁCAS

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpétuo Abril,
Tendida está, cual vírgen musulmana,
Carácas la gentil.

Y la corona de flotantes brumas
Que se cierne en la cima secular,
Parece un velo de nevadas plumas
Que Dios la quiso echar.

Reina feliz de tan hermoso suelo,
Patria de más de un célebre varón, —
¿ Por qué al llegar bajo tu limpio cielo
Se oprime el corazón?

¡ Ai triste! — Miro de la patria historia
Mustias hoy la belleza y majestad!
¿ Será que olvidas tu pasada gloria,
Tu antigua libertad?

¡ No! — Que aquí, en derredor, el alma mía
Vé, rebosando en brio y altivez,
La generosa juventud que un día
Será tu orgullo y prez.

Noble plantel de heróicos ciudadanos
Que promete á tu gloria el porvenir, —
¡ Sin mancha el corazón, puras las manos
Guardad hasta morir!

Casi extranjero en el solar nativo,
Peregrino y oscuro trovador,
Arde en mi corazón, empero, vivo,
El puro, patrio amor!

Él inspira mi voz en tal momento,
Presta á mi alma su brio sin rival : —
¿ Sordos seréis al dolorido acento
Del seno maternal?

¡No lo sereis, por Dios! — Los ojos fijos,
Eserito leo allá en lo porvenir : —
¡Madre que tiene tan heróicos hijos
No puede sucumbir!

Despreciando esta vida transitoria
Por la justicia y por la lei pugnad!
¡Feliz quien lega perennal memoria
Á la futura edad!

Yo, en la madre comun, la heróica España,
Daré á cada virtud una cancion,
Y al recuerdo será de cada hazaña
Altar mi corazon!

ODA

Á LA LIBERTAD

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura
Ó torpe iniquidad;

Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdon sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente :
¡Tal es la libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Don el mas alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó ;

Negra ambicion, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía
Tal vez la encadenó ;....

Mas no puede morir : lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo,
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!

Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamas vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!

Poco son á humillarla los tiranos ;
Que el mundo vé y conoce sus derechos :
La oprimen ¡ ai! con sus bastardos hechos
Mil émulos y mil ;

Que so el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones
Y hacen servir los pueblos y naciones
Á su torpeza vil!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crimen y el error.

No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte :
— Símbolo del perdon es su estandarte,
¡ Su blando imperio amor!

Y lidia, si ; — pero en léal palestra ;
Atacada, jamas provocadora ;
Siempre grande en la lid, nunca opresora ;
Que es númen celestial ;

Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza ;
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!

— ¡ Pueblos! — No es el rencor, ni la codicia,
Ni la torpe ambicion, ni la impía guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra
Que ya lució su edad :

Si veis orden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma,
Alzad entónces al Criador el alma : —
¡ ESA ES LA LIBERTAD!

ADIÓS AL LECTOR ⁽¹⁾

J'aimai; je fus aimé; c'est assez pour ma tombe :
Qu'on y grave ces mots et qu'une larme y tombe!..

May no marble bestow the splendor of woe
Which the children of vanity rear;
No fiction of fame shall blazon my name :
; All I ask — all I wish — is a tear.

BYRON, *The Tear*.

Tras de tan largo y desigual camino,
Ahora débil el paso, el rumbo incierto,
Ahora firme y veloz como el destino,
Por fin llegamos al seguro puerto;
Y ya por verde oásis, peregrino,
Ya atravesando el árido desierto,
Siempre me fué, lector, tu faz amiga
La mayor recompensa á mi fatiga.

En el tiempo que juntos caminámos,
Díte abierta la historia de mi vida;
La senda por do amigos transitámos,
Hoi la suerte nos muestra en dos partida :
; Ojalá que el adios que aquí nos damos
No sea la postrera despedida !
Mas, por si acaso, repetirte quiero
Lo que pido á la fama y de tí espero.

Unos, ardiendo en ambicion insana,
Quieren dejar de sí suma memoria
Y, ornados de diadema soberana,
Reinar hasta en el libro de la historia;
Otros, de alma mas torpe ó mas liviana,
Corriendo van tras de usurpada gloria;
Y otros, en fin, se afanan por vil oro,
Como el supremo y único tesoro.

Yo detesto el poder, me asusta el mando,
Me fatigan el fausto y la opulencia;
Y vivir prefiriera mendigando,

(1) Del poema fantástico titulado « El Proscrito. »

Sumido en la mas hórrida indigencia,
Á adquirir, con un tráfico nefando
Y á costa del honor y la conciencia,
Las delicias y pompas de la vida
Ó una gloria inmortal no merecida.

Y no porque la lucha me amedrenta,
Del revuelto palenque me retiro :
Á mí tambien la fama turbulenta
Tal vez me coronó en su raudo giro ;
Mas con otra ambicion mi pecho alienta ;
Á mas sublime galardón aspiro ;
Que á verme aborrecido y admirado
Prefiero ser oscuramente amado.

No quiero yo que en asordante estruendo,
Al traves de los siglos, mi renombre,
Como el rayo de Júpiter tremendo,
Con su estallido el universo asombre :
Poeta del amor, solo pretendo
Que en pia tradicion pase mi nombre
Del labio maternal al tierno niño,
Legado de purísimo cariño !

Que en el hogar doméstico implantado,
Como un amigo de probado celo,
En mis libros encuentre el desgraciado
Á su dolor solaz, si no consuelo ;
Y, aunque me arrojen del atril dorado,
Que de la choza rústica en el suelo
Aprenda de mí el párvulo el camino
Del amor de sus padres y el divino ;

Y cuando el hilo de mi vida rompa
El cielo, dando fin á mi quebranto,
Que no alce en mi loor épica trompa
Algun ronco insensible, hinchado canto :
Prefiero á la falaz mundana pompa
De un pecho amigo el invisible llanto
Y á que mi nombre en mármoles se ostente,
Un solo corazón que me lamente.

Ni quiero descansar en ostentosa
Tumba, del arte excelso maravilla :
Que cubra mi ceniza humildé losa,

Y que en la noble lengua de Castilla
 Grabe la mano del amor, piadosa,
 Letra veraz, lacónica, sencilla,
 Que diga al extraviado caminante :
 ¡ DUERME AQUÍ EN PAZ UN CORAZON AMANTE!

Tal recompensa á mis dolores pido,

Tal galardón á mi trabajo espero ;
 Sienta mal el laurel al afligido,
 Insulta la mentira al que es sincero.
 Doite otra vez mi adiós enternecido,
 Lector; y por si fuere el postrimero,
 Á tí encomiendo mi futura gloria.....
 ¡ Da una lágrima tierna á mi memoria !

FRANCISCO G. PARDO

Francisco G. Pardo nació en Carácas el 5 de Noviembre de 1830; fueron sus padres el Sr. Francisco de Paula Pardo y la Señora Concepcion Ezeurra.

Recibió Pardo su educacion literaria en uno de los mejores colejos de Carácas y siguió tambien en la Universidad Central el curso completo de Jurisprudencia. Es abogado de la República.

En 1858 fué nombrado secretario relator de la Corte Suprema de Justicia; en 1860 auditor general de guerra; en 1862 director del Departamento de Guerra y en 1869 Secretario General de la Presidencia del Estado Bolívar.

Pardo es indudablemente uno de los buenos poetas de Venezuela, tanto por su inspiracion siempre levantada, como por su elegante y armoniosa versificacion. Es miembro de la Academia Venezolana de Literatura y en el concurso de 1872 fué laureado por dicha corporacion, por la Universidad de Carácas y por el Ministro de Fomento, Sr. Dr. Martin J. Sanavria.

LA GLORIA DEL LIBERTADOR⁽¹⁾

ODA

Altivo pensamiento!
Con raudas alas en ardor fecundo
Remonta al firmamento
Y audaz evoca en tu anhelar profundo
La egregia sombra del creador de un mundo,
Al númen soberano
Que hundió la tierra en silencioso arrobó,
Cuando en la heréúlea mano,
Moderno Atlante, sacudiendo el globo,
Fué Junin.... y Ayacucho.... y Carabobo!
Campos de inmensa gloria!
Donde al fulgor que los espacios llena
Rescata la victoria

La del Inca y del Sol region serena
Y las que el ronco Cotopaxi atruena;
Do del clarin vibrante
Al eco que retumba por la esfera,
Beljéera, tonante,
Nace Colombia, se levanta, impera
Y ajita entre huracanes su cimera.

Colombia de su frente
Surgió gentil, como Minerva, armada,
Fulmíneo el casco ardiente,
La sien de resplandores coronada
Y al son de los cañones arrullada.

(1) Composicion premiada por la Academia Venezolana en el concurso literario celebrado el 28 de octubre de 1872.

Y envuelto en su ígnea lumbre
Él vuela y triunfa y pasma y maravilla
La tierra.... y la árdua cumbre
Del Ande enhiesto que tremante brilla
A su paso triunfal la sien humilla.

Después.... del monte altivo
Domeña la cerviz.... arranca al cielo
El Íris de luz vivo
Y, de los siglos desgarrando el velo,
Ata el destino á su glorioso vuelo.

Así sobre la nube
El águila caudal en la tormenta
Por los espacios sube
Y el trueno burla que á su faz revienta,
Y el éter con sus alas atormenta,

Y victoriosa luego
Y de su arrojo y su poder ufana,
Del sol aspira el fuego,
Se aniega en alma luz.... y soberana
Mide en redor la inmensidad lejana.

Del Ande al delta umbrío,
Do Marañon soberbio se dilata
En el ponto bravío
Y las vencidas ondas desbarata
En rizas plumas de luciente plata,

Y del Rimac sonoro
Y el turbio Pilcomayo á las riberas
Que baña en perlas y oro
El Atlántico mar, bajo praderas
De jasmínes y rosas y palmeras;

Del uno al otro polo
Del orbe oculto en los ignotos mares
Trasciende un himno solo :
Es América que alza sus cantares
Al vengador de sus excelsos lares.

Miradla ! ya triunfante
Destroza la coyunda que la estrecha,

Y el penacho flotante
Y el carcaj de las lides ya desecha
Y rompe el arco y la salvaje flecha ;

Y la esplendente zona
Del Íris que los ámbitos matiza,
Cual fúlgida corona,
La paz de un hemisferio simboliza
Y al Númen que la ofrenda, diviniza.

Él es quien á la gloria
Arrebata sus títulos egregios
Y un mundo da á la Historia
Y rasga los vetustos privilegios
Y al polvo arroja los escudos régios.

No ya al estruendo sumo
Que levanta el Pichincha, cuando en ira
Revienta y trombas de humo,
Volar su carro vencedor se mira
Que entre esplendores y entre sombras jira;

Ni al son de los clarines
De la inmortal llanura, en ansia estrema,
Las indómitas crines
Del soberbio leon, que ruje y trema,
De su frente arrancar con la diadema.

No ! que en la etérea cumbre
De la fama, á los siglos su faz vierte
Rayos de viva lumbre
Y un mundo escuda con su brazo fuerte,
Árbitro del destino y de la muerte,

Y allí bajo su planta
Horizontes sin fin,.. campos de estrellas,
Ígneo sol que levanta
Su cuádriga de luz entre centellas,
Polvos de oro dejando tras sus huellas,

Y allí soberbios ríos
Que arrebatan sus ondas entre espumas,
Y cráteres sombríos
Y excelso monte en cuyas densas brumas
Gierne el condor gigantesco sus plumas,

Y espacios donde impera
Rugiente el huracan, y aves y flores
Y eterna primavera
Y auras y luz y músicas y olores....
Y una raza sin siervos ni señores.

Esa ! la que en portentos
Brilla, entre inmensos piélagos perdida
Que mujen turbulentos ;
Tierra del porvenir ! del sol querida !
Trono de luz y manantial de vida !

Esa fué la que un dia,
Reina del mundo, tu robusta mano,
Tras la inmortal porfia,
Engalanó del manto soberano
Y el cetro de oro que arrancó al Tirano ;

Y luego, entre el tumulto
De pueblos y tribunos y lejiones,
La sublimaste al culto
Del Derecho, grabando en sus blasones
La eterna libertad de las naciones.

Arcánjel del Destino !
Tu verbo fecundiza un hemisferio
Y del poder latino
La raza que arrancaste al cautiverio,
Dios te aclamó de su glorioso imperio.

Despues ! terror profundo !
Silente asombro.... ! por la vez postrera
Tu voz escucha el mundo....
Y envuelto de Colombia en la bandera
Vuela tu alma á la infinita esfera.

Sube, audaz pensamiento,
Al alcázar del Dios de la Victoria
Y arroja por el viento,
Encendido en los rayos de su gloria,
El resplandor de su inmortal memoria !

Á MÉJICO

—
ODA

Á VÍCTOR HUGO

Why rise in Heaven to set on Earth ?
BYRON.

Ne faites point, de coups d'une bride rebelle,
Cabrer la Liberté qui vous porte avec elle ;
Soyez de votre temps, écoutez ce qu'on dit,
Et tâchez d'être grands, car le peuple grandit.

VICTOR HUGO.

Hijos del Sur de América,
Hidalgos corazones,
De fúnebres crespones
Cubrid la Libertad !
Sus pérfidos apóstoles
No por su culto abogan,
Que en lodo y sangre ahogan
Su excelsa majestad.

Del mejicano piélagos
La ensangrentada ola
Rueda, desquicia, viola
La lei, la Religion.
Contra ese torpe escándalo,
Toda alma noble y libre
Tremendo rayo vibre
De eterna maldicion !

¿ Do están las glorias, Méjico,
De tu brillante liza..... ?
Tus timbres son ceniza,
Humo tu honor triunfal ;
Tus defensores íncritos
De Libertad sagrada,
Al envainar la espada,
Blandieron el puñal.

De la extranjera cuádriga
Al destrozarse el yugo,
El héroe fué el verdugo,
El vincto el vencedor,

Y de la turba estólida
Ante el feroz delirio
Divinizó el martirio
Al regio usurpador.

Teñido en sangre el lábaro,
Marchitas tus coronas;
Si libre hoi te pregonas
Del déspota imperial,
Caerás, oh tierra mísera,
Que el propio ser desgarras,
Entre las corvas garras
Del águila boreal.

De tu infantil República
Al erigirse el templo
Dió á América alto ejemplo
De oprobio y de baldon.
Allí tu honor, tus títulos,
Tu nombre, tu hidalguía,
Manchó la cobardía
Con fúnebre borron.

Ruje, Orizaba ignívomo,
Con iracundo trueno;
La lava de tu seno
Entenebrezca el sol;
El lóbrego patíbulo
En roja luz sepulta!
Allí á la muerte insulta
El bárbaro Ahuitzol (1).

Colima, arde flamíjero,
Tu tromba ígnea levanta,
Miéntras la turba canta
De Habsburgo en el pantcon!
Así elevaba, al tétrico
Fulgor de inmensa pira,
De la pagana lira
Sus cántigas Neron.

Oh Juárez! cuando indómito
Sobre el corcel salvaje

Guiaba tu plumaje
Tu raza á combatir
Y bajo el iris fúlgido
De la inmortal bandera
Tu noble enseña era
Triunfar allí ó morir,

Yo del laurel del Ávila
Guirnaldas te tejía....
¡Ai! á su trono uncia
Tu carro el invasor.
Hoi de desprecio y cólera
Siento inflamarse el alma:....
Quien dió al héroe la palma,
Maldice al matador.

No fué castigo al ívido
Amago de los reyes:
Ultraje fué á las leyes
La torpe iniquidad.
Cuánta leccion de crímenes
Vé el alma sorprendida,
Bajo tu augusta egida,
¡Oh santa Libertad!

Hugo! tu voz altísima,
Tu generoso acento
Se evaporó en el viento,
Perfume era de flor;
Solo á tu noble súplica
Responde el eco « en vano, »
Y cruza el oceano
Vibrando gemidor.

Mas no en las verdes márgenes,
Do el Mar Caribe suena,
Cisne inmortal del Sena,
Tu voz ha de morir;
No, que del Sur de América
La estirpe heroica, enhiesta,
Dará al crimen protesta,
Dará fe al porvenir.

Lleva, sonoro Atlántico,
Mi canto en tus espumas
Á las flotantes brumas
De la opulenta Albion

(1) Jefe mejicano. — En 1486 sacrificó 72 000 prisioneros y no obstante se le considera como el mas liberal de todos. — Sánchez Bustamante, Historia de Méjico, t. II, p. 144.

Y di al Poeta olímpico,
Que esta indomable raza
Los crímenes rechaza,
Si execra la opresión.

INTRODUCCION

DE

UN POEMA Á VENEZUELA⁽¹⁾

CARÁCAS

Venir vedrami al tuo diletto legno,
E coronarmi allor di quelle foglie,
Che la matera e tu mi farai degno.

DANTE, *Paradiso*.

I

Genios de luz de las etéreas salas!
Espíritus de amor y de armonía!
Aves canoras de encendidas galas!
Auras de abril que en la arboleda umbría
Al son del agua adormeceis las alas!
Dad vuestra tierna voz al arpa mía,
Y el nombre tuyo en generoso verso
Irás, ciudad gentil, al Universo.

II

Ciudad del corazón! bajo tu cielo
Vagan aun mis bellas ilusiones,
De tanto amor las lágrimas, el duelo
Y el eco de mis tímidas canciones;
Aquí la voz del paternal anhelo
Me enseñó de virtud altas lecciones
Y aquí tu cuerpo bajo losa fría
Duerme el eterno sueño, madre mía!

III

Brisa fugaz que cuando el alba asoma
Bebes la esencia que en las rosas mana,

(1) Tengo la honra de dedicar esta composición, en muestra de gratitud, al Señor Dr. Martín J. Sanavria.

Azucenas silvestres que en la loma
El rocío aspirais de la mañana,
Henchid mi corazón con el aroma
Que os brinda la floresta americana,
Y dirán mis cantares cómo brillas,
Emperatriz del mar de las Antillas!

IV

Diré cuál bajo sauces y palmares
Que entoldan el azul del firmamento,
Entre huertos de blancos azahares,
Do enamorado serpentea el viento
Y desatan las aves sus cantares,
Sobre florida alfombra alzas tu asiento
Y del Ávila al pie la frente inclinas,
Tegiéndote guirnaldas sus colinas.

V

Diré cuál se desatan bullidores
En trenzas mil por la campestre falda
Tus arroyos en limpios surtidores,
Rodando sobre crechas de esmeralda,
Hasta poblar tus cármenes de flores,
Que el sol matiza de zafiro y gualda,
Adonde ajita entre olorosas brumas
La suelta garza sus nevadas plumas.

VI

Diré cómo en las aguas de esas fuentes
Que bajan de las cumbres susurrando
Con inquieto jirar, en sus corrientes
Vivos iris de luz reverberando
Sus tiernos picos y alas transparentes
Sumerjen las palomas revolando
Y á la onda fian, de rubor ajenas,
Los talles de alabastro tus sirenas.

VII

Venid, las que á los rayos de la luna,
El cabello en flotantes espirales,
Al borde de la fuente ó la laguna
Contemplais vuestra sombra en sus cristales,
Venid en mi redor, que la fortuna
Dió á mi laud los himnos tropicales,

Que mas que el agua en su corriente pura
Cantarán vuestra espléndida hermosura.

VIII

Venid, las que á las danzas y alegrías
Impele el mundo y el deleite llama,
Hermosas que á la luz de las bujías
El seno dando que el placer inflama,
Al son de vaporosas armonías
El eco oís que vuestro amor reclama :
Yo os pintaré en mis cántigas de amores
El áspid escondido entre sus flores.

IX

Venid tambien en torno á mis canciones,
Fecundos bardos del solar nativo,
Los que buscáis indianas tradiciones
En viejos fastos de olvidado archivo :
Yo os contaré las guerras, las pasiones,
La indolencia, el amor, el ceño esquivo
De aquella raza que en la lid deshecha
Quebró en sus arcos la salvaje flecha.

X

Vereis, bajo los índicos cocales
Coronados de flecos cimbradores,
Sus vírgenes, sin tocas ni cendales,
Desnudos los hechizos tentadores,
Que orladas de madejas de corales,
Tendidas en columpios de colores,
Sueñan bajo sus móviles cortinas
Al eco de las gaitas campesinas.

XI

Venid, vereis sus horas cuál corrían
Entre aromas y lánguida pereza,
Las plumas que del cinto se prendían,
Las flores que adornaban su cabeza ;
Las sarras y aderezos que ceñían
Al cuello y brazos de gentil pureza,
Cuando al muelle rumor de sus festines
Danzaban sobre rosas y jazmines.

XII

Venid ! para volar á esas edades,
Fin encontrando á mi ambicioso anhelo,
Sus alas me darán las tempestades
Ó el condor de los trópicos su vuelo ;
Y os diré cuál perdió sus libertades
La extinta prole y defendió su suelo,
Hasta rodar bajo el sangriento dique
De sus tribus el último cacique.

XIII

Cayeron sus penates y sus lares,
Se secaron sus ríos y sus huertos,
Cenizas son sus plácidos hogares,
Sus jardines estériles desiertos ;
Que otra raza, erijiendo otros altares
Sobre los huesos de los vinetos muertos,
Allí grabó de su poder las marcas
Con la « última razon de los monarcas ».

XIV

Sacra ciudad ! escritas en tu escudo
De ambas razas tu guardas las memorias,
Donde se admira cuál la errante pado
De la culta á la par lucir sus glorias ;
Mas si se odiaron con instinto rudo,
Muerte y ruinas sembrando en sus victorias,
Luego en una las dos su sangre unieron
Y heroíca estirpe al Universo dieron.

XV

La Libertad, planeta esplendoroso,
Iluminó tus huertos y arenales
Y de su disco al rayo generoso
Fueron mieses y flores tus eriales ;
La Lei sobre su trono luminoso
Al siervo y al Señor proclama iguales
Y hollando las vetustas tradiciones
Deja en el polvo tímbrs y blasones.

XVI

La Virgen de la paz en tus comarcas
Posó su vuelo y sacudiendo leda

Los gérmenes fecundos de sus arcas,
 Pobló de aves canoras tu arboleda,
 Tus anchos ríos de ligeras barcas
 Y en tus nopales á eclipsar la seda
 De la púrpura asiática teñida
 El fúljido carmin brotó á la vida.

XVII

Entónces, en tus prados florecidos,
 Mas dulce el aura murmuró en las fuentes;
 El cisne y las palomas en sus nidos
 Suspiraron arrullos mas ardientes;
 Perlas dieron tus mares estendidos,
 Corales sus abismos transparentes,
 Tus argentinos ríos un tesoro,
 Tus campos lirios, tus montañas oro.

XVIII

Y alarde haciendo de su encanto bello
 Las ninfas de la estirpe americana,
 Su talle esbelto y el ebúrneo cuello,
 Su nívea faz que matizó la grana,
 Los sueltos rizos del sutil cabello,
 El pié lijero de estatura enana
 Eclipsaron la majía y el aroma
 De las huries que soñó Mahoma.

XIX

Tu sol de fuego iluminó sus ojos
 Con luz estiva ó resplandor sereno,
 Segun suspiran de placer ó enojos;
 Nevó tu escarcha su turgente seno,
 Tu múrice encendió sus labios rojos
 Y el aire blando de perfumes lleno,
 Que en torno vaga á tu arboleda umbría,
 Divinizó su tierna canturía.

XX

El tórrido fulgor de tus llanuras
 Prestó á tus hijos varonil aliento;
 De tus tinieblas trémulas y oscuras
 Se elevaron las artes y el talento;
 Y luz brotando tus doctrinas puras,
 Libre ya como el aire el pensamiento,

Diste al mundo tus ínclitos varones
 Y de ciencia y virtud altas lecciones.

XXI

Tú diste cuna al vencedor atleta,
 Cuyo circo triunfal fué el patrio suelo,
 Férvido númen que en su audacia inquieta
 Hasta el trono del sol llevó su vuelo;
 Y no encontrando á su carrera meta,
 Fué arrebatár el iris hasta el cielo,
 Que en ígneas orlas en su fuerte brazo
 Las cumbres alumbró del Chimborazo.

XXII

Venid á ver el sueño del Gigante,
 Colombia la inmortal! sobre su tumba
 Saldrá á mi voz su sombra palpitante
 Del seno de la abierta catacumba
 Y oiréis los ecos del cañon tonante
 Que en su áurea cuna con fragor retumba,
 Arrullando triunfal la ígnea corona
 Que al Universo su poder pregona.

XXIII

Venid! voi á narrar la excelsa historia
 Del suelo patrio á la futura gente,
 Los hechos dignos de inmortal memoria
 De la remota edad y la presente
 Y arrojando en la trompa de la gloria
 El soplo que me anima, alta la frente,
 Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto
 Rendiré á la verdad austero culto.

XXIV

Venid á oír los himnos que otros dias
 Alzó á la gloria mi laud terreno,
 Que Dios, para cantar las armonías
 Latentes, patria, en tu fecundo seno,
 Me dará sonoras melodías
 Y el ronco estruendo con que ruje el trueno...
 Ya obedezco su voz, pulso la lira,
 Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.

Á LA LIBERTAD

—
ODA

Á MI AMIGO ARÍSTIDES RÓJAS

Aguila de la Gloria !
Mensajera invisible del Destino,
Que al Genio ó la Victoria
Ciñes, por prez, en su triunfal camino,
El áureo manto y el laurel divino !

Tú, que sobre las brumas
De las pasadas eras ya remotas
Agitando tus plumas,
En los pomposos huertos del Eurotas
Diste á Homero y á Píndaro sus notas !

Tú, que del sacro Tibre,
Que al pié truena del regio Capitolio,
Haces que rayos vibre,
Para inmolar al Universo libre,
Cada César que eriges sobre el solio !

De la region del viento,
De donde abarcas con mirar profundo
Tanto anhelar sediento,
Presta á mi númen soberano aliento
Para cantar la Libertad del Mundo !

La Libertad... ! ¿y en dónde,
En dónde están su trono y sus altares ?
Europa no responde...
Asia duerme al arrullo de sus mares
Sueño de esclavitud entre sus Lares.

Las que arjentaba el Nilo
Sacra Memphis y Tebas, la preclara
Tierra del Copto asilo
Calla servil de su abyeccion avara,
Miéntras ruje el Simun sobre Zahara.

Del Destino á la planta
Tiembla Grecia ! la reina del Ejeo
Su sien ya no levanta
Ni á los himnos triunfales de Tirteo,
Ni al épico heroismo de Teseo.

Su egrejo poderío
Barrió el soplo de ardientes tempestades ;
Del Partenon sombrío,
Maravilla inmortal de la edades,
Huyeron las olímpicas deidades.

En vano ofrenda viva
Fué de tu culto el Aventino monte ;
La humanidad esquiva
Esa luz celestial que fugitiva
Ilumina del mundo el horizonte.

Su resplandor la ciega
Y de Manlio inmortal la sangre en vano
El Palatino riega...
La cerviz del Areópago romano
Huella el carro del Júpiter pagano.

Y ese es el vasto imperio
Del Universo,... su señora es Roma,
Leyes da á un Hemisferio
Desde el Tanais hasta do el Ebro asoma,
Del Cáucaso al sepulcro de Mahoma.

Mas ¡ ai ! que en ancha pira
De sus tribunos al clamor infausto
Tanta grandeza espira !
Muere la Libertad ! y el Mundo exhausto
Rinde el cuello al sacrílego holocausto.

Y España enciende hogueras ;
Á Erin devora Albion ; la sangre arropa
Las ítalas praderas ;
Del Huno, el Moro, el Parto las banderas
Enlutecen los campos de la Europa.

El sol del Viejo Mundo
Con fatídico brillo centellea.
Voz de estentor profundo
La tierra abarca y por el mar pasea
Y el espacio circunda, gigantea,

Y en medio al torbellino,
Que el orbe azota con su soplo insano,
Por salvar tu destino,
Oh Libertad ! al porvenir humano,
Muere en la Cruz el Redentor divino.

Sangre del Dios Mesías
Del Golgóta al correr por las pendientes
En las sandalias pías
Ir  de los Apóstoles fervientes
  sembrar por el Mundo tus simientes.

En vano el férreo casco
Del escita corcel la arena inflama
Y el hierro de Damasco
En el torneo el paladín reclama,
Muriendo por su honor y por su dama.

En vano la Edad Media
Abre al *Juicio de Dios* circo impuro
Y el caballero asedia
La beldad y el amor en hierros duros
Bajo el alcázar de arruinados muros.

En vano en el abismo
De diez siglos, romance de la Historia,
Sepulta el feudalismo
Artes y Leyes, ... Religion y Gloria,
Tu excelso culto y tu inmortal memoria.

En vano ! que ya altiva
La clámide triunfal ci nen tus hombros
Y en luz fecundas, viva,
La tierra de los bíblicos asombros,
Y el polvo de los góticos escombros.

Tu vivifica aurora
Las nubes al rasgar del pensamiento
El porvenir colora
Y tus alas inmensas sobre el viento
Amparan la Justicia y el Talento.

Ya al Arte diviniza
El sacro fuego del buril romano...
Y el rayo se esclaviza
Y el genoves, de aliento soberano,
Otro mundo arrebat  al Oceano.

Y el Genio en su arrogancia
Los lindes escalar  vido intenta
Del tiempo y la distancia
Y ufano de su triunfo al orbe ostenta
El Vapor y el Telégrafo y la Imprenta.

En tu sagrado nombre
El Leopardo de Albion firme defiende
Los derechos del hombre
Y bajo espacios que tu luz enciende
El  guila del Norte el vuelo tiende.

Con tu broquel se escudan
La Bélgica jentil, la Holanda austera,
Y libres te saludan
Cabe el Alpe cien pueblos donde impera
El poder de la Helvética bandera.

Mas t , Estambul... ! sultana
Que al brillo de la torva Media Luna
Te prosternas liviana...
Alza, combate, eleva   la fortuna
Tu estirpe sierva y tu manchada cuna !

Y t , la de los Czares
Raza que cubre la servil librea !
Desdeña paz y hogares,
Arroja tu baldon, sucumbe, ...   sea
El Kremlin imperial templo de Astrea !

Polonia ! de la tumba
Torna   la lid y   tus verdugos cava
Sangrienta catacumba !
De Kosciusko y del héroe de Pultava
Las sombras guíen tu robusta clava !

Arrope las Naciones,
Oh sacra Libertad ! tu augusto manto !
Leonidas y Catones
Germinar n bajo tu soplo santo,
De la opresion para terrible espanto.

Contempla all  entre el humo
Cuál Canaris sobre el bajel pelea
Y con arrojo sumo,
Mientras el hierro en su diestra centellea,
En la otra agita vengadora tea !

Mira   Vergniaud sublime
Que ledo, heróico, ... envuelto con tus galas
La guillotina oprime
Y vuela en triunfo   las el reas salas,
De su martirio y su virtud en alas !

Y allá sobre los hielos
De la que besa el mar y el sol colora
Con fulgurantes velos, ...
Entre el incendio de boreal aurora,
Vé de O'Connell la frente triunfadora !

Y mas distante, ... al léjos,
Coronada de palmas y de plumas,
Mira ! entre almos reflejos
La que bañan del Hudson las espumas,
La que corona el Ande con sus brumas !

América... ! que un día
Para cubrir su sien con tus cendales,
En lid de gallardía,
Convirtió sus campiñas en eriales
Y en piélagos de sangre sus raudales.

Allí como alto ejemplo
De los prodigios que en su suelo expandes
Guardan tu augusto Templo
Washington..., el Patriarca de los Grandes,
Y Bolívar..., el Genio de los Andes.

Qué nombres ! qué memorias !
Salva el uno á su Patria y rinde ante ella
La espada de las glorias ;
El otro la Fortuna ata á su huella,
Redime un mundo y sus destinos sella !

Y esos son tus atletas
Que el martirio ó la gloria diviniza !
No los falsos profetas
Que el odio impele ó la ambicion atiza
Sobre campos de fuego y de ceniza.

Tú, Libertad divina !
No eres el huracan que en igneo vuelo
Truena, abate, estermína...
Virtud y Amor amparas con tu velo
Y tu imperio es la luz, Hija del Cielo !

No en cuádriga de llamas,
Ceñida de relámpagos la frente,
Las Naciones inflamas,
En pos dejando, en tu furor demente,
De generosa sangre ancha corriente.

Profetisa celeste,
Tu dominio inmortal es la esperanza,
Y tu gloriosa veste,
Que el iris ciñe de la eterna alianza,
La humanidad á bendecir ya avanza.

En triunfo nunca visto,
Llene tu voz el porvenir profundo !
Cumple la lei del Cristo !
Y el sol de la Verdad, tu sol fecundo
Abrasará los ámbitos del Mundo.

Á FRANCIA

ODA

Qu'importe ? oui, belle France, oui, mon vers prophétique
Te les promet, ces jours qui de ta gloire antique
Surpasseront l'éclat. -- Emules des Romains !
Relevez-vous, Français, les armes dans vos mains !

Toujours le monde verra dans sa marche ascendante
Peindre un Rubens, souffrir un Christ, chanter un Dante,
Sur le champ de victoire un Turenne mourir,
Un grand peuple être libre, — et la terre applaudir.

SEXTIUS MICHEL.

Genio de la Victoria !
Sol inmortal de resplandor fecundo,
Cuya luz es la gloria,
Y á cuyo acento indómito, iracundo,
Trémulo de pavor se postró el mundo !

Vierte en mi fantasía
El ronco estruendo del cañon de Jena
Ó el rayo con que heria
Tu fulmíneo mirar la gala arena,
Cuando erizabas la imperial melena !

Levanta de esa tumba,
Ancho panteon de la grandeza humana
¿No escuchas cuál retumba
Del Rhin y el Alpe á la region hispana
El bárbaro fragor de horrenda diana ?

Arma la hercúlea diestra
De la clava inmortal, ciñe la aureola

Á tu frente siniestra
Y á Francia inunda en la sangrienta ola
Del mar de fuego de Austerlitz y Arcola !

Despierta ! y de tu raza
Al vengar el fatídico anatema
Los cetros despedaza ;
Mas alza con tu espada, en ira extrema,
Del sacro polvo la imperial diadema !

Empuña el sacro acero
Que al mundo hizo temblar, moderna Roma !
Guiará tu arrojo fiero
Esc que sobre el bronce de Vandoma
Los siglos burla y los imperios doma.

Al águila bifronte
Que rayos vibra de su garra roja,
Cernida en tu horizonte,
De su gigante presa audaz despoja,
Hiérela, abate y tras el Rhin la arroja !

Alzad, gloriosos hijos
De Carlo Magno, de Condé y Turena !
Y los aceros fijos
Al brazo hercúleo, en la incendiada almena,
Émulos sed de Hoche y de Masena !

Estirpe de Titanes !
Allí está Mac Mahon que en la árdua liza,
Entre ígneos huracanes,
Carga, vence, destroza, pulveriza,
Ata al triunfo, á la muerte diviniza.

Su sangre en vano tiñe
El belijero casco audaz alienta :
Y nuevo laurel ciñe
Que brilla al sol sobre su faz sangrienta
Al par de la corona de Magenta.

Allí envuelto en la llama
De la suprema lid, ardiendo en ira,
Su sangre Douay derrama
Y en un volcan de luz heróico espira.
¡ Martirio excelso que la patria inspira !

Y allá sobre el baluarte
Que al germano poder pasma de asombros,

Envuelto en su estandarte,
Contempla á Ulrich que en sus robustos hombros
Sostiene de la Alsacia los escombros !

Y un héroe y otro y ciento
Brotó la tierra en ímpetu iracundo,
Y hecatombes sin cuento
Del patrio amor en el altar fecundo
Muestra la lid al sorprendido mundo.

Gloria á tí que á su culto
La sien sublimes, el valor expandes
Y ante el tremendo insulto,
Noble raza de Orleans, raza de grandes !
Tu orgullo inmolas y tu acero blandes !

Á ese inmortal ejemplo,
Vuelas, oh Francia ! en torbellino infando ;
Nunca de Jano el templo
Mas alto estruendo en su ámbito nefando
Escuchó resonar « guerra » clamando.

¿ Qué quiere esa cohorte
De innúmeras falanges que á tu arena
Los déspotas del Norte
Lanzan de ira y de venganza llena,
Desde el Báltico mar al turbio Sena ?

¿ Trae á la sombra inmensa
De las banderas que en tus campos iza,
La Libertad que piensa ?
La Fe que las creencias diviniza ?
La Luz que la razon inmortaliza ?

¿ Bajo su ígneo estandarte
Los derechos del hombre fuerte escuda ?
¿ Rinde homenaje al arte ?
¿ La paz de Europa á su destino anuda
Y el almo sol del porvenir saluda ?

No ! Tus augustos lares
Audaz profana, tus palacios quema,
Derriba tus altares
Y de sus triunfos, cual glorioso emblema,
Dos joyas pide á tu gentil diadema.

En nombre de las leyes
Convoca á contemplar en tus bastiones

À los absortos reyes,
 Cómo al son de sus bárbaros cañones
 Arde la capital de las naciones!

Esterninar intenta
 La heroica estirpe del poder latino,
 Sin que á vengar su afrenta
 El cetro baste que arrancó el destino
 Al héroe de Magenta y Solferino.

Tierra de los prodigios!
 Pasma al Orbe, defiéndete, levanta!
 No dejes ni aun vestigios
 Del invasor sobre tu arena santa,
 Su orgullo postra, su cerviz quebranta!

De tus valientes hijos
 Nutre el seno en tu savia, une sus lazos
 Y haz que, sus ojos fijos
 En tu escudo inmortal, hecho pedazos,
 Lo levanten al Sol todos los brazos.

Si allá Bazaine inertes
 Sus huestes rinde, ultraja su memoria,
 No importa, galos fuertes!
 Cuantos ménos scais.... mayor la gloria,
 Mas gigante será vuestra victoria.

Lidiad! Un eco solo
 Terrible, inmenso los espacios llene
 Del uno al otro polo;
 De las cumbres del Alpe y del Pirene
 Tu himno triunfal el Universo atruene!

ÁNGEL CAIDO

Pasó á mi vista la gentil criatura,
 Cual mariposa espléndida de Abril,
 Cándido el seno, la sonrisa pura,
 Suelta la vaporosa vestidura
 Al céfiro sutil.

Pasó fugaz, cual misteriosa estrella,
 Una vez y otra vez, léjos de mí,...

Y era tan bella, por mi mal, tan bella!
 Que en el delirio de mi amor por ella
 Los brazos le tendí.

Volvió la faz á mi réclamo ardiente,
 Vino hácia mí con tímido rubor;...
 Pura como la luz era su frente,
 La aurëola de un ángel inocente
 Ceñia su candor.

Miré en sus ojos reflejarse el cielo,...
 Leí en su alma.... y me postré ante Dios....
 Y en dulces horas de inmortal desvelo
 Divina llama de celeste anhelo
 Nos abrasó á los dos.

Pasó un instante... y de su amor incierto,
 Para acallar mi vívida inquietud,
 Llamé á su corazón.... ¡estaba muerto!
 Solo vivía entre su polvo yerto
 La negra ingratitud.

GALAS DE IDA

—
 A FÍGARO

Los palcos lúcidos
 Semejan góndolas
 Que seda y púrpura
 Sueltan al mar.

ALBERTO FERSE.

Vertiendo aroma y gasas
 Tu palco miro,
 Góndola que despliega
 Franjas de armiño;
 Y tú á las ondas
 Mostrando vas tus galas
 Sobre su popa.

Ni perlas ni diamantes
 Ciñen tu cuello,
 Esmaltado de nácar
 En los reflejos;
 Que con sus plumas
 Solo se adorna el cisne
 De las lagunas.

De tus flotantes rizos
 Las áureas hebras
 No roban sus perfumes
 Á las esencias :
 Ellos nutridos
 Están en el aroma
 De tus suspiros.

En tu nítida frente
 Flores ni espigas,
 Soltando sus colores,
 Trémulas brillan :
 Luz de ese cielo
 Son de tus ojos garzos
 Los dos luceros.

Suelta como las áuras
 Es tu cintura ;
 Sus mórbidos perfiles
 Redes no anudan :
 Así á la brisa
 Libre ondula en los prados
 La airosa espiga.

En tu seno, cual lago
 Terso y dormido,
 Ramilletes ni plumas
 Llevas prendidos ;
 Mas él refleja
 En sus ondas las flores
 De tu pureza.

Tus transparentes manos
 De puras líneas
 No ostentan aros de oro
 Ni pedrerías ;
 Que entre la yerba
 No esconden su blancura
 Las azucenas.

No ciñes á tus brazos
 De formas leves
 Lazos de ricas joyas
 Ni brazaletes :
 Que luz no piden
 Los pimpollos de nardos
 Á los rubíes.

Las que lucen con perlas
 Ó filigranas,
 De brillantes ceñidas
 Ó de esmeraldas,
 No son estrellas,
 Son meteoros que brillan
 Con luz agena.

Las que su talle oprimen
 Con ceñidores,
 Son mimbres que la yedra
 Cautivos pone ;
 No son las palmas,
 Que esbeltas se columpian
 Sobre las aguas.

Alza, airosa paloma,
 Tu níveo cuello,
 Esmaltado del nácar
 En los reflejos ;
 Tus galas puras
 Bastan á darte el cetro
 De la hermosura.

SOLEDAD

¿ Á qué tan dulces horas
 Traer al corazón, Leonor altiva,
 Si el sol de esas auroras
 Ya pasó como lumbre fugitiva ?
 Callada está la ola
 Del blando río ; el aura no despierta ;
 Y mi alma está sola !
 Y la tuya, Leonor, ... la tuya, muerta !

Mira el bosque, sombrío ;
 Mustio el ciprés ; fatídica la nube ;
 Y tu suspiro, frío !
 Como esa niebla que del lago sube.

De tanto amor, abrigo,
 Allí está ¿ no la ves ? seca la palma
 Que fué mudo testigo
 Del amor de tu alma y de mi alma.

Íris de mil colores,
 Que espléndido brillaste una mañana,
 Te fuiste con sus flores
 Y entre sus orlas de zafiro y grana!
 Todo sobre la ola
 Pasó del tiempo con tu amor y el mío;
 Y mi alma está sola!...
 Y está sin tí mi corazón vacío.

EL NAZARENO

Elí! Elí! Iamna sabacthani.
 El CRISTO.

Mártir sublime! espíritu fecundo!
 Dios y hombre, hombre y Dios! de tu almo aliento
 Que inflama en luz los ámbitos del mundo,
 Fecundiza mi ser; presta á mi acento
 Tu fe suprema, tu dolor profundo,
 Tus suspiros del Gólgota sangriento,
 Cuando al influjo de tu amor divino
 Cumplió la humanidad su alto destino!

Solo á tí acudo; la olvidada líra
 Que ecos profanos levantó sonora,
 El himno hoy alza que tu fe me inspira,
 Y al rayo fugitivo de la aurora,
 Al último fulgor del sol que espira
 Tras las colinas que su disco dora,
 Abjuraré el error, la audacia vana
 De mi pérdida juventud temprana.

Niveas palomas del Jordan undoso!
 Cándidos cisnes de Salem, que un día
 Contemplásteis del drama tenebroso
 El holocausto de la raza impía
 Y visteis en martirio generoso
 Teñir su sangre la aspereza umbría,
 Divinizad mi voz con vuestro arrullo,
 Del arpa sacra al celestial murmullo!

El sol del viejo mundo en Occidente
 Hundió su disco al despuntar tu lumbre;
 Los ídolos paganos de repente
 Cayeron á su propia pesadumbre;

La voz de la Verdad omnipotente
 Llenó la tierra desde el alta cumbre,
 Cambiando por la nueva teogonía
 Los cultos de la antigua idolatría.

En las aras de Vénus Citeréa,
 De Minerva, de Júpiter y Apolo
 Se alza la cruz que estiende gigantea
 Sus anchos brazos desde polo á polo;
 Su inmensa sombra sobre el jaspe orca
 La sangre del altar derruido y solo
 Y los rayos de luz al mundo lanza
 De la Fe, del Amor y la Esperanza.

Enmudece la voz de las sibilas
 Y callan los oráculos fatales;
 Del templo so las bóvedas tranquilas
 No mienten los conjuros infernales;
 Ni al númen osan las confusas filas
 De arúspices, augures y vestales
 Y ruedan hasta el polvo dogmas, leyes
 Y misterios y símbolos y reyes.

De la inmensa catástrofe las ruinas
 Se hundieron en las sombras del ocaso,
 No del hierro al furor, sí á las divinas
 Gotas que encierra del amor el vaso.
 Del Gólgota inmortal por las colinas
 Al Cristo ved, que con doliente paso
 Trepa al suplicio, su sepulcro cava,
 Por redimir la humanidad esclava!

Vedle cruzar la dolorosa vía,
 Doblada al peso de la cruz la frente
 Que guirnalda de espinas le ceñía;
 Y en cambio de la clámide esplendente
 Y la sandalia de oro y pedrería,
 Insignias del poder omnipotente,
 Manto de grana por baldon le insulta,
 Descalzo el pié sobre la roca inculta.

Veinte siglos repiten los acentos
 Que en el monte fatal su voz murmura;
 Víctima del oprobio y los tormentos,
 Perdon reclama por la raza impura;
 Las cítaras divinas por los vientos
 Llevan al cielo su ideal ternura

Que luego en luz y en esperanza y calma
Trocó la estéril soledad del alma.

La bíblica epopeya en su armonía
Trazó el horror del misterioso drama;
Espíritu de Dios, verdad sombría
De inmensa luz sus páginas inflama;
La musa de la Tierra no podría
Docta pintar sin su celeste llama
Ni la impiedad de la nación deicida,
Ni al inmortal sobre la Cruz sin vida.

Proscritos del Eden! caed de hinojos
Ante el leño del Gólgota sangriento!
Hacia el Inri fatal tornad los ojos,
Va á consumarse el sacrificio cruento;
Depon, Salem nefanda, tus enojos:
Dios va á exhalar su postrimer aliento,
Respondiendo á tu encono furibundo
Con el perdon del redimido mundo.

Virgenes de Sion! casta María!
Del célico pensil nivea azucena!
Contempla allí la trémula agonía

Del que los mundos en su curso enfrena;
Ora al pié de la Cruz, derrama pía
Tu llanto y tus suspiros, Magdalena!
Tú, Apóstol del dolor, con voz que asombre
Pinta á los siglos la maldad del hombre!

Dios espiró! Sus inmortales brazos
Para estrechar la humanidad estiendo;
El velo del altar hecho pedazos
De las judáicas aras se desprende
Y el rayo vibra en deslumbrantes trazos
Y voz de trueno los espacios hiende
Y el sol vela su lumbré gigantea
Y el Universo entero bambolea.

Muje el mar, brama el viento, abate el ala
De oro y azul el serafín del cielo,
El huerto pierde su aromosa gala,
Suspende el ave entorpecida el vuelo,
Voz de dolor naturaleza exhala,
Toda la creacion gime de duelo
Y en inmortal prodigio nunca visto
Salva la humanidad muriendo el Cristo.

HERÁCLIO M. DE LA GUARDIA

Heráclio Martín de la Guardia nació en la antigua provincia de Carácas, por los años de 1829, y recibió en los mejores institutos de enseñanza una excelente educación literaria y filosófica. Ha desempeñado varios empleos, algunos de importancia, en la República, pero su vocación lo aleja del campo de la política y lo lleva, como por la mano, al de las letras, que cultiva con pasión.

Guardia es no solo poeta lírico, sino también dramático y de sus trabajos en este género podemos decir que han tenido el mejor éxito su drama *COSME II DE MÉDICIS* y su comedia *FABRICAR SOBRE ARENA*.

En 1870 se publicó en París la colección de sus poesías. De ella y de los últimos diarios de Carácas tomamos las que tenemos el placer de insertar en seguida.

MEMORIAS

¿Por qué no me amas ahora
Como un día?.....

¿Por qué huyes de mí, traidora,
Cuando el corazón te adora
Todavía?.....

Recuerda aquellos instantes,
Tan felices!

En que tus ojos brillantes
Amor juraban, amantes,
Que hoy desdices,

Amor de dos almas puras,
Como el cielo,
Y que, al prometer venturas,
La voz de las amarguras
Hundió en duelo!

Recuerda que tú decías,
Sonriendo,
Que nunca me olvidarias
Y que mi nombre dirías
Aun muriendo!

Recuerda que tú me amabas
Con locura
Y que tú amor me jurabas
Y que á mi voz delirabas
De ventura!

Mas ¿á qué traer aquí
Tus falsías,
Si no puedo hallar en tí
Aquel loco frenesí
De otros días?.....

De humo sombra pasajera;
 Nubecilla
 Que cruza la azul esfera;
 Luz que, mentida quimera,
 Muere ó brilla:

Eso en tí, fueron, tirana,
 Tus amores.
 Mas ¿á quién mi queja vana,
 Si adornos de la mañana
 Son las flores?.....

LÁGRIMAS

Mon cœur est plein, je veux pleurer.
 LAMARTINE.

Nuestro amor ha recibido el bautismo
 de nuestras lágrimas.

M. M.

Tú, á quien de mis afectos dí la palma,
 Todo era tuyo cuanto en mí vivia:
 Ni dicha, ni dolor, angustia ó calma
 Sin tí, mi ángel querido, comprendia.
 Eras mi amor, mi corazón, mi alma;
 Eras mi pensamiento y mi alegría,
 Y rendido á tus plantas, mis cadenas
 Fueron de rosas solo y de azucenas.

Mi lira ahogó sus cantos á tu acento,
 Y la luz de la gloria por tus ojos
 Mi corazón trocó sin sentimiento,
 Y fueron tus enojos mis enojos
 Y fueron tus contentos mi contento,
 Y leyes de mi vida tus antojos;
 Eras mi cielo azul, mi sol, mi aurora;
 Yo, un esclavo feliz; tú, mi señora.

Por tí del ciego mundo la mentira,
 Esos deleites bellos y livianos
 Que el alma no, la vanidad inspira,
 Desdeñé con placer y entre tus manos
 Dejé en ofrenda mi amorosa lira,
 Despreciando por tí goces mundanos,
 Y solo á veces, al mirar tu llanto,
 Para llorar contigo, alcé mi canto.

Quisiste leer mi pensamiento mismo,
 Mis desgracias saber, mis ilusiones:
 Y canté y mi negro escepticismo
 Derramé por tu amor en mis canciones;
 Que en tus propias desdichas el abismo
 Aprendí á conocer de las pasiones
 Y solo en tu mirada, en tí, María,
 En tu inocente corazón creía.

Y en tí debí creer. Tras el ensueño
 De un anhelo ideal fuiste al acaso
 Y dormida á su pérfido beleño
 No viste incáuta el escondido lazo;
 En vez de rosas que anheló tu empeño
 Hallaste solo espinas á tu paso,
 Mas para mí guardaste todo, entero,
 Santificado ya, tu amor primero.

Y por eso te amaba con delirio;
 Y por eso, aun perdida te adoro,
 Y el que borda tu losa, blanco lirio,
 Al fuego se marchita de mi lloro.
 Tornó á darte tus alas el martirio,
 Ángel hermoso de mis sueños de oro,
 Y acaso, ... por la suerte combatida,
 Rendiste en aras de mi amor la vida.

Acaso fué el pesar, fué la tristeza
 Lo que minó tu juventud gallarda;
 Porque de ocultos sufrimientos presa,
 Con marcha lenta, silenciosa y tarda,
 Sufrió tu corazón, y la terneza,
 Que en ella misma sus pesares guarda,
 Me lo ocultaba á mí, ¡cuando sabía
 Que amor es Dios, mi amor idolatría!!!

Lucero encantador de la mañana;
 Flor que ama el sol, que le aja y descolora;
 Ave infeliz de otra región lejana
 Que en tristes cantos sus desdichas llora;
 Brisa de aromas que pasó liviana:
 Ese fué tu vivir, luz de una aurora,
 Porque al palpar el triste desencanto
 El corazón ahogaste con tu llanto.

¡Cuántos recuerdos ¡ay! de cada instante
 De esos tan crueles y tan dulces días

Se agrupan á mi pecho agonizante,
Memorias de tristezas y alegrías!
¡ Cuánta bella ilusion, sueño brillante!
¿ Dónde están ¡ ay! las esperanzas mías?
Bajó á su ocaso de mi amor la estrella:
Luto solo y dolor quedó tras ella.

En estas mismas páginas dolientes
Ella escribió con mano cariñosa,
Y con sus ojos lánguidos, ardientes
Ayer no mas las contempló gozosa;
Que por ella y para ella solamente
Dejé correr la inspiracion fogosa,
¡ Ay! sin pensar que su postrero canto
Escrito fuera con mi amargo llanto.

¡ Oh ceguedad de un alma enloquecida!
¡ Oh vanidad, orgullo y desatino!
Nuestra pasion en lágrimas nacida
Con lágrimas creció. ¿ Qué otro destino,
Que el de dolores que nubló su vida,
Pudiera hallar al fin de su camino?...
Solo una tumba..., un porvenir aciago,
De tanto sacrificio, ay Dios! en pago!...

Cuando grabé tu nombre en la primera
Página de este libro, ¿ quién pensaba
Que el epitafio de tu losa fuera
Lo que mi mano con placer trazaba?
Yo, al contrario, tu dicha venidera
Cantar entusiasmado me ideaba;
Mas ah! nunca pensé lo sellaría
Con tu nombre entre lágrimas, María.

María!... hoy mi seno se estremece
Á cada letra de ese nombre santo,
Y el mundo entero á mi ilusion parece
Que acompaña tambien mi crudo llanto,
Que el arroyo y el lirio que florece,
Y la brisa y el ave alzan un canto,
En tierno son de duelo y amargura,
Llorando con mi llanto tu hermosura.

Mas, delirio!... delirio!... Indiferente
El cielo de mi pena no se cuida,
Y á la cruel sociedad, torpe, inclemente,
¿ Qué le importa una víctima?... suicida,

En sus hijos se inmola ciegamente
Y es el verdugo de su propia vida.
Mas guarda, sociedad, tu orgullo necio:
Yo tu crimen maldigo y te desprecio!

Bástanme las dulcísimas memorias
De esos instantes en que mi alma vive,
Sin buscar vanidades irrisorias
Que un noble corazon nunca concibe.
Yo recordando mis pasadas glorias
Para tí he de vivir, hasta que arribe
La negra vela de ese mar incierto
Que nos promete sosegado puerto.

Recordaré llorando aquellos días
En que alumbró la inspiracion tu frente
Y en dulce trova ó suaves armonías,
Con no aprendida ciencia, fácilmente
Tus secretos pesares traducias,
Ó en que, con voz brillante y tiernamente,
Cantabas la desdicha, á mi deseo,
De Eloisa, de Julia y de Romeo.

Recuerdo ya tu espiritual sonrisa,
De mis tiernos cuidados recompensa;
Tu mirada de ardiente poetisa,
Lánguida y llena de ternura inmensa;
Y á la voz y al perfume de la brisa
Sobre campos de rosas mi alma piensa
Tus acentos oír conmovedores,
Vaso cargado de olorosas flores.

Recuerdo... mas, ¡ ay! no. El fácil vuelo
Tened, visiones de la pena mia,
Y esas horas de luto, horror y duelo
Eterna sombra las sepulte impía!
Noche de desventura en que ví el cielo
Sordo al dolor que el alma me partía,
En que ví huir su espíritu divino,
Apartad, apartad!... os abomino.

Yo no quiero creer, ... aun no lo creo,
Ó si es para mi mal verdad su ausencia,
¿ Cómo su imagen donde quiera veo?
¿ Cómo su amor aun llena mi existencia?
Y si es vision de mi inmortal deseo
Y sueño halagador de mi demencia,

Cercad, delirios, en redor mi frente :
Yo quiero delirar eternamente.

Á LA ACTRIZ

DOÑA VENTURA MUR

Decirte que eres hermosa,
Que tienes gracia y talento,
Es decir muy poca cosa,
Es no decir lo que siento;

Pues pobre es á tí la palma
De amor ó de admiracion ;
Que artista robas el alma,
Y mujer el corazon.

Por eso cuando te miro
Sobre la escena, Ventura,
No sé si tu genio admiro
Ó si adoro tu hermosura ;

Que el arte en tí y la mujer
Se disputan la victoria,
Y nunca es dado escoger
Entre el amor ó la gloria.

Si de la pasion coloras
Los mil cambiantes matices,
Adoro cuanto tú adoras,
Maldigo lo que maldices.

Por tí el arte no es ficcion,
Si verdad que palpo y siento,
Desborde del corazon,
Perfume del sentimiento.

Si cantas, tu alma le ofrece
Su dulce expresion al canto,
Y cada nota parece
Que es una gota de llanto.

Si sonries, enajenas,
Y refresca tu sonrisa
Cual de un campo de azucenas
Leve y perfumada brisa.

En fin, todo en tí, Ventura,
Milagro es, magia, portento,
Un prodigio tu hermosura
Y un prodigio tu talento.

¿Quién habrá, pues, que resista
Á tu invencible poder,
Si admirando como artista
Seduces como mujer?.....

Cuando aplaudo, por mi parte
Lo confieso y no lo oculto,
Nunca sé si aplaudo el arte
Ó rindo á tu beldad culto.

Porque el alma seducida
Bajo ese doble esplendor
Permanece dividida
Entre admiracion y amor.

¿Te amo ó te admiro? Lo ignoro
Y ademas saber no intento
Si es que á la mujer adoro
Ó me entusiasma el talento;

Pues dudando entre recelos,
No habrá temor que mi ofrenda
Ni cause á la artista celos,
Ni que la mujer se ofenda.

ODA

Á LA

LIBERTAD DEL VIEJO MUNDO⁽¹⁾

Poder de tempestad, brillo de soles,
Velocidad de luz, fuerza de idea
Preste á mi voz el númen,
Para que digna del objeto sea!
Y con las raudas alas del arcángel
Pueda mi pensamiento,

(1) Laureada en el certamen, el 28 de Octubre de 1869, por la sociedad de *Ciencias sociales y Bellas Letras* de Carácas, con motivo del aniversario natalicio del *Libertador*.

Dominando los mundos,
Atrevido, veloz, desde la altura,
Penetrar los destinos
Que en sus senos profundos
Guarda á la libertad la edad futura.

Quiero salvar los tiempos y mis ojos
Fijar audaz, con entusiasmo ardiente,
De tanta vanidad en los despojos,
De tantas esperanzas en la fuente.
Quiero del mundo antiguo á las naciones,
Que perdieron en Dios toda confianza,
Juguetes de bastardas ambiciones,
Hablarles de consuelo y de esperanza,
De esa tierra á los pueblos prometida,
En que Dios y su hechura
Celebrarán de nuevo estrecha alianza,
La redencion del Cristo ya cumplida.

Oh ¡quién feliz pudiera
Ápresurar la aurora de ese día!
Y acortar á los pueblos fatigados
La dolorosa vía!.....
Tú, América feliz, á quien Dios quiso
Regalar con los dones mas preciados
De su alta providencia;
Pues eres de la tierra paraiso
Y tienes por herencia
De la alma Libertad el don fecundo
Para ofrecerte como ejemplo al mundo;
No des paz al destino:
La humanidad aguarda;
Y estrella precursora,
Bañada en luz, señálale el camino
Que conduce á las tierras de la aurora!

Se acerca ya el instante! ¡Ved qué aciagos
Los tiempos son á Césares y reyes
Y cómo en su pavor corona y cetro
Ocultan á la sombra de las leyes!
¡Ved á los pueblos, cómo atento oído
Prestan ansiosos al rumor lejano
Y cómo el mundo entero estremecido
Anuncia ya que el día
Del sol de la verdad está cercano!!

¡Mirais cuál de Bizancio,
La ciudad sin fortuna
Que hicieron inmortal dos Constantinos,
La salvaje, sangrienta media-luna
De cien pueblos dirige los destinos?....
¡Cuál de la muelle y tenebrosa estancia,
Do entre deleites el tirano vive,
El caprichoso fallo, á la ignorancia,
Con sangre de sus súbditos se escribe?....
Débil, caduco imperio, lo mantiene,
El interes de Europa en su agonía,
Aunque vergüenza de este siglo sea
Que el brillo de las corvas cimitarras
Así se oponga al brillo de la idea!

¡Veis á la Grecia que Santuario un tiempo,
Del arte y de la ciencia,
Ruinas hoy, el destino
La obliga á mendigar en su indigencia
Bajo el cañon triunfal de Navarino?.....
Pues bajo sus cadenas
Recuerdan su grandeza y sus laureles
La egregia Esparta y la graciosa Aténas.
De su postrera, gigantesca lucha
El ruido todavía,
Eco robusto de su antigua historia,
Resonando se escucha.....!!
Aun se vé á Canarias, sombra de gloria,
Despreciando el furor del mar Egeo,
Al rayo de su ardiente patriotismo,
Lanzar en el abismo
Despedazadas, rotas
Las prepotentes otomanas flotas!
Y allá sobre el Pireo
Aun se destaca la sublime sombra
Del generoso Byron, que llevado
De su inmortal deseo,
Á esa tierra querida
Prestó su gloria y le ofreció la vida!

El águila de Rusia en el delirio
De su audacia opresora,
De Pólonia infeliz con el martirio
Inútilmente encadenar desea
La Libertad augusta;

Pues esta, vencedora
 Del ultraje y la muerte,
 El bárbaro suplicio
 La hace mas bella y varonil y fuerte.....
 ¡¡ Y el volcan está allí!!.... ¡Pueblo guerrero
 Que, vencido una vez y cien, renace
 Bajo el sangriento yugo,
 Siempre de pié, la mano en el acero!
 Siempre espanto y terror de su verdugo!!
 ¡ Y el volcan está allí!..... bajo las ruinas
 De la Polonia esclava,
 Y al hacer explosion, Czares y trono
 Hundidos quedarán bajo su lava!

¡ Y tú, patria del arte, Italia, anhelo
 De todo noble corazon que sueña
 Para la tierra el cielo!
 La homérica grandeza de tu historia
 Aun mas tu esfuerzo empeña,
 Aun mas te obliga á conservar tu gloria.
 Y nada has olvidado : tú recuerdas
 Á Bruto y Colatino,
 Alba de Libertad que al mundo asoma,
 El trono derribando de Tarquino,
 Y recuerdas que Roma
 Del derecho fué cuna
 Y que allí vió la Libertad un dia
 Templos y sacerdotes y santuario,
 Brillando con los Gracos su tribuna,
 Su pueblo y sus ejércitos con Mario!...
 Escucha á tus apóstoles; no dejes
 Que se agoste la mies sin dar el fruto;
 No desmayes, no cejes;
 Que al águila caudal, que rauda el vuelo
 Arrancó del Piamonte,
 Para escalar tu cielo,
 Le falta luz y espacio y horizonte!!

Y tú, Francia, que llenas
 El mundo con el ruido de tu fama,
 Babilonia moderna, nueva Aténas,
 Que has derramado á mares
 De amor de Libertad la ardiente llama!
 Qué te importa el Imperio
 Que á tu pesar alzarón

La astucia y la traicion y la mentira,
 Si al término feliz del cautiverio
 El cesarismo espira?
 ¿Qué importa que el patíbulo de Orsini
 Arroje sombras hoy sobre tu frente,
 Si al riego de su sangre
 De Garibaldi el alma y de Mazzini
 Bajo ese trono palpitar se siente?
 ¿Qué si de Guernesey, con luz de rayos
 Que el universo bendiciendo alcanza,
 Tu fe calor recibe
 Y en Hugo que es la voz de tu esperanza,
 La República vive?
 ¿Si al brillo de la hoguera
 Que de ese imperio el funeral alumbre,
 Los ídolos cayendo de la cumbre,
 En luz se inundará la tierra entera?

Pero ¿ qué claridad los denegridos
 Horizontes de Europa así ilumina
 Y deslumbra mis ojos?.... ¡ Inglaterra,
 Amparo de proscritos y oprimidos,
 Hogar abierto á todos en la tierra!!!
 El labio te bendice, si te nombra,
 Señora de los mares!
 Pues bajo de tu egida
 Á toda causa justa diste sombra
 Y halló el derecho y la justicia altares!
 La ley en tí es poder, la opinion guia,
 Santuario son tus lares,
 Tiene cetro el deber, la verdad galas,
 La palabra tribuna, el genio aliento,
 Y de la imprenta en las robustas alas
 Vuela feliz y libre
 Á regiones sin fin el pensamiento.

Oís?... De un polo al otro
 Viento de tempestad rugiendo pasa!
 Y el fuego fecundante
 Que llena el universo,
 De los reyes y déspotas abraza
 Ya el trono vacilante!.....
 Oís?..... Oís? Ya siento
 Que recorre el espacio sordo ruido,
 Se estremece la tierra

Y, poblado de sombras, muge el viento!
 Mas no tembleis :.... de guerra
 No es el eco temido,
 No es del cañon el destructor acento
 El que conmueve al mundo ;...
 Es el vapor!..... es el poder fecundo
 Del progreso inmortal que, devorando
 Las tierras y los mares
 Con sus alas de fuego prepotentes,
 Da movimiento y vida,
 Acerca pueblos, une continentes
 Y, ayudando al destino,
 Cual nueva providencia,
 Sembrando va doquiera en su camino
 Los tesoros del arte y de la ciencia.

¿ Veis esa red inmensa
 Que envuelve entre sus brazos
 Desiertos y ciudades, llano y cumbre
 Y que, sus varios, caprichosos lazos
 Extendiendo en confusa muchedumbre,
 Cruza el seno del mar, y en un momento
 Á los dos hemisferios comunica
 El fecundo calor del pensamiento?.....
 Pues es la red que teje
 La Industria al porvenir, red protectora
 Que no estrecha ni oprime,
 En que viaja la luz, viaja la idea
 Y con poder sublime
 De distintas naciones una crea.

Vastísimo horizonte
 Se ofrece ya al espíritu atrevido!
 Ni rápido torrente,
 Ni yermo, prado ó monte
 Contrastan del progreso la corriente.
 Á la voz de la Industria milagrosa
 Los istmos se dividen
 Y doblegan las cumbres mas altivas
 La frente majestuosa ;
 Los pueblos mas distantes se entrelazan ;
 Las fronteras se alejan.....
 Y los mares se abrazan!!

Ya la heredad de Dios propicia espera
 La sagrada simiente.....

Va á terminar la noche y, mensajera
 De la aurora naciente,
 La América se avanza,
 Ceñida con la luz de la esperanza.
 Ella dice á los pueblos abatidos
 Del viejo continente
 Que se acerca el instante suspirado
 En que virtud, justicia, amor, concordia
 Dominarán la tierra
 Y, roto ya y deshecho
 El espantoso carro de la guerra,
 La verdad ilumine
 Y toda fuerza, esclava del derecho,
 Al dulce imperio de su ley incline.....

Y no será ilusion..... Será cumplido
 El vaticinio que mi voz pronuncia ;
 Que ya el árbol del bien ha florecido
 Y el reino de los pueblos ya se anuncia!
 Y todo va á ese fin : industrias, artes,
 Milagros de la ciencia y del talento ;
 ¡¡ La imprenta su luz lleva á todas partes!
 ¡ Todo es vida y calor y movimiento !!

Y pasarán los tiempos y triunfante
 Dominará la Libertad un día ;
 Que en vano sobre ella,
 Con negra alevosía,
 Pusieron los tiranos
 Tintas en sangre las cobardes manos!
 ¡ En vano de su culto
 Escarnio y befa hicieron
 Y á la impiedad del popular insulto
 Con sacrilegio horrible la expusieron!
 ¡ En vano la adornaron impiamente
 De harapos de irrision y con espinas
 Coronaron su frente!
 En vano, en fin, por afearla, el vicio
 Le dieron por hermano
 En el horrendo, innoble sacrificio ;
 Pues, símbolo inmortal y soberano
 Del Cristo, resucita
 Mas bella y joven luego,
 Por el bautismo del dolor bendita,
 Purificada del martirio al fuego !!!



CIENCIA Y POESÍA

Á ARÍSTIDES RÓJAS

Harto tiempo dudó la musa mía
Si en el recinto de la adusta ciencia
Pudiera hallar calor la fantasía
Y auras propicias su fugaz esencia.
Si aquella es la razón, yo me decía,
Y esta sueño no mas, vana demencia,
¿Cómo osará llegar mi pobre lira
Á la seria verdad con su mentira?.....

Eco de la ilusión, fugaz destello
De ese invisible mundo de la idea;
Armoniosa palabra de lo bello
Que canta un Dios que su entusiasmo crea;
Luz que en sí se refleja y goza en ello;
Prisma de cuanto el corazón desea,
Es garza nada mas, flor de la espuma,
Que alegre mueve la nevada pluma.

¿Cómo pensar pudiera dulce abrigo
Hallar donde á su gusto es todo extraño,
Y acaso fuera con dolor testigo,
Del desden de la ciencia por su engaño?.....
Así mis versos son gaje al amigo,
Y temor no ha de haber de injuria ó daño;
Que él une al pensamiento de su frente
Alma que sueña y corazón que siente.

Si él sabe que ese Sol rayos creadores
Á fecundar la tierra nos envía,
No desdeña la gracia y los colores
Con que en vestir sus obras se extasia;
No olvida por el fruto de las flores
La gaya pompa y fresca lozanía;
Ni por seguir del Sol el regio paso
Crepúsculos del alba ó del ocaso.

Si sabe que ese azul del firmamento
Es solo una ilusión de los sentidos,
Y juegos de la luz, nubes y vientos
Esos mantos purpúreos desceñidos,

Lo infinito al buscar su pensamiento
Detiene allí sus pasos decididos,
Y en medio á ese fantástico palacio
Bendice el lujo y gala del espacio.

Si en ese polvo de oro en que esmaltado
Muestra la noche el nebuloso velo,
Otros mundos su espíritu elevado
Descubre y cuenta al contemplar el cielo;
Si del cometa el viaje dilatado
Recorre audaz con incansable anhelo,
De Vénus á la luz diáfana y pura
Se embriaga en el amor de la hermosura.

De Diana no tan solo en la luz mira
Reflejo de otro foco desprendido,
Ni el raudal escape en que la tierra gira
Lleva no mas su espíritu atrevido;
Inquiere, busca, mas buscando admira.
Y ante el concierto universal movido,
De fe sagrada ardiendo en ígnea llama
Espera, siente, cree, suspira y ama!

Cuando al soplo de Dios, de entre el vacío
Brotó la luz y derramóse ardiente,
Galano con su virgen atavío
El mundo se ostentó, de floreciente
Pompa adornado; y la mar y el río,
El viento genitor y blando ambiente
Y todo en él mostraba el alto sello
Que encubre lo fecundo con lo bello.

El insecto que va de rosa en rosa,
Como en juego infantil, fugaz propaga
La simiente impalpable y vaporosa
Al propio tiempo que la vista halagá.
No es lujo nada mas la mariposa,
Ni el ave solo por deleite vaga;
Y hasta el perfume de la flor mas leve
Hacia un objeto real el aura mueve.

Cuando rasga la nube el pardo velo
Y el rayo parte en cólera sublime,
Brillará luego mas sereno el cielo,
Libre la esfera al yugo que la oprime;
Y al benéfico influjo el mismo suelo,
Abriendo el seno á nueva vida, exime

Al labrador de inútiles fatigas
Brindando á manos llenas las espigas.

Quando visita el sol el polo helado
Que su fecunda luz ansioso espía,
Es que lleva un consuelo al desterrado
De las tierras de Dios del mediodía;
Y, cuando de allí torna fatigado,
Á los vientos del norte les confía
Que con rápidas brisas, fresco ambiente,
El ardor calmen de su fuego ardiente.

El igneo foco que bullendo mora,
Corazon de la tierra palpitante,
No solo con su llama creadora
Hace habitable el mundo y fecundante;
Él funde la esmeralda y la colora,
Presta sus vivos rayos al diamante
Y en caprichosos, pródigos randaes,
Abrillanta y da al hombre los metales.

Y por mirar los bienes que derrama,
Quebrantando la cárcel que lo encierra,
Corona en luz de abrasadora llama
Las altas cumbres de la madre tierra.
Aliento de gigante, que se inflama
É inquieto lucha en sempiterna guerra,
Y que al romper así sus duros lazos
No hace al mundo en su cólera pedazos.

Y todo tiende á un fin; lo bello y bueno
Dios lo sembró con tan profusa mano,
Que es bálsamo benéfico el veneno,
Necesario á la vida el vil gusano.
¿Cómo juzgar de tal virtud ajeno
Solo al hirviente núnmen soberano,
Porque en cantar lo bello se recrea,
Hijo del sueño, esclavo de la idea?.....

Á tí la ciencia no robó egoísta
De tempranos abriles la fe pura,
Y las leyes del mundo no á tu vista
Fueron en vez de sol tiniebla oscura;
Ni ciega tu razon, materialista,
Negó su propio ser en su locura;
Para tí tiene aun la verdad galas,
El alma voz y el sentimiento alas!

Gozas por eso tú si reverbera
La luz del sol en trémulo rocío;
Y es fiesta al corazon la primavera,
Dulce tristeza el caloroso estío;
Y te place soñar en la pradera,
So fresca sombra, en hondo desvarío,
Volar dejando el alma á las regiones
Do se inundan en luz los corazones!

« Que nada va mas léjos ni es mas bello
Que lo que el alma en su delirio sueña. »
Cuanto hay grande y sublime, es un destello
De lo que entónces su vision enseña.
Rompiendo audaz el misterioso sello
De la materia frágil, la desdeña
Y, suelta al fin de odiosas ataduras,
Reina feliz se ostenta en las alturas!

¿ Qué del orgullo estúpido, arrogante
Importa así de su desden el hielo
Al que sintiendo aliento de gigante
Puede en sus sueños visitar el cielo?
¿ Á aquel que el mundo todo, nuevo Atlante,
Cargar intenta en su insaciable anhelo
Y, todo alma y corazon ardiente,
Un nuevo sol divisa en el Oriente?.....

No importa, no, su falsa indiferencia,
Que al prestar Dios á cuanto existe aliento,
Lo dió á la fe, brindólo á la creencia,
Al alma, al corazon, al pensamiento.
Si creó misterios; fué para la ciencia;
Dió lágrimas y amor al sentimiento,
Y á la eterna beldad y su armonía
La voz de lo ideal, la poesía.

Á LA SEÑORA

ISABEL PLAZA DE PACHANO

Quando el alma es mariposa
De la vida en la mañana
Y libre vuela y ufana
Por cielos color de rosa;

Cuando vaga caprichosa
Y al soñar la fantasía
Juzga eterna la alegría,
Pasajero el hado adverso,
Toda palabra es un verso,
Todo verso es poesía.

Mas cuando ya del destino
Las espinas sintió el alma
Y va buscando sin calma
Lo que dejó en el camino;
Cuando ya el calor divino
Perdió que la sostenía,
Al ver que se acaba el día,
Que se enluta el universo,
Ninguna palabra es verso,
Ningun verso es poesía.

Por eso me falta aliento
Y tiembla el pecho cobarde;
Que las sombras de la tarde
Paso á paso venir siento;
Y quisiera que el acento
De la discorde arpa mía
Fuese aroma y armonía
Como conviene á la aurora,
Pues cual ella eres, señora,
Toda verso y poesía.

Ojalá que yo pudiera,
Digno de este libro bello,
Volver á hallar un destello
De mi dulce primavera;
Que entónces dado me fuera,
Con inocente osadía,
Querer dar luces al día
Y flores á la hermosura,
Cuando igualar es locura
El verso á la poesía.

Entónces á tu alba frente,
Ceñida ya de azahares,
Tejeria con mis cantares
Otra corona esplendente,
Do la violeta inocente,
La rosa de Alejandría,
En simpática armonía

Digan bien cuál la pureza
Se enlaza con la belleza
En natural poesía.

Mas ya que á cumplir mi anhelo
Me faltan flores y galas
Y son débiles mis alas
Para llegar hasta el cielo,
Permite que en su desvelo
La tímida musa mía
Rinda humilde en su osadía
Presentes de mi amistad
En versos, que tu bondad
Hará quizás poesía.

LA RECLUTA

Bella, graciosa, plácida, riente,
Oculta á medias por el bosque umbrío,
De la cuesta del prado en la pendiente,
Oyendo el dulce murmurar del río,

Una casita blanca ví á la aurora,
Cual paloma en las hojas guarecida;
Y allí la dicha sorprendí á esa hora
De injénua y pura sencillez vestida.

Sobre el césped un niño jugueteaba
La vida á mares aspirando ansioso;
Su madre sonreida le miraba,...
Miéntras volviendo el rostro iba el esposo.

Luces, aromas, flores
Y verdura en redor y paz y calma:
Blando nido de amores
En que se ensancha y se refresca el alma.

El sol llama á la noche, que en ocaso
Su negra cabellera tiende al viento,
Y de los astros al rielar escaso
Llenar alto rumor el aire siento;

Y al despuntar alegre el nuevo día
Tornó los ojos hácia el verde prado:

Al soplo de la guerra, desolado
Aquel gracioso Eden ya no existía!...

Estrépito guerrero resonaba
En el modesto hogar ; entre sus brazos
La madre al hijo trémulo llevaba,
El corazon amante hecho pedazos ;

Y el esposo infeliz, mudo, sombrío,
La miraba alejarse!... Un clarín suena!...
En orfandad el niño tendrá frío!
Viuda la madre morirá de pena!!

MI OFRENDA ⁽¹⁾

Á LA ILUSTRE UNIVERSIDAD DE CARÁCAS

No el donaire gentil y muelle halago
De tierna trova que el amor sublima ;
No palabra ideal, sonido vago
Que el brillo solo estima ;
No el estruendo y fragor y crudo estrago
Del fiero Marte en impetuosa rima
Pide á mi voz la magestad augusta
Del recinto, el concurso y noble objeto
Que el ánimo suspende :
Mi corazon enciende
Mas generosa llama
Y el sacro fuego de la mente inflama !

Como brotó en el cáos,
Negro abismo de hondísima tiniebla,
Á torrentes la luz y en un momento
La tierra, el mar y los espacios puebla
Y da fuerza, esplendor y movimiento,
Así, cuando en la noche
De inculto pensamiento,
La espiritual esencia
De su fecundo rayo
Lanza el sol luminoso de la ciencia,
Mas anchos y estendidos horizontés,

(1) Esta oda fué premiada por la Universidad de Carácas con una medalla de honor.

Otro mundo, otro cielo
De mas etéreas y sublimes galas
Descubre el alma en su ambicioso anhelo
Y allí se enseñoorea
Y, entre mares de luz, tiende las alas
Por los hermosos campos de la idea!!
Ser que á los otros seres
En natural cadena se eslabona
Es el hombre no mas cuando la ciencia
Le ha negado sus dones,
Rei á quien falta el cetro y la corona,
Eslavo de sus míseras pasiones!

Teme, por eso, el númen,
Á mas ligero acorde y tono vario
Acostumbrado solo,
Llegar á ese santuario
Y, sin que irrogue mi delirio insulto,
Ofrecer á las ciencias digno culto ;
Mas á mi pecho alienta
De una justa emocion el santo fuego ;
Y aun deslumbrado, ciego,
En medio tan intensas claridades,
Á preludiar un canto
Noble deber me obliga,
Que desahogando el alma
La gratitud que la conmueve diga!
Mi voz, así, levanto,
Si pobre de saber, prenda tan solo
De que rinde sus lauros
Ante las ciencias el divino Apolo.

Fuente inmortal de generosas ondas,
Cuya fácil corriente la sed calma
De ese afán infinito
Que, siguiendo la luz, fatiga el alma,
Quisiera yo cruzar los mil senderos
En que la mies de la verdad fecundas,
Y llevar á los tiempos venideros
De este siglo, que inundas
De tanta maravilla y tanta gloria,
La deslumbrante, fabulosa historia!
Quisiera yo seguirte en mi ardimiento
Por los valles profundos
En pos de aquel divino pensamiento

Que preside los mundos !
 Mas... jactancioso anhelo !
 Inútil el esfuerzo, que es en vano
 De la ciencia del cielo
 Decir la excelstitud acento humano !
 Corazon en que vela
 El ángel bienhechor de la conciencia,
 Fe que no duda y que la gracia inspira,
 Amor del bien que purifica el alma
 Y baña en amplia luz la inteligencia
 Pueden con mano pura
 Descorrer esos velos
 En que de Dios la magestad fulgura !
 Pueden oír sin susto
 Esa lengua de llamas
 Con que el sumo hacedor habla á su hechura
 De los misterios de su ser augusto !
 Yo, así, pobre mortal, que me deslumbro
 Al resplandor divino,
 No á tanto alarde mi altivez encumbro
 Y ante él mi frente con respeto inclino !

Quisiera contemplarla
 Cuando va diligente
 Sobre risueños prados
 Y cada planta ó flor da á su corriente
 Colores ó perfumes
 De los vulgares ocios ignorados !
 Cuando discurre luego
 Por los ocultos senos de la tierra
 Y al milagroso riego
 Hasta el átomo leve,
 Que en la profunda oscuridad se encierra,
 Gloria á ostentarse de su Dios se atreve !

Oh, ciencia! ¿quién osara,
 Nuevo, robusto Atlante,
 Con atrevida idea,
 Cargar sobre sus hombros
 Ese mundo gigante
 Que á tu poder la inteligencia crea?
 ¿Quién al amor de la verdad movido
 Pudiera, sin tu apoyo soberano,
 Llegar al escondido
 Foco de luz, que concentrado ardiente,

Cuanto hai en tí de grande y sobrehumano,
 Con la aureola de Dios ciñe la frente?...

Alma predestinada que adivina
 Allá en la oscuridad un mundo extraño,
 Aristóteles fué la luz divina
 Que te mostró á lo léjos
 De una gloria mas alta los reflejos !
 Y Sócrates, Platon desde esa cumbre,
 Colosos del espíritu y la fama,
 Los astros son á cuya clara lumbre
 El imperio del alma se proclama !
 Pues solo Grecia pudo,
 Con prodigioso aliento,
 Brindar al hombre ese invencible escudo
 Forjado por el Dios del pensamiento !...
 Pero el sol se ocultó, volvió la sombra
 Y el presente inmortal quedó olvidado,
 Hasta que al fin á la verdad se ofrece,
 Por los rayos del genio coronado,
 El inmortal Bacon y palidece
 Á su vista el error y roto el velo
 Conquista el alma su perdido cielo !
 Con serena conciencia
 Sobre el abismo del pasado inclina
 De tan profunda ciencia
 La antorcha peregrina
 Y á sus claros fulgores
 Los siglos van pasando á su presencia
 Ornados de cipreses ó de flores ;
 La verdad, ya con el cetro de cautiva
 Torna á reinar de la razon señora,
 Y su luz penetrando en todas partes
 Despierta nueva, mas fecunda aurora
 En la historia, en las ciencias y en las artes !
 ¿Quién pudiera tu vuelo
 Seguir, celeste númen, cuando ardiente,
 Con cálculos profundos,
 El alma va desde la tierra al cielo
 Y reina al fin con tu poder se siente,
 Y, escala de Jacob, pero de soles
 De verdad y de ciencia,
 Á incógnitas regiones
 Elevas tras de tí la inteligencia?

Faro de eterna llama, que fulgura
 Sobre el mar del pasado,
 Euclides fué el primero
 Que se lanzó á la altura
 Tras ese cielo al porvenir guardado!
 Y á la verdad con la verdad siguiendo,
 Nueva senda te ofrece
 Que en progresion de luz se va estendiendo!
 Descártés de lo abstracto á lo palpable
 Te conduce feliz y luego Newton
 Se ciñe la diadema
 Y toma por palacio
 La bóveda infinita del espacio!
 Interroga á los orbes; los cometas
 Siguen ante su voz un rumbo cierto
 Y estrellas, mundos, soles y planetas
 Se enlazan en espléndido concierto!

Mas no solo al espíritu le ofrece
 Sombra y calor tu triunfadora palma;
 Que, inagotable manantial de vida,
 Tambien cubre tu ejida
 La estrecha cárcel que aprisiona el alma;
 Y en esa tu mision santa y sublime
 La púrpura depone tu desvelo
 Y ante el dolor que á la materia oprime
 Eres ángel de amor y de consuelo!
 ¿Á quién dado le fuera
 Decir con dulce voz, frases sencillas
 De tí, virtud primera,
 Divina caridad, las maravillas?
 ¿Quién pintar osaria,
 Si á la crédula fe de un tierno afecto
 Alivio celestial, justa esperanza,
 Ansiosa intentas detener un dia
 Que hácia las sombras del ocaso avanza?
 La lágrima feliz que bienhechora
 Detienes sobre el párpado oprimido;
 La voz de un niño que ora,
 Con alma conmovida,
 En los débiles brazos de su madre
 Á quien distes, oh ciencia, nueva vida,
 Solo decir pudieran lo que el labio
 No se atreve á intentar sin darte agravio!

Tú tambien, del trabajo noble amiga,
 Guardas el digno premio que la tierra
 Ofrece á su fatiga;
 Y como igual balanza
 Sostienes en tu mano justa y fuerte,
 La industria en tí descansa
 Confiando en tu poder mas que en la suerte!
 Tú velas fiel sobre el hogar sereno
 Que honrado afan no niega;
 Y la heredad tranquila, al prado ameno,
 La mies que el sudor riega,
 Brindan al labrador sus ricos dones
 Sin temor al veneno
 Que da la envidia y vierten las pasiones.
 Mas eso no te basta y tu mirada
 Del pasado interroga á las edades,
 Buscando de la vida á la jornada
 Puerto feliz tras largas tempestades!
 Teniendo tú por pedestal los hechos
 Á descifrar oráculos te lanzas
 Y siembras á tu paso los derechos,
 Renacen á tu voz las esperanzas!
 Ya proclamó tu acento
 Sin temer de la fuerza abrumadora
 El impetu violento:
 Deber y no condena;
 Justa igualdad y no nivel que humilla;
 Redencion por el llanto como pena;
 Anatema al error como cuchilla;
 Y aire y luz y campo á todo pecho
 Que busca el bien de la comun morada,
 Teniendo todos á vivir derecho!
 Teniendo todos al festin entrada!

Pero ¿qué quiere ¡oh, ciencia! mi deseo
 Que lo infinito en reducir se empeña?
 Límite alguno á tu poder no veo:
 Vas mas allá de lo que el alma sueña.
 Prodigios de la luz y de las sombras!
 Eléctrico poder...! rayo cautivo!
 Incansable motor que al mundo asombras!
 Magnéticos influjos que si palpo,
 Ni alcanzo ni concibo!
 Conquistas del derecho!
 Verdades nunca oidas!

Fuerza de la razon que impone al hecho !
Y tú, campo infinito
De estrellas rutilantes, en que el hombre
De esa alta ciencia universal escrito,
En océanos de luz, descifra el nombre !
Vosotros sois las pruebas celestiales
De que es divino sol la inteligencia !
Vosotros sois las lenguas inmortales
Que proclaman las glorias de la ciencia !...
Hablad así á los pueblos
Y alzad en alto el luminoso faro
Y la humana miseria otros destinos

Habrá de conquistar bajo su amparo !

Mirad ! desde este templo,
Donde el estudio sin descanso vela,
Cuál se estiende y propaga el noble ejemplo
Y gloria sin mancilla
Corona á la naciente Venezuela !
Proseguid, es tributo
Al nacional amor, nobles afanes ;
El árbol dará al fin copioso fruto
Y á la rica cosecha
La amplitud de la patria será estrecha !

JACINTO GUTIÉRREZ COLL

Vió Jacinto Gutiérrez Coll la primera luz en Cumaná, ciudad oriental de Venezuela, á fines de 1836. Sus padres, el Sr. Jacinto Gutiérrez y la Señora Ines Coll, se trasladaron poco despues á Carácas con el fin de atender á la educacion del jóven Gutiérrez, el cual hizo sus estudios en la capital de la República, hasta concluir los de filosofía y humanidades.

Los acontecimientos políticos ocurridos en el nefasto año de 1858 obligaron á los dos Gutiérrez á ausentarse de la patria. Cinco años duró esta ausencia y en 1863, al regresar al pais, Gutiérrez Coll fué llamado á servirlo en diversas secretarías de Estado.

En 1865 fué nombrado Secretario de la Legacion de Venezuela en Roma y en Paris, donde tuvo tambien el carácter de Encargado de negocios *ad interim* por ausencia del propietario, que lo era entónces el ilustre General Guzman Blanco, hoy Presidente de Venezuela. Fué nombrado en 1870 Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y en la actualidad es Director de Instruccion secundaria en el Ministerio de Fomento.

Gutiérrez Coll es miembro de la Sociedad de Geografía de Paris y corresponsal de la de Amigos del pais de Puerto Rico. Como poeta, puede decirse que brilla por la elevacion de sus ideas y por el buen gusto con que sabe expresarlas, tanto en el género clásico, como en el romántico, y como escritor político creemos que sus talentos y honradas convicciones le llevarán un dia á servir grandemente á su patria.

SUEÑO DE AMOR

En sus ojos brillaba como estrella
La llama oculta que en su seno ardía ;
Pasó ante mí la angelical doncella
Y, cual si viera á la esperanza mia,
Seguí sus pasos y besé su huella.
 Infinita ternura
 Reflejó su mirada ;
La virgen ví, de mi pasion soñada ;

Y en mi pecho lució serena y pura
De casto amor la trémula alborada.

 ¿ Te acuerdas, niña hermosa ?
El sol su rostro en occidente hundia
Tras la sutil cortina de oro y rosa
Que el aire azul espléndido vestia.
 Apacible rüido

Voló medroso á acariciar tu oído,
Ténue como la brisa en la arboleda,
Arrullador como cántiga leda
De enamorada tórtola en su nido.

¿Te acuerdas de la dulce melodía?
No fué la voz del viento,
Que se llegaba á tí con sus rumores,
Ni el armonioso acento

Del ave que cantando se adormía :
Era mi corazón con sus amores,
Era ¿lo has olvidado? la voz mía.

El aura descojia mansamente
Las ondas de tu rubia cabellera,
Y tu nevada frente
Turbarse ví con la pasión primera
Y ví la rosa del pudor lijera
Nacer en tus mejillas, como aurora
Que el horizonte del abril colora,
Y cual despierta al día
En gozo universal naturaleza,
Así en mi corazón alma alegría
Derramaba la luz de tu pureza.

¿Te acuerdas? — Yo te amo —
Me dijiste muy quedo ; — y el aroma
De tu aliento, bien mío, me embriagaba ;
Y el son de tu reclamo
En lo profundo de mi ser sonaba,
Como el eco de cándida paloma
Que el ansia tierna de su amor cantaba.

Clavé en los tuyos mis amantes ojos ;
Y, como en cáliz de inmortal dulzura,
Posé mis labios en tus labios rojos.
Tendió la noche su flotante sombra,
Noche que aun mi corazón figura,
Si en sus delirios de fugaz ventura
Mi solitario corazón te nombra....

Así una voz se oía,
Que con blanda querella suspiraba ;
Y era la enamorada canturía
La ilusión de una ardiente fantasía,
El himno de un poeta que soñaba.

Celebra tu visión ; canta, oh poeta !
De Dios bendito eres ;
Pues con el alma á la ilusión sujeta,
Finjiendo glorias en tu mente inquieta,
Soñando vives y soñando mueres !

Á MI ÁNGEL GUARDIAN

Déjame que junto á tí
Repose el ánima enferma,
Que por un momento aduerma
Este afán que siento en mí !

Del bullicio mundanal
La agitación incesante
Hasta mí llegó, vibrante,
Como un cántico triunfal ;

Y mi espíritu, errabundo,
Blasfemó de la tranquila
Inocencia, y la pupila
Ávida clavé en el mundo ;

Y ví un cerco que brillaba
Vívido, deslumbrador,
Cuyo mágico esplendor
Cuanto en él entró, doraba.

Ángel mío, los reflejos
De aquella luz me ofuscaron ;
Mis plegarias te olvidaron
Y me fuí.... léjos. . mui léjos...

Tú no sabes, ángel mío,
Cuánta punzadora espina
Destroza el pié que camina
La senda del extravío.

No sabes cómo provoca,
Al juvenil corazón,
La encantadora ficción,
Que Amor con sus alas toca.

La voz del amante ruego
Primero es blando rocío ;

Despues tormentoso rio...
Pero con ondas de fuego.

Yo aquella voz escuché;
Luego... me arrastró el torrente;
Y en una playa inclemente
Desvanecido toqué.

Dolor horrible aprendí!
Trocada en ceniza impura
La cándida vestidura
!Ai! de mi inocencia vi.

Tornóse la mente fria;
Me hallé lacerado el seno;
Y sentí como un veneno
Que sobre él lento caia.

Agudo, crüel tormento
Me partia el corazon;
Y escuché el lúgubre son
De un desgarrador lamento.

¿Fué alguna queja perdida,
Juguete del aire vano?
Llevé á mi pecho la mano
Y la retiré aterida.

Aquel suspiro profundo,
Aquella voz plañidera
Fué la nota postrimera
De un corazon moribundo.

Loco amor! á mi ardimiento
¿Qué le dió tu poderío?
En vez de blando rocío,
Llanto de remordimiento;

Tras la instantánea ilusion
Un desierto en vez de gloria;
Y esta dolorosa historia
Que traigo en el corazon.

¡Oh, ángel mio! bien caro
Pagué el juvenil ardor :
Contra tamaño dolor
Vengo á ti, buscando amparo ;

Que cuando, mustias las galas
De la vida, el cuerpo muera,

Tú mi espíritu á otra esfera
Llevarás sobre tus alas.

REMEMBER

Duerme del sol la lumbre en occidente
Para volver á relucir mas pura :
Así despierta la memoria, ardiente,
Tras noche funeral de honda amargura.

¡ Oh soledad piadosa ! en tu retiro
Un dulce nombre el corazon profiere,
Exhalado en el aura del suspiro
Con que alienta el amor que nunca muere.

Laura ¿ qué fué de tí ? páfido sino
De tus promesas arrancó las flores,
Y al rigor del contrario torbellino
Desparecer te vi con mis amores,

Y el adios que tu labio repetia,
En el sollozo lúgubre del duelo,
Sobre mi amante corazon caia
Como aterido témpano de hielo.

Hora léjos de tí, finje el deseo
Goce profundo de infinita calma ;
Porque, soñando con tu imájen, creo
Que está tambien tu espíritu en mi alma.

En ella, como en puro santuario,
Tu cándida vision perenne mora ;
Y allí vive mi culto, solitario,
En la queja escondida que te llora.

Donde quiera te miro : en el distante
Espacio de la bóveda sombría ;
De la estrella en el trémulo diamante ;
En el alba fugaz que anuncia el dia.....

En la callada noche, adormecido,
Oigo gemir en la arboleda el viento,
Y llegan sus rumores á mi oido
Con las flébiles notas de tu acento ;

Y sueño que la muerte, blanda amiga,
De mi existencia al desatar los lazos,

Me lleva al son de celestial cantiga
Triunfante á renacer entre tus brazos.....

Sueños... delirios, Laura : en breve instante
Pasó el amor, de nuestras almas gloria ;
Y en sus despojos, como fuego errante,
Solo vaga la luz de la memoria.

LA TUMBA Y LA ROSA

DE VÍCTOR HUGO

Á la Rosa galana
Dijo la Tumba un día :
— ¿Qué haces tú con las lágrimas que cria
En tu seno de vírgen la mañana?
Con voz que era una cántiga armoniosa,
Y agitando su pétalo entreabierto,
Le replicó la Rosa :
— ¿Do va el despojo yerto
Que en tu abismo recibes siempre abierto?
— Oye, oh Tumba, — yo hago
De este fresco rocío
Miel y perfumes en el seno mio,
Con que á las auras sus caricias pago.
Y la Tumba exclamó : — Flor generosa,
Yo soi almo consuelo ;
Yo hago del cuerpo que cayó en la fosa
El ángel puro, habitador del cielo.

NADA, NADA

¡ Oh ! cuánta frente bella
He visto relucir cual blanca estrella ;
Cuánto limpio esplendor que fué falsía ;
Cuánto engañoso día ;
Y cuántos, en el mundo,
Soles radiantes sin calor fecundo !

Al amor de la luz de tu hermosura
Entré en tu corazon con la mirada
Y hallé la soledad... létrica, oscura :
Ni una flor, ni un suspiro ; nada, nada !

DIOS SEA CONTIGO!

DEL ALEMAN

Dios sea contigo ! — ninguna compite
Con esta sencilla palabra de amor :
Dios sea contigo ! — mi voz la repite
Mil veces al día, con tierno fervor.

Dios sea contigo ! — palabra divina
Si brota del fondo de fiel corazon ;
Saludo que un ángel al cielo encamina,
Y allí Dios la escucha como una oracion.

SUSPIRO

La miras ? Esta gota de rocío
Á una flor la robé para mis ojos :
De loco desvarío
Dirás que son antojos.
¿ Sabes lo que responde el duelo mio ?
Que ya no tienen lágrimas mis ojos,
Y una lágrima es gota de rocío.

ARMONÍA

Brillan tus ojos, cual la lumbre pura
Del astro de la luz :
En los míos está la noche oscura
De lúgubre inquietud.
Es tu frente que ciñen crenchas blondas,
Tersa como cristal :

En la mia grabó sus huellas hondas
Incógnito pesar.

Cual pétalos de rosa, tus mejillas
Ostentan su color :

Las mias son las hojas amarillas
Que la tarde secó.

Blanda palpitation esa que mueve
Tu seno de jazmin :
El mio apenas á respirar se atreve,
Por miedo de gemir.

Tiene tu voz la dulce melodía
De un canto celestial :
Yo no sé quién me dijo que la mia
Parece sollozar.

Del amor embriagada con la esencia,
Te miro sonreir ;
Y bendigo tu cándida inocencia
Y lloro y no por mí.

Irresistible imperio me conduce
Á tu lado, en mi afan :
Junto al rayo benéfico que luce,
La sombra siempre va !

SOMBRAS

Gloria, ambicion, amores,
Yo en el altar de la esperanza mia
Culto de adoracion fiel os rendia ;
Allí regó mi juventud sus flores,
Allí mi corazon, mi fantasía
Soñaron con un mundo de esplendores.

Huyeron, ¡ay! huyeron ;
Y quedó mi horizonte solitario.....
¿Quién volverá la lumbre á los que ardieron,
Como soles, de mi alma en el santuario?
Mis cándidas y dulces ilusiones
Murieron, cual los sonos
Del cisne amante que cantando espira ;
Como muere la efímera hermosura
De la flor en la cálida llanura,

Bajo el ala del viento que suspira.
Y hora ¿quién se levanta en el oscuro
Reposo del pasado desvario?
Como al poder de lúgubre conjuro
Sombras siento vagar en torno mio.....
Y ni un rayo de luz para mis ojos!
Ni un poco de calor para mi alma !
¿Qué son estos despojos,
Que así me cercan con siniestra calma ?
Bien os conozco ya : sois las memorias
De cuanto amó mi corazon ardiente ;
Sois las mentidas glorias
Que fatigaron mi abrasada mente ;
Sois las reliquias yertas
De todas las venturas que en un dia
Vió la esperanza mia
En el erial del desengaño muertas !
Espectros del pasado,
¿Qué me quereis ? Recuerdos punzadores,
En vano en mi redor se alza enlutado
Ese tropel de sombras con que el hado
Acrece, aumenta, exalta sus rigores.
Como el bajel perdido
En los revueltos mares,
Así se hundió en la tumba del olvido
La historia fúncral de mis pesares.
Recuerdos, apartad ! Quiero la via,
Donde la planta nuevo,
Solitaria, vacía.....
Como la noche que en el alma llevo !

LAS PALOMAS

DE T. GAUTIER

Donde se miran cruces y tumbas,
Allá á lo lejos, allá en la cuesta,
Como un penacho de plumas verdes
Mueve la copa gentil palmera :
Cuando la noche tiende sus sombras,
Sobre las ramas vienen lijeras
Blancas palomas, buscando abrigo
Contra los vientos y las tinieblas.

Mas cuando el alba vierte su rayo,
Dejan el nido, rápidas vuelan,
Poblando el aire, que raudas cortan,
Como una sarra de blancas perlas,
Cuando de pronto, despedazado,
El hilo salta que las sujeta.
Luego en los techos altos se posan,
Sobre las torres y las veletas.

Mi alma es el árbol á do en las noches,
Cuando reposo con mis tristezas,
Vienen calladas, en blando giro,
Mil celestiales visiones bellas.
Pero la aurora brilla, y fugaces,
Cual las palomas que al aire vuelan,
Esas visiones que me adormian,
Huyen del alma — solo me dejan!

CONSOLACION

Orillas de una fuente,
Un triste peregrino contemplaba
La trémula corriente,
Que la verde campiña fecundaba ;

Y una lágrima ardiente,
De sus ojos caída,
Muda señal de su infortunio grave,
Corrió luego en las ondas confundida ;
Y él murmuró : Quién sabe
Si esta fuente sin nombre
Que da savia á la flor y vida al ave,
Es hija de las lágrimas del hombre !
Yo lo escuché ; y mi alma
Volví gozosa á quien los orbes rije,
Y, poseido de inefable calma,
El raudal de mis lágrimas bendije.

CREPÚSCULO

Débiles rayos, ténues resplandores
Doran del monte la elevada cima ;
Y envuelta entre los pliegues de la niebla
Reposa la campiña.

— Hora fugaz ! un rayo de tu lumbre
Á mi abatido corazon envía :
Tal vez á su calor nazca en el alma
Un recuerdo de dicha. —

Tú llevas en tu rápida carrera
La luz con la tiniebla confundida ;
Imágen de la duda y la esperanza
En que el vivir oscila. —

Despues de ardiente, pasajero instante,
Yo ví morir el sol de mi alegría ;
Y desde entónces, si la sombra veo,
El ánima suspira.

Cuán hermosa es la luz ! cual áureo manto
Verla caer sobre la cumbre altiva !.....
Y cuán triste mirar al léjos, negra,
La llanura tendida !

Así infeliz, en el dolor viviendo,
Mi mente por instantes se ilumina ;
Mas, lo profundo de mi ser, el alma
Permanece sombría.

LA GUERRA CIVIL

SONETO

Á la lid, á la lid ! El ronco grito
De uno en otro confin ardiente suena ;
Y se alza luego en la ominosa arena
Del fratricida el lábaro maldito.

El combate cesó ; del bando invito
La voz altiva como el rayo truena :

¿Triunfó por fin la libertad serena?
¿Triunfó el derecho y su sagrado rito?

¡Que viva el vencedor! ¡Gloria al que manda!
Y con esta cancion en retornelo
Vive y medra la chusma aduladora.

Y prosigue la ubérrima parranda,...
Mientras la patria, en silencioso duelo,
Sobre el cadáver de sus hijos llora.

VIVA EL PUEBLO SOBERANO!

SONETO

Que vayan noramala los que claman
Derechos, libertad : los oiga el diablo !
Yo digo : Viva el general Juan Pablo !
Vivan los guapos que el poder reclaman !

Yo detesto esos entes que se inflaman,
Mentecatos, en nombre de un vocablo
Y que luego no tienen ni un venablo
Para adornar la diosa que proclaman.

Derechos !... libertad !... á mi me peta
El voto universal del pretoriano
Y como persuasion la bayoneta.

Marchemos, pues, al porvenir galano
Y, al compas de un tambor, una trompeta,
Gritemos : ¡ Viva el pueblo soberano !

ORILLAS DEL JORDAN

DE BYRON

¿Qué nube en la llanura se levanta
De polvo espeso que oscurece el día?
Es la legion del Árabe bravía,
Que rauda viene y su victoria canta.
Ya su estandarte ondea
En las orillas del sagrado rio ;

Ya en la tierra bendita de Judea
La mirada recrea
Su triunfo el fuerte celebrando impío.
La loca muchedumbre,
Del sacerdote de Baal maldito
La huella sigue á la desierta cumbre ;
Sobre Sion levanta sus altares ;
Y allí del falso Dios el torpe rito
Perfumes tiene, ofrendas y cantares,
Allí donde lució la ejecutoria
Del libro de la ley, en medio al trueno,
Do apareció Jehovah, de lumbre lleno,
Envuelto en el ropaje de su gloria !
Allí, en la roca ardiente
Del Sinaí, la turba se arrodilla
Y, ante el ídolo vil, rinde y humilla
La envilecida frente...
Tú lo miras, oh Dios omnipotente,
Y el rayo de tu cólera no brilla !...

Jehovah, Jehovah! que un rayo, descendido
De tu potente mano,
Arranque de la diestra del tirano
El acero en la sangre enrojecido !
Hunde en el polvo su soberbia frente ;
Apaga de sus labios el insulto :
Y volverá, mas pura y mas ferviente,
La oracion del creyente
Á elevarse en el ara de tu culto !...

TINIEBLA

— ¿Á dónde me conduces? — Ven conmigo !
— ¿Qué sombra es esa que nubló tu frente? —
Cállate, por piedad, que el son doliente
Oigo de un funeral si estoy contigo :
Loca ilusion ! creí que te salvaba...
— No : soy yo quien te arrastro en mi carrera.
— Haz de mi ser lo que tu antojo quiera ;
No te basta mi amor : seré tu esclava.
La tempestad de tu dolor extraño
Callará junto á mi : ¿ no estás contento?

— Mas horrible que nunca es mi tormento.
— Dime quién eres, pues! — El Desengaño.

VIDA Y MUERTE

Beati qui moriuntur.....

Allí estaba el cadáver ; mudo y frio
Yo contemplé los pálidos despojos ;
Mas oí sollozar en torno mio
Y el llanto acerbo se asomó á mis ojos.

Si vivir es llorar, si solo alienta
El dolor en las auras de la vida,
¿ Á quién el lauro triunfador presenta
La suerte en la suprema despedida?

Ley es morir y el lúgubre misterio
Del medroso mortal el alma oprime.
¿ Á quién mas triste apareció su imperio?
¿ Al que duerme en la tumba ó al que gime?

Si morir es volar á la alta esfera
De eterna paz y eternos resplandores,
Ante la tumba en que la calma impera,
Son blasfemia precita esos dolores ;

Y si la muerte es sueño y polvo y nada
Y reposo y quietud y eterno olvido,
Dulce será salir de la velada
Y para siempre descansar dormido.

De falso triunfo aurígera corona
Alcanza el hombre y ostentosa palma ;
Y cuando el mundo su grandeza abona,
¿ Quién supo los anhelos de su alma?

¡ Ay del delcete y cándido alborozo!
¡ Ay del amor y el vano devaneo!
Ó la ilusion de suspirado gozo,
Ó tedio torpe ó ánsia del deseo.

Del perpétuo dolor la móvil rueda
En el mundo infeliz gira incesante :
¡ Quién sabe si el clamor del que se queda
Es del que muere el cántico triunfante!

Egoísta mortal, tu loco anhelo
Va siempre tras ficcion engañadora :
¿ Es por la muerte el llanto de tu duelo
Ó en tu propio dolor tu queja llora?

Feliz aquel si descendió á la huesa
Al nacer á la luz cual puro lirio :
Trémula flor que la esperanza besa ;
Ser que la tumba arrebató al martirio.

Nacer, morir... aurora fugitiva
Y en pos la noche del mañana oscura.
¿ Dó está la patria de la lumbre viva?
¿ En dónde el sol de la inmortal ventura?

Ley es morir ; la criatura inerte
Se hunde en el polvo y la verdad alcanza.
Si es reposar morir, dulce es la muerte ;
Si hay mas allá, la muerte es la esperanza.

MADRIGAL

Ayer sin una nube estaba el monte ;
Y, de apacible calma mensajeros,
Brillaban los luceros,
De albo color vistiendo el horizonte.
¡ Cuán hermosa la noche y cuán serena!
Como tu frente pura, Laura mia!
¿ Te acuerdas de la cándida azucena
Que en el jardín el céfiro mecia?
En su cáliz lucia,
Con süaves destellos,
Trémula gota de fragancias llena
Y al ver en tus cabellos,
Aromada en el hálito del aura,
Otra perla de fúlgido rocío,
Te dijo suspirando el labio mio :
Tú tambien eres flor, mi dulce Laura!

ODA

Á LA

GLORIA DEL LIBERTADOR ⁽¹⁾

No, Musa amiga, al armonioso acorde
 Vengas de blanda lira,
 Ni con la flauta pastoril que al borde
 De la onda clara trémula suspira.
 Desciñe los adornos delicados,
 El rico arreo majestuoso ajusta,
 En noble ardor tu corazón inflama
 Y con divinos tonos inspirados
 Llega sin miedo á la gallarda justa!
 Arrebata á la Fama
 La trompa de los himnos inmortales,
 Sigue en tu arranque su atrevido ejemplo
 Y, con robusta voz, férvida llama
 Allí donde entre auroras celestiales
 La Gloria sienta su grandioso templo!

Sobre la enhiesta cumbre
 Del Ávila gentil, con viva lumbre,
 Desparce el sol su rayo generoso
 Y á la ciudad del valle deleitoso,
 Do Flora amable sus guirnaldas teje,
 Hoi mas que nunca, en grata dulcedumbre,
 Con resplandor suavísimo protege,
 Y se escucha en el aire estremecido,
 Del eco por las alas, errabundo,
 Como un vago sonido
 De aplauso universal y amor profundo.

Pompa festiva, estrépitos marciales,
 Entusiasmo sin fin le den do quiera:
 La Patria á sus anales
 Llega con noble magestad severa,
 Y una página abriendo brilladora,
 De heroísmo sin par vívida gala,
 Al mundo la señala,
 Pronuncia un nombre y con amor lo adora.

(1) Escrita para el concurso literario del 23 de octubre de 1872.

¡Oh musa! Acude y, en delirio santo,
 Luego desata el victorioso canto!

¡Él es! Él es! el pabellon vistoso
 De gualda y rojo y de cerúlea tinta,
 Cual los que el frís en las nieblas pinta,
 Su brazo vigoroso
 Ufano al viento ondea;
 Con adiestrada mano
 Rige el corcel, en ademan galano,
 Y cual condor altivo
 La audaz mirada en derredor pasea.
 ¿Será el fuerte adalid trasunto vivo
 De Marte airado de feral memoria?
 No! que en sus ojos, con fulgor de gloria,
 Brilla el rayo divino de la idea!
 De sus bravos guerreros
 El ceño heróico alborozado mira
 Y en el tropel de fúlgidos aceros
 Como el viento fugaz rápido gira.
 ¿Quién su rauda carrera
 Detiene un punto y su palabra inspira?
 ¿Quién de su corazón el culto inflama?
 ¿Cuál es el nùmen que en su pecho impera?
 Oid! — ya se derrama,
 Como rauda torrente,
 La onda veloz de su elocuencia ardiente;
 Lo escucha un pueblo y con ardor lo aclama
 Y le nombra y le admira extraña gente.
 Ora su voz terrífica resuena
 Cual presagio seguro de castigo
 Al bárbaro enemigo;
 Ó arrobadora los espacios llena,
 Como despues del huracan serena,
 Purísima bonanza;
 Y discurre cual mágica armonía
 El himno encantador de un nuevo día
 De redención, de paz y de esperanza.

¡Oh! no es la voz del vencedor en Munda,
 Que honor y patria á la ambición inmola;
 La voz tampoco que vibró iracunda
 En el empuje bélico de Arcola:
 ¡Es la voz de Bolívar! — su alma acento
 Del Orinoco al Potosí se eleva,

Entra al palacio y suena en la cabaña ;
 Sonorosa la mar sus ecos lleva
 Y en su carrera la murmura el viento,
 Y el trueno la repite en la montaña.

 Á la nota divina
 Del Hosanna inmortal, despierta un mundo ;
 Ya en el ciclo de América profundo
 Pasó la noche y despuntó la aurora ;
 Y el que doliente inclina
 La frente esclava y su infortunio llora,
 Con viva luz su espíritu ilumina,
 Yergue la faz y la justicia adora.

Libertad inmortal, genio bendito,
 De la virtud y el pensamiento hermano,
 Al soplo de tu aliento soberano
 Se derrumbó el alcázar del delito
 Y en sus despojos sepultó al tirano !

Término tuvo la sangrienta hazaña :
 El ibero leon lanzó un rujido,
 Hondo clamor de funeral despecho,
 Y ya sin brío la vencida España,
 Con el pendon en trizas, abatido,
 Rota la espada y el broquel partido,
 Y en ira ardiendo el conturbado pecho,
 Repasó de la mar el turbio lecho.

Colombia fué. Su cúpula altanera
 Al cielo sube en muro diamantino
 Y en ella flota el glorioso sino
 De su invicta bandera ;
 Del sol de su fortuna el lampo de oro
 En el cenit fulgente reverbera ;
 Y en un concierto atronador, inmenso,
 La aplaude el mundo en armonioso coro,
 De admiracion al resonar intenso.

Y el Héroe no reposa. — ¿ Á dó arrogante,
 Con prepotente voluntad tranquila,
 El paso mueve? ¿ dónde la pupila
 Cual águila caudal clava anhelante?

 ¿ Quién á mayor grandeza
 Osó llevar la vencedora planta ?
 Mas alta que los Andes, su cabeza
 Sobre ellos se levanta
 Y allí, sobre la altura,
 Se eleva su figura

Cual genio audaz, dominador del globo,
 Y de un surco de luz vé los reflejos :
 Es su huella triunfal que brilla al léjos ;
 Es Boyacá, es Junin, es Carabobo !
 Vibra su voz con rítmica dulzura,
 Como el arpa sonora del poeta,
 Y de su frente en derredor fulgura
 El nimbo del profeta.

Al númen que lo ajita, sobrehumano,
 Nada resiste; y el profundo arcano
 Del futuro interpreta !

No hai mas allá. — Del humanal deseo
 Los lindes marca el brazo del destino.

 ¿ No oís el torbellino
 Que zumba en torno del marcial trofeo?

.

¡ Oh padre de la Patria ! tu camino
 Cumplido está. Celebran tu victoria
 Magníficos cantares
 Y tu nombre inmortal, de un mundo historia,
 Con la mano del ángel de la gloria
 La libertad lo graba en sus altares.

FRANCISCO DE SALES PÉREZ

Francisco de Sales Pérez (hijo) es poeta dramático y escritor de costumbres muy conocido en Venezuela bajo el seudónimo de Jusro. Nació en Carácas en 1836.

Es joven de gran ingenio y el día en que consagre á las letras humanas el tiempo que actualmente dedica á las letras de cambio, será, como escritor de costumbres, uno de los mas sobresalientes de la América Española.

Ha desempeñado en la República varios empleos honoríficos, entre ellos el Ministerio de Fomento, en el cual protegió los intereses materiales del país y dió impulso á las letras.

Los escritos suyos que ahora presentamos bastarán para dar una idea de sus notables facultades.

LA VIDA DEL CAMPO

TEMA DADO POR LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS Y LEIDO EN EL CERTÁMEN LITERARIO CELEBRADO EN CARÁCAS
EL 8 DE ENERO DE 1870.

DEDICADO Á AMIRA

Si me fuera dado el ritmo de los armoniosos versos, con cuánto gusto los empleara en este momento. ¡ Ah ! cómo manejará el plectro fácilmente y diérame á cantar la dulce paz de que disfruto en medio de la quietud inalterable de estos campos, arrullado por el rumor del manso río que corre al pié de mi casita solitaria y que va salpicando flores y estremeciendo los temblorosos juncos que invaden sus orillas !...

Cómo pintará el indeciso vaiven de los bucares, en cuyas altas copas retozan con la brisa y se requiebran en melodioso idioma las aves enamoradas !

Y no dejara en mi canto sin loor debido en-

hiesta palma ni almibarado fruto; y hasta á tí, cancerbero de la tímida parásita, te ensalzara, oh repelente guaritoto !

Mas negóme Dios los acentos seductores del poeta entre otros dones que tiene para sus hijos predilectos, y es fuerza que me ajuste á trazar con rústico pincel el sencillo cuadro de la vida campestre.

El crepúsculo matinal despliega mis soñolientos ojos; ávido de luz, de perfumes y armonías, salgo á bañarme en la invisible corriente del aura que lleva entre sus pliegues oculto el aroma que robó á la pradera.

Mis ojos y oídos se deleitan en el movedizo

grupo de cantores que saludan entusiasmados al rey del día, mecidos en el frondoso ramaje de mi huerto; su ejemplo me edifica y elevo mis ojos al cielo y el alma á mi Creador!

Luego contemplo las blanquísimas nubes que duermen en el fondo del valle, al pié de la montaña, como manadas de ovejas que se levantan al primer aviso de la aurora, y las miro moverse, impulsadas por el céfiro celoso, y á paso lento trepar á la alta cima, dejando la floresta, en cuyo regazo pernoctaron, empapada de rocío que es el llanto del forzado alíes.

La quejumbrosa voz del arroyo, siempre igual y siempre grata, me llama á su risueña márjen, y despues que miro las arenas que van peregrinando con las aguas, me sumerjo en el límpido remanso y salgo de allí nuevo, ufano y vigoroso.

Ya muje la vaca prisionera en el establo y el ternero que la escucha y que la mira desde la fangosa corraleja, llama en vano las fuerzas del hambre y del amor que no bastan á destruir la prevision del hombre: me acerco, ruedo la primera caña y el impaciente animalito salta veloz, batalla y fuerza el paso, alza la cola y en presuroso escape llega á la amorosa madre; reconoce su piel por el olfato y se lanza al anhelado pecho; el surtidor no abastece su codicia; muda de uno en otro con afanosa indecision y nunca satisfecho, lastima con rudos golpes á la paciente madre, que no puede aumentar la limitada fuente. Resbalan por el hocico del becerro copos de espuma que despiertan mi apetito: anudo á su cuello la soga y en ventajosa batalla le arrebató el deleite; aproximo la copa y en poco tiempo el humeante chorro la derrama.

Satisfecho á mi vez, vuelvo á dar rienda suelta á su apetito, y madre é hijo en largo trote salen á vagar por la campiña.

El sol remonta ya, y los sencillos labradores, llevando al hombro los instrumentos del tra-

bajo, cruzan por diferentes senderos. El uno lleva de la mano al pequeñuelo y para acostumbrarlo á las rústicas faenas, le hace cargar las semillas en un cestito de cañas amargas.

Sigue al otro la humilde esposa con las provisiones necesarias al sustento del día; robusta y diligente comparte con el padre de sus hijos la obligacion de sustentarlos y marcha sobre la huella conocida, depositando la simiente en el tortuoso surco trazado por la chícora.

¡ Benditos seres que vivís léjos de los hombres y cerca de Dios! ¿Por qué quiere el destino que el fruto de vuestros afanes sea consumido en el incendio de las pasiones ajenas? ¿y que, cuando debiera la abundancia rebosar vuestros hogares, tengais que abandonarlos para vagar errantes, llevando en el regazo á vuestros hijos desnudos y hambrientos y en el corazon la amargura de sus miserias?....

Algunos de esos hombres, menos dichosos, alquilan sus fuerzas para el cultivo de mi heredad y esperan órdenes en el terrado. Su saludo respetuoso y cándido me obliga á responderles con lastimoso cariño. Reparto á unos los instrumentos necesarios, miéntas que otros enyugan los sumisos bueyes, y alegres tomamos la ruta que conduce á mi sembrado.

Comienza ya el trabajo, especie de fiesta para estas sanas jentes, que sin esperar mayor recompensa, disputan la palma del mayor esfuerzo. Copiosa lluvia de sudor cae de sus frentes inclinadas. ¡Sudor honroso! que no es la fatiga de vicioso recreo sino el noble afan de la virtud quien lo produce!

Yo sigo detras de ellos, ya enderezando el tierno pimpollo maltratado, ya tapando las raices descubiertas del arbusto que cuido con esmero, porque de sus ramos de flores recojo promesas de Dios que nunca engaña; y así, paso á paso, voy llenando de esperanzas mi corazon y me siento feliz porque todo lo cifro en quien lo puede todo, sin contar para nada

con el favor de los hombres, siempre interesado y mezquino.

Llegó la hora del reposo presidida por el padre Sol desde el zenit. El árbol de pan, emblema de la índole americana, constantemente pródigo de gustoso fruto, nos llama con extendidos brazos y nos ofrece el amparo de su hojoso ramaje. Allí tomamos el almuerzo y en la inmediata regadera, que corre silenciosa para no ostentar sus beneficios, tomamos agua, mas sabrosa recojida en tiernas hojas de maranta.

Las fuerzas se reponen pronto y comenzamos de nuevo las tareas, hasta que el sol, cayendo en el desmayo vespertino sobre su lecho de topacio, nos infunde su propio desaliento.

El hierro pesa mucho al ya cansado brazo. Ya no yergue el bucy la poderosa frente; el incesante aliento levanta el polvo sutil que removió el arado, y vierte espuma el dolorido cerviguillo; apenas alza los pesados cascós, que mueve marcando perezosos compases; se queja ya, y es preciso desuncirlo.

Por la misma senda que seguimos en la mañana, regresamos al hogar apetecido. Los muchachos llevan hacesitos de leña seca; los jóvenes entonan aires pastoriles; y los padres, que nunca olvidan, van recojiendo al paso frutas para llevar á sus hijos que salen á su encuentro.

Todos van contentos á descansar bajo su humilde techo: el uno en su chinchorro de moriche; el otro sobre su estera de blanda enea, donde juega con sus pequeñuelos hasta que se rinde á ese sueño tranquilo, que solo disfruta el que, ignorante de todo, libre de amargos odios y de inquietadora ambicion, nace y muere en la santa felicidad de la inocencia.

Yo tambien necesito descanso corporal; no del alma que se siente satisfecha con el tranquilo apartamiento del mundo.

La vaca vuelve á su prision y, echada muellamente, no cesa de rumiar.

Las gallinas pueblan las deshojadas ramas del vecino totumo.

La paloma llega al nido abandonado donde el pichoncito implume la espera hambriento.

Busca su vivienda la inocente golondrina entre las grietas del muro desplomado, que coronan áspera ortiga y espinosa pitahaya.

La paraulata despide al sol hundido con su último gorjeo y las luciérnagas comienzan á trazar líneas de fuego en el espacio.

Y cuando el ángel de la noche nos cubre con su velo tachonado de estrellas, pienso en Dios, que me rodea en sus obras portentosas; pienso en los míos, ausentes todos, y recorriendo el diapason de mis afectos, me fijo en tí ¡oh Amira! compañera de mi destino, y por quien todo trabajo me parece fácil, hasta que rendido al sueño, cierro mis ojos viendo tu imájen y creyendo oír tu voz tan conocida, que pide al cielo beneficios para mí.

LAS NOTICIAS

Si se acaba el desórden, me voy, decia un calavera, no sé dónde ni cuándo, pero aseguro que fué en Venezuela y en este siglo. — Yo á mi vez lo parodio, diciendo: Si se acaban las noticias, me voy; en cuanto al desórden no abrigo ningun temor de que se acabe.

Las noticias pueden acabarse, no precisamente porque vengan tiempos en que no suceda algo, sino porque vamos á llegar á no creer ni el Credo.

Los que han vivido en Carácas sobre todo desde el año de 46 en que se descubrió este entretenimiento público, no mas saben lo sabroso que es una noticia.

La noticia para que sea buena ha de ser contraria al gobierno: si es ministerial y se publica par baudo, no tiene ningun interes.

La noticia es como el amor: necesita misterio para que tenga miel. El sigilo con que se propaga y el peligro que hay en que se difunde, es lo que constituye el placer; cuando le dicen á uno: « Esto es muy reservado; ni su muger debe saberlo » (porque estas noticias nunca se confían á los solteros), entonces se chupa uno los dedos: ya se cree depositario de la suerte de un pueblo y vé *la honra, la familia y la propiedad*, como dicen los que mandan, pendientes de su discrecion.

Lo primero que hace el que tiene un noticia entre pecho y espaldas, es salir buscando con quien desahogarse; le parece que revienta si no lo comunica á todo el que encuentra, eso sí, bajo reserva.

El noticioso tiene por su naturaleza que ser comunicativo: ¿qué placer hay en que nadie sepa un suceso que puede acabar con el gobierno, en una semana, quizá en un día, en un minuto, como si fuese un ataque apoplético?

Por otra parte ¿ha oído el lector una voz mas simpática que aquella que nos dice cerca de la oreja: — « Se acabó esto. » — « Esto no dura ocho días. » — « La opinion es irresistible. » ? Oh! esas son palabras mágicas, de todas épocas, que hacen siempre palpar el corazón.

Pero veamos cuál es el suceso tan trascendental que va á cambiar la faz de la política, que va á mejorar la administracion; pues ya se sabe que el gobierno venidero es mejor que el presente y que á fuerza de cambios es que hemos llegado á la perfeccion en que estamos, que solo comparada con el futuro puede dejar de apetecer.

— ¿Qué es lo que ocurre? — preguntamos temblando.

— « No lo repita V.: se ha pronunciado Paracotos (1). »

— Misericordia!

— « Han levantado una acta tremenda... »

(1) Paracotos es una poblacion de 500 almas.

— Santa Tecla!

— « Se han apoderado del armamento que habia en la plaza... »

— Uiff! con mil demonios!

— « Los pueblos vecinos están todos conmovidos! »

— Toma!!! nos llevó la trampa! — esclama uno y sale por las calles teniendo lástima de todo el que no tiene la dicha de saber que un pueblo tan importante por su posicion militar y su significacion política ha desconocido la autoridad suprema.

En la primera esquina tropieza V. con un amigo y le refiere bajo reserva que se pronunció San Antonio y que Paracotos está conmovido.

Otro le cuenta que en Paracotos han asesinado al cura, que está preso el maestro de escuela y que la autoridad militar está en colision con la civil.

Mas allá le afirman que hay una carta de Don Mamerto á su compadre Tomas, que hace llorar con la relacion del desastre.

En fin, Paracotos sale de la oscuridad y por todo un día ocupa la atencion pública, ménos la de la autoridad, que no se ocupa de eso ni de otra cosa por lo regular.

Los facciosos urbanos tienen cara de pasuca, y los que tienen ganados por aquellos contornos están recibiendo pésame, pues ya se sabe que quien dice: « *Viva la libertad!* » dice: « *Muera el ganado!* »; pero en cambio el gobierno lo cuida mucho y una que otra vez deja de comérselo, es decir, la vez que no lo encuentra; eso sí, lo paga con la misma *regularidad* que el presupuesto. Los hacendados dicen: « Se perdió la cosecha »; en fin se arruinó Paracotos, pero se salvará el país. Paracotos es la esperanza del patriotismo; allí se fabricará el templo de la democracia! Se acuesta V. lleno de esas esperanzas.

Al amanecer sale V. á saber hasta dónde se ha propagado la chispa de Paracotos, y lo primero que encuentra es á Don Mamerto, el de la carta, que viene entrando en su mula.

— Don Mamerto! viene V. de raspas?
 — De Paracotos. (Don Mamerto es medio sordo.)
 — Y como escapó de la contienda?
 — Sí, señor, á buscar surtido para la tienda.
 — Y qué ha ocurrido por allá?
 — Mucha lluvia.
 — Lluvia de fuego, eh! han peleado mucho.
 — Ni lo permita Dios: todo está tranquilo.
 — Si dicen que por allá ha habido las de San Quintín: que han matado al cura.
 — Sí Paracotos no tiene cura: está como la República.
 — Y que está preso el maestro de escuela.
 — No, señor, sí hace ocho días que está en un desafío de gallos por San Antonio.
 — Pues dicen que se han llevado el armamento de la plaza.
 — Sí no hay armamento, ni plaza.
 — Y que hay colision entre el juez y el comandante.
 — Nada de eso: no hay colision, ni juez, ni se necesita.
 — Pero sí V. lo ha escrito á su compadre.
 — No, señor, sí yo no le trato.
 — ¿Esto y que está revuelto?
 — Sí, señor, mas ó ménos como Paracotos.
 Adios, amigo!
 Pues, señor, nos hemos lucido; se acabó la esperanza de la patria!
 Paracotos vuelve á hundirse en la oscuridad, y ya el gobierno no puede caer porque Paracotos lo sostiene. Adios patria! Adios mi empleo!
 Sale V. á decir que es falsa la noticia y nadie se lo cree. — El informe de Don Mamerto no es verídico, ese es un tunante, está vendido al gobierno; hay ratificacion, no lo dude V.!
 Como esta noticia ruedan mil por las calles y todas se desenlazan mas ó ménos como ella.
 Cuántas veces sabe uno de *muy buena tinta* que el invencible coronel Tórres derrotó y mató al general Agüero, en los Teques, y al día

siguiente se aparece el *muerto* trayendo prisionero al *invencible*.

Publica el gobierno por bando la destruccion de los *perturbadores de la tranquilidad pública* (como si aquí hubiera tranquilidad que perturbar) y nadie se lo cree; todo el mundo dice: « Al revés tengo las botas. » En prueba de la impudencia gubernativa vemos, á los pocos días, presos á los perturbadores del desorden normal de tal ó cual parte.

Así es el espíritu revolucionario: inclinado á lo favorable hasta la necesidad y resistido con lo adverso hasta el ateísmo.

Una noticia es para el conspirador lo que una copa de aguardiente para el béodo: la vé, la revuelve, indaga la procedencia, le toma el olor y por fin se lo traga y se le mete en la cabeza y no se lo saca mas que el tiempo.

Las noticias son el lazo de union de los facciosos: á la voz *noticia* se juntan todos como la sardina al rededor de la carnada. Al acabarse las noticias se acaban las reuniones: no hay para qué juntarse; por eso los revolucionarios viejos, que son hoy todos los mayores de 50 años, inventan diez noticias al día, y — cosa estraña — el inventor de una noticia la recibe el día siguiente tan desfigurada y tan comprobada que le parece otra y acaba por creerla.

Yo no sé como se podrá vivir en un país donde no haya noticias, donde el gobierno no fluctúe una vez por semana: allí se morirían de fastidio ciertos hombres que en nuestra sociedad no tienen otro oficio que pedir y dar noticias. Individuos conozco yo, que el día que no saben algo nuevo, esclaman: « *Hoy he perdido el día!* »

Yo mismo, que hago otra cosa y que miro las noticias como un entretenimiento secundario, confieso que les tengo grande aficion y que, cuando no sé algunas nuevas, las busco « *aunque hayan de ser como ántes mentira.* »

EL VERBO TOMAR

Tiene mi título algo de gramatical; pero no hai peligro de que yo me atreva á saber mi lengua, ni mucho ménos á causaros sueño, oh lectores, con disertaciones de pedagogo. Es un título cualquiera como General, doctor, maestro, cirujano, que no suponen nada si no están refrendados por las obras.

Mi verbo *tomar* no salió de la gramática, sino del « Café venezolano ». Su origen tiene algo de pecaminoso porque ha nacido en un templo de la gula, donde tambien, por el esplendor, se rinde culto á la soberbia.

Atraido por la decencia y buen gusto desplegados en aquel establecimiento, fuí á visitarlo el último domingo.

Al momento vino un mozo y me interrogó: ¿Qué toma V.?

No hice caso de su pregunta, distraido como estaba, oyendo por todas partes: — qué tomamos? — yo tomaré — no tomo nada — ya tomé — vamos tomando — es decir, el verbo tomar conjugado en todos sus tiempos y personas.

Fuéme el verbo entrando poco á poco y despertando mi apetito, hasta que tomé una taza de excelente café, como no lo he tomado en Paris, ni en Lóndres, ni en ninguna otra de las muchas capitales que no he visitado y que solo menciono para estar á la moda y porque no me tachen de modesto.

Á poco rato llegó un jóven, llamado Valdívieso, á quien conocí una noche en el Gato Negro, y tomó asiento en mi mesa, tomó agua, tomó un periódico y, pareciéndole que era poco, tomó tambien un cigarro de mi petaca, que estaba sobre la mesa, y no tomó ántes mi consentimiento porque ya era demasiado tomar.

Viendo que el vecino tomaba lo que no era suyo, tomé mi sombrero y me fuí.

En la puerta me detuvo un antiguo militar,

que ha tomado *otro oficio*, hace muchos años, lo que es lástima, porque á la verdad no tiene vocacion para las artes de la paz. Lo que él me dijo no importa nada, pero la respuesta no le importa á nadie ménos de dos reales, salvo que sea mudo de bolsillo.

Cuidadoso iba de otro asalto, porque la noche era oscura, y mucho mas cuando divisé un bulto embozado. Era un caballero, asido á los barrotes de una reja, que conversaba con una dama. Yo miré con disimulo y pasé pronto, porque esta clase de entrevistas tiene sus dares y tomares que es bueno dejar en el misterio.

Pronto llegué á la plaza Bolívar y tomé asiento en un escaño para observar á los paseantes.

Pasaron primero dos empleados cesantes tomando juego.

Después, un hombre grave, tomando rapé.

Un tenedor de billetes modernos, tomando el ciclo con las manos.

Un gacetillero, tomando notas.

Un arrancado, tomando la luz por seña.

Un pretendiente, tomando la huella del ministro.

Dos señoritas, tomándose toda la calle.

Una solterona, tomando aires de chiquilla.

Un elegante, tomando posiciones académicas.

Un petardista, tomando punterías.

Un capitalista, tomando el lado de la sombra.

Dos agricultores, tomando cabañuelas.

Un noticioso, tomando lenguas.

Un descontento, tomando el pulso á la opinion; á su lado un comensal, tomando el rábano por las hojas, y detras de ellos un policía, tomando cabos y atándolos.

Cuando ví que no solo en el café, sino en la plaza tambien todo el mundo tomaba algo, exclamé: — La vida es un tomar infinito! y comencé á hacer las siguientes reflexiones:

El médico comienza por tomar el pulso.

El abogado, por tomar espensas.

El beato, por tomar agua bendita.
 El prestamista, por tomar garantías.
 Las mujeres enamoradas toman prendas.
 Los hombres toman lo que les dan.
 El jugador toma cábulas.
 El negociante toma créditos.
 El hebedor toma todo.

El soldado toma primero que nada la ración, después lo que encuentra y toma trincheras y toma plazas y toma prisioneros y toma botín : es el hombre que más toma, y cuando la fortuna le es contraria, cuando todo se lo han tomado y se mira cortado por retaguardia, por no dejar de tomar algo, toma las de Villadiego.

Termino aquí, porque ya escampó, y solo había tomado la pluma, mientras la sedienta tierra tomaba agua.

Ahora á la imprenta y que el lector no tome á mal mi pasatiempo!

EL PETARDISTA

Vamos á pasar un rato á costa de este ciudadano. ¿No pasa él su vida entera á costa de los demás?

Pero es preciso hacerlo con precaucion, porque el petardista es un loro bravo que muerde á quien le pasa la mano.

No voi á mortificar al padre de familia arruinado, ni al jóven desvalido que necesitan el amparo de sus amigos : para ellos tengo yo la mitad de mi pan y todo mi corazón.

El petardista es natural de Carácas : aquí nace, aquí vive, muere en el hospital.

Si nace en otro pueblo, por una equivocacion de su madre, busca la capital en cuanto tiene alas : su propio instinto le dice que solo en esta atmósfera puede existir.

De aquí se deduce que el petardista nace petardista ; su manera de vivir no es una pro-

fesion estudiada, sino una vocacion á que obedece por secreto impulso.

El petardista nace pobre y no enriquece jamas, porque, como buen cristiano, solo « pide lo necesario para el dia á fin de quedar necesitado á pedir lo mismo mañana. » Si heredara, si ganara en el juego una suma considerable, la derrocharia en una semana.

Él no podria acostumbrarse á tener con qué comer dos dias seguidos.

Si se acostara, sabiendo que va á amanecer con el desayuno en el bolsillo, no podria dormir : tanta seguridad lo intranquilizaria!

El petardista duerme á pierna suelta cuando esclama al acostarse : ¿ En qué faltriquera estará el almuerzo de mañana?

El petardista tiene su casa como todo ser viviente, pero nadie se la conoce : su verdadera casa es la calle, donde se le puede encontrar á todas horas, aunque seria mejor no encontrarle á ninguna ; — si puede hallársele en alguna casa, debe ser de juego.

Él tiene sus puntos de ojeo, como los cazadores, donde se sitúa segun la hora.

Regularmente amanece á la puerta de un café, con el cigarro en la boca, para inspirar confianza á los parroquianos. ¿ Quién que le vea fumando puede pensar que está en ayunas? ¡ Ai del que penetre!

Meseron que tiene mucho talento para calcular lo que le conviene, transige con él en en cuanto le mira á las puertas del « Ávila ».

— Pepe, le dice, ¿ por qué no entras? ¿ has tomado café?

— No, querido, es mui temprano, le contesta. (El petardista nunca ha tomado nada.)

— Garçon, grita Meseron afrancesando al mozo, sírvele á Pepe un café *comfortable*; apura, pronto, que tiene que marcharse.

Meseron sabe por esperiencia que aquel hombre en la puerta de su *Restaurant* le ahuyenta cien parroquianos, que lo arruinaria en una semana, y se liberta de su presencia á costa de una taza de café.

A mediodía pone su ojeo cerca del palacio de gobierno.

¡ Qué peligroso es un petardista entre once y doce de la mañana situado en ese punto!

El mismo Presidente de la Union no está libre de un ataque directo.

Su actitud revela la disposicion resuelta de su ánimo.

Oculta la mano izquierda en el bolsillo como para palpar constantemente la realidad de su miseria.

Blande el baston con la diestra de un modo casi amenazante.

La mirada inquieta domina las avenidas á una milla de distancia.

El hambre se espresa en sus facciones con la severidad de la ira.

Al divisar á un forastero, esclama como el corsario : « ¡ Buena presa ! » y se dispone al ataque con una arenga adecuada y un apretón á dos manos.

— General, ¿ cómo ha llegado? (el forastero debe ser general) ¿ y cómo ha quedado el Estado Apure? Ya sabemos que salió V. diputado por una mayoría lujosísima.

— Yo? dice el general, abriendo un palmo de boca. Sin duda habria salido á no ser las picardías.....

— Ah..... ! perdone V! le interrumpe el petardista, eso es, eso es! si aquí estamos indignados. Qué pillos! contrariar así la voluntad del pueblo! Lo veremos en el Congreso. Asistiré á las barras con dos terceras partes de mi círculo por lo ménos. Cuente conmigo!

Siguiendo el diálogo resulta que el general no es de Apure sino de Barcelona, lo cual no le saca del apuro en que está de pagar una libra por el saludo del petardista.

El petardista es tertuliente diario de las cantinas. Qué buen marchante! nadie se refresca mas que él y ¡ cosa rara! se refresca con lo que irrita á los demas. Él toma con todo el que toma. ¿ Quién será tan descortes para no brindarle? Y él, ¿ cómo se atreverá

á desairar á nadie? Su educacion no se lo permite.

El hábito de halagar le ha dado una perspicacia singular para conocer lo que puede agradar al que piensa morder.

Él hace como el murciélago que adormece con las alas ántes de clavar el diente.

El petardista no se mezcla en política; no precisamente porque no lo desca, sino porque ningun partido le emplea. De ahí viene que no tenga opinion, lo cual le presenta la ventaja de *estar identificado* con todo el mundo. Con el liberal, es liberal y le cuenta que debe su ruina á los oligarcas; y con estos, es oligarca y les refiere cómo le han perseguido los liberales; en tanto que él es el perseguidor eterno de los dos partidos.

En las noches de ópera se sitúa cerca de la puerta del teatro. Cualquiera le tomara por un agente de policía, destinado á tomar nota de los que van entrando.

El petardista no tiene papeleta, ni la tuvo nunca, ni la comprará jamas; pero él va á entrar primero que los abonados.

Á un amigo le dice que se le olvidó el portamoneda y que ..., pero el otro le dice que viene tasado.

Á otro le da la enhorabuena por la ganancia que hizo en el juego....., pero resulta que viene tronado y le desaira bruscamente.

Al tercero le promete una noticia que le importa mucho, pero que.... le cuesta la entrada. Este quiere saberla, pero el petardista lo emplaza para el *parterre*. En la duda de qué será, qué no será, sacrifica los doce reales y adentro. Despues resulta que la noticia es vieja.

Otras veces suplica que le presten una papeleta para entrar un instante á hablar con un médico y como ha elegido bien al que ha de burlar, recibe la papeleta y le deja esperando. Rompe la música y entre la desesperacion de oír el canto que va á comenzar, y entre la duda de que vuelva Pepe, y para salir de tanta inquietud, se compra otra papeleta.

Cuántas excusas al encontrarse dentro !
¿ Por qué te precipitaste, Andres? le dice el petardista, repantigado en su sofá. Ya me iba : no me hagas eso otra vez ! Pero en fin, ya que dudaste de mí...., veremos la ópera juntos. Y por si le queda algun rencor, le hace pagar tambien la cena en el Gato Negro, al terminar la funcion.

Tal es la vida y milagros de este ser nacido para vivir de los demas, que divierte á quien le estudia, irrita al que le sufre y fatiga á mis lectores.

MESENIANA

Á LOS SOLDADOS

MUERTOS EN LAS ÚLTIMAS BATALLAS

Tejan unos coronas de siemprevivas para ornar las tumbas de los héroes malogrados; lloren otros sobre erguidos catafalcos, sobre túmulos suntuosos.....

Yo solo tengo lágrimas para esos mártires sin nombre...., lágrimas que caen en olvidados sitios, sobre cadáveres medio insepultos.... ¡ Pobres soldados!

Penetren los consuelos del poeta por entre cenefas de oro y cortinas de damasco y lleven alivio al triste corazon que palpita, en tálamo lujoso; enjuguen ellos las lágrimas que ruedan sobre cojines de seda.

Mis consuelos van por senderos ignorados, buscando las rendijas de una puerta donde no luce la mano del arte, para llegar á la pajiza alcoba donde suspira sobre su estera de junco la infeliz anciana.

Ah! Esa es la madre del soldado!

Pobre mujer! en vano aguardas al hijo cariñoso..... Los fuertes necesitaron de su sangre y la derramaron en el altar de la iniquidad.....

Llora, madre sin esperanza, que no estás

sola : mi corazon tambien está desgarrado con tu pena.....

¿ Y á tí, jóven madre, que viste al padre de tus hijos salir con los arreos de Marte y la divisa de los libres, qué podré decirte?

Á tí, que oyes su voz cuando susurra el viento en el ramaje!.....

Á tí, que te engañas con las pisadas del pasajero creyendo que son las tuyas.....

Á tí, que en el canto lejano del pastor oyes el aire con que arrullaba á sus hijos.....

Á tí, que cuidas con cariño su potro y aceitas los instrumentos de su industria y riegas la parcha, plantada por su mano, para que la encuentre lozana y florecida.....

Á tí, que tienes apartada la ropa que debe vestir el dia de la vuelta..... ¿ Qué podré decirte, jóven viuda, para calmar tu dolor?

¡ Ay! ya tus ojos no volverán á deleitarse en su sonrisa; ni juntos contemplarán las gracias del pequeñuelo; ya no enjugarás otra vez su frente fatigada, ni le ayudarás á desuncir los mansos bueyes!.....

Al frente de los contrarios cayó tremolando su pendon! su sangre inflamó el valor de sus compañeros! su cuerpo sirvió de grada para escalar el muro de sus verdugos.....

El triunfo te vengó!

Llora, jóven viuda, que yo tambien tengo lágrimas para tu infortunio!.....

Dios cuidará los hijos del mártir!.....

Y tú, silvestre flor, que vagas pensativa por los senderos del valle, buscando la huella del manecbo adorado; tú que guardas el cayado del pastor, que convirtió en guerrero la injusticia, y que sollozas pensando en sus peligros!..

Ah! si vieras como descuello entre el humo su talla varonil!

Si oyeras el trueno de su voz que sobrepuja al estridor de la metralla!.....

¡ Ay! cayó.....!

¿Quién consolará ese corazón que lleva junto con las gasas de la virginidad el luto de la viudez?

Pobre joven que ves ahogado en sangre el ideal de tu felicidad!

Oye, niña: su última palabra fué tu nombre y sus ojos, ya en el pórtico de la eternidad, se volvieron para buscar tu imagen.....

—
¡Oh muertos desconocidos para quienes la trompa de la fama no tendrá una nota ni la historia una letra, yo os he reservado el raudal de mis ojos y la pena de mi corazón!

Yo recorreré vuestros aislados sepulcros y al contemplar todavía fresca la huella de la pala caritativa, al verlos sin marca, sin un signo que conserve el nombre de la víctima, al tener que convertirlos en guarismos para contarlos...., ofrendaré á vuestro sacrificio el tributo de mi conmiseración!

Muertos! que vuestra sangre no sea estéril!

Paz en la tierra á vuestras cenizas!

Gloria en el cielo á vuestras Almas!

LA PASTORCITA

Á DON ANTONIO DE TRUEBA

Caminito derecho
De los olivos
Iba Juana jugando
Con sus cabritos,
Muy distraida,
Sin pensar, la inocente,
Que la veían.

Recojiendo de paso
Flores de pascua
Y bejucos de mimbre,
Ponia guirnaldas
Á los cabritos,
En sus cuellos tan blancos
Como el armiño.

De vagar dulcemente
Por la campiña
Sintióse fatigada
La pobrecita.....
Fronroso almendro
La ofreció su follage
Tan ancho y fresco!

Y yo que la seguía,
Ojo en asecho,
Al mirarla sentada
Salí á su encuentro,
Mas, sorprendida,
Se levantó gritando :
— « Corred, cabrillas! »

— No corras tu ganado,
Niña de mi alma,
No te asustes! la dije,
No temas nada!
Yo soy Antonio
El que muere de amores,
Luz de mis ojos!

Siguiendo tus pisadas
Voy, pastorcica,
Por decirte : — « Me muero
De amor, mi vida! —
Dame esa mano,
Para imprimir en ella
Mi amante labio! »

Estendíome la mano,
Mas en silencio
Inclinó la cabeza
Sobre su pecho.
¡ Púdica niña!
— Su manecita estaba
Trémula y fría.....

Quise besar su frente,
Mas ¡ ay! no pude;
Que el rubor, aunque débil,
Respeto infunde.....
— Niña, perdona,
Si turbó tus contentos
Quien mas te adora!

LAS FLORES

Á DON R. DE CAMPOAMOR

Por vez primera, Julia,
Libre del claustro,
Una hermosa mañana
Pascaba el campo,
¡ Oh ! cuan dichosa
En medio de las flores
Y sus aromas !

Acá brotaban lirios ;
Allí azucenas ;
Mas allá los rosales
Y las violetas ;
Cual mariposa,
Vagaba la inocente
De unas en otras.

Quitando á cada ramo
La mas luciente,
Formó de mil matices
Un ramillete ;
Y al contemplarlo
Esclamaba gozosa :
— ¡ Bello es el campo !

Mas viendo que las rosas
Se deshojaban
Al contacto del viento,
Quiso guardarlas
Y entre su seno
Ocultó su ramito
Fragante y bello.

Con mano cariñosa
Lo comprimía,
Celosa de la ausencia
De su conquista ;
Y por mirarla,
Sin peligro del viento,
Volvió á su casa.

Mas al tomar el tallo,
Miró ¡ la pobre !
Que salieron las hojas,
Mas no las flores,

Y que en el seno
Los pétalos quedaron
Mustios, deshechos.

Retratan estas flores
La dicha humana.
Donde está mas segura,
No hallamos nada
Mas que recuerdos !
¡ Cuántos ramos marchitos .
Hay en el pecho !

EPIGRAMAS

I

Con una enferma casó
Juan por ponerse en dinero
Y ¿ sabes en qué paró ?
— En que él se murió primero,
Porque el mal se le pegó.

II

Prendado de su hermosura,
Casó Don Juan con Ventura.
¿ Dónde iría su ilusion
Cuando, al entrar en su pieza,
Vió un ojo sobre la mesa
Y una pierna en un rincon ?

III

« Pues tan liberal te dices,
Facilitame un doblon ! »
Le dijo Blas á Ramon.
— ¿ Se lo dió ? — Por las narices
Con el puño del baston.

IV

Cuentan que un doctor (no sé
En cuántas ciencias de fijo)
Viendo un burro muerto dijo :
— « Hé aquí lo que yo seré. » —
El cuento es viejo, mas cierto,
Pues, segun lo que discurro,
Quien es, cuando vive, burro,
Tambien será burro, muerto.

ELOI ESCOBAR

Eloi Escobar nació en la Guayra, puerto principal de Venezuela, el 3 de Enero de 1829. Hizo en Carácas sus estudios de humanidades y filosofía y no pudo continuar los de Jurisprudencia por la perturbacion profunda de su salud, que le obligó á trasladarse á Europa, donde dolencias de otro género le impidieron dar á su viage la fisonomía artística que deseaba.

De regreso á la patria, establecióse en el comercio y posteriormente fué llamado á servir algunos empleos en los diversos ramos de la Administracion pública, los cuales tuvo que renunciar por el estado deplorable de su salud.

En su carrera literaria ha sido fundador ó miembro de número de las principales corporaciones que han existido en el pais y colaborador de todos los periódicos literarios de alguna reputacion.

Ademas de sus diversos escritos en prosa y verso, ha publicado un pequeño poema satírico-alegórico intitulado **UN VIAGE FANTÁSTICO**; la **ROMERÍA DE REVILLA**, poemita jocoso de relevante mérito, y **RIENZI**, drama histórico, que obtuvo los honores de la representacion y vive en nuestro repertorio. Prepara en la actualidad un nuevo poema romanesco, la **HISTORIA DE UNA NIÑA**, que se publicará en breve.

Escobar es un poeta de mucho mérito. Alma tierna y corazon bien puesto desde la infancia, sus poesías tienen el prestigio de la feliz inspiracion y del arte y conmueven, al leerse, porque son la expresion candorosa de los afectos sencillos, tiernos y generosos del poeta.

LOS DOS ÁNGELES

Era aquel fugaz instante,
En que, con triste sonrisa,
La Noche se desvanece
Ante el alba luz del día :
Y en el lejano horizonte,
Como errantes avcillas,
Juntáronse dos celajes
Sobre una suave colina :

El uno cual la azucena
Blanca que al monte suspira,
Y el otro como la rosa,
Rosa del valle festiva.
Eran dos ángeles bellos,
Si bien de esferas distintas,
Aquel, cual nítida lágrima,
Y este, cual dulce sonrisa.

— Salve á ti, alma risueña!
 — Salve á tí, la dolorida!
 Dijéronse, susurrando,
 Como las trémulas brisas.
 — Fuiste al valle de la tierra?
 — Sí, fuí con la noche umbría,
 Y tú? — Yo tambien con ella,
 Aunque me fué siempre esquiva.
 — Pienso que te ví, Natzul.
 — Y yo á tí tambien, Alila.

Y el uno se sonrosaba
 Y el otro palidecia.
 — ¿ Tú estuviste en aquel templo
 Lleno de cándidas ninfas,
 Ceñidas de gasas leves
 Y flores y pedrerías?
 — Lleno de ángeles estaba,
 Que al son de músicas vivas
 Suspiraban dulcemente,
 Dulcemente sonreían.....
 — ¡ Ai! porqué fuí yo, Natzul?
 — ¡ Ai! porqué no ir, Alila?

Y el uno se sonrosaba
 Y el otro palidecia.
 Sentáronse luego juntos
 En una nube ceñida
 De aquellos ténues albores
 Que anuncian que viene el día,
 Y así hablaban, susurrando,
 Como las trémulas brisas.

NATZUL.

Yo, con el vívido zelo
 De mi esencia celestial,
 Ví una vírgen terrenal
 Como una vírgen del cielo.
 De una gasa nebulosa,
 Como la cándida nieve,
 Ceñía su talle leve
 Aquella vírgen hermosa
 Y del seno al rededor,
 En rizo encaje calado,

Serpea hilo encarnado
 Que ató sin duda el amor.

Dos alas de leve tul
 Turquí, cual la onda del mar,
 Llevaba, como á volar
 Á nuestro almo cielo azul.

Yo me bajé y á su aliento
 Mi róseo labio ponía
 ¡ Ai! y en él mi alma bebía
 Este ardoroso contento.

ALILA.

Oye, que yo ví tambien,
 En daño á mi esencia pura,
 Una gentil criatura
 Como una flor del Eden.

De una gasa nebulosa
 El móvil talle ceñía,
 Mas no blanca, sino umbría,
 Niebla de la noche undosa,

Y no al rededor llevaba
 Del seno hilo encarnado,
 Sino lazos donde atado
 Trémulo amor suspiraba.

¡ Ai! que en aquel corazón,
 Vivo, como ardiente rosa,
 En una nube olorosa
 Vagaba tierna pasión.

Los ojos garzos y bellos
 Tímidamente volvía
 Y en rizos mil le caía
 La onda de sus cabellos.

Su levísima cintura
 Ceñían purpúreas galas,
 Entreabiertas, como alas
 Para volar á la altura.

Yo me bajé y á su aliento
 Mi ardiente labio ponía
 ¡ Ai! y en él mi alma bebía
 Estos dolores que siento.

Mi espíritu conturbado
Y en un ignoto desvelo....
— Calla, Alila, que en el cielo
Suena el órgano sagrado.

Los ángeles la sombría
Region huyeron doliente,
Y las gasas del Oriente
Entrecabrió la luz del día.

LIRA

Á MI AMIGO CÁRLOS MADRIZ.

¡Ay! como de tu pluma
Supe que en tí pusiera tal mudanza
El tiempo, á mí me abruma
La propia desconfianza
Y huye en alas veloces mi esperanza.

Yo pensé, si ponía
La mano al corazón y estaba helado,
Qué mi dolor sería
Ó el tan grave cuidado
De aqueste mi vivir tan congojado;

Y en el tiempo esperaba
Que aquella ardiente juventud volviera,
En que ántes me abrasaba,
¡Ay! cuando el tiempo era
Ministro fiel á la vejez severa.

Sí, que este, amigo mio,
Sentir del corazón en tanto anhelo.
El pensamiento frío
Y continuo desvelo
Es ya de la vejez el hondo duelo.

¡Ay! ¿Cómo, tan callada,
Penetraste en mi seno dolorido?
¿Cómo en él diste entrada,
Sin ser de mí sentido,
Al hielo de tu edad aborrecido?

Y tú, dulce y hermosa,
Alegre juventud, si combatida,

¿Por qué tan codiciosa
Huiste y escondida,
Que aun á tí suspiraba y eras ida?

¡Ay! Vuelve tu ala pura
Á aqueste pobre campo abandonado
Y en esa tu hermosura
Y en tu fuego sagrado
Enciéndase otra vez mi pecho helado!

Y mi sangre bullente
Ajita en la ancha vena tumultuosa
Y en rápida corriente
Lánzame, presurosa,
Al afán de la mar tempestuosa!

Mas, loca fantasía!
¿Á dó te lleva delirar violento?
¿No ves la nave mia,
Quebrantado el asiento,
Vagar sin rumbo á la merced del viento?

Adios, las ilusiones
Que aquella reina tan hermosa inspira!
Adios, nobles pasiones,
Aura que amor suspira,
Y tú, mi dulce, regalada lira!

Ya no en mi torpe oído
Vibrante sonará tu cuerda ufana,
Ni el sonoro ruido
De la gasa liviana,
Que mueve en suelto andar la ninfa indiana.

Ni en paso cadencioso
Con ella iré, si en blando esparcimiento
Olor voluptuoso
Va dando y tibio aliento
Al son de alegre danza y movimiento.

Ni la cuadriga ardiente
Del triunfo sonará su casco duro,
Estando á mí presente;
Ni mi ánimo inseguro
Osará del poder al alto muro.

Ambición! Gloria amada!
Y Amor! oh soles de esplendente lumbre!
Adios!.... la noche helada

Cayó del alta cumbre
Y oscuridad fué todo y pesadumbre.

.....

Sí, que, rota y perdida,
En hondas mares va, sin rumbo cierto,
La nave de mi vida;
¿ Pero no va en concierto
La mia con la tuya al propio puerto?

Sí, que en el tiempo alado
Volamos ambos á la edad doliente;
Mas para tí el dorado
Astro, si en Occidente,
De rayos ciñe la divina frente;

Cuando á mí, sómbrio y mudo,
De nubes tenebrosas se reviste;
Que si la edad no pudo
Rendir aquesta triste
Ánima, ¡ oh dolor! tú lo pudiste!

¡ Ay! de tu nave, henchida
Miro la lona con sonoro viento,
La flámula tendida
Subir al firmamento
Y hender la prora el húmedo elemento,

Y mil otras galanas
Navecillas seguir su vuelo airoso,
Cual bellas cortesanas
Que en grupo van gracioso
Tras la reina del Ponto proccloso.

Sigue, nave altanera,
Rompiendo el onda de la mar salada,
Impávida y lijera,
Y deja la cuitada
Entre las frías brumas olvidada!

Mas si ensañado el noto
Las alas graves sobre tí estremece
Y cruje el mástil roto
Y la onda brava crece
Y en su seno de horror todo perece,

Dos tablas quebrantadas
Flotarán en la mar y dos antenas,

Dos flámulas mojadas
Y, de puro amor llenas,
En el cielo, dos ánimas serenas....

JUAN VICENTE CAMACHO

POETA VENEZOLANO

ELEGÍA

¡ Por qué cuando los ojos
Volver solía
Donde vaga entre flores
La onda del Rímac,
El sol de Huaina
Ceñido de áureas rosas
Se levantaba?
¿ Y ahora, cuando acaso
Los ojos vuelvo,
La onda no murmura,
Suspira el viento
Y el sol inmoble
Ceñido está de nieblas
Como la noche?
Bien lo saben mis ojos
Que tienen lágrimas,
Y lo sabe, que tiene
Muchas, mi alma,
Como mi pluma
Que va cual sobre el mármol
De helada tumba.
¿ Á qué dones y galas,
Naturalceza,
Tu cielo azul, tus mares
Y tus estrellas,
Cuando la vida
Bajo la muerte pálida
Tiembla y espira?
¿ Qué valen de tus vírgenes
Las sonrosadas
Flores que va entreabriendo
Festiva aura,
Si el aura fría

Las toca y al tocarlas
Caen marchitas?

¿Y qué la blanda, trémula,
Encantadora
Voz, que á los aires vuela
Como la alondra,
Si en hora breve
¡Ay! también los poetas
Callan y mueren!

Así tú, que moriste,
Mi dulce amigo,
Mas allá de la linde
Del sol nativo,
¿Qué no volastes
Al seno que te abría
La pobre madre!

¿Porqué, cuando la llama
Palideciendo
Iba, la diste al soplo
De helados vientos
Y no á la tierna
Brisa de amor que espira
La patria selva?

Patria selva, del niño
Tan conocida,
Cuando con él la Infancia
Vagando iba
Y prado y monte
Ceñíanle con bandas
De alegres flores!

Dulces prendas, que pronto
Tu estro divino
Cambió por verdes lauros
Y blando mirto...
Y la severa
Parca por esa mística
Fúnebre adelfa!

¿Quién dirá del infante
La hora festiva?
¿Quién del jóven poeta
Los claros días?
Y ¿quién del hombre

Esta muda, solemne
Y eterna noche?

No á mí sino, en las cuerdas
Del alma lira,
Herir estas que cantan
Las elegías,
Al aire dando
Honda voz de gemidos
Y voz de llanto.

Llorad, mis tristes ojos!
Sensibles almas,
Derramad vuestro cáliz
Lleno de lágrimas!
Indianas musas,
Cubrid con místicas flores
Su helada tumba!

Á LA MEMORIA

DE LA

SEÑORITA ANDREA MADRIZ

I

Blanca azucena la frente,
Lirios blancos las mejillas
Y el seno como una onda
De azabares que suspiran;
Los ojos negros, mui tristes...
Pobre niña!

Esbelta como la palma
Que mueve sonora brisa,
Va caminando á la muerte
Por el jardín de la vida;
Y ella lo ignora y sonríe...
Pobre niña!

Alta lleva la cabeza,
Como el viejo padre erguida;
Mas sopla el cierzo y confusa
Al blando pecho la inclina:
Así suelen tiernas flores...
Pobre niña!

La profusa cabellera
Sobre la espalda tendida
Tras su pálida figura
Parece nube sombría;
Y ella la esparce en el viento...

Pobre niña!

Sobre su lecho de enferma,
Entre la sombra indecisa,
El alba es, en el seno
De la noche aun dormida:
Infeliz, que no despierta...

Pobre niña!

II

Lentas auras, mudas fuentes,
Dolorosas, suspirantes!
Cuán melancólico el monte!
Cuán melancólico el valle!
Hondos gemidos resuenan
En el seno de la tarde,
Y otro mas que todos lúgubre...

Pobre madre!

LOS OJOS DE LAURA

Como diamantes negros
Miro tus ojos,
Con sus pestañas rizas
Y luces de oro,
Y su mirada,
Como el alba risueña,
Sí, como el alba.

Que en esta noche oscura
Que á mi alma asombra,
Son ellos, como rayos
De blanca aurora,
Que el cielo pálido
De mi esperanza triste
Van sonrosando.

Si tus labios, que se abren
En dos corales,
Suspiran ó sonrien,

Se alegra el aire;
Tus ojos bellos
Alegran á las almas
Que están sufriendo.

Cuando tu seno alza
Su blanda onda,
Parece, como al viento,
Banda de rosas;
Tus negros rizos,
Cual de ébano, sueltos,
Mil corderillos.

Pero si de tus ojos
Las dulces niñas
Miran piadosas, Laura,
Todo suspira;
Y cuando airadas.....
¡Airadas! en el cielo
No hay iras, Laura.

Mírame pues con ellos
Toda la vida,
Y será mi honda noche
Cual claro día;
Que son tus ojos
Dos ángeles serenos
Del cielo hermoso.

ADIOS

I

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llévale mi triste acento,
Llévale mi adiós á Lola,
Nube que vas por el viento!

Onda trémula del río
Que vas tu amor murmurando,
Llévale ¡ai! el llanto mio,
Tú que vives sollozando,
Onda trémula del río!

Avecilla cantadora,
Suelta las alas y vuelva

Y cántale, con la aurora,
Cántale mi cantinela,
Avecilla cantadora!

Y tú, dulce y tierno Amor,
Dile á Lola desde aquí,
Cuál me tiene, Amor, á mí
Su dolor y mi dolor!

Que si tú te vas, dejando
Sola mi alma noche ó día,
La pobre alma se iría
Detras de tí suspirando.

Dile que cuando la lumbre
Del sol corona el ocaso,
Va conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre;

Y sobre el altivo monte,
Lleno de este dolor mio,
Miro las vegas y el rio,
Blando Tuy, al horizonte;

Y en el azul olēaje
De la inmensa lejanía,
Miro á Lola, Lola mía,
Como tímido celaje!

Flores que delante de ella
El cuello vais doblgando,
No lloreis, que amor es blando
Y es levísima su huella.

Bajo sus piés, dulce olor
Suspirad, y nueva vida
Os dé mi Lola querida!...
¿No da la vida el amor?...

No hagais como estas que moran
Cerca de mí, que me miran,
Pobres flores! y suspiran
Y como suspiran, lloran!

Que es Lola luz suave y pura,
Es amor, dulce alegría,
Y yo soi, en mi agonía,
Dolor de la noche oscura.

.

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,

Llévale mi triste acento,
Llévale mi adios á Lola,
Nube que vas por el viento!

II

La tarde, suelto el cabello,
Va, la ropa descogida,
Y á llorar y amar convida
El rostro pálido y bello:

Tu amas, Tarde, al sol que viste,
Que te deja triste y sola;
Yo ví tambien y amo á Lola
Que me deja solo y triste.

Pues hai, Tarde, entre ambos hoi
Una inmensa simpatía:
Tu eres la melancolía,
Yo melancólico estoi.

Yo miro palidecer
La incierta luz de tu frente,
Á medida que á Occidente
Baja el sol á fenecer.

Mira tú que el rostro mio,
Como va el celage huyendo,
Va tambien palideciendo
Melancólico y sombrío.

En tu seno, murmurantes,
Como de lágrimas llenas,
Van las fuentes, inserenas,
Y las auras, suspirantes.

En mí murmura y espira
Fuente de inmenso dolor
Y son suspiros de amor
Estas notas de mi lira...

Mas ¡ai! que la excelsa lumbre
Cayó al fin al hondo Ocaso. .
Ven conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre!...

Sombra que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llévale un hondo lamento,
Llévale mi llanto á Lola,
Sombra que vas por el viento!

ANAIDA

Á MI AMIGO JOSÉ RAMON YEPES

Garza del lago indiano,
Que al son murmura de la lira ardiente
De aquel poeta hermano;
Florequilla inocente,
Que el lauro tejés de su clara frente;

Oh Anaida! bien venida
Del turbio Guaire á la corriente undosa,
Que en sangre va teñida
De la turba furiosa,
¡Ay! y de cuanta sangre generosa!

Llega en las níveas brumas,
En que naciste al sol, y toma asiento;
Dame con rizas plumas
Aire del dulce aliento
Que tú suspiras y que aroma el viento!

Y encendido en tus ojos
El estro pobre mio, ya olvidado,
Dígate los enojos
Del pecho congojado,
La muerte de aquel padre tan amado!

Mas de tan hondo duelo
¡Á qué agora quitar el paño duro,
Si, al remover el suelo,
Mi espíritu inseguro
No es fuerte á penetrar al antro oscuro?

¡Ay! sopla de mi frente
Esta llama que anubla mi memoria,
Y dime dulcemente
De él la ansiada historia,
Si le abrasa el amor ó si la gloria!

Y sepa, puesto caso
Que á la cumbre camine de Hipocrene,
Que no lleve su paso

La senda del Pirene,
Sino la de este sol grande y perene!

Que busque la escondida
Choza, escapada á la sangrienta ola
Que lanzó embravecida
Sobre la triste y sola
Raza de amor la bárbara española,

Y allí, como en la ruina
De la torre so el rayo quebrantada,
Mire cómo se inclina
La raza abandonada
Al torpe fanatismo y á la espada,

Y cual sobre la losa
De la tumba perdida en el desierto,
En su frente rugosa,
Mire, en vagar incierto,
La memoria de un pueblo todo muerto!

¡Ay! que su altiva pluma,
De la india gente, en su primer ensayo,
Tinta en sangrienta espuma,
Diga el hondo desmayo
Y el furor de los hijos de Pelayo,

Y con ronca armonía
Ascienda al éter, en sentir profundo,
La lúgubre elegía
Del grande y errabundo
Pueblo que hollaba la mitad del mundo,

Y vuelva á la memoria
De la presente edad el ultrajado
Inca de infausta historia,
El Cacique esforzado
Y el dolor de aquel pueblo aun no llorado!

Tal piden á tu aliento
Tupac y Guicaipuro y Motezuma.
¡Cuánto de noble intento!
¡Cuánto vuelo á la pluma!
¡Cuánto al bardo feliz de gloria suma!

JESUS MARÍA SISTIAGA

Jesus María Sistiaga nació en Carácas el 19 de Enero de 1823. Fueron sus padres el Dr. José de Sistiaga, magistrado integérrimo, y la Señora Carmen Lovera.

Sistiaga hizo sus estudios en la Universidad Central de dicha ciudad y á los 22 años habia obtenido el último grado académico en las facultades de Filosofía y Jurisprudencia. Ha desempeñado los mas altos puestos en el órden político y en el judicial, habiendo sido Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, miembro de la Corte suprema de Justicia y Presidente de la Superior en distintas épocas.

Sistiaga ha sido colaborador activo de diversas publicaciones políticas y literarias y sus escritos llenos de chiste y de sátiras indican el género de literatura que ha preferido y en el cual sobresale cada vez que, poniendo á un lado sus habituales quehaceres, se dedica á las letras.

ESTOY POR LAS FEAS

Hai un hecho, señores, bien probado,
Un hecho por demas particular,
Hecho sobre que pocos han hablado
Y que á mí me provoca á disertar.

Es el caso que nunca hubo poeta,
Desde el mas inspirado al mas ramplon,
Que al retratar su Filis ó su Cleta
No pinte una celeste aparicion.

Y á tanto llega esta pueril manía
Que apellidan Neréida á una mujer...
El cambio á un pez de espada agradaria,
Pero á un hombre, señor, no puede ser;

Que no hai vate tan zurdo y tan belitre
Que quiera contemplar á su Asuncion
Con el rostro bronceado del salitre
Y comiéndose crudo un tiburon.

Hai necios que en su furia rutinera
Á una Vénus comparan á su amor,
Sin pensar que la tal fué una bolera
Sin vergüenza ni pizca de pudor.

Ello es que desde tiempos mui remotos
Llenos están los fastos de *carmin*
Y de los vaporosos alborotos
De tanta *Estrella* y tanto *Querubin*.

Pero hoi ¡ gran Dios! cien mil vates pichones
Nos asfixian con *gasas* y con *tul*,
Con *turpiales*, *palmeras* y *visiones*
Y blancos *cabezales* y *Bulbul*.

Yo, pues que, por la fuerza de mi sino
Ó por cierta maligna tentacion,
Me siento inclinadillo de contino
Á hacer á los demas la oposicion,

Voi á probar que es una tontería
 Aquello de *albo seno, breve pié,*
 De *aliento embalsamado de ambrosia*
 Y de cosas que todo el mundo vé;

Que el descosido que á una tuerta adora,
 En lo tuerto encontró la inspiracion;
 Que la jiba que á algunos encocora,
 Á otros muchos aumenta la pasion.

He conocido un sabio consumado
 Destilando á torrentes el amor
 Por Dorila... de rostro acartonado
 Y con un narizon que era un primor.

Pero es esta la lei de los caprichos,
 Que en gustos nadie puede decidir,
 Pues por mujeres que unos llaman bichos,
 Mil otros se apresuran á morir.

Mas permito que exista esa hermosura
 Que llaman los amantes *dulce iman,*
 Y que á mozos de seso y de cordura
 Los transforme en un blando mazapan.

Aun asi, mi lector, fuerza es que creas
 Que prefiero por mas de una razon
 Sobre todas las bellas á las feas,
 Aunque brame la célica region.

Que es cierto que fué linda doña Elena,
 Pero caro, por Dios, costó á Ilion,
 Y mas tarde la bella Ana Bolena
 Anegó en sangre la feliz Albion;

Y aunque algunos en trovas de melaza
 Me citen bellas y hermosuras mil,
 No les he de entregar, por Dios, la plaza,
 Ni han de lograr ponerme en fuga vil;

Que para contestarles tengo quorum,
 Sin maldito el trabajo, vive Dios!
 No tengo mas que abrir el Flos Sanctorum,
 Do para cada linda hai feas dos.

Ahora bien ¿hubo nunca una bonita
 Tan llena de dulzura y de pasion
 Como una bizca, y mas si es cascadita
 Y ha pasado viruela y sarampion?

¿Dónde hallarse podrá tanta constancia
 Como en una menguada de nariz,
 Que viaja sola hasta la misma Francia,
 Sin cometer jamas ningun deslíz?

Y en cuanto á ventajas reales
 Hablad, casados, por mí,
 Puesto que sufrís los males
 Y caprichos infernales
 De la desposada hurí!

Para mí tengo por cierto
 Que esposa de linda faz
 Hace dormido á un despierto,
 Y solo cuando está muerto
 Tiene su cónyuge paz.

Y si es fea rematada,
 Es hacendosa hasta el fin,
 Siempre amante, reservada
 Y mui poco codiciada
 Del vecino figurin.

Y si es bella, como el vino
 Tiene un picante vapor
 Que pone al cuyo mohino
 Y le hace perder el tino
 Con su diabólico ardor.

Que la fea es cuidadosa,
 Religiosa sin igual,
 Mui aseada y officiosa
 Y la joya mas preciosa
 De la vida connubial.

Y la linda es veleidosa
 Mariposa en el pensil,
 Siempre altiva y desdeñosa
 Y cuanto ella es mas hermosa,
 Es mas carga concejil.

Y la fea con la aguja,
 Siempre empleada en su labor,
 Á su cónyuge no empuja,
 Ni lo acosa, ni lo estruja
 Con suares y tocador.

Y la linda gasta en trajes
 Hasta el último doblon

Y os adeuda con encajes,
Gorras, cintas y otros gajes.
¡Oh Dios! ¡Qué revolucion!

¿Y la fidelidad? ¡Oh Dios eterno,
Libranos por piedad de todo mal!
Quiero por novia un trasco del infierno
Antes que una esrecencia capital.

Quiero cargar con una mujer *roma*
Que tenga la figura de una col,
Antes que las pupilas me carcoma
Una damita linda como un sol.

Yo quiero al retirarme por la noche
Encontrar quien endulce mi pesar,
No una Perí que sin piedad me boche
Y, cuando he de dormir, me haga velar.

Quiero mujer que, cuando esté yo enfermo,
No ande con ascos al basilicon;
Que me consuele, si me ataca el muermo,
Y me meta por fin en el cajon.

UNA CORRIDA DE TOROS

Yo que nací, señores,
Mui léjos de la tierra de los lores
Y que no soi tudesco, ni en mi porte
Muestro tener parientes por el Norte,
Pues en mi sangre siento
De la raza moruna el ardimiento;
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida
Casi media centuria de mi vida,
Y que, por consiguiente,
Nadie puede tacharme de imprudente,
Ya que en aqueste tiempo turbulento
Por los años medimos el talento,
Pues nos hasta ser viejos ó callados
Para ser unos sabios consumados,
Voi á llenar el mundo
De un asombro profundo
Cantando la terrible batahola
De los toros lidiados por la cola.

Era la tarde de un hermoso dia
En que todo convida á la alegría;
El sol recoge un tanto
Su comburente manto
Y por los aires trina
Sus cantos lastimosos
En dejos amorosos
La tierna golondrina:
Mil bellezas galanas
Adornan las ventanas
De cuatro calles reales
Cercadas por los puntos cardinales.
Ello es que habia novillos
Con lazos en los cuernos, amarillos,
Juntos en el toril, como en chiquero.
La tarde, lo olvidaba, era de enero.

Pues, señores, al caso!
Veinte potros al paso,
Rucios, zainos, overos,
Van montados por sendos caballeros,
Llamados en la silla hácia adelante,
Con un aire triunfante,
Como que en tales sustos y tropeles
Han de segar manojos de laureles.
El uno allá en la esquina
Requiere su pretina
Y ajusta por entero
La robusta cintura con un cuero;
El otro que la cincha siente floja,
Del caballo se arroja
Y alzando la coraza con la frente
La aprieta fuertemente;
Que es cosa dura y de mui mal agüero
Salirse por las ancas de un trotero;
Cuál, viendo á su querida
Tras la reja escondida,
Ase del hierro con robusta mano,
Sobre un estribo, ufano,
Descuelga el cuerpo todo
Con garbo y de tal modo
Que escuche la querella
De su amorosa bella
Para que no se esponga de tal suerte
Á recibir la muerte;

Todo con gran secreto,
 Que es hombre el coleador asaz discreto.
 Mas ¡ai!... que ya revienta,
 Enhiesta la cerviz,
 Alta la cola,
 Cual bala de pistola,
 Un novillo de cuenta,
 Rasgando el aire con la hendida planta
 Con tal velocidad, con furia tanta,
 Que la calle despeja
 Y todo el mundo ceja
 Huyendo cual bandada de palomas;
 Que la fiera, por Dios, no está de bromas.

Oh! si me diera el númen que me inspira,
 La sonora lira
 Con que del mismo infierno
 Sacó un marido tierno
 Á su mitad querida,
 (Gran maravilla de una edad que es ida)
 Ó siquiera el salero
 De Píndaro ú Homero,
 Para que resonara la voz mía
 En Rusia, en Australasia y en Turquía!
 (Y no hablo aquí de chanza,
 Que bien valen dos cuernos una lanza.)
 ¿Quién un toro que cuenta seis abriles
 No contempla en la cólera de Aquiles?
 ¿Y arrastrando á un ginete,
 No hiciera el toro al fin con el pobrete
 Lo que el griego inhumano
 Hizo por gusto al capitán troyano...?

Pues como iba diciendo de mi cuento,
 Mas ligero que el viento
 Corria, desalado,
 Un novillo encerado
 Y detras, cual cohetes,
 Un grupo de ginetes
 Disputando con voces y con maña
 La cola de la rápida alimaña :
 Horrible trance, fiero,
 Para el toro, caballo y caballero.
 En ese crudo instante
 No hai nada que no espante

Á los espectadores,
 Ni que arredre á los bravos coleadores,
 Que para ver contentas á sus damas
 Son hombres que se arrojan á las llamas.
 Firmes en los arzones,
 Recogido el aliento,
 Sin compasion ni tiento
 Aguijan sus bridones
 Y aprietan las rodillas
 Y crujen de los potros las costillas;
 Que les va en su destreza
 El puntillo de honor y la cabeza.

¡Oh Júpiter tonante!
 Tú que, á mas de ser Dios, fuistes amante,
 Y amante tan ladino,
 Que andabas de continuo
 Saciando tus pasiones
 Con mil transformaciones ;
 Tú que, por mas decoro,
 Te convertiste en toro
 Por libar del placer la dulce copa
 Con la divina Europa :
 Haz que mi musa tímida
 Me inspire cantos épicos
 Y encienda el estro bélico
 Bajo apariencia insípida,
 Para que el mundo estático
 Halle versos magníficos,
 Punzantes y dramáticos
 Y un sí es no es satíricos,
 Pues ¡por tu nombre! que llegó el momento
 En que yo he menester tu valimiento!

Dejamos, cual azores
 Tras el ave altanera,
 Persiguiendo la fiera
 Á muchos coleadores.
 Tres descuelgan los brazos
 Espuestos á morir en mil pedazos ;
 Mas el que lleva el toro á la derecha,
 La ocasion aprovecha
 Y hace suya la gloria,
 Porque mira segura la victoria.
 Empuja su corcel, tiende la mano,

Toma la cola de que está sediento,
 Y, lleno de ardimiento,
 Jura entre dientes no soltarla en vano;
 Y dobla la carrera,
 Que llegan de la valla á los confines;
 Ase con la siniestra de las crines
 Que acarician las astas de la fiera,
 Y con la fuerza ingente
 De un semidios potente,
 Tira con tal empuje y tanto cierra,
 Que va rodando el animal á tierra;
 Y al estruendo que causa la caída
 De la bestia vencida,
 Un grito clamoroso
 Resuena en aquel coso,
 Proclamando al autor de tal coleada
 El rei de la jornada.
 En tanto el vencedor detiene el potro,
 Mira á un lado y á otro
 Y lo revuelve al paso
 Al lugar del fracaso,
 Mirando de soslayo
 Los cascos de su bayo
 Y flotante la negra cabellera;
 Que el sombrero voló con la carrera.
 No se detiene allí; sigue y pasea
 La calle en que coleó, porque desea
 Que quien le viera en tan temido instante,
 Ora contemple su triunfal semblante,
 Ó, mas que todo, porque su Narcisa
 Le regale al pasar una sonrisa.

Quede, pues, entre tanto
 El fuerte coleador envaneado
 Con el triunfo obtenido,
 Y vuelvo yo á mi canto;
 Que allá miro á sus otros compañeros
 Convertidos ahora en rejoneros,
 Pues tal fué la caída,
 Que triste y abatida
 Yace la res mugiente
 Con el dolor que siente:
 Zafadas las pezuñas,
 No hai palancas ni cuñas
 Que obliguen á la fiera

Á lanzarse de nuevo á la carrera;
 Mas ¿qué importa que el toro lastimado
 Yazga en el empedrado,
 Desangrándose el mísero á torrentes,
 Si quedan por colcar aun otras gentes?
 ¿No fuera al hombre en mengua
 Mostrarse compasivo
 Al dolor escesivo
 Que no espresa la fiera con la lengua?...
 ¡Alza! ¡arriba animal! gritan en coro
 Las turbas que se apiñan junto al toro;
 Híncanle con mil puntus aceradas,
 Y su saña inclemente
 Hierve en imprecaciones y pedradas.
 El animal paciente
 Lanza al aire mugido lastimero;
 Procura levantarse, mas en vano,
 Que ya perdido su vigor primero,
 No puede complacer á su tirano;
 Y es mucho que no deje por despojos
 Líquidos los cristales de sus ojos.

Vuelven, pues, al toril: sale un lebruno
 Que al mismo destapar ensarta á uno;
 Y es gusto ver entónces las ventanas
 Cuajadas de levitas y sotanas
 Y, salvando la piel en los zaguanes,
 Damas acicaladas, ganapanes,
 Ministros y manolas;
 En fin, las calles solas,
 Pues, como llevo dicho,
 Á todos infundió respeto el bicho.
 El mísero corneado,
 Á una casa vecina trasladado,
 Pide en su desventura
 Los auxilios del médico y del cura:
 ¡Empeño vano! pues, por mas que quiera,
 No hai medio de salvar la talanquera.
 En tanto las carreras y los gritos,
 Los tambores y pitos
 Y un chubasco de frases coloradas
 Aturden las cabezas mas templadas;
 Y para hacer mayor la baraunda,
 La gente vagabunda
 Echa fuera del coso

Un torito barroso,
Bichito de cosquillas
Que un caballo cogió por las costillas.

En fin, la misma escena
Se repite mil veces;
Se rompen los jaeces;
La música resuena;
Aquí se vé un herido
Y mas allá un contuso,
Pero no hai que asombrarse : ese es el uso
Y lo mas halagüeño y divertido.

Mas ¡oh dolor! del negro manto el broche
Va soltando la noche;
Ya suenan las viguetas desatadas
De las empalizadas;
Se llevan el ganado
Sangriento y aporreado,
Que al día siguiente en condiciones tales
Se engullirán los míseros mortales;
Y por postre y final se escucha el bando.
Cornetas y tambores,
Y voces y clamores,
Acompañados de instrumentos raros
Que llaman en la tierra *guarataros*,
Van por todas las calles proclamando
Los capitanes que en el día siguiente
Se han de encargar de divertir la gente.
Tres son nombrados para los novillos,
Y tres para la música y cohetes;
Luego damas que adornen los ginetes
Con lazos colorados ó amarillos,
Y tres personas mas, las mas euitadas,
Se encargan de poner empalizadas;
Dando por fin aquella chamuchina
Un viva, en cada esquina,
Á los claros varones
Que han merecido tales elecciones.

¡ Oh distraccion preciosa,
La mas grata y sabrosa
Que pueden contemplar humanos ojos !
Casi me dan antojos
De retar á los pueblos de la Europa,

Que marchan viento en popa,
Á que digan si puede haber cultura
Donde no hai colcadura,
Ó si pueden marchar artes y ciencias
Sin aquestas torunas emergencias.

Yo pues, que solo he sido
Un narrador cumplido,
Doi gracias al Eterno,
Pues que, por su bondad ó su clemencia
Escribo aquí donde la misma ciencia
No vale tanto como vale un cuerno.

LA VIDA EN RIO-CHICO

« Bello es vivir ! la vida es la armonía, »
Dijo un poeta que no estuvo aquí,
Porque el bribon la vida pasaria
Como suele decirse : así, así.

« Bello es vivir ! » por cierto que lo creo,
Haciendo versos, respirando amor,
Saltando á la medida del deseo
De pensil en pensil, de flor en flor.

« Bello es vivir ! » si no hai otro tormento
Que fastidiarse en medio del festin,
Tomar la capa, si está helado el viento
Y empaquetarse luego en un quitrin.

Bello, mui bello, dividir las horas
Entre el prado, la ópera, el café,
En requebrar á niñas y señoras
Y dar despues un pascito á pié !

Convengo en que la vida es la armonía,
Si se vive gozando sin cesar ;
Si uno puede decir : tengo por mia
Cuanta riqueza alcanzo á desear.

Pero venid ¡ oh bardos ! á Rio-Chico !
(No quiero que paseis ni el Aguazal
Sino que, á guisa de veloz perico,
Volando atraveséis tanto andurrial.)

Echad, echad el ancla, desgraciados,
Y en la plaza mayor sentad el pié ;
Mirad al frente, atrás, á entrambos lados :
Lo que despues dijéreis os creeré.

Veremos si encontrais inspiraciones
En ese rio que no veis correr,
Ni da nunca al viajero tentaciones
De acercarse á su márgen á beber ;

Veremos si le hallais tan raudo y puro
Como el Tórmes ó el manso Yurubí,
Ó si de vuestros cantos al conjuro
Sus aguas cruza celestial hurí ;

Veremos si ese lodo que os circunda
Y que os habrá de salpicar al fin,
Os da tambien inspiracion fecunda
Para hacer un cuarteto ó un sextín ;

Yo os diré si es armónico y es bello
Que os persiga de plaga un escuadron,
Y que desde la planta hasta el cabello
Os meta sin cesar el aguijon.

Es menester, caros compinches míos,
Antes de hablar del mundo tanto bien,
Zabullirse en el fango de estos ríos
Y sentir la ponzoña del jejen ;

Ver como reina aquí la calentura
Y la buba tenaz y el sabañon ;
Contemplar tanta escuálida figura,
Tanto convaleciente barrigon,

Tanto perro que ladra y quita el sueño,
Tanto zancudo, en fin, tanto puyon,
Que á cabo llevan el tenaz empeño
De encajaros su incómodo aguijon.

Oh vates que habitais la rica Europa,
Fastidiados de industria y de placer,
Que por pena teneis cambiar de ropa
Y soportar un mes á una mujer ;

Vosotros que arrullados por el cierzo
Y henchidos de champaña y chamberten
Despabilais un suculento almuerzo
Y os figurais que el mundo es un eden ;

Vosotros que viajais por todas partes
Durmiendo, si quereis, en un sillon,
Que admirais los prodigios de las artes
Y morís de vejez y consuncion !

Venid, repito, aquí, venid, amigos ;
Tomad la lira, el arpa ó el laud,
Vuestras coplas cantad por estos trigos
Do reina toda especie de inquietud ;

Donde el vivir es un vivir muriendo,
Donde todo es dolor y aficcion,
Donde viven su estrella maldiciendo
El pobre, el rico, el bueno y el bribon !

Y ya que el negro cuadro, aunque en bosquejo,
Con ruda mano me atreví á ensayar,
No vayais á arrugar el entrecejo
Los que visteis la luz en tal lugar !

Que no es mi culpa ni la vuestra, hermanos,
Que no sea un pais de promision,
Ni que estén ocupadas vuestras manos
En matar el mosquito y el puyon.

Ni sospecheis que pienso de otro modo,
Si de otros pueblos yo quisiese hablar,
Pues, á mi ver, el territorio todo
Tiene un aspecto bien particular.

Es la América patria de caimanes,
De congorochos, zapos y cien-piés,
De monos, papagayos y tucanes
Y gentes con el alma de traves.

Aquí viven y moran á su anchura,
El bachaco, la pulga, el temblador,
El morrocoi con su cubierta dura,
El tigre, la macagua y el condor.

Aquí nacen ministros á docenas,
Cada madre da á luz un General ;
Tenemos reglamentos... ¡ cosas buenas !
Y un gobierno ilustrado y paternal.

En lugar de caminos, hai montañas
Donde cualquiera puede, á su eleccion,
Buscar desaforadas alimañas
Y hallar de malas yerbas un millon.

Aquí tenemos grandes oradores,
Y puede decir misa un sacristan ;
Tenemos comandantes y doctores
Como súbditos tiene un caimacan.

Aquí trabaja el bobo para el vivo,
Aquí es necio quien tiene ocupacion,
Y no hai negocio, á fé, mas productivo
Que conspirar ó hacer la oposicion.

Aquí llaman artista al artesano
Y al maestro de escuela profesor,
Ninguno habla en estilo campechano,
Ni se atreve á cantar, si no es tenor.

Aquí abundan los grandes literatos,
Soberbios escritores hai sin fin,
Aquí escriben en verso hasta los gatos
Y hasta los monós hablan el latin.

Y si quereis buscar hombres de seso,
Habitantes del mundo de Colon,
Aquí los hallaréis en el Congreso
Labrando el bienestar de la Nacion.

Perdonad, pues, si al esplanar mi idea
De Rio-Chico tan solo hablé yo aquí :
La tierra toda para mí es mui fea,
Desde *Carácas hasta el Potosí*.

EL CUENTO

DE

UN GATO Y UN RATON

Un señor de copete
Que manejaba el Fisco el año siete,
Guardaba en su despensa,
En cantidad inmensa,
Mui ricas provisiones
De chorizos, jamones,
Conservas, quesos, ostras y cecinas
Y otras mil golosinas,
Colgadas en lo alto
Para garantizarlas del asalto

Y de los malos tratos
De perros y de gatos,
Que, como en casas grandes es costumbre,
Andaban en confusa muchedumbre.
Tan cierto estaba el dueño
De que era vano empeño
Para el gato mas ágil y flexible
El poder atrapar un comestible,
Que siempre estaba abierta
De aquel rico depósito la puerta,
Y entraba con frecuencia
(Admirad la paciencia !)
Un espléndido gato,
Solo para gozar con el olfato
De las emanaciones escitantes
De aquellos jamoncitos tan flamantes,
Pues no pensó jamas el desdichado
Atrapar el mas mínimo bocado.
Mas quiso su fortuna
Que una noche de luna
En que miraba al techo
Y suspiraba hasta romperse el pecho,
Descubriera un gordísimo raton
Que estaba ¡ oh qué embeleso !
Dormido sobre un queso ;
Y observando al momento
Que era vano el intento
De alcanzar con un salto
Aquel lugar tan alto,
Cambió de baterías
Y así dijo con mil zalamerías :

EL GATO.

Ilustre ciudadano,
Vuestro tipo romano
Y el talento profundo
Con que admirais al mundo,
Me fuerzan, en verdad,
Á ofreceros mi amor y mi amistad.

EL RATON.

En tu amistad no creo
Porque tus uñas veo
Y siempre has dado caza
Á mi valiente raza.

EL GATO.

Allá en los tiempos bárbaros, es cierto
 Que algun raton he muerto;
 Mas la divina luz del cristianismo
 Desterró mi egoismo,
 Y ya soi otro gato,
 Mas humano y sensato,
 Que mira en tí un portento
 De amor y sentimiento.
 ¡ Ah! si me fuera dado
 Estar siempre á tu lado
 Oyendo tus lecciones
 Y admirando tus raras perfecciones!
 Pero la grande altura
 En que moras me llena de amargura.

EL RATON.

Tienes razon en parte,
 Oh pobrecito ñarte,
 Y tu candor alabo;
 Pero, dime ¿ qué piensas de mi rabo?

EL GATO.

Tu rabo es un magnífico presente
 Con que el cielo clemente
 Ha querido ensalzar tu gentileza,
 Mostrando su poder y su grandeza.
 Ó soi un ignorante y nada valgo,
 Ó al hombre desrabado le falta algo;
 Mas me duele en esceso
 La nuca y el pescuezo:
 Bájate, amigo mio,
 Déjame contemplarte á mi albedrío!

EL RATON.

Yo sé que eres mi amigo;
 Mucho me gusta conversar contigo;
 Mas me asaltan memorias
 De sangrientas historias,
 Y así no estrañarás de mi hidalguía
 Que yo te pida alguna garantía.

EL GATO.

Oh Dios! mui bien merece
 Este pobre animal que nace y crece

Misero y desdichado,
 Que un héroe invicto como tú, criado
 Para admirar las gentes
 Con tus dotes pasmosas y escelentes,
 Llegue á dudar un tanto
 De mi sincero llanto
 Y recuerde un pasado
 En que tanto he pecado.
 Si nada vale mi acendrado amor
 Ni mi intachable honor
 Para determinar á su excelencia
 Á dejar por un rato esa eminencia,
 En un negro agujero
 Mui léjos viviré del mundo entero,
 Hasta que al fin la muerte
 Término ponga á mi terrible suerte.

EL RATON (*enternecido*).

No mas, no mas : ya basta!
 Eres, oh gato, la bondad en pasta,
 Hablas con elocuencia
 Y ya vas á gozar de mi presencia. —

¡ Poder de la lisonja,
 Capaz de doblegar hasta una monja!
 El ratoncillo al punto, dicho y hecho,
 Se bajó pavoneándose del techo,
 Con un aire tan vano
 Como el mas estirado soberano;
 Y no bien tocó el suelo
 Cuando el gatazo al vuelo
 Le dió dos manotadas
 Y lo estrechó por fin en las quijadas,
 Haciendo del raton una comida
 Gustosa como pocas en su vida.

*Yo he conocido á muchos que se pagan
 De adulaciones viles y se embriagan
 Hasta entregarse inermes, maniatados
 Á la merced de pillos desalmados.*

EL SAMURO CATEDRÁTICO

En un valle que riega el Amazonas
Existe un grande imperio de animales,
Que han visitado ya muchas personas,
Por cierto mui veraces y formales.

Hai allí de notable un buen Liceo
Dotado de escelentes profesores,
Que han llevado la ciencia á su apogeo
Y poblado la tierra de doctores.

No sé cuál de las aulas presidía
Un soberbio magnífico samuro,
Cuyo talento y gran sabiduría
Son circunstancias de que estoi seguro.

Sus discípulas eran las palomas,
Y escuchaban atentas las lecciones
Que amenizaba el maestro con sus bromas
Y anécdotas de muertos á millones,

Narrando con facundia encantadora
Mil historias de espléndidos banquetes,
Recuerdos de una guerra asoladora
En que se hartó de potros y ginetes.

Mostraban las alumnas repugnancia
Cuando escuchaban tanto desatino;
Pero ved lo que puede la constancia
Y machacar y darle de contino :

Iban tomando amor las mui tunantes
Y mas se aficionaban cada dia
Á lo que tanto detestaban ántes
Y que tan solo horror les infundia,

Cambiando de tal suerte sus ideas,
Que enviaron al maestro una persona,
Pidiéndole, por premio á sus tareas,
Acompañarle á alguna comilona.

Accedió el profesor, y una mañana
Con todas las palomas se encamina
Á los confines de una gran savana,
Donde encontraron carne mortecina.

Yo no quiero contar (por puro aseo)
Lo que hicieron aquellos animales :
Hubo paloma que en aquel bureo
Aventajó las hienas y chacales,

Mostrándose el samuro mui ufano
De ver que las palomas sin empacho
Picotearon con ansia, en vez de grano,
Un sucio y asqueroso *carapaço* ;

Y cuando del banquete, entusiasmadas,
Saboreaban lo opíparo y lo bueno,
Marchándose á sus casas estropeadas,
Mui sucio el pico y con el vientre lleno,

Esclamaba el samuro en tono enfático
Y con cierto airecillo doctoral :
¡ Es mucho lo que puede un catedrático
Para inspirar á un niño la moral !

EL

ARRIERO Y EL PEREGRINO

Por un camino angosto
Y bajo el fiero sol del mes de Agosto,
Un arriero cazarro
Guiaba veinte mulos con un burro.
Iban todos ahilados
Y mui bien rabiatados,
Listos y quietecitos,
Al son de garrotazos y de gritos,
Reniegos, maldiciones
Y pinchazos, pedradas y empellones.
El burro estaba tuerto ;
Un macho rucio con el pecho abierto ;
Las mulas mas añejas,
Unas sin rabo, otras sin orejas ;
En fin, la recua entera
Estaba de manera,
Que solo al ver de un animal el cuero
Se adivinaba el genio del arriero.
Pero Dios que es mui grande y providente,
Hizo que se mostrara de repente

Un santo peregrino
 Que caminaba acaso aquel camino,
 Y esto precisamente en el momento
 En que el pobre jumento,
 Yo no sé por qué causa ó circunstancia,
 Se soplabá un astazo de sustancia
 Al son de interjecciones y bufidos,
 Que eran para taparse los oídos.
 El prudente varón
 Dió al arriero su santa bendición
 Y con voz reposada así le dijo :
 « Queridísimo hijo,
 No es necesario que con modos tales
 Maltrates á estos pobres animales ;
 Llévalos con cariño,
 Como se lleva un niño ;
 No les des tanto palo ;
 Que eso es, hijo, muy malo,
 Ni para nada sirven esos gritos
 Que los hacen temblar, los pobrecitos,
 Pues las mulas y potros
 Son tan hijos de Dios como nosotros. »
 Oyó el arriero este discurso todo
 Y al punto contestó con muy buen modo :
 « Mi reverendo padre,
 Desde que al mundo me botó mi madre,
 Si mi cuenta no falla,
 Sé yo como se trata esta canalla,
 Pero, por sus respetos,
 Los voy á dejar quietos :
 Gobiérnelos usted por el camino
 Para ver como llega á su destino ;
 Yo no me meto en nada
 Y trate como quiera á la manada. »
 — Lo que el padre quería :
 Toma el gobierno lleno de alegría,
 Desata los ronzales
 De aquellos animales
 Y para arrear decía :
 — ¡ Arre, mulita mía ! —
 Aquí á mi lado ponte !
 No te tires al monte ! —
 — No te quedes, machito !
 Anda mas ligerito ! —
 — Camina, burriquito, con mas juicio ! —

No vayas á caer al precipicio ! —
 Y los guiaba en fin, con tal ternura
 Que aquella era en verdad vida y dulzura ;
 Y en consecuencia, sin hacerle caso,
 Iba la recua aflojandito el paso :
 Se echaban unos, otros desbandados
 Se iban metiendo en todos los sembrados ;
 Uno tumba la carga,
 Otro su par de coces le descarga ;
 El asno se revuelve
 Y todo, un zafarrancho se le vuelve.
 El peregrino á todos atendía ;
 De uno al otro corría,
 Llevando su heroísmo
 Hasta hablarles de honor y patriotismo,
 Porque no le dejase mal parado
 En el encargo aquel que habia aceptado ;
 Mas la recua insolente
 Yergue por fin la frente
 Y alegando á una voz su autonomía,
 Dijo que no quería
 Someterse á la agena voluntad
 Sino vivir en plena libertad.
 Con tanta impertinencia
 Voló del peregrino la paciencia :
 Les echa cuatro ternos,
 Los manda á los infiernos,
 Reparte bordonazos de lo bueno,
 Y sale aquella recua que era un trueno,
 Andando con tal prisa y tal ardor,
 Que verla era un primor.
 Entónces el arriero socarrón
 Dijo al santo varón :
 Muy buena es la dulzura, padre mio,
 Mas, por el amor de Dios, no se alborote
 Si digo que á las veces mas confío
 En el temple tenaz de mi garrote.

*Lo mismo que las bestias es la gente :
 Aquellos que no entienden de razones,
 Necesitan tambien en ocasiones
 Reprimirlos mostrándoles el diente.*

DELICIAS

DE UN EMPLEO SUBALTERNO

Qué dulce y qué sabroso es un empleo!
 Dicen los tontos, ¡oh qué ceguedad!
 Y si lo obtienen, les parece feo
 Y lloran su pérdida libertad;

Y melancólicos
 Echan de ménos
 Los ratos buenos
 Del niente far,
 Porque es mas tónico
 Andar de tuna
 De doce á una
 Y..... reposar.

Mirad á Don Calixto, aquel tunante,
 Alegre, bailador y dormilon;
 Notad cómo ha cambiado su semblante,
 Y solo está agregado á una seccion.

Siempre el espíritu
 Acongojado,
 Siempre alcanzado
 Al fin de mes,
 Tórnase estúpido,
 Nada comprende
 Y cuanto emprende
 Sale al revers.

Hizo mimos al Gefe y al portero,
 Miétras fué pretendiente, el camastron;
 Hoi se muestra orgulloso y altanero,
 Porque al cabo logró colocacion.

Oculto el mísero
 Allá en su pieza,
 Con la cabeza
 Hecha un volcan,
 Contempla estático
 Tanto legajo,
 Tanto trabajo
 Para hallar pan.

Pero al fin tiene el cargo de archivero;

Está metido entre espedientes mil;
 Ellos, los comprobantes y el tintero
 Van á ser su jardin y su pensil.

Levanta lánguidos
 Los tristes ojos
 Y con enojos
 Vé á don Zenon,
 Que como un sáIRO
 Ruge y se afana,
 Noche y mañana,
 En un rincon.

Luego divisa allá en el horizonte,
 Como un negro fantasma, el porvenir:
 ¡Él convertido en mueble, en mastodonte,
 Él..... que ha nacido para ser visir

Y allá en el Bósforo
 Andar bogando,
 Riendo y fumando
 En su bajel,
 Y no, hecho un fósforo,
 Verse la presa
 De tanta mesa,
 Tinta y papel!

Él que ha visto al señor Don Emeterio,
 Que en lo entendido nunca tuvo igual,
 Envejecer allá en el Ministerio,
 Embrutecido, y sin tener un real!

Y piensa el público
 Que tal empleado
 Está fondeado,
 Es un Nabab:
 ¡Oh qué canónigo!
 Qué mas prebenda!
 Qué mas hacienda!
 ¡Viva el maná!

Y no puede ya andar el desgraciado;
 Y la gota le acosa sin cesar;
 Y pues que el pueblo tal se ha pronunciado,
 Del sueldo en bueno tiempo no hai que hablar.

Vaya qué dédalo
 Hai en la casa:

Doña Tomasa
 Parece un can,
 Cobra la fámula,
 Gritan los micos,
 Chicas y chicos
 Le piden pan.

En tanto el infeliz se desespera;
 No hai allí quien se rinda á la razon;
 ¿Qué hacer...? pues la comida no da espera,
 Va á pedirla por Dios á un bodegon.

Luego una cáfila
 De peticiones,
 Seis camisonos,
 Botines diez;
 Vienen los párvulos,
 Piden muñecos
 Y dulces secos.
 ¡Qué pesadez!

« Reniego, dice entónces, del destino
 Que tantos sinsabores me ha de dar.
 ¿Y cómo compro el pan y cómo el vino?
 Pues vamos... al bufete á trabajar!

Y llegue pálida
 La horrible muerte :
 Esa es mi suerte.
 Qué debo hacer?
 Pero no in sólídum
 He de embromarme :
 Quiero casarme,
 Quiero muger..

Vamos pues á buscar la compañera
 Que venga á conllevar mi situacion,
 Que me cierre los ojos cuando muera
 Y llore cuando esté yo en el cajon.

No pienso tímido
 Que nadie acuda
 Tras una viuda
 Sin un doblon;
 Y si hai gazzápiro
 Que tal pretenda,
 La antorecha encienda :
 Es mi opinion. »

LOS TOROS Y LOS ZORROS

En un pueblo del Llano,
 Cuyo nombre no tengo aquí á la mano,
 Pueblo mui conocido en todas partes
 Por su amor á las ciencias y á las artes,
 Por sus preciosas niñas
 Y, mas que todo, por las ricas viñas
 Que dan frutos opimos
 En dorados, dulcísimos racimos,
 Habitaban en paz y en armonía,
 Ya por mui largos años,
 Mil pintados rebaños
 Que los campos poblaban
 Y las gustosas yerbas saboreaban,
 Tan frescas y abundosas,
 Como süaves, tiernas y olorosas.
 Así vivian en calma,
 Sin sentir la ambicion que mata el alma,
 Cuando al llegar un dia á la majada.
 Hallaron congregada
 Una turba de zorros
 Con relucientes gorros,
 Que bajaron allí de la montaña,
 Por haberse agotado ya la caña,
 Los pollos, las gallinas
 Y demas suculentas golosinas.
 Con suplicantes voces
 Pintaron los atroces
 Dolores y los crudos sufrimientos
 De sus panzas y estómagos hambrientos.
 Los toros condolidos,
 Al oir sus lamentos y quejidos,
 Mostraron su nobleza
 Dividiendo con ellos su riqueza,
 Y era gusto el mirar como en el prado
 Juntos vagaban zorros y ganado.
 Así andaban en uno
 El ganado zorril con el toruno,
 Cuando una noche bella cual ninguna,
 En que la clara luna
 Plateaba las colinas
 Y allá entre las encinas

Jugueteaba gozoso
 Un cefirillo blando y bullicioso,
 Quiso el zorro decano,
 Zorro ladino y vano,
 Divertir el pacífico concurso
 Con un elocuentísimo discurso
 Y subiéndose al punto en un tranquero
 Así dijo el cuadrúpedo mañero :
 « Señores! no es mui triste
 Que un animal de cuernos y que embiste,
 Tenga miedo y se asombre
 Á la vista del hombre
 Y ande como las fieras
 Buscando su alimento en las praderas,
 Cuando en las trojes cuelgan temblorosas
 Mil racimos de uvas deliciosas?
 Dios prodigó sus dones
 Sin esas repugnantes exclusiones
 Y en los campos brindó frutas maduras
 Sin distincion á todas sus criaturas ;
 De manera que todos los vivientes,
 Ora sean brutos, ora inteligentes,
 Deben gozar á una
 Con la raza toruna
 De todas las riquezas que la tierra
 Por su inmensa bondad guarda y encierra.
 El hombre se regala día y noche
 Comiendo cuanto encuentra á troche y moche,
 Mientras que vuestra raza desgraciada
 Gime desheredada
 Ó bien bajo el arado,
 Ó ya buscando yerba por el prado.
 ¡ Oh, toros valerosos,
 Animales hermosos
 De tanta fuerza y brio,
 Alzad la voz contra ese trato impío ;
 Mostrad vuestros instintos soberanos
 Derrocando el poder de los humanos ;
 De tanto bien marchad á la conquista !
 No hai nada que os resista,
 Y no pasareis mas por el sonrojo
 De comer el mastranto y el abrojo.
 No, no es dado á mi musa
 (Sírname esto de excusa!)
 Describir las terribles alharacas

Que formaron los toros y las vacas
 Victoreando la hermosa trinidad,
 Libertad, igualdad, fraternidad.
 Y aprovechando el pasmo
 De aquel creciente, fêrvido entusiasmo,
 Dos toros de cogote
 Tomaron la vanguardia á largo trote,
 Y el resto de la tropa en el momento
 Secundó el movimiento,
 Guiando como jefe soberano
 El zorro mas anciano.
 Así anduvieron por un corto trecho,
 Con el bélico ardor henchido el pecho,
 Hasta que hicieron alto en el lugar
 Donde hallaron, esentos de pesar,
 Reunidos zagales y pastores,
 Del pueblo los pacíficos señores,
 Á la sombra tañendo sus rabeles
 De las trojes de uvas moscateles.
 Mujiente, atronadora la torada
 Embiste aquella gente desgraciada
 Repartiendo cornadas á destajo ;
 Fué tal el desparpajo
 Que solo conservar pudo la vida
 Quien supo abandonarse á pronta huida.
 Mientras herian hombres y muchachos
 Con sus sangrientos cachos
 Los toros inhumanos,
 Los zorros mui ufanos
 Miraban la matanza, encaramados
 En las trojes de ricos emparrados,
 Riendo á su sabor
 Y regalando el vientre con ardor.
 De vuelta ya triunfante
 La tropa rumiante
 (No sin dejar cien muertos,
 Amen de los heridos y los tuertos)
 Alza sus tristes ojos
 Y mira con enojos
 Aquella multitud de fementidos
 Que las sabrosas uvas se comian
 Y de los toros ningun caso hacian.
 Amenazas, denuestos horrosos
 Lanzaron en su furia á los raposos ;
 Bramaron tanta injuria

Como abogado en lites en la curia ;
Hasta que al fin, logrando un breve instante
De calma, palpitante
Se alza el zorro decano
Y así dice en estilo soberano :
« Id, animales viles, id, cornudos,
Estúpidos gahnápiros, rabudos,
Inclinad el cogote
A comer gamelote,
Marchad á arar la tierra :
Solo en eso se encierra
Vuestra brutal mision,

Que no es propia de bestias la ambicion.
Solo os necesitamos, insolentes,
Para poner en fuga aquellas gentes
Que guardaban cuitadas
Las uvas que mirais aquí colgadas.
Idos, canallas, y no hai mas que hablar :
Solo es dado á los zorros el trepar.»

Tomad esta patética leccion,
Hombres ilusos que marchais valientes
A morir como bravos combatientes,
Para llenar la bolsa de un bribon.

DOMINGO RAMON HERNÁNDEZ

Domingo Ramon Hernández vió la primera luz el 4 de Agosto de 1829 en Carácas. Debe á sus honrados padres, el Sr. Ignacio Evaristo Hernández y la Señora Matías Curvelo, el haber recibido la educacion elemental que, atendidos sus escasos medios de fortuna, pudieron darle, pero solo debe á su talento y á su constancia el haber completado su educacion literaria, dedicando al estudio las horas que le dejaban libres sus ocupaciones.

Hernández comenzó á darse á conocer como escritor por los años de 1847 y desde entonces hasta hoy ha publicado un gran número de composiciones poéticas en los diversos periódicos políticos y literarios de Carácas.

Domingo Ramon Hernández es indudablemente uno de los mas renombrados poetas de Venezuela.

LA CAMPANILLA

Á MI AMIGO JOSÉ M. RÓJAS

Azul como los cielos,
Modesta campanilla
El pavimento esmalta
De solitarias ruinas.

Las lluvias la embellecen,
Los astros la iluminan,
La besan mariposas
Y el aura la acaricia.

Su peregrina historia,
Que el ánima contrista,
De boca de una anciana
La oí contar un día.

Sentada en una piedra
De musgo circüida,
Con trémulos sollozos
Lloraba al referirla.

Yo la escuchaba atento,
Miétras la flor tranquila
Brillaba con los rayos
De un sol que ya moría.

— Este desierto escombros
Fué un tiempo una casita
En donde con Violante
Contenta yo vivía.

En todo este contorno
La gente campesina
Violeta la llamaba
Desde que fué muy niña.

Amante y ruborosa
Y cándida y sencilla,
Catorce primaveras
Contaba de su vida.

Era blanca ; su boca
Como conchuela fina,
Que del coralpreciado
Avergonzó la tinta.

Su pelo de azabache
Formábale sortijas
Que, si de pié se estaba,
Hasta sus piés caían.

Sus ojos eran negros
Y grandes ; su sonrisa
Algo mirar dejaba
Del cielo donde habita.

Tan bella criatura
Era, Señor, mi hija,
La luz de mi esperanza,
El sol de mi alegría!

Aun me parece verla,
Buscándome solícita,
Bajar los escalones
De aquella galería.

Y en tardes como esta,
Adornada de cintas
Paréceme mirarla,
Brindándome caricias,

Después que con guirnaldas
Fragantes se ceñía,
Que entónces hubo rosas
En donde veis ortigas,

Y purpúreos claveles,
Flamencas amarillas,
Morados heliotropios
Y blancas margaritas

Allí donde hora ostentan,
Con profusión tristísima,
El tártago sus hojas
Y el cardo sus espinas.

Aun me parece verla
Y aun me parece oirla ;
Mas ¡ ah ! que me distraigo
Con ideas prolijas.

Sin querer se me agolpan
Imágenes tan vivas,
Memorias tan amargas,
Escenas ¡ ay ! tan íntimas ;

Que en vano de mi mente
Pretendo desasirlas,
Y en mi dolor recuerdo
Lo que olvidar debía.

Perdone usted simplezas,
Que solo causan risa
Á los que nunca lloran
Prendas de amor perdidas.

Perdone usted !.... soy madre
Y.... fije usted su vista
En dirección del guamo
Que desde aquí se mira !

Pues detrás, donde ahora
Vuelan las golondrinas.....
Cerca de aquella fuente,
Hacia su izquierda orilla,

Con verde enredadera
De flores purpurinas
Cubierta, una cabaña
En otro tiempo habia.

Del plátano á la sombra,
Canorasavecillas
Cantaban en su techo
Del sol la bienvenida,

Mientras de olor suave
Sus ámbitos henchian,
Cargadas de fragancia,
Las auras fujitivas,

Y bella se mostraba
Sobre la caña erguida,
Como penacho de oro,
La rubicunda espiga.

Juan, labrador, la joya
De toda esta campiña,
Jóven, con pobre hacienda,
Pero con alma rica,

Moraba allí, mezclando
Sus rústicas fatigas
Con dulces esperanzas
De no lejanas dichas.

Era su pensamiento
Ser de Violante un día
Esposo y de mis canas
Honra á la par que ejida.

Amábalo Violante
Y.... poco á poco iban
Fundándose en un alma
Dos almas tan queridas :

Así como miramos,
Al soplo de la brisa,
Dos chispas luminosas
Fundirse en una chispa.

Mas ah! las esperanzas
De no lejanas dichas
Duraron lo que duran
De un sueño las delicias.....

La guerra comenzaba,
La guerra en que debía
Despedazar cadenas
La espada de Bolívar.

Juan, que en silencio amaba
La Libertad, bendita
Diosa que con su aliento
Las almas electriza,

Juzgó vergüenza innoble
Vivir en la ignominia
Y abandonó del campo
La soledad pacífica.....

« Voy á cojer laureles
Para tu frente límpida »
Dijo á su prenda amada,
Llorando en su partida.

« Toma esta flor que adoro,
Guárdala y no permitas
Que la consuma el rayo
De la traicion impía !

« Aquí torne yo á verla,
Como tu faz, purísima,
Y al punto nuestras almas
Dios una y en Dios vivan ! »

Calló y partió. Cual gamo
Traspuso esa colina
Y se perdió á lo léjos
Por la montaña umbria.....

Tras ese amargo instante
¡ Qué cosas, nunca escritas,
No vieron estos ojos
Por estas cercanías !

Lenguas que las pregonan
Son ¡ ay ! estas reliquias,
Que restan del albergue
Donde perdí la hija.

De la techumbre, muerta
Quedó bajo las vigas,
Y un muro fué su losa
Sin inscripcion ni cifra.

Que, en tarde funeraria,
La cólera divina
Trocó nuestras viviendas
En tumbas derruidas.

Yo huí desesperada ;
Pasé noches y días,
Sin pan, sobre las hojas
Del árbol desprendidas.

Al fin, como Dios siempre
Nuestro dolor alivia
Y enjuga nuestro llanto
Con mano compasiva,

Calor hallé en la choza
Que está de aquí vecina,
Y pan y traje nuevo,
Por mano de una amiga.....

Después de muchos años,
Y en una tardecita,
Cuando entre rojas nubes
Lánguido el sol espira

Así como á esta hora
Que el corazón atrista,
En que las aves callan
Y los reptiles silban,

Ví que de un potrero negro
Que el polvo deslucía,
Se desmontó un jinete
De faz desconocida,

El cual en este escombros,
Diciendo : « Aquí vivía ! »
Entró como saeta
Del arco despedida.

¿ Quién puede ser ? ¿ qué busca ?
Me dije y de puntillas
Me vine como sombra
Por verle sin ser vista.....

Allí, solo, lloraba,
Postrado de rodillas,
Y en esa flor abierta
Sus lágrimas caían.

Luego aplicó sus labios
En donde el tallo afirma,
Cuando de pronto claras
Estas palabras vibran :

*Aquí torne yo á verla,
Como tu faz, purísima,
Y al punto nuestras almas
Dios una y en Dios vivan !*

Dí un grito, « él es ! » diciendo,
Mas él ya nada oía,
Que él vió, cual lo anhelaba,
Su voluntad cumplida.

Há poco paseando
Por tan desiertas ruinas,
Azul como los cielos
Miré la campanilla ;

Las lluvias la embellecen,
Los astros la iluminan,
La besan mariposas
Y el aura la acaricia.

ALAS DE MARIPOSA

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allá en el Oriente
El crepúsculo, esplendente
Precursor de la mañana.

En los cálices silvestres
De recién nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres.

Un niño las perseguía
Y, arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.

— ¡ Qué es esto ! esclama al momento
El incauto simplecillo,
Viendo un lijero polvillo
Que se disipa en el viento.

— ¡ De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor !

Ese despojo que vuela
Y que á tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.

Calló la madre amorosa ;
Y él en edad tan temprana
Vió escrita la lei tirana
Con alas de mariposa.

EPÍSTOLA

Á MI AMIGO HERIBERTO DELMONTE.

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

¿Quejas me das, inolvidable amigo,
Por mi glacial indiferente modo,
Siendo como eres de mi mal testigo?

Quiero escribirte y responderte á todo ;
Pero ántes deja que mi lengua impura
Bendiga al Dios que me formó del lodo ;

Que aun en la noche tenebrosa, oscura
De nuestras ciegas vanidades veo
Lo que debe mirar la criatura :

— Falso todo, hasta el mundo del deseo —
Por eso nunca en la terrena gloria,
Ni aun en mis sueños de poeta creo.

Me dices que es mui dulce la memoria
De los famosos genios que brillaron,
Lauros ciñendo que ensalzó la Historia ;

Mas contempla tambien cómo pasaron,
Contéplalo y verás que solo fueron
Seres que ajeno sin cesar probaron.

¿Qué les vale la gloria, si sufrieron?
¿Pueden ver su apoteósis triunfadora
Desde el triste sepulcro en que se hundieron?

¿De qué sirve al cantor trova sonora,
Si ha de ser siempre, por su voz sentida,
Lúgubre cisne que cantando llora?

¿Si nunca su esperanza ve cumplida,
Si lleva henchido el corazon de duelo
Hasta el postrer instante de la vida?

Ah ! los abrojos del ingrato suelo
Solo recoge el genio en su amargura,
Hallando por corona su desvelo,

Ya copie el manto de la noche oscura
Bordado de luceros brilladores,
Ya pinte la virtud, ya la hermosura,

Ya el prado lleno de vistosas flores,
Ya imite el ruido de la mansa fuente,
Ya el canto de los dulces ruisiñores.

Y si esto alcanza de la edad presente,
Fúlgida edad de luces coronada,
¿Qué ha de esperar de la futura gente ?

— Lo que de la presente en la pasada.....
Acaso un monumento que se eleva
Sobre el cimientto de la oscura nada ! !....

Dulce cantor, el que en la frente lleva
Foco de inmensa luz, genio infinito,
Amarga copa de veneno prueba.

En el mundo el talento es un delito
Y vale mas ser huésped de la tumba
Que entre los hombres parecer proscrito.

Y ¿ así pretendes que á tu fe sucumba
Mi fe que se alza en el sendero triste
Donde la voz de la verdad retumba ?

Ah ! tú has creído que ilusion existe
Aquí en mi pobre corazon cansado
Que apénas sus latidos ya resiste !

Lágrimas vierto por mi error pasado,
Pues tambien como tú miré á lo léjos
Limpio horizonte de cristal dorado.

Allí la gloria contemplé en bosquejos,
Y eran ricos y varios sus colores,
Como del sol los fúlgidos reflejos.

Quise verla otra vez y hallé vapores,
Que era solo ficcion de mi sentido
En la mágica edad de los amores.....

Presumo que no halago así tu oído,
Pero ¿qué quieres? la verdad no es grata,
Pues viene á ella el desengaño unido;

Y del mortal en la existencia ingrata
Que lauros mira entre ilusiones de oro,
La verdad hiela, el desengaño mata;

Pero no á mí que por mayor tesoro
La excelsa, la inmortal filosofía,
Há largo tiempo, en mi retiro adoro.

Aun mas sobre este punto te diría,
Mas pasemos al otro en que te juro
Que brilla sin rival tu fantasía.

Y aquí, mi dulce amigo, te aseguro
Que contrariar tu falso pensamiento
Es, á mas de sensible, amargo y duro.

Mas si lo que me dices solo es cuento,
Aunque vestido de color de rosa,
Fuera aceptarlo temerario intento.

Afirmas que en mi patria *portentosa*
Ya levanta el progreso su cabeza
De laureles ceñida, luminosa.

Aquí mi mente á comprender empicza
Que has dejado la tierra por la luna,
Y el alma se me oprime de tristeza.

De progreso no hai ráfaga ninguna,
Y no esperes ¡oh bardo! que nos brinde
Con tan rico presente la fortuna.

Al espresarlo, el corazón se rinde
Al peso del dolor, pero no importa:
Nunca mi voz de la verdad prescinde.

La historia, bardo, de mi patria es corta;
En ella intacto el patriotismo brilla,
Mas hoy contemple tu mirada absorta

El sello de esa historia sin mancilla:
— Civil discordia con furor sangriento,
Única lei... la bárbara cuchilla. —

Y en tal desolacion, en tal tormento,
¿ Pueden las artes ostentar sus galas?
¿ Puede su vuelo alzar el pensamiento?

Al silbo horrendo de encendidas balas,
En los horrores de espantosa ruina,
¿ Cuándo el progreso desplegó sus alas?

Ángel de paz, su claridad divina
Derrama sobre pueblos y ciudades
Que el rayo de la guerra no calcina;

Y en las continuas, recias tempestades
Que agitan nuestra infausta Venezuela,
¿ Derramará sus regias claridades?.....

El tiempo, vigilante centinela
Del pasado, el presente y el futuro,
Que cuanto existe y existió revela;

El tiempo, el tiempo con su acento duro
Á nuestros nietos les dirá que hicimos
Por la ambicion su porvenir oscuro.

Les dirá que entre sangre nos hundimos,
Que, para colmo de vergüenza y duelo,
Patria y Honor y Libertad perdimos!!

Y ¿aun esperas mirar en este suelo
Émulos mil de Rioja y de Cervántes
Al sacro Olimpo remontando el vuelo?

Y ¿aun las glorias divisas, deslumbrantes,
Raudas exhalaciones pasajeras
Que brillan y se borran inconstantes?

Si esto, poeta, en tu ilusion esperas,
Presta oído al laud que me acompaña,
Y olvidando del mundo las quimeras,
Pon tu esperanza en Dios que nunca engaña!

Á CARÁCAS

Entre cerros escondida,
Bajo fúljidos celajes,
Con los rayos de la aurora
Que de Oriente alegre sale,

Te contemplo, ciudad bella,
Grato asilo de mis padres,
Sin rival encantadora,
Como no te soñó nadie.

Tú te muestras á mis ojos
Cual trasunto de un paisaje
De esos ricos que se forman
Con las nubes en los aires;

Que te esmaltan con sus perlas
De tus ríos los cristales,
Trasparentes cual tu cielo,
Cual tus auras, murmurantes;

Y te ceden un tesoro
Los tupidos cafetales
De sus ramos, cuyos frutos
Rojos son como granates.

Ceñidores de esmeralda
Te dan lánguidos los sáuces,
Fresca sombra y pomas de oro
Tus naranjos y bucares;

Te dan sonces las corrientes,
Te dan música las aves
Y las flores sus perfumes
Con la luz del sol que nace.

¡Oh ciudad! cuyos hechizos
Prestan son á mis cantares,
Cuna egreja de varones,
Timbre y prez de las edades,

No hai en tí suntuosos templos,
No hai en tí torres gigantes,
Ni esas obras estupendas,
Maravillas de las artes;

Mas en tí brillan ocultos
Ciencia y genio, cual diamantes
Que en recónditos asilos
Rayos límpidos esparcen;

Y hai un pueblo laborioso
Que en sus improbos afanes,
Con el pobre desvalido
Parte el pan de sus hogares,

Pueblo altivo en las contiendas,
En la paz modesto y grave,
De la fe de sus mayores
Centinela vigilante;

Y por colmo de delicia,
De ventura inenarrable,
Tus mujeres son tesoros
De belleza y de donaire,

Que á la ingénita ternura
Unen siempre sus beldades,
Tez trigueña y ojos negros,
Rojos labios de corales.

Dios te dé, tierra querida,
Dios te dé tanto realce,
Que *ciudad de los portentos*
Las centurias te proclamen;

Y de amargas disensiones,
Sin sangrientas tempestades,
Con sus alas diamantinas
De la paz te cubra el ángel!

Á UN SÁUCE

Verde como esmeralda,
Cubierto de rocío,
Á orillas de este río
Por vez primera en mi niñez te ví:
Primaveral aurora
Cual piélagos esplendente
Desde el lejano Oriente
Su luz de rosa reflejaba en tí.

El cardenal sus alas
De púrpura batiendo,
Del nido iba saliendo
Que ocultaban tus ramas con amor,
Y al despedir al aire
Su canto enardecido,
Del sol recién nacido
Te bañaba el dorado resplandor.

Insectos de colores
En tu tronco brillaban,
Y abiertas te alfombraban
Silvestres flores de fragancias mil,
Mientras en tu ramaje

Música misteriosa
 Leve, pura, armoniosa,
 Formaba el aura del pintado Abril.
 Tú en esas aguas limpias
 En tanto te mirabas
 Y perlas destilabas
 Que el ángel de la noche te regó :
 Así tu agreste pompa,
 Del sol á los destellos,
 Ricos matices bellos
 Ufana ante mis ojos desplegó.
 Despues..... allá en las tardes,
 Cuando en lejana cumbre
 Muere del sol la lumbre
 Y otros astros comienzan á nacer,
 La trasparente luna
 Tus hojas platcaba,
 Y, al verte, palpitaba
 Mi corazon henchido de placer.....
 Pasáronse los dias.....
 Los años se pasaron.....
 Mis ojos no tornaron
 Á contemplar tu aspecto encantador;
 Y hoy que á esta márgen llevo
 Por verte, árbol querido,
 Te hallo en la arena hundido,
 Sin hojas, sin ramaje y sin verdor.
 Las recias tempestades
 Tus galas destruyeron
 Y en tí su albergue hicieron
 Sucios reptiles de asquerosa piel;
 Mas ah! que tú despiertas
 En mí, para tu gloria,
 Dulcísima memoria
 De aquella edad de perfumada miel.
 Y yo,.... tras las borrascas
 De la inconstante vida,
 Planta de muerte herida,
 Del fétido gusano habitacion,
 Ni un rápido recuerdo
 Despertaré dichoso
 De tiempo venturoso,
 ;Ai! ni de breve instante de ilusion.

AL RIO CAURIMARE

Caurimare bullicioso
 Que entre peñascos resbalas,
 Entapizado de flores
 Y coronado de palmas,

Si algun dia, por fortuna,
 Llega mi prenda adorada
 Á visitar tus orillas,
 Á refrescarse en tus aguas,

Dile que aquí en este sitio
 Vine quejoso á cantarla
 Con el pesar en el pecho
 Y la amargura en el alma!

Dile que bajo este puente
 Donde otro tiempo á mirarla
 Llegué por la vez primera,
 Pura cual rosa temprana,

En tarde triste, á la lumbre
 Del sol que al ocaso baja,
 Inútilmente la llamo
 Al lúgubre son del arpa;

Que solo á mi voz responde
 El avecilla que canta,
 El vago rumor del viento
 Y tu murmurio que halaga ;

Que aun á la luz del crepúsculo,
 Medio teñido de grana,
 Cercano diviso el techo
 De su casita de paja!

Y está solitario y triste,
 Mas triste que mi esperanza,
 Pues sus palomas huyeron
 Desde que su dueño falta.

Dile que el toldo tupido
 De cundcamores y parchas,
 Bajo cuya fresca sombra
 Mil veces la hallé sentada,

Y aquel granado silvestre
Y el guamo aquel que inclinaba
Su copa llena de frutos
Tras de su humilde morada,

Y el sáuce aquel tan querido
Bajo cuyas verdes ramas
Al resplandor de la luna
Trovas de amor le entonaba,

Y el jardincito oloroso
De cuyas flores preciadas
Para su frente de virgen
Tejí preciosas guirnaldas,

Todo cuanto ella quería,
Todo cuanto ella adoraba,
Se hundió del labriego rudo
Bajo los golpes del hacha ;

Que de su rústico albergue
Así sucumbió la gala,
Mas que de mi amor el fuego
Aun arde puro en mi alma !

Y si por fortuna ¡ oh río !
Suspira y llanto derrama
Al recorrer de su historia
Tan triste y sensible página,

Ya que testigo tú fuiste
De mi ventura pasada,
Yo recogeré el suspiro,
Tú recojerás sus lágrimas.

VERSOS

ESCRITOS SOBRE LA TUMBA DE MI HIJO DOMINGO

Ya descolorido
Se apaga el destello
Del sol moribundo
Que inspira el dolor,

Y pálida vierte
Su opaco reflejo
La luna, cual triste
Recuerdo de amor.

Aquí en tu sepulcro,
Perdido bien mio,
Solo y sin consuelo
Te vengo á llorar,
Con pecho que el dardo
Sintió del martirio,
Con alma doliente
Que enluta el pesar.

Ah! desde el instante
Que al último sueño
Cerraste los ojos,
Perdióse mi fe.....
Murió mi esperanza.....
Mis dichas murieron,
Y un mundo vacío
De encantos hallé.

La cítara dulce
Que alegre y ufano
Pulsaba en mis horas
De ardiente emoción,
Rodó sobre el polvo
Quebrada en pedazos.....
Y el Ángel de olvido
Le echó su crespon.....

Finaron por siempre
Mis trovas de amores,
Volaron mis sueños
De rico placer,
Cual célicas lumbres
Que brillan veloces
Y en densas tinieblas
Se van á perder.

Ya nada me resta :
Los verdes laureles
Que ansioso buscaba
Del genio á la luz,
Trocáronse en ramos
De mustios cipreses

Que lánguidos cubren
Tu losa y tu cruz.

Tumba solitaria
Del bien adorado,
Tan pobre de flores
De fino matiz,
Dile al que por verte
Detenga su paso :
*Yace aquí la gloria
De un bardo infeliz.*

LOS SUEÑOS

Á UN NIÑO

*Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueños son.*

CALDERON.

Célico niño, que retozando
Vas por el campo de la niñez,
Cogiendo rosas
Y mariposas,
De la existencia dulce gozando,
Solo jugando,
Lleno de encantos y candidez,

El que te inspira dichoso ensueño,
La que te embriaga tierna ilusion,
Niño querido,
Tan divertido,
¿No te figuras que son un sueño
Y es loco empeño
Amar los sueños que sueños son ?

Los dulces besos que da en tu frente
Tu amante madre con sumo ardor,
Los cantos suaves
Con que las aves
Tu abril celebran con la corriente
De blanda fuente,
Son, niño mio, sueños de amor.

Esos planetas mil que resaltan
Y nos hechizan el corazon,
Esos colores
Con que las flores
La selva, el prado y el bosque esmaltan
Y nos exaltan,
Son, niño, sueños de la ilusion.

¡Ay ! que juguetes de las ficciones
Vivimos todos hasta morir :
Todos soñamos
Lo que miramos,
Pues que palpamos, entre ilusiones,
Sombras, visiones,
Que solo saben, niño, mentir.

Y di : ¿qué vale, niño adorado,
Correr cual corres entre ilusion,
Cogiendo rosas
Y mariposas,
Si, cuando acuerdes, verás cuitado :
Solo has soñado
El bien que hoy goza tu corazon ?

Ah ¡ cuando crezcas, pobre inocente,
Mil nuevos goces de edad mayor
Vendrán risueños
Con nuevos sueños,
Que aquella es maga que indiferente
Vierte en la mente
Sueños de gloria, sueños de amor.

Y ni allí cesan, oh niño ! un tanto,
Que aun hay mil sueños en la vejez...
Vé si soñamos
Los que moramos
En este mundo de falso encanto ;
Vé si te canto
Solo los sueños de la niñez !

Que hoy loco sueñas lo que estás viendo,
Mañana sueñas lo que pasó,
Y en esos sueños
Tan halagüeños
La breve vida se nos va huyendo,
Rauda volviendo
Al frágil polvo de do salió.

Mas sigue alegre, sigue gozando
 Las frescas rosas de Abril sin fin;
 Y al compas de esos
 Maternos besos,
 Niño querido, sigue jugando,
 Sigue cazando
 Las mariposas de tu jardin !
 Que de los sueños, los que ambrosía
 Dan é ilusiones, niño, tal vez
 Son los que el cielo
 Vierte en el suelo,
 Y esos tan puros que el cielo envía
 Son, alma mia,
 Los castos sueños de la niñez.

LA LUZ DE LA TUMBA

Á MI AMIGO ARÍSTIDES RÓJAS.

..... y es misterio todo : la ciencia poco
 alcanza, si es que alcanza algo.

SHAKESPEARE.

Hai una luz que brota
 Del fondo de la tumba,
 Que se aviva ó se apaga
 Como la te que mi sendero alumbrá ;

Luz misteriosa y triste
 Cuyo reflejo azula
 Ya la tiniebla opaca,
 Ya el resplandor de la argentada luna.

Errante ya colora
 De algun cipres la punta,
 Ya ilumina la piedra
 Que aun mas que el hombre y sus portentos dura.

Ya recorre los sáuces,
 Ya las cruces circunda,
 Ya cual lámpara inmoble
 Arde en la sombra que el espacio enluta.

Ya se posa en las flores,
 Ya en las yerbas se oculta,
 Ya de nuevo aparece
 Fatídica y tenaz, incierta y mustia.....

Yo que adoro el misterio,
 Aunque mi mente ofusca,
 Y me forjo ilusiones
 Con que divierto mi constante angustia,

Al mirar esa llama
 Que siniestra relumbra,
 Juzgo que con su brillo
 Algo le dice al corazon que duda ;

Pues en noche serena
 Ó de trueno y de lluvia,
 Como luz de otra vida
 Refléjase en el ojo que la busca.....

Y ¿ no será que el polvo
 De las cóncavas urnas
 Encendido revele
 La impenetrable eternidad futura ?

¿ Quién leyó en el osario ?
 Triste página oscura
 Que traducir el hombre
 Nunca ha podido ni podrá ya nunca !

El hombre, cuya ciencia
 Nada esclarece en suma,
 Pues misterio es el aire,
 Ya manso gima ó tempestuoso ruja ;

Y es misterio la planta
 Y el rocío y la bruma
 Y los astros que vibran
 Del firmamento en la gigante cúpula ;

Y esa incógnita fuerza
 Que hácia la gloria empuja,
 La que á Colon dirige
 Por entre escollos y amargosa espuma ;

Y en fin, misterio todo,
 Como esa lumbre mustia
 Cuyo azulado brillo
 Algo le dice al corazon que duda ;

Pues en noche serena
 Ó de trueno y de lluvia,
 Como luz de otra vida
 Refléjase en el ojo que la busca.....

ELEGÍA

I

Cuando al fulgor que derraman
Los astros del firmamento,
Naturaleza reposa
Y alza su trono el silencio;

Cuando el pájaro y el bruto
Y el hombre como el insecto
Tranquilamente rendidos
Yacen en brazos del sueño;

Fijo, en desvelo, mis ojos
En un jardín que poseo,
Cuyos ramajes oscuros
Flores me dan de recuerdos,

Jardín que estando en mí mismo
Tiene por raíz mi pecho,
Hondos suspiros por auras
Y amargo llanto por riego.

En él no nacen las rosas,
Mas hai claveles de muerto
Que en mi corazón resaltan,
Como sobre mármol negro.

En tanto la siempreviva,
Contra la injuria del tiempo,
Muestra sus frescos botones,
Como mis ayes, eternos,

Y en medio de tantas galas
Fúnebres, de cementerio
Brillan los nombres de *Padres*,
Hijos y *Hermanos* que fueron,

Dulces reliquias del alma,
Sombras de puros afectos,
Que no borrará el olvido
Mientras no borre mis versos.

Mas ah! que al fijar mis ojos
En el jardín que poseo,
Llorando esclamo: Dios mío!
Qué triste y solo me encuentro!!

II

Palma que consume el rayo,
Botón que arrebató el cierzo,
Rápida espuma de río,
Ligera chispa de fuego,

Celaje que con el alba
Nacer y morir vió el cielo,
Íris de ricos colores
Que desvanecen los vientos:

Eso fueron mis delicias,
Eso mis dorados sueños,
Eso mis verdes coronas
Y mis esperanzas eso.

Y á fe que es duro quejarse
Sobre espantoso desierto,
Sin árbol que preste sombra,
Sin voz que brinde consuelo,

Y, sin azul horizonte,
Teniendo solo por eco
Nuestro sollozo que el aire
Va murmurando á lo léjos!.....

Por eso al fijar mis ojos
En el jardín que poseo,
Llorando esclamo: Dios mío!
Qué triste y solo me encuentro!!

EPÍSTOLA

Á LA SEÑORA DOÑA ***

¿Por qué, tan injusta, *voluble* me llamas?
Yo en silencio triste la ausencia deploro,
Desde que por rota colgué de las ramas
De fúnebre sáuce mi cítara de oro.

Voluble! mentira: firmeza de acero
Me dieron los hados y emulo al diamante;
Mi amor desde niño fué puro y sincero;
No he sido, Señora, jamás inconstante.

Por eso las nubes que pasan y mueren,
Y nuestros ensueños de plácida calma
Me arrancan el llanto; que el pecho me hieren
Y en mar de congojas sepultan mi alma.

¿Lo dudas? recuerdo leal tus favores
Y de esa, en que vives, risueña colina
Tu choza campestre cubierta de flores,
Que riegan las lluvias y el sol ilumina.

Recuerdo tu huerta que brinda su sombra,
Tu huerta de muros en torno cercada;
Que allí donde esmalta la rústica alfombra
De púrpura rica la fresa encarnada;

Allí donde en grato canoro concento
Celebran las aves sus dulces festines;
Allí donde exhalan aromas al viento
Claveles morados y blancos jazmines;

Allí donde azules y rojas y gualdas
Se ven mariposas que el ámbito inundan;
Allí donde brillan mintiendo esmeraldas
Insectos que el tronco del árbol circundan;

Allí me encontraban la tarde y la aurora
Cantando mis versos que tu repétias,
Mis versos de entónces que miras ahora
Cual sombras rosadas de plácidos días.

Y ¿quién inflamaba del tierno poeta
El númen que imploro y esquivo no acude?
¿Quién daba á sus rimas olor de violeta
Que moja el rocío y el aura sacude?

Ah! tú solamente mi plectro movias,
Tú sola de ideas mi mente poblabas,
Tú sola de lauros mi frente ceñias,
Por premio á los versos que allí me inspirabas.

Y ¿piensas que ingrato pudiera olvidarte
Quien solo á tu lado probó la dulzura,
Quien digno su orgullo cifró en adorarte
Y en verte dichosa su inmensa ventura?

No digas, Señora, que sigue á la ausencia,
Cual sigue á la muerte, de cerca el olvido;
Que afecto en el hombre tan solo es la esencia
De flor deshojada que el viento ha barrido!

Pues, si ves que pasan los duelos y glorias,
Si ves que no hay roble que al fin no sucumba,
Por dicha ó desgracia también hay memorias
Que el hombre se lleva consigo á la tumba,

Memorias de días por siempre llorados,
De días que vimos brillar en Oriente,
Con duelo profundo, de luto rodeados,
Ó en medio á los goces con júbilo ardiente,

Memorias de instantes horribles ó bellos,
Memorias tiranas de tal poderío,
Que truecan en blancos los negros cabellos
Y el rostro nos bañan de tinte sombrío.

Ante ellas, Señora, la vívida lumbré
De nuestra esperanza se aleja y fenece;
Al pecho desgarrá mortal pesadumbre,
La musa se extingue y el labio enmudece.

Por eso, aunque, injusta, *voluble* me llamas,
Yo en silencio triste la ausencia deploro,
Desde que por rota colgué de las ramas
De fúnebre sáuce mi cítara de oro.

Á LA

ESTÁTUA DE BOLÍVAR

Él es! el grande! Al contemplarlo siento
El sacro fuego que al poeta inspira,
Arde como un volcan mi pensamiento
Y se estremece mi sonante lira.
Truena mi voz como huracan violento,
Ó como el aura en el cipres suspira,
Pues columbro enlazados á su historia
Palma de mártir y laurel de gloria.

Héroe Libertador en cuya frente
Puso el Íris sus gasas de colores,
Insólita diadema refulgente
Con los variados tintes de las flores;
Espíritu profético y ardiente,
Que, bebiendo del rayo los fulgores,
Fuiste como centella desprendida,
Que alumbra, que colora, que intimida:

À tu soberbio esfuerzo de gigante,
Derramando su espléndido tesoro,
Sobre nube de púrpura y diamante,
Mostró la Libertad su veste de oro ;
Y al resplandor de su gentil semblante,
Y de himnos mil al armonioso coro,
Nuevo eden que forjó la fantasía,
Grande Colombia de tu amor nacia.

Ella se dispó como la espuma
Que los cambiantes reflejó del cielo ;
Sobre tu alma que el dolor abrumba,
Cayeron sombras de profundo duelo ;
Cegó tu vista sempiterna bruma,
Ciñó tus sienes tenebroso velo
Y de tu noble corazon herido
Murió la llama, se apagó el latido....

Del hondo abismo de la oscura nada
Hoi tornas á la luz, sombra gloriosa ;
Y aunque ya no chispea tu mirada
Y está tu boca yerta, silenciosa ;
Aunque no blandes la fulminea espada,
Envuelto en tu bandera victoriosa,
À tu aspecto de bélica grandeza
Levantarán los libres la cabeza.

No ha de tornar la horrible tiranía ;
Y con júbilo patrio y ardimiento,
Hasta que trema el orbe en su agonía ;
Saludarán tu insigne monumento.
Nadie recordará mi poesía ;
À nadie inflamará mi pensamiento ;
Mas á tu palma y tu laurel en tanto
Bardo mas digno elevará su canto.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

Miguel Sánchez Pesquera nació en Cumaná, capital del Estado Nueva Andalucía, en Venezuela, el 12 de Noviembre de 1851. Sus padres, el Sr. Miguel Sánchez Maiz y la Señora Cármen Pesquera y Espinosa de los Monteros, emigraron á Carúpano en 1853, con motivo del terremoto que destruyó casi completamente á la infausta Cumaná en Julio de aquel año. En 1861 falleció el Señor Maiz y su viuda tuvo que trasladarse á la isla de Puerto Rico para disfrutar del montepío que le correspondía por su padre.

En el Instituto de Jesuitas de dicha isla hizo Pesquera sus estudios filosóficos y en Madrid los de Jurisprudencia civil y canónica, que terminó en 1873, regresando en 1874 á Puerto Rico, donde reside.

En Madrid ayudaron á su educación artística varias celebridades literarias, especialmente los Señores Campoamor, Hartzenbusch y Ayala. Hoy cultiva el género de poesía subjetivo (aleman) habiendo abandonado por completo el género objetivo (meridional).

LA TUMBA DEL MARINO

« Ha muerto ! » dicen desde el ancha nave
Que rauda vuela á la remota España,
« Pues al agua con él ! » con brusco tono
Indiferente el capitan exclama.
Presto envuelven el gélido cadáver
En el tosco sayal de su mortaja
Y atándole á los piés enorme piedra
Tumba le dan entre la mar airada.
Y prosigue la nave su carrera,
Feliz, alegre, impávida y gallarda,
Besada por los vientos de la tarde,
Dorada por la luz de la mañana.
Y yo, sentado inmóvil en la popa
Y el alma triste en angustiosa calma,
Envidiaba la suerte de la nave
Que pudo en tanto alijerar la carga,

Y dije á mi pesar : Si yo pudiera
Mi muerto corazón lanzar al agua,
Cuán alegre la nave de mi vida
Cruzara el bello mar de la esperanza !

AL RETRATO DE MI MADRE

¿ Quién es esa mujer un tiempo bella,
Cual del Eden la sonrosada aurora,
Que ya mostrando de la edad la huella
Entre las naves de ese templo llora ?

¿ Quién es esa mujer que, solitaria
Y envuelta del incienso en el aroma,

Exhala de su labio una plegaria,
Como vuela del nido una paloma?

Una mujer cuya cabeza cana
Simboliza el pesar de los pesares,
Nueva Raquel, que, con la fe cristiana,
Busca su hijo al pié de los altares;

Una azucena cándida, nacida
Al pié del humeante Chimborazo,
Rica perla del cielo desprendida
Que á mi corona de poeta enlazo.

La que arranca la zarza del camino
Y me deja la flor, el ángel bueno
Que me guía en la nave del destino,
Es la mujer que me hospedó en su seno.

Claro lucero de mi noche oscura,
Tú que en mis horas de afliccion bendigo,
Tú eres mi único amor, tú mi ventura,
Y siempre tu retrato irá conmigo.

Él me recuerda que en tu edad primera
Fuiste de encantos oriental tesoro,
Con tu rubia y sedosa cabellera,
Oléaje gentil de luz y oro.

Él me recuerda que en mi patrio suelo
Y en la cuna al mirarte sonreía,
Pues la primera vez que yo ví el cielo,
Lo ví, desde tus ojos, madre mía!

Él me recuerda tu cintura leve,
Tu tez, concha de nácares galana,
Pura como los Andes, cuya nieve
No ha pisado jamas la planta humana,

Y tu mano tan breve, que de niño
En la crencha espiral de mis cabellos
— Ahora en indolente desaliño —
Jugaba alegre y se ocultaba en ellos.

¿Qué es una madre? Fáltame el acento
Y falta á mi garganta melodía.
Preguntadlo en el Gólgota sangriento,
Donde al pié de una cruz llora María,

La estrella que alumbró con sus fulgores
La soledad del mundo y de la vida!

La madre es el amor de los amores,
La madre es el amor que nunca olvida.

Hoy que Jesus en un portal nacido
Extiende al pecador los tiernos brazos,
Recibe un corazon entristecido
Que una ausencia cruel hace pedazos!

Yo solo tengo un pensamiento fijo:
Ser cual mi padre un probo ciudadano;
Yo solo aspiro, madre, á ser un hijo
Como tú bueno y como tú cristiano.

FANTASÍA

Mi alma de la vida en el desierto
Cargada de recuerdos siempre avanza,
Buscando en alas de la brisa un huerto
Donde nazca la flor de la esperanza.

De blanco lino en el flotante velo
Tú eres el ángel que en sus sueños quiso
Enviarme Dios para llevarme al cielo
¡Oh mística Beatriz del Paraíso!

Yo amaba el trueno del volcan que aterra,
La muerte asida al bote de la lanza,
El torrente rodando por la sierra,
El eco repitiendo la venganza.

Pero te miro á tí, naciente rosa,
Y amo la soledad del bosque umbrío
Y amo la flor que osténtase orgullosa,
Ceñida por los besos del rocío.

Rey del dolor, mi imperio de tristeza
Sobre campos y mares el sol dora
Y en la noche eternal de mi cabeza
Cautiva estaba de tu amor la Aurora.

Pero tu rostro á contemplarme inclinas
Y al bello sol de tu mirada ardiente,
Esta corona tétrica de espinas
Aun puede florecer sobre mi frente.

¿Oyes el ruido en que los pinos crecen,
Y al caer de las hojas lo que hacen?

Son besos de placer que se estremecen,
Son suspiros de amor que se deshacen.

Amemos, pues, sobre el estéril suelo;
Posa en mi frente tu brillante ala,
Que para alzarnos al distante cielo
El arco iris servirá de escala.

Hoy quisiera bajar al Océano
Y de la tierra al corazón ardiente,
Por una perla para ornar tu mano,
Por un diamante para ornar tu frente;

Y ser quisiera el aura que perfuma
De tu inocencia la bendita palma,
Y recoger tu lágrima en mi pluma
Para escribir tu nombre sobre el alma.

DESPEDIDA

Fragility, thy name is woman.
SHAKESPEARE.

Voy á partir : el fúnebre consuelo
De mi sombrío espíritu cansado
Es el seno del mar alborotado;
Desde el planeta hasta el azul del cielo
Todo es paz y quietud; el manso río,
El aura blanda, la dormida luna :
Dime, fatalidad, Dios ó fortuna,
¿ Por qué al hombre sarcasmo tan impío?
Solo del mar en la aparente calma
Debe arrojar su tempestad mi alma.
Adios, mujer, adios, porque el tormento,
Desgarra la ilusión, porque lo ordena
Mi enemigo mortal, mi pensamiento.
Rompo de tus encantos la cadena;
La fuga es mi victoria;
Sobre la frente del destino quiebro
El arpa de mis tristes armonías,
Porque escucho un adios en mi cerebro
De algo que muere en mí todos los días.
Es la tristeza en que mi ser desmaya
La de Byron, de Newton y Loyola :

Aluvion de recuerdos á mi playa
Arroja del dolor la amarga ola.
Soy el hebreo errante
Que á vivir sin morir fué condenado;
La fuente de mi llanto se ha secado
Y está la duda en mi razón triunfante.
En un rincón del alma se quebranta
Mi helada fe que entre congojas muere;
La sociedad con su desden me hierde;
La soledad con su silencio espanta.
Un instinto me liga á toda tumba;
Está mi oído en donde está el lamento,
Y donde el cierzo ó la tormenta zumba,
Allí debe rugir mi pensamiento.
Si contemplo en la noche dos estrellas
Que con besos de luz su amor enlazan;
Si dos rosas gemelas que se abrazan
Y con besos de aroma se aman ellas;
El cielo azul, el horizonte de oro,
La luz jugando en el ramaje umbrío,
Mi propio llanto y mi pesar devoro
Y digo suspirando : « ¡ Eso no es mío ! »
Héme aquí en la pendiente de la vida,
Como el arbusto abandonado y seco
Que el leñador indiferente olvida.
¿ Por qué temer la muerte si es un eco
Del mas allá que al cielo nos convida?
Cuando ella cariñosa nos rodea,
Cristo, ¿ por qué temblabas en el Huerto,
Si mi audaz corazón no es mas que un muerto
Que en un sepulcro vivo se pasea ?

¡ Ay del viajero que el turbión de arena
Le sorprendió en mitad de su camino !
¡ Ay del árabe errante y sin destino
Que su Damasco abandonó con pena !
Su frente tostará del sol la llama,
Que ya no han de mirar sus tristes ojos
Ponerse en los calados de su aljama
Donde el muezin le llamará de hinojos.
Con la tribu enemiga
Luchará y vencerá; la caravana
Se rendirá al cansancio y la fatiga...
Su día brilla eterno y sin mañana...
Sus noches el rocío no mitiga...

Y tiene sed... y mata sus camellas...
 Apurando el raudal que guardan ellas ;
 Mas de pronto le finge en lontananza
 La sombra de las vírgenes palmeras,
 Que columpian sus verdes cabelleras
 La engañadora luz de una esperanza
 Y jadeante avanza
 Y solo mira, en su cansado anhelo,
 ¡ Horrible crueldad !... un espejismo
 Y maldiciendo en su tormenta al cielo,
 Solo encuentra la sombra... de sí mismo.

Así soñaba en ilusion dichosa,
 Oásis seductor de mi desierto,
 Hallar las glorias de un eden perdido ;
 Así mujer fué la mentira hermosa
 Del imposible amor que yo he querido.
 De mi dolor en la carrera larga
 Tú eras el lirio que á empezar nacia,
 Divina copa amarga
 Que contiene una miel que es toda mia.
 Tú has sabido con arte cautelosa,
 En este cementerio de mi pecho,
 Labrarte tu sarcófago y tu lecho
 Con el cincel de tu mirada hermosa ;
 Tú puedes en el piano
 Arrancar ; ay ! un trémulo sonido,
 Mas cual la tuya no podrá mi mano
 Arrancarle la nota del olvido.
 Tienes razon : si mis cantares viven,
 Si al vano mundo le parecen bellos
 Y de tu lábio admiracion reciben,
 Yo te lo juro, vivirás en ellos.

Tal vez en el suicidio de la orgía,
 Allá en Venecia, la inmortal sirena,
 Cautiva entre el rumor de su cadena,
 Tu implacable recuerdo alejaria.
 Allí donde las voces y los ruidos
 Son cánticos de amor y sus mujeres
 Son sombras vaporosas de placeres,
 Al compas de los mágicos sonidos,
 Bajo aquel cielo olímpico de estrellas,
 Las penas de mi amor, como sus aguas,
 Cuanto mas hondas ¡ ay ! serán mas bellas.

Sus arcos bizantinos, sus palacios
 Que dora el sol de sus antiguas glorias,
 No evaporan tu ser en sus espacios,
 Ni disipan mi amor tantas memorias
 Del histórico mar que se alimenta
 Con el eterno llanto de los siglos,
 Que oscila como un péndulo y que cuenta
 Sus sombras, sus secretos, sus vestigios.
 Donde empapado allí el céfiro suspira
 En campos de naranjos y de rosas,
 Prendiendo ideas, blancas mariposas,
 En esa Italia, en esa eterna lira,
 Patria del arte y de los génios cuna ;
 Donde bebe sus lágrimas la aurora,
 Donde el dolor como el placer encanta,
 En do la dríada de los bosques llora,
 Donde natura voluptuosa canta
 En cada flor que brota en sus pensiles,
 Imposible, jamas te olvidaria,
 Astro de mis ensueños juveniles
 Musa de mi doliente poesía !

¡ Oh valle, oh campo, oh fuente,
 Donde sentada tantas veces ella
 Rizó su linfa y reflejó su frente,
 Del vago cielo desprendida estrella !
 Yo la dije mi amor, sobre la alfombra
 De las hojas que caen, de los vientos
 Que pasan y no vuelven, á la sombra
 De todo lo que muere, mis acentos
 Inmóvil escuchó, y el cielo en tanto
 Me contempla morir indiferente,
 Sin que yo pueda encadenar su encanto
 Ni su voz disipar mi afan doliente.
 ¡ Ay ! ¡ Cuánta flor marchita, vida mia,
 Sobre tu casto seno, que mi mano
 En lo vedado del jardin cogía !
 ¿ No os acordais de ella y del verano,
 Campanillas azules, muertas rosas,
 Desde ese blanco cielo en que Dios guarda
 Las almas de las flores mas hermosas ?
 Volverá la risueña primavera :
 Ella tambien, y pasarán los años ;
 Pero del alma en la estacion postrera
 No hay nadie que la vuelva sus engaños.

Allí sentada, con tu mano suave
 Trazando caracteres en la arena,
 Con nueva gracia y con encanto grave
 Nueva ilusion endulzará tu pena ;
 Alegres niños te darán en coro
 Otras flores cargadas de rocío,
 Y mientras beses sus cabellos de oro,
 Un nombre llevarán... que no es el mío.

Adios, adios, en apartados climas
 Donde he nacido y no seré profeta,
 Se apagarán mis rimas ;
 Espectador de la comedia humana,
 Asistiré al festin ; al primer acto,
 Los dos amantes á la ley tirana
 Del cruel destino inclinarán la frente,
 Y en ansiedad doliente
 Dirá mi corazon á mi memoria :
 — Ese es mi triste amor, esa es mi historia.—
 Y en el acto final, cuando venciendo
 Las iras de los vientos y los mares,
 Se enlacen y se cuenten sus pesares,
 Me alejaré diciendo :
 — ¿ Por qué vuelven á abrirse mis heridas,
 Si así no han de acabar nuestras dos vidas?

Vendrá el otoño : las caidas hojas,
 Guirnaldas de la tumba del estío,
 Al soplo helado del noviembre frio
 Anunciarán del pecho las congojas.
 La tisis, poesía de la muerte,
 Arrancará del arpa de la vida
 La última vibracion ; su soplo inerte
 Te llevará mi tierna despedida,
 Y si un amigo á mi sepulero llega,
 Apartando la hiedra dirá al mundo :
 — En esta fosa en donde nadie ruega,
 Duerme sin gloria un trovador fecundo,
 Un Virgilio ignorado.....
 Y cuando el tibio sol huya del hombre
 Como alcázar de luz que se derrumba,
 ¡ Ninguna mano escribirá tu nombre
 Sobre mi humilde tumba !

MELODÍA HEBRÁICA

Pastores que abrevais vuestro ganado
 Junto á la fuente de la verde loma,
 Decid en qué desierto, en qué collado
 Ha posado su vuelo mi paloma !

Volverá la cercana primavera
 Y tu no volverás, sol de mi dia.
 Te aguardo del Cedron en la ribera :
 Ven, sin temor, levántate, alma mia !

Porque, sin verte, á mi pesar yo muero,
 Porque ya siento sin calor la vida,
 Y el arpa del amor, porque te quiero,
 La tengo de los saúces suspendida.

Aquí te aguardo en tardes y mañanas
 Y cuento mi dolor á las estrellas
 Viendo las tiendas de Cedar lejanas
 Al blando cabalgar de mis camellas.

Si yo la esencia de tu ser no aspiro
 Junto á las aguas del Jordan risueño,
 No hay olas que suspiren si suspiro,
 Ya no hay almas que sueñen cuando sueño.

Lirios de Edon y de Gessen palmeras,
 Campos de Jericó llenos de rosas,
 Viñedos de Engadí, verdes praderas,
 Ricas en flor y mieles olorosas,

Altos cedros que el Líbano levanta,
 Palomas que allí vierten su querella,
 Suspenden su arrullar cuando ella canta,
 Inclinan su dosel si pasa ella ;

Porque caminas como hermosa nube,
 Y con tu acento el alma me recreas,
 Y es mas dulce que el arpa del querube
 El canto de las vírgenes hebreas ;

Porque en tus ojos, luz de la alborada,
 Para mirar tu corazon me asomo,
 Y tu boca cual flor de la granada
 Para mí guarda cipro y cinamomo.

No soy la pecadora Magdalena
Que vierte el vaso del aceite santo
Á los piés de Jesus : una azucena
Le ofrezco solo á tu celeste encanto.

Mas si pudiera verte yo á despecho
Del mundo entero, humilde volaria
Y ante tus piés el óleo de mi pecho
El vaso del amor lo romperia.

Como flor agostada del desierto
Mis bellos días pasarán sin verte,
Y como el Hombre-Dios allá en el huerto,
Triste llevo mi alma hasta la muerte.

Nadie en el valle por mi mal me nombra;
Mi ciclo está cubierto de tinieblas,
Y tú misma tal vez solo eres sombra
De aire y de luz, de aromas y de nieblas.

Un beso! no... que en tus volubles giros
Tus blancas alas empañar pudieras :
Yo besaré en el viento tus suspiros,
Besaré tu recuerdo cuando mueras.

Si eres una ilusion que se evapora
Y oculta solo en mis entrañas arde,
Huye con la sonrisa de la aurora,
Vuelve con los suspiros de la tarde!

VESPERTINO

La tarde está muy triste;
Cual virgen desposada
La luna está velada
Pensando en Endimion;
Solo en tu dulce piano
Despiértase el sonido,
Como esclavo dormido
Que llama á su señor.

La idea, mariposa
De bullidoras alas,
Al peso de sus galas
Aduérmese en mi sien;

No sueñan los luceros,
Los vientos no palpitan,
Ni las flores meditan
Amando en el vergel.

Los pájaros del bosque
Sus cantos no modulan;
Los árboles no ondulan
Bañados por la luz :
¿ Por qué respira el alma
En lánguido desvelo?
¡ Porque está triste el cielo
Y estás enferma tú!

EL IDEAL

Á MI QUERIDO AMIGO

GUILLERMO BELMONTE MULLER

Vuelve otra vez sobre mi triste frente,
Fuego inmortal de inspiracion divina,
Como la luna pálida y doliente
Que refleja su luz sobre una ruina,

Como un beso del viento en el vacío
Desciende de la flor al tierno broche,
Como una blanca perla de rocío
Á los mustios cabellos de la noche!

Voz que en mi jóven corazon sonaba,
Que en las alas del viento se mecia,
Que el ave dulcemente murmuraba
Y otra voz desde el cielo repetia,

Vuelve otra vez, que si al desierto mundo
Nunca falta en su cita la mañana,
¿ Cómo habrás de faltar, númen fecundo,
Al cantor de la tierra americana?

Yo quiero amar una ilusion, un sueño,
Aura, vapor, rocío de la aurora,
Bajo un cielo de záfiro risueño,
Algo que brilla y pasa y se evapora.

Miro del monte en los flotantes velos
La fugitiva lumbre de su huella,

Cuando brilla el semblante de los cielos
Y entreabre sus párpados la estrella.

Tal vez cruza veloz entre el follaje
Del aura mansa en el voluble giro,
Y del mundo en el férvido oleaje
La contemplo pasar, callo y suspiro.

Tal vez mi canto hácia otras playas vuela
À recordar la dulce pescadora,
La enamorada, la gentil Graziela,
Llorando à orillas de la mar sonora.

Tal vez vuela y colúmpiase en el viento,
Cual la paloma cándida del arca,
À Laura consagrando un pensamiento
Y al alma soñadora del Petrarca,

Y recuerda en sus páginas la mente
La vedada mujer del grande Tasso,
Como recuerda el sol desde Occidente
La linda rosa que dejó à su paso.

¡Mujer! Error feliz de la natura!
¿Si el hombre aquí una flor y allí un aliso
Y un eden en sus sueños se figura,
Cómo formar sin tí su paraíso?

Si el sol bebe la luz en los destellos
De tu arquétipo de inmortal belleza
Y en el flotante mar de los cabellos
Que coronan tu olímpica cabeza;

Si has descendido al mundo entre las brisas
Con dulce gracia que à gozar provoca;
Si es un hermoso nido de sonrisas
Y es un capricho del amor tu boca;

Si tienes una lira en tu garganta;
Si tus cejas de Dios, bellos antojos,
Son dos arcos de triunfo que Él levanta
Para que asome el alma por tus ojos,

Tus ojos ¡ah! océanos del cielo
Donde se ven los ángeles girando,
Cuando en eterno y apacible vuelo
Pasan las glorias de Dios cantando!

En Colombia el magnífico Amazona
Corre hácia el mar bellissimo y sereno,

Y de impetuoso y de inmortal blasona
El río de mi amor que va à tu seno.

¡Ven, niña, ven! un pabellon de flores
El genio de mis cantos me ha ofrecido,
Un trono para alzar nuestros amores
Y un corazón para adorar nacido.

Mas ¡ay! yo siembro amores en el viento;
Si no comprenden tu dolor profundo,
¿Por qué, dime, incansable pensamiento,
Trepas de sol en sol, de mundo en mundo?

Si, aunque dejes la cárcel de la vida,
No puedes columbrar en lontananza
La dicha con que el cielo te convida,
Ni el florido país de la esperanza!

¡Adios, hermosa! Cuando el mar se calma,
La huella de una nave se divisa:
Quede solo en los mares de mi alma
La huella divinal de tu sonrisa!

ESPAÑA Y AMÉRICA

Yo sé que nada sé; mi nombre oscuro
No flotará del tiempo en la corriente;
Mas si hoy del alma el entusiasmo es puro,
Yo soy aquí la voz de un continente.

Si del pueblo, terror del agareno,
Romper osámos los terrenos lazos,
Hoy, España, nos miras en tu seno,
Y tú de nuevo estás en nuestros brazos.

Un mismo sol nos dió la fantasía,
Iguales en dolor como en fortuna;
Una misma bandera nos cubria,
Y un mismo idioma nos durmió en la cuna.

Digamos à la par, llenos de gloria,
Que bajo un mismo sol hemos nacido,
Que es, en el mapa inmenso de la historia,
Mas grande que el Atlántico, el olvido,

Y que esta union, collar de corazones,
Que bendice el Señor y el hombre crea,

Sea el anillo nupcial de dos naciones,
La gran cadena de los Andes sea!

MADRIGAL

Todo tiende á su fin : el manso rio
Va á sepultarse al piélago bravo,

El rayo tiende al imantado acero,
Del rocío la gota cristalina
Al tierno corazón de una violeta,
La inspiración divina
Al corazón del infeliz poeta,
El águila del cielo
Al nido tiende en la encumbrada roca,
Y el beso de mi amor, con blando vuelo,
Al nido tiende de tu dulce boca.

DIEGO JUGO RAMÍREZ

Diego Jugo Ramírez nació en Maracaibo, ciudad occidental de Venezuela, el 18 de Noviembre de 1836. Fueron sus padres el Coronel Diego José Jugo, ilustre prócer de la Independencia, y la Señora Cármen Ramírez.

Después de haber concluido en la ciudad natal sus estudios filosóficos, trasladóse á Carácas con el fin de dedicarse al estudio de las ciencias exactas y en efecto entró en 1858 á la Academia de Matemáticas como alumno militar. Ascendido á Subteniente y destinado á un cuerpo de línea, vióse obligado á correr los azares de la vida militar, en continua campaña, hasta 1863 en que se retiró absolutamente del servicio con el grado de Coronel.

Ha escrito artículos políticos, folletines, crónicas y revistas teatrales, cuentos fantásticos y varias poesías que han publicado y reproducido las hojas periódicas, tanto nacionales como extranjeras, y durante dos años fundó y sostuvo un periódico literario LA REVISTA, que gozó de general aceptación, tanto en Venezuela como fuera de ella. Hoy está empleado en la Direccion de Presupuesto en el Ministerio de Hacienda.

Diego Jugo Ramírez es un escritor fácil, elegante y castizo y en honra de la literatura nacional deseamos ardientemente que cultive con esmero el campo de las letras, en el cual le tiene reservados el porvenir nuevos y merecidos lauros.

RUINAS

Los placeres de la juventud, reproducidos por la memoria, son ruinas vistas al resplandor de las llamas.

CHATEAUBRIAND.

Á MIS HERMANOS MUY AMADOS

I

He me aquí, fatigado peregrino, con las alforjas de la vida acuestas, mirando siempre hácia atrás para decir adiós al cristalino riachuelo que refrescó mis sedientos labios; al pensil perfumado cuyos aromas respiré anhe-

lante; á la ciudad encantada de mis desvanecidas ilusiones con sus frisos y capiteles de oro y pórvido y sus encajes cincelados en mármol. — He me aquí, apenas á la mitad de la jornada, sentado ya á los bordes del camino, en medio de las ruinas de mi corazón, iluminadas por el pálido fulgor de los recuerdos.

II

Locas esperanzas de la juventud, cándidas ilusiones de mi alma que revoloteábais deslumbrando los ojos del niño con vuestros brillantísimos colores, ¿qué os habeis hecho? Cual la tímida oveja perseguida, que, huyendo del lobo hambriento, deja entre las espinas del bosque los copos mas suaves de su vellon de nieve, fuísteis abandonándome una á una y quedásteis esparcidas por la senda escabrosa que vengo transitando. Á cada paso dejé la huella regada con mis lágrimas; cada aspiracion de dicha murió asfixiada en el vacío glacial del desengaño. Y en tanto jime el alma al sentirse oprimida entre el vaso de arcilla que la encierra, cautiva con esperanzas, que sueña en las rejiones vaporosas de lo desconocido; pobre desterrada que delira sin cesar con los paradisiáicos pensiles de su patria, acosada por la nostalgia de la vida.

III

Aquí, á la mitad de esta jornada trabajosa, rodeado de los tiernos afectos que burló la muerte, al incesante martilleo de la memoria afanada en reconstruir lo que la helada mano del tiempo me arrebató inclemente, mi conturbado espíritu se goza, dando treguas al llanto, en vagar por la nebulosa rejion de los recuerdos, acariciando fantasmas y besando sombras.

Venid, memorias queridas á mi corazon: adormeced mi abatida mente, poblando sus rejiones con el perfume misterioso de los afectos ausentes, para que el pobre peregrino recupere las agotadas fuerzas y pueda continuar su marcha interrumpida!

IV

Léjos, muy léjos, en el confiu remoto de la edad inocente, cuando la planta hollaba rosas blancas y el horizonte que me rodeaba era siempre de lirios y azucenas, un ánjel miro, cuyos labios rojos respiran besos y sonrisas,

que me señala con ademan solemne el cielo, fijando en mí sus miradas de inefable ternura, cual si quisiera revivir mis esperanzas al magnético flúido de la fe. Sí, querida hermana mia, los ojos de mi alma se abren con amor ante el Artífice increado; mi corazon confia en su justicia y espera, bendiciéndole, á que llegue el dia eterno de la infinita serenidad. — Tú viviste apenas lo que el lirio de los valles, la nieve de los años no llegó á manchar tu sonrosada frente y tus alas de ángel se desplegaron para devolvete á la patria, cuando solo habias recorrido del destierro el espacio que mediaba entre una sonrisa y un beso de tus labios. Mi alma lloró tu partida con lágrimas muy amargas; fueron las primeras que derramaron mis ojos: despues..... las han derramado á mares!

V

La juventud con su inflamable sangre, lava que exhala el corazon apasionado, me arrastró tras la sombra del placer, y jamas le alcancé sin que el hastío viniese muy luego á hacerme suspirar. Nubes de incienso ofrecí delirante á la hermosura, que me devolió sonrisas y falsías, favores y flores perfumadas, y amé como la abeja ana á la rosa, miéntras encuentra en ella la miel que guarda en cáliz de ambrosía. Y sin embargo, mi tierno afan nunca miré colmado y tras las satisfacciones de un momento siguió el alma anhelante buscando la realizacion de sus sueños de felicidad.

Seres queridos á mi corazon, amigos de la infancia que junto á mí corrian en pos de la ventura, cayeron uno á uno como las espigas de un campo de trigo bajo la hoz de la incansable segadora, dejando sumida en lágrimas mi alma.

Como el niño tras la mariposa de mil colores, corrí desatentado tras la gloria y, si alguna vez provoqué ruido de aplausos, jamas llegó hasta mí sino ensordecido por las vociferaciones del odio ó de la envidia; y me detuve trémulo y amedrentado.

VI

Allá en el horizonte inflamado por los rayos de un sol que se oculta en torbellinos de fuego, descubro el blanco penacho de humo que se escapa del paterno hogar, y fijo tenazmente la mirada del alma en aquel santuario de mi infancia, colmena bulliciosa donde elaboré con mis hermanos y atesorámos en nuestros corazones dulcísima miel de amor filial. — Padres idolatrados, hermanos de mi alma, ella se lanza con amor hácia vosotros!.....

Me parece mirar al noble anciano, los pomos de rubí de sus higueras arrancando con mano amiga, miétras sus hijos, unos la tierra cavan, otros hacen llegar á la enramada la verde trepadora que arrastraba en el suelo, y todos, felices de virtud, embellecen el hogar, halagando del padre los caprichos; y entre tanto la madre sigue con tierna mirada á sus hijos y á su esposo y se recrea en la felicidad de la familia.

VII

Y ese recinto, tranquilo ayer y venturoso, miro hoy convertido en cementerio. La desolacion penetró violenta en el santuario del amor; sopló la muerte con su homicida aliento y huyó la dicha del hogar apacible, dejándole regado con lágrimas y sembrando en mi corazón el duro torcedor de los recuerdos.....

El alma del idolatrado anciano, chispa de luz desprendida del inmenso foco, tornó á confundirse en los resplandores infinitos de lo inmortal y la dulce compañera, viuda del amor de esposo, esperó resignada la hora de seguirle, consolándose entre tanto con enviar sus bendiciones á los hijos queridos que la persecucion habia dispersado por el mundo.

VIII

Aun siento, madre mía, sobre mis mejillas tu beso de despedida, al abandonar el techo de

mi infancia para buscar en otro suelo la seguridad de la existencia. Aquel beso húmedo de lágrimas, que debia ser el último, aquel abrazo postrimero, mil veces roto y vuelto á reanudar, como si nuestros corazones presintieran que palpitaban unidos por la última vez, forman el recuerdo mas querido de mi corazón. Si tu mano no volvió á posarse sobre mi cabeza encanecida por los sufrimientos, si me fué negado recibir tu última mirada, algun día podré besar la tierra que te cubre y regarla con mi llanto.....

IX

Todavía otra tumba: la tumba del hermano víctima!..... Su sangre manchó la frente del verdugo que no tuvo piedad de su inocencia. ¡Téngala Dios de él y de sus hijos! En sus noches de insomnio, cuando la luna se oculte tras una nube oscura como en la hora aquella de su crimen; cuando el viento quejumbroso resuene en sus oídos como el estertor de un moribundo, su corazón temblará de pavor y sentirá clavadas en él las garras del remordimiento!

¡Cómo pesa la existencia cuando el alma no cesa de gemir! ¡Cómo el espíritu se fatiga arrastrado de tumbo en tumbo por las tumultuosas olas de los recuerdos! Peregrinando sin cesar en pos de sus aspiraciones inmortales, mira en rededor la envidia, la maldad, el egoismo, que le tienden lazos de asechanza y levantan vencedoras sus cabezas de hidra ponzoñosas. Entónces se vé impulsado á convertirse en tenebroso laboratorio de dudas ó de hipocresía y á levantar altares al Dios del siglo!

¡Insensato quien mire en torno suyo y no busque mas allá de la materia el término de su afanosa peregrinacion! ¡Impío quien dude del premio y del castigo en una vida futura y eternal!

Guárdate, corazón mío, y guarda hoy mas que nunca, porque corren los días de prueba para tu fe, el depósito sagrado de las creen-

cias que una madre tierna confiara á tu cuidado.

X

Y entre tanto, fatigado peregrino, á los bordes descansa de la ruta, en medio de las ruinas de tu corazón, iluminadas por el pálido fulgor de los recuerdos.

Mas no estás solo, no : almas hermanas de la tuya derraman las mismas lágrimas que tú, allá en el hogar de tus afectos, y, á tu lado, compañera cariñosa da alivio á tu dolor, enjuga con mano delicada tu frente que moja el sudor del cansancio, y tus suspiros angustiosos hallan un eco simpático en el santuario de su corazón.

Alienta, peregrino, no desmayes : carga de nuevo la pesada alforja, sigue con firme paso por la escabrosa senda de la virtud y avanza sin temor, que al término de ella se halla el cielo.

LOS

DESENGAÑOS DEL MUNDO

- Hijo querido del alma!
- Madre del alma querida!
- Vuelves al pecho la calma!
- Tú al corazón das la vida!
- Vienes triste, acongojado.
- Triste, acongojado vengo;
- Qué tienes, hijo adorado?
- No sé, madre, lo que tengo!

Cuando el hogar dejé ansioso,
El bien juzgaba fecundo;
Y el corazón candoroso
Soñó la dicha en el mundo.

Hoy, dolorido suspira;
Lo ahogan los desengaños.
Mis cabellos, madre, mira!
¡ No es la nieve de los años!

— Blancos están tus cabellos
De un rubio ayer tan brillante!
— Nevó el dolor sobre ellos!
Blanquearon en un instante!

El pensamiento, golpeando
Sin cesar aquí en la frente,
Sus raíces fué secando
Y encanecí de repente.

— Tus ojos eran risueños.....
— Las lágrimas los nublaron;
Que en pos de dorados sueños
Solo decepcion hallaron.

Vieron donde quiera el vicio,
De su poder orgulloso,
Ofrecer en sacrificio
El débil al poderoso ;

La virtud, hija del cielo,
Olvidada en su retiro,
Sin atreverse en su duelo
¡ Ai! ni á exhalar un suspiro.

— Encanto del alma mía!
Ven y llora entre mis brazos :
Mitigarán tu agonía
Mis maternales abrazos.

Para aliviar tus pesares
Diré, con tierno cariño,
Aquellos dulces cantares
Que oías cuando eras niño ;

Y si esto á borrar no alcanza
Tu inquietud y tu desvelo,
Cifra, hijo, tu esperanza
En la eterna paz del cielo!

— Sí, con tu amor, madre mía,
Volverá al pecho la calma,
Ya que perdió su alegría
Entre martirios el alma;

Y del hogar al abrigo,
Con este pesar profundo,
Madre, lloraré contigo
Los desengaños del mundo.

LA HONRA DE AMÉRICA

Bajo cielo trasparente
 Donde es cada estrella un sol,
 Ornada en áureo arrebol
 Alza América la frente
 Bajo cielo trasparente.

Frescas brisas, auras suaves
 Dan perfume á sus montañas;
 Y en los bosques, y en las cañas
 Respiran parleras aves
 Frescas brisas, auras suaves.

En sus feraces praderas,
 Rios que mares parecen,
 Y espontáneos nacen, crecen
 Frutos, flores, sementeras
 En sus feraces praderas.

El Ande muestra en la cumbre
 Blanca nieve ó lava hirviente;
 Y son orla de su frente
 Vaga niebla ó viva lumbre
 Que el Ande muestra en la cumbre.

En bóveda de cristal
 Luce el sol rojos fulgores
 Y aroma exhalan las flores
 Al esplendor tropical
 En bóveda de cristal.

Salve, América bendita,
 Donde es el hombre un ser libre!
 Que por tí mi canto vibre
 Por la region infinita :
 Salve, América bendita!

Deja que aclame tu nombre,
 Tierra donde altivos pechos
 Conquistaron sus derechos
 Con la dignidad del hombre :
 Deja que aclame tu nombre !

Nada importa el vano alarde
 Que ufana al antiguo mundo,

Si en tu corazon fecundo
 Fuego de esperanza arde :
 Nada importa el vano alarde!

¿Qué te ofende el mercenario
 Grito que te arroja insulto,
 Si la igualdad tiene culto,
 Si la libertad santuario?
 Qué te ofende el mercenario?

No una voz : habrá mil voces
 Para acallar los rugidos
 Que pueblos envilecidos
 Lanzan contra tí feroces ;
 No una voz : habrá mil voces.

Habrá valientes guerreros
 Que tendrán á honor y gloria
 Dar lustre y fama á tu historia
 Esgrimiendo sus aceros ;
 Habrá valientes guerreros.

Tus poetas á millares
 Narrarán heróicos hechos,
 Y ensalzarán sus derechos
 Con varoniles cantares
 Tus poetas á millares

Como nobles espartanas
 Serán tus nobles matronas ;
 Y te ceñirán coronas
 Vírgenes americanas
 Como nobles espartanas.

Cada pecho será un templo
 De la diosa Libertad ;
 Y de cristiana igualdad
 Al mundo darás ejemplo ;
 Cada pecho será un templo.

No es bastante, americanos,
 Dar á los vientos la fama
 Del suelo que el orbe aclama
 Sepulcro de los tiranos ;
 No es bastante, americanos !

Solo la virtud es muro
 Incontrastable á la ofensa :
 Ella será tu defensa,

No el clamor de labio impuro :
Solo la virtud es muro.

Y no una : habrá mil voces
Para acallar los ruidos
Que pueblos envilecidos
Lanzan contra tí feroces ;
Y no una : habrá mil voces.

CONFIANZA Y FE

En el silencio sublime
De la misteriosa noche,
Cuando la flor en su broche
Cuaja el llanto celestial ;
Cuando las estrellas bordan
De oro y plata el firmamento,
Pido en fervoroso acento
A Dios, me libre del mal,

Y en el ala de la brisa
Que susurra entre las palmas,
Siento que vienen las almas
De mis padres hácia mí ;
Al oído, cariñosas,
Me hablan de paz y consuelo
Y me dicen : « Desde el cielo
Velamos, hijo, por tí. »

CELAJE VESPERTINO

¡Ay! con cuánta avidez el alma mía
Mira en la tarde la lijera nube,
Que blanca y vaporosa sube y sube,
Mientras se oculta el lumínar del día.

Ese ténue vapor que asciende al cielo
Y á la luz de los astros resplandece,
Á mi cristiano corazón parece
Un grupo de almas que abandona el suelo.

EL CORAZON Y LA CABEZA

LA CABEZA.

Inquieto corazón, sueña y olvida
Las pavorosas sombras de tristeza!
¿ Por qué vana quimera te intimida,
Como si fuera á terminar tu vida
Que hoy la esperanza á iluminar empieza?
¿ Por qué vehemente sin cesar palpitas
Y el asilo romper del pecho quieres?
¿ Á qué la convulsion en que te ajitas?

EL CORAZON.

Tú piensas y pensando te marchitas...!

LA CABEZA.

Y palpitando tú, corazón, mueres...!
Te arrastran impetuosas las pasiones
Como á débil arista arrastra el viento.

EL CORAZON.

Y tú sueñas sin tregua con visiones
Que serán tu martirio y tu tormento
Sin acallar jamás tus ambiciones.
¿ Á qué te inquietas con soñada ciencia,
Á qué te afanas con mentida gloria,
Cuando alcanzar no puedes la conciencia
De tu necio saber? He aquí la historia
De orgullo y vanidad en la existencia!
Yo siento y al sentir solo obedezco
La voluntad de Dios, ley soberana.

LA CABEZA.

Yo también al pensar, y me estremezco
Cuando la duda con lesón me afana,
Y entre sombras y luz me desvanezco.

EL CORAZON.

Tú piensas, y al pensar te enorgulleces
Juzgándote con vista, pobre ciega ;
Entre impalpables sombras te adormeces,
Y cuando el fin de la existencia llega,
Al observar tu engaño te estremeces.

Tú me impones el odio, cuando amante
Me formó para el bien la Providencia;
Por vana emulacion la fe inconstante
Queriendo hacerme esclavo de tu ciencia,
Y tu ciencia es ensueño de un instante.

LA CABEZA.

¿Mas si voy al azar, por qué no evitas
Que la senda del mal tome en mi daño?

EL CORAZON.

Con necia presuncion te precipitas,
Y cuando al fin te hiere el desengaño,
Á latir y llorar solo me excitas.

Sigue vagando en pos de tus quimeras,
Mientras voy tras el bien con santo celo;
Que al borrarse esas sombras pasajeras,
En la orfandad te brindaré consuelo
Y una eterna esperanza cuando mueras!

LA CABEZA.

Dolido acaso de mi mal, palpitas?

EL CORAZON.

Con duda impía sin cesar me hieres!

LA CABEZA.

Ley es de Dios : yo pienso, tú te ajitas...

EL CORAZON.

Piensa, sí, que pensando te marchitas!

LA CABEZA.

Y palpitando tú, corazón, mueres!

LA DISCORDIA CIVIL ⁽¹⁾

Á MI AMIGO

JOSÉ RAMON YEPES

Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracan y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido en el espanto mudas;
No mas trinos de amor.

MORATIN.

No de victoria el canto de otros días,
Ni el entusiasmo de pasadas glorias,
Oh musas, me inspireis : venid, memorias
De luto y de quebranto,
Á desgarrar sin compasion mi pecho,
Á tantas agonías,
Á tal dolor estrecho!
Brote un raudal de llanto
De mis ardientes ojos
Al sentir de la patria los pesares;
Y al contemplar sus lares
Cubiertos de despoíos,
De sangre humosa, rojos
Sus cármes sombríos,
Exhale el hombre ante su Dios, de hinojos,
Ayes de amargo duelo
Que á inspirar compasion suban al cielo!

Medio siglo hace apenas; un gigante
Cuyo nombre pronuncia el labio ufano,
Un mundo trasportó, moderno Atlante,
Con brazo sobrehumano,
Del surco de abyeccion en que yacia
Hundido por el cetro de un tirano,
Á la rejion de luz, al claro día
Que el sol de libertad hizo radiante;

(1) La fecha de esta composicion justifica las tristes impresiones bajo cuya influencia fué escrita. Hoy que la paz y un Gobierno ilustrado han abierto ancha senda al progreso, la publicamos con el objeto de inspirar odio á la guerra, causa principal de nuestra ruina.
El Autor.

Y ese mundo infelz olvidó luego,
Rodando en la anarquía,
Ebrio de sangre y de rencores ciego,
El lustre de su fama y sus proezas,
Con deshonra manchando sus grandezas.

No á consolarte, oh Patria, en tal quebranto
Basta el recuerdo de la antigua fama,
Que desgarró tu manto
Discordia fratricida
Y á tus hijos inflama,
Por el furor prendida,
La destructora llama
Del odio y la venganza. Entristecida
Vuelves la vista en torno
Y solo ves doquier ruina y bochorno,

Ora descoloridos
Tus ántes labios rojos,
Destrenzada la negra cabellera,
De vergüenza y de enojos
Cerrando entristecidos
Los apagados ojos,
Por no mirar doquiera
El luto y la afliccion y las crueldades
Y la implacable muerte
Sirviendo atroz festin al cuervo hambriento
En el bosque, en el valle, en las ciudades.
Hoy desolada y triste
La que ayer era fuerte,
Á su pesar asiste
Al campo de batalla fratricida
En que al par del honor pierde la vida.

Cesad en tal empresa
Los que aspirais á mantenerla atada
Al poste de fatídicos rencores;
Evitad el dolor y la ignominia
De verse por sus hijos degradada
Á la que os da sus frutos y sus flores,
Tierra que nuestros padres libertaron
De la opresion de España!
¿La santa libertad que nos legaron
Es la que así ultrajais con loca saña?
¿De independencia son esos horrores
Los frutos que obteneis?...
¿Es esa libertad la que soñaron

Los héroes de la lucha gigantea,
Cuando á humillar volaron
Del leon de Castilla la arrogancia?
¿Es esa libertad la luz del Cielo
Que en su ejemplar constancia
Siguieron con anhelo,
Hasta obtener para la patria gloria
Y hacer grabar su nombre
En los brillantes fastos de la historia?
¿Es esa libertad el sol radiante
Á cuya luz se vivifica el mundo?
¿Á tal extremo el hombre
En sus delirios de ambicion alcanza,
Que agota en un instante
El manantial fecundo
Donde nacen su dicha y su esperanza!

Que cese, por Dios, ya lucha tan cruenta!
No envolvamos la patria en las tinieblas
De un porvenir aciago! La anarquía
Su huella deja en pos, siempre sangrienta,
Y la sigue doquier la tiranía.
¿Dó están si no de Grecia el lustre y nombre,
Sus hechos, su virtud, su ciencia y fama?
Buscad: nada hallareis... Y no os asombre
Ver al fulgor siniestro que la inflama,
Cadáveres y escombros por trofeos,
Llanto y desolacion por triste herencia,
Irrisorios harapos por arreos,
Obscurantismo bárbaro por ciencia....
Que el hijo envilecido
De los antiguos sabios,
En verdugo de hermanos convertido,
Arrastrá la existencia
Cubierta por el polvo del olvido,
Sin que jamas sus labios
Evoquen la memoria
De su pasada gloria,
Sino para inclinar avergonzado
La mancillada frente;
Que el corazon que palpitando siente
Corazon es de un ser dejenado.

¿Estériles tambien de nuestros padres
Serán los sacrificios, los torrentes
De sangre que regara el patrio suelo

Por obtener la libertad? ¿ Mentira
 Habrá de ser el decantado anhelo
 De igualdad y de union y democracia,
 Mientras el orbe jira
 Por la anchurosa esfera
 Y el corazon se espacia
 Buscando por doquiera
 Como hallar libertad, paz y ventura?
 ¿Serán virtud y patria nombres vanos
 Con que oculta el malvado sus ruindades;
 Careta que vistieron los tiranos
 Para cubrir con rostro lisonjero
 Sus negras liviandades,
 La faz deforme y el mirar artero?

Ay, desgraciada Venezuela, nunca
 Has podido llegar á donde, ansiosa,
 Con planta presurosa
 Te diriges en pos de bienandanza!
 Y culpa es de tus hijos, que la dicha
 De obtener libertad jamas se alcanza
 Sin la paz del hogar y las virtudes
 Que sirven de blason al ciudadano.
 Nada vale vivir mintiendo nombres
 Para engañar al infeliz labriego
 Y convertirle en escabel humano,
 Arrojándole luego,
 Cuando pierde el vigor y la inocencia,
 Ó cuando, mutilado en los combates,
 No pueda conseguir la subsistencia,
 Del mar de la miseria á los embates,
 Á la azarosa vida del mendigo,
 Sin pan, sin esperanzas, sin abrigo!

Noche de espanto cubre
 Con sombras pavorosas
 La tierra que Colon mostró á las gentes;
 Doquiera se descubre
 La diestra de fatídica discordia
 Tornando las campiñas olorosas
 En campos de esqueletos,
 Que el sol seca y blanquea;
 La sangre no se orea
 Sin que otra nueva se derrame luego
 Como caliente riego
 Que aridece los montes, los sembrados,

El cerro enhiesto, los profundos valles;
 Tíne en rojo color los verdes prados,
 Mancha de la ciudad plazas y calles,
 Convertidas en campos de matanza,
 Do hermano contra hermano, enfurecido,
 En infernal tropel veloz se lanza,
 El corazon henchido
 Por la brutal pasion de la venganza;
 Y ¡ ay del vencedor, ay del vencido!

Y tú entretanto, oh patria, miras triste
 Que tu preclaro nombre se mancilla;
 Y tu pendon que viste
 Flamear sobre los leones de Castilla,
 Ya de esplendor no brilla,
 Que yace en mil girones
 Sobre la ardiente arena,
 La misma que de sangre tus legiones
 Regaron, sacudiendo la cadena
 Que arrastraba tu planta encallecida
 Por servidumbre dura;
 Y de dolor transida,
 El alma fiel murmura
 Tierna plegaria al Dios de las naciones
 Para que el brazo fratricida, alzado
 Al impulso crüel de las pasiones,
 Se baje sin herir y desarmado.

En vano, patria mia,
 Te esfuerzas por hallar dulce reposo
 Á tanto sufrimiento y agonía;
 En vano el virtuoso
 Su voz levantará contra el delito;
 Que el mar tempestuoso
 De las pasiones ahogará ese grito
 Entre el ruido infernal de la matanza!
 En vano ansioso espera
 El pecho, en su agonía,
 Que cese la anarquía
 Y vuelva con la paz la primavera
 Y aparezca la luz de la esperanza
 Despejando horizontes tan sombríos...!
 Mientras al ignorante su confianza
 La Patria preste, surjirán tiranos
 Que rasgarán impios
 La enseña tricolor con torpes manos.

LA ILUSION Y LA VERDAD

Á ROSA EN EL TEATRO

LA ILUSION.

Música, perfumes, galas,
Ojos y labios rientes.....
¿Tú no sientes
Que el alma se eleva en alas
De ensueño fascinador?

Dime, Rosa,
En el suspiro que exhalas,
En la esencia de esa flor,
En la nota misteriosa
Que por el espacio vibra,
No adivinas como libra
Sus batallas el amor?

LA VERDAD.

Sueño, nada mas que sueño
Es todo eso, Rosa mía;
Fantasía
De una loca que, en su empeño
De ver doquiera visiones,
Se extasía
Con fingidas creaciones.

LA ILUSION.

Mentira tanta hermosura!
Mira esos labios rosados...

LA VERDAD.

Son pintados!

LA ILUSION.

La alabastrina blancura
No ves de aquella mejilla?

LA VERDAD.

Cascarilla!

LA ILUSION.

Y el rubor que las enciende
Como púrpura en jazmín?

LA VERDAD.

Es carmin!

LA ILUSION.

Y el cabello que descende
Rubio como los luceros,
En mil voluptuosos rizos?

LA VERDAD.

Son postizos
Que venden los peluqueros!

LA ILUSION.

Realidad crúel, tú dañas
La juventud con tu aliento!

LA VERDAD.

Y tú el corazón engañas
Con ese mentido acento
Con que finges la verdad!

LA ILUSION.

Eres tenaz, Realidad!

LA VERDAD.

Y tú, ilusion, el tormento
De la triste humanidad!

ODA ⁽¹⁾

Á LA

LIBERTAD DEL VIEJO MUNDO

Ai de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira,
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

R. M. BARALT.

Oh dulce Libertad, tu nombre santo
Mi corazón inspira,
Y ardiendo en sacro fuego á tí levanto
Una alma que suspira

(1) Escrita para el Certámen provocado por la « Academia de Ciencias sociales y de Bellas Letras de Caracas ».

Por ver ante tu altar resplandeciente
De polo á polo el hombre reverente.

Don primero de Dios, sello divino
Que en la frente del hombre
Demuestras su magnífico destino,
¿Qué mucho que se asombre
El déspota al mirar la luz de un astro
Que doquiera que pasa deja rastro?

¡Ai de aquellos que tienen un verdugo
Para callar la lengua
Del ser que libre á Dios formar le plugo !
Donde ocultar su mengua
No hallarán un rincón del viejo mundo,
Que contra ellos clamará iracundo.

Ai de vosotros, sí, necios monarcas,
Los que juzgais divino
El origen que os da vastas comarcas
Para rejir sin tino ;
Que los esclavos se alzarán soldados
Y los tronos serán despedazados.

Y Francia y Roma y Rusia y la Turquía,
El Universo entero
Verá la Libertad que tanto ansía,
Cual brillador lucero
Que del cenit en la celeste altura
Derrama sobre el orbe su luz pura.

¿Qué importa que esa luz brille á las veces
Como chispa que brota
Del destructor acero, si mas creces
Y si jamas se agota
El fuego abrasador que en libre pecho
Encendieron su Dios y su derecho ?

¿Qué importa, Libertad, crezca á tu sombra
Á veces la mentira ?
Pues si engañoso labio al fin te nombra,
Los pueblos en su ira
Bañan, por conservarte en la memoria,
Con sangre humeante su afanada historia.

Mirad si no á Polonia : duelo y muerte
Los déspotas sembraron
En su suelo infeliz con mano fuerte ;

Los libres mutilaron,
Y sus cenizas el esclavo insulta ;
Mas vives, Libertad, en ella oculta.
Oculta, sí, como se oculta el fuego
En escombros ruinosos,
Buscando el combustible que mui luego
Devorará furioso ,
Y en rojo incendio convertido entonces
Fundé con el aliento el duro bronce.

Como en revuelto mar, bajel destruido
Sacude la onda brava ;
Como arroja el volcan con un rujido
La escandecente lava,
El pueblo deja atrás sangrientas huellas,
Su brazo ariete, su mirar centellas.

Que de sufrir cansado el triste siervo
Al fin se torna fuerte
Y al amo que en su mal goza protervo,
Sin compasión convierte
En masa informe que feroz quebranta
Á los terribles golpes de su planta.

Mano que, en el delito encallecida,
Suscribe atroz sentencia
Y arranca al hombre la preciosa vida,
De Dios en la presencia,
Te ultraja, Libertad, y la lei santa
Que prohíbe matar, fiera quebranta.

Frente que por ceñir áurea corona
La Libertad desprecia
Y con engaño y sin rubor traiciona
Con arrogancia necia
Los derechos de un pueblo soberano,
En el polvo hallará su negro arcano.

Labio que á la mentira rinde culto
Y con falaz promesa
En cadenas mantiene un pueblo estulto,
Como el buitres á su presa,
Escarnece del hombre el fin divino,
Pero no te detiene en tu camino.

Tú sigues como un astro refulgente
Que al Universo guía

Por la estela de luz resplandeciente
 Que deja en noche umbría;
 Y los dos hemisferios á tu paso
 Reflejarán tu luz de Oriente á Ocaso.

La que ayer fué Lutecia y vivió atada
 Del Druida al fanatismo,
 Hoi capital de Francia, avergonzada
 De tanto despotismo,
 Socava ya el poder de su verdugo
 Y escucha entusiasmada á Víctor Hugo,

Hugo, genio inmortal, que huyó de Francia,
 Abandonó sus lares
 Y el destierro escujo con arrogancia
 En medio de los mares,
 Llevando la República en la mente,
 De Libertad el fuego en su alma ardiente.

El valeroso leon que Iberia guarda,
 La garra en sangre tinta,
 Aun jime entre cadenas, mas no tarda
 En ver por siempre extinta
 La mancilla fatal que le aprisiona
 Al yugo innoble de tenaz corona.

El águila de Roma mira al cielo,
 Atada al Vaticano,
 Y emprender quiere el poderoso vuelo;
 Se la encadena en vanó,
 Pues no la detendrán sus ligaduras
 Y pronto volará por las alturas.

El Sultan vanidoso se cree fuerte,
 Y el Czar en sus Estados
 Fiero castiga con terrible muerte
 Sus pueblos sublevados;
 Y ni el Czar ni el Sultan ven á los léjos
 Del devorante incendio los reflejos.

Y tú, patria del Tasso, Italia ardiente,
 Tierra de la belleza,
 Tú tambien erguirás la noble frente!
 Levanta la cabeza,
 Mira de Garibaldi los pendones
 Y las armas brillar de sus lejonas!

La altiva frente de pavor cubierta,
 La púrpura en girones
 Y hollando á su pesar con planta incierta
 Sus sangrientos pendones...!
 Así se mirará la monarquía
 Cuando de Libertad alumbre el día;
 Porque del mundo en la anchurosa esfera
 El pueblo se enfurece
 Y revuelve y ajita y loco espera,
 Con ansiedad que crece,
 La hora de porvenir y de esperanza
 Que á tu luz, Libertad, siempre se alcanza.
 Y alumbrarán el mundo, luz bendita,
 Tus blancos resplandores;
 Los tiranos serán raza maldita;
 Y á tus suaves fulgores,
 En un estrecho abrazo el hombre al hombre
 Dará de hermano el sacrosanto nombre.
 El siglo que al vapor convierte en fuerza,
 Y al rayo aprisionando
 Hace que esclavo su camino tuerza;
 Que, el espacio borrando
 Con eléctrico flúido, confidente
 Hace del negro Ocaso al rubio Oriente,
 Al fin no llegará de su carrera
 Sin que tu santo nombre
 La diestra del Señor grave en la esfera
 Para gloria del hombre,
 Dándote el orbe entero por asiento
 Y por dosel augusto el firmamento.

EL PESCADOR

—
 BARGAROLA
 —

La vida pasa
 Dulce, sencilla,
 En su barquilla
 Cruzando el mar;
 Libre de penas,

La vela al viento,
Halla contento
Yendo á pescar.

Tiende sus redes
En la laguna,
Cuando la luna
Brillando está,
Y en ellas saca
Peces brillantes,
Que palpitantes
Mueren de afán.

Cuando en Oriente
Brilla la aurora,
Vuelve la prora,
Saluda al sol
Y allá en las selvas
Oye las aves
Con notas suaves
Rogando á Dios.

Une sus voces
À los cantares
Y hácia sus lares
Vuelve la faz
Y al cielo pide,
Derrame en ellos
Sus dones bellos,
Ventura y paz.

Feliz mil veces
Con su barquilla
Llega á la orilla

Do está su amor,
Nice divina,
Prenda adorada,
Mujer amada
Del pescador.

SONETO

A MI AMIGO ***

AL DIA SIGUIENTE DE SU MATRIMONIO

La nueva de tu enlace inesperado
Trajo cortés epístola á mi oído ;
Y al leerla quedéme anonadado
Ante el poder inmenso de Cupido.

¿ Con que tú que al estudio consagrado
Viviste entre los libros escondido,
Tampoco de su garra has escapado
Y te dejas trocar así en marido ?

No es la menor, por Dios, esta fazaña
Del rapaz que á Sanson dejó sin vellos
Y á todo ser viviente audaz engaña :

Que al cortar tu Dalila tus cabellos
Lo haga con tal cariño y tanta maña,
Que no corte tu ingenio al par con ellos !

ELÍAS CALIXTO POMPA

Nació en Guatire, pueblo correspondiente á la antigua provincia de Carácas, el 14 de Octubre de 1834 y á los dos años le trajeron sus excelentes padres á la capital con el fin de educarlo. Allí terminó sus estudios filosóficos y comenzó los de Jurisprudencia, que no concluyó por circunstancias que nos son desconocidas.

Ha desempeñado algunos destinos públicos, siempre á contentamiento de sus Gefes, pero no es esta su carrera, sino la del comercio, que le proporciona su bienestar.

Dióse á conocer como escritor en 1863 en un periódico de Ciudad Bolívar y desde entónces hasta hoy ha publicado muchas composiciones poéticas en los principales diarios de la República. Tiene escritos varios dramas, en prosa unos y en verso otros, que aun conserva inéditos.

El juicio público le es sumamente favorable como poeta y como honrado y modesto ciudadano.

ESTUDIA, TRABAJA, DESCANSA

I

ESTUDIA

Es puerta de la luz un libro abierto :
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para tí serán en lo futuro
Dios mas visible, su poder mas cierto.

El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro ;
Un grano le detiene el pié inseguro ;
Camina tropezando : *vive muerto !*

En ese de tu edad abril florido
Recibe el corazon las impresiones
Como la cera el toque de las manos :

ESTUDIA, y no serás cuando crecido
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

II

TRABAJA

Trabaja, jóven, sin cesar trabaja :
La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja,
Ni se rinde servil á quien la ultraja :

Tarde la nieve de los años cuaja
Sobre quien léjos la indolencia arroja ;
Su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja ;
Su alma del mundo al lodazal no baja.

El pan que da el trabajo es mas sabroso
Que la escondida miel que con empeño
Liba la abeja en el rosal frondoso;

Si comes ese pan, serás tu dueño,
Mas si del ocio ruedas al abismo,
Todos serlo podrán, ménos tú mismo!

III

DESCANSA

Ya es blanca tu cabeza, pobre anciano;
Tu cuerpo, cual la espiga al torbellino,
Se dobla y rinde fácil; ya tu mano
El amigo bordon del peregrino

Maneja sin compas, y el aire sano
Es á tu enfermo corazon mezquino.....
Deja la alforja, ve, descansa ufano
En la sombreada orilla del camino!

Descansa, sí, mas, como el sol se acuesta,
Viajero como tú, sobre el ocaso
Y al astro que le sigue un rayo presta:

Abre así con amor tus labios viejos
Y alumbrá al jóven que te sigue el paso
Con la bendita luz de tus consejos!

CAMPANAS AL CORAZON

Á UNA SEÑORITA

CON MOTIVO DE HABER DICHO QUE HABIA PUESTO
CAMPANAS Á SU CORAZON PARA QUE LE DENUNCIASEN
LOS LADRONES DE AMOR.

Dices que has puesto ¿no es chanza?
Campanas al corazon,
Que te anuncien la asechanza
De algun amante ladron.
¡Ocurrencia peregrina!
Recuerda que el ave, hermosa,
Á pesar de las espigas
Roba la miel de la rosa!

Que es palacio el corazon
Cuyos umbrales inciertos
Están siempre á la ilusion
Y á la ternura entreabiertos.

¿Qué importa que, en tu sencilla
Noble alma de serafin,
Denuncie la campanilla
Al ladron con su *tin, tin*,

Si en tu juventud lozana
Suená con igual clamor
El *tin, tin* de la campana
Y el acento del amor?

¿Si al eco de un «yo te adoro»,
Llave de amante ladron,
Se abren en par las de oro
Puertas de tu corazon?

¿Si, aunque pongas los cerrojos
De impenetrable zafiro,
Los debilitan los ojos
Y los derrite un suspiro?

¡Oh niña! capricho es
La precaucion que te afana:
Un ladron de tal jaez
Toca él mismo la campana,

Y es un axioma vulgar
Que en los ámbitos del pecho
El *tin, tin*, viene á sonar
Cuando el robo ha sido hecho!

Deja, pues, rezelos vanos;
Deja que al jardín de amores
Lleguen las auantes manos,
Libres, á robar las flores!

Deja como Dios los hizo
Esos umbrales, y al fin
Escucharás de improviso
Sonar en el paraíso
De la campana el *tin, tin!*

DICHA IMPOSIBLE

¡Quién desandara el campo de la vida!
 ¡Ai! quién pudiera
 Retroceder por él, trecho por trecho,
 Hasta la hermosa edad de la inocencia
 Y el perenne reír, edad de flores,
 En que con mano loca y avarienta
 Seguimos á la enana mariposa
 Que por delante va, que vemos cerca
 De los rosados dedos y en un jiro
 Nos burla fácil con distancia nueva!
 ¡Quién desandara el campo de la vida!
 ¡Ai! quién pudiera!

Al repasar el áspero camino
 De la existencia,
 Por do viajando vengo há tantos años
 Sin un apoyo á mis cansadas fuerzas,
 Indicio hallara de mis viejos pasos
 En cada paso que al regreso diera,
 Y alegre entónces recogiendo iría,
 En esa marcha singular y nueva,
 Pedazos de mi dicha en cada abrojo,
 Pedazos de mi alma en cada vuelta!
 ¡Quién desandara el campo de la vida!
 ¡Ai! quién pudiera!

Entónces, ¡cuánta dicha! encontraría
 Vivas, risueñas
 Las caras y benditas esperanzas,
 Un tiempo de mi viaje compañeras,
 Que un instante no mas fueron ¡ai! mías
 Y otro instante no mas fueron tan bellas!
 Entonce, en un lugar del trecho andado,
 Santo lugar de paz y de inocencia,
 Hallara, por mí bien, la dulce madre,
 Que hoy duerme, por mí mal, bajo la tierra!
 ¡Quién desandara el campo de la vida!
 ¡Ai! quién pudiera!!

EL PÉNDULO

Á ISABEL EN SU CUMPLEAÑOS

ISABEL : esta mañana
 Mi pobre lecho al dejar,
 Lecho amigo que consuela
 Del triste preso el afán,
 Hirió mi oído y mi alma,
 Con inaudita crueldad,
 El péndulo del reloj
 Que aquí en mi cárcel está
 Y que al ir hace... *tác-tic!*
 Y al volver hace... *tic-tác!*

Al oír su voz de acero
 Hube al punto de acatar
Que habia tiempo... que habia vida...
 Un sol en la inmensidad....
 Un dia nuevo que empezaba
 Su curso en mi despertar,
 Sin traerme mas consuelo
 Que el de ayer, ni los demas
 Que el reloj habia medido
 Con su perenne *tic-tác...*!

Levantéme sin tardanza
 Con el fastidio á luchar;
 Á ver pasarse la vida
 De manera tan fugaz;
 Á mirarme en el espejo
 Buscando con ansiedad
 Alguna cana en mi pelo
 Teñida por el pesar,
 Miétras la lengua del péndulo
 Seguía diciendo... *tic-tác...*!

Quando á beber empezaba
 El acíbar de un dia mas,
 Vino á mi mente el recuerdo
 Hermoso de tu natal;
 Sentí placer; la sonrisa
 Quiso á mi labio asomar,

Mas de pronto recordóme
La perdida libertad
 El péndulo de mi cárcel
 Con su incesante *tic-tác!*

Tomé la pluma, no obstante,
 Para darte lo que dar
 Puede un triste prisionero
 Sin ventura y sin caudal :
 Estos versos sin estilo,
 Versos del alma no mas,
 Versos que traza mi pluma,
 En medio á la soledad,
 Teniendo el mundo muy lójos
 Y en el oído el *tic-tác!*

¿Qué desear para tu bien?
 ¿El amor? — Con él estás. —
 ¿Ventura? — La da el amor. —
 ¿Riqueza? — Dicha no da. —
 ¿Virtudes? — Son las guirnaldas
 De tu frente virginal
 En esta vida de lágrimas
 Que va corriendo á la par
 Con el *reloj* de mi cárcel
 Y su inclemente *tic-tác!*

Si todo tienes, ¿qué puedo
 Para tu bien anhelar?
 ¿Qué ha de decirte el proscrito
 En medio á su soledad?
 Oye, ISABEL, mi deseco :
 « *Que por destino fatal*
Nunca forzada te veas
Á eternamente escuchar
Un péndulo que vacila
*Sonando siempre *tic-tác!* »*

Y aqui termino. — Imposible
 Es escribir nada mas,
 Porque el péndulo maldito
 De mí se quiere burlar
 Diciéndome : « *No eres libre!* »
 Diciéndome : « *Pobre estás!* »
 Diciéndome : « *De tu amada*
Perdiste el dulce mirar! »

En su perenne *tíc-tic!*
 Y en su incansable *tic-tác!*

¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE, MUJER?

Si la vida y sus placeres
 Te brindan en copa de oro
 De miel su rico tesoro :
 ¿Por qué de ella huyendo vas?
 Si hai éter puro en el aura,
 Si hai perfumes en las flores,
 Si hai encanto en sus olores :
 ¿POR QUÉ, MUJER, TRISTE ESTÁS?

Si nadie en el mundo imita
 El brillo de tus hechizos,
 Si son de seda los rizos
 Con que tu frente se viste,
 Si hai ojos que no te miran
 Porque deslumbrados ciegan
 Si á ver tus encantos llegan :
 DI, MUJER, POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

Si es tu alma casto eden,
 Que guarda inocente velo ;
 Si es tu pensamiento el vuelo
 De un ángel que al cielo fué ;
 Si es, mujer, tu amor sencillo
 Como el amor de las aves :
 ¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE, POR QUÉ?

Si eres bella y eres reina
 Y reinas sobre las bellas ;
 Si son de rosas las huellas
 Que tu planta puede hacer ;
 Si te aplaude, justo, el mundo
 Y al bardo tu encanto inspira,
 Si eres nota de su lira :
 POR QUÉ ESTÁS TRISTE, MUJER?

EL RECLUTA

CANTO POPULAR

¡Á campana, compañero,
Á campana, campana!
Quién quitara á la paloma
Sus alas para volar!

¡Á caramba, compañero,
Compañero, si es verdá!
Yo vivía en mi *conuco*
Distante y en buena paz,
Sin saber de la política
Ni el mesmo por la señal.
Eran mis ocupaciones
¡Á campana, campana!
Cuidar mis animalitos,
Atenderle al *cebollar*,
Poner el maíz en la *troja*,
Recorrer el cambural
Y mirar para los cielos
Buscando con ansiedá
Del invierno que Dios manda
Algun endicio ó señal;
Mas como la sogá al fin,
Sin poderlo remediar,
Quiebra por lo mas delgao,
Segun lo dice el refran,
Me cojieron ¡ah caramba!
¡No me quisiera acordar!
Para servir á una patria
Que yo no sé dónde está.

¡Á campana, compañero,
Á campana, campana!
Quién quitara á la paloma
Sus alas para volar!

Bien conozco que ha dispuesto
La santa Divinidad,
Que el hombre quiera á su patria
Por instinto natural,

Como quiere á las muchachas
Y no las puede olvidar;
Y si he dicho, compañero,
Que yo ignoro dónde está,
Es porque malos pintores
Me la han sabido pintar,
Pues no todos los que pintan
Son pintores de verdá:
Unos pintan por delante,
Otros pintan por detras,
Unos con tinta amarilla
Y otros con la colorá;
Mas al fin de la partida
¡Virgen santa del Pilar!
Suena el tambor: te-rrem-plen!
Suena el clarín: ta-rí-rá!
Y es el pobre campesino
Quien de frente ha de marchar.

¡Á campana, compañero,
Á campana, campana!
Quién quitara á la paloma
Sus alas para volar!

Á caramba, compañero!
Escúcheme esta verdá:
Unos nacen para bestias
Y otros para sobornal.
En esta tierra sucede
Como en el fondo del mar,
Que los pejes mas chiquitos
Son por su debilidá
De los otros pejes grandes
Alimento natural;
Y por eso estamos viendo
Que de mucho tiempo atras
Es el hombre de los campos,
¡Cómo no voy á llorar!
Quien marcha para la guerra
Con el *chopo* y el morral,
Al decirle la corneta:
¡Tarí-tarí-tarirá!
Obediente á lo que manda
La ordenanza militar.
Y ¡á caramba compañero!,
¡Qué falta de carriá!

Si le cortan una pierna,
Ni la muleta le dan. —

¡A campana, compañero,
Á campana, campaná!
Quién quitara á la paloma
Sus alas para volar!

Mi *conuco* está sin riego,
Mi yunta sin el gañan,
Abandonada mi *troja*,
Mi hogar sin seguríá,
Mi guitarra sin cantor,
Mi yegna sin el bozal,
Y ¡ay dolor de los dolores!
¡Quién lo pudiera olvidar!
Mis hijitos están solos,
Sola mi mujer está;
Y quién sabe si á estas horas
Por mi ausencia llorarán,
Pues las almas que bien quieren,
Nunca llegan á olvidar
Que ninguna bala tiene
Un letrerito especial. —
¡A caramba, compañero!
¡Por la Virgen del Pilar!
No me tenga por cobarde
Ni menos por desléal,
Que colgadas esas preadas
En mi corazon están
Y, al pensar si se habrán muerto,
Me dan ganas de llorar!

A campana, compañero,
Á campana, campaná!
Quién quitara á la paloma
Sus alas para volar!

DÓNDE ESTÁ DIOS?

— Dime, madre de mi alma,
Dime, madre, la verdad :
¿Está Dios en todas partes?

— En todas partes está.
— ¿Llena el mundo?
— Sí, lo llena.
— ¿Me está mirando?
— Sí tal.
— ¿Está en la flor?
— En perfumes.
— ¿Está en el cielo?
— Es su altar.
— ¿Está en el aire?
— Es su aliento.
— ¿Está en el sol?
— Es su faz.
— Madre, comprender no puedo.
— La fe te lo explicará.
— ¿Y qué es la fe?
— Rayo puro
De eterna luz celestial.
Cuando llegue con el tiempo
Tus tinieblas á alumbrar,
Esa luz mas elocuente
Que mi lábio te dirá :
Que hasta en el ero infantil
De la palabra fugaz
Con que por Dios me preguntas,
La esencia de Dios está.

LO PASADO

FRAGMENTO

El tiempo en que me amaste ¡vida mía!
¡ Oh ! ¡ cuán feliz !
Entónces contemplé mas claro el dia,
Mas bello de las flores el matiz,
El cielo mas azul, mas verde el monte
Y mas limpio el cristal del horizonte....
Entónces ví
Al mismo Dios mas grande junto á tí !
Con ese amor tan cándido y tan mio
Yo era mejor,
Que para redimir al hombre imj fo

MENSAJEROS

Ave que cruzas el espacio libre
Batiendo con afán tus alas de oro,
Si llegas á cantar donde ella vive,
Cantando dile
Que yo la adoro!

Inmenso toldo azul, cielo adorado!
Cuando mi bien mirare alguna estrella,
Al sonrojar sus ojos á tus astros,
Dile alumbrando
Que pienso en ella!

Ángel del sueño plácido y tranquilo,
Cuya grandeza en olvidar consiste,
Antes de darla tu embriagante vino,
Dile al oído
Que estoy muy triste!

Aire sutil que generoso guardas
La esencia de la vida entre tus velos,
Dile, al besar su boca idolatrada,
Que de tus auras
Yo tengo celos!

Inmenso Dios que en la razón no cabes,
Luz infinita donde el bien reside,
Cuando ella se arrodille en tus altares,
Dile, Dios grande,
Que no me olvide!

PENSANDO EN TÍ

Como la aurora que nace y brilla
En la de Oriente cuna sencilla,
Ante mis ojos apareciste
Bella y altiva patria gentil!
Y al verte ahora, quédome triste,
Pensando en ti!

Bajo los rayos del sol naciente
Brillaban perlas sobre tu frente;

El mundo hablaba de tu riqueza;
Mas, hoy que veo tu porvenir,
Bajo los ojos y la cabeza,
Pensando en ti!

En otros tiempos y en otros días
De bienandanzas y de alegrías
Éramos todos buenos hermanos
Y en tu envidiable, vasto jardín,
Niño, miraba cuajar los granos,
Pensando en ti!

Bajo la sombra de tus palmeras
Tan arrogantes y lisonjeras,
Toda fatiga reposo hallaba,
Todos cabían en el festín;
Y yo inocente los contemplaba,
Pensando en ti!

La buena madre que yo adoraba
Á cada beso me relataba
Lo que tu gloria me prometía;
Y yo halagado con su decir
Entre sus brazos me adormecía,
Pensando en ti!

Mas, ¡ah! tus hijos tan inhumanos
Cuajar no dejan los ricos granos;
En tus palmeras hallan abrojos;
Juntos no caben en el festín;
Por eso tristes lloran mis ojos,
Pensando en ti!

Mientras aquellos por ambiciones
Alzan sus tiendas de rebeliones
Y al parricidio caminan ciegos
Cambiando el pico por el fusil,
Á Dios elevó cristianos ruegos,
Pensando en ti!

Si á extraña tierra, ¡oh patria mía!
Por defenderte yo fuere un día
Y allí dejare mi nombre escrito
Sobre una tumba, puedes decir
Que alzé mis alas á lo infinito,
Pensando en ti!

¡MADRE MIA!

Pensativo y silencioso
 En mi apartado retiro,
 Triste como el ave ausente
 Del arbusto preferido :
 Así triste voi mirando
 Cómo trascurren de prisa
 Tras los minutos las horas,
 Tras de las horas la vida,
 ; Madre mia!

Me dicen que al fallecer,
 Estando yo pequeñito,
 Me diste un beso mui largo
 Sobre mi frente de niño :
 El tiempo ha andado y ahora
 Sobre tu beso nacida
 Hay una arruga en comienzo,
 Que los años no prohijan,
 Madre mia!

¡ Ay! si estuvieras aquí!
 ¡ Ay! si pudiera al oído
 Revelarte mis angustias
 Y el porqué de mis suspiros!
 ¡ Ay! si pudiera decir :
 ¡ Esta es mi madre querida!
 Y besar tu pelo blanco
 Y dormir en tus rodillas,
 Madre mia!

Cuando escucho decir ¡ madre!
 Á un labio que no es el mio,
 Yo no sé lo que me pasa,

Ignoro por qué me aflijo :
 Solo sé que bien quisiera,
 Lleno el corazón de envidia,
 Poder robarme ese labio
 Que goza de miel tan rica,
 Madre mia!

Con tristeza voy al lecho
 Cuando el sol ha descendido ;
 Con tristeza me levanto
 Á continuar mi camino ;
 Pues nadie, nadie me dice,
 Con maternales sonrisas,
 Al despertar : — Dios te guarde!
 Ni al dormir : — Dios te bendiga!
 Madre mia!

¡ Cuán hermosa es una madre!
 El mismo Dios infinito
 Que puede hacernos pavesas
 En el durar de un suspiro,
 Con perlas de su corona
 Hace el molde en que fabrica
 Una sola, y cuando muere,
 Aun siendo Dios no la imita,
 Madre mia!

Por eso te busco en vano
 Para decirte al oído
 El porqué de mis angustias
 Y el porqué de mis suspiros ;
 Por eso busco y no encuentro
 En todo el orbe la dicha
 De besar tu pelo blanco
 Y dormir en tus rodillas,
 Madre mia!

JUAN VICENTE GONZÁLEZ

Juan Vicente González, hombre ilustre en la historia literaria de Venezuela, nació en Carácas en 1808. Comenzó sus estudios en los aciagos días de la magna guerra y habiendo terminado los de filosofía y humanidades, dedicóse á aprender la Jurisprudencia, que abandonó á poco por la Medicina y mas tarde por la Teología, en que perseveró hasta recibir los últimos grados.

En 1838 dedicóse á la enseñanza pública, fundando en un acreditado colegio de Carácas una clase de gramática castellana, y desde entónces continuó en la carrera de institutor, sirviendo siempre con noble zelo y eficacia á la causa de la instruccion pública en su patria.

Fué autor de una excelente GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, de un interesante MANUAL DE HISTORIA UNIVERSAL y de muchos escritos importantes, entre los cuales merecen una especial mencion sus LECCIONES DE ELOCUCION, su aplaudida traduccion de la DIVINA COMEDIA de Dante y un gran número de piezas sueltas.

González estudió con tal interes y estímulo la antigua y moderna literatura, que en ocasiones, con el auxilio de su estupenda memoria (y no hemos conocido otra igual), recitaba páginas enteras de los clásicos griegos y latinos ó de los mas notables escritores italianos, franceses, ingleses ó españoles.

Fundó y redactó diversos periódicos políticos y en 1846 fué elegido Diputado. Pero valga la verdad, al concluir estos lijeros apuntes: — como político, González desbarró casi siempre; — como institutor y literato, su bien merecida reputacion le sobrevive.

González murió en Carácas en 1866.

CUADRO DE ESPAÑA⁽¹⁾

1. *España! Tú has vivido largo tiempo sepultada en tus montes, como aquel último rei de Navarra, Sancho el Encerrado, que murió de un cáncer, verdadero simbolo de los destinos de tu pueblo. La trompa guerrera ha anunciado al mundo que despertaste ya!*

(1) Tomado del Manual de Historia universal.

2. « El sistema territorial de España es una isla por el Océano, una isla por el Mediterráneo y con mas razon una isla por los Pirineos. » Así figura Monteil que enamoraba un frances á una española de ojos negros.

3. ¡ Cuántos recuerdos enlazados con el nombre poético de España! Son las manzanas doradas de las Hespérides; es la Bética cantada por Homero y ennoblecida por Fenelon. « El Bélis corre por un país fértil y bajo un cielo dulce, siempre sereno... Parece haber conservado esta region las delicias de la edad de oro (1). »

4. Esa tierra heróica, abonada con sangre de ochocientos años, esa tierra de castillos que caen, de torres moriscas, de encantados palacios, llenos de historias trágicas, de leyendas de santos, de cuentos de niños, de melancólicos amores es la tierra clásica de la imaginacion y la poesía. Corramos en peregrinaje á esta Jerusalem del corazon!

5. Quisiera contemplarla desde Gavarnic, puente de España y pasaje tempestuoso, donde *el hijo no espera á su padre*, limite inmenso de dos mundos, desde donde podria verse á Zaragoza en España y á Tolosa en Francia. Allí el Vascon inmutable, primogénito de las razas Célticas, que ha visto pasar todas las naciones, Cartagineses, Celtas, Romanos, Godos y Sarracenos. « Debeis saber que nosotros datamos de mil años atras », decia un Montmorency á uno de ellos. « Y nosotros, respondió el Vascon, nosotros no datamos ».

6. ¿ Quién cantara á los Pirineos, esa historia anterior á toda historia, prodigiosa epopeya geológica, en el momento en que la masa abrasada del globo levantó su eje, se estrellaron los montes y en los dolores de un parto titánico lanzó contra el cielo la negra y calva *Maludetta*?

7. Es, sin embargo, desde la montaña maldita que el Homero de los Pirineos (2) vió

desaparecer las contrariedades, cubrirse los picos de musgo, redondeándose en bellas torres, suavizarse los escarpados precipicios, vestirse las llagas de la montaña de verdes praderas, que hacen palidecer las de los Alpes, y formarse en las masas inferiores esa escalera colosal, cuyas gradas son montes.

8. « Todo se eleva ó se abate, dice Ramond, en justas proporciones, sin que nada turbe la armonía de un dibujo, cuya osadía modera la severidad, y un color trasparente y puro, un pardo claro, animado ligeramente por un color de rosa, simpatizando igualmente con la luz y la sombra, acompaña en el azul del cielo las cimas que han remitido de antemano los tintes etéreos. »

9. Esa es la luz que respira España; mas allá la niebla ondeante, bajo un viento eterno.

10. La barrera formidable de España son los Pirineos, guardados al Oeste por los Vascones y al Este por los Catalanes, porteros irritables y caprichosos unos y otros, que abren á Abderramen y cierran á Roland. Á veces abren fácilmente, sí, como se abren las ondas del abismo! ¡Qué de tumbas entre Roncesvalles y la Seu de Urgel! Yo admiro la cima francesa del monte Perdido, pero amo mas la cima española de Vignemale!

11. ¡Qué agitada y tempestuosa, qué heróica y triste es tu historia, oh patria de mis padres! Algo hai en su destino que la asemeja al antiguo Egipto. Fué supersticiosa como él, y como él está dividida por climas, usos, leyes, costumbres y lenguas diferentes. Sus códigos son privilegios. Todo pueblo la conquista: Tiro explotó sus minas; Grecia pobló sus puertos; Cartago le impuso leyes; Roma la sujetó á su civilizacion; los Godos á su barbarie; los Arabes la quebrantaron en una batalla; en otra perdió su libertad, gobernada sucesivamente por extranjeros, Flamencos, Austríacos ó Borbones.

12. Pero superior á Egipto, ella ha sembrado estas diversas épocas de monumentos tan impecederos como las pirámides, Sa-

(1) Telémaco.

(2) Ramond, Observations faites dans les Pyrénées.

gunto, Numancia, Covadonga, Calatañazor, las Navas de Tolosa, los muros de Granada, el Fuero Juzgo, las Partidas, el Justicia de Aragón.

13. Lo que la encumbra sobre todos los pueblos de la tierra es su constancia; vencerla no es someterla; su murmullo acompaña á través de los siglos el ruido de su cadena involuntaria. Los Romanos comenzaron por España la conquista del occidente, y el templo de Jano aguardó para cerrarse á que la guerra cantábrica terminara. Debelados en Guadalete, por ochocientos años, sin un paso atrás, desde las montañas de Astúrias, marchan á la reconquista de su suelo, su religion é instituciones, tornando su derrota en gloriosa epopeya.

14. *¡Qué bellos dias, cuando « é assi los reyes é condes é los altos homes é todos los otros cavalleros que se presciavan de armas, todos paravan los caballos dentro en las cámaras donde tenian sus lechos donde dormian con sus mujeres, porque luego que oian dar el apellido, touiessen prestos sus caballos é sus armas, é que causalgassen luego sin otra tardanza ninguna! » (1)*

15. Cuando al acento
De Lauria, desplegadas sus banderas,
Terror del Mauritano,
Saludaron las costas de Levante,
Y mudo el arrogante
Alijero Leon, las vió Venecia
Derrocar de Parténope al tirano,
Estremeciendo á Grecia
Y venciendo el poder del Vaticano. (2)

Cuando sus tercios imponían á Italia, tomaban por asalto á Roma y llevaban cautivo á Francisco I.

16. Sí, recuerdos de inaudita gloria bañan con su luz tu historia antigua. Aun no mandaban sobre tu suelo y ya los Godos habian atravesado vencedores el desfiladero de las Termópilas y el istmo de Corinto, perdonado

(1) Crónica general de España.

(2) D^a Gertrúdis Gómez de Avellaneda.

á Tébas, abrasado el Ática, mancillado la gloria de Argos y de Esparta. Reyes hacian la corte á Eurico, que extendia su poder sobre las Galias, y Ataulfo, protector del imperio, sentó en su trono á la hija de los Césares. Rival de Accio, el último romano, Teodorico, ántes que San Leon salvó á Roma en los campos Cataláunicos, de los furios de Atila. Y España mandó en Italia y Portugal, y en Borgoña y Holanda, y en Alemania é Inglaterra, y en Asia, y en Africa; y la América fué suya.

17. Ocho siglos de lucha habian hecho de España la nacion mas belicosa del mundo; fué tambien la mas noble y generosa..... Te abriste las venas para animar con tu sangre á la América desolada por la antropofagia de sus hijos y los tuyos; y tus hijos bastaron para sustituir á los descendientes de Montezuma y Atahualpa y á tus mismos guerreros que corrian degollándose sobre sus cadáveres. Pasó un siglo y la mitad del mundo apareció transformada. Tú le diste cuanto tenias. Palacios, catedrales, bibliotecas y templos y caminos y plazas y una civilizacion completa se desplegó allí, donde el Inca degollaba hecatombes de inocentes víctimas al sol que las amaba y donde resonaba ántes el son monótono del caracol salvaje y del triste y melancólico yaraví.

18. Tal asombro impusiste, que los pueblos creyeron que el cielo era tu aliado, y divulgaron que el sol se habia detenido una vez en la mitad de su carrera, aguardando á que completases una victoria. ¡Cuántos años has descansado de las fatigas de tanta gloria!

19. El mas fanático de tus reyes resolvió un dia que la llorases penitente y expiaras la sangre vertida, y te convirtió en lúnebre monasterio. Levantó para sí el *Escorial*, palacio y tumba, monumento austero y sombrío, como su genio, especie de Trapa para tus monarcas; millares de frailes lo sirvieron; el oro de América los alimentaba; los reyes se llamaron *hechizados* y *hermosos*.... y así atravesaste muchos siglos vestida de sayal, pobre España,

á la siniestra luz de las hogueras de tu inquisición.... Y aun así triunfaste en San Quintín y diste al héroe, que libertó en Lepanto la Europa de la Media Luna.

20. Y aun así, cuando el gigante de occidente proyectó su sombra colosal sobre la Europa y todos los reyes, los tuyos depusieron á sus piés las coronas, mendigando esposas, osaste sola hacerle frente, hiriéndole con las mismas cadenas que te habia impuesto, miéntras, tocadas por invisibles manos, las campanas llamaban al combate y tus sacerdotes y tus mujeres y tus niños abrian con sus puñales la honda sima en que fué á hundirse su poderío.

21. Grandes pueblos han estado esperando por largo tiempo á que despertaras. Borgoña, la parte mas guerrera de la Francia, nervio y fuerza de los ejércitos de Napoleon, te aguardó un siglo entero; en odio á la conquista francesa, sus sencillos y enérgicos habitantes se han sepultado el rostro contra la tierra. Estabas muerta, pero tu cadáver, como el del Gid, animaba á tus amigos y espantaba todavía á los contrarios, que tu espada habia herido.

22. Mi dolor por las desgracias de España fué causa de que la llamara : « fragmento etiópico incrustado en Europa ». Si, visto desde el mar, el mediodía de la Península se asemeja á Marrúecos, es que el cielo da con frecuencia á las aves potentes el chillido de sus víctimas. España posee todos los climas : ¿deberia faltarle el de la patria de San Agustín ?

23. Y España debia ser el pueblo de la elocuencia. ¿Qué nación habla una lengua mas noble y sonora que la suya? Los pechos robustos, los órganos nuevos y fuertes de sus hijos la formaron en las regiones del alma, bajo un cielo puro, templándola al son de sus guerreras trompas y marcándola con el sello de su intrepidez y entusiasmo. El hombre del norte aspira sus palabras entre la lengua y los labios, entreabierta la boca, para no respirar la fria atmósfera de sus nieblas. La lengua

castellana, nutrida de vocales, mezcla de la sensación y la idea, pronúnciase al aire libre, *ore rotundo*, respiración del alma, de sonidos sonoros y graciosos como la lengua griega.

24. ¿Por qué, oh España! no recoges tus hijos en tu regazo fecundo, en vez de debilitarte en lejanas empresas, y ora empuñes la espada, ora toques la lira, eres el terror ó el encanto de las naciones?

BOLIVAR EN CASACOIMA

Era una de las noches mas bellas y apacibles. La luna de mayo asomaba por el Oriente ceñida de púrpura y de nieve. Prolongados palmares, la fecunda javia, el coco marítimo se mecian dulcemente al suave impulso de los aires. El majestuoso Orinoco paseaba en un inmenso lecho sus turbias y caudalosas aguas; ningun acento, ningun ruido, sino el sordo que arrojaban las aves nocturnas, ó del centinela que, con el arma al hombro y fija la vista en el bosque, hollaba las hojas secas.

Allá distante, á la sombra de un árbol que los naturales llaman *Castaño del Marañon*, muchas personas platican al rededor de una hamaca colgada de fuertes ramas. Tristes los unos, el mas profundo abatimiento se pinta sobre sus frentes; los otros parecen no pensar sino en lo que les habla desde la hamaca un personaje, ardiente y lleno de confianza.

—Buena, dijo un hombre pequeño de estatura, de ojo sagaz y penetrante, de carácter pronto y arrebatado, buena ha sido la tarde; una oí silbar tan cerca que, si hubiera bajado un palmo, no tenian que pensar mas en mí los Margariteños; varias anduvieron cerca de V., General; y á fe que si no nos lanzámos en esa laguna, que tiene mas olor de sepultura de cocodrilos que de ensenada del Orinoco, hubiéramos sido víctimas.

— En verdad que es un trabajo de Hércules

haberla atravesado, contestó uno de aquellos señores, alto, de nariz perfilada, de vista intelectual y segura, de aire cortés y en extremo reservado; mucho temieron los enemigos el tal lago, que á vista del hombre que les valdría mas que la victoria; con solo dos al lado y desarmados, no se atrevieron á seguirnos. No deja de decir á mi cuerpo que tuvieron razon. ¿Les parece á Ustedes que debíamos ser mas cautos en esto de separarnos del Ejército para ir á comer frutas?

— ¿Qué dice V., General? El peligro está pasado y todavía me acuerdo de las dulces piñas que hemos comido: excelentes son las piñas de la Esmeralda. ¿Y qué nos sucedió? Nos persiguió mayor número de hombres armados; fuimos mas valerosos y henos aquí salvos. ¿No es nuestra vida una série de asechanzas, riesgos y triunfos? — Esto contestó, sentándose precipitadamente en la hamaca un hombre que, si bien quemado por el sol, endurecido por la fatiga, manifestaba en su cabello castaño y en sus ágiles movimientos tener seis lustros apenas de edad. En su aire grandioso é imponente, en sus miradas, ya melancólicas como la luz de la luna que las alumbraba, ya ardientes como el fuego de un meteoro, bien se advertía ser el Caudillo de la escasa tropa que le rodeaba.

— Pero esto no es prudencia, General, ni de la aprobacion de sus soldados que saben depende la existencia de la patria de la de V., esclamó un oficial calvo, de modales apacibles, de insinuante aspecto, en quien el juicio aventajaba á los años. Nuestra posicion es lamentable, continúa, estamos mas escasos de tropas y municiones que de vestuarios y ya VV. ven qué uniforme trac nuestro General en gefe, el Gefe de Estado mayor y el General margariteño.

— No tan malo, gritó el de la hamaca. Perdí mi uniforme, pero me hallo mejor con esta bata que me han regalado, mucho mejor que con las heridas de los piés; mañana estreno la hermosa camisa de corteza de marina, que

me regaló un cacique; galanos, sí, que están los dos generales que me acompañaron, el de camisa de listas sobre todo... y arrojaba sendas risadas, viendo al que primero rompió el diálogo, envuelto en una ancha camisa de listado.

Ya habrán conocido los lectores que era el Libertador quien hablaba desde su hamaca con los generales Arismendi y Soublette, el coronel Briccño y varios oficiales del ejército.

La luna estaba ya en la mitad del cielo y Bolívar les animaba todavía, hablándoles de sus proyectos y esperanzas.

No sé lo que tiene dispuesto la Providencia, decía, pero ella me inspira una confianza sin límites. Salí de los Callos, solo, en medio de algunos oficiales, sin mas recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo y conquistarlo. Se ha realizado la mitad de mis planes: nos hemos sobrepuesto á todos los obstáculos hasta llegar á Guayana; dentro de pocos dias rendiremos á Angostura, y entónces... iremos á libertar á la Nueva Granada y, arrojando á los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos á Colombia. Enarbolaremos despues el pabellon tricolor sobre el Chimborazo é iremos á completar nuestra obra de libertad á la América del Sur y asegurar nuestra independendia, llevando nuestros pendones victoriosos al Perú: el Perú sera libre....

Sorprendidos, atónitos se miraban unos á otros los oficiales que le cercaban: nadie osaba pronunciar una palabra. Los ojos de Bolívar arrojaban fuego, y al hablar de la España, de su ruina, tormentas eléctricas parecían ceñir su cabeza, como la cumbre del Duida, cuya sangrienta y encapotada cima alcanzaban apenas á divisar....

Un oficial llamó á parte al coronel Briccño y le dijo llorando: «Todo está perdido, amigo: lo que era toda nuestra confianza, helo aquí loco; está delirando.... En la situacion en que le vemos, sin mas vestido que una bata, soñando en el Perú....!» Confortóle



Bricceño, asegurándole que el Libertador se chanceaba para hacer olvidar el mal rato, que él y todos habían pasado aquella tarde.... A los dos meses Bolívar había tomado á Angostura; dos años después la Nueva Granada le aclamaba vencedor en Bogotá; cuatro años más tarde destruye en Carabobo el ejército de Morillo; á los cinco da libertad á Quito y al cabo de los siete años sus victoriosas banderas ondeaban sobre las altas torres del Cusco.

EL TROVADOR

MESENIANA

..... Demissorina tempo:
..... hominum
Jcv.

Vivir quiero conmigo.
FR. LUIS DE LEON.

En noche tan oscura, cuando la tempestad brama en el bosque, ¿quién hace estremecer las puertas del castillo? ¿Quién á estas horas vaga en busca de un asilo? — Es un trovador sorprendido por la noche y la tormenta. — Que entre el poeta, grita el caballero; y damas y donceles se adelantan presurosos á recibirle. — ¡ Buenas noches, valientes caballeros, nobles damas! ¿Qué hada me ha transportado de repente á este palacio de las hurís? ¿Qué cielo es este tachonado de más hermosas estrellas? — Canta, trovador, dice el castellano: estas damas admirarán tus cantos y de castillo en castillo resonará tu nombre; tú sabes mil historias de amor y de caballería: dínos, si quieres, las aventuras del que va á Palestina y muere en brazos de la Condesa de Trípoli; ó cuéntanos los desdichados amores de Cúey, los devaneos de Rudel; ó bien, repítenos los heroicos cantos de Bertran, si no prefieres entonar una triste *Lais* sobre tu propio corazón y tu destino. ¿Quién no ha llorado sobre tus desgracias? — El trovador pensó un ins-

tante y suspiró; el entusiasmo agita su pecho y la voz del canto baja á sus labios:

« Traedme, oh amor! un soplo de mis juveniles años para animar los conceptos de un corazón ya túbio! Los días pasados de entusiasmo y esperanza fueron como las flores. ¿Qué queda en mi alma sino el perfume que libé en su cáliz? ¡Y aun danzais á mi alrededor desnudas, fugitivas, lindas imágenes de mis pasados sueños! ¡Huid, infieles, que me basta vuestra memoria, este sello que estampásteis beso á beso sobre mi corazón! Aires de la juventud! el movimiento de vuestras alas aun despierta en mi seno un ardor silencioso. ¡Cómo latía ardiente, desesperado, el mágico vislumbrar de la hermosura! Tras la breve é imperceptible huella, por entre el pliegue ondeante de la seda, mis ojos volaban como tras una exhalación misteriosa y fugaz que va á perderse entre el oro y las rosas de la aurora; había desaparecido ya y mi alma se iluminaba con el divino crepúsculo; la imaginación, verdad pura, me había llevado á una esencia de amor, encarnada en el velo de la poesía. Era la primera edad de mi razón. **TRAEDEME, OH AMOR! UN SOPLO DE MIS JUVENILES AÑOS PARA ANIMAR LOS CONCEPTOS DE UN CORAZON YA TUBIO!**

El tiempo maduró mis ilusiones: desdiciendo la realidad, mi espíritu se lanzó en la región inmensa de las quimeras. ¿Habeis visto sobre los picos de las montañas que se alzan en los aires, girar, en dorada auréola, las nubes, hijas del cielo? Así proseguía, lejos del mundo, mi carrera solitaria, al través de mil esferas que iluminaba mi corazón. ¡Días únicos de felicidad! La naturaleza, ninfa seductora y gallarda, me hablaba en su divino lenguaje; ella comprendió mis quejas y dió suspiros á mi amor; el árbol agitó su copa para saludarme; la rosa me contó la brevedad de su vida; la fuente suspira por mí, huyendo, y la luna me sigue con sus embriagadoras miradas. Oh sueño delicioso! vision ligera! meteoro de brillantes colores! Mujer! un cetro

en la mano, tú enseñas nuestra alma; te despliegas á nuestros ojos húmedos, bella como una tarde voluptuosa del Ganges, imponiendo al corazón temor y esperanza; nos alumbras con tus brillantes ojos, nos enredas en tu riza cabellera, y, ébrios, respiramos tu voluptuoso aliento. ¿Quién arrancó de mi seno desangrado esta imagen que adoraba, para entregarla á la tumba de la realidad? ¿Quién desdeñó mi flauto y me robó esta hija del aura y del amor, creada en mis sueños, nutrida con mi corazón, hermosada por mi fantasía? Un iris mágico, flexible en su belleza, variado en su armonía, era mi sol entonces; pero el iris no se dibuja sino sobre la nube: borró sus matices el desengaño cruel y la nube apareció amenazante, sombría. Por desgracia los cuidados buscaban un asilo solitario y lúgubre y entraron en mi corazón... ¡Rompióse para siempre el prisma con que contemplaba la naturaleza! Ilusos! felices de hoy! Bebed la gota de miel: también yo estuve en Arcadia! Había pasado otra edad de mi razón. TRAEDME, OH AMOR! UN SOPLO DE MIS JUVENILES AÑOS PARA ANIMAR LOS CONCEPTOS DE UN CORAZÓN YA TÍBIO!

Quando huye la galante primavera, quedan, aunque marchitas, las flores que produjo; cuando dejan de resonar en el templo los sagrados conciertos, aun vaga el eco por las bóvedas: mis horas de arrobamiento y delirio habían pasado, pero mi alma vivía de sus recuerdos; templada por el fuego más ardiente del amor, ella repetía sonora hasta el lejano acento que la hiriese; y por eso retumbó tantas veces con los sagrados nombres de gloria y libertad. ¡Otras encantadoras mentiras del corazón! Otros delirios de edad más adelantada!..... Y tú, amistad, si eres también una quimera, acompáñame hasta el sepulcro! ¿Sabéis, oh damas! lo que es la amistad de la mujer en el seno del trovador? Quitad al amor el deseo, al sentimiento la embriaguez, ese ojo que vé, esa mano que toca; unid la contemplación con el respeto, con la ternura la paz, y ese ángel que mira al cielo, es la amis-

dad de la mujer; ella no ostenta, como la rosa, un seno perfumado, ni seduce con su afectado recato y la dulce languidez de su melancolía; es una violeta púdica, ignorada de sí misma, que ama con un amor de violeta. Decidme, amigas de aquellos felices días: cuando vuestra voz sonaba á mis oídos, como lejana música, y en vuestros ojos plácidos y modestos buscaba el sentimiento de la amistad, ¿no robé al amor la mitad más preciosa de su imperio? Adios, adios, amigas! mi espíritu adora, hasta perderse en el espacio, el ligero eco que repite vuestros nombres. La ola, quebrantándose en la playa, grita: «Yo no traspasaré este límite!»; el tiempo sacude sus rápidas alas sobre mi pecho y exclama: «No borraré jamás esa memoria!» Demos dignidad y nobleza á estos sentimientos, alma mía, pues pasa el amor y la fe jurada, perfumemos y cubramos de flores esta reliquia de la ilion de nuestra existencia! TRAEDME, OH AMOR! UN SOPLO DE MIS JUVENILES AÑOS PARA ANIMAR LOS CONCEPTOS DE UN CORAZÓN YA TÍBIO!

¿Quién me llevara á Oriente y me diera respirar el aire puro de los patriarcas, al pie del terebinto, bajo la fresca sombra de los sicomoros? Ve, musa mía, á refrescarte en los oasis, á empaparte en el amor y el canto, en las deliciosas fuentes de Ghisa. Para huir á esta realidad que me atormenta, soldado de Cristo, ¿por qué no me conduces en las alas del canto á la sagrada Sólina, al lado de los héroes que pelean por su Dios? ¿Ó en lo alto de las montañas, sustancia con la naturaleza, por qué no me haces comprender sus fuerzas, el sentimiento de la eterna luz, la belleza infinita?..... Ah! no, juguete de la tempestad, siempre al través de la extensión inmensa y de las ondas agitadas, mi anhelo es ya vivir lejos del mundo, sin linaje alguno de ambición, solo conmigo mismo. ¡Felice, pues rompo con él sin odio, guardando en mi corazón un amigo que me consuele de las pasiones de los hombres! Solo quiero de mi primera edad la ternura, la admiración, el sentimiento de lo

bello y de lo grande... y las lágrimas de la piedad; porque vosotras, lágrimas, sois el lente tras el cual se vé el universo hermoso y sublime.»

El trovador calló : estrepitosos aplausos no celebraron su canto; pero lágrimas bañaban las sonrosadas mejillas de las damas, y el caballero mandó á servirle en una copa de oro un vino delicioso; al apurarlo, gritó el poeta : « Porque se realizen todos los bellos sueños de los corazones generosos ! »

ADIOS

MESENIANA

Amica, addio.
Il PASTOR FINO.

GRANINI.

CUANDO presiento que no habré de veros mas, triste, con la pluma en la mano, descara de cuanto piensa el alma y siente el corazon, condensar una idea digna, que llevarais por todas partes como un diamante, en memoria de mi amistad.

Al dirigiros este ADIOS, amiga mía, lo dirijo á vuestra familia entera, de quien sois la mas fiel é ideal espresion, porque nombraros es nombrar á los vuestros, de cuyo amor vivís; y vuestro nombre debe ser un nombre de familia que se perpetúe para recuerdo de cuanto hai bello y hermoso sobre la tierra. La ROSA pende de su tallo y juntos deben recibir mi homenaje.

Las almas vulgares gritarán : ¿ Por qué flora este insensato á los que no se acordarán de él? ¿ Por qué siente, como poeta, la belleza del genio, en el pais del egoismo? ¿ Por qué se enagena al celebrar esas brillantes mentiras, el talento y la virtud? Dejadme con mis locuras, buenos amigos ! ¿ Desde cuándo no sentir ó ser ciego fué motivo de aplaudirse? Dejadme decir un ADIOS !!!

Os vais. Adios! Lazos que en mi ilusion, solo en mi ilusion sin duda, osé estrechar, van á romperse. Nada dura siempre bajo la inconstante luna; cuanto habita con nosotros, florece y se marchita pronto. Partís : vereis otras flores, oireis otros pájaros que no harán resonar los cantos de vuestra patria, tendreis tambien otros amigos..... que no os amarán tanto. Soñaba que seria mui doloroso dejar el pais en que se nació : el sol pasa mas allá del mar y de la tierra; la ola no queda en la ribera solitaria; las tempestades atraviesan el espacio, y yo decia : El hombre solo no ha nacido para vagar : feliz en la tierra de sus padres, su familia y amigos encierran su cariño, y no aspira sino á vivir tranquilo y dejar sus restos en los sitios queridos que habitó, donde los rieguen con lágrimas los que le amaron. ADIOS !!!

Sois una flor dulce, bella y pura; no sé por qué, al miraros, se apodera la melancolía de mi corazon. En mi arrebató quisiera poner mis manos sobre vuestra frente y consagraros á la dicha, rogando al cielo os conserve siempre dulce, bella y pura. ADIOS !!!

Quando la tarde venga, que los últimos rayos del sol se despidan en el ocaso, triste, pensativo, volveré mis inciertos pasos á los lugares que dejais. Otra voz que la vuestra me responderá; tal vez me dirija á estraña fisonomía para suplicarle me deje ir adentro á meditar y florear, á BUSCAR LÁGRIMAS Y RECUERDOS. Á la claridad de la luna que se mece en el espacio, contemplaré los árboles que plantaron vuestras manos, el copado pino, el saúce soñador y tantas flores que fueron vuestras amigas. ¡ Ai ! sobre su faz marchita ya se notará la ausencia de vuestra mano; el aire agitará suavemente los árboles que responderán suspirando; las rosas se dirán al oído cuentos melancólicos, mientras la gemidora paloma olvidará su nido por ir en pos del amoroso reclamo, que no ha de oír mas. Acaso me figure vuestra ondeante vestidura en la sombra de algun árbol y crea escuchar vuestra voz en

el sonido dulce del apacible Guaire. ADIOS!!!

Alegres en tanto á las orillas del Hudson, jugaréis placenteras, olvidadas de los que lloran. Tambien iré yo, y no tarde, á un país mui lejano, donde hai mas bellos astros, aires frescos y ligeros, perfumes, sonidos armoniosos, rios corrientes de alegría, coros alegres de ángeles. Cuando mis párpados se cierren para siempre, yo lo sé, una mas dulce luz vendrá á anunciarme un dia que no tendrá fin..... donde se ven para no separarse nunca los amigos. ADIOS!!!

Sí, dulce amiga, cuando baje á la tumba oscura, yo iré lentamente á deciros mi ADIOS, á ese país helado que preferís. Pensad, señora, que soi yo quien os hablo, cuando oigáis una voz que os diga: « No me olvideis! » Al escucharla, os parecerá el ruido del viento y no hareis caso; volvereis á oirla y exclamareis: « ES UN GEMIDO!..... ¿SERÁ LA VOZ DE LA ALONDRA QUE SE QUEJA? » Despues no me oircis mas. ADIOS!!! ADIOS!!!

Á TEÓFILO E. RÓJAS

MESENIANA

« Triste fatum. »

VING.

¿ Publicaré los sueños de mis largas noches, cantos en prosa, lágrimas condensadas, preludios fugitivos del canto eterno al dolor, qué suena en mi alma?

Anidesc esta en el silencio, sorda germinación del espíritu; que se lance á contemplaciones abstractas, atmósfera del pensamiento tranquilo; ó que despedazada, sean presa sus fragmentos de realidades crueles, mis dias son tristes sobre la tierra. Creen algunos al leer escritos los acentos escapados á mi corazón, que son creaciones del ingenio, frívolos juguetes de la exaltada fantasía. Miden por sus sensaciones los latidos de mi pecho, arrojan

mis dolores en el molde de sus vanidades y acusan de exajerada mi imaginación por la debilidad exajerada de la suya. ¡ Ai! esos pensamientos son los ramos, agitados por la tempestad, del árbol de mi vida; y al tocarlos, brotan sangre como los del bosque encantado por Armida.

Mi estilo no es el pan laborioso del hombre, regado con el sudor del rostro: como la vegetación de los climas meridionales, espontánea, poderosa, él viste risueños valles ó escarpadas rocas, multiforme, quimérico, extravagante, pero expresión purísima de mis sentimientos. Idéntico conmigo, si cristalizáseis las ideas que hace visibles, no obtendríais un mosaico de abigarrados colores, sino un mineral fundido con la sangre de mi pecho al fuego de mi corazón.... de mi corazón consumido en busca de la gloria y la felicidad!

Gloria! felicidad! diosas mentidas de que no he columbrado ni ligeras sombras, ni aun para burlar mis brazos! Si existiéseis en alguna región, yo os habria alcanzado. Sois la luz fosfórica de la vida moral; y el que sigue vuestras falaces apariencias, cae, agobiado por la fatiga, pálido, frío, sobre el polvo que nos separa de la eternidad.

Así caiste tú que la perseguiste, emprendedor, ufano, sobre el audaz hipógrifo de tu genio. Hallasté en lugar suyo el inexorable destino y el dolor y sucumbiste al fin en la cruel y prolongada lucha. Pero, amigo,... sucumbiste como fuerte; ahí extendido sobre la tierra, tienes el aire del gladiador romano, que muere entre los aplausos de la multitud, sin cerrar los ojos ni espirar, hasta haber derramado la última gota de su sangre. Tu poderosa cabeza, trono del dolor, fué la última á desfallecer, suspendida como un escudo, hasta el postrer momento, sobre tu cuerpo exánime y helado.

¿Cómo pudiste en juveniles años, con esa pasión por la vida, esa superabundancia de fuerzas, ese denuesto contra el dolor físico, marchitarte como se seca la flor ligera de los

campos? Tú dabas besos de amante á la naturaleza, estrechabas á tu seno la creacion entera, la interrogabas en sus misterios, la admirabas en su magnificencia. ¡Sobre la orla de su manto duermes ahora el último sueño, severo, frio, silencioso!

Naciste fuerte de cuerpo y alma, como los atletas antiguos. Se desarrolló tu espíritu en el estudio, tu corazon en el amor y tu cuerpo al aire libre de los campos. Tú no habias nacido para la meditacion ociosa y estéril, para la contemplacion vaporosa, ni te agradaba ver flotar y prolongarse las sombras de tu imaginacion sobre la trasparencia de tus noches. El pensamiento era tu vida; su condicion la actividad: « hombre del Norte, especulativo y practico á un tiempo, distinto del hombre oriental, » que se empapa en el aire tibio de sus climas, bajo un cielo claro, al solitario arrullo del ritmo melodioso de su corazon. ¡Tú no recuerdas ya aquellas horas deliciosas en que siguiendo, con el Banquete en la mano, los giros sublimes de Agaton y de la bella extranjera de Mantinea, al yo caer fatigado por el largo camino en los espacios, una fina y maliciosa sonrisa contraía tus labios y me sonrojabas con las espirituales burlas con que Sócrates debió perseguir los sueños de Platon bajo los pórticos de Aténas!...

¿Hai pequenez ó grandeza en coronar las sienes con las frescas coronas de la ilusion y marchar siempre hácia una colina perfumada que habitan hombres fieles, unidos con un santo amor, soñándola sobre cada horizonte que se divisa y tras cada horizonte que desaparece? Porque sobre tu frente positiva, nunca lucieron, amigo, sino los rayos de la razon y á tu poderosa naturaleza no bastaban la leche y miel de los niños, sino que eran necesarias las sustancias mas fortificantes de los leones, sentias una necesidad desesperada de correr tras todas las flores y morder todos los frutos; te abrias el seno como el pelicano, para nutrir á los hijos de tu corazon; te ibas sobre el caballo de Mazeppa, no rompiendo el silencio,

sino para decir, cuando el corcel salvaje cambiaba de rumbo: « Iré acaso demasiado léjos, en este sentido como en el otro; no importa, yo iré siempre. » Tu mano despedazaba sobre mi cabeza esas flores azules que hasta el aire puro marchita, alzado como el señor de la realidad, entre las ruinas de mis dulcísimas quimeras.

Te engañaste, cruel enemigo de los sueños de mi alma. Ahí sueñas tú tambien. ¿No sé yo acaso que el calor suave que traspasó un punto sobre tu frente, ese rayo de luz fugitivo, que llaman sonrisa, que se deslizó por tu labio, eran sueños, los sueños dulces, melancólicos, que precoden á la noche eterna del sepulcro? ¿Hai nada tan poético como el sueño de la tumba? ¿No me pediste para estos dias de abandono y soledad cantos de mi corazon, lágrimas de mis ojos?

Vivir ocho años al crepúsculo de la eternidad! Ocho años del pensamiento continuo de la muerte! Ocho años puesta la vista sobre las riberas impasibles de otro mundo! Si algun dia fueron tristes y áridas para tí, yo sé que las cubriste al fin con el césped fragante del deseo, las iluminaste con la luz de la fé, las aromaste con las rosas divinas de la esperanza. Era la señal de tu última estacion sobre la tierra, porque cuando el amor abrasa el alma, el objeto amado no tarda... Á fuerza de contemplar la vida serena de los cielos, de escuchar sus rumores dulces y apacibles, de soñar en sus goces variados y eternos, terminaste por desdeñar la vida agitada de la tierra, por ansiar aquellas auras y arrojarte en ellas. Es la historia de aquella niña cuyo amado se le habia ido al cielo: « Cielo hermoso, gritaba, escucha mis ardientes súplicas: descende sobre la tierra para que pueda entrar en tí ». Una noche sus piés vacilantes la llevaron á la orilla del mar tranquilo; en su seno mira juntos al cielo, la luna y los hermosos astros: « Gracias, dice, oh cielo, que escuchaste mi súplica; tú desciendes á la tierra para recibirme; la luna y las estrellas me invitan con

amor : tierra, adios para siempre!! » y las ondas tranquilas la llevaron al cielo.

Tus hermanos recibieron al nacer un don precioso ; pero á tí te habia reservado el destino el mas grande que alcanza el hombre, el de coronar, como una viva gloria, las honradas sienas de tus padres. Cómo se han convertido en cipres y abrojos el laurel y las rosas?....

Á mí no me parece tan lamentable la suerte de Pompeyo, degollado á la vista de Cornelia y recibiendo los últimos honores, en la noche, á ocultas, por un esclavo griego en una tierra extranjera. El gran Pompeyo habia recorrido un vasto campo de poder y de honores y nada faltaba á su grandeza sino morir así, despues de haber sobrevivido á Farsalia. Ni lloro mas el destino de su vencedor : con todo su genio y sus virtudes y su gloria, conquistador y tirano de su patria, su nombre resonaria ménos en la historia sin los puñales de Bruto y Casio. Á vivir mas, se habria hecho llamar, como Neron y Calígula, *augusto, pio, Dios* y habria arrojado sobre sus hombros la púrpura prosáica de los Galenos y Helio-gábalos.

Faltar á un alto destino ; tener el pensamiento sin la accion ; sentirse encadenado con las fuerzas de un gigante : ese largo suicidio del genio, del talento, he aquí grandes, terribles desventuras!.. Pensad en Germánico, espirando, ántes de realizar su ideal querido, la felicidad del mundo ; suponeos que Colon muere sin hallar auxilios para buscar su mundo ; recordad á Chenier junto al cadalso sintiendo bajo su mano el pensamiento que bullia ; al hijo de Napoleon que se extingue jóven, sin recoger la herencia de poder y gloria de su padre!... Esos son los destinos trágicos de la historia. Esquilo los simbolizó en su Prométeo ; Saintine en aquel *Mutilado*, lleno del espíritu de las Musas, sin lengua para hablar, sin manos para escribir...

Tú, tú faltaste á tu destino ; ese es tu crimen ; esas son mis lágrimas. Fuiste solo una

esperanza ; fuiste apenas la aurora de un porvenir ;... con la savia de las encinas, fuiste pequeño arbusto cargado de botones... que nunca abrieron. Por eso los que no te han conocido, preguntarán friamente por el objeto de mi dolor ; por eso es tu destino el mas triste de mi pais....

Quisiera tener la encantada redoma de licor de ámbar, para derramarla en tus labios y volverte, mi dulce amigo, á la vida y la amistad. Paladin gallardo de lo grandioso y lo bello, las letras te darian sus lauros, la libertad sus palmas, el amor sus coronas de olorosos jazmines y azucenas.... No : bastante caro has comprado tu reposo. Duerme tranquilo, amigo, en tu última morada : el sueño cierra nuestros ojos todos los dias ; la muerte los cierra despues del dia de la vida. El sueño es la dicha y la necesidad de la naturaleza.

Sobre tu sepulcro, amigo amado, quiero llorarme á mí tambien.... Lo mejor de mi vida, la inocencia cándida, la fe, el amor, la esperanza, el entusiasmo, las ilusiones, todo lo que da la juventud y los años se llevan, ha muerto. Á tu lado permítame colocarlas religiosamente : era la parte mas preciosa de mí. Reposen á la sombra del amigo muerto ! Lloro, pues, al llorarte en el sepulcro, mis años huidos y á los amigos de mi juventud, mudos para todos ó para mí, la soledad que planta su sitio á mi alrededor y esta muerte del corazon, mil veces mas dolorosa, que precede á la muerte del cuerpo.... Un lugar, un lugar tambien para tu amigo ; porque, dime, ¿ qué me hago, si á la sombra de estos cabellos blanqueados lo que se nace es la desconfianza, el egoismo y la vileza ? Yo envidio la paz de tu delicioso sueño.

MARÍA!

Stabat juxta crucem Jesus
mater ejus

Luce en el mundo misteriosa estrella,
Que al hombre guía en el mortal camino,
Mas que la aurora refulgente y bella,
Reflejo hermoso del autor divino.

Viste de flores su sonrisa al cielo,
Plácida calma su mirada envía,
Fuente es de amor, de paz y de consuelo,
Llámala el triste en su dolor MARÍA.

No hai en lo fiero del pesar un llanto,
Que no halle alivio en su amoroso seno;
De su faz dulce al apacible encanto,
Palpita el hombre de delicia lleno.

Brilló en Eden tras el primer pecado,
Íris feliz de dicha y de esperanza,
Y el mundo la saluda alborozado
Y teme la serpiente la venganza.

Viéronla los profetas y la amaron;
El Rei-poeta la cantó en su lira;
Los ángeles absortos la adoraron
Y en su pureza el Hacedor se mira.

Mas ¿por qué veo, Señora,
Marchitada tu mejilla,
Donde el Eterno se adora;
Y en tu faz encantadora
Amarga lágrima brilla?

¿Por qué gimes angustiada,
Al peso de la pasión,
La luz de tu faz nublada
Y traspassando una espada
Tu cándido corazón?

¿Á quién contemplas pendiente
De infame cruz, solitario,
Caida hácia el pecho la frente,
Descoyuntado y doliente
En el estéril Calvario?

¿Quién pudo así tu grandeza
Desdeñar, Señora mía?

¿Á tu beldad y pureza
No se rindió la fiereza
De la chusma horrible, inúpia?

¿El sol no te coronaba?
¿No te calzaba la luna?
¿Desde Eden no te adoraba
El mundo que en tí esperaba
Fin á su ingrata fortuna?

¡Ai que tan claros blasones
Compraste con el sufrir,
Mirando entre dos ladrones,
Coronado de aflicciones,
Á tu hijo y tu Dios morir!

¡Y miraste desangrado
Su cuerpo en el cruel madero
Y en tu seno desolado
Le viste sangriento, helado,
Sin caer á dolor tan fiero!

Has escrito tu sentencia,
Ingrata Jerusalen,
Cuando, en tu ciega demencia,
De espinas con insolencia
Ceñiste á tu Dios la sien;

Cuando en la cruz le clavaste
Y, en risas y regocijos,
LA SANGRE, que derramaste,
SOBRE NOSOTROS, gritaste,
CAIGA Y SOBRE NUESTROS HIJOS!

Pero ¡ai, Señora! en tu pena
¿Quién pudiera consolarte?
¿Quién pudiera de esa escena,
Que de tormento te llena,
Por un momento apartarte?

Yo pudiera, sí, MARÍA,
Aliviarte en tu amargura,
Que tu hijo por mí moría,
Y menor tu afán sería
Sin mi delirio y locura.

Me embriagaron los placeres
Con su veneno halagüeño;
Entre quiméricos seres
Olvidé, MARÍA, quién eres,
En un voluptuoso sueño.

Mas si los hombres, Señora,
Siempre tras el vicio van,
Salva mi alma pecadora,
¡Oh madre, corredentora
De la prosapia de Adan!

Es toda mi fe tu amor,
Mi esperanza es tu bondad,
Y si es la senda el dolor,
He de implorar tu rigor,
Por alcanzar tu piedad.

Los que osan á tu beldad,
Mui mal en mi seno ven;
Lamentan mi ceguedad
Y, en prenda de su amistad,
Quieren robarme mi bien.

Madre no tuve, mas una
Que á llevar tan dulce nombre
Me deparó la fortuna,
Me celebraba una á una
Tus finezas por el hombre.

Yo estático la escuchaba
Con no infantina constancia
Y á veces me trasnochaba
Ó en tus milagros soñaba,
Que embelesaron mi infancia.

¡Cuánto ¡oh madre! te queria
La anciana! ¡Cuán buena era!
Penas, trabajos jemia;
Mas á tu nombre, MARÍA,
Tornábase placentera.

Ante tu imagen : « un día,
Me dijo, cruel llegará,
Que en horrible vocería
Tu sangre se pedirá.....
Acuérdate de MARÍA. »

Anciana! tú ya no existes;
Volaste al cielo á gozar;
Vinieron los tiempos tristes
Y la madre que me distes,
Tierna me vino á salvar.

Desde que brilla su primer aurora
Hasta que en polvo humilde se convierte,
De Adan la estirpe degradada llora,

Sin que á evitar el infortunio acierte,
Que sube fiero al envidiado trono,
Sigue al mendigo sin hogar ni lecho,
Mientras el hombre, al amagar su encono,
Tímido tiembla con cobarde pecho.

Ruda es, Señora, la mortal carrera,
Zarza el placer con esterior de rosa,
Nuestra dicha irrisión, vana quimera,
Que infiel nos guía á la pesada losa.

Siempre de vivir cansado,
Siempre afanando vivir,
De esperanzas halagado,
Anhelo y temo morir.

Al fin llegará el momento.....
¡Tal vez hoy! ¡tal vez mañana!
No vuela mas raudo el viento
Que esta triste vida humana.

Entóncees..... cuando á ese sueño
Mis ojos vaya á cerrar,
Como á un esclavo su dueño,
Tu sello venme á estampar.

¿Tus méritos? — Pecador.
¿Quién te abona? — Tu piedad.
¿É interpones? — Tu dolor
En la horrible soledad.

Á BOLÍVAR

¡Padre y creador de vírgenes naciones,
Astro de libertad, genio de gloria,
Árbitro del destino y la victoria,
Terror de España y sus rugientes Leones!

Desciende á contemplar tus creaciones,
Acatada y triunfante tu memoria,
Tus grandes hechos que la absorta historia
Acaso un día llamará ficciones.

Pueblos son tus pirámides triunfales,
Un bello mundo de tu genio el fruto,
Tu herencia gloria, libertad anales

Y la gloria es tu féretro de luto;
Mi patria ante las pompas funerales
Duelo inmenso te rinde por tributo.

DANIEL MENDOZA

Hé aquí otro gran talento, arrebatado en edad temprana á la literatura patria por esa série de causas complexas é irresistibles que han hecho la vida corta y precaria en Venezuela !

Daniel Mendoza nació en Calabozo, ciudad principal de los Llanos, en 1823. Educóse en el Seminario Tridentino de Carácas é hizo sus estudios de Jurisprudencia en la Universidad Central. Al terminarlos regresó á la ciudad nativa, donde se dedicó á la enseñanza pública, fundando un colegio, al que no dieron larga vida las guerras civiles.

Mas tarde, ora ejerciendo su profesion de abogado, ora administrando los bienes que le quedaron de sus padres, pasó sus dias hasta 1867, en que falleció.

Mendoza se dió á conocer como poeta y escritor de costumbres desde 1844. Sus obras llenas de gracia y de espiritualidad existen dispersas, y las que hoy publicamos bastarán para que los amigos de las letras lamenten con nosotros el prematuro fin de este distinguidísimo escritor.

LOS CRÍTICOS EN CARÁCAS

El hombre es un animal de costumbres, han dicho los moralistas. Esta definicion, tan respetada por todos, bien pudiera no ser muy exacta, pues que brutos hay, que no solo tienen costumbres, sino que no tienen otra cosa. Entremos en los bosques y preguntémosle al tigre en qué se ocupa. « En matar, contestará; que esa es mi costumbre. » Preguntémosle á la abeja qué hace. « Yo tengo la costumbre de fabricar miel, nos dirá, para que otros se la beban. » Este animal tiene muchos puntos de contacto con el avaro : trabaja y guarda para que otro descanse y bote. En fin, no adoptamos la definicion porque no caracteriza bien la

especie. Si se nos preguntase cómo definiríamos al hombre, diríamos que el hombre es *un animal que muere*. Admitida esta definicion ¿quién no distingue al hombre entre todos los demas animales? « Pero el perro tambien muere, se nos contestará; y eso seria confundirnos con él. » Ya quisieran los *racionales* poderse confundir con el perro; pero hay dos diferencias que los separan y distinguen : primera, el perro, si bien muere, no muere siempre ni á todo el mundo; hay muchos individuos que gozan, con respecto á sus dientes, de una absoluta inmunidad; segunda, el perro es esencialmente fiel : de tal

manera hace parte de su ser esta envidiable cualidad, que puede considerarse como el espíritu que lo anima. Ahora bien, ¿quién es fiel entre todos los animales de *razon*? « Las mugeres », nos dirá algún marido. Así será; pero los dramas y las comedias, que son el espejo en que se reflejan las escenas domésticas, dicen otra cosa. Nosotros no creemos ciegameamente en las novelas; pero basta que una verdad sea contradicha por muchos y la contradicción sostenida y celebrada por casi todos, para que la tal verdad no quede reconocida. Así, pues, en cuanto á esa parte, la diferencia está en pié. Por lo que hace á los maridos, los celos de sus esposas ya nos están indicando hasta dónde podemos contar con su *fidelidad*. Y los amigos? y los hijos y los padres? ¿en qué estriban esos dulces lazos de la vida, sino en la fidelidad? Quítese la fidelidad, se dirá, y queda roto el vínculo de la familia. Vamos allá. La Providencia ha sido mas sabia de lo que generalmente se cree. Ella creó un principio eterno: este principio es el interes, gran eje sobre que rueda todo el mundo moral. Hé aquí la base de todas las relaciones sociales. La amistad y el amor de los hijos hacia los padres y viceversa estriban en el interes.

Aquí está la sabiduría de la Providencia: sometió al hombre á una ley que no se deroga nunca y que solo sufre á veces algunas modificaciones; pero modificaciones que conservan su mismo espíritu y que llevan su misma tendencia. Así cuando se traiciona á un amigo ó se desobedece á un padre en virtud de las sugerencias de la muger que amamos, no hacemos mas que sucumbir á otro interes mayor y mas individual todavía. El interes siempre queda vigente.

Probado, pues, que el hombre no siempre es fiel, réstanos ahora probar que muerde siempre y á todo el mundo. Pero como habríamos de ser sobre manera fastidiosos si le siguiéramos en todos los actos de la vida privada, nuestros lectores nos permitirán que le

contemplemos solo cuando juzga á sus semejantes, es decir, cuando, teniendo en las manos la produccion de otro hombre, pretende estimar la cosa y emite un juicio. No se extrañará que nos fijemos en las publicaciones de la imprenta; hemos escogido este tema, ya porque en nuestros dias no se oye otro grito que el de *viva la libertad de imprenta!* ya porque efectivamente nunca han crujido tanto las máquinas de la prensa, pues contamos mas periódicos que periodistas, por mas que ello parezca imposible.

Se anuncia, pues, un periódico. ¿Quiénes son los redactores? preguntan todos á una voz. — *Fulano*, contesta alguno reduciendo á un punto los labios y frunciendo las cejas, aquel que... y *zutano*, el que vive en la esquina de *** — Ah! pues así saldrá eso. — « Está claro, responde un tercero. ¿Qué se puede esperar de redactores de bigotes? » porque aquí hacen consistir la capacidad en no llevar pelos en la cara. — Y de qué trata? pregunta otro. — Jesus! De todas las ciencias y de política y hasta de economía. — Pues no hay que leerlo: eso será un continuo disparate. Y no lo leen, porque consentidos en que debe ser malo, no se toman el trabajo de apreciar el desempeño.

Se publica un drama. ¿Quién es el autor? Esta pregunta entra como elemento principal en el juicio; porque aquí no se examina la cosa, sino el origen de donde viene. De modo que, si no dan con el nombre del autor, no hay juicio; se suspende para mejor ocasion. Pero lo mas singular es que nadie sabe por qué se detienen; pues el resultado va á parar siempre en que el drama es infernal, y las razones que se aducen son las siguientes: primera, que no sirve; y segunda, que entre nosotros nadie debe saber hacer dramas. ¿Quién lo enseñó, dicen; en qué libro lo aprendió? Queda, pues, probado que el drama es malo, y al dia siguiente se ven sus principales escenas envolviendo unos *cominos* en la pulpería de la esquina.

Un individuo amante del país propone un proyecto en las Cámaras, proyecto que á su modo de ver trae inmensas ventajas. Otro individuo, de no ménos amor patrio, lo combate por creerlo perjudicial á la nación. Aquí entra el crítico. — Ambos van descaminados, dice : el primero quiere *mamar*, y el segundo está vendido al Banco ó á algun otro comprador. — Pero, señor, gritan los ofendidos, nosotros nos fundamos en razones : óigalas U. — ¿Como he de oirlas? responde. ¿No ven ustedes que entónces corro el riesgo de que me convenzan, y no puedo seguir renegando de ustedes, que es mi propósito? Y no oye razones y raja y destroza y muerde y... el proyecto se archiva.

Un padre ó un maestro publican una obra. El hijo ó el discípulo, por querer aparecer independientes y libres, son los primeros en gritar « tiene muchos defectos », y uno y otro creen ser independientes, cuando no son mas que necios *dependientes* de una preocupacion.

Una hermosa quiere tener en su *album* recuerdos de un amigo. El amigo está comprometido y escribe una poesía. — Jesus! dicen todos. ¡Como *llueven allí el Zorrilla y el Larra! Ya eso no es plagiar: eso es robar descaradamente.* Esto, si su conciencia les grita que la poesía es interesante; porque si le notan algun defecto, adios, poeta! Tiene que colgar la lira en el primer sáuce que encuentre.

Escribió U. alguna novela? pues nació en hora menguada : todos se creen en el deber de encontrarla defectuosa. ¡Esta *coma* está de mas! dice con alegría un amigo del autor. Eh! dice despues de volver la hoja : no sirve, no sirve, porque dijo aquí *que*, cuando debió decir *como*. Corre el defecto de boca en boca, y una sola palabra ; quien lo creyera! viene á decidir del mérito de una pieza que contiene millones de palabras.

Añadan nuestros lectores que esos mismos críticos de que venimos tratando son los que

hablan de los *Misterios de Paris* de la manera siguiente : ¡Qué interesante personaje es Rodolfo ! ¡qué gracioso allí cuando se lo estaban comiendo los ratones ! ¡qué endemoniada era la vieja ! y otras sandeces semejantes. No abarcan con la vista el espacio que ha recorrido el autor ; no descubren el léjos adonde se propuso ir á parar ; no tratan de comprender el fin moral de la obra, ni los medios que para lograr su objeto puso en práctica el escritor. No, señor : buscan solo el *cuentecito*, la trama, los amores, etc., y así lanzan un fallo ; de modo que en el concepto de los tales Bertoldo es una obra acabada : no se puede desear mas.

Bien engañado ha de andar el que nos censure de optimistas, el que crea que pretendemos encontrar un Larra en cada crítico ; porque no siempre está el lector á la altura del escritor, no siempre tenemos la dicha de comprender lo que otro mas dichoso nos ha querido decir. Aquí solo protestamos contra esa ánsia de despedazar las reputaciones ajenas, contra ese dolor que ocasiona en la generalidad la opinion ventajosa que otro procura adquirirse, en una palabra, contra esa insufrible crítico-manía, que se ha desarrollado con mas fuerza entre nosotros, que en cualquiera otro país. Pero es lo peor que, necesitando la crítica de sólidos fundamentos para que se llame tal, nuestros críticos no se detienen en eso. Esto es malo! dicen con aire sentencioso ; quién ha de leer todo eso? y acaso no lo han entendido. Pudiera decirseles con Moratin :

¿Quién te mete á criticar
Lo que no sabes leer?

Si tuviéramos presentes las condiciones que debe reunir todo juicio, si conociéramos bien la materia á que este se contrae, si supiéramos apreciar las dificultades que un autor ha tenido que vencer, ó si señaláramos el camino que ha podido seguir para evitar tal ó cual tropiezo, si dijéramos, en fin, como ha debido desempeñar tal ó cual argumento, en-

tónces nuestro juicio seria valdero, entónces se aplaudiria nuestra crítica y no se veria en ella el sello de la parcialidad.

Creemos pues, que, al leer el presente artículo, cualquiera debe deducir, por poco versado que esté en esto de deducciones, que el hombre tiene siempre una tendencia á *morder*, sin curarse del objeto á que aplica sus dientes; y miétras no se nos persuade de lo contrario, miétras lo veamos criticar, como se critica en Carácas, es decir, sin tomarse el trabajo de presentar razones para justificar su *hidrófobo-mania*, miétras lo veamos censurándolo todo, como censura las publicaciones *racionales* de la prensa, nos quedaremos repitiendo que el hombre *es un animal que muerde*.

LOS MUCHACHOS Á LA MODA

Si la legislacion de un pueblo es, como se ha dicho, el reflejo de sus costumbres y si estas pueden ser modificadas por aquella, en virtud de la influencia recíproca que entrambas ejercen, no seria difícil probar que el cambio de la una es la expresion del cambio ya realizado ó por realizar de las otras. En efecto : las costumbres de los pueblos son, como las del individuo, el remedo de su carácter, de su índole, el remedo de sus creencias, el remedo, de sus goces, en una palabra : son su manera de ser. Suprimase de repente un uso ya establecido, y la sociedad, en cuanto á ese punto, quedará desnivelada y no tardará en hacer sentir los efectos de su estado violento. No quiere decir esto que, si un uso pernicioso pugna por establecerse, el soberano debe inclinar la frente y apoyarlo con sus leyes; pues en el caso, solamente posible, de que la mayoría quisiese sancionarlo, debería el legislador ó renunciar á su mision, ó atajar el abuso valiéndose de medidas prudentiales. Pero como las acciones de los indivi-

duos ó, lo que es lo mismo, sus costumbres, si han de tender al gran fin de la asociacion, necesitan de una pauta que las regle, de aquí la necesidad de que la *voluntad* que manda consulte la índole y carácter, las creencias y los goces de las *voluntades* que obedecen. Es por esto que se ocurre al código de los pueblos para encontrar la clave de sus costumbres.

Convenidos, pues, en que las leyes y los usos que dominan en una sociedad marchan en tan íntima armonía, convendremos consiguientemente en que la transformacion política de 1810, si no fué el resultado de un cambio en nuestras costumbres, debia producir en ellas una completa revolucion. Variada la forma de gobierno y alterada notablemente la legislacion, las ideas tomaron una nueva senda y los individuos mismos quedaron transformados. ¿Quién reconoce en el republicano de hoy al colono de la España? Tendamos la vista en derredor, examinemos el aspecto físico y el aspecto moral de nuestra sociedad, y será fuerza concluir que no nos queda de españoles mas que el nombre y un recuerdo que ya se va desvaneciendo. No pretendo ahora investigar si la nueva forma de gobierno es la que mas convenia á nuestros *bien entendidos* intereses, ni si efectivamente hemos mejorado ó empeorado en el cambio. Cuestiones son estas que cada cual debe tener ya resueltas, por poco que haya meditado sobre el estado actual del pais. Empero al seguir con nuestra vista el rumbo que una revolucion de ideas tal vez prematura ha ido marcando á las cosas, ciñámonos solamente á un hecho que en el destino de los pueblos ejerce una influencia de mas que mediana trascendencia, hecho en que se presenta mas ostensible la reforma : la educacion, que á la sombra de la *libertad* se da á la juventud de una manera tan distinta de la que en aquellos tiempos llamados de *atraso* y de *ignorancia* se la daba.

Tal metamórfosis no es mas que el menguado fruto de una trasplantacion, fruto des-

graciado que empezó á brotar en nuestra tierra desde aquel largo riego de sangre que empezó á humedecerla, desarrollo anticipado de las nuevas simientes que los vendavales de la revolucion nos trageron de allende los mares. Pero en lo moral, como en lo físico, toda trasplatacion es peligrosa, porque hay que vencer las dificultades de un terreno extraño, y es despues de un detenido estudio sobre la naturaleza de este y despues de muchas observaciones y experiencias que se pueden sentir los buenos resultados de una perfecta localizacion.

Tales reflexiones, que pudieran llevarme mas allá del corto objeto que me he propuesto abarcar hoy, me ha sugerido la marcialidad, el desenfado con que se va abriendo camino hasta los puestos, que la naturaleza misma ha destinado á mas altas edades, esa clase *imberbe* que nos viene empujando, esa fruta que, verde y sin sabor todavía, se nos quiere vender por ya madura y sazónada en el gran mercado de nuestra sociedad. No soy exclusivista, ni defiendiendo tampoco la causa de los viejos : definiendo solo la verdad, la razon, la justicia. Estoy muy léjos de pensar que solo las canas pueden dirigir el mundo; porque el talento y la virtud son las grandes palancas que lo mueven. Pero miéntras la primavera de la vida venga acompañada del poco tino y del casi ningun juicio, miéntras la temprana juventud siga siendo sinónima de *locura*, le negaré toda participacion activa en la sociedad : presente títulos, presente buenas credenciales, y la reconoceré.

Seria inoficioso hacer aquí la salva que han creído necesaria cuantos sobre costumbres han escrito. No estoy por protestas : primero, porque creo que ninguno se resigna á recibir varapalos, solo porque ántes de dárselos se le pida perdon; y segundo, porque ¿quién puede creer que me propongo hacer un retrato donde todos los originales se parecen? Es tan abundante la especie á que me refiero y son tantos los puntos de semejanza entre los individuos

que la componen, que todos ellos no son mas que las distintas fases de un mismo cuerpo, ó séase las distintas reflexiones de una misma imágen.

Pepito es un individuo de la especie : no tiene mas que catorce años. Escasamente se percibe en su rostro infantil un vello débil y suave que sirve como de sombra á sus rosadas megillas. Está siempre á la última moda. El guante, garrote de grandes dimensiones (porque ya las varitas cayeron en desuso), melena estudiosamente peinada, cadenas, reloj que sale y entra en su faltriquera mas veces al dia que medio de pobre, en fin, no le falta nada, si se exceptuan los bigotes, y eso ya sabemos que no es por virtud, sino por este maldito órden de cosas que acordó para tan tarde el *debut* de los bigotes en el teatro de la vida. Cursa la clase de filosofia donde acaba de hacer tres importantes descubrimientos, primero, que no hay Dios, y con respecto al misterio de la Santísima Trinidad, no sabe como hay tanta vieja imbécil que cree en tales brujerías; segundo, que las Lucrecias solo existen en la historia, porque en eso de mugeres honradas no logrará nadie hacerlo entrar; y tercero, que ya llegó al *non plus ultra* del saber y que con un ligero silogismo se atreve á echar por tierra la mas patente verdad.

Su padre que perteneció á aquellos tiempos en que la ciencia de los muchachos estaba reducida al *Ripalda* y sus ocupaciones al *trompo* y al *papagallo*, está pronto á perder el juicio, pues no puede concebir como los muchachos de este tiempo han llegado á *saber tanto*. Así que vive tan contento de su Pepito, que no halla donde guardarlo, por temor de que se malogre. Dice de él que ahí tiene un *gallito* para echárselo al mas pintado con una *espueta embotada*. Y efectivamente, el chico tiene gran talento; pero, á semejanza del pródigo con monedas en las manos, lo bota y lo malbarata. Pero lo que tiene mas confundido al papá son los progresos de la enseñanza, de que en su tiempo no se tenian ni aun sospechas.

Ocúresele, por ejemplo, practicar una operacion aritmética : coje la pluma con una mano y prepara los dedos de la otra y dice : Cinco y tres son... seis, siete, ocho... ¡son ocho! (todo esto repasando los dedos). Ocho y cuatro son... nueve, diez, once, doce... ¡son doce! De doce *me llevo uno*. Siete y uno que *traigo de abajo*, son trece ; trece y ocho son... catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte, veintiuno... ¡son veintiuno! De veintiuno *me llevo dos &c...* Concluida la operacion, llama á Pepito para que la examine, y como este sin mover los dedos y sin llevarse nada, le presenta el mismo resultado, concluye de aquí que los muchachos de este tiempo son el mismo diablo.

Una circunstancia, que no recuerdo, me hizo contraer amistad con la familia de Pepito y hube de hacer visita en la casa. Era un domingo. Entro en la sala y una numerosa y respetable sociedad se ofrece á mi vista. Una voz de *triple* resonaba en el recinto. Señoras y caballeros oian en silencio á Pepito que tenia la palabra. Despues de una modesta cortesía, tomé asiento y me incorporé ; pero no bien acababa de sentarme, cuando el orador, abriendo un paréntesis á su discurso, me pregunta con desembarazo : — ¿Ha visto U. el proyecto de Aranda? ¿qué juzga U. del « instituto »? Sorprendido con tal recibimiento, miré en derredor, por ver de encontrar entre tantos semblantes uno, siquiera, que me ayudase á reir ; pero al notar que todas las miradas se fijaban con admiracion en el muchacho, me hice yo tambien admirador y contesté : — Sí, señor ; he visto el proyecto del *señor* Aranda, pero no lo he entendido bien.

— Ah ! pues eso es muy fácil, dijo mi interlocutor : solo tiene un defecto, y es que no ha acertado con la verdadera causa del malestar del pais. Desengañese U., mi amigo, añadió el crítico en tono doctrinal : la causa está en esos pícaros de oligarcas, que están *traficando* con la *cosa pública*. Recuerde U. los catorce años de...

— ¿Qué edad tiene U. ! le interrumpí.

— Catorce años.

— Ah ! entónces sí recuerdo.....

— Pepito, dijo el viejo que habia permanecido mudo miéntras el muchacho se divertia en perdonar vidas, enséñale al señor aquel articulito que estás escribiendo.

Levantóse el hasta entónces desconocido escritor y sacó de entre los papeles que se veian en desórden sobre una mesa una hoja toda borroneada. Diómela para que la viese, diciéndome que no extrañara algunos descuidillos, porque estaba escrito muy de carrera para publicarlo en *El sin camisa*. El título era el siguiente : *Epístola al general José Antonio Páez*. Empezaba así : *Permitid, señor, que desde los menudos átomos que piso en el globo terrestre te dirija mi oblicua voz por entre el intermedio diáfano del aire atmosférico para deciros que eres un tirano....*

— Es cáustico el muchacho ! interrumpió lleno de gozo el polbre viejo. Les va á dar que hacer ; no respeta á nadie.

— Pues entónces, pregunté yo ¿ cómo consiente U. que escriba.....

— Contra Páez? Ja ! ja ! ja ! Ríase U. de eso. Escribir contra Páez es lo mismo que escribir contra las mugeres. Todos las pintan con los colores del infierno y, llegada la ocasion, todos les rinden homenaje.

— Sin embargo, repuse yo, parece que la circunspeccion.....

— Vaya unos escrúpulos, señor retrógrado ! exclamó el atolondrado niño. Dejaremos esto.

— En ese caso, dijo el papá, léele las poesías que compusiste á imitacion de la Zorrilla.

— No, papá : miente U. dos veces : primera, porque, cree que es un animal, y segunda, porque, aun cuando fuera, no ha habido imitacion : Zorrilla y yo hemos coincidido en algunas cosas.

— Bien ; léame U. las coincidencias, le dije.

— No están corregidas todavia, caballero ; porque mis ocupaciones..... Pero quiero complacer á U.

Después de revolver todos los papeles, tomó uno y leyó : *Para el album de la señorita...* supongo que no querrá U. saber el nombre, dijo con viveza el poeta; pero, en fin, resérveme U. la especie : *de la señorita Laura.*

*Corazon que no has amado,
Tú no sabes ese infierno
Que ha encendido un fuego eterno
En mi pecho desgarrado.*

*Tú no sabes el dolor
Que carcome mi penar
Cuando se revienta el mar
En su cóncavo fragor.*

Bravo! bravo! exclamó la concurrencia, aplaudiendo al nuevo bardo.

— Ustedes tal vez no entenderán, dijo con modestia el chico, el sentido de mis versos. Ya se vé : estos misterios solo los comprenden los corazones.....

— No lo tengo dicho ya? preguntó el viejo con una mal reprimida satisfaccion. Después dirán que porque es hijo mio.... Pero ¡vean ustedes qué genio, y sobre todo qué terminachos! Vaya, sí digo que les va á dar qué hacer!

Iba á continuar el pseudo-poeta la interrumpida lectura, cuando se oyó en la calle el ruido de una sinfonía. Vuela Pepito á la ventana, dejándome el borrador en las manos, y grita con alegría : ¡Papá! ¡es la mona; miren los gestos que hace! Vengan á verla!

— Amiguito! dije yo entonces, la edad lo ha vendido. Siga U. viendo la mona, que yo ví muchas monas, cuando tenia catorce años. Y tomando mi sombrero me despedí cortesmente.

Por la noche, abrumado del fastidio, quise ir á fastidiarme ménos en casa de la señora... La cosa no estaba allí de mejor data que en la visita del dia. Una multitud de angelitos rendidos casi á los piés de algunas vírgenes me traian á la memoria la corte celestial, aunque algunas palabras sueltas que los intervalos de repentino silencio dejaban escuchar, me hacian entender que, si aquella era corte, seria, á lo mas, terrenal. Confieso que, al contemplarlos,

todos se me parecian al hombre de la mona; pero al ver entrar á este de allí á poco, hube de reconocer mi error. Entró, pues, Pepito; hizo una marcial cortesía dió la mano á las señoras y á las demas personas, que allí estábamos; puso su sombrero sobre la torre que formaban los otros sombreros; pero, turbado el equilibrio, vinieron estos al suelo. Inclinóse á cogerlos y, al levantar la cabeza, dió contra la mesa y cayó la lámpara que sobre esta descansaba, produciendo un sonido desagradablemente agudo. — No tenga U. cuidado, señora, dijo el atolondrado, dirigiéndose á la dueña de la casa; que yo la pagaré : no ha sido nada.

— Caballero! contestó la señora avergonzada. Espero que no hará U. tal. Siéntese U. ! ¿ Como está su mamá?

— Mamá está un poco indispueta. Ayer fué á la iglesia á confesarse, porque mamá es muger que se confiesa, añadió en tono de burla nuestro héroe, y la confesion la indispuo.

— ¿ Y U. no se confiesa tambien? preguntó la señora.

— No estoy tan atrasado; ¿ qué concepto formarian de mí, si me viesen... Allá los necios que creen en Dios y en sus clérigos, que se averigüen con los capuchinos. Harto hago con ir á las misiones á ver las muchachas.

Acertó entonces á entrar una persona, que por mas de un motivo se ha hecho digna de consideracion en nuestra sociedad; pero Pepito y sus colegas se quedaron muy repantigados en sus respectivos asientos, y viendo de soslayo el primero al que acababa de entrar. — ¿ Como lo tratan las bellas, doctor? le preguntó con singular familiaridad.

El doctor debia de estar muy mal hallado con los progresos de la moderna civilizacion, porque después de mirar de alto á bajo á su interrogante, le preguntó : — Amiguito, ¿ sabe U. que han llegado muy buenos trompos ?

— Se conoce que es U. *oligarca*, contestó el chico sin azorarse. Solo los *oligarcas* piensan bailarnos como *trompos*,

Algunos momentos despues, se levantó una señora de las que hacian parte de la tertulia, y despues de una larga despedida salia ya de la sala. El doctor se ofreció á acompañarla, pero el intrépido muchacho, interrumpiéndole el paso, dijo : — Caballero, eso me toca á mí que soy vecino de la señora, y tenemos de hacer un mismo camino. Con que así siéntese U., que no hay para qué molestarse, y si quiere ir á bañarse al Guaire mañana, tendré mucho gusto en ir á buscarle á su casa. Volvió mohino el doctor á ocupar su lugar y la pareja desapareció! La señora era alta, muy alta y Pepito no se alzaba seis cuartas del suelo, de modo que entre los dos iban haciendo precisamente la misma figura que hace el arco con la cuerda. No tardé yo en seguirlos y mientras recorría en silencio la calle, ocurriéronme algunas reflexiones que mis lectores me permitirán referir.

Qué incierta es la marcha del hombre! me decia yo á mí mismo. Qué difícil el descubrimiento de la verdad! y cuántos sacrificios para alcanzar su casi siempre dudosa conquista! Creo haber leído en alguna parte que casi todas las verdades eran verdades de moda. Hace treinta años que se tenia por un principio incontestable entre nosotros que el muchacho no debia ser hombre mientras fuera muchacho. Hoy es otro el principio : hoy el muchacho para ser hombre solo necesita quererlo ser y un poco de descaro. ¡Qué difícil, si no imposible, hubiera sido encontrar un Pepito en aquellos tiempos! al paso que en nuestros dias se multiplican como la yerba.

Concurramos á un *sarao* : allí está Pepito. La mejor pareja es la suya ; el puesto preferente en la cuadrilla está ocupado por él ; su voz chillante dirige la danza. Va una persona de respeto por la acera : Pepito la tropieza y la tira al medio de la calle para abrirse paso. ¿ Hay una funcion de iglesia? Pepito, abanderizando una porcion de angelitos, que solo se le diferencian en el nombre, obstruye la entrada y riega flores á la hermosa y lanza apó-

dos á la que no es *demasiado* bonita. ¡ Dió una ley el Congreso? ¿ tomó el Ejecutivo alguna medida? Pepito al punto las somete á la jurisdiccion de su crítica, y allá va el fallo.

¡ *Miserable humanidad*, dijo un escritor moderno, *destinada siempre á quedarse mas acá ó á ir mas allá!* Si la opinion abusaba de su dominio, cuando condenaba la juventud á una absoluta oscuridad, negándola toda especie de papel en la sociedad y manteniéndola en un duro y rígido pupilaje, abusa tambien cuando la pone al mismo nivel de los mas altos rangos sociales. Confesemos que así no se interpreta el principio de la *igualdad*, y confesemos tambien que son harto pesados los *muchachos á la moda*.

GRAN SARAO

ó

LAS NIÑAS Á LA MODA

Bravo! señor crítico, exclamará alguno de mis lectores. ¿ Con qué osa U. extender su invasora jurisdiccion hasta las inocentes hijas de Eva? ¿ Con que no le detiene á U. el temor de recibir, en premio de su osadía, mas de una mirada de amarga reconvencion? Antes de pasar adelante, me permito responder á tan justas observaciones con una gran verdad que, entre las muchas mentiras que dicen los españoles, ha llegado al rango de las verdades evangélicas, á saber : *que no hay peor cuña que la del mismo palo*.

Haría como cosa de ocho dias que rodaba por el mundo aquel desaliñado artículo que mi enemiga estrella me indujo á publicar bajo el título de « Muchachos á la moda », cuando un acontecimiento, extraño á nuestra monótona sociedad, vino á despertar los dormidos ánimos de sus individuos. Entre la multitud de rotuladas tarjetas que se cruzaban en distintas direcciones, anunciando un ¡ gran *sarao!* en casa de la señora *****, una hubo que

acertara á colocarse en mis manos. Rasgo con impaciencia el velo que la cubria, y no tarda en presentarse á mi vista, grabado en nítidos caracteres, el descomunal fenómeno. ¡ *Gran sarao!* repetia yo sorprendido y dudando todavía si seria una ilusion óptica. Vuelvo la tarjeta de un lado á otro, de arriba abajo, tomando las distintas reflexiones de la luz, por ver de descubrir algun misterioso engaño, y cada vez me convenzo mas de su franco é inocente contenido. Pues estoy loco ! exclamo todo afligido. Ah!.... ya recuerdo : este debe de ser el que se anunció el año de 43. Porque en nuestra sociedad sucede con los *saraos* lo que en los observatorios con los cometas : se anuncian de una época para otra ; pero es preciso tener todo el tino de Aragón para que no se hagan ilusorios los enmarañados cálculos. Veces hay que quedamos como los sectarios de Miller : descargadas las conciencias, y el mundo no se acaba. En fin, despues de poner el baile en manos de Sta. Rita (tan imposible me lo figuraba), resignéme á esperar, es decir, á gozar; porque segun los filósofos el hombre en tanto goza, en cuanto espera. De lo que se deduce que Dios es un gran filósofo, pues que nos tiene siempre esperando.

Plúgole, pues, llegar al venturoso dia, y las puertas de *madama Flandin*, abiertas de par en par, dejaban libre salida á las *sedas*, los *rasos*, los *crispones* trasformados ya por la hábil modista en elegantes vestidos. Era de admirarse el concurso de *burnizados zapatos*, de *cabritillas*, de *perfumes* que atravesaban la calle del Comercio. Aquí volaba un *frac* de grandes faldas, á una de las cuales iba cosido el nombre de su dueño ; allí un ramo de fragantes flores dejaba al pasar embalsamado el aire. Todo anunciaba la proximidad de la fiesta. El sol en tanto parecia recorrer sus aéreos dominios con mas lentitud que de ordinario, y como diciendo en su magestuoso curso : Esperad, mortales! Pero ello es ley de la naturaleza que su presencia sobre el horizonte no ha de ser de eterna duracion,

y llegó al cabo la noche, como sucede en casos semejantes, y con la noche la hora suspirada.

Las nueve daba el relox de nuestra antigua Catedral, cuando pisaba yo los umbrales del lúcido edificio en que la diversion se preparaba. Las variadas escenas de la calle no pudieron ménos que llamar mi atencion. Curiosos espectadores la recorrian de arriba abajo, miéntras daba el *alerta* la voz penetrante del violin. Ya la curiosidad femenil, al abrigo de grandes pañuelones, que solo por una estrecha rendija daban paso á las escrutadoras miradas, se disponia á *montar* sus improvisadas *trincheras* : ya iban á crugir al pié de las ventanas las mesas y bancos bajo el dulce peso que sobre ellos debiera gravitar. En la acera del frente provistos azafates de variados dulces, que la industria menesterosa llevaba al transitorio mercado, se anunciaban á los espectadores, al favor de la escasa luz del menguado farolillo.

Si no fuera detenerme mucho, habria de consagrar algunas pinceladas á los *convidados de afuera*. Pero ¿quién no ha visto « los bailes por fuera? » ¿Quién no ha contemplado la murmuracion asestando sus emponzoñados tiros desde el postigo entreabierto contra el indefenso *blanco* que brilla en el salon? Una madre embelesada descuida la hija, cuya diestra mano aprieta dulcemente la del fortunado amante. El diálogo era asaz misterioso, y aquello tenia todas las apariencias de una cita. ¿Qué remedio? Ardientes corazones que no se hablan jamas, si bien es fama que se entienden siempre, fuerza es que tiendan á romper los lazos que los encadenan, asiéndose de la primera oportunidad, ya que no pueden reprimir esos movimientos simpáticos que forman el encanto de la vida. Mas allá un hombre de semblante sombrío finge no pensar en nada de lo que le rodea, en tanto que su hábil mano saca de la faltriquera del vecino un pañuelo que guarda en la suya con suma tranquilidad. « ¿Y mi pañuelo? » grita

el despojado, « ¡me han robado! » — ¿Está U. seguro de haber traído pañuelo? contesta sorprendido el ingenioso ladrón. « Pues lo perdería en otra parte. » Acá un ébrio, con mas vino que sangre, puebla el aire de obscenas exclamaciones, y la parodia de policía que ha abandonado sus puestos, para hacer también parte de la espontánea concurrencia, es la primera en celebrar las gracias del borracho. Si hubiera quien la llevase á la cárcel, ese enemigo ménos tendría la seguridad pública. Esta es la ocasion en que cierto bando de mugeres, sarcasmo horrible contra la moral, enarbola su asqueroso estandarte y se hace el centro de un descarado círculo que se agita y se renueva sin cesar.

No quise contemplar por mas tiempo un escenario en que no me proponía ser actor. Adentro! La multitud de apuestos caballeros que se apiñan en la puerta del salón no me permite entrar en él. ¿Qué hacen aquí tantas inermes centinelas? ¿Por qué rehúsan la amable sociedad del brillante cuadro de damas que se desarrolla á su vista? Adolfo está acabando de fumar un cigarrillo para ir á arrojar la última bocanada de humo á la cara de su pareja. Ese será el único incienso que se ofrezca en las aras de la desgraciada diosa. Enrique no ha encontrado quien lo cargue en el vals, y espera á las señoritas ** para arrojárselas encima á pedirles un *rigodon*. Y Bruno y Felipe ¿qué esperan? Que les llegue el despejo, el desembarazo; y mientras tanto esperan que rompa la danza para escurrirse entónces por entre la multitud, porque todavía no saben entrar solos en una sala de baile, y cuando no pueden excusarlo, se arrastran diciendo « buenas noches, buenas noches ».

Desde luego que yo no quise confundirme con los Brunos y me lancé cuerpo y alma en el salón, es decir, en lo que no ha mucho tiempo se llamaba simplemente sala (que ahora ha estirado el nombre sin estirar por eso las dimensiones). Hube de reconocer allí mis relaciones antiguas. No las veía desde la

última *soirée* : apenas hacia dos años. Acérqueme lo mas cortesmente posible á una señora que en vano procuraba hacerse aire con el abanico : era el ama de la casa. — Oh! exclamó esta con sonrisa de agrado. ¡Aquí la tijera novel! ¿Qué nos prepara U. para el próximo « Repertorio »? ¡Cuánto me ha gustado su « Pepito »! — Señora,... contesté yo algo turbado. — Guá! Si ya nos traen causadas esas criaturas! nos sofocan, nos invaden, nos asedian.... Venga ahora una *Pepita*! Sí; duro con las mugeres.... Hay tanto que decirles! Mírenos U. despacio, y no dudo que hallará U. muchas *Pepitas* para su pluma. — Señora, sentiría no complacer á U. ; pero son tantas las dificultades con que tendría que tropezar, es tan peligroso el género, y ese argumento sobre todo necesita tanto tino, que.... — ¿Qué tiene U. de usar tino con quien no lo gasta? ánimo, amigo, y denos U. una *Pepita*! — Señora,... — No hay remedio : está U. comprometido. Á trueque de que U. me complazca, le perdono el antojo de principiar por mí.

El compromiso era sério, y mi turbacion no me dejaba ver el medio de eludirlo : fuerza era aceptar entónces y, una vez aceptado, fuerza es cumplir. Empeñé mi palabra á una muger, y dicen que no hay peor cobrador que una mala paga. No me quedó mas recurso que renegar de mi estrella y repetir por lo bajo con los hijos de Iberia : « no hay peor cuña que la del mismo palo. »

Héme, pues, ya peor parado que un agricultor en tiempo de *crisis*, con los plazos cumplidos y la cosecha no parece. En vano recorrí la sala del uno al otro extremo : frescas y lozanas flores encontraba no mas. La bella Elvira, de ojos melancólicos y con la sonrisa de la inocencia dibujada en sus labios, parecía responder á mis hostiles miradas : « Contempla y elogia! » La encantadora Amalia, de agraciados movimientos y de rostro angelical, parecía ostentar en su hermosa frente esta inscripcion : « Contempla y ad-

mira! » ¡Qué campo tan estéril para mis solitudes! iba á exclamar, cuando veo abrirse en dos alas el grupo de la puerta para dar paso á una jóven linda y seductora. Entró, como la liebre perseguida por los cazadores, toda azorada con las repetidas demandas de: *el primero es mio, ¿no bailará U. conmigo? aunque sea un wals*, que venian zumbando en sus oídos desde la puerta de la calle. — Ahí tiene U. á Pepita, me dijo la señora levantándose á recibirla: con ella.

Un tanto temeroso y con tibia fe y poca esperanza acerquéme á mi hermosa protagonista. Venia toda recargada de lazos, de *bouquets*, de... ¡Qué aglomeracion de cosas! ¡qué de superposiciones! era una viva metáfora. — Señorita, la dije haciendo una respetuosa inclinacion, ¿querria U. dispensarme la honra de bailar conmigo una *cuadrilla*?

— Es imposible, me contestó con satisfaccion. Imagine U. que tengo cedido hasta el quincuagésimo *turno*.

— ¡Hasta el quincuagésimo...!!! Como U. acaba de entrar,... casi no ha habido tiempo de contar....

— Es que hace mas de un mes que están contados y distribuidos.

— Pero eso es anticiparse demasiado.

— ¿Qué quiere U.? La seguridad personal...

— ¿Cómo? ¡peligrosa U.!

— Yo precisamente, no; pero es tan triste quedar....

— Explíquese U.! dije con suma curiosidad.

— Sí; es muy triste quedar.... *comiendo pavo*, dijo al oído de la amiga que le quedaba al lado, y luego volviéndose á mí, prosiguió: quedar sentada, caballero.

— Pero entiendo que esta noche solo se bailarán cinco *turnos*, y ya vé U. que cincuenta...

— Ah! yo quise decir cinco, repuso con viveza la preciosa niña; sí, son cinco.

— Entónces ¿podré contar con el sexto?

— Con mucho gusto, dijo y me dispensó una mirada de compasion.

Quedéme en silencio haciendo algunas re-

flexiones sobre el influjo que un capricho ejerce en las acciones humanas. Esa frase *comer pavo*, enemigo capital de todo ente femenino, ha venido á ser para las hijas de Eva cuestion de vida ó muerte. Antes quisieran las infelices pasar por diez años de purgatorio, que probar un solo instante de plato tan indigesto. Y no sé yo qué sea peor, si permanecer en un baile en calidad de pasivo espectador, ó haber de cargar horas enteras con ciertos *parejos* ligeros como el plomo y amables como un espárrago.

Un movimiento repentino en la concurrencia cortó el hilo de mis observaciones. La música empezó á derramar por la enrarecida atmósfera alegres armonías. Los alumnos de Terpsicore corrian hácia sus respectivas momentáneas Sílides, y al llegar el de mi graciosa interlocutora, hubo esta de abandonarme; pero yo, mal seguro de tan frágil conquista, la dije casi al oído: « Pepita, cuidado con el sexto! »

Dos largas filas ocupaban ya el centro de la sala. Un tegido impenetrable de elegantes beldades formaba la una; los caballeros la otra, y empieza el baile, es decir el tormento de las damas. La concurrencia, calculada para un espacio cuatro veces mayor que el que ocupábamos, parecia querer romper las paredes que la aprisionaban. Agregue á esto el lector que desde que los paquetes empezaron á traernos noticias de Lóndres, las salas de baile se conservan aquí casi herméticamente cerradas; de modo que hemos quedado perfectamente empaquetados; el aire no se renueva nunca. Oh! qué se diria en Inglaterra si se supiese que aquí bailamos á ventanas abiertas! Ello es verdad que nuestro termómetro marca algunos grados sobre cero; pero en el siglo de los *vapores* es preciso proporcionárselos á toda costa. La sala queria volar. El insoportable calor encendia las megillas de la affligida beldad. Aquí sufría una el brusco tiron de su descortes pareja, que no queria dejar escapar el fugitivo compas. Allí se hacia

pedazos un fino vestido de crespón, fruto desgraciado de los constantes sudores de un padre de familia. Acá salía pendiente del botón de un *frac* el lazo de una delicada cintura, y mas allá tornaba á su forma primitiva un elegante peinado, donde se entretuvo á su placer la mano ingeniosa de Montaldo. La anarquía se había enseñoreado de los ánimos: antojóseme creer que una contradanza es la fiel expresión de nuestra pobre República. Cada cual aspira á dirigirla, ya agregando, ya quitando algo á la embrollada figura. Las roneas voces de *cambio de pareja, puente abajo, cadena arriba*, ahogaban los quejidos del violín. Y por cuanto el que á la contradanza presidia acertó á elegir unos *á latere* que no comprendieron tan difícil y complicada figura, él mismo al fin llegó á desconocerla; el desorden cundió de arriba abajo: opresiones á un lado, tirones á otro, anárquicas tendencias por todas partes.

¿Por qué ha degenerado la danza entre nosotros? ¿Por qué ha venido á ser un insufrible tormento lo que en todas partes es deleite y alegría? Tal vez reconozca origen esta transición en el prurito de escoger figuras desusadas y descomponerlas en multitud de partes que fatigan la memoria y dificultan los deliciosos diálogos con la belleza. Véase, si no, la armonía, la regularidad del *rigodon*, en que nadie tiene que hacer un estudio difícil de su papel y en que se marcan perfectamente los compases. Lo demás no es bailar, es estropearse á sí mismo y estropear la delicada cintura que nos dispensa la honra de abandonarse en nuestros brazos. Cuando todos armonizan, gozan los actores y los espectadores.

Pero como todo desorden en la naturaleza es transitorio, como todas las cosas tienden, por una ley inexplicable, á su estado normal, hubo de terminar esa verdadera *contradanza*, sucediéndola un corto intervalo de reposo. El teatro cambió de decoraciones y la *cerveza* y el *champagne* corrían en derredor del salón. Los atentos ganimédes servían á unas fatiga-

das divinidades el mismo licor y en la misma copa en que otras acababan de estampar sus labios. Oh! son tan unidas las mugeres! Ello al fin serviría de revelarse mutuamente sus secretos. Si hubiera quien lograra arrancárselos! pero ¿á quién inician ellas en los misterios de su enigmática masonería?

Después de algunos momentos de silencio religioso vuelve la social desorganización; va á principiarse el segundo turno, y á un extremo de la sala una pendencia por demás singular llama nuestra atención. Cuatro caballeros parecían reñir con una joven. Compadecedor de las *debilidades*, corro á ofrecer mi apoyo al oprimido por la *cuádruple alianza*. Era Pepita. — Hé aquí un tercero en discordia, dijo al verme llegar. Vamos, decida U. la cuestión!

— De muy buen grado, la contesté, pero sepamos... — Es una *mala inteligencia*, una fragilidad de mi memoria. Imagine U. que yo había ofrecido á Pepito bailar con él el segundo turno. Vino luego Alfonso y me comprometió para la primera *cuadrilla*. Bruno y Felipe á quienes hice el mismo ofrecimiento, por supuesto sin acordarme de mis anteriores compromisos, reclaman el mismo derecho; es decir que he elegido para un mismo destino *principales y suplentes*. Preséntanse los cuatro de un solo golpe á ocupar su puesto, y ya U. ve que la ley de bailes no prevée el caso.

— Es extraordinario, la contesté; ese no puede ménos que ser un caso excepcional.

— Pero aconséjeme U., repuso la olvidadiza. Bailar á un mismo tiempo con los cuatro es imposible; quedarme sentada no es ménos impracticable, en atención á que.... Vamos ¿cuál es su opinión de U.?

La *cuadrilla* había empezado; mi pareja probablemente no me perdonaría una desatención que se iba prolongando demasiado, y no habiendo ya tiempo de meditar tan complicado expediente, me ví en el duro caso de responder: « Pepita, salvo mi voto. »

En el curso de la danza todos hubieron de extrañarse al ver en ella á mi seductora heroína.

Echo una mirada en derredor y me la encuentro sentada en una romántica y sentimental actitud y casi parapetándose con el lazo colgante de una cortina. Las rosas habian huido de sus mejillas y una imprudente lágrima luchaba por asomar á sus hermosas pupilas. Averiguada la causa de esta singular metamórfosis, vine en conocimiento de que la *cuádruple alianza* declaró una guerra en forma á la *infiel* que de tal suerte se burlaba de la justicia *rompiendo sus tratados*. Pepita lloraba avergonzada la *fragilidad de su memoria* y lamentaba haber incurrido, aunque *inocentemente*, en una *mala inteligencia*.

Concluido el segundo turno, sobrevino luego la calma, interrumpida por el súbito redoble de los abanicos, que agitados airosamente por las femeniles manos producian un sonido semejante al que despide el viento, al sacudir de pronto el follaje de la palma. La sociedad se habia dividido en distintos grupos. En uno se ofrecian á la agraciada Amelia los obsequios de mil rendidos galaes; en otro se sostenia una animada conversacion, salpicada de chistes y de ofensivas alusiones; en aquel se erigia un culto á la paz y al sueño; en este se meditaban con precaucion grandes proyectos. Ya que no hacia yo parte de ninguno de ellos, quise pagar mi tributo á la curiosidad y rogué á un amigo, de estos que adivinan lo que hay y lo que no hay, lo que ha pasado y lo que va á pasar, que me informase de las distintas materias que ocupaban á los diversos grupos. — Miral me dijo señalando el primero, ¿tú crees que allí se trata de cautivar el corazon de Amelia exagerando su gracia y su belleza? Pues nada menos que eso. Amelia es hija de un ministro, y ese cúmulo de amantes que miras á sus piés aspira á la posesion de un empleo. Esos venden sus afecciones por un miserable sueldo. ¿No ves la animacion del segundo círculo? Allí se habla de los amores de una muger casada y del buen genio de su marido. Oyes esa risotada? pues quien la arranca es el necio de

Pepito, aquel proyecto de hombre, cuyo *retrato nos han dado ya*, que acaba de verter una frase, que en boca de un muchacho es el mas chocante anacronismo. ¿Sabes lo que ha dicho y lo que le han celebrado? Que al pobre hombre..... El mocito aspira al título de gracioso, y como tiene talento, ha descubierto que para ser gracioso en sociedad no hay como hablar mal de todo el mundo. Este descubrimiento es una triste verdad, pero no debiera concederse á su autor el fatal privilegio de hacer uso de ella. El tercer grupo es enteramente inofensivo: repara esos viejos que lo componen! Se han reunido allí á bostezar y á ponderar lo bueno que es dormir despues de una trashedada. Creen que su edad los releva del deber de guardar circunspeccion y que pueden medir con sus descarnadas piernas todo el ancho de la sala. Pero concluyamos tantos detalles, que ya va á empezar el tercer turno. El último grupo, que toda la noche ha estado en *sesion permanente*, es la fiel expresion del siglo actual: allí no se trata mas que del interes privado. Esos señores positivistas han venido aquí á acabar de arreglar sus negocios personales, porque el tiempo es precioso y es fuerza aprovecharlo: no podian dejarlo para otra oportunidad. Miétras que los demas se desviven por prestar atenciones á las damas y por poner á contribucion su buen humor para animar la diversion, ellos se aislan enteramente, se separan de la generalidad, como un elemento absolutamente extraño, y si les falta algun dato importante que U. pueda suministrarles, van y lo arrancan á U. del lado de una bella para lograr su objeto. Así que para ellos la sala ó el corredor quedan convertidos en una casa de comercio.

Despues de tales informes que no me atreví á poner en duda, por parecerme extremadamente exactos, tuve que abandonar á mi amigo, para ir á tomar puesto en la contadanza que ya estaba al principiar. Tampoco ví aquí á Pepita. Cómo? pregunté, ¿nos deja

también ahora? Entónces se me dijo que la graciosa heroína, sumamente irritada por el pesado chasco que arriba mencionámos, habia jurado vengarse á todo trance. Llega su respectiva pareja á reclamar el derecho de ceñir tan delicada cintura y la niña le responde bruscamente : « Pues ahora tampoco bailo. » Esta singular respuesta debió de recordarle al desairado galán aquel rasgo muy comun en los chicos de la escuela, cuando despues de alguna merecida reprimenda se les llama á comer y contestan amostazados : « pues ahora no como », quedando muy satisfechos de su terrible venganza.

Habíase anunciado para despues de concluido el tercer turno un *aria* de la *Norma*, y era la voz dulce de Pepita la que en tal ocasion debíamos escuchar. Ya la numerosa concurrencia se preparaba á gozarse en las arrebatadoras melodías de Bellini; apréstase el piano y despéjase el campo para contemplar mejor al bello cisne; pero este olvida para aquel momento todas sus habilidades y no hubo forma de hacerle cantar. Súplicas, exigencias, protestas, todo fué inútil. La mamá entónces lanzándole una mirada de amenaza le dijo : ¿ Por qué no cantas, Pepita? — Pero, mamá, si no me acuerdo.—Pero, niña, haz un esfuerzo, ... aunque sea mal... — Pero, mamá, si yo no sé. Esto fué lo único que pudimos lograr de mi protagonista. Pero ella sí logró algo mas; logró, como sucede en tales casos, que todos se ocupasen en repasar su vida. Se habló de su educacion, de lo consentida que la tenia su mamá, de que por eso no iba á encontrar novio, etc. Si Pepita alcanzara lo terrible de estos lances, cierto que cambiaba de rumbo. Un lance de esta naturaleza deja al individuo á disposicion de la *justicia ordinaria*. Todos se olvidan de su mérito y exageran por demas sus leves faltas. Entónces se me puso al corriente de los amores de Pepita; se me dijo que, á pesar de su corta edad, llevaba ya cinco relaciones de *contrabando*, es decir, sin consentimiento de la maternal autoridad.

Se me informó, *por ende*, que en materia de amores Pepita era enteramente *democrática* y aborrecia de muerte cuanto oliese á *monarquía* ó gobierno de uno solo; de modo que cambiaba de amantes, como de trajes. Entusiasta por las repúblicas de amor, le sentaban todos los apodos de nuestro gobierno : su tierno corazón era *popular, representativo y alternativo*. Lástima que no fuera *responsable!!!*... Tales noticias, agregadas á los hechos que por mi propia vista habian pasado, me forzarón á exclamar : ¡ Adios sexto turno! Naufragaron todas mis esperanzas.

Afortunadamente en esta vida que arrastramos preside siempre á las cosas el mas raro contraste y á una escena pesada y fastidiosa otra sucede risueña y placentera. Ibamos á cenar. ¡ Una cena de baile ! Aquí quisiera dar un nuevo corte á mi cansada pluma, pero no he de detenerme por aborrrar á mis lectores el fastidio de una pálida descripción. ¿ Qué pincel, por hábil que se le quiera imaginar, puede hacer el retrato de Don Amadeo con todo ese *apetito desordenado á comer y beber* que ha de conducirle al cementerio? Ya pasó para él la época en que predominan los placeres de imaginación, y está ahora en el campo de las realidades gastronómicas. Su elemento es la comida; y así como otros juzgan de la bondad de un baile por el mayor ó menor número de concurrentes de *buen tono*, por la mayor ó menor animacion y por el mayor ó menor número de goces de sociedad, él se decide siempre por la abundancia de la mesa y en punto á *paros* tiene una opinion enteramente contraria á la de Pepita : al paso que esta los ve con ese terror que inspira un fatal geroglífico, él no los rechaza ni que vengan emplumados. « Cada uno es libre para opinar como quiera », dice con un aire de forzada resignacion. Los descarnados restos del animal aparecen descolgando sobre los otros restos, en el puesto que ocupó Don Amadeo, como las prominentes ruinas de la ciudad destruida entre las ruinas pequeñas que las rodean.

Doña Bibiana no es desdeñosa en la materia que nos ocupa. Aunque no es demasiado jóven, como muy bien lo demuestran tres hermosas sucesoras que la acompañan á los bailes, es en extremo olvidadiza de las fechas y retoza en la cuadrilla como pudiera hacerlo una coqueta en sus quince. Por desgracia allá en la sala probó sus buenas *tajadas*, valiéndonos de la nomenclatura de Pepita, y viene á la mesa á añadir una especie de suplemento. « Sírvame U. de esto, déme U. de aquello, quisiera probar eso. » Hé aquí sus frases favoritas. De ningún modo se dé á esta observación una maligna inteligencia; nada ménos que eso: las exigencias de las damas se estiman por el buen caballero como un sagrado deber; pero pásese como un consejo *higiénico*.

¿Y que hace Doña Bibiana, concluida tan laboriosa escena? Va y levanta su femenino escuadrón y no para hasta su casa. Oh! ¿quién ha de quedar sufriendo las desatenciones de los aturdidos mozos? ni la invitan á una á bailar, ni..... cualquiera diría que una es ya sexagenaria.

Preciso es, empero, confesar que la *cena de baile* va alcanzando en nuestros días notables y ventajosas modificaciones. El tiempo da ya de mano á los viejos usos y todo va sintiendo su influencia reformadora. Pero como las revoluciones no se obran súbitamente, (y nuestro actual estado es sin duda el síntoma infalible de una revolución, que ha de sacudir desde sus cimientos el vacilante edificio), mucho falta todavía por reformar. Usos hay todavía que así parecen del siglo diez y nueve, como esa ridícula *alzapríma* que tan candorosamente llamamos aquí teatro.

En general, la *cena de baile* se divide en dos secciones. Entran en la primera las señoras con los competentes galanes que basten á atenderlas. Aquí los cumplimientos, aquí las galanterías. Verdad es que algunas ricas sedas corren la mala suerte de salir matizadas y que unos ojos negros y rasgados se vieron á

punto de mirar turbio en toda la noche, al recibir el golpe alevoso de la tapa de una botella; pero, en fin..... no corrió sangre. En la segunda sección entra todo bicho masculino: los músicos, los danzantes, los papás y una caterva de soñolientos chicuelos, hijos de sus respectivas mamás. Es la confusión de todos los elementos: el caos, en una palabra. — Hum! dice uno volviendo por todas sus caras un *pernil* ya comenzado. Si nos han dejado á ayunar! Y registra y desentierra, como quien verifica alguna cita en gastados pergaminos. — Este vino está picado! exclama otro después de apurar, hasta las heces, una copa de más que mediana capacidad. Aquí corre el *pescado* con más celeridad que nadaba en su acuático elemento; allí ocho manos á un tiempo hacen la escrupulosa disección del ave aborrecida de Pepita. Aquí se rompe una copa, allá salta el hirviente champaña y baña unos cuantos *fraques*, alcanzando hasta el mantel el maléfico rocío. ¿Quién resiste una *cena de baile*? ¿Quién no maldice su estrella en tan confusa algarabía? Es la segunda edición de la torre de Babel ó la representación de *El Castellano viejo*.

Pero concluyamos ya. El campo es sumamente vasto y recorrerlo todo sería, sobre difícil, fastidioso. Demos las últimas pinceladas al descolorido cuadro. Paso en silencio las escenas ocurridas en el cuarto y quinto turnos (no haría más que repetir), y ya estamos en el sexto.

Recordarán mis lectores que con respecto á este había serios compromisos. Pepita debía dispensarme la honra de bailar conmigo; pero quien dejó plantada á toda una concurrencia, ¿qué dificultad tendría en plantar á un individuo? Mis temores, pues, eran más que fundados; resignéme, empero, á arrostrarlo todo por alcanzar un favor que no era para despreciado, y deponiendo toda mi galantería á los pies de la seductora jóven, la reclamé con acento de deferencia mis viejos derechos. Hizo un movimiento de indiferen-

cia, púsose de pié y me abandonó su mano. Sorprendido de tan inesperada cortesía y agradecido por demas á tan singular favor, no hallaba yo por donde coger la delicada criatura que así guardaba la religion de su compromiso. Ello, sin embargo, era preciso bailar : el armonioso compas se escapaba y mi seductora pareja difícilmente podía vencer una extraña fuerza que retardaba sus movimientos. Yo que soy naturalmente curioso, traté de indagar... pero ¿cuál fué mi turbacion, cuando contemplo adherida á la faz posterior de aquellas formas elegantes una descomunál *hipérbole* ? ¡Qué *accesion* tan pleonáslica, santo Dios ! Si esto crece, con el tiempo va á ser lo *principal*; esto va á producir un trastorno en la jurisprudencia, y así como hoy se dice : *accessorium sequitur principale*, entónces diremos invirtiendo : *principale sequitur accessorium*. No pude prescindir de traer á la memoria aquel feliz pensamiento de Tirso, tan oportunamente citado por Mesonero, y, *mutatis mutandis*, exclamé :

Dad al diablo la muger
Que gasta *telas* sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.

Pero, en fin, como yo no habia de comérmela, continué ciñendo aquella *dolosa* figura y renegando por lo bajo de las mercancías del Sena.

Al llegar el wals mi pareja dió conmigo dos vueltas en contorno del salon y, desasiéndose de mis desfallecientes brazos, me dijo : « estoy cansada » y se sentó. No bien acababa de dejarme, cuando la veo en otros brazos midiendo el alfombrado pavimento, y despues de recorrer repetidas veces su perímetro, dijo al que la acompañaba, al llegar al punto en que yo me habia quedado : « estoy cansada » y volvió á sentarse. — Señorita, la dije yo entónces, pero no pude continuar, porque uno

de aquellos tipos de donde parte la vejez y en donde termina la juventud, que están, como cazadores inválidos, asechando en la emboscada la liebre que otros robustos cazadores persiguen, le asestó el tiro y salió á bailar con ella. No tardé en volver á oír de los graciosos labios el consabido estribillo « estoy cansada » y volví á verla á mi lado. — Señorita, repetí, llamando cortesmente su atencion; pero por segunda vez hubieron de interrumpir mi diálogo. Un jóven, de estos que quieren pasar por hombres importantes y que creen lograr su intento con aislarse de los demas, poner en su frente un torvo ceño y fingir graves meditaciones, se antojó de abrir un paréntesis á su importancia y me arrebató la interlocutora; pocos minutos despues, al oír exclamar « estoy cansada », volví los ojos á un lado y los vestidos de Pepita se rozaban con los míos. Pero entónces me fué forzoso levantarme, por estar ya verdaderamente *cansado* de esperar, y quedó viva mi curiosidad de conocer el método de *descansar* tan pronto.

Algunos momentos despues, la música dejó de oirse. El salon fué quedando desierto al ir desapareciendo, unas en pos de otras, las amables damas que lo ocupaban. Ha terminado el gran *sarao*. Fuí á buscar mi sombrero para marcharme; se anduvo toda la casa; se registró aquí, allí, acá, allá : nada. ¿Vendría yo sin sombrero? me preguntaba en mi interior; pero pronto respondia á mi pregunta que, si yo no lo hubiera notado, lo habrian notado los demas. Luego se aparece un lacayo con un sombrero en la mano. — Démelo U., le dije, que ese debe de ser el mio; mas al cogerlo reconocí en la fecha (que bien podria ya llegar á la octava Semana Santa) mi funesto error. Pues no hay remedio, exclamé dejando el sombrero : yo he debido venir sin sombrero, y me escurrí diciendo : ¡hé aquí un gran *sarao*, hé aquí una niña á la moda !

Contemplemos á Pepita bajo la faz moral. Su talento es claro, en el fondo es virtuosa, su educacion..... iba á decir que bien pudiera

admitir una reforma. Sus padres se han dejado arrastrar de las ideas exageradas del siglo y no han sabido cultivar las bellas dotes de la jóven. Le han llenado la cabeza de *arias*, de *caratínas*, de *dibujos*, de un *mal frances*, etc., y se preparan á enseñarle ahora la *polka*. Y en qué se ocupa Pepita? Duerme toda la mañana, lee por la tarde alguna novela de Dumas y por la noche ensaya al piano algunas armonías de Donizetti. ¿No lee otra cosa Pepita? Alguna vez busca en el Repertorio las noticias sobre *modas*. ¡Dios quiera que al tropezar con éste articulillo no lo arroje exclamando : *Estoy cansada!!!*

UN LLANERO EN LA CAPITAL

Pum, pum, pum; jiiá, jiiá, jiiá! — Muchacho, mira quién toca! — Ahíá, ahíá, ahíá! dónde están los blancos de aquí? ¿No hai quien choque al tranquero? Ahí, ahí, ahí! — Ya! — Ya tumbo la palisá, huó, huó, huó! — Pase U. adelante : ¿qué se le ofrece á U.? — No bibe aquí el Doron? — Sí, señor, pase U. adelante! — Pero ¿por dónde choco? Caramba! mire U. que no quiero perderme mas. — Por aquí, por aquí... siga U..... entre!

— ¡Oh, mi Dotor, Dios me lo guar.... Candelá! ¿tuavía está U. durmiendo cuando ya es hora de sestiar? Arriba, arriba!

— Hola! Palmarote por aquí? cuándo ha llegado U.?

— Cañafistola! que por tris no doí con su comedero. Dende que apuntó el lusero, lo ando sabamiando por estos pedreguyales, y aquí caigo, ayí levanto; acá me arrempujan, ayá me estrujan; y por onde quiera el frio, y la gente y la buya; y los malojeros juio, juio, juio; y las carretas rrrrnn. Caramba! ¿cómo diablos pueen U. hibir y entenderse en esta grisapa?

Así se anunció en mi casa, no ha muchas mañanas, el personaje que voi á presentar á mis lectores. No será necesario decir que era un LLANERO, tipo tan conocido en esta capital, que las pinceladas precedentes bastarian á bosquejarlo; tipo original é interesante al propio tiempo; tipo, en fin, que difiere esencialmente de los demas caracteres provinciales de aquesta nuestra pobre República.

Serian las ocho de la mañana todo lo mas, y yo dormia aun, ó, con mas propiedad, yacia aun en el lecho en ese estado de parálisis que suspende el uso de nuestras facultades físicas y morales. Grata y deliciosa parálisis, en que ni se duerme, ni se está despierto; en que los objetos se ven como al traves de un prisma y los sonidos se oyen como á una gran distancia; parálisis, de una vez, que quisiéramos prolongar indefinidamente y de la que nos arrancamos por un esfuerzo de decidida voluntad.

Bien se me alcanza, desde luego, que el escritor que así describe esta situacion se compromete á algo, porque parece que se declara abogado de la pereza, echándose á cuestras, por añadidura, una grave responsabilidad higiénica. Empero yo protesto que no es mi ánimo comprometerme á nada. En la inconstancia é inestabilidad de mi carácter, hoi aplaudo lo que tal vez mañana censuro; ahora saboreo las delicias de la cana, acaso mas tarde escribo una filípica contra los dormilones. Y ¿qué remedio, lectores míos? Cada uno es como Dios lo ha hecho y á veces un poquito peor, segun decia Sancho. Lo que sí no puedo pasar sin someterlo á mi férula, es el candoroso error en que incurren algunos cuando esclaman : « Oh, qué grato es levantarse temprano! » Grave error gramatical, imperdonable confusion de tiempos! Señores, será grato y mui grato HABERSE levantado, pero ¿levantarse, Dios mio? ¿Puede haber maldito el placer en arrancarse el placer mismo de los labios? Pasemos adelante, lectores míos, y no hablemos más de LEVANTA-

MIENTOS, que es plato que indigesta en estos climas.

Palmarote acababa de llegar á esta melancólica capital, adonde se habia encaminado no por capricho, ciertamente, sino á consecuencias de no sé qué pecado cometido en Junio último en la provincia del Guárico; y no ménos queria sino que yo lo enderezase á esas notabilidades del poder ó del favor. Yo precisamente que no sé dónde páran las unas ni las otras! Pero, paciencia, me dije, que esta es una de las ventajas del tener paisanos, y despues de rebullirme y desperezarme lentamente, salté al fin de aquel lecho, sepulcro de mis gratos ó desagradables ensueños.

En tanto que Palmarote lo registraba todo con ávida curiosidad, en tanto que comentaba las láminas de algunos libros y examinaba atentamente los muebles, tocándolo todo con sus manos, como para salir de algun error ó mejor fijar una idea, en tanto, digo, hacía yo mi TOILETTE, que, de paso sea dicho, ni es tan esmerada como la de un pisaverde, ni tan descuidada como la de un avaro. Y á propósito, el vestido de Palmarote no dejaba de interesar por su originalidad. Corto el calzon y estrecho, terminando á media pierna por unas piezceillas colgantes que remedan, aunque no mui fielmente, las uñas del pavo, de donde toma su nombre; la camisa curiosamente rizada, no abrochado el cuello, ajustada al cinto por una banda tricolor, como el pabellon nacional, y cuyas faldas volaban libremente por defuera; un rosario al rededor del cuello del GUARDA-CAMISA ostentaba sus grandes cuentas de oro; desnudo el pié, y la cabeza, metida, por decirlo así, entre un pañuelo de enormes listas rojas, soportaba un sombrero de castor de anchas alas.

Mirábame el llanero, no sin curiosidad, pasar de una funcion á otra de TOILETTE y me abrumaba con repetidas preguntas.

— Y ese palito, Dotor, qué significa?

— Es la escobilla de dientes, Palmarote: sirve para el aseo de la dentadura.

— De moo que el que no tiene dientes..... ¡probe ni bale Alifonso! se quedó sin el palito! Y este otro artificio, Dotor?

— Esa es una relojera: ahí se pone el reloj cuando no lo lleva el individuo.

— ¿Y la cabuyita negra?

— Es el cordon del reloj. Mire U. un curioso tejido de cabellos de mujer! Y se lleva así, mire U.!

— Ja, ja, ja! Dotor, eso es cargar la sogá en el pescueso. Caramba! que ya las mujeres enlasan con su misma serda. Pues ahora, mi Dotor, tiene U. que cabrestiar hasta el botalon ó tirar para atras y reventar la sogá. Pero! qué malo es este espejo!

— Al contrario, Palmarote, tiene mui buena luz.

— Pues ¿cómo me beo yo tan feo? Jesú, qué espantamio!

— Porque ese espejo refleja fielmente las imágenes, amigo mio.

— Candela! pues cuando mi samba se mira en estos ojitos, dice que ya tiene sueño. ¿Y estos cueritos, Dotor, para qué son buenos?

— Esos son guantes, Palmarote: se llevan en las manos de este modo, mire U.!

— Caramba! cuántos aperos! ¿Sabe lo que se me ocurre, Dotor? Si todo lo que UU. emplean en tantos cachibaches, lo hubieran empleado en nobiyas de primer parto, ¿cuántos beserros no jerrarian en este berano?

— Pero es menester, Palmarote, no ver la vida de sociedad solo por el lado de las invasiones que ella hace al bolsillo, sino tambien por el de los goces que da en cambio.

— Oh! mucho que se gosa aquí con el frio y con las piedras y con la buya y dos riales por el sancocho y cuatro ramas de malojo por dos riales y los marchantes con sus tiendas y los nobiyos á rial y medio y uno tan corto y..... Dotor, U. necesita esta pistolita? qué bonita!

— No dejo de usarla algunas veces, Palmarote; pero ese no es un inconveniente para

que yo tenga el gusto de ofrecerla á U. : tóme-la U. !

— Dios lo yebe al sielo, mi Dotor, aunque yo creo que ayá no dentran los papeleros.

Aquí interrumpí yo la série de preguntas de mi paisano para ponerme á su disposicion, estando ya en aptitud de salir de casa. Mis servicios, le dije, se limitarán á dar á U. la direccion de esos señores, de quienes anda U. tan solícito. Sin contestarme una palabra, sacó de su bolsillo un envoltorio de hojas de tabaco (del detestable que se produce en el pais), mordió una dósís mas que mediana que masticaba con entusiasmo, luego me ofreció para que yo mordiera á continuacion, lo rehusé desde luego, me protestó que su oferta era sincera, le probé que mi negativa lo era tambien, y por último, yo adelante y él atras (humildad característica del llanero), salimos de casa y nos echámos á rodar por las inmensas calles de esta capital.

En puridad de verdad, no andaba Palmarote escaso de razon al quejarse del frio, acostumbrado, por otra parte, al calor sufocante de las llanuras. La humedad de la atmósfera helaba las estremidades del cuerpo, por lo cual tomámos la acera azotada entónces por el sol. Palmarote abria unos ojos llenos de avidez y de curiosidad. Estamos en la calle del Comercio, le dije :

— Mire U., Dotor ! con rason yaman á esta suidá la empoya de las letras : mire cuántos letreros !

— El emporio de las letras, querrá U. decir.

— Lo mesmo bale, Dotor, que yo no soi plumario. ¡Cuántos letreros ! uno, dos, tres... Caramba ! cada casa tiene el suyo. Deletréceme aquel !

— « Pastelería nacional. »

— Eso sí es berdá, Dotor : en cuanto á pasteleros, aquí no reconosemos padrote, y para descubrir el pastel, tambien estamos solitos. Lea aquel otro, aquel del pabo !

— « Pavos y pichones para los parroquianos vivos y asados. »

— ¡ Jesús, y qué lástima les tengo á los parroquianos bibos ! porque al fin ya los asados pasaron por la candela. El de mas ayá, Dotor !

— « Códigos nacionales para instruccion de los empleados que se venden á precios cómodos. »

— Gran consuelo es ese para los probes, mi Dotor ! Mire aquelotro ; pero apártese que lo tumba ese burro. (Vuelta burro, juio, juio, juio !)

— « Aquí se amuela casi de balde. »

— Caramba ! ya lo creo ; pero buélbese apartar, Dotor, mire esa carreta ! (¡ Ese buci palomo chooóó ! Marchantes, compran carbones ?) ¡ Ah lusero ! mire, Dotor, aqueya blanquita cabos negros que ba ayí ; aqueya ojos negros, pelo negro... esa ! Candela ! y qué buena pata debe de tener ! mire cómo pisa en la piedra, ni se trompieza, ni pierde el golpe ! Tiene toas las condiciones.

— Sepamos, Palmarote, cuáles son esas condiciones !

— Ancas, pecho, siete cuartas, suabe de boca, y güen mobimiento. ¿ No correrá con la siya, Dotor ?

— Pero entendámonos, Palmarote, ¿ habla U. de mujeres ó de caballos ?

— Pué entónce léame aquelotro letrero, que ya beo que no nos vamos á entender. Y apártese que ahí ba una carreta con basura, ¿ pa ónde yeban esa basura, Dotor ?

— Para aquel basurero que ve U. allí.

— Cómo ! en la capital de Berensuela hai un basudero entre la suidá ?

— Uno no mas no, Palmarote ; todavía hai algunos otros.

— Corotos ! Y buélbese á apartar, Dotor, y le aconsejo que se hiba apartando : mire una trosá de gente que viene ayí, y aquí viene otra, estos barriles, y ese borracho, mire, mire (Lepruu ! Biba la emocrasia ! Bibaa ! Caramba ! — ¿ Compran piedras de amolar ! — Arre burro, juio, juio, juio ! Ea, ño elombre, apártese ! — ¿ U. habla conmigo ? Mire que si

me le boi al bosal jase barro con el rabo).

— Vamos, Palmarote, continuemos, y tomaremos ahora la calle del Sol.

— Ja! están crendo estos muñecos que como uno anda medio inquilino no puee cantar en patio ageno, y no saben que yo ni miro joyo ni palma chiquita, y cuando no tumbo al toro le arranco el rabo.

— Estamos, pues, ya en la calle del Sol, Palmarote.

— ¿En la caye del Sol, Dotor? ¿Acaso el sol sabanca mas por esta caye que por las otras?

— Tienes razon : este es un nombre de capricho; pero esto viene de la necesidad de nombrar las calles, bien que algunas tengan un nombre alusivo ó histórico. En los pueblos de las llanuras no se conoce esta necesidad, ni tampoco la de numerar las casas, porque allí las poblaciones son reducidas, las calles pequeñas, las casas mas distantes puede decirse que están vecinas, y los individuos todos se conocen entre sí. No sucede así en las grandes ciudades atravesadas por muchas y estensas calles, con casas varias y en número infinito y con una poblacion considerable, enriquecida casi siempre con gran número de extranjeros.

— Sí, ya comprendo la nesecidá de jerrar las casas, como susede con el ganao, que habiéndose aumentao tanto, ha sio menester pegarle un jierro. Y diga U., Dotor, ¿ algunas casas orejanas que he histo aquí, no podria el besino quemarlas con su jierro?

— Eso seria un robo, Palmarote, como lo seria el hecho de apropiarse el individuo un OREJANO que no está en sus sabanas. Esas casas no están numeradas por descuido.

— Y á propósito de extranjeros, diga U., Dotor, ¿ esa gente de esasotras tierras, serán cristianos?

— No todos lo son, Palmarote; porque no todos los pueblos adoran al Cristo del Calvario. Hai los judíos que, no reconociendo al Hijo de Dios, observan el antiguo código de Moises. Hai los mahometanos, que.....

— No siga, Dotor, que ni yo tengo catria de tos esos cóligos, ni es eso lo que he querio preguntale. Lo que yo quíero saber es si esos musius que bienen de por ayá hablando en lengua, son gente güena.

— La sola calidad de extranjeros, Palmarote, ó de naturales no hace á los hombres buenos ni malos. El corazon, la índole y los principios de educacion son las causas de la bondad ó maldad del individuo. Así que entre los extranjeros, como entre los naturales, hai gente buena y gente mala. ¿ No conoce U. venezolanos malos, Palmarote?

— Y tantos, Dotor, que mas balia que no los conosiera.

— Pero hai una circunstancia en favor de los extranjeros. Todos los mas vienen al pais por conveniencia, y siendo desconocidos en él, necesitan hacerse una reputacion, tienen que hacer dobles esfuerzos para merecer la estimacion pública. De ahí viene que sean por lo regular mas morigerados y mas laboriosos que los naturales, y de aquí el rápido incremento de su fortuna.

— Y cómo ha de ser güeno, Dotor, que esos marchantes bengan aquí á yelarse los riales?

— Malo y mui malo seria que se los llevaesen, si no dejasen en cambio un equivalente. Pero al contrario, ellos, plegando á esa sed insaciable de riqueza, que no sentimos nosotros por cierto, contraen todas sus fuerzas al trabajo, establecen industrias desconocidas en el pais, que van á ser otras tantas fuentes de riqueza pública, emplean en sus establecimientos gran número de obreros naturales, que mas tarde se harán empresarios, ó al ménos se harán mas hábiles y diestros en su industria, fomentan, por tanto, y hacen popular el amor al trabajo, satisfacen con sus productos gran parte de las necesidades del pais y sirven, por último, de estrechar mas y mas los lazos de nuestra República con las distintas naciones á que ellos pertenecen. ¿ Qué importa, pues, que en cambio de tantas venta-

jas se lleven parte de nuestro numerario? Porque has de saber, Palmarote, que la riqueza de una nacion no consiste en el dinero que ella tenga, sino en los productos que....

— Alto ahí, Dotor! cómo es eso? ¿La riqueza no consiste en el dinero? Cañafistola! Si yo dijera eso ayá en mi tierra, me apedrian.

— Y sin embargo esa es la verdad, Palmarote, como lo persuaden los economistas.

— El diablo serán esos aconomitas, Dotor! No dormiria yo con ojos ni que me dieran una baca paria.

En esta sazón y coyuntura atravesábamos mi paisano y yo la plazoleta de San Francisco. Aquí tiene U., le dije, la iglesia de San Francisco, y ese edificio que ve U. á su izquierda es lo que fuera un tiempo el convento de frailes franciscanos, destinado hoi á las sesiones de las Asambleas legislativas. Acérquemonos!

— Y diga U., Dotor, ¿aónde se han dio esos flaires?

— Á la eternidad, Palmarote. Despues de la estincion de los conventos todos han muerto ya.

— Serian traviesos los tales flaires, Dotor, porque yo sé unas historias de sus paternidades.... ¿Y disc U. que aquí biben ahora esas señoras Asambleas?

— Decia yo, Palmarote, que en ese local se hacen nuestras leyes.

— Caramba, Dotor! ¿Y pa una cosa tan pequeña un caçeron tan grande? Pues andarán eyas toas regás quini frutas de maraca.

— Continuaremos, si le place, Palmarote, y volviendo esta esquina, ganaremos la calle de Las Leyes Patrias. Mire U. ese paredon, que arrancando desde aquel edificio que ve U. allí recorre toda la manzana! Todo eso es el convento de Reverendas Madres Concepciones.

— Hum, malo, malo! ¿Tan serca de los flaires esas madres? ¿Y no es pecao que las monjas sean madres, Dotor?

— No, Palmarote; es un título que se da á

las religiosas, quienes renunciando al mundo y abrazando una religion de las aprobadas, se dice que son esposas de Jesucristo, nuestro Padre, así como á los clérigos se les llama padres, considerados como esposos de la iglesia, nuestra madre.

— ¿Y qué dirán esas santas mujeres de nuestras cosas, Dotor? Y gordasas que estarán ahí entrese potrero, y cómo chocarán al tranquero por berse á toa sabana!

— Ese edificio que está al frente, Palmarote, es el Seminario Tridentino, el establecimiento mas útil y mas célebre de nuestro pais. Ahí se enseñan las ciencias mas importantes al hombre....

— Hablemos claro, Dotor: aquí se conseña á papelero; aquí es que se aprriende á Dotor; pero ya naide quiere aprender á cura, no, señor! Papeles ban y papeles bienen; pero naide dice « dominos bobisco. » Cuando saben haser cuatro gasetas, se cren ya unos hombritos; pero coja U. un Dotor y póngale una soga en la mano, pa que lo bea too regao en la siya. Ni sabe apiársele á un toro, ni arriar una madrina, ni trochar una potranca, ni pasar su siya, ni maldita la cosa. ¡Y esto no es sensia! No señor: gasetas ban y gasetas bienen; Dotores por aquí y Dotores por ayí; y ni el toro se tumba, ni se jierra el beserro, ni se arrea la madrina, ni se trocha la potranca y se moja la siya. ¡Y too esto no es sensia!

— ¡Qué disparates, Palmarote! ¿Qué seria de la sociedad si todos fuéramos ARREADORES DE MADRINAS, como dice U.? Los cultivadores de las ciencias, como los industriales, como los que ejercen oficios, etc., todos, todos prestan un gran servicio á la sociedad, auxiliándose recíprocamente, y es necesario que todos desempeñen funciones distintas. Seria imposible que...

— Pare, pare, Dotor, que ya beo que U. tambien es papelero, y dígame: ese jumo blanco que se be ayí arriba del serro ¿qué significa? Por que, jumo no puee ser, porque ¡hombre! ¿Quién ba á estar asando tanta

carne ayí á estas horas? Polho tanpoco, porque ¡candela! ¿qué bestia puee estarse barajustando ayá arriba? Yo digo que eso debe ser el puro frío (1).

— Esos son los vapores que exhala la tierra, Palmarote, que no pudiendo ascender mas por su peso, ni descender por ser mas ligeros que las capas inferiores del aire, se quedan en esas regiones atmosféricas.

— Apártese, Dotor, que aquí biene uno á caballo. ¡Guá! el mocho es de la cria padronera : béale el jierro en este ganso! Mire, Dotor : yo tengo un mocho rusio, grande, buen moso, y con unas ancas, que se puee escrebir una carta, y tan baquero, que la ilasion es que el toro se mené, cuando ¡sas! ya me yeba á la buelta del cacho ; ¡mocho de responsabilidad! ¿No le gustan á U. los mochos, Dotor?

— Oh! mucho, muchísimo : me desvivo por un mocho.

Al llegar aquí nuestro diálogo, tiempo habia ya que nos encontrábamos parados en la esquina que forman al cortarse las calles de las Leyes Patrias y de las Ciencias.

— Mire U., dije á mi protegido, señalando hácia el Oriente, aquella plaza que vé U. allí, es la de San Jacinto. Al oír esta palabra Palmarote hizo un movimiento convulsivo, semejante á esos sacudimientos galvánicos, y palideció.

— Caramba! dijo despues de un momento de silencio, si yo juera desos jasedores de leyes, la primera lei que sacaba del morde, sería : « que se conpusieran las cárceles y se les añidieran algunas piasas mas, » porque, Dotor, puee ofreserse pará un rodeo ayí y no hai sabana; bien es que enun barajuste de ganao hai nobiyo biejo que ba á tené al inprosulto.

Palmarote calló, su frente se puso un tanto sombría, un profundo suspiro salió de lo íntimo de su corazon y una preñada lágrima ro-

daba lentamente por la mejilla de aquel rostro tostado por el sol y arrugado por las fatigas de una vida rudamente laboriosa. Á pesar mio interrumpí aquella situacion interesante é hice seña al paisano de continuar nuestra carrera. De allí á poco nos encontrámos al frente del palacio de Gobierno. La entrada estaba sellada de gente. Volvíme hácia Palmarote y le dije :

— Está cumplida mi oferta, amigo mio : está U. en el palacio de Gobierno, y aquí tocará U., como Dios lo ayude, con las personas cuyo favor solicita.

— Y diga U., Dotor, ¿detrás de ese serro no habrá algun yano?

— Sí, Palmarote : detrás de ese cerro está el horizonte. Adios !

LAS TRES MARÍAS

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORA ***

I

La inestabilidad ! Tal es el lote de las cosas humanas....

.....

Era de noche y el cielo brillaba en todo su esplendor, la primera vez que la voz trémula y vacilante de una mujer me dijo : — « Yo te amo. » — Un sáuce levantaba su melancólico ramaje en el jardin de Clarisa y entrambos apoyábamos nuestras cabezas en su tronco. Á los fulgores del cielo, en el silencio de la noche y en medio de una atmósfera impregnada de suavísimos olores, percibia yo distintamente el agitado sobrealiento de aquella mujer y oprimia con suavidad una de sus manos. Los ténues rayos de esas tres estrellas que el vulgo llama « las tres Marías » nos herian perpendicularmente. Clarisa clavó en ellas sus rasgados ojos; me pareció que una lágrima

(1) Histórico.

purísima empañaba un tanto su brillo : me pareció que lloraban. Yo la estuve contemplando con un respeto religioso. Hai en las mujeres ciertos momentos de sublime é insuperable superioridad, en que es muda la voz del hombre, débil y desfalleciente su fuerza. Yo me imaginé que aquel ángel era una de esas visiones celestiales que bajan á inspirar á los poetas. Clarisa comprendió mi trasporte, y como para recordarme que era la misma que llevaba yo en el corazon, me habló así : « Mira las tres Marías y cree : son tres testigos de mi amor y te juro ante ellas amarte eternamente. » — Yo estreché mas todavía su delicada mano, como si quisiese espresarle que aceptaba su juramento, porque en vano busqué voz para hablar : yo estaba mudo.....

II

Los tiempos cambian, las cosas se mudan, las sensaciones de hoy no son las sensaciones de ayer.....

Aquella noche, feliz ó malhadada, pasó como pasa el placer : rápida, fugaz y sin dejar en pos de sí mas que una huella que habia de seguir despues palmo á palmo, punto por punto, el dolor. Motivos del todo estraños al interes de este asunto me obligaron á ausentarme de la ciudad. Entónces me parecieron inmensas las distancias y me formé la idea de lo infinito; el tiempo se me antojó estacionario y me formé la idea de la eternidad. Ausente de mi amada, tiraba de los dias, de las horas, de los instantes como de un peso enorme que resiste constantemente. No habia sensaciones para mí y todo era vacío.

Hube al fin de regresar al suelo que pisaba Clarisa y..... Clarisa habia sido perjura!..... Amaba ya ó engañaba á otro, como me habia engañado á mí. Quise apurar toda la amargura del desengaño ; quise poner las cosas en el mismo estado de aquella noche ¿feliz ó malhadada? ¿qué nombre tienes para mí, oh noche? Quise pisar con mi propia planta el jardin y tocar con mi propia mano el árbol que

á entrambos nos sostuvo..... El sáuce ya no estaba : hasta sus raices habian desaparecido, y un cipres, símbolo de lo que ya no es, levantaba allí penosamente su cónico ramaje. La infiel al verme entrar miró involuntariamente al cielo : estaba cargado de espesas y sinietras nubes ; pero « las tres Marías » se dibujaron un instante á nuestra vista y volvieron luego á esconderse, como horrorizadas de tanta deslealtad.

Clarisa ocultó el rostro entre sus manos y se precipitó hácia su estancia... .

III

La ausencia se parece á la muerte : no todos los corazones saben estar ausentes.....

Señora, en una tierra estraña, léjos de las relaciones queridas, y mas que todo eso, con un corazon que siente, yo necesito creer. Y creo en la sinceridad de vuestro afecto. — Empero, « la inestabilidad es el lote de las cosas humanas ». Temo que los tiempos cambien, que las cosas se muden, que las sensaciones de hoy no sean las sensaciones de mañana. La ausencia tiene con la muerte mas de un punto de analogía, y vos lo veis, no todos los corazones saben estar ausentes.....

¿Llegará un dia en que este libro, testigo ahora de nuestra sincera amistad, venga á reconvenir, como « LAS TRES MARIAS », la deslealtad de uno de los dos?

ADIOS

Á ***

En la callada noche en vano anhela
La suspirada paz mi herido pecho :
Entre las plumas del mullido lecho
Hiere la espina de tu amor tambien.
Ni en las alas magnéticas del sueño
Me abandona tu dulce pensamiento ;

Y siempre, siempre la pasión que siento
Sin tregua abrasa mi agitada sien.

Á la tímida luz de las estrellas,
Al fúlgido lucir del claro día,
Doquier mi arrebatada fantasía
Te ve, como una Sífide, cruzar ;
Y cuando inquieta, como el aura leve,
Hiendes fugaz la cristalina esfera,
Dejas, cual huella, en tu veloz carrera
Tu perfumado aliento de azahar.

Miro en tu frente despuntar la aurora,
Bellejase la rosa en tu mejilla
Y de tu bella faz en torno brilla
Del alba leda el fúlgido arrebol.
Esos ojos que abates hechizera
Miro lucir sin competencia alguna,
Á veces apacibles, cual la luna,
Deslumbrantes á veces como el sol.

Si de tu iman irresistible huyendo
La causada mirada al cielo lanzo,
En claros signos estasiado alcanzo
Tu dulcísimo nombre escrito allí.
Torna á inclinarse mi marchita frente
Desesperada de la paz que anhela ;
Que siempre, siempre fascinando vuela
Tu mirada magnética hasta mí.

Oigo en las brisas de la noche umbría
Dilatarse tu lánguido suspiro ;
Sobre tus labios embriagado miro
Asomar tu sonrisa angelical.
Siento de lejos tu argentiño acento
Llegar vibrando á deleitar mi oído :
Hasta percibo el voluptuoso ruido
De tus húmedos labios de coral.

Miro las hebras de ébano luciente,
Al soplo de los céfiro errantes,
En frescos rizos descender flotantes
Sobre tu altivo seno de marfil.
Al lado de bellísimas mujeres
Te miro siempre descollar, hermosa,
Como descuella la elegante rosa
Entre las flores del risueño Abril.

Es un sueño,
(Yo deliro)
Un suspiro
Que pasó,
Fuego fátuo,
Vacilante,
Que al instante
Se apagó.
Oigo al léjos
Un acento
En el viento
Marmurar :
« Sigue, sigue,
Peregrino,
Tu camino
Sin cesar ! »

Pasó..... tal vez no volverá su talle
Á alzarse airoso, cual la régia palma ;
Tal vez ya nunca volverá á mi alma
El armónico ruido de su voz.
Tal vez sus labios de purpúrea rosa
Me acuerdan ya su postrimer sonrisa ;
Esa mirada lánguida que hechiza
Tal vez se oculta para siempre... Adios !

IMPRESIONES DEL LLANO

Á MI MADRE

Léjos del sol que alumbró
Mi risueña primavera,
Distante de la palmera
Que en la infancia me arrulló,

Ausente del patrio suelo,
Con mala estrella por guía,
Tu imágen es, madre mía,
El ángel de mi consuelo.

Triste náufrago perdido,
Flotando en ignotos mares,
Tus miradas tutelares
Á las ondas me han seguido.

Luchando, sin norte fijo,
Con la borrasca deshecha
Rodó sin rumbo y sin brecha
Por entre escollos tu hijo.

Pero miro al fin que brilla
Mi constelacion ahora :
Es que me aguarda, Señora,
Tu bendicion en la orilla ;

Es que ya torna á alumbrar
El sol de mi primavera ;
Es que vuelve la palmera
Con su armónico arrullar.

Patria, tienes un tesoro
De ilusiones para mí :
Fascinado desde aquí
Con tus recuerdos, te adoro.

Siempre bello, siempre azul
Ese magnífico cielo,
Tiene de gasa su velo
Y sus cortinas de tul.

El Guárico en tu llanura
Magestuoso se dilata,
Trazando calles de plata
Con aceras de verdura.

De tu grato seno en vano
El destino me arrancó,
Que llevo en la mente yo
Vivos recuerdos del Llano.

Aquí se empinan los montes
Á las regiones del hielo,
Aquí no presenta el suelo
Pintorescos horizontes.

Aquí no encorva su pico
La garza que el lago hiende,
Aquí la palma no tiende
El armónico abanico.

Aquí no acierta á balar
La oveja de la pradera,
Ni la coqueta ternera
Se mira al léjos saltar.

El toro no muge erguido
En el festivo RODEO,
Ni el alazan del TORNEO
Lanza el robusto bufido.

Se aduerme en el abandono
El curioso romancero,
Aquí no ensaya el llanero
Su melancólico tono ;

No ensaya la triste estancia
Que toma en la noche umbría,
Del silencio melodía
Y cuerpo de la distancia.

Patria, tienes un tesoro
De ilusiones para mí :
Fascinado desde aquí
Con tus recuerdos, te adoro.

Orlada, tambien, de gloria,
Levantas, patria, la frente,
Que tu espada prepotente
Dió fazañas á la historia.

Mil recuerdos lisonjeros
Guarda ese libro de tí :
Todos admiran aquí
Tu falanje de LLANEROS.

Qué mas? ese gran coloso
Que tiene por pedestal
La conciencia nacional
Del pueblo mas belicoso,

El héroe á quien la fama
Le tributa reverencia,
PÁEZ, nuestra Providencia,
LLANERO tambien se llama.

Patria, ya tus impresiones
Me fatigan la memoria,
Ya me deslumbra tu gloria,
Me aduermen tus ilusiones.

Llamarte grande ¿ á qué viene ?
¿ Qué será decirte bella ?
Será añadir una estrella
Á las mil que el cielo tiene.

SONETO

Á MI AMIGO RAMON DE CASTRO

EN LA SENTIDA MUERTE DE SU PADRE DON NICOLAS DE
CASTRO, UNO DE LOS QUE EL 5 DE JULIO DE 1811
FIRMARON EL ACTA DE NUESTRA INDEPENDENCIA.

Silencio...! En esta tumba levantada
Ningun recuerdo lúgubre reposa :
Alza y verás bajo la dura loza
Una prenda de gloria sepultada!

Monumento de célebre jornada,
Vió á sus piés espirar la suerte odiosa
Que á un pueblo envileció ; la accion grandiosa
Á los triunfos de un pueblo va enlazada.

Silencio!... ¿ Á qué llorar esa memoria,
Si eterna, cual el pueblo, no fenece?
¿ Á qué regar con lágrimas la gloria?

Un recuerdo su tumba nos ofrece :
Aquel laurel que entretegió la historia,
Ese laurel sobre su tumba crece!

RICAURTE EN SAN MATEO

SONETO

Va la hueste enemiga se adueñaba del parque,
cuando Ricaurte, que le defendía con una escasa
fuerza, impedido de resistir, le dió fuego por su
misma mano y pereció entre centenares de espa-
ñoles. MEMORIAS DE UN VETERANO.

De repente una terrible explosion se dejó oír
por todo el campo y densa nube de humo cubrió
los combatientes.

HISTORIA DE VENEZUELA POR R. M. BARALT.

Al sordo estruendo que en el campo suena
Conmovida la tierra se estremece ;
Desmaya el sol, y presto desfallece
La clara luz que los espacios llena.

Mírase al léjos ascender serena
Oscura nube que en espiras crece ;

La fiera en su caverna se guarece ;
Tiembla el HISPANO en la insegura arena.

¿ Quién el bravo será, quién el valiente
Que tal desórden y terror motiva
Entre las filas de la opuesta gente?

Firme la mano, la mirada altiva,
RICAURTE dijo con serena frente :
« ¡ Perezca yo, pero mi patria viva! »

UN POETA Y SU COQUETA

DESPEDIDA

- P. Adios, esperanza mia !
C. Con que partes, trovador?
— Sí, con bárbaro rigor
Lo manda mi suerte impía.
— Luego tienes ciega fe
En lo que dejas aquí.
— No sé si diga que sí :
Dudo, temo,... en fin... no sé.
— No es en vano tu temor,
Porque dicen que la ausencia...
— Vamos, tiene la apariencia
De una calabaza en flor.
— Yo no soi supersticiosa ;
Pero del que fué á Sevilla
Dicen que perdió la silla,
Y qué sé yo qué otra cosa.
— Por eso cuenta la gente
(No te vayas á enojar)
Que ustedes suelen cantar
Misas de cuerpo presente.
Y más tú, que llana y lisa,
Aunque con gracia y soltura,
Sin preguntar por la hechura
Te acomodas la camisa.
— Caballero! — Mande usted!

- ¿Es una pulla? — No, hermosa!
 — Ah! pensé que era otra cosa :
 Perdone usted ! — No hai de qué.
 — Al dejar la capital
 Por un pueblecillo ¡vaya!
 Será menester que haya
 Una razon colosal.
 — ¿Pues y L'ARGENT circulante?
 — Entónces ¡ah! claro está
 Que siempre el poeta va
 Detras de algun con-sonante.
 — Criatura, te has engañado :
 Así todos son poetas ;
 Que en tratando de pesetas
 No hai quien se quede parado.
 — Sí, ya dijo no sé quién
 Que de poeta y de loco
 Todos tenemos un poco
 Y de médico tambien.
 — ¡Qué memoria tan feliz!
 — Nosotras nunca olvidamos.
 — Al ménos cuando os miramos
 Así... nariz con nariz.
 — ¿Otra saetilla mas?
 — Pero dí, ¿tengo razon?
 — Esa no es la cuestion.
 — Pues volvamos para atras!
 — No, no : me doi por vencida.
 — ¿Con que dudas la victoria?
 — Es que te cedo la gloria
 De contemplarme rendida.
 — Estás harto encantadora.
 — No me adules ! — Gracias, pues,
 Este es el mundo al reves.
 — Así marcha el mundo ahora.
-
- ¿Con que, bella, dí, ¿me quieres?
 — Por supuesto ¿por qué no?
 ¿He de ser la tonta yo
 Entre todas las mujeres?
 — ¡Ai! que sí tan liso y llano!
 Me desvivo por un sí
 Tímido, dudoso.... así....
 Pero no tan castellano.
 Mírame así, de soslayo,

- Así como yo te miro !
 De vez en cuando un suspiro
 Con síntomas de desmayo !
 — ¿Quieres que enmiende la plana
 Rectificando á tu antojo ?
 « Pues.... usted... ¡ai! el sonrojo....
 Mas tarde.... luego.... ma.... ñana. »
 ¿Qué tal represento? — Bien.
 — ¿Estás satisfecho? — Ya.
 — ¿Me idolatras? — Claro está.
 — Gracias, trovador ! — Amen.
 — Mira, cántame tu amor
 En el tono de las Musas !
 Fuera tímidas escusas !
 Ya te escucho, trovador !
 — ¿Á qué repetirte, pues,
 Por efímero capricho,
 Lo que tanto, tanto he dicho
 Arrodillado á tus piés?
 Tú sabes que eres el ángel
 Que mi amor ardiente invoca,
 Y que llevas en la boca
 La sonrisa de un arcángel.
 Son tus labios de carmin,
 Tienes de cisne tu cuello,
 De ébano puro el cabello
 Y la faz de un querubin.
 Bien comprendes, niña, tú
 Que por tí diera ámpliamente
 Cuantas perlas da el Oriente,
 Cuanta riqueza el Perú.
 Ya por salvarte me he visto
 Entre MACIZAS PAREDES,
 Cual se viera por Mercedes
 El Conde de Montecristo.
 — ¿Qué tal te enamoro? — Bien.
 — ¿Estás satisfecha? — Ya.
 — ¿Me quieres, pues? — Claro está.
 — Gracias, bella Safo ! — Amen.
-
- Pues, como íbamos contando,
 Tienen los tales amores
 Tantos goces, tantas flores,
 Que nos dejan saborcando.
 ¡Cuántas cuítas, dulce dueño,

Con el amor olvidamos !
 Porque, chica, cuando amamos,
 Parece la vida un sueño.
 Pero si el amor enjuga
 Crudas lágrimas, mujer,
 Suele también ofrecer
 Entre col y col lechuga.
 Engendra tales locuras,
 Tantos extraños fracasos,
 Como estocadas, balazos,
 Incendios, guerras, diabluras,
 Que á veces dudo, querida,
 Dudo qué será mejor :
 Si la vida sin amor,
 Ó el amor sin la vida.
 Pero tan reñido estoy,
 Tan mal quisto con la muerte,
 Que, aunque me cueste el no verte,
 Levanto el vuelo y me voi.
 El vuelo no mas, criatura,
 Que acaso es, según yo siento,
 El solo LEVANTAMIENTO
 Que no quiebra coyuntura.

—
 ¡ Pero volar mas y mas,
 Siempre del viento á merced,
 Ardiendo el labio de sed,
 Dejando el agua detras !
 ¡ Yo que tengo descubierto
 Que es en la vida el amor
 Un oasis seductor
 Á la orilla de un desierto !
 ¡ Maldita perplejidad !
 Aconséjame, hechicera !
 — No puedo ser CONSEJERA,

Porque no tengo la edad.
 — Por verte á tí, cual ariete
 Rompiera gruesas murallas.
 — Pues entónces no te vayas !
 — Oh ! no puede ser. — Pues vete !
 — ¿ Y si me muero de amores
 Léjos de mi ninfa hermosa ?
 — Tejeré para tu losa
 Dignas coronas de flores.
 — ¡ Qué bien te sienta, señora,
 Tan dulce coquetería !
 Fascinada el alma mia
 Así coqueta te adora.
 Por un beso diera.... — Guá !
 — Usted se enoja por eso ?
 Lo que yo digo que beso
 Son.... los piés de usted. — Ja, ja !
 Ándese con mas recato :
 Caballero, soi mujer ;
 Cuidado con pretender
 Buscarle tres piés al gato !
 — ¡ Qué amenaza tan bizarra !
 — Por supuesto, claro está,
 ¿ Pues no mira que eso ya
 Es querer forzar la barra ?
 ¿ Has perdido la chabeta ?
 — Por tí perdiera hasta el cielo.
 — Pues, señor, es un consuelo
 Tener en casa un poeta.
 —
 — Adios, hermosa sirena !
 — Gracias, trovador, adios !
 — Guarde Dios para los dos
 Cuanta dicha al mundo llena !

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Con razon ha dicho el distinguido literato colombiano. Tórres Caicedo, hablando de este gran poeta, que « pertenece á una familia de ruisseños, y que el canto, todo lo que es armonía, todo lo que tiende á sentir bien y á espresar en culta y galana frase el pensamiento, pertenece á la familia Calcaño. » Verdad es esta, que dejaremos fácilmente demostrada en las próximas páginas de este libro.

La reputacion de José Antonio Calcaño es ya universal y se ha dicho tanto en su elogio, que nos limitaremos hoy á tomar del *ATENEOS* de Nueva York, de Diciembre de 1874, la biografia recientemente escrita con discreta imparcialidad y en estilo mui elegante y castizo por nuestro querido amigo y compatriota, el distinguido escritor venezolano Pedro Ezequiel Rójas. Héla aquí.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

La América meridional es, sin duda, en sentido general, la region mas abundante y armónicamente dotada de nuestro planeta. Allí se encuentra todo. Con la riqueza vegetal de los trópicos esparcida al pié de las montañas y en las riberas del Océano compite la pecuaria riqueza de las magestuosas pampas, donde el *llanero* ó *gaucho*, sobre corcel brioso, compañero inseparable de sus fuertes luchas, es el rey altivo de aquellos magníficos horizontes. En el fresco clima de los altos valles está el deleite; y si se mira hácia la cima de los empinados Andes, la vista se siente deslumbrada por la reverberacion del sol sobre las diamantinas moles de nieve perpétua. Escarbando el suelo, no será maravilla que toquéis una de las múltiples arterias auríferas que cruzan en todas direcciones; y con los diferentes ruidos

producidos por la estensa familia cuadrúpeda y volátil sentireis mezclado el estruendo de los grandes rios precipitados sobre la accidentada superficie; y tanto os dejará estático y embebido la soberbia catarata, como os atraerá la mansa fuente que se escapa de las espumosas aguas, cual si huyera del torbellino para ir besando, enamorada insaciable, las infinitas flores que desde la orilla cortejan su corriente. Completa tanta belleza una profusion de colores y de luz, que en vano han tratado de imitar los pinceles humanos.

Pues no terminó aquí la generosa obra del Supremo Creador; que tambien con prodigalidad distribuyó en el alma del hombre americano la divina chispa que constituye el genio. Escritores de ménos le pudieran atribuir únicamente á los esplendores de la naturaleza

física, que de cierto han de influir en la organización del ser racional, tanto calor y tanto brillo de que dan diariamente muestra los hijos de aquella zona lujosa. Pero los que escribimos estas líneas, acostumbramos agradecerlo todo al Cielo, desde el primer aliento de la vida hasta los pasajeros bienes sociales y hasta el ligero soplo de aire puro que refresca nuestra frente. ¿Qué mucho, pues, que adoremos, reconocidos, la mano que puso en nuestro interior esta inestimable facultad que llamamos razón, luz y fuerza que nos guía, que nos contiene, que nos ilumina en la honda tiniebla, que nos da armas en el empeñado combate y que, salvándonos, nos señala el deber como el dispensador de todos los triunfos?

Entre las jóvenes repúblicas que llevan en su seno el germen de una prosperidad incomparable, prometida por tantos dones, ninguna ha aventajado á Venezuela en varones ilustres. Hijos de esa tierra privilegiada son los dos mas grandes capitanes de la América, Bolívar y Sucre, y su primer filólogo, publicista y poeta, Andrés Bello; y orgullo de la historia, de las ciencias y de la literatura son los preclaros nombres venezolanos de Miranda, Mariño, Páez y Soublotte; los de Vargas y Cajigal; los de Roscio, Gual, Peña y ambos Fortique; los de Baralt, Toro, Larrazábal, Lozano, Maitin, Juan V. Camacho y otros que sería largo enumerar.

Entre los dignos herederos de ese último grupo de renombrados escritores é inspirados bardos se distingue José Antonio Calcaño, entendido literato é insigne poeta, cuyas sienes ciñen ya los lauros ganados en célebre certámen de Madrid y á quien la respetable Academia Española ha nombrado miembro suyo; triunfos ambos de lo mas encumbrado á que pueden aspirar los cultivadores de la gaya ciencia, y discernidos en esta vez sin vacilaciones ni dudas, con espontaneidad notable; como que hasta el gran Quintana se habria regocijado de mirar á su lado, con los

legítimos títulos de hermano espiritual, al cantor americano que lleva en su arpa divina cuerdas de oro.

Su admisión como miembro de la Academia se efectuó á propuesta de tres celebridades y bajo circunstancias excepcionales, que no recordamos por completo, pero de las cuales podemos decir que fueron altamente honrosas para el nuevo colega.

Calcaño nació el 21 de Enero de 1827 en Cartagena, República de Colombia; pero pertenece á Venezuela, á donde fué llevado cuando apenas contaba uno ó dos años de edad. Es hijo de un ilustrado venezolano, Don Juan Bautista Calcaño, antiguo patriota y miembro capaz del Senado en los mejores tiempos de aquella República, y de la Señora Doña Josefa Antonia Paniza, matrona de nobles prendas que aun vive, rodeada de numerosa descendencia que le prodiga amor y veneración, haciéndola así gozar del premio reservado á la ancianidad de los que han formado un hogar feliz con sus virtudes y con su ejemplo.

En los colegios de la capital de Venezuela hizo Calcaño sus estudios de literatura y filosofía, pasando luego á ser alumno de la Academia militar. Pero el mancebo sentía ya revelada en su alma esa aspiración vaga, infinita, que es la sublime enfermedad de los poetas y que va encaminada á la investigación de lo ideal, y hubo de abandonar las ciencias exactas, que ejercían sobre su número los martirios de una prisión.

Como canta alegre el ruiseñor escapado de la jaula, así se dió á cantar el joven libertado de los cálculos matemáticos. Diez y ocho años tenia, cuando en 1845 los mas acreditados periódicos caraqueños publicaban sus bellas estrofas, que toda la América latina celebraba y que las revistas y los libros extranjeros se apresuraban á reproducir.

Eran aquellos dias de paz, de gloria civil y de ventura para la patria de Bolívar. Carácas, llamada desde entonces la Atenas americana, rendía esmerado culto á las ciencias, era el

centro de la elegancia y del buen gusto y estimulaba con aplausos á su interesantísima juventud. Con el característico nombre de *Renaissance* fué y es conocida esa época, en que la gentileza, la gracia y la espiritual cultura encantaban á ilustres extranjeros. Cuando nos han hablado de ella los que tuvieron la dicha de gozarla, no han podido suprimir el recuerdo de Maitin, cuyos delicados acentos daban tema á las reuniones sociales, ni el de Lozano, que esparcía por el viento hojas perfumadas; ni han podido olvidar la grata aparición de Calcaño, ni los nombres de Aranda y Ponte, tempranamente malogrado, Eloi Escobar, J. V. Camacho, Yépez, Guardia y Pardo, todos excelentes poetas, todos entónces en la edad florida. Las artes liberales eran la predilección de los tiempos, y bien sentaban, por tanto, las coronas de flores y el cetro de la moda á la juventud inteligente é inspirada.

Vinieron despues los dolores de la guerra civil y nuestro vate, ageno por carácter y por sentimientos á toda agría lucha, permaneció alejado de la política activa; que así podemos decir, aun cuando le hayamos visto desempeñar por breve tiempo el puesto de Jefe de Sección en Ministerios que por su naturaleza se ingieren poco en la contienda de los bandos. Las mas de las horas las consagraba él al concienzudo estudio de las humanidades españolas y á la adquisicion de útiles conocimientos sobre la literatura de las demas lenguas modernas.

Habia sido siempre Calcaño un poeta de inspiración. Pero este trabajo lo hizo además un hombre de provecho. Su pensamiento se habia madurado y su estilo tomaba definitivamente esas formas bruñidas y puras, que han puesto su fama al lado de la de los mejores versificadores castellanos de la generación presente.

En 1867 el gobierno venezolano lo envió á Liverpool con el nombramiento de Cónsul de la República en aquel puerto europeo, destino que aun desempeña y en el cual ha

prestado al comercio y al buen nombre de su patria servicios de no escasa importancia. Hombre de corazón y de talento, sus esfuerzos en pro de los intereses que tiene á su cargo han ido siempre mas allá de los límites á que pudiera ceñirse un agente vulgar.

En ese bullicioso emporio del mercantilismo inglés, Calcaño tiene un refugio para sus gustos delicados y para su corazón de poeta; y ese refugio es el hogar, que los atractivos de una esposa interesante y las gracias de hijos hechiceros hacen encantador. Desde allí regala con frecuencia al mundo himnos magníficos, como si no en el seno de una civilización materialista, sino sobre las arenas de la artística Grecia ó bajo el cielo brillante ¡ay! de su patria fueran cantados.

El que mas recientemente ha deleitado nuestros oídos es el que, con el título de *Fiesta de las Reinas*, da ocasión al bardo caraqueño para rendir preciado homenaje á uno de los atributos mas legítimos de la poesía, esto es, la contemplación y la pintura de la naturaleza. No se puede describir con mas viveza y naturalidad el espectáculo grandioso de esas noches de nuestra América, en que tras la pavorosa tormenta, tras las negras y apiñadas nubes, rodando unas contra otras por el abismo y produciendo el trueno que parece capaz de conmover el mundo sobre sus ejes, se levanta en el Oriente la radiante luna, como nuncio de paz entre los conturbados elementos; huyen los rezagos del huracán y el firmamento va descojiendo, ante el astro tranquilizador, su azul pabellón cubierto de fúlgidas estrellas.

Obsérvase en muchos poetas que la inspiración se estingue en ellos junto con el ardor y el entusiasmo de la primera edad; y nótese en otros que el estudio clásico y el amor que en él contraen á la limada construcción, acortan el vuelo de su pensamiento ó lo enclavan en frases gramaticales, que, aun cuando agraden por lo correctas, no dejan de ser, á las veces, las carceleras del estro agitador.

Ni lo uno ni lo otro ha acontecido á Calcaño. La conexión, el órden y la tersura académica con que distribuye y viste los conceptos, no han quitado á los giros de su donosa rima la elasticidad que necesita para ensancharse el númen elevado.

Y por lo que hace á la perenne inspiracion, posee él una fuente mas viva, mas duradera y ménos engañosa que el calor juvenil; posee una fe purísima y un espíritu profundamente religioso. ¿Quién no es de tal modo eternamente jóven? Así podrá hallar siempre en su propia alma tesoros inagotables, que no es dado á descreídos conservar. Y es por eso que, cuando en seductor romance nos refiere sus *Amores de niño*, la reminiscencia de la ventura perdida no le amarga ni le entristece, sino que le trae de nuevo dulces emociones y encuentra en sus versos la miel de los años primaverales. Y es por esa fecunda virtud que las vicisitudes, si alguna vez le persiguieron, no han logrado amortiguar la llama de su cerebro, ni descarriar su genio; y ya sea que, herido por las punzantes espinas del desengaño, intenta *romper del mundo los traidores lazos* y pide á la misteriosa y vaga *Soledad* un asilo para su alma y su laud; ó ya que, en melancólico momento, acude por un lecho *Á la Muerte*, por cuyo medio, segun su selecta expresion,

La esencia

De la trémula flor aspira al Cielo,

y á quien dice, sintiéndose probablemente presa de la nostalgia que sufren en la tierra los que mantienen su mente en el mundo de las ideas :

Madre del infeliz, yo soy tu hijo ;

léjos de estallar en las maldiciones que arranques iguales han producido en otros labios, se impregnan sus ideas de consoladora filosofía, y aspiraciones, intencion, sentimientos, todo en él es ingénuu piedad y todo va hácia

las regiones inmortales en alas de una esperanza serena.

Pero pongamos aquí punto, que ya miramos esparcidas en nuestra mesa mas páginas que intentámos escribir.

No pretendimos elaborar un juicio crítico, ni lo pretenderemos; ni es ese tampoco un trabajo que puede llevarse á colmo con la ligereza y la rapidez con que han sido trazados estos renglones.

Nuestro propósito fué solo hacer un esbozo. Si nos hemos estendido, atribúyase al amor que profesamos á lo bueno. Y si á alguno le pareciere que nuestra inepta pluma ha corrido demasiado sobre el elogio, no nos desconcertará la observacion, sino que añadiremos que todavía nos falta encomiar en este feliz trovador la cualidad que mas realza todo mérito y le comunica mayores atractivos — la modestia.

P. EZEQUIEL RÓJAS.

LA BARCA DEL PESCADOR

ALEGORÍA

Los relámpagos deslumbran,
Asorda bramando el trueno,
Las olas del mar sin freno
Suben al cielo en tropel.
Dos naves, blanco á sus iras,
Halló el huracan bravío :
Una, pujante navío ;
Otra, pescador batel.

Á su intrincado aparejo
Y á sus caudales atenta,
Mal de la cruda tormenta
Previene aquella el furor.
Sin jarcias, fardos ni oro,
Mas débil leño liviano,
Áun vé su fin mas cercano
La barca del pescador.

Mas á entrambas la esperanza
 Da luz por opuesta vía :
 Una en su grandeza fia ;
 La otra en su pequeñez.
 Con que por sendas opuestas,
 Para conjurar la muerte,
 Mueven clamor de esta suerte
 Aquella y esta á su vez :

« ¡ Rompe, soberbio navío !
 » Si tú no, ¿ cuál queda á flote ?
 » Cuanto la mar mas te azote,
 » Será nuestra prez mayor. »
 Y esta : « Pues guarda al humilde,
 » Señor, tu amor soberano,
 » Tú tendrás hoy de tu mano
 » La barca del pescador. »

Y ambas tuvieron respuesta :
 Á aquella la dió el naufragio ;
 De esta al ferviente sufragio
 Una voz responde así :
 « El que abate á los soberbios
 » Y á los humildes eleva,
 » Está contigo y te lleva
 » Y hará su casa de tí. »

Vuélvense los pescadores,
 Y en donde la voz murmura,
 De seráfica figura
 Los deslumbra el esplendor :
 La tez lirio, oro el cabello,
 Y la veste como escarcha,
 Signiando en las aguas marcha
 La barca del pescador.

Se allana el mar. — Ya está á bordo.
 ¡ Bienaventurada tabla !
 ¡ Cuánto tu destino habla
 Y avisa á la humanidad !
 ¡ Oh santo leño bendito,
 Donde hallan al fin guarida
 La inocencia desvalida,
 La escarnecida humildad !

¡ Oh cuán segura jornada
 Promete el bendito leño !

Acudid, tomad á empeno
 Que os den á bordo favor !
 Mas fardos dejar os cumple ;
 Volveros os aprovecha
 Como niños : que es estrecha
 La barca del pescador.

Barquero de dulces ojos,
 El de la túnica blanca,
 Muévate el ¡ ay ! que me arranca
 Mi destierro, mi orfandad.
 Volverme á mi patria quiero :
 Ya aquí me consumo á solas ;
 Miedo me dan esas olas,
 Mas no contigo, en verdad.

¿ Que falta lecho ? una tabla
 Basta á mi cuerpo rendido ;
 Toldo, el del cielo extendido ;
 Sustento, ¿ pues y tu amor ?
 Lumbre, ¿ y tus ojos serenos ?
 Mas, nada tenga ni pruebe,
 Lo que quiero es que me lleve
 La barca del pescador.

LA SABOYANA

Acompañando
 Del organillo
 Simple airecillo
 De su país,
 Posada al frente
 De una ventana,
 La saboyana
 Cantaba así :

Tiene un albergue
 Cuanto ha nacido,
 Toda ave un nido,
 Todo hombre hogar ;
 Solo fue suerte
 Del saboyano
 Madre y hermano,
 Patria dejar.

¡ Feliz quien nunca
Dejó su suelo,
Quien en su cielo
Vé el sol salir !
¡ Ay ! los ausentes
De sus cabañas !
¡ Ay ! mis montañas
Donde nació !

En el recuesto
De una pendiente,
Junto á la fuente,
Bajo un pinar,
Queda la choza
Pobre, escondida,
Que es de mi vida
Dicha y pesar.

De mí su imágen
No huye un momento,
Mil voces siento
De ella venir ;
Oigo sus brisas,
Olmos y cañas...
¡ Ay ! mis montañas
Donde nació !

Éramos muchos
Y el pan escaso ;
Cada uno el paso
Fuera movió.
¡ Qué amargo día
Para mi padre !
Mi pobre madre
¡ Cuánto lloró !

Cuerpo sin alma
Vagando vengo ;
Donde la tengo
Quisiera ir :
Llévame, o ángel
Que me acompañas,
Á las montañas
Donde nació !

Reina ó princesa
Que oyes mi canto,

Muévate el llanto
De mi dolor !
Ni pan te pido,
Ni abrigo imploro ;
Poder y oro
Te están mejor.

Mas si homenaje
Todos te ofrecen
Y te obedecen
Todos aquí,
Haz que me vuelvan,
Si en tí hay entrañas,
Á mis montañas
Para morir !

ALABA Á DIOS

Alaba á Dios, alma mia,
Alaba á Dios sin cesar,
Con la noche y con el día,
En la pena y la alegría,
En la tierra y en el mar !

No investigues sus arcanos,
Si te ensalza ó si te humilla :
Cuanto cumple á los humanos,
Es poner juntas las manos
Y doblarle la rodilla.

Bien ó mal, lo que te alcanza,
Agradece sin exámen,
Ya se tornen, en mudanza,
Desengaño la esperanza
Y alabanzas en vejámen.

¿ Tú qué sabes de su intento ?
Di si no te maravilla
Cómo gala á ser del viento
Brotó el árbol corpulento
De la pútrida semilla !

Del necio hablar toma vida
Mas de una tormenta recia ;
Ora á Dios y habrás ejida,

Que del labio en que él se anida
Huye la palabra necia.

¡ La palabra ! ¡ ay ! una sola
Quita honores y reposo,
Caudillo y falanje inmola,
Hunde la nave en la ola
Y en el polvo al poderoso.

¿ Pues qué la que á Dios ofende?
No sabes cuánto es sonoro
Ese éter que azul se extiende :
Cuanto aquí suena, allí asciende
Y vibra en acorde coro.

¿ Y será solo, alma mía,
Será solo ¡ qué dolor !
La voz que tu labio envía
La que dañe la armonía
Que alza el orbe al Creador ?

Ántes, si tú le bendices,
Ni el ángel ni el serafín
Darán notas mas felices ;
¿ Y todo el bien que de él dices,
No será tuyo á tu fin ?

¡ Tu fin ! ¿ Qué será de tí
En hora de tal espanto ?
Vé, toma lección allí
De la hoja baladí
Que arrolla el viento en su manto !

Sopla, y cual la halló, la abate ;
Ilesa ó viciada, es suerte
Que en tal forma la arrebate :
Así nos mueve combate,
Así nos vence la muerte.

¿ Pues cuál no la beatitud
Del que de hinojos postrado
Tenga entóncees su virtud,
Si al cielo ha de ser llevado
En esa misma actitud ?

¡ Oh embozado incierto día !
¿ Quién su velo pudo alzar ?
Y si es vana esa porfía,
Alaba á Dios, alma mía,
Alaba á Dios sin cesar !

EN LA ORILLA DE LA MAR

Á la sombra de un uvero,
Entre espeso matorral,
Una choza se divisa
En la orilla de la mar.

Otra alguna no hubo nunca
En aquella soledad ;
De uzos pobres pescadores
Era el único solar.

Nadie es dueño de ese valle ;
Y la costa en él es tal,
Que no quieren las piraguas
En sus playas atracar.

Vivió allí por tiempo largo,
Pobremente, pero en paz,
Un anciano con los suyos,
Sin pedir al cielo mas.

Vió llegar despues un año
Tan aciago, tan fatal,
Que quedó casi desierto
Su olvidado y pobre hogar.

¡ Qué de afectos inmolados
Por la muerte sin piedad !
¡ Qué de golpes para un pecho
Tan cansado y débil ya !

El anciano hoí solo tiene,
Prendas de ese amor y afán,
Una nieta y unas tumbas
En la orilla de la mar.

No era el año bien finade,
Cuando, colmo á tanto mal,
Revolvió la mar y el cielo
Una horrible tempestad.

Era noche. — ¡ Qué tinieblas !
¡ Cuál zumbaba el huracán !
¡ Qué ruidos los del trueno !
¡ Qué bramidos los del mar !

Si en las rocas se estrellaba
Un esquife en hora tal,
Distinguir era imposible
Sus clamores de ansiedad;

Que no hai ruido que no sepa
La tormenta remedar :
Ayes, gritos, silbos daba
En estrépito infernal.

Ni su propia voz oian
Las dos almas, cuando á par
Y de hinojos imploraban
La clemencia celestial.

Mas al alba, cuando el viejo
Su barquilla fué á botar,
De despojos alfombrado
Halló todo el arenal :

Tablas, yerbas submarinas,
Aquí un cabo, un remo allá ;
Y vió un hombre medio hundido
En la orilla de la mar.

Aquel náufrago fué un hijo
Que le dió la tempestad :
Compartió con él sus ropas,
Dividió con él su pan.

Juzgó el viejo aquel encuentro
Protección providencial,
Pues su cuerpo ya rendian
Las faenas de la mar.

Y aunque el año era siniestro,
Bondadoso y liberal,
Le dió al náufrago las llaves
De su pecho y de su hogar.

La muchacha era garbosa,
Como América las da,
De canela y rosa el cútis
Y de tórtola el mirar.

En su casa desde niña
La llamaban *la Torcaz*,
Porque al cuello se colgaba
Conchas blancas de la mar.

Él contaba veinte Abriles,
Ella en quince entraba ya ;
No fué mucho si él temprano
Se prendó de la Torcaz.

El amor, de ambos el alma
Tocó á una con su iman ;
Y ya flores solo vieron
En la orilla de la mar.

Avisóse el buen abuelo
De su dulce intimidad ;
Á su afecto no fué valla
El dominio paternal.

No hubo celos ni combate ;
No era Haidea la Torcaz,
El abuelo no era Lambro,
Ni era el náufrago don Juan.

Ántes fué que, despejando
La rugosa y triste faz,
Sonrió lleno de gozo
Y bendijolos al par.

Mar y cielos recibieron
Las protestas del galán :
Los altares del marino
Son los ciclos y la mar.

Vió el anciano huir la sombra
Que su sien nublabá mas ;
Ya podrá morir tranquilo,
Sin temer por la Torcaz.

La Torcaz puso en su amante
Alma, vida y voluntad ;
Y en un año, para ella
Todo fué ventura y paz.

Y fué madre; y por tal dicha,
Tras de tanto luto y mal,
Oró al cielo arrodillada
En la orilla de la mar.

Cae la tarde. En tosco banco
Á la puerta del hogar,
Hombro á hombro están sentados
El abuelo y la Torcaz.

Mudo, inmóvil fija en tierra
 Su ya trémulo mirar ;
 En su diestra está la caña
 Que á su cuerpo apoyo da.

Ella tiene en el regazo
 El tesoro maternal ;
 De sus ojos, que en él clava,
 Cae de lágrimas un mar.

El anciano tambien llora.....
 ¡ Oh traicion ! ¡ Oh crueldad !
 ¡ Y las olas no se abren
 Y sepultan al falaz !

Un bajel tocó en las playas
 É hizo aguada en el raudal :
 Por el agua que le dieron
 Dejó llanto y orfandad.

Fuése oculto allí el perjuro.....
 ¡ Año aciago, año fatal !
 Voz ninguna las entrañas
 Del traidor pudo ablandar.

Allá va, boga que boga.....
 Allá el pérfido, allá va.....
 La Torcaz llora y se muere
 En la orilla de la mar.

AL CATUCHE⁽¹⁾

ELEGÍA

Pues si no yo, ¿quién á tu márgen muda
 Vendrá, donde se asienta,
 La faz grave y ceñuda,
 La veste polvorienta,
 El estrago, y apenas tu auge cuenta?
 Llama al mortal la soledad en vano ;
 Tras el placer sin freno

1) Rio, hoy casi exhausto, que corre al norte de Carácas, extremo en donde sembró mas ruina el terremoto de 1812.

Otra voz no oye insano,
 Aunque mas de ella el seno
 Del acento de Dios palpita lleno.

Ya de verdor y pompa te cubrias ;
 Hoy el dolor te viste.
 Ya alegre discurrias ;
 Ni muestras lo que fuiste,
 De quebrantado y silencioso y triste.

Apenas tus ruinosas hondonadas
 Vense allá en la altura
 De verde coronadas ;
 Que escasa tu onda pura
 Ni aún te basta á llorar tu desventura.

Ni una voz, ni un rumor presta ya al eco
 Tu cauce silencioso :
 En el recinto huecco
 De tu álveo peñascoso,
 Solo al viento vagar se oye silboso ;

Y sin un ave alegre, al tedio ayuda
 De tu hado sombrío
 La tórtola viuda,
 Que en doloroso pío
 El seno atrista del breñal bravío.

Mas ¿quién te emulará, ni así cuitado?
 No Anauco el de las flores,
 Ni Guaire el celebrado :
 ¡ Qué pompa y qué loores !
 ¡ Qué cantares tuviste y qué pastores !

Corpulento samán, ya en gloria eterno,
 Dame nuevas, si tienes,
 De aquel pastor tan tierno
 Por quien tan alto vienes,
 De flores y verdor cintas las sienas (1).

Dime si, quebrantando el largo exilio
 Por venturoso caso,
 Al buen pastor Cecilio
 Viste una noche acaso
 Á tu sombra mover augusto el paso !

(1) El presbítero D. José Cecilio Ávila, que rescató del hacha de un leñador el famoso samán del Catuche.

Y, pues amor y vida le mereces,
 ¿Cómo por mas estrecho,
 Ni un renglon en tí ofreces
 Que pague tu provecho
 Y diga la nobleza de aquel pecho ?

Ni ménos plauso y eternal memoria
 Debes, por sus canciones,
 Al que narró tu historia
 En tan acordes sonos,
 Que á oírle se tuvieron las naciones (1);

Aquel Dámis, amante de la Emira,
 Simplecilla pastora,
 Que una vez con su lira
 Tornó blanda y sonora
 La voz de la tormenta bramadora.

¡Ay! tu dulce cantor cayó sin vida ;
 Cayó la noble frente
 De lauros mil ceñida ;
 Mas del hogar ausente....
 Cuanto glorioso fin, tanto doliente.

¿Turbio Catuche, tu camino usado,
 Ya entre zarzas perdido,
 Ni una huella ha guardado
 De tu pastor Bellido,
 Tan docto en el cantar como sentido ? (2).

¡Oh amor, oh gloria, oh timbre americano !
 Rompiendo su barrera,
 Borrará el Oceano
 Cuanto América fuera,
 Antes que en ella tu memoria muera.

¿Pero será, Catuche solitario,
 Que tu recinto agreste
 Asilo y santuario
 Á tanta virtud preste
 Y que tan pocos al ejemplo apreste ?

¡Ay, cómo extiende la pasion su fuego !
 ¡Cuánto furente amago !

(1) Alúdese á Rafael Maria Baralt y á sus deliciosos idilios *El árbol del buen pastor* y *La tempestad*.

(2) El inmortal Andres Bello tenía predileccion por este rio, muy cerca del cual nació.

Al amor ¡qué despego !
 Al odio ¡cuánto halago !
 ¡Cuánto de sangre y lágrimas y estrago ! (1).

¡Oh rio, oh rio ! el duelo me quebranta ;
 Y á tan honda amargura
 Se anuda en la garganta
 La voz, si humilde, pura,
 Que intentó querellar tu desventura.

Manes de los repúblicos preclaros,
 Mañana, al sol naciente,
 Yo volveré á invocaros
 Con alma reverente,
 Fortaleza á buscar en vuestra fuente.

Vuestra noble virtud, sagrada tea,
 Alumbrará mi via ;
 Y así mi nombre sea,
 Pues que no gloria, un dia
 Honra modesta de la patria mia !

LA FIESTA DE LAS REINAS

TEMPESTAD Y CELAJES TROPICALES.

Á ARÍSTIDES RÓJAS

Hermanas y reinas ambas
 La noche y la luna son
 Y ámanse tanto, que tienen
 Un trono para las dos.

Bellas al par, una viste
 Áureo volante crespon ;
 Crespones otra se cubre
 De azabache en el color.

El que en gracias y hermosura
 Tan diversas las formó,
 Dióle á esta la tristeza,
 Á aquella le dió el candor.

(1) Venezuela ¡á Dios gracias! es hoy muy otra de cuando se escribieron estos versos.

Mas tan hermanal afecto
En una y otra encendió,
Que solo cuando están juntas,
Están de fiesta las dos.

Muerta la lumbre del día,
Que á los tristes importuna,
Sube á su trono la noche,
Lento el paso y taciturna.

El cielo todo revisa
Y mas su frente se nubla,
Si á la que ahuyenta sus sombras
En él vanamente busca.

Los hipógrifos del viento
Ya ha lanzado á toda fuga,
Porque la anuncien y aclamen,
Apenas su plaustro surja.

Mas ven desierto el espacio;
Y en las tinieblas profundas,
Con sordo lejano estruendo,
Que solos vuelven le anuncian.

Solos vuelven ; y á su choque
Contra nublados y brumas,
Allá los cóncavos cielos
Centellean y retumban.

Ya á brida suelta, impetuosos,
Entran, en revuelta furia,
Y es todo estruendo el espacio,
Fuego á su paso la altura.

Cada chispa, cuando ardientes
Baten los callos y bufan,
El éter súbito incendia
En la ancha bóveda oscura;

Y á la explosion atronante,
Parecen henderse á una
Y desquiciarse los astros,
Fragor mandando y pavura.

Torrentes vierte la noche,
Torrentes la tierra inundan;
Son los montes y los cielos
Torrentes que se derrumban.

¡Cómo suenan las florestas
Bajo el huracan que zumba
Y doblega como espigas
Palmas y ceibas robustas!

Á los mugidos del toro
Que á la tormenta saluda,
Se une el graznar que espantadas
Lanzan las aves nocturnas.

¡Qué fragor! Cada montaña,
Como horrenda catapulta,
Hace retumbar su mole
Bajo las rocas que impulsa.

Á cada tumbo otro sigue;
Cada trueno á otro se junta;
Tras la abierta catarata
Otra revienta en la altura.

Mas ¿qué nuncios luminosos
Á oriente al fin se vislumbran
Bajo el negro cortinaje
Que los espacios enluta?

La noche á medias aparta
El manto en que se sepulta;
No se engaña : á esa vislumbre
Todo en júbilo se muda.

¡Es la luna! Sus heraldos
Á anunciarla se apresuran;
Son los regios precursores
De la viandante nocturna.

Ya los ámbitos celestes
De oriente á occidente cruzan
Mensajeros de la noche,
Que la gran fiesta promulgan.

Los vientos, ya aprisionados,
La paz del cielo no turban,
Y apenas se oye á lo léjos
Que en sus guaridas reluchan.

¡Es la luna! Ya los cielos
De azul colgados fulguran;
Sus frescas alas los céfiros
Ajítan y los perfuman.

Bordan temblorosos diamantes
Las palmas de la llanura,
Y el airecillo las mueve
Porque mas bellos reluzcan.

La noche viste de gala :
Turquí subido es su túnica,
De estrellas bordado el centro
Y los contornos de plumas,

Y en la espléndida diadema
Ricas joyas le relumbran
Que le dió opulento el trópico,
Prendado de su hermosura.

¡ Es la luna ! Palmas y arcos
Adornan la triunfal ruta ;
De nácar son las baldosas,
De armiño las colgaduras.

Le alzan pórticos las nubes ;
Y prados, islas, lagunas
Los plateados horizontes
En su espejo le dibujan.

Tras tantos cielos, parece
Que el Olimpo se vislumbra,
Y casi se ven los ángeles
Ante sus puertas augustas.

Ya surgió ! ya es poco el cielo
Al brillo con que lo inunda
Y á las galas que despliega
La regia corté que junta.

¡ Qué espléndido firmamento !
¡ Cómo lo encantan é ilustran
La reina de los amores,
La reina meditaabunda !

Al encuentro una de otra
Van, y á cual mas sobrepuja
En riquezas y atavíos
Y en natural hermosura.

Sus mas lujosas libreas
Visten los suyos á una :
En este campo el zafiro,
La plata en aquel relumbra.

Y uncen con pompa á su carro,
Las tersas formas desnudas,
Negros corceles la noche,
Corceles blancos la luna.

Al paso de la que llega
Alados genios se juntan
Y van sobre ella moviendo
Banderas, palmas y plumas.

Y ya sube, ya en su trono
Asienta la planta augusta ;
Cuando, á hacer aun mas solemne
El fausto que le tributan,

Rompe, de grana vestida,
La aurora en alegres músicas ;
Y el cielo canta : ¡ Bendito
Quien hizo tanta hermosura !

EL CIPRES

Si por mi tumba
Pasas un día
Y amante evocas
El alma mía,
Verás un ave
Sobre un cipres ;
Habla con ella,
Que mi alma es.

Si tú me nombras,
Si tú me llamas,
Si allí repites
Que aun fiel me amas,
Da oído al viento
Dentro el cipres ;
Y con él habla,
Que mi alma es.

Pero si esclava
Ya de otro dueño
Turbas é insultas
Mi último sueño,
Guárdate ¡ ingrata !

De ir al cipres;
Huye su sombra,
Que mi alma es.

Huye del ave
Y huye del viento,
De toda forma,
De todo acento!
¡Ay!.. pero es vano...
Doquiera estés,
Verás la sombra
De ese cipres.

Á UN INSECTO

Goza, insectillo inocente,
En esa rama posado,
Del céfiro embalsamado
Y del sol resplandeciente!

Goza del campo y sus galas,
Ántes que perciba el niño
El azul de tu corpiño,
El tornasol de tus alas!

Goza y di de la clemencia
Con que apacienta sus greyes,
Los insectos y los reyes,
La divina Providencia!

Goza y no tornes al vuelo,
En tanto á Dios en tí admiro
Y por el bien que respiro
Rindo alabanzas al cielo!

¡Oh sumo artista! ¡Oh pintor
De los espacios azules,
Del alba y sus róseos tules,
De la yerba y de la flor!

¡De cuánto lujo y belleza,
De cuánta delicia lleno!
Ostenta por tí su seno
La hermosa naturaleza!

¡Oh infinita fantasía,
De todo ingenio resúmen!
¡Cómo llenas con tu númen
Tierra y cielo de armonía!

Vibra tu lira suprema
En el mar y la montaña,
Y suspira en cada caña
Un verso de tu poema.

Son fugitivos fragmentos
De los himnos de tu clave
Los dulces trinos del ave,
El susurro de los vientos.

Esos soles, á millares,
Cada cual vibrando un punto,
Marcan en almo conjunto
El ritmo de tus cantares.

Dan matices improvisos
Al campo tus tonos regios;
Se condensan tus arpeggios
En espigas de narcisos;

Y á tus notas armoniosas,
Como aladas vibraciones,
De tus dorados bordones
Se nacen las mariposas.

Tal eres, galano insecto:
Nota del arpa sonora
Del que la tierra enamora
Con los cantos de su afecto.

¡Cómo me hechizas! ¡Bendito
Quien su almo aliento te inspira
Y da al pecho que te admira
Este deleite infinito!

Siento rotas mis prisiones,
En tanto que te contemplo,
Y es mi corazón un templo
De armónicas bendiciones.

¡Qué paraíso, qué galas,
Cuánta esperanza futura,

Qué horizontes de ventura
Miro al traves de tus alas!

Remonte en buen hora el vuelo
La insomne filosofía,
Requiera al astro en su via
Por el camino del cielo ;

Profundice el Oceano
Y los abismos é inquiera
Dó está la marca primera
De la creadora mano ;

Y alcance, si no verdad,
Ni redentora esperanza,
El aplauso y la alabanza
De la ilusa humanidad :

¿Qué á mí su afan ni su palma?
Yo amo á Dios en su grandeza,
Y el libro de su belleza
Es la ciencia de mi alma.

Sí, para verle no anhela
Mas luz ni saber mi mente ;
¿Y si al ser mas deficiente
Mas claro se le revela?

Todo tiene su fulgor,
Cielo y tierra, el mar, el rio ;
Y la gota de rocío
Tiene un rayo tricolor.

Duendecillo del jardin,
Que luces áurea y azul
Tu tuniquilla de tul,
Gracia de algun serafín ;

Realce de la pradera,
Joyel de esmalte celeste
Con que se prende la veste
La espléndida primavera !

¡Ay! que, imágen del amor,
Tu vida es solo un suspiro,
Tu carrera es breve giro
De una rosa en derredor.

Mas tú tienes un tesoro
Que es de mis ansias tormento,

Bien que perdido lamento
Y no torna, aunque mas lloro.

¡Oh! ¡trocárame ese don...
Lograr pudieras mas brillo...
¿Quieres ser hombre, insectillo?
¡El rey de la creacion!..,

Pues pide, pídele á Dios,
Y al par dilates tu vida,
Que una en otra convertida
Sea la suerte de los dos ;

Y á tí razon, á tí ciencia,
Poder te dé y nombradía,
Y sólo dé al alma mia
La gracia de tu inocencia !

RAFAEL Y LA FORNARINA

DE UN IDILIO ITALIANO DE ALEARDI

AL ILMO. SEÑOR

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE,

EL SABIO ACADÉMICO.

HOMENAJE DE ADMIRACION, PRENDA DE GRATITUD Y FIEL AMISTAD.

I

Tres siglos han pasado,
y otro mediando va, desde ese dia. —
Abril, ruborizado,
que ya las violas fenecer veía
con que festivo engalanó su frente,
el campo, diligente,
dejaba al Mayo alegre, que venia
de jazmines y rosas coronado.
Doraba esplendoroso el sol poniente
los arcos del altivo Coliseo
y como en vasto incendio convertia
de Italia el firmamento majestuoso,
ya próximo á guardar el disco hermoso

en el cerúleo alcázar de Nereo,
allende la inclemente
isla de selvas llena
donde asienta su trono la venganza,
del curso amor y pena,
del ítalo tenaz viva esperanza.

En la cerca de un huerto, reclinado
un gallardo mancebo se veía.
El lúcido cabello,
en oscuras madejas desatado,
acariciando la esmerada veste,
á la espalda ondeábale; y los ojos...
¡ Oh! ¿ quién pintar podría
aquel mirar divino, enamorado
de cuanto fué gentil, de cuanto bello;
ni pretendiera descifrar, iluso,
la gloria que en su lumbre el cielo puso?
Su actitud revelaba la impaciencia
que da el placer que tarda; y entre tanto
echaba á divagar su pensamiento
sin rumbo ni conciencia :
ya miraba un momento
la corriente del Tíber,
que del puente de Coele acariciaba
las hendidas paredes ;
ya de los pescadores
las barquillas, las redes ;
ora al cielo miraba, en lejanía,
do, présaga de lluvia,
oscura oblicua faja
visitar parecía
del claro Albano las palustres ondas
y de Nemi las fuentes zafirinas,
selvas y monumentos
que envidia son á extraños
y á sus nobles jardines opulentos.
La brisa, que bajaba en vario giro
del Janículo (aun no santificada
al último suspiro
que en su falda á exhalar llegó doliente
un poeta infeliz), al taciturno
doncel oreaba la ardorosa frente,
trayéndole al oído,
monótono, uniforme,
de los molinos el distante ruido,

en tanto, de vecino monasterio,
de púdicas palomas casto nido,
subir al cielo oía
el cántico profundo,
la argentina armonía
que daban á la tarde aquellas almas
enojadas del mundo ;
y en vaga, celestial melancolía
y místico delirio
hundíase su ser, cual si á la misma
santa Cecilia oyese
el cántico entonar de su martirio.

Mas súbito su mente
parece recoger el alto vuelo,
como abate sus alas la paloma ;
y el alma, concentrada en sus pupilas,
por los radiosos ojos se le asoma.

Bellísima doncella,
mas que el junco flexible el grácil talle,
donairosa además, como Citéres,
encanto de las olas cuando niña,
creyéndose al abrigo
de indiscreto testigo,
al traves de la plácida campiña
ligera se adelanta,
como en danza festiva el ágil planta.
Tocaba apenas la menuda yerba
y las vecinas flores; y al favonio
revolando sutil el blanco lino,
cual Galatea sobre el alba espuma
al impulso del hálito marino,
por la ondulosa y verde pradería
velera nao del Adria parecía.
Y en la argentada límpida saeta,
que para atarse el fúlgido cabello
le cedió de su aljaba
el que las almas al amor sujeta,
reflejaba la lumbre vespertina
y de esplendor y majestad llenaba
aquella, que modelo
prestara á Fidias, inmortal cabeza,
y que impreso tenía
en la soberbia sien sello del cielo.
En su tranquila frente
la inocencia, el candor resplandecía,

como bajo su linfa transparente
deja el Garda sereno
brillar las piedras y algas de su seno.
Veníase entonando un cantarcillo,
tonada popular, de triste letra,
si era alegre y festiva la cantante.
Ya, en la margen del Tíber, se detiene;
enfáldase; la nívea planta asoma
y la inmerge en el agua
que se agita y en círculos serpea,
sus brevísimos piés asemejando
las alas de blanquísima paloma
que se baña y fugaz revolotea.

Detiene el caballero largamente
en tan divina gracia
su indagador mirar, diestro y sapiente
en los altos arcanos de lo bello.
Advierte la arrogancia de las formas,
del róseo labio el arco y la frescura
y la tez y el cabello
y los túrgidos hombros y el erguido
cuello de cisne y la sutil cintura
y el ademan garboso y la soltura
de la actitud, y siéntese rendido.
Saltábale impetuoso dentro el pecho
arrebatado el corazón y en torno
girar miraba en vértigo confuso
los árboles, el río, la pradera;
en zumbidos armónicos sentía
sibilarle el oído, cual si oyera
de mil sonantes campanillas de oro
el indistinto relintín sonoro;
en tanto, mas y mas su alma divina
crecer sentía la amorosa llama,
como la hoguera al ímpetu del viento.
Refrénase un momento,
quiere el labio mover y solo exclama,
trémulo de pasión: « ¡ Oh Fornarina ! »

Rápida á tal acento el rostro vuelve
en púrpura encendida la doncella.
Del onda el pié retira, destilando
diáfanas perlas que al caer esmaltan
la verde yerbecilla,
y los tímidos ojos inclinando,
con su negro ramaje las pestañas

velaron el rubor de la mejilla.

Él la voz el primero desanuda :
« ¡ Oh ! flor transtiberina,
¿ por qué, encerrada en solitario muro,
derramas tu balsámica fragancia,
como geranio inadvertido, oscuro,
en la perpétua noche de tu estancia?
Dignísima de erguirte al claro día,
¿ quieres venir conmigo á las ciudades,
donde la gente cortesana mora,
á hacerte nombradía
y oírte llamar bella á toda hora ? »

Y respondió la pudorosa virgen :
« Pues yo tambien, Señor, he transplantado
flores alguna vez; y las ví siempre
morir marchitas léjos de su prado.
Y mi madre decia
que la flor que hubo en suerte
nacer entre malezas,
hallaba siempre olvido desdeñoso,
cuando no pronta muerte,
en el regio jardín del poderoso. »

« Créeme á mí ! (dice él) yo no te engaño:
ardo por tí; y ha tiempo que te admiro,
que te sigo los pasos, que te acecho,
que muero de impaciencia; y no respiro
y no hallo paz sin tí para mi pecho.
¿ Olvidarte? ¡ jamas ! Cuanto se esconde
en este corazón, cuanto en él brota,
tiene algo de inmortal ! Di, quieres darme
tu corazón ? »

« Mas vos ¿ quién sois ? responde
tímida la doncella ;
y los trémulos párpados alzaba,
ab influjo magnético de aquella
elocuencia de amor que electrizaba.

« Del Metauro y el Foglia entre las fuentes
asiéntase (el mancebo proseguía)
la ciudad donde ví la luz del día,
joya de los soberbios Apeninos,
en medio de dos cumbres engastada,
allí do el monte hácia la costa vuelve
del Adriático mar, que la combate
al furor de sus recios torbellinos ;
en laureles y vides abundosa,

rica por los olivos que en sí cria,
y aun mas por su nativa cortesía.
De allí bajé, muy niño y desvalido;
sino que en las regiones de mi alma
traje un mundo de imágenes, de formas,
de arte, de amor; y enriquecí la extensa
region que ciñe el Po y el mar circunda,
trono de la belleza, con el fruto
de la sagrada inspiracion fecunda
del católico afecto;

y hoy compensan mi afan áureo tributo
y el claro nombre de pintor selecto. »

« ¡Ay! (suspiró la cándida doncella)
corazon me pedis que ya no es mio!
Que diese á otro mortal quiso mi estrella
toda mi vida y todo mi albedrío.

Y ved cuál es de amor el poderío :
que al que mi ser y pensamiento absorbe
no ví, no ví jamas; le estoy sujeta
por invisible vínculo ignorado.

¡ Amar sin conocer! Así en el prado
muere de amor oculta la violeta.

Pintor le aclama el orbe

Y dícese que á él del cielo vino
la immaculada y pura

Madre de Dios á hacer que tan divino
pincel copiase y revelara al hombre
su célica hermosura.

Vive en Roma el pintor; hijo es de Urbino
y de pródigo arcángel lleva el nombre. »

—« Yo soy Rafael de Urbino. »—La doncella,
doblegada la frente como un sauce,
se tiñe de rubor y el labio sella.

Á la sazón en vagaroso giro,
una á otra siguiéndose, pasaban
dos lindas mariposas, semejando
pétalos animados que conduce
sobre sus alas el favonio blando.

Viólas el gran pintor : « ¡ Mira, amor mio,
míralas! ¡cuán felices,
cuán libres, cuán alegres, cuán gozosas,
siempre, al aura de Abril, en un perenne
indecible delirio, en un constante
ir y venir, acariciando flores!
Libres así, dichosos por do quiera,

el aura en derredor siempre fragante,
será la tierra espléndida pradera,
cielo el alma de ensueños seductores
y el feliz corazon nido de amores !

La ventura es fugaz, voluble maga
que solo un breve punto nos halaga,
luego la faz nos vuelve,
bate las alas huye, y nos retorna.

Hoy el amor nos rie ;

todo es canto y delicia en torno nuestro ;
el aura que respiras está llena

del bálsamo de amor que dan las flores ;
ella difunde el gozo que le fia

canoro el desposado pajarillo ;

todo una voz de amor al cielo envia ;

la tierra, el agua cantan el eterno
epitalamio de la vida.... ¡ Oh, deja,
déjame que te ame, hermosa mia! »

Alárgale muy tímido la mano ;

ella mueve la suya lentamente ;

estréchanse, y se cambian sus miradas
mil protestas de amor. El sol caia,

un beso resonó ; y aquel acento,

llevado por el viento

desde un suburbio lóbrego de Roma,

voz, que oye el mundo y las edades, toma.

II

Óyeme, Fornarina,
y perdona si el labio así te nombra
con el vulgar apodo que interpreta
solamente la oscura, mas honrada
labor humilde de tu hogar paterno !
Tu verdadero nombre el mundo ignora ;
yo mismo no lo sé, pobre poeta.
Pero piensa que ahora,
digna leccion á la arrogancia humana,
mas conocido ya por todo el mundo
es el nombre gentil de Fornarina,
que el de mas de una altiva soberana.
Siéntate á par de mí y atento inclina
á mi voz el oido y en secreto
oye cuanto te oculta en su modestia
el ser sublime, de tu amor objeto !

Él es un rey, mas no de esos que azote
 son del linaje humano. En la infinita
 region del alma hay un extenso reino,
 llamado la Pintura : en él habita
 una olímpica diosa, la Belleza;
 allí en perenne danza
 viven las Gracias, recreando airozas
 á la hermosa ideal Naturaleza;
 y la audaz Fantasía
 hace pomposo alarde
 de un enjambre de ideas y primores
 que tiñe y atavía
 con todos los colores
 y los destellos en que el Íris arde.
 Y él es allí potente;
 y es allí su poder irresistible :
 que á una voz la inmortal áurea corona
 el mundo demandó para su frente.
 El rije allí un aéreo y multiforme
 pueblo y mil héroes que vivieron ántes
 y seguirán viviendo. Es á ese imperio
 donde él te ha conducido, mas que reina,
 á ser en él inspiradora Musa;
 ya sí serás centella luminosa,
 ántes que vayas en ceniza fria
 ignorada á yacer bajo la losa.
 Mas él sobre ella verterá fulgente
 el mas vívido rayo de su gloria
 y hará que brote á su calor fecundo
 inmarcesible flor que haga en el mundo,
 como su nombre, eterna tu memoria.
 Los hombres poseerán sus creaciones,
 su espíritu el Olimpo :
 tú sola, solo tú, sobre la tierra,
 de corazon tan noble serás dueño
 y el tesoro de amor que en él se encierra.

Apresúrate, acude, pon tu empeño
 en colmarle de amor ! Vé cuán veloces
 las Parcas, apurando la partida,
 tuercen el frágil hilo de la vida !

Ámale y pon orgullo en no costarle
 una lágrima nunca ! Si á las veces,
 al reclinar la sien en tu regazo,
 á tus tiernas caricias
 y al amor que solicita le ofreces,

le encuentras abstraído, taciturno
 y el aparente fruto que recoges
 es helado desdeñ ú hondo silencio,
 guárdate de inquietarle, no le enojés !
 que pudieras romper inadvertida
 áureas urdimbres, que á estimar no alcanzas,
 y estrecha cuenta te pidiera el mundo
 de alguna maravilla así perdida.
 Tú sola en tal momento
 llenas su corazon, dudas destierra;
 mas del mullido asilo en que le halagas,
 al cielo arrebatado el pensamiento
 en las alas del arte,
 los impetuosos raptos, los delirios
 del amor sofrenado aquí en la tierra,
 vé tornarse, en las célicas alturas,
 luminosas y espléndidas figuras.
 Allí en la eterna, en la ideal belleza,
 como en divina fragua,
 refuerza tu belleza fugitiva;
 cobras lustre mayor, te transfiguras,
 y de su ingenio al poderoso vuelo
 y al toque de su mano,
 tu inefable sonrisa
 pasa á animar el rostro soberano
 de las sagradas vírgenes del cielo.

¡ Oh, cólmale de amor ! Vé cuán veloces
 las Parcas, apurando la partida,
 tuercen el frágil hilo de la vida !

No, no turbes sus éxtasis divinos;
 no hagas bajar su mente de los cielos;
 crear le deja : á su pensar preside
 diosa de gran poder; no es tuyo entónces,
 léjos está de tí : tambien el Arte
 se arrebató en pasion y ardientes celos.
 Pero no temas : ya vendrá la hora
 de los castos deliquios,
 cuando anime su espíritu impaciente
 esa forma invisible que le inquieta,
 y ser, color y voz y eterno aliento
 haya infundido su inmortal paleta
 de la sagrada mesa al gran portento.
 Cuando á tu seno torne, fatigado
 de las ardientes lides del ingenio,
 de tí no conocidas, y extenuado

aun de la lucha y batallar continuo
 en ese mar profundo, proceloso,
 á do se lanza á conquistar glorioso
 de la Belleza el áureo vellocino,
 haz que tu amor su recompensa sea,
 que de tus negras cejas en el arco
 iris de paz y de ventura vea
 y al aromado aliento
 de tu labio de rosa, transportado,
 alcance en el pomposo firmamento
 de su alta fantasía
 nuevos astros no vistos todavía!
 Sí, cólmale de amor! Vé cuán veloces
 las Parcas, apurando la partida,
 tuercen el frágil hilo de la vida!

Dueño de lo futuro,
 en el valle del mundo su camino
 medido está; y es corto.
 Pero el mortal infundirá á sus obras
 vida impercedera y ser divino.
 ¿Te alarma su sentencia? ¡Y es en vano!
 Á detener del tiempo el ágil rueda
 no alcanzará jamás tu breve mano.
 Mira cómo la barca de su vida
 en demanda navega
 del puerto santo y cómo, á los tres vientos
 del arte, del amor y de la gloria
 la vela henchida, se arrebatá ciega!
 ¡Ay! que sobre esa vela en breve plazo
 dibujará su lúgubre contorno
 una luctuosa faz y en torno de ella
 los céfiros de Italia
 moverán sentidísima querella.
 De las torres de Roma un son profundo
 en triste hora volará muy luego
 á ensordecer las sombras de la noche;
 y ese que fué tu amor y amor del mundo,
 marchita doblará la noble frente,
 lirio agostado del solano ardiente,
 apenas descogido el albo broche.
 Sobre los paños del funéreo manto
 místicas faces brillarán radiosas;
 en perenne vigilia
 le guardarán las Gracias; entre tanto
 la divina Cecilia

del órgano invisible dará al viento
 en notas de dolor un himno santo;
 y en la doliente funeraria vía
 se verá al Salvador transfigurado,
 de su ingenio blason, gloria suprema,
 como heráldico emblema,
 cual la mayor nobleza y la mas pura
 de la humana criatura.

¡Ay! pero á tí de aquella tembladora
 pupila que te busca vanamente,
 pobre mujer, te apartará en mal hora
 inexorable gente.

No le verás morir; y tu amargura
 el mundo acrecerá, sobre tu frente
 estampando, cruel, mácula impura.
 Dirán que fué tu amor el de la yedra,
 de verdes hojas y engañosos lazos,
 que soberanos árboles desmedra;
 y que fiero dogal fueron tus brazos;
 tu aliento arrobador, letal veneno;
 sepultura precoz, tu amante seno.
 Y « ¡fiera! (exclamarán) la que, adulada
 de la fortuna amiga,
 tuvo en suerte oprimir contra su pecho
 aquella frente nítida, morada
 de sacra luz que á reverencia obliga,
 y en vez del nimbo angélico, le ciñe
 corona vil de punzadora ortiga!
 Vuélvase contra ella
 itala muchedumbre
 y cuenta le demande
 de la extinguida estrella
 que ya no vierte lumbre! »

¿Qué sabe el mundo, oh bella Fornarina,
 de la doliente sombra funeraria
 que envolvió tu vivir; ni cómo, al triste
 destello de la tarde, solitaria
 y en jornada constante, en paso lento,
 opreso el corazón, el alma en luto,
 á la santa Rotonda caminabas
 y siempre en el mármóreo pavimento,
 de tu inmortal amor tierno tributo,
 una flor y una lágrima dejabas?
 ¿Qué supo nunca, á maldecir dispuesto
 de lo que ni comprende ni adivina,

del tierno y puro amor, del gozo honesto
y de la peregrina
beldad que á los ingenios desatina?
! Oh Fornarina hermosa ! inútil guerra
hace á tu nombre y fama odio importuno,
que ni es ménos ni es mas aquí en la tierra,
de lo que es ante Dios, ente ninguno.

Muéstrame una sonrisa desde el cielo,
si el afecto piadoso en que me enciende
tu noble corazón, donde se ceba
de la torpe calumnia el diente impío,
el canto humilde á modular me lleva
que al través de los tiempos hoy te envío!

AL GENERAL

ANTONIO GUZMAN BLANCO

VENCEDOR EN COCHE.

DONDE FIRMÓ EL TRATADO DE PAZ DE 1863.

Juntos tras la gloria un día
Nos lanzamos con transporte :
La libertad fué tu norte,
Mi norte la poesía.

Del camino á la mitad
Voy yo aun ¡ y de qué modo!
Tú lo acabaste del todo
¡ Y con qué comodidad!

Yo rimando á trochemoche
Un pié y otro, paso á paso
Voy con mis piés al Parnaso ;
Tú fuiste á la gloria en Coche.

C'EST LUI, C'EST LE RÊVEUR

AL GENERAL

RAMON DE LA PLAZA

EN EL MOMENTO DE OBSEQUIAR AL AUTOR CON UN HERMOSO
RETRATO DE VÍCTOR HUGO

¿ Un retrato? Y bien, leamos!
Ver un retrato es leer.
Muda imágen lo juzgamos,
Y es un libro en donde hallamos
El alma de cada ser.

Es remanso de cristal
En cuyo fondo argentino,
Á la lumbre matinal,
Brillan la perla, el coral,
Ó cruza un mónstruo marino.

¿ Qué estrella alumbró en la tierra
Al que anima ese papel?
¿ Qué arcano esa faz encierra?
Su mirar pasma y aterra...
¡ Es el pensador, es él!

Todo ser tiene en el mundo
Su fatiga, su tarea;
No hay afán, por infecundo,
Que no lleve á lo profundo
Una simiente, una idea.

Ave y pez y planta y bruto,
Todo al par un fin encierra;
Todo tiene su atributo;
Y á Dios dan un solo fruto
Aire y agua y cielo y tierra.

Sirviendo van á un fin solo,
Como los áureos triones
Que ciñe el ártico polo,
La oveja con sus vellones,
La abeja con su alveolo.

Mas á cumplir su destino
Toman por varios senderos;
Y aunque va á un fin el camino,
Lo profano y lo divino
Tienen distintos obreros :

Tocó el campo al labrador,
Al náuta la mar y el viento,
Apacentar al pastor
Y encender; al pensador,
La fragua del pensamiento.

De esa faz, de ese mirar,
Brotó una voz elocuente;
Se oye el pecho palpar;
Y se ven, como en el mar,
Horizontes en su frente.

En él el genio superno
Grabó su sello y su nombre;
Le dió por afán interno
Los misterios del Eterno
Y los destinos del hombre.

Eternidad vésc escrito
En su sien de pensador;
Su mirar dice *Infinito*;
Jehová su labio contrito
Y su corazón *Dolor*.

INSCRIPCION

PARA EL BUSTO DE CERVANTES

Á Miguel Cervantes copia
La efigie que ves presente :
Fué pasmo de estraña gente,
Regocijo de la propia.

Fortuna le hirió con saña,
Mas saña tan sin fortuna,
Que ántes fue esa saña, á una,
Su fortuna y la de España.

Fué tornar fausto lo adverso,
Grande lo humilde su sino ;

Su ingenio humilló al destino,
Dando á sus fallos reverso.

Falló contra su galera
Con doble estrago y espanto,
Y esa fué la que en Lepanto
Dejó al infiel sin bandera.

Para pena y por baldon
Á la Mancha le condena,
Y él hizo númen la pena
Y de la Mancha blason.

Aherrojóle en lo profundo
De un calabozo nocivo,
Y fué de allí que el cautivo
Salió á cautivar el mundo.

Ansia, implacable deseo
Le fué el eslinguir su nombre;
Y ya lo repite el hombre
Por tres centurias arreo.

Ya poeta, ya guerrero,
En ingenioso artificio
Dió muerte su pluma al vicio,
Dió vida al honor su acero;

Y entre donaire y hazaña
Inmortalizó en la historia
Con una mano su gloria
Y con ambas la de España.

LA SIEGA

Á DIOS

Tú eres el dueño, el mundo se tu plantío;
Tú eres quien siembra, el hombre estusimiente;
Lo que quieras, lo soy humildemente,
Florecido rosal ó espino umbrío.

Pódame á tu placer, o Señor mio,
Míname en mi raiz, troncha mi frente,

No me riegue la nube ni la fuente,
Dame por primavera el seco estío !

Mas cuando el campo la zizaña vea
De tu seguro caer al filo agudo
Y en haces ya para su fin postrero,

El día de tu siega, haz tú que sea
Un grano yo, siquiera el mas menudo,
Del trigo que se guarde en tu granero !

Á LLORAR

AL RIO.

- Niño, ¿á dónde vas?
— Al rio.
— ¿Y al rio, á qué?
— Á llorar.
— ¿Y á llorar por qué, ángel mio?
— ¡Fuera triste de contar!...
Á llorar
Al rio.
— ¿Dónde está tu bien?
— No existe.
— ¿No existe? ¿Murió?
— De amor.
— ¿De amor? ¡ ingrato le fuiste!
— ¡Ten piedad de mi dolor!
¡ Ya mi amor
No existe!

De este modo junto al rio,
Virgen de dulce mirar
Hablabá á un doncel sombrío
Que iba, la tarde al bajar,
Á llorar
Al rio.

- ¿La amaste tú?
— Con el alma.
— ¡Y heriste su corazon!...

- ¡Y ni aun hoy goza de calma!...
— ¡Quítame ¡ay! por compasion,
Corazon
Y alma!
— ¿Verla ansiáras?
— ¡Por el cielo!
— Cerca está de tí...
— ¿De mí?
— ¿No me ves?
— ¡Ay!...
— Adios. ¡Vuelo!
— Detente, ó muero sin tí!...
¡Ay de mí,
Oh cielo!

La vírgen se hundió en el rio,
Y él, en su amargo llorar,
Desde entónces mas sombrío
Le vé la tarde bajar
Á llorar
Al rio.

Á LA MUERTE

Dulce consoladora, hija del cielo,
¡ Con cuánto amor el pensamiento mio
Á tí dirige el fatigoso vuelo,
Del mundo y de la vida ya en hastío!

¡ Cuál me halaga pensar en cuándo vengas,
De tus galas angélicas vestida,
Y en tus brazos recibas y sostengas
Esta frente llorosa y abatida!

Tú me debes piedad y amor prolijo :
Si eres madre del huérfano errabundo,
Madre del infeliz, yo soy tu hijo ;
Mas triste corazon no lo vió el mundo.

Yo no temo de tí, ¡oh ángel clemente!
¿Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,
Á la vírgen, al párvulo inocente
Á quien arrancas del materno seno?

Ciego pavor, terrena resistencia
De la tenaz raiz, que asida al suelo
No quiere fenecer; pero la esencia
De la trémula flor aspira al cielo.

Vén, abrígame ya bajo tu manto :
El mundano temor á mí no alcanza;
En tí acaba el dolor, se extingue el llanto ;
Tu verdadero nombre es la Esperanza.

Y en tí solo esperar mi ánima sabe,
Porque en tu mano, arcángel favorito,
Puso Jehová la misteriosa llave
Del alcázar azul de lo infinito.

Tú me libertarás de tantos males
Como me asedian en funesta copia,
Del vicio y la maldad de los mortales,
De su insana miseria y de la propia.

De este rebelde polvo impenitente
Quebrantarás las ansias y pasiones ;
Y á su instinto mi espíritu obediente
Ya no hallará ni acechos ni prisiones.

¿Qué me importa su fin? ¿Ni hay fin, acaso,
Á las obras de Dios? Ese tembloroso
Desteñido celaje del ocaso
Es en otro hemisferio oriente hermoso.

Yo seré la verdura de las eras,
Yo el nido abrigaré del pajarillo,
Viviré con el lirio en las praderas,
Daré sombra y sustento al cervatillo;

Y, flor del valle ó junco de los lagos,
Prestarán regocijo al polvo mio
De las aguas y brisas los halagos
Y servir á la tierra de atavio.

Eso darás á mi mortal despojo,
¡ Oh regeneradora de la vida !
Y fin á mis tristezas y mi enojo,
Y á mi alma la patria apetecida.

Y me darás tambien, en tí confío,
Del tan llorado padre, estrechamente,
El amoroso pecho unir al mio
Y darle paz en la serena frente.

¡ Ay! ¿qué será cuando á mis brazos vueles,
Muerta luz de mi hogar, muerta alegría,
Lirio arrancado en flor de mis verjeles,
Ser de mi ser, amor del alma mia?

¡ Ay! cómo están desiertos mis balcones !
¿ Á qué se abre la flor y exhala aromas,
Si el organillo errante alza sus sonos
Y tú ni te sonríes ni te asomas?

Hijo, tus manecillas como armiño
Ya no buscan mi rostro, ni me inunda
De celeste delicia tu cariño....
¿ Qué soledad es esta tan profunda?

¡ Oh Muerte ! por piedad, pues ya no hay llanto
En este corazon y no me mata
Esta intensa agonía, abre tu manto
Y á los cielos mi espíritu arrebatá!

ARÍSTIDES CALCAÑO

Arístides Calcaño nació en 1828. Recibió su educación literaria y filosófica en Carácas y por una grave enfermedad contraída en sus estudios de Medicina hubo de interrumpirlos.

Á los 19 años de edad escribió su primer poema filosófico-fantástico en cinco cantos, intitulado FABIAN. Se dedicó posteriormente á escribir leyendas de extenso argumento, de las cuales ha publicado hasta hoy la PROMETIDA DE DIOS, la REINA DE LAS HADAS, el ANILLO NUPCIAL y las AVENTURAS DE DON PEDRO DE RÓJAS, conservando inéditas las demas.

Ha sido fundador de todas las sociedades literarias que han existido en Carácas y colaborador de casi todos los periódicos, cuyos empresarios han solicitado con encarecimiento los escritos de Calcaño para engalanar sus columnas.

De todos los jóvenes que se han dedicado á la literatura, Arístides Calcaño es quien ha producido mayor número de obras, y si estas se coleccionasen formarian cuatro volúmenes en 4º de mas de 400 páginas cada uno.

NOCHE DE LUNA

Á ELENA

Ya la luna creciente
Que viene á visitar nuestro horizonte,
Tímida alza la frente
Sobre la enhiesta cúspide del monte
Y en el seno argentino
Se mira del arroyo cristalino.

Los velos de tristeza
Que se vistió la noche á su partida
Rasga ya y se adereza,
Reina de estrellas fúlgidas ceñida,
Por recibir sin duelos
La preciosa viajera de los cielos.

Ya no se envuelve en sombra
La senda, el rio, el bosque, la colina;
Del césped en la alfombra
Ya el noctívago insecto no ilumina,
Ni en sólita faena
Teme el pastor hallar un alma en pena.

Ya con la sombra oscura
Huyó el silencio de medrosos ruidos;
No aulla con pavura
El can, ni en la dehesa hai ya balidos,
Y á la luz placentera
De la luna se alegra la pradera.

Ya en el umbral campestre
 Vuelve á sentarse el corro de la aldea,
 Y al tamboril silvestre
 Que los rústicos ámbitos recrea,
 Une su voz canora
 Danzando alegremente la pastora.

Allá, tras el aprisco
 Suena ya del zagal la cantinela,
 Que en levantado risco,
 Miéntas el sueño á las ovejas vela,
 Al prado y á las flores
 Refiere en triste canto sus amores.

Tomada ya del brazo
 La que el amor unió tierna pareja
 Con envidiable lazo,
 En deliciosa plática se aleja
 Por solitaria via
 De la ruidosa turba y su alegría

Frescos, gratos aromas
 Traen consigo las nocturnas brisas
 Y de valles y lomas
 Voces, rumor de danzas, cantos, risas,
 Que á la luna que llega
 Goza el hombre su bien, su mal sosiega.

¡Oh Elena! mas ¿qué digo?
 ¡Mentirosa ilusion! ¿por qué me engañas?
 Yo estoi solo conmigo:
 Del valle al río, al bosque, á las cabañas
 Llevando en la memoria
 Voi de su ingénuo amor la bella historia.

¡Oh Elena, oh amor mio!
 ¿Nada dice á tu alma en este instante
 De tierno desvarío
 Con la voz del recuerdo el pecho amante?
 ¿Pasó vida tan bella
 Sin dejar en tu espíritu una huella?

Hé aquí la errante luna
 Que tantas veces alumbró del cielo
 Tu amor y mi fortuna;
 La que aguardámos con ardiente anhelo
 Para darle cumplido
 Al fuego en nuestros pechos escondido.

Esta, esta es la hora
 En que, otro tiempo, cuando amor queria,
 Á su luz protectora
 Dejar tu hogar unidos nos veia,
 Buscando á paso lento
 La amenidad del campo y su aislamiento.

Esa rústica escena
 Con su ruido, su danza y su remota
 Sentida cantilena
 Que el aura á trechos trae, vaga y rota,
 Daba á nuestra ternura
 Toda su candidez y su dulzura.

Bajo el fresco ramaje
 Tu blanca mano, trémula en la mia,
 Con secreto lenguaje
 Misterios de tu pecho le decia
 Y en un suspiro opreso
 Un corazon al otro su embeleso.

El rubor de tu frente
 Acusaba á las veces la impaciencia
 Con que mi amor ardiente
 Abrasaba en su fuego tu existencia;
 Pero en tus puros labios
 Me dabas el perdon de mis agravios.

Presos en lazo estrecho,
 Del tiempo á mantenerlos en seguro
 Soñaba nuestro pecho
 El pasado, el presente y el futuro,
 Mirando nuestra vida
 Como una eternidad nunca medida....

¡Ilusion!.... ¡dulce encanto!
 ¿Qué malévolo genio de improviso
 Con acento de espanto
 Las puertas nos cerró del paraíso
 Y en la tiniebla, errantes
 Nos impelió á marchar siempre distantes?

Hoi, ya, si por ventura
 Logro estrechar tus manos un momento,
 No tiemblan de ternura;
 Suspiras, pero ¡ai! sin sentimiento,
 Cual laud destemplado
 Que el canto de los cielos ha olvidado!

Tu pecho ya no agita
 La inquietud amorosa que antecoge
 La hora de la cita
 Y el lejano rumor leve recoge
 Que al cuidadoso oído
 Miente el rumor de un paso conocido.

Ya no dicen tus ojos,
 Del refrenado amor, en su tristeza,
 Los secretos antojos
 Que daban luz divina á su belleza;
 Tu corazón al mío
 No le habla ya con tierno desvarío.....

Y esta, esta es la hora
 En que, otro tiempo, cuando amor quería,
 Á su luz protectora
 Dejar tu hogar la luna nos veía,
 Buscando á paso lento
 La amenidad del campo y su aislamiento.

Vine, ¡tu no has venido!.....
 Mi solitario paso no acompañas;
 Y errante, entristecido,
 Del valle al río, al bosque, á las cabañas,
 Llevando en la memoria
 Voi de tu ingénuo amor la bella historia.

Y al ver desvanecida
 Tanta grata ilusión, tanta ternura
 Que daban á mi vida
 Horas de tanto amor, tanta ventura,
 Me digo acongojado:
 ¡Mi pobre corazón las ha soñado!

LUZ Y TINIEBLAS

Lanzado de los cielos á la tierra
 Satan batalla aun con el Eterno:
 Suyas son las tinieblas y la guerra,
 Y en donde pone el pié, ruge el infierno!
 Mas el ángel de luz su audacia aterra,
 Opone á su impiedad un amor tierno,
 Y aunque en la lucha el mundo bambolea,
 Cuando Satan destruye, el ángel crea.

¿Un relámpago veis? ¿Oís un trueno?
 Es el cañon! — cadáveres, gemidos,
 Ruina, desolacion, un campo lleno
 De palpitantes miembros esparcidos.....
 Por allí va Satan!.... Cruza sereno,
 Orlado de laureles florecidos:
 Triunfó!.... mas triunfo atroz, fatal proeza
 Que la virtud no acepta sin tristeza.

¿Oís una celeste melodía
 Que hace extasiar de gozo las naciones
 Y alzar, al resplandor de un claro día,
 Capitolios, basílicas, panteones?
 El ángel viene allí!... su mano pia
 Trae la antorcha de santas bendiciones
 Que, como un sol de eternas claridades,
 De siglo en siglo alumbra las edades.

Es hijo de Satan el pueblo fiero
 Que en cruentas hazañas se recrea;
 Su carroza triunfal siempre el guerrero
 Entre espirantes víctimas pasea!
 Su imágen guarda el tiempo, mas severo
 Tras un cendal siniestro que lo afea;
 Y su gloria los ojos de repente
 Hierde, como una chispa escandecente.

Hijo del Ángel es el pueblo sano
 Que inciensa á la virtud en sus altares;
 Que mira al extranjero como hermano,
 Las artes como excelsos luminares;
 Que del saber eterno el hoado arcano
 Rastrea por la tierra y por los mares
 Y honra siempre, con noble reverencia,
 Despues de Dios, la humana inteligencia.

Oh Grecia! oh Italia! con amor profundo
 Conmueve el corazón vuestra memoria!
 Mas grande ante este siglo lidiabundo
 Por adorar las artes y la gloria,
 Que por llevar la libertad del mundo,
 Atada al carro audaz de la victoria!
 Cuan Homero y Praxíteles parecen,
 Césares y Alejandro desaparecen.

Buscad en los egregios monumentos
 De los pueblos antiguos la grandeza:

El artista, ese Númen, con portentos,
Triunfos, amor, virtudes, fe, pureza,
Que ilustran su centuria, los cimientos
Amasa de un trofeo y, en su alteza,
Con sello, como Dios, de eterna vida
Su historia al porvenir deja esculpida.

Allí está el Partenon en las desiertas
Colinas de Cecrops; de regias villas
Babilonia y Palmira en rocas yertas
Muestran al hombre aun las maravillas;
Y Tébas, la ciudad de las cien puertas
Que del sagrado Nilo en las orillas
Sus despojos espléndidos levanta,
La mente asombra, el corazón encanta.

¿No veis ese edificio giganteo
Que en el área de un pueblo estrecho viene?
¿Sabéis lo que es? — ese es el Coloseo!
Y ¿veis esa Basílica que tiene
La frente en donde el alma su desee?
Es san Pedro! el emperio la sostiene;
Es Roma que no cabe en las historias,
Osario inmenso de inmortales glorias!

Por allí pasó el Ángel; son sus huellas!
Tras él llegó Satan; mas su ira ardiente
En vano, por borrarlas, sopló en ellas;
Que aun, desde su cúspide eminente
Que parece que toca á las estrellas,
Claman de siglo en siglo y gente en gente
Que la ciencia del hombre da á su hechura,
Como Dios, una vida que perdura!.....

Tú, que del mar Caribe en el ribazo,
Amazona gentil, tu prole anidas;
Tú, que del Orinoco al Chimborazo
Destrozando cadenas mohecidas
Al mundo, por la fuerza de tu brazo,
Diste cinco Naciones redimidas;
Tú, la amada del sol y de la gloria,
¿Qué has hecho de los timbres de tu historia?

Satan ha estado aquí!... Mustias praderas,
Odio, ambición, rencor, sangre, penuria
Atestiguan su paso; y por lumbreras
Que tu renombre amparen de la injuria

En la noche de edades venideras,
Ni un monumento ha alzado nuestra incuria!
Nave que en su derrota no vé un astro
Y, si la sorbe el mar, no deja rastro!

Invoquemos al Ángel: los fulgores
De sus divinas alas vivifican;
Ellos al campo dan fecundas flores;
Virtudes á las manos que edifican;
Al mar bajeles, al pincel primores;
Toda esperanza noble beatifican
Y prestan entusiasmo y ardimiento
Para escalar el cielo al pensamiento.

Las artes nada mas dan honra y gloria
En los días del tiempo á las naciones.
Son ellas que graban de su historia,
Con un cincel eterno, las acciones
Que hallan eco del mundo en la memoria.
Con poemas, estatuas, pantones
Miguel Ángel, Praxíteles y Homero
Hablan desde su tumba al mundo entero.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

DE JOSEPH H. BUTLER

Hojas de otoño que caéis ligeras,
Cuando la brisa del invierno os toca;
Pálidas hojas que cubris las eras,
Imágenes severas
Vuestra pronta caída en mi alma evoca.

¡Tristes emblemas de la humana vida!
Hoi que os contempla mustias la mirada,
Juzga que vé en vosotras fallecida
La esperanza querida
Que iluminó un instante su alborada.

Mira el amor que, en ala fulgorosa,
Brindó á sus labios el fragante vaso,
Y la amistad, tan falsa como hermosa,
Que tendió cautelosa
Halagadoras redes á su paso.

Así del infortunio el soplo yerto
Tuesta y arranca en flor sus alegrías :
Su gloriosa esperanza, mira, ha muerto!

Y huyó con vuelo cierto
La risueña amistad de antiguos días.

Del amor, que era orgullo á su ternura,
Queda — el espectro de la edad dichosa!
El tiempo, que aja audaz la flor mas pura,

Deshoja con presura
En los verjeles del placer la rosa.

Cuanta esperanza brilla en la existencia
Huye, como la sombra de un ensueño;
Los lazos que con tierna complacencia

Forma nuestra inocencia
Los rompe el mal ó el hado con empeño.

Mas, hijo del dolor, hombre, no llores!
Espera aun con alma decidida
Un alba de mas vívidos fulgores;

Prosigue sin temores
La borrascosa senda de la vida!

Ni te aqueje la dicha pasajera!
Deja que sople el cierzo gemebundo;
Deja que brame la borrasca fiera;

Espera aun, espera!
Mas allá de la tumba hai otro mundo!

LAS PALOMAS

DE T. GAUTIER

Allá abajo en la colina
Que los sepuleros esmaltan,
Su cima, como un penacho,
Bella palmera levanta;
Y en la tarde las palomas,
Desde remota distancia,
Llegan á posar el vuelo
Y á abrigarse entre sus ramas.

Mas con la aurora una á una
De su follage se escapan :
Como un rosario de perlas

Que de pronto se desata,
Por el aire azul se esparcen,
Y se las vé, todas blancas,
Ir á detener el vuelo
En las techumbres lejanas.

Mi alma es el árbol sombrío
Á donde en la tarde baja,
Desde lo alto del cielo,
Tropel de visiones cándidas;
Mas, volubles como ellas,
Batiendo las leves alas
Huyen en rápido vuelo
Al primer rayo del alba.

LA NAVE ERRANTE

SONETO

Era mi corazon ántes de verte
Nave que cruza errante el mar desierto;
Fúlgida estrella que presagia el puerto
Fuiste, cuando te vió, para su suerte.

Allá va entre las sombras de la muerte
Entregado al querer de un hado incierto;
Borrascoso es el mar, el viento yerto;
¡ Feliz él, si prosigue sin perderte!

Nave, él navega; estrella, tú fulguras;
Tú estás fija; ella sigue vacilante;
El mar la bate; salvacion auguras;

La amedrenta el temor; te implora amante.
Ah! dale sin cesar tus luces puras!
Tuya es la suerte de la nave errante!

LA GOLONDRINA

Hé aquí la amable viajera,
La Golondrina leal,
Que vuelve al prado natal
Cantando la primavera.

Tierna amiga de las flores
Que huyes del valle materno
Al primer soplo de invierno
Que marchita sus colores.

Del cielo el último aliño,
La última luz que lo adorna,
Jamás tu instinto trastorna,
Nunca engaña tu cariño.

Y atravesando los mares
Vas con peregrino vuelo
Á buscar más puro cielo
Y otro valle, otros palmares.

¡ Pobres flores que, cautivas
De su tallo en la clausura,
No pueden ganar la altura
Tras tus alas fugitivas!

Y entendiendo en la presteza
Con que abandonas el prado,
Que viene el invierno helado,
Te ven partir con tristeza.

Partes! pero á tus amores
Vuelves fiel, con la esperanza
De otros días de bonanza,
Tibia luz, auras mejores.

Cuando el cierzo de la tarde,
Que como voz de congojas
Gime en las ramas sin hojas,
Sus frescos pétalos arde;

Cuando en la campiña, inerte
Doblan la corola mustia
Y ya en la postrera angustia
Van á entregarse á la muerte,

Tornando entonces halagüeña
Les dices con blando pío
Que en pos del invierno umbrío
Viene la estación risueña.

Y á tu canto de ternura,
Á tu plácida alegría,
Sacuden la escarcha fría,
Reviven á la ventura.

Más ¿quién, dime, te aconseja,
Precursora de consuelo,
Parar tu amoroso vuelo
De mi ventana en la reja?

¿ Te dió también el Señor
El instinto de saber
En dónde ha muerto el placer,
En dónde habita el dolor?

¿ El llanto enjugas que brota
En el silencio del alma,
Que en el corazón sin calma
Cayendo va gota á gota?

¿ En su noche de dolores
Puedes serle mensajera
De una alegre primavera,
Como á las candidas flores?

Ellas al primer arrullo
De la graciosa estación
Van á romper su prisión,
Van á entrecabrir su capullo.

Brotarán con gallardía
Ostentando al primer lampo
Sus primores, dando al campo
Matiz, perfume, alegría.

Para ellas hai primavera!
La luz, el soplo del aura
Las revive, las restaura,
Les vuelve su vida entera.

Más ¡ai! di, ¿cuándo acontece
Que el soplo de la esperanza
Venga á presagiar bonanza
Al corazón que padece?

¿ Cuándo el alba del amor
Romperá la noche fría
En donde el alma sombría
Batalla con el dolor?

No! tus ojos de inocencia,
La ternura de tu acento
No pueden darle contento,
Y es inútil tu clemencia.

Retorna á la selva inculta,
Oh amorosa mensajera,
Y anuncia el bien que la espera
Á la pobre flor oculta!

Canta el amor y la vida
Al árbol que su capullo
Brotará al primer arrullo
Del aura reciénvenida;

Y en tu piadosa fortuna,
En tu ingénua confianza,
No, no le hables de esperanza
Al que no aguarda ninguna!

FANTASÍA

Ver horizontes serenos,
Cielos de limpios albores,
Praderas ricas en flores
Y bosquecillos amenos;

Soñar con tropas de ninfas
Que agrupándose á las fuentes
Entre juegos inocentes
Se zabullen en las linfas;

Idear lagos mui bellos
Donde con canto suave
Se desliza errante nave
De la luna á los destellos;

É imágenes adorables
Que la fe tan solo alcanza;
La irrealizable esperanza,
Los deseos inhallables;

Y siempre y en todo instante
La faz de jóven hermosa
Que se inclina ruborosa
Sobre el pecho de su amante;

Y ageno de desengaños
Mirar siempre lo futuro
Al traves de un cristal puro:
Eso es tener veinte años!

LA LIBERTAD DEL VIEJO MUNDO

—
ODA Á ESPAÑA (1)

¿Es esta la que un día,
Reína de Iberia, esposa del Danubio,
De América Señora,
Su enseña triunfadora,
Símbolo del valor y la hidalguía,
Puso á tan noble alteza
Que en respeto profundo
Universal aplauso recibia,
Logrando en su altiveza
Que del poder latino la grandeza
Iluminase, como el sol, el mundo?

Caida de la frente la corona;
Mal prendido en el dorso el régio manto;
La veste desceñida;
Quebrado el cetro que llenó de espanto,
Como al polo sajón, la índica zona:
Tal, mísera matrona,
Sola en tu pesadumbre,
Como sola otro tiempo en la alta cumbre,
Entre las sombras del presente adverso
Te mira conturbado el Universo.

Pero aun, á la luz con que tu gloria
Destella en el ocaso,
Los encantados ojos vuelve ansioso
Á los ínclitos campos de tu historia;
Enumera tus épicas conquistas
Por naciones é imperios
Sojuzgados en nuevos hemisferios;
Admira la belleza,
El esplendor augusto
Del trono y majestad de los altares
Sustentados con férvida entereza
Por el valor adusto
De falanjes de héroes no contados;
Y sondando el abismo que separa

(1) Escrita para el Certámen promovido por la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras para solemnizar el natalicio del Libertador.

Tu gloria y tu bajeza,
 Prorumpes en grave duelo :
 ¿« Por qué, por qué caíste,
 Reina desventurada,
 Tú que la mar como escabel tuviste,
 Como dosel la bóveda estrellada,
 Y dueño de dos mundos te dijiste? »

Es fama en tus hogares
 Que, jóven todavía,
 Cabe el peñon gigante que atalaya
 Los dos preciados mares
 Que rinden á tus piés amplios tributos,
 Á la postrera claridad del día
 Escuchabas atónita en la playa
 El ruido y los clamores
 Con que el espacio inmenso ensordecía,
 Al bárbaro furor que la desploma,
 La grande, invicta, poderosa Roma.

De improvisó á lo léjos
 Aparecer miraste dos deidades
 Que del vívido incendio á los reflejos
 Huían pesarosas
 El asolado hogar de las ciudades.
 Ambas de bello porte
 Y en su errante camino precedidas
 Por palaciega corte,
 Á tí se encaminaban con segura
 Planta sobre las ondas procelosas,
 Llevando entre las manos
 Del cesáreo tesoro
 La diadema imperial y cetro de oro.

Humillado á tus piés habló el heraldo :
 « Reina, Roma cayó, y á tí venimos
 De su espantable asolacion huyendo,
 Por voluntad del Hado
 Que va las horas del vivir rijiendo.
 Grabado en las entrañas palpitantes
 De víctima expiatoria,
 El Arúspice, trémulo de asombro,
 Leyó el fallo terrible en que el Destino
 Marca un término infausto
 Al poderoso reino de Quirino.
 En la hora postrera
 Á sus míseros hijos lo ha mostrado;

Y rasgando los velos celestiales
 Que ocultan al saber de los mortales
 Su insondable misterio, te señala,
 En edad venidera,
 De su poder y glorias heredera.

« Mas oye, ¡oh reina! El mundo,
 Detenido un instante en su carrera
 Por el rayo iracundo
 Que derribó las águilas de Roma,
 Fijando un linde eterno en su camino,
 Á numerar principia nueva era
 Que en el Oriente asoma,
 Ofreciendo á los pueblos y á los reyes
 En dos diversas vías,
 Por la paz ó la guerra,
 Bajo la santa éjida de las leyes
 Ó el cetro de soberbias tiranías,
 El codiciado imperio de la tierra.

« Escoje á tu placer : las dos deidades
 Que en tu presencia miras, son los genios
 Que á futuras edades
 Dispensarán sus régias claridades.

« Esta, en la altiva frente
 Calado el yelmo de templado acero ;
 La escamosa loriga refulgente
 Ceñida al pecho varonil ; enhiesta
 La ponderosa lanza ;
 Embrazado el escudo ; al cinto presta
 Con noble alarde la tajante espada
 Y calzado el coturno ;
 Como la diosa Pálas, de celeste
 Gracia y encanto bélico adornada,
 Someterá la tierra á tu albedrío.
 Temida, mas no amada
 Serás ; obedecida, no acatada ;
 Y el trono de tu rígida fiereza,
 Con esplendor severo,
 Tendrá por régio asiento en su grandeza
 La humillada cerviz de un pueblo entero.

« Aquella, en triste noche aparecida
 Sobre la oscura cima del Calvario,
 Hija amada del cielo se apellida.
 Armada con la cruz del Nazareno ;

Llevando por égida
 Un libro ignoto de misterios lleno,
 Vaticina á los hijos de los hombres,
 Con paz y bien terreno,
 La inefable clemencia que en la altura
 Una vida inmortal les asegura.
 Y su cruz, ese místico amuleto
 De fuerza incontrastable,
 En el excelso nombre
 Del Cristo redentor grabado lleva
 De su poder beatífico el secreto :
 Adoracion á Dios, amor al hombre,
 Culto á la ciencia y á la lei respeto.

« Mira, la siguen ya las multitudes
 Al resplandor de la radiosa estrella
 Que orna su frente pudorosa ; y ella
 Con fraternal amor sus manos ata,
 Como en lazo de célicas virtudes,
 Que la injuria, el oprobio, la injusticia,
 Ni de la muerte misma el poderío,
 La prodijiosa intimidad desata.

« Ellas van á partirse en lo futuro
 El dominio del mundo : desde ahora,
 Justando por el triunfo en árdua lucha,
 De su lábaro en pos, libres ó esclavos
 Conducirán los pueblos ; pero escucha :
 Para dicha del tiempo venidero,
 ¡ Oh reina ! solo una
 Aclamada será por las naciones
 Señora universal ; y su fortuna,
 Sol imperecedero,
 Alumbrará, con gloria soberana,
 De celeste virtud la raza humana.

« Tal es el fallo del Destino ; advierte
 Que vas ¡ oh reina ! á decidir tu suerte ! »

No dijo mas ; y tú... ¡ mísera España !
 Tú elejiste el furor, horrenda saña,
 El belijero estruendo,
 El estrago y fragor del duro Marte.
 Batallaste, venciste ; tu heroismo
 Halló un eco en los polos de la tierra.
 Mas de lóbrego abismo,
 Socavado por mano misteriosa

Al rededor del trono, de repente,
 Á demandar justicia, pavorosa
 Clamó la voz doliente
 De pueblos aherrojados
 Bajo yugo de torvo despotismo
 Y en sus propios hogares estrañados.

Con temeroso velo
 Cubrió tu bello sol noche sombría ;
 Al canto de victoria y de alegría
 Llantos, voces de duelo
 Sucdieron y escándalo y fiereza.
 Desmayaron tus brazos ;
 Destrozada, en pedazos
 La corona cayó de tu cabeza,
 El desgarrado manto de tus hombros,
 De tus manos el cetro ; y por los aires
 Gimió un acento lamentoso y triste :
 « Una virtud faltaba á tu grandeza,
 Una, la Libertad ! y sucumbiste ! »

¡ ¡ La Libertad !! De espíritus mas grandes
 Buscando el culto y fe de insigne ejemplo,
 Para asiento eligió de su almo templo
 La fulgorosa cumbre de los Andes.

¡ Oh santa Libertad, hija del cielo,
 Adoracion del hombre, alma del mundo,
 Á tu aliento fecundo
 Brota feraz en el indiano suelo
 El gérmen del saber, astro de gloria,
 Émulo de la luz que en las tinieblas
 De horizontes sin límites fulgura
 Y el campo alumbraba de la edad futura.

Tuya es la inspiracion ! Tú al pensamiento
 Prestas las ráudas alas
 Con que sube atrevido al firmamento
 Y entre mundos sin cuento
 Cruzando á su placer, rei absoluto,
 Los numera, los nombra y pesa y mide,
 Los sigue en su carrera
 Y el secreto sorprende que en la esfera
 Á la armonía universal preside.

Baja al seno profundo de los mares ;
 Sus lóbregos abismos señorea ;

Vuela sobre su líquido elemento ;
 Nuevas sendas le labra ;
 Enfrena el rayo ; presta á la palabra
 Los ímpetus del viento ;
 Y abrazando en conjunto
 El anhelo inmortal de su albedrío,
 Reduce con excelso poderío
 La distancia y el tiempo á un solo punto.

Salve ! Oh sublime libertad ! Mas ¿ oyes ?
 ¿ Oyes el ronco estruendo
 Que al despuntar el día
 De improviso la atmósfera rompiendo
 Hace temblar la tierra
 Y con pronta osadía
 De onda en onda llevado se dilata,
 Como un grito de guerra,
 Y el mar bañado en plata
 Y el llano, la montaña, el aire vago
 Llena con su estampido y en su vuelo
 Halla un eco en la tierra, el mar, el cielo ?

¿ Oyes ? es el cañon ! Un mundo entero
 Á su eléctrico acento se levanta
 Y en ademan guerrero
 Himnos de gloria ¡ oh Libertad ! te canta.

Este es el fausto día,
 Sagrado natalicio de aquel héroe
 Sabio, prudente, de valor fecundo,
 Invencible Bolívar,
 Fundador de naciones,
 El que llevó triunfantes sus lejiones
 Desde el mar de Colón al de Balboa ;
 El vencedor del vencedor del mundo.

Los dones de tu mano
 Con generoso corazón proclama
 El pueblo americano
 Y, ardiendo de tu amor en viva llama,
 Para el linaje humano
 Tu divino favor y amparo clama.

¿ Oh Númen celestial en cuyo pecho
 No cabe eterna saña,
 Con mirada propicia
 Vuelve los ojos á la madre España

Que al fin tu nombre acongojada invoca !
 Dale ser la primera
 Que inciense tus altares
 En ese viejo mundo,
 Job de sesenta siglos que ulcerado
 Con lepra de espantoso absolutismo
 Se revuelve gimiendo en el abismo !

Hé allí á Francia ! terrible Prometeo
 Por el moderno Júpiter sujeta
 Al monte de satánicas torturas
 En premio á sus hazañas ;
 Una centuria de valor completa
 Luchando por romper sus ligaduras,
 Mientras los negros buitres del deseo
 Roen desapiadados sus entrañas.

Á Polonia infelice, nuevo Cristo
 Cuyo preciado manto se partieron
 Como botín de guerra los tiranos
 Que su virtud y su lealtad temieron ;
 Desgarrada y sangrienta,
 Enclavada á la cruz de su martirio,
 Triste las horas de la vida cuenta,
 Mirando renovarse en cada día
 La inagotable hiel de su agonía.

Rusia, la osada loba del desierto
 Que sufoca su prole entre las garras
 Para aplacar la sed de poderío
 Y desde el polo yerto
 Al fértil Mediodía
 Vuelve irritada los avaros ojos
 Y sueña que devora sus despojos.

La impúdica Turquía,
 Meretriz coronada en el serrallo
 Por la gracia del vicio y la herejía,
 Que lleva en una mano
 El dogal homicida y en la otra
 El vil turbante del profeta insano :
 Burla y afrenta del honor cristiano !

Y Roma, en otro tiempo la señora
 Del mundo conocido,
 Emporio de las ciencias y las artes,
 Desposeída ahora,

Gime apresada en los inícuos brazos
Del fanatismo artero
Que, de terrena pompa envanecido,
El humilde Cordero
En sañoso leon ha convertido.

Oye : por el ocaso, por la aurora,
Por el norte y el sur, por donde quiera
En ese viejo mundo,
Surje una voz de angustia lastimera
Que, oh santa Libertad! sálvame! implora.
Cada fulgor que el horizonte inflama
Nueva esperanza al corazon imprime;
Tu redentora luz gozoso aclama;

Y en árduo afan, por fementida llama
Engañado sin tregua, duda y gime!

Brota en los cielos ya! rompe la noche
De horrenda servidumbre
Que en sombras lo rodea;
Deidad de eterna lumbre,
El orbe ufano aparecer te vea
Entre aplausos y cantos de victoria,
Llevando las enseñas de tu gloria :
Fraternidad, justicia, paz, ventura,
Bajo el dosel de sacrosantas leyes
Y de rodillas á tus piés los reyes !

LUIS C. CALCAÑO

Luis Camilo Calcaño nació el 22 de Mayo de 1829. Estudió humanidades, filosofía y matemáticas en uno de los principales colegios de Carácas y Jurisprudencia en la Universidad Central, que le acordó el grado de Doctor.

Dedicado primero al ejercicio de su profesion de abogado y luego á la administracion de las propiedades rurales de su familia, nunca abandonó el estudio y empleaba sus ocios en la literatura. Una fiebre maligna puso término á sus dias el 14 de Julio de 1859.

Hablaba ingles, frances, aleman é italiano con perfeccion conocia, bien el latin, y el portugues y el griego no le eran extraños. Entregado, sin embargo, á empresas serias y de grande aliento, se impuso el deber de ocultar sus trabajos literarios, que apenas fueron conocidos de sus mas íntimos amigos. Dejó escrita una leyenda en verso, las HIJAS DEL SULTAN, una excelente traduccion en verso castellano de la FRANCISCA DE RÍMINI y varias poesías sueltas, de las cuales tenemos ahora el placer de insertar algunas.

RECUERDO

—
Á GRAZIELLA

I

Hay un recuerdo que calma
De mis horas la ansiedad ;
Oculto vive en mi alma
Como solitaria palma
De un desierto en la mitad.

Es la memoria encantada,
Oh Graziela, de tu amor ;
Es tu imágen adorada,
De tanta dicha pasada
Despojo consolador.

Recuerdas? Un tiempo era,
Digno presente de un Dios,

Cruzábamos la pradera
Como la fuente lijera :
Éramos niños los dos.

Qué hermosas nuestras mañanas !
Qué radiantes nuestros dias !
Aun las noches mas sombrías
En nuestras almas tempranas
Derramaban alegrías.

Oh Graziela, tantas horas
De inocencia ¿ á dónde fueron ?
Nuestras dichas ¿ qué se hicieron ?
Para dejarnos traidoras
¿ Por qué á encontrarnos vinieron ?

¡Ai! los años corredores
Nos sorprendieron odiosos
Y separaron traidores
De mis penas tus dolores,
De tus placeres mis gozos.

Y hoy!... tan solo las memorias
Quedan de tantas venturas;
Y recuerdo como glorias
De mis pueriles locuras
Las dulcísimas historias.

Aun pienso verte dichosa,
Cuando vagando entre flores,
Cual dorada mariposa,
La mas galana en colores,
Me brindabas candorosa;

Cuando pasaba contigo
Las gratas fugaces horas
Sin importuno testigo,
Hallando en la mente abrigo
Locuras encantadoras;

Cuando en delicioso juego
Tus manos me presentabas
Y burlando mi ardor ciego
Rápida las apartabas,
Para ofrecermelas luego;

Y eran los esfuerzos vanos
Con que burlarme quisieras;
Que siempre vencida eras,
Siempre quedaban tus manos
En mis manos prisioneras.

¡ Cuando eran nuestros antojos
El mirarnos á porfía
Y en tus ojos me veía
Y era la luz de tus ojos
El luminar de mi día!

Cuando siguiendo tu huella,
Como bienhechora estrella,
Me la ocultabas cruel
Y para volverme á ella
Mi corazón era fiel.

No hay voz en humano idioma
Que exprese la dicha mía,
Cuando contigo solía

Trepar por la verde loma
Con inocente alegría

Y de alegres mariposas,
Que pasaban junto á tí,
Tras las alas vagarosas
Que te agradaban dichosas
Hasta alcanzarlas corrí.

Pobre niño! en loco anhelo
Sin saberlo te adoraba,
Incesante te buscaba
Y era tu imágen el cielo
Con que en mis noches soñaba.

Graziela!... ¿ por qué tu nombre
Sombras vierte en mi memoria?
Ah! mis miserias de hombre
Por mis quimeras de gloria
Me hicieron borrar tu historia!

Corrí de la impura tierra
Tras los placeres sin tino;
Y hoy, cansado de mi guerra,
Maldiciendo mi destino,
Me hallo solo en mi camino.

¿ Cómo de tí ¡ desgraciado!
Pude un momento apartarme?
En mi vivir ignorado
¿ Qué dicha puede aguardarme,
Si tu no estás á mi lado;

Si á tu presencia querida
Mi mas horrible tristura
Miraba desvanecida;
Si era tu sola ventura
La ventura de mi vida?

II

Del mar á las orillas, de todo bien distante,
Me encuentro solitario, cual náufrago infeliz;
Doblada sin consuelo la frente delirante;
Del viento flor batida, sin brillo y sin matiz.

Las hojas arrastrando, la brisa airada zumba;
¡ Ai! juntos otro tiempo las vimos resbalar.
Cuando oigas su murmullo tristísimo en mi
tumba,
Graziela, deja en ella tus lágrimas rodar!

MEDITACION

En esta oculta y solitaria piedra
Que domina las ondas de ese río,
Quiero, postrado sobre humilde yedra,
Dar libre rienda al pensamiento mío.

Las auras que rizaron la corriente
Vienen de aroma y de frescura llenas;
En vano! los recuerdos de mi mente
Un volcán encendieron en mis venas.

Ayer no más, sediento de emociones,
Soñaba con la gloria y los placeres,
Y hoy sin dicha, sin fe, sin ilusiones
Huyo del mundo los mezquinos seres.

¡Ay! ¿dónde están las bellas alboradas
Que alumbraron mi infancia fugitiva
Y me mintieron playas encantadas
Donde era solo la desdicha esquivada?

¿Dónde tanta celeste criatura
Que miraba en mi senda alborozado?
¿Cómo á mi vista oscurecer su albura
Pudo de la experiencia el soplo helado?

Cuántos de dicha fúlgidos albores!
Cuántos de amor ensueños inocentes!
Mariposas sin vida y sin colores
Que arrastraron las ondas inclementes!

¡Quién me volviera la fugaz ventura
De aquella edad de célica inocencia,
Cuando ambicioso en mi pueril locura
Pisaba los umbrales de la ciencia!

Ciencia! laurel estéril que nos lanza
Á buscarlo á través de la maleza
Y en la agostada frente que lo alcanza
Vierte su sombra funeral tristeza!

¡Ay! yo sondé del mar el hondo abismo,
Torné á sondar la bóveda estrellada
Y en el mar y en el cielo y en mí mismo
Con negro horror solo encontré la nada!...

¿Qué ha osado pronunciar el labio insano?
Acento tal la humanidad condena;
Que ella pretende en su delirio vano
Ahogar el eco de su propia pena.

La humanidad! de un falso sol aurora;
Fugaz como las ondas de ese río;
Débil flor que al nacer se descolora;
Hojarasca que barre el viento frío!

Ah! yo envidio á la cándida violeta,
Al pez incauto que en las redes muere,
Y al alado cantor de vida inquieta
Que el triste fin de su vivir no inquiere.

¿Por qué no ha de correr hilo por hilo
El curso de mi vida vagaroso
Cual ese manantial que va tranquilo
Sin saber que le espera el mar undoso?

De hoy más en sus riberas escondidas
De su vida ha de ser mi vida hermana;
¿Qué me importan las dichas fementidas
Que envenenan la vida cortesana?

Y cuando al fin se empañen los fulgores
De mi cansado y ardoroso estío,
Con el polvo de insectos y de flores
Arrastrará á la mar el polvo mío.

PLEGARIA

Ángel de luz que la vía
Huellas hoy de mi calvario,
Estiende tu mano pia,
No me dejes solitario
Resbalar en noche umbría!

Ya que en mi oscuro camino
Quisiste posar tu pié,
Vierte tu lampo divino
En el rumbo que sin tino
Traza mi trémula fe!

¡Ay! que si impura del suelo
Mi plegaria levantada

Yace en el aire sin vuelo,
Con tu pureza exaltada
Ha de llegar hasta el cielo.

Exáltala ; y si conmigo
Levantas tu voto amigo,
El que te dió su destello,
No ha de negarme, ángel bello,
Al cielo volar contigo.

VOI Á PARTIR!

Voi á partir ! sobre mezquino leño
Torno á cruzar el piélagó profundo !
Tal pensamiento agobia mi cabeza
Y en dilatadas noches
Turba incesante mi angustiado sueño ;
Cuento las negras horas con tristeza
Y llega el nuevo día
Y en vano busco alivio á mi agonía ;
Mas no es pueril temor, ai, Dios lo sabe !
El que hace resbalar mi acerbo llanto :
Pluguiérale al Señor hundir mi nave !

Voi á partir ! á dónde ?
¿ Por qué mis soledades abandono ?
¿ Qué dorada mansion apetecida
Va á arrebatarme mi escondido asilo,
Mas grato para mí que altivo trono,
Bálsamo dulce á mi cansada vida ?
¡ Oh valle delicioso
Donde mi corazón halló la calma,
Tú, que en cambio á la paz que me ofreciste,
De mi marchito labio recibiste
Todas las bendiciones de mi alma,
Tu encantada ribera
Á los cielos pluguiera
Que nunca por mi mal abandonara !...

Si al ménos, ai ! para mi mente ansiosa
Murieran los recuerdos !
Si la ciudad alegre y bulliciosa,
Sus calles y sus plazas y sus templos,
Con nuevo corazón, con alma nueva
Pudiera contemplar !...
Pero es loca esperanza ; el sol que lleva

Hácia el cenit su cabellera ardiente
¿ Á qué ilumina mi agostada frente ?
Nunca de dicha la verá radiar.

No mas de la ilusion el denso velo
Las tristes realidades de la vida
Cobijará piadoso ;
Que la esperiencia horrible árido suelo
Muestra solo á mi planta dolorida,
Y es en vano luchar, si la esperanza
No ha de animar los sueños de mi alma ;
Si de alivio á brindarle solo alcanza,
Á su intenso dolor,
Tristeza y abandono en vez de calma,
Mentiras por amor.

DESPEDIDA

Á ELVIRA

Al fin rasgando el tenebroso velo
Se alzó la infausta aurora sin piedad :
La espantosa vision de mi desvelo,
Héla allí convertida en realidad.

El áncora levanta el marinero
Y eleva alborozado su cancion,
Sin sospechar que como agudo acero
Viene su acento á herir mi corazón.

Ya desplegó la nave su ancha vela
Y semejando su postrer adiós
Se inclina y marcha y su brillante estela
Va señalando de la marcha en pos.

Y ella está allí, mísera flor lanzada
Del recinto feliz de su vergel
En desierta llanura, abandonada
Á la merced del ábrego crüel.

Oh Elvira, pobre Elvira ¿ tú, qué hiciste
Para dejar las auras de tu eden ?
Arcángel que en tu Dios siempre creiste
¿ Por qué tu cielo abandonar también ?

Purísima paloma que en tu nido
Jamás ambicionaste otra region,
¿ Qué harás cuando te arrastre enfurecido
Sobre la inquieta mar el áquilon ?

Oh mar! tú que me viste veces tantas
 Impávido tus iras arrostrar,
 ¿Por qué, ai de mí! con tu quietud me espantas?
 ¿Por qué tiemblo tu ruido al escuchar?

Nó, tu no ostentarás de tu grandeza
 Ante un ángel el hórrido esplendor;
 Tú imitarás tranquila su pureza,
 De su acento tus brisas el rumor

Y cuando el triste que implorarte miras
 Lanze su débil tabla sobre tí,
 Desata entónces tus tremendas iras,
 Todo tu horror descarga sobre mí!

Oh, ya la brisa en su veloz carrera
 Me arrebató, mi Elvira, tu bajel;
 Y ha un momento que muda en la ribera
 Me ocultabas tus lágrimas de hiel.

¿Quién te dijera, dime, Elvira mía,
 Cuando dichosa te creíste ayer,
 Que te esperaba tan cercano el día
 De trocar en desdichas tu placer?

Espera, espera aun, tú que piadosa
 Sabes al cielo tu oración alzar!
 Tú sabes que tras noche tenebrosa
 Viene la aurora el mundo á iluminar.

Sigue, ángel mío, tu penoso vuelo
 En alas de tu amor y de tu fe;
 Y miéntras viene á despejar tu cielo
 La aurora que en mis brazos te ha de ver,

No has de temer que rinda por despojos
 Á otra beldad nuestra infeliz pasión,
 Que en las negras prisiones de tus ojos
 Cautivo tienes ¡ai! mi corazón.

Cuál corta tu nave lijera
 Las olas del mar!
 Oh Elvira, si fuera
 Posible tornar!

Y avanza... sin treguas avanza!
 Y ocúltase ya;
 Y así mi esperanza
 Menguándose va.

Apenas un punto se mira;
 Tal vez me engañé!...

Elvira, mi Elvira,
 Ya nada se vé.

EL CANTO DEL PRISIONERO

Yo era libre; libre, cielos!
 Cuánta dicha tuve yo!
 Y hubo un ángel que me amaba
 Como el hombre nunca amó.

En mis horas de ventura,
 Quién pudiera predecir
 Que era en playas solitarias
 Mi destino sucumbir!

Cuando atábanme, alma mía,
 Dulces lazos junto á tí,
 ¿Quién pensara que estos hierros
 Se forjaban para mí?

Oh, la guerra! Patria y dioses
 Me llamaron á pelear;
 Tinto en sangre ví mi acero
 Mil cautivos libertar.

Cuántas veces á mis plantas
 Al vencido contemplé!
 Perdonaba á mi enemigo....
 Sus cadenas llevo al pié!...

Patria, patria, cuánto llanto
 Tu memoria me arrancó!
 ¡Ay! no sabe cuánto te ama
 El que nunca te perdió.

Y mi madre!... ah! de su muerte
 Tal vez causa fué mi acción;
 ¡Y no estaba yo á su lado,
 No alcancé su bendición!...

Cuántos seres que yo amaba
 Triste polvo serán ya!
 Pero al ménos sus cenizas
 Una tumba guardará.

Y mi tumba..... las arenas!
 Allí aguardan sin piedad,
 Con sus vientos impetuosos
 Y su horrible soledad!

EDUARDO CALCAÑO

Eduardo Calcaño nació en Carácas en 1831. Recibió su educación literaria y científica en los primeros colegios y en la Universidad de aquella capital, hasta terminar sus estudios de Jurisprudencia en 1854.

Ha desempeñado en diversas épocas empleos de grande importancia, especialmente varios Ministerios de Estado y entre estos el de Hacienda, para el cual le hacen muy competente sus buenos estudios económico-fiscales. En la actualidad está empleado en el Ministerio de Relaciones Interiores.

Ha pertenecido á todas las Sociedades literarias del país y escrito para casi todos los periódicos de nombradía sobre literatura y bellas artes, materias estas en que es muy autorizado, tanto por la solidez de sus estudios, como por su fecunda inteligencia y su gusto esencialmente ático.

Orador y escritor á la vez, no sabemos cómo admirarlo más; si cuando sube á la tribuna y poseído de esa elocuencia *corporis* de que habla Cicerón, arrebatado á su auditorio con el timbre simpático de su voz, con su acción oportuna y adecuada, con su entonación varonil y su palabra fácil y armoniosa; ó cuando leemos en la calma del hogar sus escritos, bellos y correctos en la forma y profundamente cristianos y filosóficos en la esencia.

Eduardo Calcaño es sin duda uno de los primeros literatos de Venezuela y nos es grato rendirle en estos lieros apuntes el homenaje de nuestra franca admiración.

HORAS AMARGAS

¿Cuántas iniquidades y pecados tengo? Muéstrame mis maldades y delitos! ¿Por qué escondes tu rostro y me cuentas por enemigo tuyo? Contra una hoja, que es arrebatada del viento, haces alarde de tu poderío, y persigues á una paja seca! (Job.)

El pensamiento del hombre, tan libre en su vuelo por los espacios de la idea, tan rápido en su carrera olímpica por las soledades del infinito, tan audaz en sus asaltos á los dominios de la luz, es con todo, por un misterioso encadenamiento de las leyes del espíritu, esclavo

sumiso de la memoria, cuyas órdenes recibe bajo la forma del recuerdo. Reina de la imaginación, le señala con imperiosa altivez los campos que debe recorrer, y castiga sus tentativas de rebeldía con la cruel coacción del dolor. Pero á su vez la memoria obedece tam-

bien á fuerzas estrañas que modifican su espontaneidad y la trasportan súbitamente, como por el sacudimiento de un caleidoscopio, á climas y horizontes diferentes en que tiene que vivir á su pesar. Un sitio conocido, pero acaso ya olvidado, un perfume de la brisa, el sonido de una voz, una melodía de los tiempos pasados, el ruido del follaje, el murmullo de una fuente, una flor marchita, un nombre pronunciado, — todas esas debilidades de la naturaleza exterior penetran con insidioso candor en el alma y levantan tempestades en la memoria, llevan huracanes al corazon y, despertando antiguos enemigos que dormian en el fondo de la conciencia, hacen al alma victima de dolorosos combates que solo terminan con la desolacion y el quebranto del espíritu.

De esos eslabones se compone la cadena inefable que une la naturaleza espiritual al universo físico, que ata el pensamiento á los sentidos, teniendo al alma anclada en este golfo triste de miserias y dolores, de sombra y lágrimas. Esas ligaduras son las que rompe la muerte, esta gran libertadora de las almas, para que el espíritu ascienda á su patria, la luz, y á su esencia, Dios. ¡Si oyera mis suspiros!

El sonido de esa campana, de golpes lentos en su monótona agonía, tiranizando la memoria, ha abierto para mi pensamiento las puertas del cementerio del alma, mostrándole uno á uno, con insistencia cruel, todos los sepulcros que lo pueblan, donde duermen tantos afectos perdidos y tantas esperanzas muertas!

Ahí están los amigos de la infancia, los de los juegos inocentes, los de los proyectos quiméricos, mis dulces cómplices en las locuras de la ilusion y de la felicidad de la niñez. Cayeron cuando el desengaño heló su corazon, y yo he quedado solo para llorarlos. Dormid tranquilos, que mi recuerdo, siempre vivo, custodia vuestra tumba. Niños nos conocimos y con amor de niño nos amamos. Despues que os fuisteis, he vivido mucho, porque se vive mui

pronto en medio de las tempestades y de los dolores : la lucha quebranta, la agonía envejece, el desengaño hace arrugas en el corazon y el destino, talvez con injusticia, me ha hecho nacer en la patria á la hora del naufragio. No veais hácia mí, porque me amásteis mucho y yo no quiero que el espectáculo de mi ruina moral lleve la turbacion á vuestro eterno sueño.

Ni pudiera olvidaros cuando, tanto necesito de vuestro recuerdo. Cuando me hiere la asechancia del estraño ó la perfidia del amigo ; cuando veo á todos los hombres revolviendo engaños en su corazon y llena su alma de iras sin misericordia, acudo, para no desfallecer, á la dulce memoria de los que me amaron con candor y me dieron toda su alma con desinterés, — y cobro en ello fuerzas, como Anteo, para seguir queriendo á los hombres y esperando en Dios.

Descubre esa otra tumba, pensamiento mio, y dile al ser querido que hallarás en ella..... todo lo que tú sabes : que te has fatigado siguiéndolo al infinito ; que no quisiste creer que era cierta su partida ; que la sangre de mis venas me habla con amargura de su ausencia :

La misma cuna nos meció á los dos !

Silencio ! No descubras esa piedra..... no digas una palabra !.... Fué un sueño ! Déjalo dormir bajo la losa devorante del olvido.....

Inútil artificio del espíritu ! Quiso engañar al corazon dándole pasto á su insaciable sensibilidad con el recuerdo de los dolores de un día, para distraerle del usado tema de los dolores de siempre ; y hé aquí que, desvanecido el prestigio del ardid, vuelve á fijar los ojos, con desesperante tenacidad, sobre la piedra horrible donde ha llorado todas sus lágrimas y llamado inútilmente con gemidos.

¡Qué saña del destino ! ¡ Como si costara

tanto dejar en paz el bien ajeno! La suerte ha podido ser buena conmigo. ¿Qué le costaba haberme dejado vivir tranquilo en la serenidad de mi hogar, rodeado de mis hijos que he levantado con tantos sacrificios y tantos sufrimientos en la vida? ¿Á quién le hace daño en el mundo que crezcan á mi lado, que yo los ame tanto y que ellos me paguen en felicidad los dolores y las agonías que me cuestan? ¿Qué mal hicieron en la vida esas pobrecitas criaturas, para quitarles el calor de su madre y mi dulce proteccion? ¿Acaso está la historia de mi vida sembrada de delitos y de crímenes para que merezca mi corazon la pena del último suplicio? ¿Quién fué que me delató de no haber amado á Dios sobre todas las cosas y á todos los hombres como á mis hermanos? ¿Á quién he calumniado delante de los hombres? ¿qué honor ajé? ¿qué derecho desconocí? ¿en el cáliz de qué vida he arrojado el veneno de mi deslealtad y de mi ingratitud? ¿quién fué que se quejó de la dureza de mis entrañas ó de la amargura de mis palabras?...

En medio de la noche, cuando mis ojos, cansados de llorar á mis hijos, se cierran desfallecidos sepultándome en la region de las sombras, oigo en los aires voces de niño que me llaman con aquel nombre dulcísimo, tantas veces repetido en los días felices de mi cariño paternal, — y diviso allá á lo léjos, mui léjos, en horizontes de rosa, rostros divinos de querube que se parecen á mis hijos muertos. Y se acercan, y se acercan con los brazos extendidos hácia mí, agitando como en loco desvarío sus tiernas manecitas, ávidas de las caricias de otros días. Entónces creo ver bañado su semblante con una vaga espresion de compasiva piedad, diviso una lágrima que corre de sus ojos inmortales y comprendo que mi dolor es tan grande que va á turbar la felicidad de los cielos.

A L G O

SOBRE LA

· EDUCACION DE LA MUJER ⁽¹⁾

El 6 de enero último se repartian premios á las cincuenta niñas que hai en el Colejio Chávez, en Carácas; y Eduardo Calcaño, uno de los mas distinguidos é inteligentes jóvenes venezolanos, pronunció entónces el discurso que reproducimos á continuacion. Nos permitimos recomendar á nuestras amables lectoras esa preciosa muestra de la literatura venezolana, que mereció de Ildefonso Riera Aguinagalde, otro célebre escritor del mismo pais, que dijera respecto de Calcaño:

« Bendita intelijencia, bendito corazon, todo nuestro, destinado para días de gloria y amor perdurable. »

¿Creemos, señores, que el acto que se está cumpliendo en este momento es uno de esos episodios vulgares que llenan diariamente la vida, sin mas significacion que la del tiempo en que se verifican, ni mas importancia que la del entretenimiento? ¿Pensaremos que la atencion que á esto concedemos es un regalo de nuestra benevolencia, una concesion que hace la gravedad de nuestro carácter, porque para el filósofo, para el pensador, para el hombre de estado hai asuntos mas sérios en que ocuparse y especulaciones intelectuales de mas alto linaje que reclaman preferentemente toda la enerjía del esfuerzo y la consagracion absoluta de las facultades humanas? Pues yo os digo que si tal hemos pensado, nos equivocámos soberanamente.

Estamos asistiendo, quizá sin saberlo ó sin sentirlo, al acto mas solemne de nuestra vida social, porque estamos sembrando en esas al-

(1) Esta introduccion ha sido tomada de un diario columbiano en que se reprodujo el discurso de Calcaño.

mas vírgenes la semilla del porvenir que lleva en su seno los destinos de la civilización y la suerte de nuestra felicidad.

Como si descendiéramos á las entrañas de la tierra á sorprender los secretos de la germinación y seguir con mirada reflexiva las transformaciones creadoras del grano productor, así hemos presenciado el desarrollo de la idea y del sentimiento en estos espíritus que se forman, en estas almas que se elaboran, en estos corazones que se preparan.

Pero nada hai aquí que revele la gravedad que le atribuyo al acto. El local no es estenso, las paredes están desnudas; no hai aparato de solemnidad; la concurrencia, si bien escogida, no es numerosa; fuera de los que aquí nos hallamos, quizá la ciudad entera ignora la existencia de esta reunión privada. Qué hai allí? cuatro madres traídas por el amor, que, con el pecho conmovido y los ojos húmedos, se apacientan deliciosamente en la vista de sus hijas; mas acá? cuatro hombres de esos que hacen el bien por instinto y no saben que lo hacen; qué mas hai? cincuenta niñas que juegan distraídas, que no oyen siquiera mis palabras y que sonrien prolongadamente á fuerza de inocencia. Eso es todo. Pues yo os repito que en esta aparente futilidad de las cosas se está elaborando con austera solemnidad el porvenir, se está jugando la suerte de la sociedad y los intereses mas graves de la civilización venezolana. Por qué? por una sola cosa: porque estamos enseñando.

Un día apareció un hombre sobre la tierra, con una empresa en la mente y en la voluntad, que, á fuerza de extraordinaria aquella, era una temeridad y, á fuerza de desvalido él, una locura. Pretendia conmover el mundo entero, cambiar los fundamentos de la sociedad, modificar de una manera radical las relaciones de los hombres entre sí, conquistar el universo y crear una nueva civilización, destruyendo para eso la que existia edificada por el esfuerzo de innumerables generaciones y con la sancion de muchos siglos. Pretendia

mas: sabia que habia de luchar con todos los reyes y poderosos de la tierra que se coaligarian contra él, y se lisonjeaba de que él solo los venceria. No contento todavía con lo temerario, concibió lo imposible: echar por tierra las divinidades de los pueblos y sustituirse él en el culto y la adoración de todas las gentes. Á tanto llega la locura humana! ¿Cómo habia de llevar á cabo tan estafalaria tentativa un hombre oscuro, sin prestigio de familia, sin armas, sin riquezas, sin ejércitos, sin aliados, pobre, desnudo, perseguido y calumniado...? Llamó un día á unos pocos hombres, tan oscuros y desvalidos como él, sembró en su alma la semilla de la idea y al imponerles la consigna de ir á conquistar en su nombre el universo, ni les dió legiones, ni equipó navíos; esta fué el arma única pero formidable que les dió: *docete omnes gentes*—enseñad á todas las gentes;— y conmovió el mundo y aterró la sociedad antigua y creó una nueva civilización y venció á los reyes y triunfó sobre los orbes y se hizo adorar de las naciones. Y hace diez y nueve siglos que sigue triunfando, porque sus discípulos siguen enseñando.

¡Qué errados andan los hombres del hierro y del fuego, que se inspiran en el puñal y hacen alianza con el cañon! ¿Qué se han hecho las conquistas de la fuerza, las fundaciones de la espada, los imperios que han creado los ejércitos? ¿Dónde están aquellos cuatro imperios que creyeron que habian llenado el mundo? ¿dónde están los Persas, los Asirios, los Griegos y los Romanos? Ilusiones de la historia, vanaglorias del pasado: el mapa no los conoce; son nombres mitológicos. Enumerad todas las grandezas que hacen el orgullo de la violencia y yo iré devolviéndooslas en polvo y ceniza. Á vuestro turno mostradme una sola ruina en los campos conquistados por el pensamiento; decidme cuándo cayó la verdad, en qué sitio fué vencido el Verbo, cuándo se hicieron los funerales de la idea? Yo la veo, por el contrario, allá en los confines de la eterni-

dad, precediendo al tiempo, atravesar como el rayo de Job las inmensas soledades del caos y crear mundos infinitos, iluminar todos los espacios, engendrar el tiempo é imprimir á todas sus obras el sello de la existencia perdurable. Yo la veo navegando ileso en medio de las tempestades, atravesar serena los senos del trueno y las entrañas del torbellino, flotar inmaculada sobre mares de sangre airada que intentan devorarla, y viajar por todo el mundo rompiendo las cadenas de los esclavos, derribando los cadalsos, protejiendo el derecho, redimiendo la justicia, salvando la virtud y enseñando la libertad.

Sí, es cierto : vosotros la habeis encontrado andando los caminos del martirio, cargada con las cadenas del cautiverio, bebiéndose las lágrimas del destierro y subiendo penosamente, con paso trabajoso y cansado, la cuesta de los dolores y del ultraje ; pero esas son las armas de su batalla, porque pugna para resistir, combate para vencer. Lucha y se desangra ; pero triunfa y resplandece.

Las milicias de la ideas : esas son las que conquistan. Las insurrecciones del pensamiento : esas son las que avanzan con paso formidable, ánimo entero y pujanza irresistible. La enseñanza que ilumina el espíritu y ablanda el corazón : esa es la disciplina de la civilización que forma los ejércitos, siempre victoriosos, del progreso.

La enseñanza es aquella gran palanca que habia de levantar el mundo, y su punto de apoyo es la mujer.

La mujer es la cuna del hombre, mas por la creación moral de sus sentimientos y pasiones, que por la física de su naturaleza corporal. En los moldes de su alma se funden los espíritus, como se forman los cuerpos en sus entrañas ; y es incalculable el número de inspiraciones y de instintos que bebe el niño en el dulce alimento de su infancia.

La sociedad encuentra al niño, hecho joven, con el camino de sus predilecciones trazado y el cúmulo de sus instintos constituyendo de

por sí un modo de ser resistente á toda modificación ulterior ; las leyes lo toman hecho hombre, con una conciencia propia que ha venido elaborándose en la lenta y perseverante escuela de las inspiraciones que soplaron sobre su alma desde la aurora de la vida : ¿ qué poder han de tener las leyes y la sociedad para ajustar á su medida naturalezas que tienen ya otra forma ó expansiones que se desbordan en ímpetus acostumbrados ? De aquí el desequilibrio entre las costumbres y las leyes que produce la perturbación de los Estados, la parálisis del progreso moral de los pueblos y la ruina de las sociedades.

La educación de la mujer es el tipo de la cultura y moralidad de las naciones, el termómetro de su civilización. La sociedad que quiera vivir la vida del bien y del reposo, del honor y de la felicidad, deje en paz los códigos, no se afane inútilmente en las luchas estériles de la plaza pública, penetre con planta cuidadosa en el santuario misterioso del hogar, sorprenda el secreto de ese inefable laboratorio del destino social de las criaturas y ponga el germen de la virtud y de la idea en esa fuente primitiva donde beben todas las generaciones !

Por qué hemos de negarlo ? ¿ Por qué la soberbia de la filosofía humana y la altivez de nuestro sexo se han de obstinar en no reconocer lo que la filosofía divina y la misma naturaleza tienen sancionado como verdad evidente : la influencia decisiva de la mujer sobre el destino del hombre ? Dos grandes acontecimientos de la mas alta trascendencia en la vida del género humano llenan por sí solos toda su historia : su caída y su rehabilitación ; ambas son obras de la mujer. Una lo perdió con la engañosa seducción de su belleza y la dulcísima tiranía de su encanto ; otra lo salvó con el bálsamo de su pureza y el perfume de su virtud. ¿ Por qué no queremos leer en estas sublimes enseñanzas que solo la mujer pierde ó redime ? Si es madre, habla y enseña ; si es hija, sonríe y subyuga ; si es esposa, llora y persuade ; si es amante, puebla de sueños la

fantasía y cautiva; pero siempre seduce, siempre domina, siempre impera con absoluta soberanía sobre el corazón y la voluntad del hombre.

Cuando queráis difundir una idea en la humanidad, ponedla como gérmen en el pensamiento de la mujer, así como poneis el grano de mirra en el incensario para llenar de aromas el ambiente!

Edúquese el alma de la mujer, y yo respondo del porvenir. Que la mujer ame el bien para enseñarlo y la justicia para inspirarla, y el hombre será bueno y la sociedad será justa.

Decidme ahora : ¿ tiene el filósofo, tiene el pensador, tiene el hombre de Estado problema mas temeroso y mas sério que este que resolvemos aquí : la educación de la mujer, en que están vinculados los mas graves intereses del hombre y de la sociedad ?

Pero al mismo tiempo, (y á vosotras me dirijo), ¿ hai responsabilidad mas severa que vuestra responsabilidad ? Gran poder impone gran deber; por eso es indeclinable la obligación que tenéis de buscar la verdad y purificar el sentimiento, ya que sois la columna de fuego que señala el rumbo en la peregrinación de la vida.

Esos premios que engalanan vuestro pecho é iluminan de alegría vuestro semblante, no son mas que símbolo y figura de otros que habeis de alcanzar mas tarde en luchas mas austeras y con afanes mas dolorosos. También los llevareis entónces en el pecho; pero no ya visibles á los ojos de la vanidad, ni de este miserable oro de tierra, sino allá en las regiones clarísimas del alma, en el tabernáculo de la conciencia, hechos de satisfacción humilde y paz bendita, que es el oro del cielo. Esos los habeis recibido porque sabeis concertar las palabras y construir las oraciones; los otros los recibireis, cuando concertéis los deseos con el deber y las aspiraciones con el honor. Esos los habeis recibido porque sabeis multiplicar los números y dividir las cantidades; los otros los recibireis cuando multipliqueis

vuestras gracias virginales por el factor de la virtud triunfante y dividais vuestro pan con el necesitado. Estos los habeis recibido porque sabeis encontrar en el mapa las cordilleras de la tierra y las costas de los mares; pero serán de precio inestimable los que alcanzareis en el estudio de la geografía moral de la vida con sus golfos de engaño, ensenadas de perfidia, arrecifes de perdición, valles de dolores y mares inmensos de deseos en que cada ola es un peligro, cuando sepais encontrar las costas de la resignación donde se guarece el alma combatida, las altas montañas del Cristianismo donde se salva la virtud, los climas deliciosos del pudor donde vive tranquila la inocencia, y los caudalosos rios de lágrimas donde se purifica el corazón culpable.

Señores : no puedo terminar sin espresar un recuerdo que me está llenando él solo la memoria, y quiero repetir para ello mis propias palabras.

Siento una veneración tan profunda que es casi un culto por el varón generoso y noble que fundó con sus cuantiosos bienes este hogar intelectual para dar asilo á las expósitae de la pobreza, cuya alma iba á perecer á la intemperie de la ignorancia, lejos del dulce calor de la instrucción y de los suaves resplandores de esa religión divina que alumbra todos los caminos y apoya todas las debilidades.

Como el ave aterida que, fatigada de cruzar la inmensidad del espacio y las nieblas del invierno, se posa al fin sobre el árbol que la sostiene en sus ramas y la abriga con sus hojas, así reposa el espíritu sobre estos nombres queridos, para descansar de la decepción y del engaño.

Id, niñas; corred todas en tropel á cojer flores en el campo, húmedas todavía con el rocío de la mañana; llenad con ellas vuestro cendal y derramadlas con mano cariñosa sobre el mármol de aquella tumba donde está muerto vuestro bienhechor! Arroddillaos todas al rededor de su sepulcro, levantad al cielo

vuestras manecitas de rosa y entonad en coro una plegaria al Dios del bien!

Cuando los niños ruegan, Dios oye y bendice.

LA BALANZA

Á RAFAEL DOMINGUEZ, S. TERRERO ATIENZA
Y NICANOR BOLET PERAZA.

Las arpas de oro se estremecen aun con la vibración de la última armonía, interrumpida de improviso; los cantos celestiales han cesado súbitamente; los ángeles dejan caer sus alas con tristeza; las inmensas claridades del infinito se han empañado, como temerosas de brillar; el silencio del cielo es formidable, — la solemnidad, augusta.

Va á juzgarse un alma.

Por tribunal una balanza; por balanza una cruz salpicada de sangre siempre fresca.

Medio oculto en sombra fatídica que forma con sus alas negras, y de espaldas al cielo, está de pié un ser lúgubre y sombrío esperando la hora vil del acusador, — terrible, inexorable. En su rostro, lineamientos de perfidia, mirada de asechanza y sonrisa malévolamente que hiere como puñal.

En el sitial de la justicia brilla un inmenso foco de luz resplandeciente que sirve de aureola al juez austero, lleno de incomparable magestad. Pero algo íntimo y misterioso hace traición á su designio de severidad y á su ministerio de rigor, porque aquella sombra doliente de tristeza que vaga por su semblante, no es de juez sino de padre y hai no sé qué ternura en aquellos ojos de cordero y en la dulce inclinación de su cabeza, que deja entrever mucho de inconsulta piedad y de imprudente misericordia. Luego, hai marcados en su frente golpes de caída y en sus manos cicatrices de suplicio, — y el corazón adivina que no ha de ser implacable en el castigo

quien ha padecido amarguras de humillación y dolor de víctima.

Al pié de la cruz gime la culpable. Desfallecida sobre sus rodillas, la túnica en desorden, quebrado el alabastro, amortecidos los ojos, suelto el cabello, inclinada la frente vergonzosa, — apricta sobre el pecho sus manos entrelazadas, con la convulsión de la culpa y el estremecimiento del terror.

Aun la sigue hasta este trance doloroso el ángel cándido, compañero familiar de su existencia, lanzando penosamente suspiros prolongados de tristeza inmortal que denuncian el pesar supremo de los esfuerzos inútiles y de la esperanza en derrota.

Habló el maldito, — y se elevó hasta la agonía la suspensión de las legiones celestiales, que cubrieron sus rostros inocentes con sus manos de armiño. Cada palabra era una culpa; cada culpa caía en el platillo de la balanza con enorme pesadumbre, inclinándola siniestramente del lado del abismo.

Allí cayó la liviandad, la impureza, el deshonor..... y la balanza se inclinaba hácia el abismo.

El platillo de los merecimientos estaba vacío.

Allí cayó la torpeza de los pensamientos, el deleite funesto, el goce inmundo..... y la balanza se inclinó hácia el abismo con lúgubre crujido.

Calla el acusador, — el silencio es pavoroso, — la balanza vacila, — el vértigo invade todos los espíritus..... ¿No hai quien defienda al alma infortunada? ¿Quién, generoso, toma la voz de quien la pierde ahogada entre nudos de remordimiento?

¡Va á cerrarse el juicio fatal!

Incorpórase trabajosamente la acusada; — pero no halla voz en aquel pecho lleno de tempestades, ni en aquellos labios, trémulos de dolor infinito....

Vencida de la agonía suprema, apoya su frente desfallecida en el madero ensangrentado.....

Una lágrima solitaria, desprendida de sus ojos, cae de improviso sobre el platillo vacío de la balanza, que, sacudida por una conmoción terrible, recobra de súbito el equilibrio.....

Jesus abre los brazos, — ruje el mónstruo, — prorumpen deliciosos cantos celestiales, — brillan claridades inefables.....

Magdalena se ha salvado!

EL TELESCOPIO

El alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Abrió los ojos y se halló sin patria, abandonada á las orillas del mundo, — proserita de un hogar ignorado, — expósita llena de gemidos que se ajita en la sombra y tiende los brazos á lo desconocido.

La esperanza le dijo en secreto no sé qué palabras misteriosas, que así parecían murmurios de la brisa como reflejos de la aurora, y levantando su mirada á lo mas alto de los cielos, el alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Buscaba á Dios.

Subió á la cumbre de las grandezas humanas y gimió — porque allí no habia sino vanidad y vacío.

Trepó con paso trabajoso y cansado á la cima altísima de la gloria y suspiró, — porque era sombra.

Ascendió á las alturas de la riqueza y el deleite y desfalleció — porque todo fué mentira que pasa, y aflicción de espíritu que queda.

Y andaba triste y peregrina por los caminos de la vida.

Detras el vacío; á su frente lo infinito.

Un génio cruzó la via. Hondísima arruga surcaba su frente; quebrado el brillo de sus ojos y pálido el semblante. Su mirada como lamento; su voz como sollozo. Y la habló :

— ¿Buscas á Dios?

— Está mui léjos.

— Quieres verlo? Solo yo puedo dar á tus ojos la lente maravillosa que aleja las sombras y acerca el infinito. Hazme tu compañero y amigo !

El génio tomó una lágrima de sus párpados amortecidos y la puso en sus pupilas...

El alma, trémula, palpitante y reverente, cae de improviso arrodillada...

Solo detras de una lágrima se vé á Dios.

DISCURSO ACADÉMICO ⁽¹⁾

Tenemos el gusto de publicar á continuación el brillante discurso que nuestro querido amigo el Dr. Eduardo Calcaño pronunció en San Francisco en el solemne acto de apertura de estudios el 4° del corriente, el cual nos ha sido remitido con este objeto por el ciudadano Rector de la Universidad Central.

Dignísimo señor Rector, ilustres académicos, señores :

Comprendo que debe ser grande vuestra sorpresa al verme escalar la tribuna de la elocuencia, cuando teníais derecho, en una solemnidad como la presente, á que no hubiese nada que fuese indigno del acto que se celebra.

No es menor la mia, señores, que esperaba ingénuamente ocupar en la memoria del ilustre gefe del Instituto, cuando se tratase de elegir el orador de este día, el mismo humilde puesto que me cabe en los escaños del claustro universitario, y que solo por excusion bien comprobada de las altas inteligencias y afamadas lumbreras que dan brillo y honra á este cuerpo científico, seria que llegase para mí la dis-

(1) Tomado de la *Opinion Nacional* de Carácas de 5 de setiembre de 1874, diario redactado por nuestro querido amigo, el Sr. Fausto T. de Ahlrey.

tante ocasion de imponer á un auditorio tan respetable mi palabra, desautorizada por pobre, y pobre por pálida y vacía.

Servirá de mucho, para que el despecho de vuestra esperanza engañada no se descargue en perjuicio de mi éxito, la consideracion que hareis en vuestro ilustrado criterio de que no ha sido la inspiracion de la vanidad, sino la virtud de la obediencia, la que me ha empujado á subir las gradas de la temerosa cátedra; y la prenda de respeto que me vereis tributaros, advertido de mi situacion, haciendo brevisimo mi discurso, para no convertir en tiranía el derecho que se me acuerda de someteros á la fatalidad de oirme.

Mi tarea, por otra parte, de hacer el elogio de la ciencia, en este lugar y en presencia de este auditorio, es de tal manera fácil por lo innecesaria y escusada, que mi discurso está en la mente de todos los que me oyen, y bastará el mas lijero esbozo, por inhábil que sea, para que cada uno complete en su inteligencia el cuadro perfecto de la apología, con el colorido de su propia imaginacion y las estensas lontananzas que le preste su propia sabiduría. Así espero salvarme de la derrota que, bajo otras condiciones, era infalible.

Lo que hace mas evidente y noble la dignidad del hombre, es el designio soberano con que el Creador del Universo lo dejó dueño de sus propios destinos para que fuera el artífice de su suerte y debiese á la obra de sus esfuerzos la grandeza de la especie y el perfeccionamiento de su ser, dándole el privilegio singular de crearse á sí mismo para el mundo moral, como él lo creó para el mundo físico, con las condiciones necesarias á su natural desenvolvimiento.

Las razas inferiores de los seres animados quedaron esclavas de su organizacion, sometidas á la monotonía de un estado inmutable, aprisionadas en lo definido y en lo inexorable, en el campo cerrado de las limitaciones absolutas donde no tienen atmósfera los deseos y las aspiraciones, el anhelo y la esperanza.

Para el estrecho círculo donde habian de agitarse semejantes creaciones, bastábales el apetito de las necesidades materiales y la grosera sensibilidad fisiológica, que son los únicos móviles que recibieron en dote para su movimiento y actividad. Todo en ellas es fatal, irremisible é irrevocable; y como en nada han contribuido á formar ni modificar en el sentido de la perfeccion el capital de fuerzas y aptitudes de que disponen para el desarrollo de su vida, ni tienen títulos de dignidad alguna que les sea peculiar en presencia del Universo, ni tienen acceso al campo de los merecimientos en que se agita el mundo moral y se elabora el destino perfectible del individuo y de la sociedad.

Al designio soberano que en tales estrechezes las encerraba para los fines de su armónica creacion, no habia de faltarle el don de la Providencia que supliera con su prevision lo que no era dado realizar á la impotencia de facultades que caracteriza á las razas irracionales; y las dotó de velludas pieles aquí, de duras conchas allá; ora de tersas escamas, ora de ligera gravedad y anchas alas; ya de fuerzas poderosas para atravesar los desiertos, ya de enormes defensas proporcionadas á los peligros, todo segun la zona en que nacieran, el medio en que habian de vivir, las asechanzas que hubieran de amenazarlas naturalmente. El vellon del armiño, la garra del tigre, la pluma del águila, el ojo del linco, la carrera del gamo, la diligencia de la abeja, la monótona industria del castor son testimonios de la paternidad vijilante que ha presidido todos los actos de la creacion; pero testimonios tambien irrecusables y convincentes de la ineptitud en que por su naturaleza estaban constituidos los que tales dones recibian, para hallar por sí mismos los caminos de su conservacion y mejoramiento.

El hombre es de otro modo. Dios quiso constituirlo en colaborador suyo para la inmensa obra; y haciéndolo su semejante por la razon y el sentimiento, le dió por círculo

de acción la libertad, por fuerza activa el estímulo devorante de necesidades nunca satisfechas y siempre renacientes y por atractivo inmortal en su perseverante trabajo la visión suprema del bien, siempre radiante y nunca estinguida en el firmamento de la esperanza.

Al lado de las necesidades materiales puso también en la naturaleza humana las ansias del espíritu, la eterna aspiración á un mundo desconocido, donde divisa el alma, como estrella polar de todos sus anhelos, el tipo ideal de la belleza, de la bondad y de la justicia, al cual ha de ajustar el ser humano, para acercarse á la realización de sus sueños más queridos, la conducta de su vida, la esencia de sus actos y las creaciones de su fantasía.

El conjunto maravilloso de esta múltiple labor de todas las facultades del ser pensador y sensible es lo que constituye la ciencia humana y sirve de fundamento á las creaciones del arte.

Hija la una de la razón y el otro del sentimiento, pueblan con sus infinitas manifestaciones el dilatado dominio del espíritu y edifican para albergue del alma el mundo moral, cuyos límites van á identificarse con los horizontes misteriosos de lo infinito y de lo eterno.

Así se vé al hombre, puesto por sus necesidades materiales y espirituales en el trance ineludible de su magnificación para conservar la existencia y alcanzar su mejoramiento indefinido, ascender á la cumbre de todos los conocimientos para defenderse de la asechanza de los males que asedian su desvalida naturaleza, allanar el obstáculo, colmar los abismos, encadenar el rayo, sojuzgar la materia hostil para ponerla al servicio de su voluntad y de su destino, dirigir las fuerzas ciegas de la naturaleza al fin del movimiento saludable que enjendra su progreso y su dicha, y después de haber creado este nuevo Universo donde vive el cuerpo ileso y la razón ennoblecida, coronar la obra enorme de su pensamiento con la cúpula celestial de las divinas artes, donde resplandecen, como estrellas

brillantes que guían el espíritu hácia los campos infinitos de la inmortalidad, la poesía, la música, la pintura, cadena eléctrica que une al hombre con la Divinidad, alambre misterioso que lleva á los cielos, como á la patria ausente, los mensajes del alma entristecida.

De esa manera el hombre, que nació desnudo, mísero y desvalido, se ha alzado, sobre el trono de la razón y en alas de la libertad, al mayor poder y á la más escelsa grandeza que puede alcanzar criatura alguna sobre la tierra. No tiene la piel del oso, pero vive con él en las inclemencias del polo; no tiene la velocidad del gamo, pero vence su carrera á través de las llanuras y de las montañas; no tiene la fuerza del león, pero lo humilla como siervo á sus plantas bajo el imperio de su mirada; no tiene las válvulas del pez, pero desciende á las últimas profundidades de las aguas, respira en ellas y disputa á los monstruos del abismo la posesión de sus riquísimos tesoros; no tiene la vista del linco, pero asiste como espectador familiar al magnífico espectáculo de las esferas en los más ocultos espacios del infinito; no tiene las alas del águila, pero atraviesa en marcha sostenida y segura las inmensas soledades de los mares, trepa á las más altas cimas del globo y toca ya á las regiones del trueno y de las tempestades, como á un nuevo dominio donde sentará sus reales y dictará sus leyes. No es ave, pero vuela; no es torrente, pero desciende á las entrañas de la tierra con el fragor de sus minas y la audacia de su alma; no es huracán, pero descuaja los montes; no es océano, pero rompe los istmos; no es rayo, pero parte las montañas; no es sol, pero alumbrá con su pensamiento todo el orbe en la misma hora y en el mismo minuto. Y cuenta los astros sin ser ángel; y salva sin ser Providencia; y juzga sin ser Dios!

Esa es la obra de la razón, es decir, el poder de la ciencia.

¡Y si dijera los tesoros que la ciencia tiene ofrecidos á los pueblos que la aman, para ayudarlos á resolver los problemas políticos y

sociales que traen agitadas las sociedades modernas!

Á la libertad le ofrece la redencion del pensamiento, prestándole las alas de la electricidad para volar ufano al rededor del globo por encima de las torres de los calabozos y de las bayonetas de los tiranos.

Á la igualdad le ofrece las conclusiones de la moderna filosofía que no halla diferencias entre el pobre y el rico, entre el noble y el plebeyo, entre el señor y el vasallo; y la esencia propia de la justicia que reconoce como dogma sagrado é inviolable la identidad de las personalidades en los estrados del derecho.

Á la fraternidad le ofrece la estincion de los odios nacionales por la supresion de las fronteras; — la uniformidad de aspiraciones en los pueblos por la combinacion de los intereses sociales; — y la constitucion de un solo valle, como asiento de una sola familia universal, por el aplanamiento de las cordilleras bajo la planta de fuego de la locomotiva veloz.

Al pobre lo redime, sustituyendo las fuerzas indolentes de la materia al afan doloroso y á la enorme pesadumbre de trabajo en que agotaba su vida esa criatura de Dios; — al rico lo ablanda, porque lo espiritualiza; — afirma á los gobiernos, porque educa á los pueblos en el amor al orden, que les muestra en todas partes como lei suprema de la naturaleza, y protege á los pueblos, porque civiliza á los gobiernos en el sentido de la libertad, demostrándoles, con el ejemplo del universo, que es la madre de la fecundidad y de la abundancia.

En tal manera preside la ciencia los destinos de la sociedades y las dirige, que el carácter de los pueblos en la historia, su figura en el mundo, sus hechos en la vida se determinan por el progreso y las tendencias que alcanza en ellas la razon filosófica, esto es, segun el grado de estension y dilatacion de las relaciones del espíritu con la humanidad, con el universo y con Dios.

Así, desde las alturas de la historia, vemos

pasar por los siglos á Grecia con su lira deleitando al universo, — á Roma con su derecho fundando la unidad de la justicia en todos los pueblos, — á Roma otra vez con sus emperadores corrompidos y sus matronas desnudas escandalizando la conciencia del mundo, — á Egipto con sus geroglíficos inmovilizando á la humanidad, — á Fenicia con su alfabeto y sus velas dando alas á la idea y abriendo espacio al hombre; — solo porque la razon filosófica era: ó naturaleza ó sensualismo ó cábala ó libertad.

El Ilustre Americano, que profesa estas convicciones, ha querido dotar á Venezuela con la razon filosófica de la verdad en la naturaleza y de la libertad en el espíritu; y para eso, despues de haber salido del seno de la Universidad como hijo suyo, ha vuelto á entrar en ella como padre providente, aumentando el tesoro de sus arcas y el caudal de su ciencia, proscribiendo el error en sus enseñanzas y trayendo el espíritu de las nuevas ideas, la esencia vital de la moderna civilizaci6n á constituir el fondo de los estudios que van á formar los nuevos levitas del saber.

Con esa renovacion trascendental de este Instituto, ni en un ápice ménos gloriosa que las infinitas obradas por su genio reformador en toda la estension del pais y que son la base incommovible de su legítima gloria, van á henchirse nuestros claustros de juventud brillante y rica de talentos que se derramará mui luego en la República, como apóstoles de la civilizaci6n y del bien, que irán sembrando en los espíritus las luces de la filosofía, las inspiraciones del derecho, la austera nocion del deber y la fórmula definitiva de la verdad moral, á cuya única luz se salvan las sociedades.

La ciencia del pensamiento, revelándoles la dignidad humana, les inspirará la altivez del carácter y el sentimiento de la independenciapersonal; la ciencia del conocimiento, revelándoles los misterios de la conciencia, les enseñará la santidad del deber y el noble or-

gullo del derecho; la ciencia del sentimiento despertará en su alma el generoso impulso de la fraternidad humana; el telescopio y el microscopio se les presentarán, como testigos irrecusables, á denunciarles el infinito; y engrandeciéndoles el alma con la admiración de la inmensidad, les hará concebir destinos mejores que las ambiciones de la tierra y alegrías mas puras que las del odio satisfecho.

Y llevarán á nuestro pueblo la buena nueva de las verdades eternas descubiertas por la razón en el seno misterioso de la naturaleza; y le dirán que el fin de las sociedades es el progreso y no la guerra; y le comunicarán al oído ese gran secreto sorprendido á la Providencia para conservar todas las cosas creadas en medio de su aparente incompatibilidad y de su aparente antagonismo: la armonía de las relaciones, el encadenamiento inteligente de las fuerzas, la simultaneidad de acción de los adversos, el acuerdo maravilloso de las contrariedades, que da por resultado el equilibrio universal y la prolongación indefinida de la vida.

Bajo la acción vivificadora de este gran sol de las inteligencias que ha levantado sobre el firmamento de la Patria, no será jamás posible que quedemos entregados á los ciegos instintos de la materia, á los pérfidos consejos de la pasión, al insidioso atractivo de los intereses transitorios, ni que seamos como esos pueblos desgraciados que habitan en la zona de la ignorancia y que tienen por destino la destrucción, la agonía como lei social, la tea del

incendio por antorcha y por Providencia el puñal.

Él está salvando á Venezuela en este templo, como la salvó en los campos de batalla y en el bufete de la administración.

La Universidad reclama el derecho de poner su flor en la corona que le tejen los pueblos agradecidos y agregar su nota á la armonía con que se cantan sus alabanzas.

Vos, Dignísimo Rector, estais ensanchando el campo holgado en que se mueve la alta reputación de vuestro nombre científico, desde que, secundando aquellos nobles propósitos, habeis hecho tema forzoso de vuestro pensamiento y objeto fijo de vuestra actividad el progreso y el engrandecimiento de este Instituto. Os felicito cordialmente.

Concluyo.

Jóvenes: amad la ciencia, que os ha de inspirar el sentimiento de vuestra dignidad humana y con cuyas altísimas enseñanzas tendreis en el porvenir el poder envidiable de hacer la felicidad y la gloria de vuestra patria!

Profesores: enseñad la ciencia con ardor! Tened fe en los milagros de la razón, en los prodigios que obra la palabra, cuando lleva en su seno el germen palpitante de la verdad, y la chispa fecunda de la sabiduría de las edades! Cautivad á la juventud, seducidla, enamoradla con las maravillas que ha atesorado el pensamiento de los siglos, hasta prenderla en las redes de ese divino laberinto en cuyas vueltas todas nos tropezamos con el alma y cuya única salida da al infinito!

SIMON Y JULIO CALCAÑO

Ambos nacieron en Carácas, Simon el 24 de Junio de 1835 y Julio en 1840. Como sus demas hermanos, recibieron ambos su educacion literaria en los mejores colegios de aquella capital y han escrito en prosa y verso en casi todos los periódicos de nombradía, publicados en Carácas ó en otras ciudades importantes de Venezuela.

Insertamos en seguida algunas composiciones, tomadas de sus obras, para cerrar la seccion que en este libro hemos destinado á la familia Calcaño.

SIMON CALCAÑO

LA RIBEREÑA Y EL PESCADOR

— Niña hermosa, niña hermosa,
La del perfil oriental,
La de mejillas de rosa,
La de labios de coral,

La de lánguida mirada,
La de encanto celestial,
La que á amor presta morada
En su seno virginal,

¿Por qué esquivas de mi lira
La dulcísima cancion,
Y tan triste ora suspira
Tu inocente corazon?

Ribereña, tú otros dias
Olyidabas tu inquietud
Y tu pena entretenias
Al sonar de mi laud.

Tú otros dias en la orilla
Donde bate rudo el mar,

Esperabas mi barquilla
Y escuchabas mi cantar.

Si tu bella faz domeña
El furor del aquilon,
Ven, no temas, ribereña
Ven y escucha mi cancion !

— Pescador, torna á otra orilla,
No te acerques, pescador,
Que ora, presa tortolilla,
Gimo, oculta, mi dolor.

Otros hombres pretendieron
El cariño que te dí,
Y en prisiones me pusieron
Y apartáronme de tí.

Mas no creas, no, que pueda
Olvidar, en mi dolor,
Que el amor es la moneda
Con que se paga el amor !

Si mi amor es tu ventura
Como mi dicha es tu fe,
Pescador, en mi alma pura
Yo tu afecto guardaré.

Y pues forman mi tesoro
Tus caricias y tu amor,
Yo prefiero á pompas y oro
Tu barquilla, pescador!

— Ribereña, tus dolores
Son mi pena, son mi mal;
Guarda, guarda mis amores
En tu pecho virginal!

Dile, niña, al despiadado
Que usurpó tu libertad,
Que tu pecho enamorado
Da alegría á tu soledad;

Que tan bello no podía
Ser el cielo de tu amor,
Y una nube empañaría
Su purísimo esplendor;

Que aunque, pobre tortolilla,
Hoi te tengan en prision,
Sabes bien que no se humilla,
Cuando quiere, el corazón;

Que no piense que la reja
Tras de que hoi te hace sufrir,
Pueda aprisionar tu queja
Que otro pecho viene á herir!

Dile, niña, que ya el cielo
Ha dispuesto, en su bondad,
Dar en pago á tu hondo duelo
El amor y la amistad!

— Cuánta fuerza á mi alma inspira
Tu palabra, pescador!
Pescador, toma la lira,
Ven y cántame tu amor!

Mas no, calla! Si tu acento
Nos descubre á mi señor,
Dobiaránse á tu concento
Su impiedad y mi dolor.

Deja, deja que mi duelo
Llore, triste, y mi inquietud!
— Ribereña, el Dios del cielo
Premia siempre la virtud!

— Pescador, torna á otra orilla!
¡Ai! aléjate por Dios!
— Ribereña, en mi barquilla
Hai lugar para los dos.

— Pescador, pronto mi suelo
Por tus ondas cambiaré.
— Mentirás?... hai en el cielo
Quien te escucha y quien te vé.

— Dudas aun, y hondos pesares
He sufrido por tu fe!
— Ribereña, en los altares
Recompensa te daré!

EN EL ALBUM
DE LA SEÑORITA **

Con las bellas guirnaldas
De la campiña
Adornaba sus faldas
Hermosa niña
Y su tristeza
Mitigar intentaba
Con su belleza;

Mas cual lirio abrasado
Por astro ardiente,
Sobre el seno angustiado
Dobló la frente
Y así su llanto
Esplicaba á las auras
En triste canto:

« Como rosa galana
De primavera,
Que de su imperio ufana
Se alza altanera,
Al alba pura

Dando celos, acaso,
 Con su hermosura,
 Sin comprender que idas
 Sus tintas rojas
 Á la tarde, perdidas
 Verá sus hojas,
 Y en polvo vano
 Trocará una mañana
 Su orgullo insano ;
 Como sueltas las velas,
 Nave afamada,
 De riquísimas telas
 Empavesada,
 Surca animosa,
 Agena á los peligros,
 La onda espumosa,
 Y, cuando ya la orilla
 Juzga que toca,
 En pedazos su quilla
 Rompe una roca,
 Tumba ignorada
 Dando á la pobre nave
 La mar airada ;
 Cual celaje divino
 Que adorna el cielo,
 Cuando el sol matutino
 Rasga su velo
 Y aun no aparece,
 Con la misma alborada
 Se desvanece ;
 Tal de la humana vida
 Las ilusiones
 Dicha son ; ¡ ai ! mentida,
 Vanas visiones ;
 Gloria y amores
 Como el celaje pasan,
 Como las flores.
 Infelice quien fia
 Del mundo instable !
 Todo en él es falsía,
 Todo es mudable ;
 Yo en su camino

Solo encontré á mi paso
 Punzante espino.
 Vos, los que el alma herida
 Sentís de amores,
 La dicha mas cumplida
 Guarda rigores ;
 Andad con tino,
 No renegueis mañana
 De vuestro sino !
 Niña que tu alba pura
 Gozando vas,
 En amor no hai ventura :
 No ames jamas !
 Mi frente hermosa
 Un dia solo de amores
 Tornó rugosa. »
 Tal la pobre aldeana,
 De duelo llena,
 De su triste mañana
 Cantó la pena
 Y en sus enojos
 Desgarró sus guirnaldas,
 Turbios los ojos ;
 Mas como ella mis labios,
 Mi dulce amiga,
 No te auguran agravios
 En su cantiga,
 Que en los amores
 De la mundana vida
 Se hallan las flores.
 Niña que tu alba pura
 Gozando vas,
 Sin amor no hai ventura :
 Ama y sabrás,
 Flor peregrina :
 La flor de los amores
 No guarda espina.

LA FLOR DE AMOR

I

— ¿A dónde vas, pobre niña,
Dónde corres desalada?
Qué te brinda la campiña,
Flor preciada,

Que al lucir de la alborada
Te lanzas en sus nopales?
¿No temes la espina airada,
Ni los males

Del áspid que en los zarzales
Asecha oculto las flores?
Ó te dicen celestiales
Sus amores

Los alados trovadores?
Ó anhelas.... — No, madre mía,
Nada anhelo; los colores,
La alegría,

La dulcísima ambrosía
Del campo son mi pasión;
Bajo su arbolada umbría
La emoción

Me estremece.... el corazón....
No sé, madre; y, desdichada,
Corriendo tras mi ilusión,
Siempre nada

Hallo al fin de mi jornada!
— Y sigues, niña, inquiriendo
Una ilusión? y, cuitada,
Vas corriendo

Tras tus visiones, creyendo
Tanta locura verdad?
— Y aun lo creyera muriendo
Realidad,

Que eso calma mi ansiedad,
De eso vive el corazón!
— Guárdete siempre lealtad,
Pobre niña, tu ilusión!

II

— Vienes ya? y ¿por qué en tus ojos
Brilla una lágrima triste?

— Dígame ella los enojos
De que mi pecho se viste;
Que no lo puede mi labio,
No lo consiente mi pecho.
Es tristísimo mi agravio;
Siento el corazón deshecho.

— Mas ven, dí, que hai en el alma
De tu madre, pobre hija,
Un raudal de dulce calma
Para tu pena prolija.

— Ai madre, bien me dijiste
Que huyera mundanos lazos;
Mi pena me predijiste
Estrechándome en tus brazos.

Confianza no tenía
Que el áspid en los zarzales
Se ocultara, ni creí
Tras tal placer tales males.

La flor de amor, madre mía,
Monstrándome sus colores,
No me mostró que tenía
Abrojos desgarradores,
Y cuando, agena al ascheo,
Su aroma ardiente aspiraba,
Ai madre!...

— Te hirió en el pecho
Que con su aroma embriagaba.
Oh infeliz, amargo fruto
Ora tendrás y dolor,
Que ese, niña, es el tributo
Que pagamos al amor.

Amor es duelo profundo,
Goces que el alma maltratan;
¡Ai! son pocos en el mundo
Los placeres que no matan!
Fiada ayer en tu suerte
No diste oído á mi ciencia,
Mas hoy, herida de muerte,
Aprenda de la experiencia,
Niña, tu escaso saber,

Que en este mundano suelo
No tienen las penas cielo
Y sí un infierno el placer.

MADRIGAL

¿Por qué tan fieros enojos
Hoi tu mirada retrata?
Podrás tener alma ingrata
Teniendo tan lindos ojos?

Si son ellos los espejos
De tu alma hermosa y pura,
¿Por qué niegan tu ternura
Sus diamantinos reflejos?

Mas, aunque me cause enojos
Lo que en ellos se retrata,
Déjame ver, niña ingrata,
La luz de tus lindos ojos!

EPIGRAMAS

— ¿Has visto, amigo, qué antojo
El de mi cara costilla?
Porque la llame la Villa
Literata, ofrece un ojo.
— Bah! ¿y eso te causa enojo?
Dile que es una *Zorrilla*.

— ¡Ai Juana! cacao, café,
Todo ha subido este año
Por nuestro perjuicio y daño,
Y hasta las astas, á fe;
¿Cómo están? — Yo no sé;
Pregúntale á tu marido
¿Cómo las ha vendido!

JULIO CALCAÑO

EL DESTERRADO

Á MI BUEN AMIGO GASPARD DE OLAVARRIA

Cual llora el infeliz que entre cadenas
Para siempre se vé,
En estas playas, al dolor ajenas,
Mis duelos lamenté.
¡Cuán triste suerte la de aquel que gime
Sin poder ya llorar
Y siente el alma que el dolor oprime,
Con el placer soñar!
El que apenas un rayo de esperanza
Que forja la ilusion,

Contempla solitario en lontananza
Sin fe en el corazon!
Así el marino en la elevada popa,
Sin velas ni timon,
Espera aun, mientras el Noto arropa
La rota embarcacion.
Diez y ocho años! y perdida miro
Mi juvenil edad!
Y apenas en el alma hai un suspiro
Que alivie mi ansiedad?

Diez y ocho años! triste mi destino
 Sin cambiarse veré?
 ¿Eternamente en mi infeliz camino
 Espinas hollaré?
 Léjos de aquí! la aurora, el mar, las flores
 No lucen para mí!
 Acrecientan mis penas sus primores!
 Léjos, léjos de aquí!
 En otro tiempo, alegre é inocente,
 En su primor gocé
 Y en los altivos cocos puerilmente
 Dulces nombres grabé.
 ¡ Hélos allí! recuerdos de ventura
 Que doblan mi pesar,
 Cuando á ocultar acudo mi amargura
 Á orillas de la mar!
 Oh! venid, venid, brisas! ¡ cuántos días
 Me hicisteis esperar!
 Arrastradme á otras playas mas sombrías
 Donde pueda llorar!
 Me insulta la belleza de esta tierra,
 De su cielo el fulgor:
 Llevadme presto! el corazon se aterra
 En faz de su esplendor!
 Llevadme presto! el fin de mis pesares
 Quizás encontraré;
 Tal vez entre las ondas de los mares
 Alcanzarlo podré.

EL SEGADOR

Á MI HERMANO JOSÉ ANTONIO

Estraño segador!.... su nombre ignoro,
 Y nunca he comprendido su destino;
 Mas siega el grano verde y el de oro
 Y las flores que encuentra en el camino.

Dicen que guarda Dios con dulce anhelo
 Flores que fueron niños en la tierra,

Y que del mismo modo el mundo encierra
 Niños que fueron flores en el cielo.

Mas por qué manda Dios la flor al mundo,
 Ó por qué se la lleva al cielo un día,
 Es misterio de lo alto tan profundo
 Que nada alcanza en él el alma mía.

Y cuanto mas en el Señor medito
 Y mas y mas en su justicia creo,
 Méenos la ley comprendo, cuando veo
 Que á todos hiere el segador bendito.

Ayer le ví en tu hogar: silente el paso
 Corta el boton que tu esperanza encierra.
 ¿ Faltaba alguna flor al cielo acaso?
 Ó alguna flor sobraba acá en la tierra?

Yo no lo sé. Del segador ignoro
 El origen, el nombre y el destino;
 ¿ Por qué lo siega todo, verde y oro,
 Árbol, flores y plantas del camino?

Mas así como el ancho mundo encierra
 Niños que fueron flores en el cielo,
 Sabes que Dios nos guarda por consuelo
 Flores que fueron niños en la tierra.

PARECES VIEJO

Á

« Pareces viejo! » me dijiste un día
 Con amargo dolor, cuando te hablaba
 De una fe que mi alma no tenia
 Y mi vida infeliz desesperaba.

Y ví en mi pensamiento que los años
 No son los que mas gastan la existencia;
 Que envejecen aun mas los desengaños,
 Y esa vejez helada es la experiencia.

Juzgando en mi conciencia el alto rango
 Á que alza la virtud el sacrificio,
 Ví vender el honor, comprar el vicio
 Y arrastrarse las almas por el fango.

Y ví que eran, al mundo así le plugo,
Señor el fraude y la virtud mendigo ;
Mas aceptas la horca y el verdugo
Que el vil halago del infiel amigo.

Y subí hasta el amor ! y el pecho lleno
De la embriaguez mas pura, ví temblando
Que ahogada el alma por inmundo cieno
Íbanse los ensueños disipando.

Y conocí el placer ; y al fin la sombra
Del hastío fatal nubló mi frente,
Y nada ahora al corazón asombra,
Sino el amor que abriga tu alma ardiente ;

Que indiferente el pecho al mundo inestable,
De mi ser en lo interno hoy solo siento
Algo como un fantasma inexorable,
Un verdugo tenaz : mi pensamiento.

EL CIELO

Por la orilla del lago platicando
Íbamos Luis y yo, con faz sombría ;
De la noche las sombras despertando,
El sol su frente tras la mar hundía.

¿Cuál es tu religion ? me preguntaba ;
¿Cuáles son tus creencias ? ¿Cuál la fuente
En que bebe tu alma ?..... Y yo callaba
Mirando el esplendor del Occidente.

Esa luz inmortal, al fin le dije,
Es de mi religion símbolo eterno,
Símbolo de la Luz que al orbe rije
Abriéndonos el cielo y el infierno.

—¿Qué entiendes por infierno y qué por cielo,
Me interrogaba él.....

—¿Tú no has odiado ?

Le interrumpí con vengativo anhelo,
Con el rudo dolor del desgraciado.

Pero en aquel momento, á una cabaña
Pasábamos cercanos, y la pira

Sagrada viendo por fortuna estraña,
—Si quieres ver el cielo, dije, mira !

Madre amorosa y pura en las rodillas
Al angélico hijo acariciaba,
Y del deber el ángel con sencillas
Alas su noble frente cobijaba.

Y TÚ ME OLVIDARÁS?

A ***

Tú eres feliz, hermosa ! tú, que el paso
Mueves ligero entre brillantes flores,
Como el luciente sol hácia el ocaso
Su carro entre vivisimos colores.

Tú eres feliz, hermosa ! tus placeres
Son los versos, las flores y la danza ;
Á ti bajan en coro alados seres
Y te sonrie siempre la esperanza.

Mas yo no espero nada ; oscura bruma
Cubre mi corazón, y ya cansado,
Es mi alegría cual la blanca espuma
Que tiembla y pasa sobre el mar salado.

Tú solo has visto luces y armonía
Y régias pompas y contento y calma ;
Yo tristeza y dolor, la faz sombría
Del destino fatal que hiela el alma.

Tú solo has visto, generosa y pura,
El amor del hogar que lleva al cielo ;
Yo del hastío, al fin, miré la oscura
Fuente que baña al corazón en duelo.

Encarnacion feliz de un ángel bello,
Se miran en tu frente encantadora
De la casta inocencia el blando sello,
Los alegres colores de la aurora.

Y en la mia, que ocultos sinsabores
Dejaron al pasar descolorida,
La huella mirarás de los dolores,
La marca del verdugo de la vida.

Oh, sé feliz, hermosa ! tus placeres
 Son los versos, las flores y la danza ;
 Que á tí bajen en coro alados seres
 Y te sonría siempre la esperanza !

Mas cuando tú, de mi dolor testigo,
 Sepas que estoi bajo la tumba fria,
 Que es solo polvo el cuerpo de tu amigo,
 ¿ Me olvidarás tambien, hermosa mia ?

EL PECADO ORIGINAL

Al oido de Adan, con dulce acento,
 Seductora palabra Eva murmura,
 Y se estremece Adan y en su locura
 Quebranta del Señor el mandamiento ;

Y como ruje tempestuoso el viento
 Que levanta la arena en la llanura,
 Huye, con un sollozo de amargura,
 El ángel de la dicha al firmamento.

Aparece el Señor. Severa brilla
 Su faz augusta en el tremendo juicio ;
 Y en dura voz fulmina sus enojos.

Callan, tiemblan y doblan la rodilla ;
 Apíadase el Señor de aquel suplicio
 Y el lloro pone en sus dolientes ojos.

EL ÁNGELUS

Those evening bells!
 TH. MOORE.

Campana de la tarde, plañidera,
 ¡ Cuántos recuerdos en tu voz vibrante
 Me traes del hogar y del instante
 En que feliz te oí la vez postrera !

Ya del gozo pasó la alegre hora :
 El corazon que ayer fué mi contento,
 Dentro la tumba oculto yace ahora
 Y no oye mas tu gemidor acento.

Y así cuando yo muera ! Lastimosas
 Tus voces siempre sonarán mañana,
 Mientras otros á orar sobre estas losas
 Con lágrimas vendrán, dulce campana !